LA BIOGRAFÍA
ESENCIAL DE FELIPE II

EL REY IMPRUDENTE

GEOFFREY PARKER

Nueva edición sintetizada y con información inédita de la biografía definitiva de Felipe II.

Felipe II fue el creador del Estado más avanzado de su tiempo, que culminó la formación del primer imperio global jamás conocido. Llegó a gobernar sobre la cuarta parte de la población mundial.

En esta nueva edición actualizada y revisada de la biografía, que ya es, sin dudas, la mejor y más completa jamás escrita sobre el Rey Imprudente, Geoffrey Parker ha sabido aprovechar una vez más, con su habitual agudeza, el inmenso caudal de documentación que ha estado reuniendo desde hace sesenta años. Parker, tan interesado por la alta política como por la vida íntima, logra derribar definitivamente la imagen estereotipada que durante cuatro siglos han transmitido los detractores y apologistas del rey. Gracias a la consulta de los millares de cartas que el monarca escribió de su propia mano a lo largo de su vida, el autor nos introduce en los numerosos sucesos de los que Felipe II fue protagonista durante su largo reinado.

epublibre

Geoffrey Parker

El rey imprudente

La biografía esencial de Felipe II

ePub r1.1
Titivillus 26.06.16

EDICIÓN DIGITAL

Título original: *El rey imprudente*
Geoffrey Parker, 2015
Traducción: Victoria Eugenia Gordo del Rey
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2
Edición digital: epublibre (EPL), 2016
Conversión (pdf): FS, 2018

A mi erudito amigo y colega,
Manuel Bustos Rodríguez

Prefacio

María José Rodríguez-Salgado, amiga y colega desde hace treinta y cinco años, escribió: «Confieso que he pasado más tiempo con Felipe II que con ningún otro hombre, y puede decirse que le he dedicado los mejores años de mi vida».[1] Yo podría decir lo mismo. Empecé a investigar documentos para una biografía del rey en la década de 1960, tomando como fuente principal los memoriales ológrafos que intercambió con sus principales consejeros; estos documentos, que pertenecieron a la Colección Altamira, se encuentran ahora repartidos entre distintos archivos en Nueva York, Madrid, Ginebra y Londres. En 1984 Alianza Editorial publicó mi ensayo *Felipe II*, pero mi visión del rey ha cambiado bastante desde entonces. Para empezar, hay muchas fuentes nuevas o que se han podido consultar por primera vez, sobre todo miles de memoriales ológrafos pertenecientes al antiguo archivo de los condes de Altamira y hoy en la Biblioteca de Zabálburu, en Madrid, que no estuvieron a disposición de los investigadores hasta 1987 debido a una disputa testamentaria. Además, como Xavier Gil señaló sagazmente, cuando escribí *Felipe II* la Leyenda Negra aún seguía viva, especialmente en Holanda e Inglaterra, y quizá por eso fui más indulgente hacia la figura del rey, pero aunque otros la apreciaron más, yo me había vuelto «más exigente para con Felipe II».[2] En 2010 publiqué, en Editorial Planeta, *Felipe II. La biografía definitiva*.

Sin duda, llamarla «definitiva» era tentar a la suerte: tan pronto como apareció el libro, encontré una valiosa fuente de información sobre el rey Felipe en los fondos de la Hispanic Society of America, en Nueva York: en torno a tres mil documentos, salidos del despacho del rey y sus secretarios privados Mateo Vázquez y Jerónimo Gassol, que una vez fueron parte de la Colección Altamira.

La incorporación de los nuevos documentos procedentes de la Hispanic Society marca una importante diferencia entre este volumen y *La biografía definitiva*. Otra es su extensión. El anterior trabajo aporta toda la documentación sobre los episodios más polémicos de la vida del rey, y los lectores interesados (o que no quedaron convencidos) encontrarán las pruebas allí. En este caso, he omitido los apéndices, incluido solo las notas que identifican las citas y condensado el texto a la mitad.

Los documentos de la Colección Altamira son únicos. Felipe II tramitaba por escrito todos los asuntos que podía, y sus mensajes para los ministros de mayor rango —a menudo escritos en los márgenes de los informes que le llegaban— abordaban informaciones, peticiones y problemas que arribaban a su mesa desde todas las partes del mundo. Él resolvía algunos asuntos en un solo documento; otros, en una serie de intercambios que se prolongaban varios días o que podían cerrarse en la misma jornada. A menudo, Felipe II caía en una verborrea que no solo revelaba los procesos mentales que subyacían a sus decisiones, sino que también mostraba detalles de su vida personal: cuándo y dónde comía y dormía; qué acababa de leer; qué árboles y flores quería que se plantasen en sus jardines (y dónde); cómo las afecciones que padecía en los ojos, las piernas o la muñeca, o un resfriado o un dolor de cabeza, habían retrasado su correspondencia. Muchos mensajes se ocuparon también de lo que sus ministros llamaban despectivamente «menudencias», es decir, decisiones que ellos consideraban innecesarias. Por ejemplo, un muchacho morisco afirmaba que podía detectar dónde había agua en el palacio de El Pardo, dónde necesitaban riego los jardines. Respuesta del rey: «Sí, pero solo tendrá una oportunidad». ¿Dónde han de colocar los constructores «las necesarias» en El Escorial? «Hagan estas necesarias de manera que no den olor a la pieza de los

mozos de la cocina».[3]

La afición del rey a estos asuntos triviales irritaba y, en algunas ocasiones, enfurecía a sus ministros, en parte porque el mismo documento en que se trataba de los zahoríes o de la situación de los retretes podía incluir una decisión vital para el destino de la monarquía: cómo convencer a don Juan de Austria para que se marchase a los Países Bajos y aceptara ser gobernador general; si firmar o no una tregua con el sultán otomano; cuándo y cómo invadir Inglaterra (por tomar tres ejemplos de un mismo año, 1576). En la mayoría de sus respuestas, el rey pasaba de los asuntos públicos a los personales sin previo aviso, según las diferentes ideas que le cruzaban por la mente. En consecuencia, sus desbordados ministros se veían obligados a leer cada palabra que escribía. Al igual que los historiadores.

Incluso con este valioso material personal, escribir la biografía del rey no es sencillo. Felipe se jactaría con posterioridad de que «Yo comencé a governar el año de [15]43», pues en tal fecha, cuando tenía dieciséis años, lo nombró regente de Castilla y Aragón su padre, el emperador Carlos V. Entre 1554 y 1556 se convirtió sucesivamente en rey de Nápoles y de Inglaterra, soberano de los Países Bajos y monarca de España, de Sicilia y de las conquistas americanas de su predecesor. En 1565 los súbditos de Felipe II emprendieron la conquista de las Filipinas, así llamadas en su honor, y entre 1580 y 1583 agregó Portugal y todas sus posesiones de ultramar. Gobernó el primer imperio global de la historia hasta que murió en 1598, a la edad de setenta y un años.

La extensión de su monarquía, en combinación con la larga duración de su reinado, produjo un exceso de documentos y de datos. Como observó el distinguido académico Pascual de Gayangos a mediados del siglo XIX, mientras transcribía algunos

de los cientos de miles de documentos escritos y leídos por el rey, «la historia de Felipe II es en cierto modo la historia del mundo». William Hickling Prescott, el historiador para quien Gayangos preparó los manuscritos, comenzó su estudio en tres volúmenes sobre el rey con una afirmación ligeramente más modesta: «La historia de Felipe II es la historia de Europa durante la segunda mitad del siglo XVI». Aunque Gayangos y otros recopilaron más de quince gruesos volúmenes de transcripciones para Prescott, estos solo constituyen una exigua fracción de la documentación conservada: en una ocasión, el rey dijo haber firmado cuatrocientas cartas en una sola mañana, y un embajador bien informado aseguró que algunos días pasaban hasta dos mil documentos por el escritorio real. «Filipizar» (como Prescott bautizó su tarea de biógrafo del rey) es trabajo para toda una vida.[4]

Paradójicamente, el segundo obstáculo interpretativo al que se enfrentan los biógrafos de Felipe II parece contradecir al primero. Aunque un equipo de historiadores diligentes y minuciosos juntaran sus energías y lograsen consultar todos los documentos relevantes que se han conservado, muchas cuestiones continuarían siendo oscuras porque, por más que el rey pusiera por escrito más pensamientos y decisiones que prácticamente ningún hombre de Estado, por lo general instaba a sus ministros a seguir sus instrucciones «con secreto y disimulación» (una expresión habitual en su vocabulario) y, por ello, comunicaba muchas decisiones oralmente («de palabra y no por escrito»). También, en ocasiones, procuraba destruir todas las pruebas escritas con el fin de ocultar lo que había hecho. Por añadidura, como escribió el emperador Carlos V en sus célebres *Instrucciones secretas* para su hijo en 1543, algunas decisiones políticas «están tan oscuras y dudosas que no sé cómo dezyrlas ny qué os devo de aconsejar sobre ellas, porque están llenas de confusiones y contradiçiones, o por los negoçios

o por la conçiençia». Al igual que su padre, Felipe tomó algunas decisiones que parecían tan «llenas de confusiones y contradiçiones» que ni siquiera se veía capaz de explicarlas a sus colaboradores más estrechos.[5] Así, en 1571, el desbordado entusiasmo de Felipe por un plan totalmente descabellado para «matar o prender» a Isabel Tudor desconcertó a sus consejeros. «Estraña cosa es quán de veras Su Magestad está en lo de Ingalaterra», escribió el doctor Martín de Velasco, un pragmático letrado que había servido al rey durante más de veinte años, y se maravillaba de «quán poco le ha resfriado el aviso que la reyna tenga entendido» el plan. Por tanto, concluía Velasco, «va Su Magestad en este negocio con tanto calor que cierto parece bien cosa de Dios», y por eso todos debían dejar su escepticismo de lado y disponerse a «ayudar y promover tan santa determinacyón».[6]

¿Cómo pueden los historiadores modernos comprender asuntos que parecían «impenetrables e inciertos» incluso para sus protagonistas? Un recurso obvio es el testimonio de los observadores contemporáneos de Felipe y su corte, pero aquí nos encontramos con otro obstáculo, memorablemente descrito por el filósofo francés Voltaire a mediados del siglo XVIII al tratar el caso del rey: «No se puede repetir demasiado que es necesario desconfiar del pincel de los contemporáneos, guiado casi siempre por la adulación o por el odio». Y de hecho, como observó Robert Watson (contemporáneo de Voltaire y primer biógrafo escocés del rey): «Jamás hubo personaje pintado por diferentes historiadores con colores más opuestos que Felipe».[7] Hay, sin embargo, una excepción importante: los despachos de los embajadores, de una docena de Estados extranjeros, que residían en la corte de España. Cada uno de ellos dedicó su tiempo, su dinero y su energía a quitar el velo de «secreto y disimulación» tejido expresamente por el rey para ocultar a otros sus decisiones y sus planes. Las fuentes diplomáticas

abarcan desde Ruy Gómez de Silva (el privado portugués de Felipe que compartía con regularidad secretos de Estado con su tío Francisco Pereira, el embajador portugués) al bufón enano francés de la reina Isabel (quien, como olvidó todo el mundo menos el embajador francés, la acompañaba constantemente y prestaba oídos a cualquier cosa que se decía). Los despachos diplomáticos basados en fuentes tan bien informadas proporcionan una perspectiva crucial sobre el proceso de toma de decisiones.

El último obstáculo para comprender a Felipe II es menos fácil de superar: su exaltada condición. Un atrevido fraile bromeó una vez ante el rey: «¡O, qué pocos reyes van al cielo, Señor!»; esta afirmación admiró a quienes la oyeron. Entonces el rey preguntó: «¿Por qué, padre?». A lo que este respondió: «¡Porque hay pocos!».[8] También en el siglo XXI «hay pocos reyes», pero ¿cómo puede alguien de la plebe comprender lo que significa ser rey, en especial uno como Felipe, que pasó en guerra todo su reinado excepto seis meses, y a menudo luchando en varios frentes? El historiador militar Eliot Cohen subrayaba «las dificultades que tienen los escritores para ponerse en el lugar de un dirigente político en tiempo de guerra», ya sea rey o plebeyo, pues esos dirigentes soportan «múltiples responsabilidades y sufren tensiones» que han experimentado muy pocos autores. Cohen argumentaba que esta distinción constituye «el mayor obstáculo para un sólido juicio histórico sobre la calidad de un estadista en tiempo de guerra».[9]

En su celebrada biografía *Felipe de España*, Henry Kamen no mostró tales reservas. En vez de ello, sostuvo que, a diferencia de todos los demás estadistas en tiempos de guerra, Felipe II había logrado evitar de algún modo estas «múltiples responsabilidades»:

> En ningún momento tuvo Felipe un control efectivo de los acontecimientos ni

de sus dominios; ni siquiera de su propio destino. De ahí que no se le pueda responsabilizar más que de una pequeña parte de lo que, a la postre, ocurrió durante su reinado… Era «prisionero en un destino en el que poco podía hacer». Lo que le quedaba era jugar las cartas que tenía en la mano.[10]

Por mi parte, no puedo aceptar un determinismo tan extremo. Ciertamente algunos «acontecimientos», e incluso algunos «dominios», escaparon ocasionalmente al «control efectivo» de Felipe, del mismo modo que escapan periódicamente al «control efectivo» de todo estadista en tiempo de guerra. Sin embargo, Felipe pasó su vida tomando decisiones que le permitieran mantener o recuperar la iniciativa. En 1557 enviaba órdenes, escritas de su puño y letra, «a la una ora de medianoche»; en 1565 «[estoy] tan ocupado y tan alcanzado de sueño porque he menester lo más de las noches para ver papeles que otros negocios no me dexan de día y así comyenço a ver estos vuestros agora, que es pasada medianoche»; en 1575, «son las diez, y estoy hecho en pedazos y muerto de hambre»; y, en 1583, «todo ha sido leer y escribir con ser día de correo y otras muchas cosas que he tenido hoy que hacer, pero todo de esto; y así escribo ésta a más de las diez y harto cansado y no habiendo hecho colación».[11]

Las decisiones tomadas por Felipe durante estos largos días de trabajo podían tener consecuencias trascendentales. En 1566 su negativa a prorrogar los mandatos concedidos por su padre cuarenta años antes a la población morisca de Granada, y en su lugar imponer la conformidad religiosa en ella, provocó una guerra civil que llevó a la muerte a no menos de noventa mil españoles, entre cristianos viejos y moriscos, y al reasentamiento forzoso de unos ochenta mil moriscos más. De modo parecido, la determinación del rey en 1571 de «matar o prender» a Isabel Tudor convirtió a la soberana en una enemiga implacable que, durante el resto de su reinado, ocasionó deliberadamente enormes daños y perjuicios tanto a los súbditos de Felipe como a la reputación de este. Todavía más costosa, la decisión del rey

de reanudar la guerra en los Países Bajos en 1577 inició hostilidades que durarían treinta años y causarían la muerte de decenas de miles de hombres, mujeres y niños, aparte de costar cientos de millones de ducados. En estos y otros innumerables casos, seguramente «tuvo Felipe un control efectivo de los acontecimientos» así como «de su propio destino»: pudo haber tomado otras decisiones (prorrogar los mandatos, dejar tranquila a Isabel Tudor, conservar la paz recién firmada en los Países Bajos), pero no lo hizo.

En 1599 Antonio de Herrera y Tordesillas completó el borrador de la historia de los últimos tiempos encargada por Felipe II. En él señalaba que «todos los reyes del mundo, y en especial los de Castilla y de Aragón», habían utilizado un «sobrenombre» como «el Católico» o «el Sabio», por lo que facilitó al Consejo Real una lista de aquellos que él consideraba apropiados para el difunto rey: «el Bueno, el Prudente, el Honesto, el Justo, el Devoto, el Modesto, el Constante». También presentó una imagen heroica que ilustraba uno de estos epítetos [véase lámina 1]. El consejo los aprobó, y Herrera publicó su obra *Historia general del mundo del tiempo del señor rey don Felipe II, el Prudente*, dándole al rey el sobrenombre que desde entonces se ha hecho universal.[12]

Aunque en este libro sostengo que Herrera se equivocó al elegir el epíteto regio, estoy de acuerdo con san Agustín en que «*nemo nisi per amicitiam cognoscitur*» (no se puede conocer a nadie sino por la amistad). Esto no significa que los biógrafos deban fiarse de sus protagonistas sin reserva; por el contrario, tenemos que estar preparados ante la posibilidad de que (vivos o muertos) nos lleven a errores, ya sea queriendo (por medio de la falsificación y de la destrucción de documentos comprometedores) o sin querer (a causa de nuestras propias limitaciones para comprender cómo eran las cosas entonces y olvidar futuros acontecimientos de los que ellos no pudieron

saber). Con todo, el precepto de san Agustín exige a los biógrafos ofrecer a sus protagonistas la misma actitud abierta y buena disposición para escuchar que tendrían ante un amigo. Con tal espíritu, amable lector, voy a recurrir a las propias palabras del rey, tanto como sea posible, para revelar la vida del más famoso soberano de España, comenzando con su concepción en la Alhambra de Granada en septiembre de 1526 y terminando en septiembre de 1603, cinco años después de su muerte, cuando cerca del pueblo de Paracuellos de Jarama cinco testigos maravillados vieron ascender el alma del Rey Prudente desde el purgatorio al paraíso.

PRIMERA PARTE

El umbral del poder

1. Aprendizaje cortesano, 1527-1543

Felipito

El 10 de marzo de 1526, Carlos V, sacro emperador romano y soberano de Castilla, Aragón, Nueva España, Perú, los Países Bajos y gran parte de Italia, entró en la bulliciosa ciudad de Sevilla por primera vez. Ataviado todavía con sus ropas de viaje y cubierto de polvo, desmontó de su caballo en el patio del Real Alcázar y entró a grandes zancadas en la habitación donde la princesa Isabel de Portugal, su prima, le estaba esperando. El papa ya había enviado una dispensa por la cual los primos quedaban exentos de la prohibición eclesiástica de contraer matrimonio (y de hacerlo en Cuaresma), y sus representantes también habían firmado ya el contrato matrimonial; de modo que, tras quince minutos de educada conversación con la novia, a la que nunca hasta entonces había visto, Carlos se vistió con sus mejores galas y asistió a la misa nupcial y al posterior baile. Luego, a las dos de la madrugada, la pareja se fue a la cama a consumar su unión.

Las primeras semanas de casados de la pareja imperial fueron idílicas. Se quedaban «en la cama hasta las diez y once de la mañana» todos los días, y cuando salían de la habitación mostraban «una indudable satisfacción».[13] El matrimonio y su séquito se dirigieron después lentamente a Granada, a rendir sus respetos ante sus abuelos comunes, los Reyes Católicos, enterrados en la Capilla Real de la catedral, con la intención de continuar su majestuoso avance hasta Barcelona, desde donde Carlos tenía previsto partir para emprender una cruzada contra los turcos otomanos, dejándole a su esposa el gobierno de España; pero entonces llegaron noticias de que el rey de Francia había declarado la guerra. Esto impidió la salida de España del emperador, por lo que su esposa y él pasaron los seis meses

siguientes en Granada, esperando a que la situación internacional mejorase, y en la Alhambra fue concebido Felipe II. La emperatriz se quedó en Granada, descansando, hasta principios de 1527, cuando realizó un pausado viaje para reunirse con su esposo en Valladolid, entonces capital administrativa de Castilla.[14]

Como a menudo ocurre con el primer hijo, el parto fue difícil y duró casi trece horas. La emperatriz siguió el ejemplo de su abuela, Isabel la Católica, y pidió que le cubrieran la cara con un velo para que nadie pudiera ver su sufrimiento, y cuando una comadrona la instó a que diera rienda suelta a sus sentimientos, la emperatriz respondió adustamente: «No me digáis tal, que moriré, pero no gritaré». «Felipito», como le llamaba el bufón del emperador, llegó al mundo alrededor de las cuatro de la tarde del 21 de mayo de 1527 y, en la ceremonia del bautizo, celebrada dos semanas después, los heraldos reales gritaron tres veces en voz muy alta: «¡Don Felipe, por la gracia de Dyos, príncipe de Spaña!». Pero Felipito heredaría mucho más que el trono de España.[15]

La herencia

La casualidad dinástica había reunido en la persona de Carlos V cuatro herencias distintas. Del padre de su padre, el emperador Maximiliano de Austria, Carlos había recibido las ancestrales tierras de los Habsburgo en Europa central; de la madre de su padre, María de Borgoña, había heredado numerosos ducados, condados y señoríos en los Países Bajos y el Franco Condado de Borgoña. De la madre de su madre, Isabel la Católica, Carlos recibió Castilla y los enclaves castellanos en el norte de África, el Caribe y América Central; del padre de su madre, Fernando el Católico, heredó Aragón, Nápoles, Sicilia y Cerdeña. Carlos pronto añadió más territorios a este impresionante núcleo de bienes patrimoniales: varias provincias de los Países Bajos

mediante tratados, el ducado de Milán cuando la dinastía autóctona de este se extinguió, y Túnez, en el norte de África, mediante conquista. Y lo más espectacular de todo, en América, sus súbditos españoles destruyeron primero el Imperio azteca, ocupando un área de ocho veces el tamaño de Castilla, y luego el Imperio inca en Perú. En 1535, cuando entró en la ciudad de Mesina, en Sicilia, Carlos V vio por primera vez la feliz frase acuñada por el poeta romano Virgilio en referencia a las posesiones del emperador Augusto: A SOLIS ORTU AD OCCASUM, «desde la salida del sol hasta el ocaso», o, como los «portavoces» de su hijo dirían luego, «un imperio en el que no se ponía el sol».[⇒]

Ningún soberano europeo había controlado un imperio tan extenso, y la ausencia de precedentes contribuye a explicar la naturaleza aparentemente azarosa de la toma de decisiones por parte de los Austrias españoles: no tenían más opción que improvisar y experimentar, probar diferentes técnicas de gobierno sobre la marcha, aprender por ensayo y (a veces) error. En todo caso, la experiencia anterior no habría servido de ayuda dado que, durante la mayor parte de su reinado, Carlos V se enfrentó a una combinación de enemigos sin precedentes: dos de ellos religiosos, los protestantes y el papado, y otros dos políticos, Francia y el Imperio otomano.

Entre los cuatro empezó a fraguarse una peligrosa sinergia a raíz de que, en enero de 1519, su abuelo Maximiliano muriera dejando dos importantes asuntos pendientes. El viejo emperador no había conseguido silenciar a Martín Lutero, profesor de teología en la Universidad de Wittenberg (Sajonia), que escribía panfletos y discursos para recabar el apoyo público para sus tesis sobre la corrupción del papado y la necesidad de una reforma eclesiástica. Maximiliano tampoco había conseguido obtener el reconocimiento de que Carlos le sucedería como sacro emperador romano. Entonces, durante la

primavera y el verano de 1519, Carlos y el rey Francisco I de Francia abonaron enormes sumas de dinero a los siete electores (*Kurfürsten*) que elegirían al próximo rey de los romanos (el emperador electo, pendiente de la coronación papal). Al final, Carlos resultó vencedor, de modo que sus territorios rodearon a Francia por el norte, este y sur. En 1521 Francisco declaró la guerra y, durante más de un siglo, tanto él como sus sucesores se esforzaron por poner fin al cerco de los Austrias rompiendo los lazos que unían a los diversos territorios heredados o adquiridos por Carlos V.

Los papas también se sintieron amenazados por la elección imperial, dado que Carlos ahora gobernaba no solo Cerdeña y España, al oeste, y Nápoles y Sicilia, al sur, sino también el Imperio al norte. Además, Roma dependía de las exportaciones de cereales procedentes de Sicilia, al tiempo que toda su actividad comercial, tanto marítima como terrestre, quedaba a la merced de los enclaves circundantes en manos de los Austrias. Por eso, las «cruzadas» de Carlos V (y posteriormente de Felipe II) tanto contra los infieles como contra los protestantes solían carecer de apoyo papal por miedo a que cualquier otro éxito sirviera para estrechar más el cerco sobre Roma. El sultán otomano, Solimán el Magnífico, también veía a Carlos como su enemigo natural. Durante su largo reinado (1520-1566), Solimán condujo a sus tropas hasta el Danubio en cinco ocasiones, en cada una de las cuales conquistó tierras de los Austrias o bien de sus aliados, y solo su necesidad de hacer frente a otros enemigos extranjeros y a los conflictos internos evitó que protagonizara más avances.

Carlos, por su parte, también se hallaba distraído periódicamente por sus enemigos internos. La muerte de su abuelo Fernando de Aragón, el Católico, en 1516 dio lugar a una complicada herencia. A pesar de que el matrimonio de Fernando con Isabel de Castilla había creado una unión

dinástica, las instituciones, leyes, moneda y estructura jurídica de cada reino mantenían sus identidades propias —Castilla, Aragón, Cataluña, Valencia y Navarra (anexionada por Fernando en 1512)—, y los poderes y políticas de la corona diferían en cada área. Aunque Fernando había sido rey consorte de Castilla mientras vivió Isabel, cuando esta murió en 1504 su título se extinguió y la corona pasó a la hija mayor del matrimonio, Juana, y su marido, Felipe de Austria, soberano de los Países Bajos, los padres de Carlos.

Juana, a diferencia de su madre, no mostraba deseos ni aptitudes de gobierno, por lo que Fernando y Felipe lucharon por el control de Castilla. Felipe venció, pero murió casi inmediatamente después. Fernando destituyó entonces a los oficiales nombrados por su yerno, la mayoría de los cuales (más tarde conocidos como «felipistas») huyeron a la corte del joven Carlos en Flandes, donde pasaron la década siguiente planeando su venganza. Fernando también recluyó a su hija Juana, a pesar de que era «reina propietaria» de Castilla, y actuó como «gobernador» del reino. En su testamento, nombró a Carlos único heredero de sus dominios y, en 1517, el nuevo rey y los «felipistas» llegaron procedentes de los Países Bajos para tomar posesión. Dos años más tarde, la elección de Carlos como sacro emperador romano lo obligó a regresar al norte de Europa y, en su ausencia, se produjeron revueltas contra su autoridad en Mallorca, Sicilia, Valencia y, sobre todo, en Castilla, donde las Comunidades se afanaban por convertir a Juana en reina, no solo de nombre, sino también *de facto*.

El regreso del emperador en 1522 restauró el orden en España, pero dejó a Alemania al borde del caos, dado que el hermano de Carlos, Fernando, su regente, no podía frenar la propagación de las ideas protestantes ni la expansión del poder otomano. Aunque Fernando contrajo matrimonio con la hermana del rey Luis de Hungría (el cual se casó a su vez con la

hermana de Fernando, María), el apoyo militar y financiero de la Casa de Austria no consiguió evitar que Solimán derrotara a los húngaros en 1526. Tanto el rey Luis como la mayoría de sus nobles sucumbieron en la batalla, y las fuerzas otomanas lograron adentrarse tierra adentro en Hungría. Desesperado, Fernando ofreció tolerancia a los luteranos de Alemania a cambio de su ayuda militar contra los turcos. La influencia protestante se extendió más rápidamente todavía.[⇒]

Verdadero príncipe de Castilla

Carlos se encontraba impotente para enfrentarse a estos contratiempos debido a que la guerra abierta con los turcos, los franceses y el papa le tenía confinado en España, pero esto a su vez le permitió en mayo de 1527 organizar los festejos para celebrar la llegada de Felipe, el primer príncipe nacido en España desde hacía cincuenta años. Según un embajador, «[está] el Emperador tan alegre y regocijado y gozoso del nuevo hijo que en otra cosa no entiende sino en ordenar fiestas». Felipito, por supuesto, no se enteró ni de esto ni de la ceremonia celebrada al año siguiente en el monasterio de San Jerónimo el Real de Madrid en la que fue jurado como príncipe de Castilla. Su atención por entonces permanecía centrada en sus padres y las tres nodrizas que cuidaban de él.

Carlos e Isabel continuaban pareciéndoles a todos, como escribió el embajador Martín de Salinas, «los dos mejores casados que yo sepa deste mundo».[16] Aunque la emperatriz adoraba a su marido, Carlos parecía ver a su esposa principalmente como procreadora y administradora. Gracias a las amas de cría, la emperatriz recuperó rápidamente su fertilidad y, tres meses después del nacimiento del príncipe, Carlos dejó a su esposa, de nuevo embarazada, como regente de Castilla mientras él iba a Aragón para reunirse con las Cortes, con la clara intención de continuar viaje hasta Barcelona y de

allí pasar a Italia; y cuando las hostilidades con Francia volvieron a impedir una vez más su partida, en lugar de regresar para estar con su esposa, prosiguió hasta Valencia. Por lo tanto, Carlos no estuvo presente cuando Isabel dio a luz a la infanta María, en junio de 1528. Regresó dos meses más tarde, pero se marchó nueve meses después. Gracias a una ventajosa paz con sus enemigos, Carlos pudo surcar sin percances el Mediterráneo hasta Italia, dejando a su mujer, una vez más embarazada, a cargo de la regencia. No volvería a ver a su esposa y sus hijos en cuatro años.

Así pues, Felipito pasó su infancia sin padre. Cuando tenía dos años fue destetado y, al año siguiente, él y su hermana, la infanta María, pasaban el tiempo «en imbidias sobre quál tiene más vestidos». Según un cortesano, «el príncipe está muy contento con un sayo y un capote de monte que tiene. Pide cada día» a su madre «que vaya a Aranxuez, y con este vestido y una vallesta que tiene, amenaza tanto a los venados, que me parece que cuando Vuestra Majestad [Carlos V] venga no hallará ya que matar». Como todos los niños, el príncipe tenía sus altibajos. Así, en 1531, «su pasatiempo es ordenar justas a los niños, y las lanzas son velas encendidas»: todo el mundo se rio de esta gracia. También se rieron cuando una dama le suplicó que recibiese a un paje y él se negó, pues «tenía muchos» y no lo podía tomar a su cargo, por lo que era mejor que se lo diera «a su hermana que no tenía ninguno», pero le contestaron que ella no podía tener pajes tan pronto. Enojado, Felipito replicó: «Pues busca otro príncipe, que por estas calles los hallarás». Era el primer diálogo registrado del príncipe. Pero, en otras ocasiones, «suele Su Alteza enojarse algunas veces, porque no le quiere dar de comer todo lo que quiere. Es tan travieso, que algunas veces Su Majestad [Isabel] se enoja de veras; y ha avido azotes de su mano».[17]

A la edad de cuatro años, Felipe «conoce las calidades de las

personas que le sirven como si pasase de diez años» y «anduvo en su mulica solo y hallose muy bien». Se niega a viajar con su madre en su carruaje; en su lugar, «deseaba que llevasen allá a la Señora Infanta, que se halla muy bien con su compañía, por donde parece que no será mal galán». El príncipe también rehusaba montar a la amazona en su «machico pequeño»: «No quiso que le sentasen en la silla sino los pies en los estribos».[18] Esa madurez condujo a una transición importante. El día de Santiago de 1531, mientras se encontraba en un convento asistiendo a una ceremonia en la que tres jóvenes aspirantes a monjas tomaban los hábitos, la emperatriz permitió a su hijo que cambiara las largas vestiduras que entonces llevaban los infantes de ambos sexos por el jubón y las calzas que usaban solo los varones. A partir de entonces, aunque continuó siendo acompañado a todas partes por su madre, sus damas y su hermana, el príncipe empezó a asistir a torneos, festivales y otras actividades públicas. De este modo comenzó su paso de la vida privada a la pública.

La decisión de la emperatriz de llevar a cabo en un convento esta significativa transición en la vida de su hijo refleja no solo su propia devoción, sino también la ferviente piedad de las otras dos personas que supervisaban el bienestar del niño en esa etapa de su vida: doña Inés Manrique de Lara y doña Leonor de Mascarenhas. La primera, de una eminente familia castellana (su tío era arzobispo de Sevilla e inquisidor general), había servido a Isabel la Católica como camarera mayor y, tras la muerte de la reina, se había retirado a un convento donde su ejemplar piedad le había hecho ganar fama de beata. Sin duda, fue esto lo que llevó a la emperatriz a llamar a doña Inés a la corte, para prestar servicios como aya del príncipe y, como tal, responsable de su bienestar físico y moral. Doña Leonor era mucho más joven —había nacido el mismo año que la emperatriz, en cuyo servicio había venido a Castilla

—, pero vivía también como una beata y, si bien carecía del título oficial, ejercía asimismo como aya del príncipe.

El fervor religioso de sus dos ayas reflejaba el de la propia emperatriz (y el de su abuela, Isabel la Católica): práctica, ascética y vehemente. Antes de concebir a Felipe, Isabel encargó misas especiales para asegurar su fertilidad e hizo la promesa, en la iglesia de Santa María la Antigua de Sevilla, de regalar una estatuilla de plata de un niño como exvoto por cada hijo que concibiera (según su testamento, mandó fabricar y enviar a la iglesia cinco estatuillas de plata). Dio a luz rodeada de una colección de reliquias que se había traído de Portugal mientras agarraba el cíngulo de santa Isabel, que, según se decía, la madre de Juan el Bautista había tenido en la mano durante su parto; más adelante, envió las mantillas que Felipito había llevado antes y después de su bautismo a ser bendecidas por otra beata, la cordobesa sor Magdalena de la Cruz, famosa por sus visiones y profecías, que a su vez le enviaba de vuelta algunos de sus hábitos «para que» (según un cronista) «el infante fuera envuelto en ellos y así aparentemente defendido y amparado de los ataques del diablo».[19]

Felipe sobrevivió no solo a «los ataques del diablo», sino también a los peligros a los que se enfrentan los pequeños de todas las épocas. Un día, doña Leonor se dio cuenta de que se había colgado por fuera de la reja situada en el exterior de uno de los pisos altos de palacio e inmediatamente hizo voto de castidad permanente si Dios le permitía salvar al príncipe. Acontecimientos traumáticos como estos, unidos a la muerte en 1530 de su segundo hijo varón, Fernando, afectaron a la emperatriz profundamente: en adelante, el pánico se apoderaba de ella cada vez que sus restantes hijos, especialmente Felipe, sufrían la menor enfermedad, y su ánimo decaía cada vez que Carlos estaba fuera de casa. Según un embajador extranjero, «proceden sus males de la pérdida del Señor Infante, que Dios

tiene en gloria, y de alguna indisposición que el príncipe [Felipe] tiene, y el principal de la ausencia» de su marido.[20] Entonces, en la primavera de 1533, recibieron noticias de que Carlos llegaría a Barcelona, e Isabel y sus dos hijos supervivientes partieron para reunirse con él allí. Un cortesano señalaba orgulloso que Felipe era ya lo bastante grande y fuerte para pasar de montar en mula a montar en caballo; pero el desarrollo intelectual del príncipe iba más a la zaga: no sabía todavía leer ni escribir, y su principal contacto con la cultura escrita se limitaba a la lengua oral. Escuchaba historias como las del Cid tan a menudo que llegó incluso a memorizarlas. Así, un día en que uno de sus compañeros le estaba importunando, Felipe replicó: «Mucho me aprietas, Hulano; cras me besarás la mano», reproche inspirado claramente en un fragmento de *La Jura de Santa Gadea* en el que el rey Alfonso le dice al Cid:

> Mucho me aprietas, Rodrigo; Rodrigo, mal me has tratado,
> mas hoy me tomas la jura, cras me besarás la mano.[21]

A su regreso a España, el emperador decidió que su hijo, ya de siete años de edad, necesitaba un «maestro» y, en 1534, nombró a Juan Martínez del Guijo. Conocido por la versión latinizada de su apellido, *Silíceo*, era un sacerdote de 48 años de edad y origen humilde que había estudiado en París y publicado libros de filosofía y de matemáticas antes de convertirse en catedrático de filosofía en Salamanca. Durante el siguiente lustro el príncipe se esforzó con su maestro en estudiar la *Grammatica breve* de Marineo Sículo (al parecer, el primer libro que poseyó) y las obras piadosas de Ludolfo de Sajonia, llamado el Cartujano.

En marzo de 1535 Carlos abandonó una vez más a sus hijos, dejando a su esposa embarazada otra vez. Tres meses más tarde, Isabel dio a luz a la infanta Juana y enseguida Carlos decidió apartar al príncipe del «poder de las mugeres» y crear otra casa para él, dirigida por don Juan de Zúñiga y Avellaneda,

uno de los nobles «felipistas» que llevaba a su servicio casi treinta años. Resulta significativo que Carlos quisiera que su hijo «se criase e sirviese de la manera que se tuuo con el príncipe su tío», Juan de Trastámara, hijo y heredero de Fernando e Isabel, el último príncipe de Asturias.[22] La creación de una casa independiente para Felipe en 1535 significó que, a partir de entonces, solo sería atendido por sirvientes masculinos —el emperador nombró a unos cuarenta— y que Zúñiga, o su ayudante, dormiría en la misma cámara que él por la noche y le mantendría bajo constante vigilancia durante el día. «Solo hago ausencia», le aseguraba Zúñiga a Carlos V, cuando «estaua escriuiendo para Vuestra Majestad» o «estando [don Felipe] en la escuela, o en parte con su madre donde yo no pueda entrar». Felipe iba a convertirse en un «verdadero prínçipe de Castilla».[23] Su mundo nunca volvería a ser el mismo.

Príncipe de España

La exclusión de Zúñiga de «la escuela» reflejaba la tradición castellana según la cual «conviene que el príncipe tenga dos personas que le enseñen cosas diversas: vn maestro que le abeze letras y buenas costumbres, y vn ayo que lo industrie en militares y galanes exercicios».[24] Así pues, Silíceo fue quien enseñó al príncipe (y a seis de sus pajes) a leer, escribir y rezar, aunque el progreso fue bastante lento. En noviembre de 1535, el maestro informaba a Carlos de que «se cumplieron dos meses que estuvo sin leer ni escrevir» porque el príncipe había estado enfermo; tres meses después, Silíceo anunció que de nuevo había suspendido por algunos días los estudios de latín del príncipe «porque son difíciles estos primeros principios»: no es de extrañar, por tanto, que, a la edad de trece años, aunque el príncipe podía supuestamente entender el latín que leía y oía, «el escribir en latín [solo] se ha començado».[25]

En cambio, Felipe mostró una precoz devoción religiosa.

Nada más asumir el cargo de ayo en 1535, el severo y devoto Zúñiga ya señalaba que «el temor de Dios en el [príncipe] es tan natural que en su hedad yo no lo he visto mayor. Creo yo que le ayuda mucho ser tan buenas mugeres y cristianas doña Inés Manrrique y doña Leonor Mascarenhas». Así pues, el príncipe dedicaba las mañanas enteras a rezar y a las lecciones. Los libros de contabilidad de su casa y las cartas de sus tutores a Carlos V revelan cómo pasaba el resto del día. «Aprende muy bien después que está en la escuela», refería Zúñiga a Carlos en 1535, añadiendo maliciosamente «aunque ¡cuando va a ella parece un poco a su padre quando era de su hedad!». El príncipe desarrolló una gran pasión por la caza: las descripciones de las cartas de Zúñiga, así como la frecuente compra de ballestas, flechas y jabalinas por el tesorero de su casa, testimonian su creciente habilidad para matar animales en los parques reales. Solo Silíceo era capaz de extraer una lectura positiva de la preferencia del rey por la caza antes que por el estudio, y, en este sentido, tranquilizaba a su soberano diciendo que «ase de tener a mucho que en esta hedad de catorce años, en la cual naturaleza comiença a sentir flaquezas, aya Dyos dado al príncipe tanta voluntad a la caça».[26]

Al final, Carlos tuvo que fijar una cuota semanal para cada especie en cuanto al número de piezas que a Felipe se le permitía abatir; pero, para compensar su desilusión, el ayuda de cámara del príncipe recibía «30 ducados que cobra él cada mes para las cosas que dan contentamiento a su alteza». Entre ellas se incluía «un hombre de armas de plata, armado de todas las pieças; un cauallo de plata para el dicho hombre de armas»; y «seis pieçeçicas de artillería pequeñitas doradas». Estos artículos iban todos dirigidos a desarrollar el espíritu marcial del príncipe. Otros eran simplemente «para su alteza olgar con él», como «un caxcabel de las Indias que haze un sonido suave» y «un espejo de las Indias hecho a manera de cabeça de perrillo».

Felipe también poseía una baraja de cartas con la que él y don Luis de Requesens, el hijo mayor de Zúñiga y su paje principal, «fent una església de naips vui tot lo dia».[27] Tenía asimismo pájaros como animales de compañía, a algunos de los cuales se les había cegado a propósito porque se creía que así trinaban mejor: cuando por entonces su casa tuvo que trasladarse de un palacio a otro, se precisó una mula extra para transportar el aviario del príncipe. Una xilografía de Antonio de Honcala muestra al joven príncipe jugando con un pájaro sujeto a un cordel [véase lámina 2]. Posteriormente, Felipe adquirió otros animales domésticos: un perro que dormía en su cámara en un «colchón de aneja» especial, una mona, seis cobayas y un papagayo.

Felipe también aprendía a comportarse adecuadamente en público. En los bailes, su pareja era su hermana María y desfilaba en las procesiones que precedían a las corridas de toros y los torneos. En 1535, por primera vez, apareció en público con armadura en «una muy solemne justa» en Madrid (aunque luego se sentaba junto a sus hermanas en un palco especial para contemplar el espectáculo). El joven príncipe permanecía junto a su madre cuando esta recibía embajadores, y se sentaba al lado de su padre cuando este inauguraba las Cortes de Castilla.

El emperador rara vez estaba presente para intervenir en la formación de su hijo. En marzo de 1535 dejó España y no regresó hasta enero de 1537; después, en cuanto la emperatriz quedó encinta otra vez, Carlos se marchó a Aragón. Isabel dio a luz sola, en esta ocasión a otro infante bautizado con el nombre de su fallecido tío Trastámara, Juan. Moriría al poco tiempo. Este suceso hizo que el emperador se apresurara en regresar a Castilla —tal vez preocupado por el hecho de que su esposa se aproximaba al final de su edad fértil y él solo tenía un heredero —, pero cuando Isabel se quedó embarazada de nuevo, Carlos volvió a marcharse, dejándole «molt amarga desta partida del

Emperador per por que no es detinga allà més de lo que diu», según una de sus damas, la cual añadía, «té raó, que molt trista vida pasa en sa absènsia».[28] Este embarazo, el quinto, también se malogró, lo que obligó a Carlos a volver e intentar engendrar un hijo de nuevo: aquella sería la última vez. En abril de 1539, mientras el emperador y Felipe se dirigían a Madrid para salir de caza, la emperatriz dio a luz a otro infante, que nació muerto, a raíz de lo cual ella enfermó y falleció el primero de mayo de 1539, tres semanas antes del duodécimo cumpleaños del príncipe Felipe [véase lámina 3].

Felipe no olvidaría nunca aquellos primeros años con su madre. Cuando en 1570 el mayordomo mayor de su nueva esposa, Ana de Austria, le preguntó qué protocolo se debía seguir en la casa, el rey contestó «que todo se haga como en el [tiempo] de mi madre»; y cuando surgían preguntas concretas, el rey volvía a referirse a «lo que se me acuerda que pasó en tiempo de my madre». Felipe también se acordaba de las personas de aquellos primeros años. Un día de 1594, a la edad de 67 años, al recibir una carta en la que se proponían candidatos para el puesto de inquisidor general, se vio abrumado por los recuerdos de sus primeros años y de las carreras de anteriores titulares. «Quando se dio la Inquisición General al Cardenal Tavera, ya era arzobispo de Toledo desde el año de [15]34, que murió don Alonso de Fonseca, que también conocí, y que vi la noche antes que muriese, que llegamos a Alcalá y murió la noche que estuvimos allí». También recordaba su primer encuentro con el padre de uno de los candidatos, «que fue en el principio del año de 1533 con la emperatriz mi señora, que aya gloria, a Barcelona a esperar allí al emperador mi señor, que también aya gloria».[29]

Padre e hijo

Tras la muerte de Isabel, el emperador se retiró a un monasterio

durante siete semanas para llorar la pérdida de su esposa, y ordenó a sus dos hijas trasladarse a la villa de Arévalo, donde podrían crecer lejos del bullicio de la corte y de su hermano. Felipe tenía que presidir en solitario las exequias fúnebres por su madre, celebradas en la iglesia de San Juan de los Reyes de Toledo. Esta fue su primera aparición solo en la escena pública. Cuando Carlos abandonó su retiro monacal, decidió hacerse cargo personalmente de la preparación de su heredero y, a tal efecto, incrementó notablemente el número de sus criados y ascendió a Zúñiga para que fuera mayordomo mayor (sin dejar de ser el ayo) del príncipe. Pero casi enseguida llegaron noticias de una sublevación en los Países Bajos encabezada por Gante, la ciudad natal de Carlos. Esto planteaba un complejo dilema para el emperador, puesto que también los pecheros de Castilla parecían inquietos. En 1538, los nobles y ciudades reunidos en las Cortes de Castilla expusieron que, dados los «18 años que ha que Vuestra Magestad está en armas por mar y tierra», era menester que «Vuestra Majestad trabaje por tener suspensión de guerras», y se negaron a votar nuevos impuestos para las guerras extranjeras. El emperador, enfurecido, ordenó a todos retirarse con severos reproches.[30] Por tanto, dejar España representaba un riesgo importante: todos recordaban que la última vez que Carlos se había marchado sin nombrar a un regente de sangre real, la rebelión de los comuneros casi le había costado el trono. Ahora, sin la emperatriz, carecía de un pariente adulto que pudiera gobernar España; pero tampoco podía ignorar el riesgo de no marcharse. Según su hermana María, su regente en los Países Bajos, «aquí lo que está en juego es si Su Majestad será señor o siervo».[31]

Así pues, Carlos decidió partir para los Países Bajos en noviembre de 1539, y dejó a Felipe como su regente nominal, pero con el poder ejecutivo investido en el cardenal Juan de Tavera, primado de España e inquisidor general, que actuaría

como «gobernador» asistido por Francisco de Los Cobos, el responsable *de facto* del aparato administrativo y financiero de Castilla, a quien Carlos había designado para el puesto de secretario de Felipe. Justo antes de abandonar España, Carlos preparó dos juegos de Instrucciones. Las que iban dirigidas a sus ministros se concentraban en sus tareas y responsabilidades administrativas, mientras que el documento para Felipe trataba de política. El emperador lo redactó «por forma de admonición, parecer y consejo», de modo que, en caso de que «Dios será servido de llevarnos para sí» antes de haber conseguido sus objetivos políticos, «el dicho príncipe sepa nuestra intención» y pudiera seguir las estrategias religiosas, dinásticas y políticas correctas «para que poder vivir y reinar pacíficamente y en prosperidad». Este fue el primero de los muchos documentos de asesoramiento que conformarían decisivamente la perspectiva política del príncipe, que perseguiría las metas marcadas por su padre durante el resto de su vida.[32]

Tras exigir al príncipe que amara a Dios y defendiese su Iglesia, el emperador le instaba a depositar su confianza, por encima de todo, en sus parientes. «Que tenga y conserve buena, verdadera, sincera y perfecta amistad y inteligencia con el Rey de Romanos, nuestro hermano [Fernando], y con nuestros sobrinos y sobrinas sus hijas; con las reynas de Francia [su hermana Leonora] y viuda de Hungría [su hermana María]; con el rey y reina de Portugal [su hermana Catalina], y sus hijos y hermanos del dicho señor rey, como por deber de parentesco el dicho nuestro hijo es obligado, y siguiendo la dicha amistad y inteligencia como ha sido y es entre nos». Carlos exponía a continuación la mejor manera de tratar tres asuntos contenciosos: Francia, los Países Bajos y Milán. Él los consideraba relacionados, dado que, aunque en aquel momento estaba en paz con el rey de Francia, dicha paz solo se

mantendría si las partes se ponían de acuerdo «en el quitar y extinguir todas las querellas y pretensiones de intereses» relativas a los Países Bajos y Milán, y sellaban el trato con «alianzas de casamientos».

El emperador revelaba haber prometido al rey Francisco que el segundo hijo de este se casaría con la infanta María, con Milán como dote. A pesar de este solemne compromiso, continuó, tanto él como la emperatriz habían estipulado en sus testamentos «en caso que no tuviéresemos otro hijo que el dicho príncipe, como ha subcedido», que María se casaría con uno de los hijos de Fernando y que ambos, juntos, gobernarían los Países Bajos. Este asunto había adquirido una importancia clave con los «movimientos y motines» de los Países Bajos, dado que «la diversidad de los vecinos y multitud de sectas contra nuestra sancta fe y religión, fundados so color de libertad y gobierno nuevo y voluntario, que podría causar no solamente su entera perdición y apartarse de nuestra casa y linaje, más aún su enajenación de nuestra sancta fe y religión». De modo que el emperador estaba dispuesto a incumplir sus promesas tanto a Francisco como a Fernando «para que queden [los Países Bajos] al dicho príncipe, nuestro hijo, y él suceda en ellas si es posible». Advertía a Felipe que este resultado implicaba serios riesgos; de manera que, si al final, «dispusiéramos de las dichas tierras para la dicha nuestra hija y en favor del dicho casamiento, será por obviar a los inconvenientes antes dichos y por el gran bien de la Cristiandad, y del dicho nuestro hijo, beneficio, reposo y tranquilidad de los reinos y otros estados y tierras que ha de heredar».

Las Instrucciones del emperador también establecían la política que Felipe debía seguir hacia otros tres Estados: Portugal, Saboya e Inglaterra. La infanta Juana debía casarse con el heredero al trono portugués, el príncipe Juan; los franceses debían evacuar Saboya, arrebatada al duque, cuñado

de Carlos; y, en lo que respecta a Inglaterra, la consanguinidad también obligaba al «dicho príncipe, nuestro hijo, a tener» a su prima María Tudor «por encomendada, y asistirla y favorecerla cuanto convenientemente fuere posible».

Este extraordinario documento, en el que se habla de secretos que Carlos no había revelado a nadie más, ni siquiera a su hermano, testimonia la gran confianza que tenía depositada en su hijo de doce años; pero dado que el príncipe era demasiado joven para llevar a la práctica ninguna de tales políticas, es indudable que el César pretendía que Felipe lo compartiera con su «gobernador», el cardenal Tavera; con Cobos, quien estaba completamente al tanto de las políticas del emperador al haber acompañado a su señor en sus anteriores viajes; y también con Zúñiga, su ayo y mayordomo, a la sazón también miembro del Consejo de Estado. Si Carlos moría en el extranjero, estos tres hombres serían los que debían guiar todas las empresas del príncipe.

Dado que Carlos sobrevivió, estas Instrucciones nunca tuvieron que ser aplicadas, pero en ellas el monarca identificaba varias cuestiones que dominarían la política exterior española durante el resto del siglo: la primordial importancia de mantener buenas relaciones con la rama austriaca de la familia y de concertar matrimonios con sus parientes de la familia real portuguesa; la necesidad de separar Milán, o bien los Países Bajos, de España; la responsabilidad de restaurar Saboya a su duque; y la obligación de defender el catolicismo y a la pretendiente católica al trono en Inglaterra. Por otra parte, el documento revelaba tres actitudes que socavarían la política exterior española durante un siglo: el excesivo secretismo, el desdén por las promesas solemnes y la renuncia a entregar cualquier territorio. Así, las Instrucciones de Carlos de 1539 subrayaban de forma sorprendentemente clara tanto las fortalezas como las debilidades de la monarquía que su único

hijo «ha de heredar».

Durante los dos años siguientes, en ausencia de sus padres y hermanas, la educación de Felipe quedó bajo el exclusivo control de Zúñiga, cuyos completos informes al emperador nos permiten seguir la evolución de sus responsabilidades. Para empezar, la vida religiosa del príncipe cambió radicalmente a raíz de la muerte de su madre, y concentró cada vez más su devoción en el santo cuyo nombre llevaba, san Felipe. El 1 de mayo, día de San Felipe y Santiago, Felipe había recibido la orden del Toisón de Oro (1533) y se había recuperado de la viruela (1536) —hechos ambos que demostraban que el santo cuidaba de él—, y en la misma fecha de 1539 su madre había muerto. Esta coincidencia reforzaba la devoción de Felipe por su patrón, porque sugería que el santo había intervenido para acompañar a su madre hasta el cielo, y a partir de entonces combinaría la celebración del día de su santo con la conmemoración de la muerte de su madre. En 1541, tomó la primera comunión «por ser ya pasados los XIIII años, para lo qual se aparejó que a los viejos nos a dado ejemplo», escribió Zúñiga orgulloso al emperador, y «Vuestra Magestad deue dar gracias a nuestro señor que tiene hijo cristiano y en los demás bien inclinado y de buen entendimiento». Como muestra de ello, Zúñiga señalaba que de los treinta ducados que Felipe recibía cada mes «para lo que quisiere», daba «los XV por Dios». Felipe iba bien encaminado a convertirse en «el rey católico».[33]

También se estaba convirtiendo en un campeón de la caza. En 1541, comenzó a ir «a caça con los halcones, y a auido días de buenos buelos». En aquel momento, informaba Zúñiga, «aunque huelga mucho en lo de la ballesta, quando no puede gozar de aquello, huelga con los halcones y de qualquiera manera que sea en el campo». El príncipe también aprendía a luchar a caballo y a pie —el tesorero de la Casa de Felipe

compró «dos espadas para esgrimir» y «cuatro lanzas para correr Su Alteza a la sortija»—, y en 1543 Zúñiga declaraba que «Su Alteza está muy bueno y el más gentil hombre de armas de esta corte»; añadiendo un poco más adelante «[sabe] combatir a pie y a cauallo muy bien».[34]

Como era habitual, Zúñiga se mostraba menos elogioso en relación con los estudios del príncipe, aunque en junio de 1541 informaba al emperador de que

> de doss meses acá tengo más esperança que solía que a de gustar más del latín de lo que yo pensaua, de que yo holgaría mucho, porque lo tengo por parte muy principal en un príncipe ser buen latino, así para saberse rregir a sý como a otros; specialmente quien espera tener debaxo de sý tanta diferencia de lenguas, es bien saber bien una general por no se obligar a saberlas todas.[35]

La precisión temporal relativa a los «doss meses» no era accidental. En 1540, «entendiendo que el studio que se hazía con el príncipe no era de mucho provecho», Zúñiga puso de manifiesto su personal insatisfacción con el maestro Silíceo, nombrando al humanista aragonés Juan Cristóbal Calvete de Estrella, «maestro particular» de su hijo mayor (y paje principal de Felipe), don Luis de Requesens. Carlos V pronto llegó a la misma conclusión y, a petición de Zúñiga, nombró a Silíceo para ocupar un obispado vacante lejos de la corte, con el requerimiento de que «el dicho maestro se ocupe en la visitar parte del año».[36] En febrero de 1541, visto que Calvete era tanto «hombre muy docto» como «limpio de sangre» (esto es, que no tenía antepasados judíos ni moros), Carlos lo nombró «por maestro de gramática para que enseñe a todos los pajes que son y fueren del dicho príncipe».[37] Al poco tiempo otros tres instructores le asistían: el valenciano Honorato Juan, un alumno del famoso humanista Juan Luis Vives, para enseñarle matemáticas y arquitectura; el cordobés Juan Ginés de Sepúlveda, cronista del emperador, para la historia y la geografía; y el toledano Francisco de Vargas Mexía, para la teología. Aunque los cuatro preceptores eran españoles (si bien

de distintas partes de la península), cada uno había viajado extensamente por Europa y poseía una visión cosmopolita que ampliaría los horizontes del príncipe y sus compañeros de estudios en la corte.

Desde el primer momento, Calvete mostró su clara visión pedagógica. En 1541, compró 140 libros y los mandó encuadernar expresamente para el príncipe, duplicando sobradamente el tamaño de su biblioteca. La mayoría de dichas obras estaban escritas en latín, bien por autores clásicos como César, Cicerón, Plauto, Séneca, Terencio o Virgilio, o por humanistas modernos entre los que estaban Erasmo (*Adagios* y *Enquiridion o manual del cauallero christiano*), Vives (*De anima et vita*) y —el más sorprendente de todos— Felipe Melanchthon, principal lugarteniente de Lutero (*De arte dicendi*). A pesar del predominio de las obras en latín, Felipe se convirtió en el primer monarca español en leer en griego (llegó a poder abordar las obras de Homero y algunos otros poetas griegos en su lengua original) y también aprendió algo de hebreo y arameo, de manera que pudo estudiar la Biblia en sus idiomas originales. El príncipe también adquirió una gramática de árabe y «un libro del alcorán que mandó su alteza comprar». [38]

Este último lo compró el príncipe durante un largo viaje durante el cual el emperador llevó a su hijo a Navarra, Aragón, Cataluña y Valencia para que fuera reconocido como su heredero; pero Calvete, Juan y Sepúlveda —todos los cuales acompañaban a Felipe— aprovecharon cada oportunidad para enseñarle las distintas lenguas, culturas y tradiciones de sus nuevos vasallos. El príncipe también se reunió con el embajador del sah de Persia y un hermano del rey del Congo, y recibió de fray Bartolomé de las Casas una copia manuscrita de su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Por ultimo, cuando llegó la noticia de que los franceses habían sitiado

Perpinyà, la segunda ciudad de Cataluña, Sepúlveda lideró un debate entre los cortesanos sobre la mejor manera de salvarla, que supuso el primer contacto de Felipe con la guerra.

Cuando la corte regresó a Castilla, Calvete gastó mucho dinero en la adquisición de más libros en latín que apoyaran su ambiciosa estrategia pedagógica. Las obras de historia —escritas por autores medievales y clásicos, así como por humanistas modernos— constituían la categoría más numerosa (la cuarta parte de todos los libros comprados entre 1535 y 1545), seguida muy de cerca por la teología (el quince por ciento del total), si bien la mayoría de las disciplinas estaban representadas. Cada vez que Felipe y sus tutores finalizaban una obra, parece ser que Calvete añadía el signo de la almohadilla (#) antes de pasar a otra; esto sugiere que, para 1545, cuando terminó su formación académica oficial, Felipe había estudiado y analizado varios cientos de libros de una amplia variedad de materias. También conoció a muchos eruditos. Durante su visita a Salamanca en 1543, a la edad de dieciséis años, el primer día «gastó toda la tarde en ver las escuelas y oyó algunas liçiones y asistir a unas conclusiones» de un catedrático de la universidad y, al día siguiente, «Su Alteza acabó de oýr a todas los catedráticos que le restauan del día pasado y asistió a unas conclusiones que tubo en derecho… y así salió muy tarde».[39] [⇒]

No obstante, el proyecto pedagógico de Calvete presentaba algunas lagunas. La biblioteca del príncipe contaba con pocos libros de leyes y artes militares (aunque tenía una edición de lujo en dos tomos de las *Siete Partidas* entre los primeros y copias de los textos clásicos de Vegecio y Eliano entre los últimos) o escritos en cualquier idioma moderno aparte del español. Felipe no recibió ninguna instrucción formal en francés, italiano o cualquiera de las restantes lenguas habladas por sus súbditos. Esta importante carencia era reflejo de una

decisión deliberada: dado que el latín era una lengua universal, Zúñiga pensaba que «es bien saber bien una general por no se obligar a saberlas todas» y el emperador estaba de acuerdo con él, insistiendo en que hasta que su hijo hubiera dominado el castellano y el latín, los demás idiomas podían esperar. «[No] sería malo tanbién saber algo de la [lengua] francesa, mas no querría que, por tomar la una, las dexássedes entranbas». Felipe nunca dominó el francés: casi nunca lo escribía; y cuando en 1576 el embajador francés le leyó una carta de su rey, Felipe admitió «para decir la verdad, entendí poco della» porque «no entiendo muy bien el francés».[40]

Pese a su limitada competencia en lenguas modernas, su amplio y profundo aprendizaje humanista explica no solo su facilidad con el latín, sino también su marcado estilo en castellano y su seguridad en sí mismo (por no decir arrogancia) a la hora de debatir en torno a casi cualquier aspecto de la actividad intelectual: sobre arquitectura con los arquitectos, sobre geografía e historia con ministros y académicos, y aun sobre teología con los papas.

Felipe también continuaba participando en actividades de placer. Las cuentas de su casa registran la compra de bolos, tiro, pelota, tejos, ajedrez, cartas y «unos guantes para jugar a la pelota». También se divertía con el humor de bufones y locos (un gusto que mantendría a lo largo de toda su vida), y continuó disfrutando de la música. Su capilla incluía un coro compuesto por dos sopranos, dos contraltos, dos tenores, cuatro bajos y dos organistas, uno de ellos el «músyco tañedor de órgano» de su madre, y, tras mandar reparar los órganos de su capilla en 1540, el príncipe siempre los llevó con él en sus viajes. Las composiciones e interpretaciones de Antonio de Cabezón deleitaban hasta tal punto al príncipe que se llevó al organista ciego con él en sus viajes al norte de Europa entre 1548 y 1551. El príncipe también tenía contratado al

compositor Luis de Narváez, autor de *Los seys libros del delphín de música de cifra para tañer vihuela* (1538), quien le enseñó a él y a sus hermanas a tocar la vihuela. Entre el personal de su casa se incluían un «maestro de bezar a danzar», que enseñaba a bailar a todos los niños de la familia real, y un pintor, quien instruía al príncipe cuando este se ponía a llenar «un libro de ojas grandes que pedió su alteza para pintar en él». Unos primeros dibujos de la mano del propio Felipe han sobrevivido en los márgenes de dos de sus libros, realizados probablemente en torno a 1540-1541, la misma época en la que adquirió su «libro de ojas grandes» [véase lámina 4]. Debido a todas estas actividades, el gasto de la Casa del Príncipe casi se duplicó entre 1540 y 1543, fecha para la cual su servicio ascendía ya a unas doscientas cuarenta personas, y se requerían veintisiete mulas y seis carros para transportar todos sus efectos cada vez que Felipe se trasladaba de una a otra de las residencias reales.[41]

Dondequiera que fuese, Felipe llegaba precedido de su guion, símbolo inequívoco del elevado estatus que lo distinguía del resto de los componentes de la corte, y lucía su propio escudo de armas y su sello (estampado con toda claridad en las encuadernaciones de piel de sus libros). También tenía su propia divisa: «*Nec spe nec metu*» («Ni por esperanza ni por miedo»). En marzo de 1541, con el permiso especial de su padre, el príncipe «corrió la sortija» a la cabeza de un grupo de cinco caballeros «con máxcara, donde le corrieron otros muchos y lleuó el precio muy dignamente». Cinco meses después, informaba Zúñiga, «Su Alteza está muy bueno y no con poca voluntad, si tuuiese libertad, de yr a seruir a su padre» tomando parte en el ataque de Carlos sobre Argel, una «libertad» que el emperador le negó. No obstante, su ayo y sus preceptores mantenían al príncipe ocupado: como Zúñiga comentó con clara ironía en octubre de 1541, «de armas y libros y virotes y saetas sería Su Alteza malo de hartar».[42]

Tres meses más tarde, el emperador anunció que Felipe se casaría con la princesa María Manuela de Portugal, hija de la hermana de Carlos y el hermano de Isabel, y, por tanto, prima de Felipe por ambas partes de la familia. El príncipe ya llevaba pensando en la procreación desde que era un niño de ocho años: cuando doña Estefanía de Requesens dio a luz a una hija, Felipe le dijo «que ell volia que èsta y totes les que jo parís fosen damas de sa muller».[43] Tras la muerte de la emperatriz, Carlos empezó a interesarse en proteger la pureza sexual de sus hijos, separando a Felipe de sus hermanas, algo que disgustó a todos ellos. Durante algún tiempo la presencia de su padre compensó para Felipe la ausencia de sus hermanas, dado que el emperador pasaba mucho tiempo con su hijo, instruyéndole en el arte de gobernar tanto durante un periplo por la Corona de Aragón como después de su regreso a Madrid. Es indudable que la intención de Carlos era que estas lecciones tuvieran un carácter fijo, pero cuando estalló una nueva guerra con Francia, en mayo de 1543, tuvo que abandonar España para hacerse cargo personalmente de las operaciones. Esta vez,

> de nuestro propio motu y cierta ciencia, deliberada voluntad y poderío real absoluto de que en esta parte queremos usar y usamos como reyes y señores naturales, no reconociendo superior en lo temporal, eligimos y señalamos, constituimos y nombramos al dicho príncipe don Phelipe para que sea nuestro lugarteniente general y governador de los dichos nuestros reynos y señoríos.[44]

Asunción del cargo

Al no poder ya impartir sus lecciones verbalmente, Carlos escribió —justo antes de salir de España hacia Italia— algunos juegos de Instrucciones para ayudar a su hijo en su nueva y ardua tarea. Una «Instrucción general» enumeraba sus poderes y responsabilidades como gobernador de Castilla. Mandaba que hiciera algunas de sus devociones públicamente; que «coma públicamente; y que dispusiese algunas horas del día para que oy[g]a a los que le vinieren a hablar, y reciba las peticiones y

memoriales que le dieren, y los remita». Sobre todo, le conminaba a obedecer en todo a una junta compuesta por tres principales consejeros: Tavera, Cobos y don Fernando de Valdés, presidente del Consejo Real. Sin embargo, el emperador firmó otro documento el mismo día titulado «La restricción del poder del príncipe», que enumeraba una serie de cosas que Felipe no podía hacer, a pesar de los, en apariencia, plenos poderes otorgados en la «Instrucción general». La mayoría de ellas estaban relacionadas con la labor de patronato que solía recaer en la Cámara de Castilla —«[q]ue no se despache legitimaciones de hijos de clérigos» y «[d]e las cosas que vacaren de la yglesia queda reservada a mí la provisión de arçobispados y obispados y abbadias»—, aunque algunas eran más generales, «que no se dé expectativas, pues yo no las doy» y «[q]ue los indios no se den ni encomienden sin expresa orden mía».[45]

Acto seguido, el emperador zarpó hacia Italia; pero al día siguiente vientos adversos le obligaron a refugiarse hasta el 12 de mayo en el puerto de Palamós, donde continuó trabajando en nuevas Instrucciones para su hijo. Un juego tenía un carácter muy personal, y Carlos lo escribió con su propia y angulosa letra para «daros la informaçión que yo supiere y entendyere, de cómo en esta gouernación os auéys de guiar».[46] El César esperaba que «no enbargante que vuestra edad es poca para tan gran cargo», Felipe superaría todos los obstáculos gracias a su fe religiosa, virtud y fuerza de voluntad. Concretamente, por un lado, «seed deuoto», no «permytays que heregías entren en vuestros reynos» y «fauoreçed la Santa Inquisición». Por otro, le daba prácticos consejos: «Auéys de ser, hijo, en todo muy tenplado y moderado. Guardaos de ser furyoso, y con la furya nunca executáys nada. Seed afable y humilde»; «Guardaos mucho de no dar, ny de palabra ny por escrito, promesa de cosa de poruenyr ny espectatiua, pues

ordynaryamente no se sygue buen sucesso de anticipar el tienpo en cosas semejantes»; «Daréys, hijo, las audyencias necessaryas, y seréys blando en vuestras respuestas y paçiente en el oýr; y también auéys de tener oras para ser entre la jente visto y platicado».

Luego, el emperador se refería al «gouierno de vuestra persona». Lamentando no poder aconsejarle en todo —«[es] inposible acordarse de todo, y que tanbién, como se dize, ay sienpre más casos que leyes»—, Carlos instaba a su hijo para que tuviese «a don Joan de Çúñiga por vuestro relox y despertador, y que seáys muy pronto a oýrle y tanbién en creerle». En este punto, el tono de la carta se hacía más tajante: «Como os dixe en Madrid —escribía Carlos, dando testimonio de anteriores conversaciones íntimas entre padre e hijo—, no auéys de pensar que el estudyo os hará alargar la niñez»; y, continuaba, «sy a todos es necessaryo [el estudio], pienso, hijo, que a vos más que a nadye, porque veys quantas tierras auéys de señorear en quantas partes, y quan distintas están las unas de las otras». «También, hijo», continuaba,

> auéys de mudar de vida y la comunicación de las personas. Hasta hagora todo vuestro aconpañamiento han sydo niños, y vuestros plazeres los que entre tales se toman. D[e] aquí adelante no auéys de allegarlos a vos, syno para mandarles en lo que han de seruir. Vuestro acompañamiento principal ha de ser de onbres viejos y de otros de edad razonable.

En concreto, «no haréys tanto caso de locos» (un consejo que su hijo no pudo o no quiso obedecer).

Finalmente, el emperador pasaba a un tema mucho más íntimo: las relaciones sexuales. «Hijo, plaziendo a Dyos, presto os casaréys» y, para un joven, le advertía, el sexo «suele ser dañoso, asý para el creçer del cuerpo como para darle fuerças, muchas vezes pone tanta flaqueza que estorua ha hazer hijos y quita la vida como lo hizo al prínçipe don Joan, por donde vyne a heredar estos reynos». El emperador compartía la común

(aunque errónea) creencia de que el heredero de los Reyes Católicos, Juan de Trastámara, que en todo lo demás debía servir de modelo a Felipe, había muerto a consecuencia de una inmoderada actividad sexual con su joven esposa; y Carlos no tenía intención de permitir que su hijo siguiera su ejemplo con María Manuela de Portugal. Daba por sentado que su hijo todavía era virgen («tengo por muy çierto que me auéys dicho verdad de lo pasado y que me auréys conplido la palabra hasta el tienpo que os casáredes»), y a continuación pedía que el príncipe mostrara la misma contención después de su matrimonio. «Os ruego y encargo mucho que, luego que auráys consumydo el matrimonyo, con cualquier achaque os apartáys [de la princesa] y que no tornáys tan presto ny tan a menudo a verla; y quando tornáredes, sea por poco tiempo».

Carlos apoyaba esta sorprendente petición no solo en el más puro chantaje —«¡myrad qué ynconuenyente serýa sy vuestras hermanas y sus maridos os uvyessen de heredar, y qué descanso para mi vejez!» si el exceso de sexo mataba al príncipe —, sino también en medidas prácticas, como encargar a Zúñiga que vigilara el cumplimiento del príncipe a este respecto.

> Y para que en eso no aya falta, avnque ya de aquý adelante no auéys menester ayo, quiero que en este caso solo lo sea Don Joan; y conforme a lo que os dixe en su presençia, no hagáys en ello, syno lo que él os dixere, y por esta le mando que en aquello, avnque os enojasse, no dexe de dezir y hazer todo lo que en él fuere, para que asý lo hagáys.

Para asegurarse por completo de que su hijo le obedecería, «tengo ordenado al duque y duquesa de Gandýa que hagan lo mismo» con María Manuela una vez llegara a España «y la tengan apartada de vos, syno a los tienpos y ratos que para vuestra vida y salud se podrá çufrir». Resulta difícil imaginar medidas más proclives a crear un grave complejo sexual en un joven de dieciséis años.

Aunque el matrimonio entre ambos jóvenes se ratificó el 13

de enero de 1543, a Carlos le pareció bien que la ceremonia se demorase varios meses. Lejos ya los rigores del verano, estación en la que el calor y el exceso de actividad sexual podrían haber supuesto un peligro para la salud del príncipe, la ceremonia no pudo aplazarse más. El 12 de noviembre de 1543 Felipe se vistió «todo de raso blanco, que parecía palomo blanco», y durante muchas horas bailó y cenó con su prometida; luego descansaron hasta las cuatro de la madrugada, hora en la que Tavera les casó; y solo entonces se retiraron «al aposento de la Princesa». ¡Pero no por mucho tiempo! Solo «estuvieron juntos hasta dos horas y media que don Juan de Zúñiga vino y los llevó a echar en otra cama en su aposento». Además, después de menos de una semana de tener cuidadosamente racionado el tiempo que pasaban juntos, la pareja dejó Salamanca para ocupar aposentos separados en Valladolid. Allí, «a cabo de algunos días que dormían apartados, le a salido a Su Alteza una sarna muy penosa». Zúñiga oscilaba entre el alivio de que aquello significaba «que no dormía con su muger» y la preocupación de que «la sarna aún dura, y él nunca la tuvo en su vida». Luego, una vez la «sarna» hubo remitido, Felipe mostró cierta frialdad hacia su esposa: «cuando están juntos, parecía que [Felipe] estaba por fuerza y, en sentándose, se tornaba a levantar e irse; y que veía a la princesa poca veces».[47] Tanto Carlos como Zúñiga le reprochaban esto a Felipe, pero, probablemente, a ninguno de ellos se le pasó nunca por la cabeza que el humillante régimen establecido hubiera hecho que, a ojos de su joven esposo, María Manuela pareciese un arma letal.

Carlos contribuyó a aumentar el bochorno de su hijo enviando estas instrucciones de carácter tan íntimo no directamente a Felipe, sino a Zúñiga, con órdenes de que el príncipe debía leerlas «en su presençia, para que él tenga cuydado de acordaros las cosas en ella contenydas, todas las

vezes que él vyere que fuere menester». El emperador también sugería que su hijo podía mostrarlas tanto a Cobos como a Silíceo, cuyo criterio y experiencia el emperador encomiaba sin reservas. Parece improbable que Carlos insistiera en este procedimiento para humillar a su hijo (aunque el resultado fuera inevitablemente ese), sino más bien para convencer a los tres ministros por él nombrados de que les había abierto su corazón tanto como lo había hecho con su propio hijo.

Sin embargo, tenía mucha más información que trasladar al joven príncipe que nadie más debía conocer. El 6 de mayo, dos días después, firmó otra extensa carta ológrafa a su hijo: «Os escribo y enbýo esta [instrucción] secreta que será para vos solo, y asý la ternáys secreta y debaxo de vuestra llave sin que vuestra mujer ny otra persona viua la vea». Se trata del consejo de carácter político más sobresaliente puesto por escrito por un soberano de principios de la época moderna.[48]

Esta vez, Carlos comenzaba expresando «el pesar que tengo de aver puesto los reynos y señoryos que os tengo que dexar en tan estrema necessydad» y de que, si moría, «lo de la hazienda quedará tal que pasaréys gran trabajo, porque veréys quan corta y cargada queda por hagora»; pero «lo que he hecho a sydo forçosamente y por guardar my honrra, pues sin ella menos my pudyera sostener y menos os dexara». La primera lección «secreta» que Felipe aprendió de su padre fue, por tanto, que el dinero siempre debe postergarse ante la «honra y reputación». Más adelante, el emperador esbozaba la estrategia militar que pretendía seguir contra Francia y sus aliados, y en qué lugares tenía planeado encontrar los efectivos y fondos necesarios para llevarla a la práctica, para que su hijo supiera qué tenía que hacer, «sy fuesse [yo] preso o detenydo en este viaje».

A continuación llegaba la parte más destacable de la carta, precedida de otra orden que «convyene que sea para vos solo y

lo tengáys muy secreto»: un análisis feroz de las cualidades de cada uno de los ministros en cuyas opiniones el príncipe tendría que confiar «sy Dios dispusiesse de mý en este viaje». El emperador refería de nuevo a su hijo «lo que os dixe» en persona «de las paçiones y parçyalydades y casy vandos que se hazían o están hechos entre mis criados», pero en esta ocasión entraba en más detalles. Dado que sus principales ministros «son las cabeças del vando, todavýa los quize juntar porque no quedássedes solo en manos de uno [de] ellos». El emperador urgió a su hijo: «Tratad los negocios con muchos y no atáys ny obligáys a uno solo, porque aunque es más descansado no [o]s conviene».

Luego, Carlos iba repasando las virtudes y los defectos de sus consejeros, uno por uno, empezando por don Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba. Aunque «en lo del estado y de la guerra» el emperador consideraba a Alba «el mejor que hagora tenemos en estos reynos», lo había excluido de la junta de ministros del príncipe «por ser cosa del gouyerno del reyno, donde no es bien que entran grandes». El duque, proseguía el emperador,

> pretende grandes cosas y crecer todo lo que él pudyere, aunque entró santiguándose muy humilde y recogido. Myrad, hijo, qué hará cabe vos que soys más mozo. De ponerle a él ni a otros grandes muy adentro en la governación os havéys de guardar, porque por todas vías que él y ellos pudyeren, os ganarán la voluntad, que después os costará caro.

Felipe siguió este consejo: durante todo su reinado, ni Alba ni ningún otro «grande» entraron nunca «muy adentro en la governación».

El emperador evaluaba a continuación a sus otros ministros. Sobre Zúñiga escribía: «Aunque él se os figura algo áspero, no se lo devéys de tener a mal». Dado que «todos los que avéys tenydo y ternéys cabe vos son blandos y os desean contentar, haze por ventura parecer a don Joan áspero», pero

«sy él uvyese sydo como los otros, todo uvyera ydo a vuestra voluntad, y no es esto lo que convyene a nadye, ny aun a los viejos quanto más a los moços». No obstante, proseguía Carlos, nadie era perfecto y «en don Joan ay dos cosas a my parecer. La una que él es algo apasionado», pues Zúñiga competía con Cobos y, en algunos casos, con el duque de Alba en busca de influencia y patrocinio. El otro defecto era «una poca de codycia», pero, según creía el emperador, «no podéys tener mejor no más fiel concejero que don Joan». Carlos también criticaba a los otros ministros que tendrían que asesorar a su hijo. Cobos «no es tan gran trabajador como solýa», se quejaba Carlos, y, aunque «hasta hagora a tenydo poca paçión, hagora paréçeme que no le falta». Sin embargo, «el tiene esperiencia de todos mis negocios y es muy informado de [e]llos: bien sé que no hallaréys persona que de lo que a ellos toca podáys mejor seruyr que d[e] él». Por eso, «bien será que os sirváys dél como yo lo hago, no a solas ny dándole más autorydad que la que por las instruxiones está contenydo».

Contradiciendo lo que había escrito dos días antes, tenía poco bueno que decir de Silíceo: aunque «conocéysle y todos le conocemos por muy buen onbre, cierto que no ha sydo ny es él que más os convyene para vuestro estudyo. Ha deseado contentaros demazyadamente». Ahora, «vos os confessáys con él. No serýa bien que en lo de la conçiençia os deseasse tanto contentar como ha hecho en el estudyo. Hasta aquý no ha avydo inconvenyente», continuaba Carlos, pero «de aquý adelante lo podrýa aver y muy grande». Por tanto, el emperador le recomendaba que, aunque Silíceo quedara «vuestro capellán major, tomássedes un buen frayle por confessor». Carlos terminó, como en sus anteriores instrucciones, reconociendo que estas cuestiones «están tan oscuras y dudosas que no sé cómo dezyrlas ny qué os devo de aconsejar sobre ellas, porque están llenas de confusiones y contradiçiones, o por los negoçios

o por la conçiençia. En estas dudas, siempre os atened a lo más seguro, que es a Dyos».

Las Instrucciones ológrafas escritas por Carlos V en mayo de 1543 —tan directas, tan personales, tan perspicaces— causaron una tremenda impresión en su hijo. En 1559, cuando Felipe se negó a prometer una merced a un solicitante, le explicó a un consejero que lo había hecho porque «Vos sabéis quán enemigo soy de prometer, aun lo que puedo cumplir, porque es una lición que aprendí de Su Magestad muy muchos años ha que me lo dixo. Y heme hallado bien quando lo he cumplido y muy mal de lo contrario. Y así estoy determinado de no hazerlo más», una clara referencia al consejo dado por Carlos dieciséis años antes: «No dar, ny de palabra ny por escrito, promesa de cosa de porvenyr ny espectativa». En 1560, cuando dos inquisidores le interrogaron, afirmó: «Digo que el emperador, mi señor, que está en gloria, me dexó cuando se partió destos reynos el año de [15]43 una instrucción en que, entre otras cosas, me mandaba que hiziese rezidir a los perlados en sus iglesias». E igualmente en 1574, cuando Felipe pensó que podía salir de España y dejar a su esposa como regente, uno de sus ministros sugirió basar las Instrucciones para ella en las que Felipe había redactado cuando se había marchado a Inglaterra veinte años antes; pero el rey prefirió «los de quando yo comencé a governar el año de [15]43» porque «los recuerdos que entonces me dexó el emperador de su mano» contenían información sumamente útil.[49]

«Su Alteza rrecibió las Instrucciones con los poderes que Vuestra Magestad le inuía para la gouernación —informaba Zúñiga a Carlos el 8 de junio de 1543— y a começado a entender con mucho quydado en lo que se le manda, y hasta aquí con buena voluntad». El mismo día, Tavera enviaba al emperador una evaluación igualmente elogiosa: «El príncipe ha comenzado a usar de los poderes que Vuestra Majestad le

envió, y en lo que hasta agora se ha visto, tiene más cuidado y buena manera en los negocios de lo que su edad demanda». Aunque la intención del emperador había sido que su hijo solo firmara «las nóminas y otras cédulas y prouisiones que hiziere para lo tocante a su casa» como «el Príncipe», Zúñiga descubrió «que el príncipe don Juan [de Trastámara], en lo que proveía en sus tierras y en lo que firmaba de otras cosas, ponía "Yo, el príncipe"», y enseñó a Cobos «muchas escrituras firmadas del príncipe don Juan, que haya gloria» para demostrar «que esto era preeminencia de los príncipes de Castilla». Sin esperar la aprobación imperial, los dos ministros resolvieron que así lo hiciese Felipe.[50] Felipito se había convertido ya en un «verdadero prínçipe de Castilla».

2. Un príncipe del Renacimiento, 1543-1551

Gobernador de las Españas

Nada más convertirse en «gobernador de las Españas», Felipe recibió un torrente de cartas de su padre ausente en el que las noticias y los consejos se entremezclaban con órdenes y peticiones. Así, en octubre de 1543, al final de una carta en la que le pedía dinero y soldados españoles para proseguir su guerra con Francia, Carlos añadía una posdata de su puño y letra en términos muy cercanos al chantaje: «Hijo: vos veréis lo que en esta os escribo, y estoy muy cierto que viendo quanto me va en ello que haréis todo lo que podréys como buen hijo es obligado, para no dexar a vuestro padre en necesydad en tal coyunctura». Apenas dos semanas más tarde, el emperador volvía a coger la pluma para insistir en su petición y mantener la presión: «Hijo», gimoteaba, «lo que os tengo escrito no se puede ny deve excusar: […] y asý, hijo, os torno a encargar que mostréys en esto cuanto buen hijo me soys».[51]

Sin duda espoleado por los ministros nombrados por su padre, a quienes les preocupaba que una excesiva presión fiscal pudiera generar desasosiego, el príncipe no tardó en adoptar las defensas utilizadas por los servidores de la monarquía Habsburgo en todas partes. Lo primero era posponerlo, llegando a dejar pasar varias semanas antes de responder a su padre, «porque ha sido menester junctar consejos y otras personas» para celebrar muchas reuniones «en mi presencia» en las que «se platicó y trató» sobre la respuesta más adecuada. Felipe luego afirmaba que Castilla estaba demasiado exhausta para poder financiar nada más allá de los costes de su propia defensa. Cuando contestó a la petición de su padre, ¡en febrero de 1544!, fue para decirle:

> Suplico a Vuestra Magestad cuan encarescidamente puedo, y que se tome esto que aquí digo con la intención y sinceridad de ánimo que se escribe. Lo cual no se hace poner por poner estorbo a Vuestra Magestad en sus grandes pensamientos, los cuales son de su imperial valor, sino por traerle a la memoria la cualidad de los tiempos, la miseria en que está la república cristiana, las necesidades de sus reinos, los daños que de tan grandes guerras se siguen por más justas que sean, y el peligro en que están por estar las armadas enemigas tan cercas, y la poca forma que hay para resistir y proveer en tantas partes.

Poner fin a todas las guerras era la única estrategia realista, enfatizaba Felipe, «si Vuestra Magestad no quiere caer en algún inconveniente irreparable».[52]

Sin embargo, para cuando llegó la carta, Carlos ya había hecho entrar en acción sus «grandes pensamientos» y había invadido Francia, avanzando hasta situarse a ochenta kilómetros de París. En septiembre de 1544, Francisco I se vio obligado a firmar un acuerdo de paz. El emperador fue generoso: para asegurarse una paz duradera, le ofreció a su adversario uno de los territorios que había generado el conflicto, así como que el hijo menor del rey francés, el duque de Orleans, pudiera casarse con la hija de su hermano Fernando, llevando Milán como dote, o con la hermana de Felipe, María, que aportaría los Países Bajos. Carlos prometió anunciar cuál era su preferencia en un plazo de cuatro meses y, entre tanto, pidió a su hijo que planteara la «alternativa» tanto a María como a sus consejeros españoles.

El príncipe disfrutaba de una buena posición para llevar a cabo ambos turnos de negociaciones. El secretario Francisco de los Cobos había alabado la conducta y la destreza del príncipe en una carta al emperador. «Se ha adelantado su saber e su suficiencia», comentaba, de modo que lo que para otros

> parece imposible pudiera facer, lo faze [Felipe] con su entendimiento tan grande e con su alta comprehensión. Sus diversiones continuas son un puro entregamiento perpetuo al trabajo e a los negocios importantes de su reyno. Siempre está pensando e discurriendo en las cosas de la buena guvernación e justicia, sin dar entrada ni parcialidad al ocio ni a la lisonja ni a ningún vicio. Sus comunes tratos e conversaciones son siempre en estos negocios e con hombres

maduros.

Tampoco, continuaba Cobos, permitía Felipe que los «hombres maduros» le dominaran. Por ejemplo, recientemente había demostrado que «sabe mui bien las partes e entereza del duque de Alba». Cuando, en una reunión del consejo, el príncipe preguntó «algunas cosas de guerra para Francia, y el duque con su natural braveza respondió que, viviendo el emperador su señor y él, acabarían prestamente con Francia». En este punto (recordando, sin duda, el consejo de su padre de no dejar nunca que el duque se le subiera a las barbas), Felipe, «sin descomponerse», le dijo así: «Después del emperador, mi señor, ninguno ocupa antes lugar que yo. Y soy de parecer que quien esto no sabe entender e se alaba a mi presencia, o no me conoce o procura mi descontentamiento».[53] El duque no replicó.

En cuanto recibió el encargo de su padre de discutir la «alternativa», Felipe se erigió en el único conducto entre Carlos y la infanta, dado que, como él mismo señaló, su hermana «con ningún otro se abriría como conmigo». Pasó las siguientes dos semanas en conversaciones con María, y después convocó al Consejo de Estado, donde adoptó una táctica de «divide y vencerás» que en lo sucesivo constituiría el distintivo de su estilo de gobierno.[54] «Mandé que cada uno dixesse su parescer» en la reunión, donde cinco ministros —entre ellos Zúñiga— se mostraron a favor de retener los Países Bajos, por una combinación de razones económicas, estratégicas y sobre todo dinásticas: formaban parte del patrimonio de Carlos (mientras que la adquisición de Milán había sido mucho más reciente) y por eso no debía entregarlos. Entonces, debía casar al duque de Orleans con la hija de Fernando y asignarles como dote Milán. Otros cinco ministros, incluidos el duque de Alba y Cobos, argumentaron lo contrario: «el Stado de Milán es muy importante y necessario, no solo para defensión y conservaçión

de Nápoles y Sicilia, pero aun para la seguridad y quietud destos reynos, y para tener Vuestra Majestad libre el camino de poder yr y venir de Alemaña y Flandes y poder sacar y proueer, assý de Spaña, como de Alemaña, la gente y otras cosas que serán necessarias» para la defensa de cualquier territorio de la monarquía en caso de un ataque francés. Milán constituía el centro y el corazón de todo el imperio. El príncipe se ponía de parte del segundo grupo, e instaba a su padre a permitir el casamiento de Orleans con su hermana María, y el consiguiente sacrificio de los Países Bajos. Llegado el momento, Carlos rechazó el consejo de su hijo y declaró que Orleans se casaría con la hija de Fernando y adquiriría Milán; solo la muerte del duque le permitió evitar la entrega, perpetuándose de este modo la estratégicamente sobredimensionada herencia de Felipe.[55]

Aunque en este punto su opinión no prevaleció, Felipe pronto dejó sentada su independencia en asuntos de menor calado. Apenas tres meses después de que el emperador dejara España, en 1543, Silíceo le informó de que Felipe «entiende lo que lee en Latín, haunque va afloxando el exercicio asý por razón de estar ocupado en la gouernación que Vuestra Majestad le ha encomendado, como por entender en exercicio de armas y cauallería». El temprano final de su educación académica quizá sea una de las razones de la inmadura escritura de Felipe: incluso sus primeras cartas están escritas con una letra regular pero deslavazada [véase lámina 5].[56] Sus prácticas con las armas y la equitación también le causaron ciertas decepciones. En marzo de 1544, Felipe rompió una lanza contra su adversario, luchó con un hacha hasta que se hizo pedazos y, finalmente, utilizó su espada. Dos meses más tarde, partió hacia una isla del río Pisuerga, cerca de Valladolid, para participar en un torneo basado en un episodio de la novela caballeresca *Amadís de Gaula*; pero la barca que transportaba a una de las «cuadrillas»

al campo de combate se hundió bajo el peso de todos los caballeros pertrechados con sus armaduras. Aunque logró ponerse de nuevo a flote y los desaliñados caballeros retomaron su rumbo hacia el enclave isleño, la barca volvió a hundirse y tuvieron que renunciar al torneo. Dos años después, en otro intento de recrear las aventuras de Amadís en una isla cercana a Guadalajara, Felipe se hirió ambas piernas durante el combate y tuvo que caminar con bastón. Según uno de sus compañeros de justa, «de postura en la silla ninguno de los hombres a el Rey Don Phelipe, mi amo, hiço ventaja», aunque añadía con tono irónico: «No quebrava muchas lanzas».[57]

A pesar de la carga de la «gouernación» y los peligros de su «exercicio de armas», Felipe seguía siendo un voraz lector. El tesorero de su casa compraba velas expresamente para las horas de lectura del príncipe: algunas para «la cámara de su alteza en los días cuando estudia apretadamente en el retrete» y otras para «las noches que estudia apretadamente en la rrecámara» (su traslado del íntimo «retrete», donde Felipe guardaba sus objetos personales, incluidos sus libros, a la más amplia «rrecámara» por las noches reflejaba sin duda la salida de sus cortesanos).[58] El hecho de que el tesorero repitiera «apretadamente» para justificar el gasto inusualmente alto en velas da testimonio del entusiasmo del príncipe por la lectura. Gracias a algunas eclécticas adquisiciones —como los tratados políticos y militares de Nicolás Maquiavelo (que más adelante llevarían la inscripción de «Prohibido por el catálogo del Concilio [de Trento]») y las obras de destacados humanistas europeos como Pico della Mirandola (sobre la inmortalidad del alma) y Johannes Reuchlin (sobre cabalística)— y a los ejemplares que había recibido como regalo y que estaban dedicados a él, la librería del príncipe se incrementó a más de ochocientos volúmenes en 1548, y en ella se incluían obras escritas y publicadas por toda la Europa occidental.[59]

Rebeldía juvenil

Aunque la precoz erudición del príncipe complacía a su padre, otros aspectos de su conducta no lo hacían tanto. En una carta a Zúñiga en 1544, Carlos hacía notar que no «me auysáys de cómo en las otras cosas lo hace mi hijo. Sy es porque no hay que decir, huélgome mucho; sy es porque pensáys que me importunaŕya dello, no dexéys de hacerlo en las cosas que os pareçyere que serán necessarias saberlas, y del modo que se deurán de reprehender».[60] Evidentemente, esta invitación provocó una avalancha de quejas (curiosamente, la carta se encuentra hoy desaparecida) porque, dos meses más tarde, Carlos le enviaba a Zúñiga una extensa respuesta en la que repasaba «las cosillas que començavan por mi ausencia». El César reconocía que algunas de ellas ya no podían remediarse. En lo que respectaba a la negligencia en sus estudios,

> Visto que ya es casado y está ocupado en negocios y no en edad para que aproveche apretarle a más de lo que él por su voluntad y gusto quisiere tomar, nos parece que lo que buenamente se pudiese encaminar en ello se haga y no estrechándole tanto que lo venga a aborrecer del todo.

Por el contrario, criticaba a menudo cuatro «cosillas»: «la desorden que ay y tiempo que se pierde en acostar y levantar, desnudar y vestir»; «la tibieza que ay en la devoción que solía tener y en el confesar»; «la sequedad que usa con su mujer en lo esterior»; y, sobre todo, «lo que pasó en Cigales en casa de Perejón [el bufón predilecto del príncipe] y del salir de noche». El emperador ordenaba que «si esto fuere empeorando o se hizo con algún fin», Zúñiga debía informarle inmediatamente en una carta especial escrita en clave.[61]

Estas «cosillas» formaban todas ellas parte de una estudiada «rebeldía juvenil» del príncipe, ahora de casi dieciocho años, ante los entrometidos y humillantes intentos de su padre por controlarle.[62] Sobre todo, aunque la ley castellana establecía que el matrimonio llevaba consigo la independencia de la

autoridad paterna, Carlos obligaba a Felipe a vivir separado no solamente de su esposa, sino también de sus hermanas. El resultado era previsible: parece que el príncipe inició en aquella época una relación con doña Isabel Osorio, una dama de su madre y después de sus hermanas.[63]

Algunos testimonios fiables, aunque indirectos, de este amorío han sobrevivido. La entrada correspondiente a 1589 en la *Historia de Felipe II*, elaborada por el bien informado cortesano Luis Cabrera de Córdoba, afirmaba que «murió doña Isabel de Osorio, que pretendió ser mujer del rey don Philipe II; que ella tanto se ensalçó por amarle mucho». Según aseguraba Cabrera de Córdoba, doña Isabel dejó al morir ocho mil ducados de renta y sesenta mil en muebles y dinero. Poco después, el *Tratado del príncipe instruido* compuesto por don Francisco de Gurrea y Aragón, otro bien informado cortesano, elogió a Ruy Gómez de Silva, su sumiller de corps, por «lo mucho que hizo este cavallero para desempeñar al Rey de los amores de doña Ysabel Osorio».[64] Es cierto, Felipe le mostró mucho favor a doña Isabel: en 1557 le otorgó juros por valor de dos millones de maravedíes, a los que más tarde se sumaron otros regalos; cinco años más tarde, ella compró algunas villas de la Real Hacienda y las convirtió en un señorío (Saldañuela, cerca de Burgos) donde construyó un palacio exquisito, conocido en la zona, no por casualidad, como «la casa de la puta». Cada ventana tenía imágenes de Isabel y Felipe. Es difícil explicarse cómo Isabel, hija de una culta pero modesta familia burgalesa, descendiente por un lado de un rabino y por el otro de un obispo comunero, pudo hacer todo esto sin la ayuda de Felipe. Las evidencias sugieren la existencia de un «amorío» entre el príncipe e Isabel de 1545 a 1548.

A pesar de todo, y de la supuesta «sequedad» de Felipe hacia su mujer, la muerte de la princesa María Manuela en julio de 1545 tras dar a luz a un hijo, llamado Carlos en honor de su

abuelo paterno, lo dejó devastado. El príncipe se retiró a un monasterio y ni siquiera escribió a su padre durante un mes «porque la congoxa y pena con que estava de hauer reçibido una tan gran pérdida no me dio lugar a ello». Solo se reincorporó a la vida pública, le explicó a Carlos, «[para] no hazer falta aquí a los negocios destos reynos que Vuestra Majestad me tiene encomendados»; e incluso entonces «vine aquí a palaçio, donde estoy con algún encerramyento, aunque negoçiando siempre todo lo que conuiene». No hay razón para dudar de la profundidad de la «congoxa y pena» de Felipe: su esposa solo tenía diecisiete años de edad y había muerto mientras daba a luz a su hijo, una consecuencia directa de la intimidad sexual que su padre le había instado a moderar. Su único consuelo era que «al infante [don Carlos] he hallado bueno y se conosçe que cada día va mejorando».[65]

La posición de Felipe también mejoró al fallecer los «hombres maduros» que Carlos había dejado para que guiaran a su hijo. En agosto de 1545 murió el cardenal Tavera, el más experimentado de todos sus consejeros, y poco después lo siguió don Juan de Zúñiga, su «relox y despertador» (y vigilante de su vida sexual). El duque de Alba partió para Alemania, donde el emperador había decidido suprimir el protestantismo por la fuerza, y poco después la enfermedad obligó a Cobos a retirarse a sus fincas, donde murió. En junio de 1546, Carlos reconoció formalmente lo inevitable: como preludio a la investidura de Felipe como duque de Milán, un feudo imperial, el emperador firmó una declaración en la que el nuevo duque «*hoc petentem a nobis emancipauimus, et a nostra manu et nexu paternae potestatis quantum ad secundum Imperii nostri leges opus fuerit*».[66]

El príncipe no perdió tiempo en explotar su emancipación. Sus cartas a Carlos comenzaron a ser más francas. Por ejemplo, en diciembre de 1546, apuntaba a su padre que todos los

ingresos de Castilla se habían anticipado hasta el año 1550, de manera que «para dezir verdad a Vuestra Magestad como se deve dezir, esto se puede tener por muy acabado. Ny se sabe de donde ny como se cumpla y buscar arbitrios y formas de donde se ayan dinero».[67] Además, por un lado, Felipe empezó a promover para los puestos vacantes a hombres a los que conocía personalmente, aunque de este modo crease tensiones en el gobierno entre aquellos cuya primera lealtad era para el emperador y los que se lo debían todo a él. Por otro, el príncipe tomó una importante iniciativa institucional: creó un archivo para la Corona de Castilla en el castillo de Simancas, y también mandó trasladar allí la colección de libros de los Reyes Católicos desde el Alcázar de Segovia, aparentemente con la intención de crear una biblioteca regia en la fortaleza-archivo. Se había terminado su «rebeldía juvenil».

Un programa para el imperio

En 1547 Felipe viajó de nuevo a Monzón, en Aragón, donde durante seis meses presidió las Cortes Generales de Cataluña, Valencia y Aragón. Dado que cada una de las Cortes se reunía separadamente, el príncipe tenía que pasar de un edificio a otro para escuchar las quejas y solicitar impuestos a cada una de ellas, y, según un miembro de su séquito, «vi yo a Su Alteza en las Cortes de Monçón estar noches sin dormir hasta la mañana hasta concluyr y dar fin a negocios».[68] Nada más concluidas las Cortes, Carlos decidió que sus hijos mayores, Felipe y María, debían abandonar España y reunirse con él en Alemania, y poco después dictó una larga evaluación política para su heredero. En este documento, considerado su testamento político, el emperador exponía sus pensamientos acerca de los estados y los gobernantes que Felipe conocería en sus viajes, y sobre su lugar en el mundo Habsburgo. Ofrecía al príncipe una verdadera «gran estrategia» para el imperio y, al igual que en el

caso de las Instrucciones que había recibido cinco años antes, el príncipe se esforzaría el resto de su vida por alcanzar las metas expresadas por su padre en este documento.[69]

El emperador comenzaba con prácticamente la misma invocación a la confianza en Dios con la que iniciaba sus Instrucciones de 1539 y 1543: «Por principal y firme fundamento de vuestra buena gobernación, debéis siempre concertar vuestro ser y bien de la infinita benignidad de Dios, y someter vuestros deseos y acciones a su voluntad». La defensa de la fe católica debía continuar siendo la principal responsabilidad de Felipe. El emperador lamentaba el coste de «las guerras [que] me han sido movidas tantas veces y en tantas partes» para defender sus posesiones, aunque, como apuntaba con cierta arrogancia, «Dios me ha ayudado de manera que aunque he pasado muchos trabajos, con su ayuda (y Él sea alabado por ello) los he guardado, defendido y añadido a ellos otros de harta calidad e importancia». Aunque ahora sus súbditos necesitaban desesperadamente la paz,

> evitar la guerra y apartarse a ella no sea siempre en la mano de los que lo desean, como muchas veces me ha sucedido; y siendo esto más dificultoso a los que tienen tantos y tan grandes reinos, Estados y señoríos, y algunos lejos de otros, como Dios por su divina bondad me ha dado y os dejaré, placiendo a Él, y que [e]sto consiste en la buena o mala voluntad de los vecinos y otros potentados.

Felipe debía estar dispuesto a luchar, en caso necesario, para preservar lo que era suyo.

Carlos procedía luego a analizar la situación internacional, y especialmente los desafíos con los que su hijo se podía encontrar. «La razón y spiriencia de lo pasado», comenzaba,

> han mostrado que sin mirar y tener cuidado de entender los andamientos de los otros potentados y estados de las cosas públicas, y tener amistades e inteligencias en todas partes, sería difícil y como imposible poder vivir descansadamente, ni obviar, proveer ni remediar lo que se podría emprender contra vos y vuestros reinos, estados y señoríos que tuviéredes; y tanto más siendo, como es dicho, apartados unos de otros, e ymbidiados.

Así pues, «la principal y más cierta amistad y confianza que

debéis tener es con el Rey de Romanos, mi hermano [Fernando]». Por un lado, tras la muerte de Carlos, Fernando se convertiría en el miembro de la dinastía Habsburgo con más experiencia política, y sus consejos serían de incalculable valor para su sobrino; por otro, al convertirse Fernando en el siguiente emperador, su apoyo reforzaría el control de Felipe sobre el norte de Italia y los Países Bajos —ambos feudos imperiales— y permitiría una comunicación fácil y segura entre ellos.

En segundo lugar, Felipe debía mantener siempre buenas relaciones con el papa, a pesar de que, como en sus anteriores consejos escritos, el emperador reconocía que aquello era más fácil de desear que de cumplir. «Cuanto al papa presente», Paulo III, «ya sabéis cómo se ha habido conmigo», se quejaba Carlos; y aunque manifestaba la esperanza de que un cambio de pontífice mejoraría las cosas, identificaba un área que continuaría generando conflictos: las reclamaciones papales sobre sus derechos de patronato eclesiástico. Por tanto, recomendaba a su hijo tratar a los futuros pontífices «con la sumisión que un buen hijo de la Iglesia lo debe hacer, y sin dar a los papas justa causa de mal contentamiento vuestro»; pero «de manera que no se haga ni intente cosa prejudicial a las preeminencias y común bien y quietud de los dichos reinos». Felipe no debía conceder nada, ni siquiera a la cabeza de la Iglesia católica.

Como en sus anteriores consejos escritos, Carlos presentaba a los franceses como la mayor amenaza potencial para la seguridad y afirmaba que, aunque siempre había tratado de vivir en paz con ellos, sus reyes habían «pasado muchos tratados de paz y tregua, los cuales nunca ha guardado, como es notorio, sino por el tiempo que no ha podido renovar guerra o ha querido esperar de hallar oportunidad de dañarme con disimulación». Y, sin duda, reflexionaba, seguirían haciéndolo

para tratar de reconquistar territorios y derechos a los que él les había obligado a renunciar —tanto en los Países Bajos como en Italia— en virtud de anteriores tratados; fuera como fuese, Felipe no debía ceder. El emperador solo veía una solución duradera a la hostilidad francesa: Felipe debía casarse con una princesa de la Casa de Valois a cambio del compromiso francés de abandonar todos los contenciosos y evacuar todos los territorios que habían ocupado, incluidos los de sus aliados, como por ejemplo el duque de Saboya.

En cuanto al imperio español de ultramar, Carlos reiteraba sus preocupaciones sobre la legalidad de los repartimientos restituidos a los colonos en América e instaba a su hijo a encontrar un equilibrio entre «[el] respecto de guardar la preeminencia real, y lo que toca al bien común de las dichas Indias». En cuanto a los Países Bajos, Carlos admitía que no sabía qué hacer: si sería mejor legárselos, junto con España, a su hijo, o entregárselos a María cuando ella se casara con Maximiliano, hijo de Fernando. En todo caso, prometía que «se determinará todo con vuestra venida, placiendo a Dios».

Carlos únicamente guardó silencio en lo que concierne a un asunto importante. Aunque bombardeaba a Felipe con directrices sobre cómo debía comportarse con otros miembros de la dinastía, no mencionaba que ahora tenía otro hijo. En 1546, el emperador tuvo un amorío con la hija de un alcalde de Ratisbona (Regensburg), Bárbara Blomberg —una adolescente de exactamente la misma edad que Felipe—, que dio a luz un hijo suyo. Los oficiales del emperador compraron su silencio y enviaron al niño a España para que fuera criado en secreto por unos padres adoptivos, pero Felipe no supo nada de todo esto hasta que Carlos murió *(véase capítulo 7)*.

Antes de que Felipe tuviera tiempo de asimilar este complejo documento, su padre cambió sus planes respecto a

una cuestión vital. Aunque «tenýamos determinado que vinyese con vos la infanta doña Marýa», le explicaba a su hijo, ahora pensaba que «será cosa más convinyente que fuera allá el príncipe Maximiliano, my sobrino, a efectuar el matrymonio que se ha tratado» y que ambos, María y Maximiliano, actuaran como regentes. Felipe debía permanecer en España hasta que Maximiliano llegara y recibiese instrucción en «lo que os pareciera que devía ser advertido», y fuera «prevenydo y conocido de los Grandes y otros caualleros que vinyesen a la corte, y los consejeros y minystros que con él huviesen de negociar»; en otras palabras, Felipe debía proporcionarle el mismo tipo de íntimo asesoramiento a Maximiliano que él mismo había recibido a través de las Instrucciones secretas del emperador un lustro antes, una señal notable de la confianza del emperador en su hijo.[70]

El felicísimo viaje

En octubre de 1548, una vez iniciados Maximiliano y su nueva esposa en los misterios del gobierno, el príncipe fue libre para salir de España por primera vez. Naturalmente, no viajaba solo: entre su séquito de casi quinientas personas se incluían muchos hombres que luego habrían de dominar el poder durante la primera mitad de su reinado. Algunos de los mayores, como el duque de Alba, ya habían dejado su impronta, pero junto a ellos iba una generación más joven que por primera vez aparecía en la escena pública: Gonzalo Fernández de Córdoba, duque de Sessa, que más adelante gobernaría Milán y comandaría la flota del Mediterráneo; don Pedro de Guzmán, conde de Olivares, que se convertiría en embajador en Roma y virrey de Nápoles y Sicilia; don Gabriel de la Cueva y don Perafán de Ribera, futuros duques de Alburquerque y Alcalá, que ejercerían de virreyes tanto en España como en Italia; don Gómez de Figueroa, conde de Feria, que sería el principal

asesor del rey en asuntos referentes a Inglaterra; y don Claudio de Quiñones, conde de Luna, futuro embajador de Felipe en la corte imperial y en el Concilio de Trento. Mientras viajaban juntos por Europa, estos hombres forjaron una estrecha relación entre sí y con el príncipe, y muchos de ellos también se integraban en la red de relaciones construida por Ruy Gómez, un caballero portugués nacido en 1516 que había servido a la emperatriz y a su hijo como paje, y, según sus contemporáneos, «el mayor privado de esta ciencia que ha habido en muchos años» hasta que «al fin todos los negocios de paz y guerra trataba con él».[71]

El príncipe y su distinguido séquito embarcaron en una flota de galeras y, tras considerables demoras debidas al mal tiempo, partieron de Cataluña el 1 de noviembre de 1548. Según Calvete de Estrella, uno de los preceptores que acompañaron a Felipe, y autor, más tarde, de un detallado relato de lo que él denominó el *Felicíssimo Viaje*, el propio príncipe hizo «muy bien marinero» en este su primer viaje (aunque en dos ocasiones la «boticaria» de su casa tuvo que proporcionarle «sequillos entrevastados para la mar»), si bien otros sufrieron repetidos vómitos y «a ningunos de quantos van en esta galera hace tanta impresión la mar como al duque de Alba, que le trata muy mal».[72] Tras pasar casi un mes en el mar, el príncipe y sus cansados compañeros desembarcaron en Italia, donde las autoridades (o sus representantes) acudieron a recibirle, tanto para expresarle su lealtad como para asegurarse su apoyo en algunas disputas que tenían pendientes con el emperador. En palabras del embajador del duque de Mantua, «este príncipe no se mueve, no come, no bebe, ni habla, sin que todas sus acciones sean notadas y escritas por el mundo entero».[73] Este escrutinio del «mundo entero» comenzó en Génova, donde la costumbre del príncipe de hablar poco y en voz tan baja que apenas resultaba audible creó una impresión

desfavorable. Peor efecto aún causó días después, cuando él y su séquito cabalgaron majestuosamente por las calles de Génova en dirección a la catedral. A pesar de que las principales damas de la ciudad atestaban los balcones de las casas durante todo el recorrido, ataviadas con sus mejores galas, saludando y haciendo reverencias, Felipe «ni con su gorra ni con una inclinación de su cabeza, reconocía a nadie», por lo que el ánimo de todos los genoveses quedó «malíssimo satisfecho de Su Alteza». Incluso Vicente Álvarez, otro miembro de la Casa del Príncipe que escribió un relato presencial del *Felicíssimo Viaje* por lo general obsequioso, comentaba que la conducta del príncipe durante su periplo por el norte de Italia «desplugo a los naturales» y que corrían rumores de que «era su Alteza demasiadamente grave y desconversable».[74]

La popularidad de Felipe comenzó a mejorar a partir de su llegada a Trento, una pequeña ciudad situada en la frontera entre Alemania e Italia donde acababa de celebrarse un concilio general de la Iglesia católica. El príncipe recibió la bienvenida de una delegación alemana que incluía a numerosos luteranos, entre ellos el duque Mauricio de Sajonia —fue su primer contacto con protestantes—, y participó con ellos, como con los católicos, en largas comidas regadas con abundante bebida y seguidas de varias horas de baile. El príncipe y sus compañeros prosiguieron su viaje hasta Bruselas, donde el 1 de abril de 1549 Felipe entró para reunirse de nuevo con su padre, después de seis años de separación.[⇒]

El problema de los Países Bajos

Aunque en su último papel de aviso Carlos había prometido a su hijo que en relación a la sucesión de los Países Bajos «se determinará todo con vuestra venida», ya había alterado la posición constitucional de sus tierras flamencas cuando convenció a la Dieta del Sacro Imperio Romano para que

reconociera las diecisiete provincias de los Países Bajos en las que gobernaba, tanto las que había heredado como las que había adquirido, como un solo Círculo Imperial (*Reichskreis*). Esta medida reforzaba los poderes del gobierno central de Bruselas en tres aspectos importantes: primero, excluía la jurisdicción imperial (salvo en un puñado de pequeños señoríos semiautónomos de las provincias del este); segundo, garantizaba la exención de los compromisos religiosos que habían permitido que el luteranismo floreciera en Alemania; y por último, obligaba a los miembros alemanes de la Dieta a defender los Países Bajos en caso de ataque. Una vez hubo unido todas sus posesiones neerlandesas, nuevas y viejas, Carlos tomó la trascendental —y desastrosa— decisión de que Felipe le sucediera como soberano en todas sus posesiones.

La llegada de Felipe a Bruselas en abril de 1549 dio lugar a festejos y justas en los que el príncipe tomó parte, aunque con algunos contratiempos. En una ocasión compitió con don Luis de Requesens, su antiguo paje, y este, sin reconocer a su señor, «encontróle en la çelada, y por ser poco stofada le adormió y cayó en la tierra». Carlos corrió preocupado al lado de su hijo, pero, «después que le desarmaron y vieron que no estaua herido, truxeron a su cama». Tras un breve reposo, Felipe volvió al torneo [véase lámina 6].[75] Después de los placeres, el trabajo: el emperador persuadió a las asambleas representativas (*Staten* y *États*) de cada provincia no solo de que reconociesen a su hijo como su legítimo heredero, sino también de que acordasen, al margen de sus privilegios, que a partir de entonces todas seguirían los mismos protocolos de sucesión y elegirían al mismo soberano a fin de permanecer unidas para siempre.[⇒]

Con el objeto de consolidar esta innovación, Carlos y Felipe emprendieron un viaje por las provincias meridionales —Flandes, Artois, Hainaut y Brabante—, donde, en presencia del emperador y su hermana (y regente) María de Hungría, las

autoridades de cada municipio y provincia, una detrás de otra, juraron solemnemente aceptar a Felipe como su próximo soberano. En todas partes la comitiva real fue objeto de una calurosa bienvenida y de magníficos agasajos, y Felipe pudo hacer gala repetidamente de su destreza a caballo, tomando parte en juegos de cañas y justas. Por doquier el príncipe se encontraba con alegorías —representadas tanto en arcos triunfales como en obras de teatro— en las que se hacían exageradas soflamas. Algunas comparaban a este y a su padre con David y Salomón, o con Atlas y Hércules; una llegaba a mostrar al

> príncipe al natural sacado, puesto de rodillas delante de Dios Padre, el qual tomava la espada de la Potencia y se la ponía en la mano derecha, y luego le dava el sceptro que tenía el primer ángel y tomava al real corona de oro adornada de ricas perlas y piedras preciosas, y le ponía sobre la cabeça del príncipe; y él muy alegre con aquel don de la divina mano, se levantava dándole infinitas gracias por ello.[76]

Era, quizá, demasiado para un hombre que tan solo acababa de cumplir veintiún años [véase lámina 7].

Los prolongados festejos dejaron exhausto a Carlos, quien regresó a Bruselas para recuperarse, mientras que el príncipe pasó dos meses visitando las provincias septentrionales de Holanda, Utrecht, Overijssel y Güeldres (Gelderland). Durante su viaje de ciudad en ciudad, se encontró con centenares de sus futuros súbditos y emprendió innumerables jornadas de «turismo». En Rotterdam, la comitiva real visitó la casa de Erasmo («cosa notable, por aver nacido en ella varón tan señalado en letras», apuntaba Calvete) y admiró la estatua de madera del gran humanista (en 1557 Felipe pagaría para que fuera sustituida por otra de piedra policromada).[77] Durante esta etapa de su Gran Viaje, el séquito del príncipe incluía no solo a Alba, Feria, Ruy Gómez y otros cortesanos españoles, sino también a algunas caras nuevas que tendrían un papel importante poco más tarde en la rebelión de los Países Bajos: el

príncipe Guillermo de Orange, el marqués de Bergen, el conde de Egmont, el de Hornes y Antonio Perrenot de Granvela, obispo de Arras y luego cardenal Granvela. Durante la prolongada estancia de Felipe en los Países Bajos, estos hombres se conocieron unos a otros, así como también al príncipe heredero.

Felipe pasó el invierno de 1549-1550 en Bruselas, recibiendo casi cada día lecciones de su padre sobre cómo gobernar con eficacia su disperso imperio, así como celebrando fiestas, bailes, cacerías y justas. También tuvo tiempo de apreciar el refinado estilo de vida de los Países Bajos, donde tanto su padre como María de Hungría y Granvela habían acumulado impresionantes colecciones de arte. María mantenía varios palacios, donde el príncipe pudo admirar su biblioteca, sus tapices, su galería de retratos de familia —realizados por distinguidos pintores italianos y flamencos— y sus demás obras de arte (todas las cuales él heredaría). Granvela, por su parte, le presentó a los artistas de los que era mecenas, incluido Antonis Mor (Antonio Moro), a quien el príncipe pagó doscientos ducados en 1549, tal vez por el gallardo retrato que le hizo en esa época. Cuando regresó a España en 1559, Felipe se llevó a Moro con él.

El 1 de mayo de 1550, Carlos y Felipe celebraron solemnemente el undécimo aniversario de la muerte de la emperatriz. A final del mes, ambos partieron de Bruselas para encontrarse con la Dieta Imperial, a la que el César había convocado en Augsburgo para debatir con su hermano Fernando otra importante cuestión sucesoria. Dándose cuenta de que un gobernante residente en España nunca sería capaz de defender con eficacia la unidad de los Países Bajos, Carlos decidió asegurarse para Felipe el título imperial, exigiendo que Fernando lo nombrara su sucesor. Aquello constituía una tremenda injusticia: a Fernando, que ostentaba el título de rey

de romanos (o heredero reconocido a la dignidad imperial), Carlos siempre le había prometido que su sucesor sería su hijo Maximiliano. Profundamente herido por la brusca exigencia de Carlos, pero reacio a ofender a su hermano mayor, a quien reverenciaba, Fernando sugirió que Felipe, así como sus sucesores, pudiera convertirse en vicario (lugarteniente) imperial en Italia. Era una razonable sugerencia, que ofrecía a Felipe mucho más de lo que al final recibió, pero Carlos la rechazó y reiteró en cambio su demanda de que Fernando debía reconocer a Felipe, y no a Maximiliano, como su sucesor inmediato.

Las cosas alcanzaron su punto crítico a finales de 1550, cuando la obstinación de Fernando llevó a Carlos a exclamar indignado: «Es necesario dejar claro quién es el emperador: vos o yo».[78] Tras este incidente, los hermanos dejaron de hablarse durante varias semanas. La parálisis solo terminó con la llegada de Maximiliano, ansioso de hacer valer sus derechos en Alemania, dejando a su esposa embarazada como única regente en España, y de María de Hungría, acompañada de Granvela, a quienes Carlos había hecho llamar con la intención de que convencieran a Fernando para que cambiase de opinión. Tras varias semanas de acalorada discusión, en marzo de 1551 las distintas partes aceptaron una serie de acuerdos ideados en su mayoría por Granvela y escritos de mano de la propia María. La sucesión imperial se alternaría entre las dos ramas de la familia: Fernando heredaría el título imperial, pero prometiendo delegar los poderes imperiales sobre Italia en Felipe y contribuir a la elección de su sobrino como rey de romanos; luego, una vez accediera al título imperial, Felipe garantizaría la elección de Maximiliano como su sucesor. Maximiliano accedió a regañadientes a dar su consentimiento verbal, aunque se negó a firmarlo; finalmente Fernando lo firmó, pero continuó resentido.

Al parecer, Felipe permaneció ajeno a estas tensiones, tal vez porque Carlos y sus hermanos disputaban en francés, un idioma que el príncipe no hablaba. Cuando, casi cuarenta años después, un secretario le envió unos documentos en los que alababa la piedad de su difunto tío, «por lo que Vuestra Magestad holgara de verlas», Felipe replicó con entusiasmo: «Yo conocí al emperador Fernando, que casi un año estuvimos en Agusan [Augsburgo] de Alemaña, el de 51, con el emperador mi señor que aya gloria, y le trate mucho porque nos aveníamos muy bien; y fuýmos en aquel tiempo muchas vezes acá juntos él y yo».[79] Evidentemente, Felipe había olvidado las semanas de tenso silencio. También omitía el hecho de que igualmente había pasado «muchas vezes acá juntos» con protestantes (dado que la ciudad de Augsburgo toleraba tanto el culto luterano como el católico, y los protestantes de todo el imperio atestaron las calles mientras se estuvo celebrando la Dieta). Durante casi un año, Felipe comió, bebió, cazó y habló con luteranos.

El príncipe no salió de Augsburgo con destino a España hasta mayo de 1551, siguiendo una ruta muy similar a la de su viaje de ida. En junio llegó a Trento, donde conocería a unos participantes en la segunda sesión del Concilio de la Iglesia: era el único príncipe seglar que asistía en persona. Muchos de los delegados españoles entrarían más tarde a su servicio: el doctor Martín de Velasco se convirtió en su principal asesor legal y fiscal; el obispo Álvaro de la Quadra serviría como embajador suyo en Alemania e Inglaterra; los teólogos fray Alonso de Castro y fray Bartolomé de Carranza le acompañarían a recatolizar Inglaterra; y fray Diego de Chaves sería confesor de su esposa, de su hijo mayor y, finalmente, suyo.

Felipe cruzó el Mediterráneo desde Italia —adonde nunca más volvería— acompañado por su primo Maximiliano, y llegó a España en julio de 1551. Su futuro suegro se apresuró a reunirse con María, mientras Felipe se quedaba tres semanas en

Barcelona, y luego dos semanas en Zaragoza con María, Maximiliano y los hijos de estos, incluida Ana, que por entonces tenía casi dos años y que se convertiría, años después, en la cuarta esposa de Felipe. Cuando ellos volvieron a Alemania, Felipe prosiguió su viaje hacia Toro para reunirse con su hermana Juana y con su propio hijo de seis años, don Carlos (quizá también con doña Isabel Osorio), después de casi tres años de separación.

Durante su «Felicísimo Viaje» el príncipe se había acostumbrado a una vida descansada, y estaba dispuesto a prolongarla. En Toro, según escribió a Maximiliano, pensaba «holgar unos ocho o diez días» donde «abemos acordado de hazer un torneo», seguido de un banquete. Felipe, sin embargo, estuvo ausente. Acababa de recibir dos noticias tremendas: la flota otomana había tomado Trípoli, uno de los últimos enclaves cristianos en el norte de África, y los franceses habían declarado la guerra. Jamás en su larga vida volvería a encontrar tiempo para «holgar unos ocho o diez días».[80]

3. Un imperio en transición, 1551-1558

Némesis

El príncipe Felipe regresó para gobernar España en 1551 con mucha más experiencia y mucha más autoridad que antes. Por ejemplo, cuando un prelado a quien Carlos había nombrado para representarle en el Concilio de Trento declinó su asistencia, Felipe informó con toda naturalidad a su padre de que «pensarse ha en otra persona, y Vuestra Magestad será avisado de lo que se hiciere». Cada vez que su padre demandaba más tropas o dinero, Felipe rehusaba altivamente porque «está todo lo de acá tan acabado y consumido». No tardaría mucho en llegar incluso a reprochar al emperador su derroche de dinero: «Muy humildemente suplico a Vuestra Magestad procure de dar orden en sus cosas y por donde se excusen los gastos, pues no hay forma ni manera para cumplirlos ni llebarlos adelante». Este cambio en el equilibrio del poder no pasó desapercibido. Como un cortesano español escribió crudamente a Felipe en 1552: «Suplico a Vuestra Alteza me mande responder al memorial que le di en Madrid, que todos sabemos que sin consulta de Alemania puede despachar todas las cosas».[81]

El príncipe pasó la mayor parte del invierno de 1551-1552 en Madrid, ciudad que a estas alturas ya parecía preferir a Valladolid como su sede administrativa, negociando con las Cortes de Castilla los fondos para asegurar que España y sus dominios italianos pudieran resistir cualquier ataque en la próxima primavera. Pero en abril de 1552 el rey francés no atacó Italia ni España: en cambio, invadió la Lorena y tomó el enclave imperial de Metz, mientras los protestantes de Alemania movilizaban un ejército contra Carlos. Fernando y

Maximiliano, distanciados del emperador debido al intimidatorio comportamiento de este en Augsburgo el año anterior, se declararon neutrales, mientras Carlos, peligrosamente aislado en Innsbruck, despachó a su hijo un desesperado llamamiento de que, «syn perder hora ni puncto de tiempo», le enviara tantos soldados españoles como le fuera posible. «Y sobre todo», añadió, «ternéis special cuydado de lo que toca a la prouisión del dinero, pues veys y conoscéis lo que va a nuestra honrra, reputación y conseruación de los stados que Dios nos ha dado y hauemos adquerido» (una nueva alusión directa al hecho de que lo que perdiera Carlos lo perdería también Felipe).[82]

Parece que el llamamiento dejó preocupado (y tal vez avergonzado) al príncipe. «Vista la necessidad que por dichas reuoluçiones hay de hallarse Vuestra Majestad con españoles para lo que se huuiere de hazer», le aseguraba a su padre, haría todo lo posible para reunir los mismísimos recursos que, muy poco tiempo antes, afirmaba no poder encontrar. Felipe ordenó al duque de Alba que movilizara a las tropas y acudiese con ellas en rescate del emperador; entre tanto, salió de Toro hacia Madrid para recaudar dinero. Al igual que había hecho en 1541 durante la jornada de Argel *(véase capítulo 1)*, también rogaba permiso para acudir al lado de su padre en este momento de necesidad —«Quisiera hallarme allí para servir a Vuestra Magestad en esta jornada», le escribía—, y ordenó que las galeras que transportaban al duque de Alba y sus tropas volvieran inmediatamente a España para llevarle a él también, «pues no parecería bien ni conbendría a my honra dejar a Su Majestad en este tiempo».[83]

Mientras aguardaba la respuesta de Carlos, Felipe regresó a toda prisa a Toro para despedirse de su hermana Juana antes de que esta partiera con destino a Lisboa para casarse con su primo, el príncipe heredero al trono portugués. Después viajó a

Aragón para encontrarse más cerca de la costa mediterránea cuando recibiera el permiso para reunirse con su padre, pero por mucho tiempo vivió «en la mayor confusión que nunca nadie estuvo por haber tanto tiempo que no tengo carta de Su Magestad, ni orden de lo que tengo que hacer».[84] Por fin Carlos prohibió a su hijo que abandonara España. Alababa su arrojo y su apoyo, pero la contribución de Felipe debía consistir en recaudar y enviar los fondos necesarios para mantener al ejército de Alba en su lucha por recuperar Metz, la mayor ciudad imperial de Lorena tomada por los franceses.

A pesar de que Carlos y Alba llegaron a comandar a un ejército de 55.000 hombres, tal vez la mayor concentración de tropas jamás reunida en la Europa del siglo XVI, Metz resistió. Poco antes de la Navidad de 1552, Carlos tuvo que renunciar al asedio y se retiró a Bruselas, donde sufrió un colapso físico y psicológico. Según escribía un ministro a principios de 1553, «la gota le maltrata y corre a menudo por todos los miembros y junturas y nervios de su cuerpo». Además, se veía aquejado por un catarro tal que «ny puede hablar ni quando habla es oýdo o poco entendido por los circunstantes de su cámara», y «las emorroidas se le hinchan y atormentan con tantos dolores que no se puede rodear syn gran sentimiento y lágrimas». Todos estos problemas, continuaba el ministro, habían dado al traste con el ánimo del emperador, que «está pensativo y muchas vezes y ratos llorando tan de veras y con tanto derramamiento de lágrimas como sy fuese una criatura».[85] Durante tres meses, el emperador se negó a mantener audiencias, aparecer en público o firmar ningún documento. María de Hungría asumió la dirección de los asuntos cotidianos de la monarquía mientras Felipe continuaba gobernando en España y Fernando en Alemania.

María sabía claramente que esta situación no podía durar y, en abril de 1553, persuadió a su hermano para que convocase

nuevamente a Felipe a Bruselas, pero solo después de que este último hubiera recaudado el suficiente dinero para sufragar otra campaña. «No solamente sería necesaria vuestra venida», afirmaba Carlos a su hijo, «más aún que fuese con tal provisión de dinero» para que «no fuésedes forçado, de luego en llegando, pedirles otras ayudas, que estando tan imposibilitados como están, es verisímil que no solamente no os cobrarían amor, mas sentirían (como los pueblos lo suelen hazer) los trabajos que les daríades doblemente». Nada más llegar Felipe con los fondos, Carlos le propuso volver a España «como por no dexar estos Estados en tales tiempos sin presencia de uno de nosotros». Felipe se haría cargo de todo lo demás.[86]

Esto no era en absoluto realista. Como Felipe le recordó a su padre, Castilla acababa de entregar la insólita cantidad de 4.500.000 ducados para la defensa de Italia, España y el Mediterráneo, así como para el asedio de Metz: el reino no podía dar nada más de momento, sobre todo teniendo en cuenta que una flota combinada de franceses y turcos acababa de tomar Córcega, arrebatándosela a sus guarniciones genovesas y poniendo en peligro de este modo las comunicaciones entre España e Italia. Sin ni siquiera consultar a su padre, Felipe envió de inmediato un contingente de tres mil soldados (así como el dinero necesario para su sostenimiento) a Génova, y autorizó otras medidas defensivas, reduciendo aún más los recursos disponibles para Carlos.

En busca de una nueva esposa

Casi de inmediato, la muerte de Eduardo VI, rey de Inglaterra e Irlanda, el 6 de julio de 1553, cambió la situación internacional. Pasados algunos días de incertidumbre, la hermanastra de Eduardo, María Tudor, una soltera de treinta y siete años de edad, subió al trono y acudió a Carlos, su primo, en busca de consejo. El emperador supo perfectamente sacar

partido de este golpe de suerte: le ofreció la mano de su hijo. Había calculado con sumo cuidado las ventajas para ambas partes: permitiría a Felipe gobernar eficazmente tanto España como los Países Bajos, incluso sin convertirse en sacro emperador romano; y proporcionaría a María un «marido que pudiese gouernar la guerra y supplir a otras cosas que son impertinentes a mugeres», facilitando tal vez una invasión de Escocia que «la sometiera al reino de Inglaterra» y una campaña para «recuperar Guyenne, injustamente en manos de quienes ahora la poseen [los franceses], y puede que incluso el reino de Francia». Además, la creación de un nuevo estado angloneerlandés que sería gobernado por el heredero de Felipe y María aseguraría el dominio Habsburgo del canal de la Mancha y el mar del Norte, para así «mantener a los franceses controlados y hacerles entrar en razón». A continuación, Carlos expuso a su hijo que ella sería su esposa ideal y, con escasa convicción, añadió: «No quiero hazer más de poneros en lo delante para que lo miréys y consideréys y me aviséys con diligencia lo que os parecerá, porque conforme a aquello se haga lo que más os satisfaga». Pero, efectivamente, la suerte estaba echada: las ventajas que se seguirían, escribía Carlos, «son tan notorias y grandes» que no era necesario explicarlas.[87]

Aun con un reino como dote, la oportunidad de casarse con su prima, doce años mayor que él, no agradaba a Felipe, pero aceptó lo inevitable. «Ya Vuestra Magestad sabe que como tan obediente hijo, no he de tener más voluntad que la suya, quanto más siendo este negocio de [tal] importancia y calidad», escribió a Carlos de su puño y letra, y otorgó plenos poderes para «tratar lo que a my toca» para concertar su segundo matrimonio.[88] Enseguida comenzaron unas duras negociaciones entre María y sus consejeros, por una parte, y los enviados de Carlos liderados por Simón Renard, el conde Lamoral de Egmont, por otra. Carlos insistía en que la unión se

consolidara «por palabras de presente», que tendrían efecto inmediato. Los ingleses, sin embargo, preferían proceder «por palabras de futuro», de manera que «el casamiento se tracte y solenize en persona de ambos, y que en presencia del pueblo prometáys de obseruar y guardar los tractados y capitulaçiones». Carlos envió entonces a su hijo los borradores de dos poderes diferentes, y le requirió firmarlos «conforme a essas minutas, para que se usse dellos lo que fuere neçessario, porque no se pierda tiempo y se prevenga a lo uno y lo otro».[89] Una vez más, el príncipe accedió.

Carlos y sus consejeros siempre eliminaban las informaciones desagradables de las versiones españolas de cada carta escrita en francés por sus enviados en Londres, confiados en que ni el príncipe ni sus asesores eran capaces de leer los originales. Escondían algunas enmiendas al tratado matrimonial añadidas por los consejeros de María a fin de salvaguardar la independencia de su reino y de su reina: que María no debía salir de Inglaterra; que cualquier hijo de la pareja heredaría no solo Inglaterra e Irlanda, sino también los Países Bajos; y que, si María fallecía antes que su marido sin dejar ningún heredero, la autoridad de Felipe en Inglaterra dejaría de existir. Además, aunque el tratado especificaba que Felipe «durante dicho matrimonio poseería y disfrutaría junto con su graciosa majestad, su esposa, el estilo, los honores y el real nombre de sus dominios» y prestaría «ayuda» a su mujer para gobernarlos, más adelante insistía en que «dicho noble príncipe deberá permitir y aceptar que su graciosa majestad y esposa ostente la plena disposición de todos los beneficios y títulos, tierras, rentas y frutos de dichos reinos y dominios, y que estos sean conferidos a aquellos que por nacimiento sean naturales de los mismos». Felipe no podría «conferir» ninguna clase de activos ingleses a sus súbditos de otros lugares. Por si estas restricciones no fueran lo suficientemente humillantes

para Felipe, los consejeros ingleses estipularon también que «el señor don Felipe deberá procurar en todo lo que esté en su mano, por el bien del dicho reino de Inglaterra, que se respete la paz entre los reinos de Francia e Inglaterra, y no dará motivo a ningún incumplimiento».[90]

Aunque los negociadores imperiales omitieron o minimizaron la importancia de estos nuevos acontecimientos en sus cartas a Felipe, ¡el príncipe lo sabía! El 4 de enero de 1554, incluso antes de que los representantes de su padre firmaran el tratado original, el príncipe ejecutó ante un notario una escritura en la que se establecía que «él aprobará y otorgará y jurará los dichos artículos a fin que el dicho su casamiento con la dicha sereníssima reyna de Inglaterra aya effecto, y no para quedar y estar obligado él ni sus bienes ni sus herederos y subcesores a la guarda ni aprobación de alguno de ellos, en especial de los en que encargare su conçiençia».[91] Tal «disimulación» (como se la denominaba en el siglo XVI) se convertiría en un rasgo característico del estilo de gobierno de Felipe II: cuando se veía obligado a actuar de una forma que no era de su agrado, hacía una declaración ante notario a fin de que las concesiones realizadas bajo coacción no lo comprometieran.

Felipe permaneció en España durante otros seis meses pese a las advertencias no solo de su padre, sino también de su tía María de Hungría, quien le escribió: «Os puedo asegurar que si estas tierras de acá no son asistidas, que las perderéis» (el tratamiento de «vos» enfatizaba la inexperiencia del príncipe).[92] Sin embargo, el príncipe no podía cumplir hasta que el papa concediera una dispensa para casarse con un pariente tan cercano, pero el 6 de marzo de 1554, con permiso de Felipe, Egmont se puso al lado de María Tudor mientras el canciller de Inglaterra consagraba la unión «por palabras de presente».

Pese a ello, el príncipe continuó en España. En lugar de viajar hasta la costa y embarcar en la flota reunida en La Coruña para transportarle a él y a su séquito a Inglaterra, cabalgó hacia la frontera de Portugal para recibir a su hermana Juana, ahora viuda, que actuaría como regente en España durante su ausencia. Como había hecho antes con Maximiliano y María, Felipe la instruyó en el ejercicio de su nueva función. Y realizó otra parada importante: había recibido un mensaje de su padre en el que este le pedía que fuese a Yuste, en Extremadura, y visitara el monasterio de la orden de los Jerónimos, cuya dedicación al rezo a menudo había atraído a los miembros de la familia real deseosos de retirarse del mundo. Si al príncipe le parecía adecuado, el emperador le instaba a construir allí un retiro para él, adyacente a la iglesia. Después de visitar el lugar en junio de 1554, Felipe firmó cédulas para los gastos iniciales.

Por fin, Felipe se trasladó a La Coruña y, mientras esperaba la llegada de un viento favorable que le llevara hasta Inglaterra, emitió sus mandatos definitivos para su hermana. Aunque afirmaba que se trataba de «la orden que Su Magestad [Carlos] e yo desseamos», las Instrucciones firmadas por el príncipe ignoraban o invalidaban explícitamente anteriores disposiciones de su padre. Por ejemplo, durante su ausencia, Juana y sus ministros no solo debían enviarle copias de toda su correspondencia con Carlos, sino también consultar a Felipe antes de tomar ninguna decisión importante relativa a España, Italia o América.[93] Por fin, con tesoro bastante para financiar su primera campaña en el norte de Europa y una flota lo suficientemente grande para disuadir cualquier intento de los franceses por interceptarla, Felipe salió de España por segunda vez el 13 de julio de 1554, para casarse con la reina de Inglaterra y tomar el relevo de su padre en los Países Bajos.

Felipe I, rey de Inglaterra

«Yo partí el viernes de La Coruña», escribía el príncipe, «y aquel día me mareé tanto, que para convalecer hube menester tres días en cama». El viaje de su enorme flota desde España hasta Inglaterra se hizo en solo siete días (una feliz circunstancia que tal vez pudo distorsionar el pensamiento estratégico de Felipe tres décadas más tarde, cuando planeó la invasión de Inglaterra).[94] Tanto enviados ingleses como flamencos le esperaban en Southampton, donde sus barcos atracaron: los ingleses le transmitieron los saludos y le entregaron regalos de María; los flamencos traían consigo la renuncia de Carlos a su título sobre Nápoles en favor de su hijo, que de este modo se convertía en rey por derecho propio en la víspera de su boda. Se trataba de un gesto gentil, y desde entonces Felipe firmaba sus órdenes como «el Rey Príncipe». Menos gentil fue el mensaje que siguió. En principio, la intención de Carlos era que su hijo se quedase en Inglaterra tan solo el tiempo necesario para consumar su matrimonio antes de dirigirse a los Países Bajos a tomar el mando, de modo que él pudiera retirarse a Yuste en septiembre. Ahora le ordenaba a Felipe que enviara las tropas y el tesoro, pero le prohibía que él los acompañara: su frase, «os lo impido», no dejaba ninguna duda de que el emperador había decidido comandar personalmente sus tropas una vez más, relegando a su hijo a un papel secundario.[95]

Mientras tanto, Felipe prosiguió su viaje desde Southampton hasta Winchester, donde tuvo su primer encuentro con su prometida. Según Juan de Barahona, un miembro de su séquito, «Su Alteza estubo muy cortesano con la rreyna, más de vna hora: hablando él en español y ella en francés, ansí se entendían». Luego, Felipe pronunció las únicas palabras en inglés de las que tenemos noticia: «*Good night, my lordes all*» (Buenas noches, señores). El 25 de julio, día de

Santiago, Felipe y María se casaron en la catedral de Winchester y, tras un banquete, los «duques y nobles de España» bailaban con «las ninfas más hermosas de Inglaterra» hasta las nueve, «cuando era hora de acostarse». «El rey se fue a la cama con la reina», escribió Barahona, añadiendo (quizá con la misma falta de entusiasmo que Felipe): «Lo demás desta noche, júzguenlo los que han pasado por ello».[96]

Su primera experiencia sexual dejó a María agotada; según Andrés Muñoz, un ayuda de cámara de Felipe, «no volvió a aparecer en público» en cuatro días.[97] Mientras María se recuperaba, su nuevo marido salía a cazar y hacer excursiones, acompañado de un numeroso cortejo en el que se incluían no solo veteranos como Alba, Ruy Gómez y el conde de Feria, sino también algunos otros que pronto ascenderían a cargos importantes, como el duque de Medinaceli, los condes de Chinchón y Olivares, los frailes Bernardo de Fresneda y Bartolomé de Carranza, y los secretarios Pedro de Hoyo y Gabriel de Zayas. Sin embargo, fueron pocos los que disfrutaron de la experiencia. «Aunque estamos en buena tierra, estamos entre la más mala gente de nación que hay en el mundo», escribió Muñoz, que añadía: «Son estos ingleses muy enemigos de la nación española».[98]

¿Qué pensaba Felipe de su nueva esposa? «La reina es muy buena cosa», le confió Ruy Gómez a Eraso el día después de la boda, «aunque más vieja de lo que nos decían». Un poco más avanzada esa semana, la actitud de Ruy Gómez se endureció. Aunque Felipe «no se pierde nada de su parte de lo que se debe hacer», escribió a Eraso, «para hablar verdad con vuestra merced, mucho Dios es menester para tragar este cáliz». De hecho, concluía con crudeza, todo el mundo «entiende que no por la carne se hizo este casamiento, sino por el remedio deste reino y conservación destos estados». La opinión española se hizo aún más acerada tras la muerte de María. En 1559, cuando

Felipe volvió a contraer matrimonio de nuevo, un ministro escribió que esta vez, con la joven Isabel de Valois, «no se quexará Su Majestad de que le hayan casado con muger fea y vieja».[99]

Sin embargo, los galenos de María pronto corroboraron que la reina estaba embarazada. En octubre, en una carta escrita a su cuñado Maximiliano, Felipe excusaba el hecho de que María «no escrive, porque no la dexa tener alguna sospecha de preñez»; al mes siguiente, la propia reina decía sentir cómo el niño «iba creciendo»; y, en diciembre, informaba a Carlos de que «en lo que respecta a lo que llevo en mi vientre, yo declaro que está vivo».[100] La pareja se trasladó al palacio de Hampton Court, «donde se tenía previsto que la reina diera a luz», y allí se procuraron comadronas, una cuna «muy lujosa y bellamente adornada» y una posible ama de cría. Entre tanto, los empleados de la cancillería estuvieron preparando múltiples documentos en los que se anunciaba el nacimiento, dejando solo en blanco los espacios reservados para inscribir la fecha y el sexo del infante.[101]

Aunque María experimentaba muchos de los síntomas asociados con un embarazo —hinchazón de abdomen y pechos, secreción de leche—, nunca parió y la corte abandonó Hampton Court. Carlos insistía de nuevo en que su hijo regresara con él y, a finales de agosto, Felipe embarcó en el navío que le esperaba cerca del palacio de Greenwich. Mientras Felipe «estaba a pie en alto de su barco, y ondeaba su gorra para saludar a la reina y mostrar su afecto», su desconsolada esposa permanecía en una ventana a la vista de todo el mundo, llorando profusamente. Los reyes cambiaron cartas «no solo cada día sino cada hora» hasta el 3 de septiembre, cuando Felipe cruzaba el canal de la Mancha.[102]

El nuevo rey continuó prestando «ayuda» a su esposa en el

gobierno de sus reinos. Dos días después de la boda, el Consejo de Estado de María sorteaba las restricciones impuestas por el tratado matrimonial y despejaba el camino para la intervención de su nuevo monarca.

> El Consejo ordenó que desde entonces debiera redactarse una nota, en latín o en español, sobre todos los asuntos de Estado que tuvieran que aprobarse de allí en adelante, y que la misma debía entregarse a quien su alteza el rey tuviera a bien designar para recibirla. Se ordenó también que todos los asuntos de Estado aprobados en nombre del rey y de la reina debieran ir firmados por ambos.[103]

Esto significaba que Felipe, a pesar de no hablar ni entender inglés, podía desempeñar un papel activo en los asuntos ingleses, y su intervención directa no cesó cuando se trasladó a los Países Bajos. Por un lado, el rey comunicaba sus órdenes por cartas escritas en latín y español dirigidas a María y a su confidente principal, el cardenal Reginald Pole. Tres días después de la despedida llorosa de los reyes, Pole informó a Felipe de que María «encontró gran placer en escribir a Su Majestad y recibir sus cartas» y en «llevar a cabo los asuntos públicos que el rey le había mandado hacer, porque la mantuvieron ocupada». Dos semanas después, Pole observó que ella «pasa las mañanas en oración, como María, y en las tardes sigue admirablemente el ejemplo de Marta despachando asuntos, instando a sus consejeros para que ellos estén ocupados constantemente… para seguir el curso indicado» por Felipe.[104] Por otro lado, desde Bruselas el rey también indicaba el «curso» deseado con órdenes a un nuevo órgano administrativo —un «escogido consejo» de ministros ingleses— formado poco antes de su partida. Este consejo se reunía varias veces a la semana para discutir asuntos relativos a la política interior y exterior y, al final de cada reunión, enviaba a Felipe una consulta en latín con sus recomendaciones para que este las comentara. Felipe también intervino en la política inglesa mediante el nombramiento de cargos del Estado, algunas veces con el asesoramiento de los clérigos españoles que le acompañaron en

su viaje, especialmente un carismático dominico a quien había conocido en el Concilio de Trento, Bartolomé de Carranza. Así, a la muerte del canciller de Inglaterra —el ministro de mayor categoría—, Carranza propuso el nombramiento del devoto arzobispo de York, y el propio Felipe «scrivió a la reina nuestra señora, que haya sancta gloria, diese el dicho oficio al dicho arzobispo, y así se le dio».[105] [⇒]

Felipe también se interesaba por las cosas de la fe. Según Bartolomé de Carranza, «en el reino de Inglaterra hizo él encarcelar e quemar más de 450» protestantes entre febrero de 1555 y noviembre de 1558, y por lo menos seiscientos más huyeron al extranjero. Un historiador católico moderno considera que Felipe y María dirigieron «la persecución religiosa más intensa acontecida en toda Europa en el siglo XVI».[106] El Consejo Real (que no solo supervisó el programa de persecución, sino que también interrogó a algunos reos) siempre envió al rey consultas que resumían sus deliberaciones. Casi la mitad de las ejecuciones acontecieron en Londres; así que Felipe podía vigilar personalmente el proceso mientras estaba en Inglaterra y, durante sus ausencias, el cardenal Pole incluía en sus cartas al rey informes puntuales sobre la persecución. Tenemos también el testimonio de un caso de herejía en el que Felipe intervino abiertamente. El Domingo de Resurrección de 1555, William Flower, un monje secularizado ahora casado, apuñaló a un fraile dominico mientras este celebraba misa. Indignado ante tamaño sacrilegio, Carranza instó a Felipe a

> que en semejantes casos mostrase Su Magestad quién era y que mandase con la reina, nuestra señora, se hiciese luego una justicia ejemplar; que era así necesario, porque sola la dilación hacia escándalo grande. Lo cual Su Magestad prometió de hacer [a Carranza] y se hizo así dentro de tres días, cortándole la mano derecha con que cometió el delito… y quemándole después vivo.

El rey no tuvo remordimientos. Más tarde, comentó con satisfacción que, durante su estancia en Inglaterra, «se relaxaron

muchas personas y otras se reduxeron», es decir, unas fueron entregadas a los tribunales seculares para su ejecución, pues la Inquisición no podía aplicar la pena de muerte, mientras que otras fueron «reducidas» por distintos medios, incluida la tortura, para que renunciaran a la herejía y abrazasen la fe verdadera. Entre los relajados estaba Thomas Cranmer, quien, como arzobispo de Canterbury, había autorizado el divorcio de Enrique VIII de Catalina de Aragón, la madre de María. Este celo de Felipe impresionó incluso a Carlos, quien anunció a bombo y platillo el crucial papel desempeñado por su hijo en la supresión de la herejía, escribiendo en mayo de 1558 que «en Inglaterra se han hecho y hacen tantas y tan crudas justicias, hasta obispos, por la orden que allí ha dado [Felipe], como si fuere su rey natural».[107]

Por supuesto, mientras estuvo en Inglaterra, Felipe también pasó gran parte de su tiempo administrando sus otros territorios. No dejó de enviar órdenes y cartas a su hermana Juana y a los consejeros de esta en España, comentando luego sus respuestas con los españoles de su séquito; y creó una junta especial (que más tarde se convertiría en el Consejo de Italia) para tratar los asuntos de los territorios italianos que le había cedido su padre. El rey príncipe también se interesaba por el tratamiento de los indios: reunió una junta de teólogos para discutir la legalidad de los «repartimientos» perpetuos y, según su propio informe, «paresce que la mayor parte de los unos y los otros concurren en que se deve e puede hazer lo del dicho repartimiento» y que «ningún otro remedio ay para la conservación e pacificación de aquellas tierras». Por tanto, informó a su padre de que «por todas estas causas e otras, estoy determinado en ello para que se ponga en ejecución». Pero Carlos se mantenía firme —«Yo nunca he estado bien en esto, como sabe, y lo he querido siempre escusar»— y deseaba que Felipe esperase a ser soberano de Castilla y sus colonias, pues

entonces «lo podrá hazer a su voluntad y como cosa suya, y firmar los despachos, y a mí me quitará deste escrúpulo».[108]

La transmisión del poder

Mientras tanto, en mayo de 1555 Gian Pietro Caraffa, un declarado enemigo de Carlos y Felipe, era elegido papa —tras la muerte de Julio III y de su efímero sucesor, Marcelo II— con el nombre de Paulo IV. El nuevo pontífice planeó inmediatamente un ataque coordinado protagonizado por Francia con la ayuda de la flota otomana y varios Estados italianos hostiles. Esto obligó a Felipe a tomar dos medidas preventivas. Con la esperanza de conseguir el apoyo de sus parientes austriacos, renunció formalmente a todas sus reivindicaciones sobre el título imperial presentadas cuatro años antes en Augsburgo *(véase capítulo 2)*; y salió de Inglaterra para Bruselas con el propósito de tomar las riendas del poder.

Los esfuerzos de Carlos por defender los Países Bajos le habían dejado exhausto y, en cuanto los franceses se retiraron a finales de 1554, se recluyó en una pequeña casa de campo cerca de Bruselas con un reducido grupo de criados y se negó a ver a nadie. Un esbozo de la cara del emperador correspondiente a esta época le muestra como un hombre físicamente arruinado, desdentado y calvo, cuyos ojos hundidos tienen la mirada perdida en la distancia. Tan solo tenía 55 años de edad [véase lámina 8]. El 25 de octubre de 1555, Carlos entró con paso lento en la gran sala de su palacio de Bruselas, apoyándose por un lado en un bastón y por el otro sobre el hombro del príncipe de Orange. Su hermana María y su hijo Felipe le seguían.

Después del discurso en el que un consejero explicaba las razones del emperador para querer abdicar y retirarse a España, Carlos se levantó lentamente, «se puso las gafas y leyó lo que estaba escrito en un papel». Entonces pronunció un elocuente y emotivo discurso en el que recordaba a su audiencia todas las

empresas que él había acometido en su nombre e instó a todo el mundo a mantener la fe católica como única religión.[109] Al terminar, Felipe se arrodilló ante su padre y le suplicó (en español) que se quedara y gobernara un poco más de tiempo, para que él pudiera «aprender de él, a través de la experiencia, aquellas cualidades que son más necesarias al gobierno». Luego, se sentó de nuevo y, volviéndose hacia la asamblea, pronunció las únicas palabras en francés de las que tenemos noticia: «Señores, aunque puedo entender el francés correctamente, no lo hablo con la fluidez suficiente para dirigirme a ustedes. De modo que sabrán por el obispo de Arras [Antonio Perrenot de Granvela] lo que quiero decirles». Al igual que en el caso de Inglaterra, la incapacidad de Felipe de hablar las lenguas de sus súbditos —y su decisión de permanecer sentado mientras se dirigía a ellos en lugar de estar de pie, como exigía el protocolo borgoñón— causó decepción. Pero Granvela pronunció palabras suaves, asegurando a los presentes que Felipe permanecería en el norte de Europa todo el tiempo que fuera necesario para garantizar su paz y prosperidad, y que regresaría siempre que hiciera falta, una sabia promesa que el rey no cumpliría.[110]

A pesar de toda la pompa y la emoción, la ceremonia de Bruselas se limitó a marcar la transferencia de los territorios y títulos de Carlos en los Países Bajos. Su intención era viajar enseguida a España y ceder allí sus derechos sobre Castilla, Aragón, Cerdeña, Sicilia y América; pero la falta de dinero para saldar cuentas con el personal de su casa y reunir una flota lo hizo imposible. En enero de 1556, mientras todavía se encontraba en Bruselas, Carlos transmitió sus reinos meridionales, junto con el título de «rey católico», a su hijo, en adelante llamado Felipe II. A petición de su hermano, Carlos también redactó y firmó una renuncia secreta a su título imperial, dejando a Fernando el determinar un momento

favorable para convocar una reunión del Colegio Electoral en la que se eligiera a su sucesor. Entre tanto, Carlos nombró a su hijo vicario (lugarteniente) imperial en Italia.

Hasta el momento en que firmó cada una de estas solemnes transferencias, Carlos continuó emitiendo órdenes y haciendo nombramientos. Por ejemplo, tres días antes de la ceremonia de abdicación en Bruselas, Carlos realizó maliciosamente una gran cantidad de nombramientos irrevocables de cargos eclesiásticos, militares y civiles en los Países Bajos, privando a su hijo de la capacidad de promocionar a sus propios colaboradores. Al parecer, padre e hijo conferenciaron debidamente sobre un único asunto: quién sucedería a María de Hungría como regente de los Países Bajos. Aunque estuvieron de acuerdo en que fuese Manuel Filiberto, duque de Saboya y primo del nuevo rey, la creación de una tercera instancia de poder mientras Carlos y Felipe aún permanecían allí no hizo más que aumentar la confusión sobre quién estaba al mando.

Por aquellos días, el duque de Alba, encargado de defender la Italia española contra las tropas francesas y papales, observó sin rodeos que «es menester dinero o paz, cualquiera, o acabarse todo. De estas tres cosas es fuerza que Su Majestad elija, que la una forzosamente ha de ser».[111] En febrero de 1556, al carecer de dinero suficiente para continuar con la lucha, Felipe se tragó su orgullo y firmó una tregua con Francia. Dado que cada bando continuaba en posesión de sus conquistas, nadie esperaba que la tregua durara mucho, por lo cual Felipe decidió permanecer en Bruselas. Su padre, en cambio, se embarcó para España, donde Felipe esperaba que adoptase un papel activo tanto en el gobierno como en la educación de su nieto y tocayo, don Carlos. En su lugar, el emperador se encaminó a su modesto aposento anexo al monasterio de los Jerónimos en Yuste, donde se mantuvo a distancia incluso de su propia familia (ni siquiera su hija Juana obtuvo permiso para visitarle)

y se negó completamente a comentar asuntos públicos. Pero por mucho que el emperador quisiera ignorar el mundo, el mundo se negaba a ignorarle a él. En julio de 1556 Paulo IV excomulgó tanto a Carlos como a Felipe y puso sus tierras en interdicto. Felipe se quejó amargamente de que las acciones del papa fueran

> tan sin propósito, razón y fundamento, como todo el mundo ha visto, pues yo no solamente no le había dado causa para ello, antes le tenía Su Santidad para me hacer favores y gracias por lo que he procurado de servirle y reverenciarle a él y aquella Santa Sede, así en la reducción de Inglaterra como en cuanto más he podido.[112]

Felipe no solo se quejó: también contraatacó. En primer lugar, ordenó a su hermana Juana que convocara una junta especial de «letrados, theólogos y juristas» españoles que le aconsejaran sobre cuál era la mejor respuesta a la declaración de guerra del papa. Esta junta propuso una solución radical: «Hazer en España un concilio nacional para reformar las cosas eclesiásticas». De hecho, sugería la junta, «no solo havrá de ser en España pero en todos los estados de Vuestra Alteza y de sus aliados», en otras palabras, en la mitad del mundo católico.[113]

Pese a la firmeza de esta cédula, la carga que suponía luchar simultáneamente contra el papa, Francia, los turcos y algunos Estados italianos parece que hizo flaquear la confianza de Felipe, quien envió a Ruy Gómez para persuadir a Carlos de que abandonara Yuste y se hiciera cargo del gobierno de España una vez más.

> Suplicando con toda humildad e ynstançia a Su Magestad tenga por bien de esfforçarse en esta coyuntura socorriéndome y ayudándome, no solo con su paresçer y consejo, que es el mayor caudal que puedo tener, pero con la presençia de su persona y auctoridad, saliendo del monasterio a la parte y lugar que más cómodo sea a su salud y a los negocios.

Además, ordenó a Ruy Gómez, «pediréys a Su Magestad me embie su paresçer cerca desto de la guerra, y por dónde y cómo devría acometer y emprender esta jornada para poder hazer effectos más sustanciales».[114]

El rey guerrero

Mientras esperaba impaciente la respuesta, Felipe se esforzó en que Inglaterra declarase la guerra a Francia. El tratado matrimonial con María prohibía expresamente al rey consorte implicar a sus nuevos súbditos en la guerra hasta entonces entablada entre Carlos y Francia, y, para vencer la oposición de los ministros de su esposa, en marzo de 1557 Felipe regresó a Inglaterra. En cuanto logró su fin, salió de nuevo hacia Bruselas para hacerse cargo de la guerra.

Aunque su gran destreza en torneos y justas, a caballo y a pie, demostraba que Felipe tenía la capacidad de adaptarse a la guerra, hasta entonces jamás había entrado en combate. Esperaba que la campaña de 1557 trajera un cambio. Desde el principio, mantuvo un estrecho control personal sobre la estrategia, las operaciones militares y la logística, y a finales de julio (todavía en Bruselas) notificó a su primo Manuel Filiberto de Saboya que «Nos avemos resuelto en que devéys partir el jueves y yros a poner sobre San Quintín». Añadió que «Passaré derecho a Cambray donde pienso ser el sábado. Yo seré sin falte en Cambray el sábado» —una curiosa repetición, ¿quizás una señal de incertitud?— «por dar priesa en todo, y espero que el lunes estará esta gente [inglesa] donde convenga». Desde allí, proseguía, «pienso estar con vos el martes», 3 de agosto.[115]

Tanta microgestión indicaba claramente que Felipe carecía de experiencia militar. Mientras que Manuel Filiberto fortificó «el campo con trincheras» alrededor de San Quintín, el rey con la artillería de asedio permanecía en Cambrai, cuarenta kilómetros al norte, esperando el contingente inglés de 7.000 soldados enviados por María. «Mucho me ha pesado de no ir oy como lo pensaba», escribía a su primo el 6 de agosto. Los ingleses todavía no habían llegado el día 9, por lo que Felipe, muy nervioso por la preocupación de que la batalla tuviera

lugar sin él, escribió a Manuel Filiberto:

> Si esto del pelear no se pudiese escusar hasta que yo fuese, que será sin falta quando aquí se dice, yo os encargo quanto puedo —pues veis que en ninguna cosa me puede ir más que en viendo que se encamina el negocio a este propósito — me aviséis bolando dello con tres o cuatro [mensajeros], cada uno por su parte, que hagan grandísima diligencia y a ser de manera y a tiempo que con la misma pueda yo llegar a tiempo. Y pues sé que no queréis dejar de tener my compañía en tal coyuntura, y viendo lo que me iría en ello, no os lo quiero encarezer más, aunque querría decíroslo muy largamente.[116]

No ocurriría así. Al día siguiente, 10 de agosto, fiesta de San Lorenzo, un ejército francés trató de socorrer San Quintín, pero Manuel Filiberto, apoyado por el conde de Egmont y otros nobles flamencos, dirigió un victorioso contraataque. Más de 5.000 soldados franceses cayeron en el combate y varios miles más fueron hechos prisioneros, incluidos numerosos nobles. Carranza, en aquel momento en Bruselas, se maravillaba de que «cada día llevan por aquí presos franceses» y «por todos estos castillos reparten duques y condes de Francia». Catorce años después, el conde de Feria todavía recordaba con satisfacción ese día, cuando «dimos con la casa de Francia patas arriba».[117]

La aplastante victoria llevó al rey a proyectar dos importantes monumentos conmemorativos. En primer lugar, encargó una magnífica vidriera en la iglesia de San Juan de Gouda, como también hicieron varios de los que habían comandado tropas en esta batalla [véase lámina 17]. Después, fundó un monasterio y mausoleo dedicado a san Lorenzo en El Escorial, porque «entendió que un principio tan ilustre de sus cosas le venía por su favor e intercesiones en el cielo».[118] Pero esto corresponde al futuro. De momento, Felipe entró en las trincheras que rodeaban San Quintín y se encargó personalmente de las operaciones de asedio. «Estubo Su Magestad a caballo y con un bastón en la mano» —escribió un testigo de vista—, tal como Antonio Moro le pintó [véase lámina 9].

El 26 de agosto, después de disparar la artillería «con gran furia» contra las murallas de la ciudad, «estuvo Su Magestad en esquadrón», listo para un asalto, pero se resolvió en «dilatar para ver si los [franceses] dentro, biendo llegar la cosa tan a punto, se rrendierran». Pero se negaron. Al día siguiente, tras otro ataque artillero, «se entró en [San Quintín] por todas partes matando toda la gente que a la primera furia e ímpetus pudo alcanzar», según el informe oficial que envió Felipe, orgulloso, a su tío Fernando. «Nuestro Señor por su bondad ha querido darme estas victorias en tan pocos días y a principios de mi reinado», alardeaba ante su hermana Juana, «de que se me sigue tanto honor y reputación».[119]

Entretanto, en Italia, el duque de Alba lograba también un éxito espectacular. Primero, expulsó a un ejército francés cerca de Nápoles y, a continuación, avanzó hacia Roma. El 28 de agosto de 1557, mientras Felipe tomaba y saqueaba San Quintín, la artillería española disparó sobre los muros de Roma y las tropas de Alba esperaban poder realizar «un saquillo a la ligera». Pero el duque se contuvo, «porque la irrupción le fue prohibida por una orden del rey, […] ordenándole que no causara daño sino solo temor». Dos semanas más tarde, Paulo IV firmó un ignominioso compromiso de que nunca volvería a declarar la guerra al rey de España ni a ayudar a quienes lo hicieran y que no construiría más fortificaciones. La rendición del papa puso toda Italia en manos de Felipe: las tropas francesas se retiraron hacia al norte y los temerarios aliados italianos de Paulo se apresuraron a firmar la paz con los victoriosos españoles.[120]

Sin embargo, estas victorias resultaron costosas. En mayo de 1557, aun antes de la campaña, Felipe había autorizado un decreto de suspensión, la primera bancarrota pública española, convirtiendo por la fuerza el capital y los intereses de todos los asientos a corto plazo pendientes, cuyo pago estaba asignado a

sus ingresos procedentes de Castilla, a juros marcados a un interés fijo del 7,14 %. Durante más de un mes, la princesa Juana se negó a publicar el decreto, basándose en que este le impediría conseguir futuros asientos, lo cual dio tiempo al rey para conseguir otros nuevos eximiendo del decreto a los banqueros que le facilitasen dinero. Felipe también le suplicó a su padre, «con la mayor instancia que puedo, que tenga la mano para que me provean de dinero». Esta vez, tras pasar casi un año recluido en Yuste, Carlos le complació, dictando y firmando una serie de enérgicas cartas a sus anteriores ministros en las que les instaba a cumplir de inmediato las peticiones de dinero de su hijo.[121]

Felipe continuaba con sus tropas en Francia mientras estas saqueaban varios pequeños lugares hasta que, a mediados de octubre, regresó a Bruselas, donde pidió a los Estados Generales de los Países Bajos dinero para su ejército. Pero no lo logró. Se lamentó a Manuel Filiberto de que «el exército se viniesse a despedir en fin deste mes porque hasta allí se hizo la quenta del dinero. Ha crescido, ha montado más de lo que se pensó. No veo forma de poderlo proveer».[122] Entre tanto, Enrique II mandó que las tropas francesas se retiraran de la península italiana.

Lejos, en Yuste, los peligros inherentes a estos dos acontecimientos llamaron la atención del experimentado ojo del emperador. «Hallándoos desarmado», advertía a su hijo, «podría ser que juntando el enemigo su campo, quisiesse este inuierno intentar de querer recuperar alguna de las plaças que ha perdido, o ganar otros de nueuo». Por tanto, aconsejó a Felipe que mantuviera un contingente numeroso en los alrededores de Metz; así, «teniendo vos aquella gente, podríades más seguramente allegaros al enemigo y contrastarle para estoruarle que no hiciese lo que podría pretender». Esto, concluía el emperador, no solo fortalecería a las propias tropas

de Felipe, sino que también le permitiría «con seguridad soccorrer a los amigos», una velada referencia a la necesidad de proteger Calais. ¡Pero Felipe nunca leyó la carta! Como si hubiese decidido que no tenía tiempo para las siempre ampulosas y algo egocéntricas misivas de su padre, solo leía los resúmenes que le preparaba su secretario, Francisco de Eraso. «No hay que responder», anotó Eraso en esa ocasión, y, aunque estaba preparando «los puntos y negocios que el emperador scrive a Vuestra Magestad» en varias cartas más, omitió completamente las preocupaciones estratégicas de Carlos recogidas en esa última.[123]

Era un descuido importante, porque los acontecimientos no tardarían en justificar la advertencia del emperador. El 31 de diciembre de 1557, unos 30.000 soldados franceses invadieron el enclave inglés en torno a Calais (unos 250 kilómetros cuadrados). En Bruselas, Felipe reconoció el peligro e invitaba al comandante inglés a que «si necesita algo de nosotros para mayor seguridad y defensa», lo pidiera, «porque lo haremos de buena gana». Los franceses tomaron toda la zona en tres semanas.[124]

La pérdida de Calais transformó la situación estratégica. A los españoles «nos ha puesto en gran confusión, porque quando pensávamos que las guerras eran acavadas, parece que comiençan agora de nuevo». En Inglaterra, la «confusión» fue aún mayor. Cuatro años antes, Carlos había asegurado a María Tudor que su casamiento con Felipe le permitiría «recuperar Guyenne, injustamente en manos de quienes ahora la poseen, y puede que incluso el reino de Francia»; pero, en cambio, le había acarreado la pérdida de su última posesión continental.[125] La reina quedó destrozada y, según una historia que se hizo muy popular, llegó a afirmar que, cuando muriera, «la palabra "Calais" aparecería grabada sobre mi corazón». El único consuelo que le quedaba a María en esos momentos era su

nuevo embarazo.

Pole informó a Felipe del estado de la reina en enero de 1558, y este respondió que había recibido «muy mayor alegría y contentamiento de lo que aquí podría encarecer, por ser la cosa del mundo que más he desseado, y importar tanto al bien de la religión y de nuestros reinos». Tan segura estaba María de su feliz desenlace que, el 30 de marzo, pasados ya nueve meses de la partida de su esposo, «previendo el gran peligro que por voluntad de Dios corren todas las mujeres en los trabajos del parto», hizo un nuevo testamento según el cual nombraba a Felipe regente «durante la minoría de edad de mi heredero y descendiente». También ordenó a su flota mantenerse a la espera en Dover e «[hizo] aderezar el aposento desde aquí al puerto» por si su «gentil príncipe de España» volvía. El conde de Feria, el representante personal de Felipe ante la reina, advertía a su amo de que «todo su negocio es que Vuestra Magestad venga»[126].

Felipe se mostraba de acuerdo: la clave para el futuro estaba en si María, a sus cuarenta y dos años de edad, estaba embarazada o no. En febrero de 1558 Felipe anotaba que «la reyna no me escrive nada del preñado y téngolo por mala señal». Un mes después, escribía a Feria que «en el parto de la reyna, será lo más seguro creer hombre lo que viere y no confiar mucho hasta entonces». Y, en abril, lo daba por imposible: «Ya me parece que tardaría mucho la nueba del parto de la reyna, y así creo que podemos estar desatinados dello». Este pensamiento dejaba a Felipe desanimado, tanto que (escribía a Feria) «en este tienpo soy enemygo de ablar y de [e]scrivir y aún con qualquiera, y así no quiero decir más».[127]

Aunque pocas personas creyeran que María estaba embarazada, la esperanza de que su marido regresara era razonable, pues los correos viajaban regularmente entre Bruselas

y Londres en cuatro días y en 1555 el propio Felipe cruzó el canal de la Mancha en dos horas y media. Sin embargo, nunca ocurrió porque el rey cayó enfermo poco después de recibir la grata noticia. En febrero de 1558 lamentó que «aun agora no puedo comer bocado y he tenido gran suma de reuma en el pescuezo y en los agallos»; además, «me ha caído todo al pecho que me ahoga y no me deja dormir de noche». Feria tuvo que contarle todo eso a la reina para explicarle por qué su marido no podía visitarla. A la semana siguiente, Felipe le transmitía otras quejas: «El pecho no me acaba de dejar, y quedo de manera que hasta oy no me he atrevido» a salir de palacio. Y, continuó, cuando un día «he ido a estar un rato» a caballo, «ube menester descansar dos o tres vezes a la ida y otras tantas a la buelta». ¡Pobrecito rey! En marzo de 1558, su salud mejoró lo suficiente para volver a salir de caza, y anunció a María que podría visitarla; pero luego llegaron noticias de que los franceses estaban preparando otra invasión, lo cual significaba que Felipe no podía salir de Flandes «aunque no fuese sino por poco tiempo, aunque yo querría que fuese por mucho».[128]

En una carta fechada el 1 de mayo de 1558, Feria advirtió a su amo de que hasta María había aceptado finalmente que no estaba embarazada. «Duerme muy mal y anda flaca, y con sus melancolias y estas indispusiciones», así que era imprescindible «ablar y escrivir» a su esposa sobre reconocer a su hermanastra Isabel Tudor como posible heredera. Felipe cumplió: «Yo escrivo a la reyna», aseguró a Feria, «alabando cómo se gouernó Isabel», tras lo cual añadió: «Le digo que mire que si agora faltase, me dexaria aquel reyno enemygo».[129] Para evitar esto, Felipe decidió realizar una visita relámpago a Inglaterra, pero en el último momento, como aconteció en marzo, tuvo que abandonar su plan porque los franceses lanzaron un ataque sorpresa. Con esto Felipe acababa de perder su última oportunidad no solo de ver a su esposa, sino de poner a Isabel a

su favor, ya que, de haber conseguido persuadir a María para que reconociera los derechos de su hermanastra entonces, habría aumentado muy considerablemente su propia influencia sobre la próxima reina de Inglaterra.

Entre tanto, un ejército francés invadía Flandes y conquistaba varios puertos hasta que, el 13 de julio de 1558, Egmont transformó la situación con una emboscada a los invasores a las afueras de Gravelinas (Grevelingen), donde consiguió matar o capturar a la mayoría de ellos. Dos semanas después, Felipe («que estava muy contento») visitó a su ejército, felicitó a Egmont, y durante los dos meses siguientes se mantuvo cerca de sus tropas mientras estas invadían Francia de nuevo. Aunque esta vez no participó en persona en las operaciones militares, tarea que dejó a Manuel Filiberto de Saboya, sí mantuvo reuniones periódicas para decidir la estrategia. En ocasiones Felipe mandaba llamar a Saboya para que le informara de la situación en persona, «porque de palabra mejor se entiende esto que no por escrito»; otras veces iba él al cuartel general del duque y escuchaba mientras sus generales y ministros debatían las diversas opciones. Por fin, en septiembre de 1558, cuando la temporada de campaña estaba a punto de terminar, Felipe convocó a sus principales asesores holandeses, italianos y españoles: todos apoyaron la postura de Granvela, que consistía en pactar una tregua que dejaba al ejército de Felipe el control de Francia al norte del río Somme y aprovechar el invierno para negociar un acuerdo duradero.[130]

Al principio, este «acuerdo duradero» parecía imposible: los franceses querían Nápoles y Milán; los ingleses insistían en la devolución de Calais; el duque de Saboya deseaba recuperar todas sus tierras; y Felipe demandaba Borgoña y la Picardía. Los franceses pensaban que la forma más eficaz de resolver todas las disputas con Felipe era que su hijo, don Carlos, se casara con Isabel de Francia, hija mayor de Enrique II, pero insistían en

que primero había que solucionar las cuestiones pendientes con Inglaterra. Felipe propuso, generoso, «que en lo del dote, se pidiese a Calés» —esto es, que la dote de Isabel de Francia sería Calais—, pero los ingleses lo rechazaron coléricamente, al interpretarlo como un cuestionamiento de su soberanía en la zona. Esta situación de punto muerto finalizó al llegar la noticia de la muerte de María Tudor, ocurrida el 17 de noviembre de 1558.[131]

Adiós al trono de Inglaterra

Los rumores relativos a la mala salud de la reina llevaban algún tiempo circulando y, por tanto, Felipe continuaba sus reflexiones sobre cómo conservar el catolicismo en Inglaterra en caso de que María muriera. En octubre de 1558, cuando se enteraba de que la reina estaba «no sin peligro de la vida», Felipe mandó a Feria «estar con Madama Isabel, y seruilla como a hermana de vuestra magestad, y a encaminar que ella uiniesse a la corona sin desassossiego». Era demasiado tarde: sus consejeros ya habían convencido a María de «declarar que la reina estaba muy contenta de que ella [Isabel] le sucediera». María murió una semana más tarde y el título de Felipe como «rey de Inglaterra, Irlanda y Francia» desapareció con ella.[132]

Felipe había conseguido mucho en Inglaterra, especialmente en el campo de la religión. En octubre de 1554, un español recién llegado escribió que «los frailes que aquí pasaron [de España] sienpre están recogidos que no salen de un colegio que a dezir misa. No se atreuen salir si no ban con ellos muchos españoles porque los apedrean y así agora an acordado de dezir misa en su posada». ¡Qué contraste con la situación cinco años más tarde, cuando hasta los protestantes tuvieron que admitir el éxito obtenido por ellos!

> Nuestras universidades están tan deterioradas y echadas a perder que en Oxford apenas quedan dos personas que compartan nuestras ideas, e incluso ellas están tan abatidas y desmoralizadas que no pueden hacer nada… [Algunos]

despreciables frailes han convertido la viña del Señor en un erial. Resulta difícil de creer cuánta desolación puede causarse en tan corto plazo de tiempo.[133]

Isabel se vería obligada a destituir a los directores de casi todos los colegios de Oxford, y también a prácticamente todos los obispos y a dos tercios de los deanes y oficiales porque insistían en permanecer leales al papa.

Como escribió el historiador Eamon Duffy, «solo la muerte de la reina [María] —y no cualquier impresión de fracaso, pérdida de dirección o falta de determinación— acabó» con la Inglaterra católica de Felipe y María. Todo apunta a que, incluso sin hijos de su matrimonio, el catolicismo se habría instaurado perdurablemente en Inglaterra si la reina hubiera vivido hasta los cincuenta y seis años como su padre, Enrique VIII, o incluso hasta los cincuenta y dos como su abuelo Enrique VII, por no decir los setenta que viviría su hermanastra Isabel (quien también falleció sin descendencia). En cambio, María murió a la edad de cuarenta y dos años.[134]

No era la única muerte de un pariente sufrida por Felipe en esa época. El 1 de noviembre de 1558, se había enterado del fallecimiento de su padre en Yuste seis semanas antes. La noticia le dejó consternado, e inmediatamente decidió retirarse a un convento en Bruselas para llorar su muerte. Cuando Manuel Filiberto le visitó en ese convento para tratar de algún asunto urgente doce días más tarde, «[le] allé muy triste». Sus ánimos se hundieron más aún cuando, el 25 de noviembre, se enteró de que «la muerte de la reyna María [de Hungría, su tía] ha salido verdadera, y creo que saldrán todas las que me estubieren mal según soy dichoso». Así se quejaba a su hermana Juana:

Ya podéis juzgar cual debo quedar; que no paresce sino que todo me viene a faltar al mejor tiempo […]. Todos estos sucesos no pueden dejar de embarazarme, y darme mucho que pensar en el gobierno destos Estados [Países Bajos], y en lo que debo asentar en Inglaterra, en caso que viva o muera [María Tudor]; que son cosas muy grandes y principales, y de donde depende el

beneficio, quietud y alivio de mis Estados. Que de mi descanso no quiero tractar, que es lo menos para este propósito.[135]

Sus peores temores se hicieron realidad el 7 de diciembre, al recibir la noticia de las muertes, acaecidas tres semanas antes, no solo de María Tudor, sino también del cardenal Pole (quien falleció el mismo día que la reina). Según el confesor de Felipe, «Su Magestad está tan penado de las muertes de su padre y lo demás, que tanto le tocava, que no huelga que le vea tan presto», y se negaba a ocuparse de sus asuntos. El día 27, todavía desde la soledad de su celda, Felipe analizaba su sombría situación en una carta a Feria:

Yo me veo oy sin un real, y no en manera de hablar sino que no le tengo para ninguna cosa de quantas e menester, así que acá yo no me puedo sostener más. Tampoco puedo ir a España sin hazer paz, que no parecería bien; y sería desanimar mucho a éstos [estados], aunque de my presencia no ganarían sino perderme yo con ellos, y quizá más que ellos, porque ellos creo que se consolarán con qualquier dueño y gobierno.[136]

Desde que comenzó a gobernar, más de quince años antes, Felipe había ansiado independencia y respeto, y le parecía que nunca los había tenido. Como anotó indignado en el dorso de una de las autoritarias cartas de su tía María de Hungría dirigida a «Vuestra Alteza» en la primavera de 1558:

Por esta carta, veréis sabe la reyna decir bien su razón, y si deve de tener quien la aconseje lo que está mejor a ella, no mirando el respecto que se me debe de tener, pues no quiere respetarme ninguna superioridad; y yo no quiero que lo sea otro en mis reynos, sino Su Magestad [Carlos].[137]

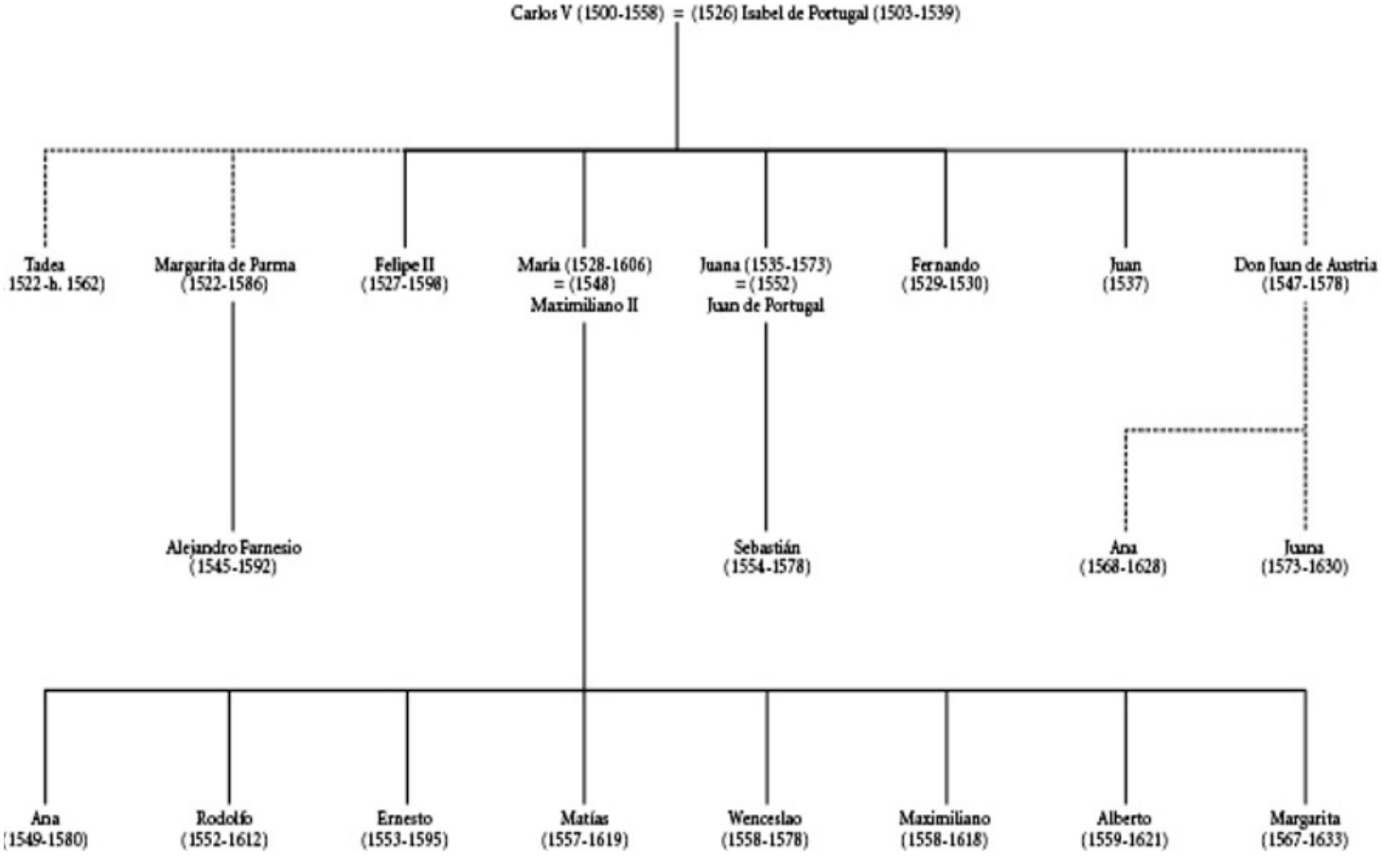
Ahora que tanto María como Carlos estaban muertos, el deseo de Felipe se había hecho realidad: a partir de entonces, Felipito era libre de hacer lo que quisiera. Después de un aprendizaje de tantos años, ahora no solo había conseguido respeto, sino también autoridad. A veces firmaba órdenes «como Rey y Señor que no reconozco superior en lo temporal» y podía mandar a sus vasallos «de nuestro propio motu, cierta ciencia, y poderío real absoluto, de que en esta parte queremos usar y ussamos como rey y soberano señor, no recognosciente

en la tierra superior en lo temporal».[138] Además de respeto y poder, también poseía libertad absoluta en su vida personal. Era dueño de su calendario y de su horario: podía levantarse y acostarse cuando y donde le placía; ir y venir a su antojo; hablar y escuchar —o callar y recogerse— a su elección; y se rodeó, tal y como él quería, de bufones y «locos». Entonces, ¿cómo pasaría su tiempo en su nuevo oficio de «rey y soberano señor»?

La monarquía española en su apogeo, 1585. La anexión de Portugal y sus posesiones de ultramar convirtieron a Felipe II en el gobernante del primer imperio global de la historia. Aunque su núcleo se hallaba en la península ibérica, por la mesa de Felipe pasaba regularmente un aluvión de asuntos relativos

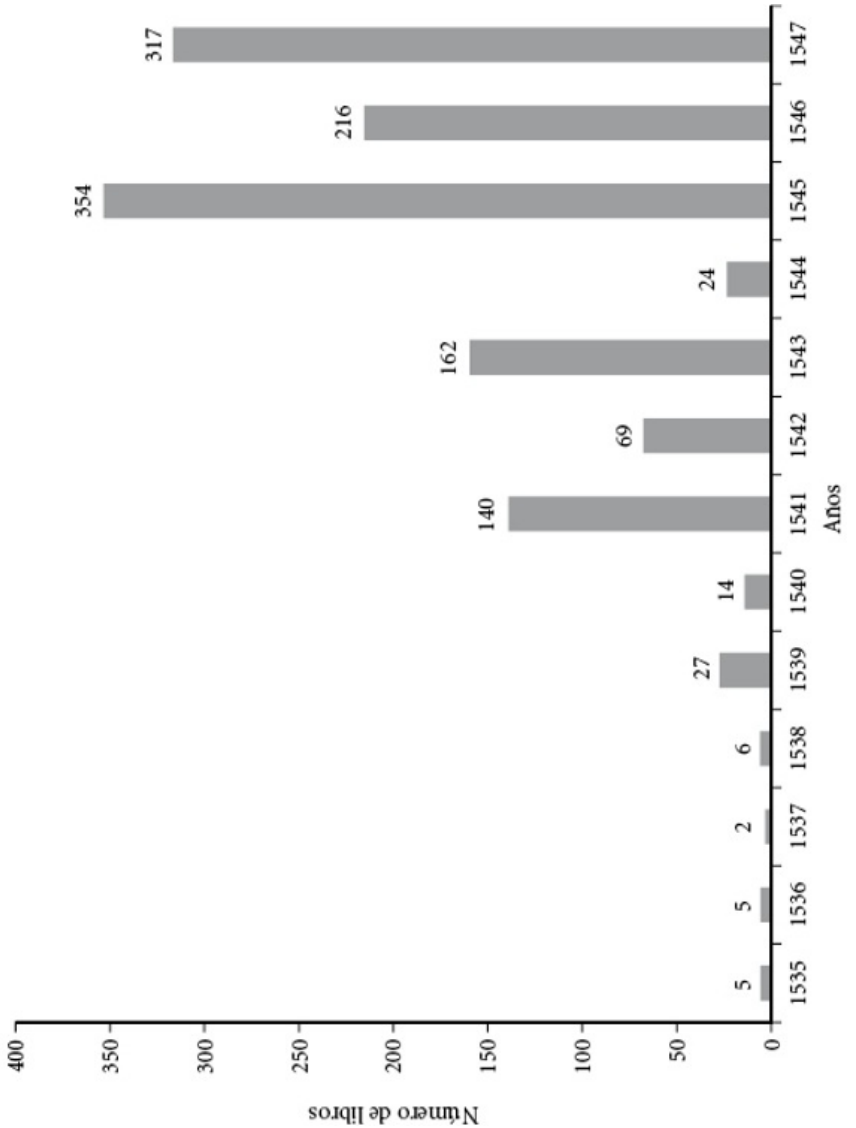
a Africa, Asia y América que le obligaban a tomar innumerables decisiones.

<<


Carlos V (1500-1558) = (1526) Isabel de Portugal (1503-1539)
Tadea (1522-h. 1562)
Margarita de Parma (1522-1586)
Felipe II (1527-1598)
María (1528-1606) = (1548) Maximiliano II
Juana (1535-1573) = (1552) Juan de Portugal
Fernando (1529-1530)
Juan (1537)
Don Juan de Austria (1547-1578)
Alejandro Farnesio (1545-1592)
Sebastián (1554-1578)
Ana (1568-1628)
Juana (1573-1630)
Ana (1549-1580)
Rodolfo (1552-1612)
Ernesto (1553-1595)
Matías (1557-1619)
Wenceslao (1558-1578)
Maximiliano (1558-1618)
Alberto (1559-1621)
Margarita (1567-1633)

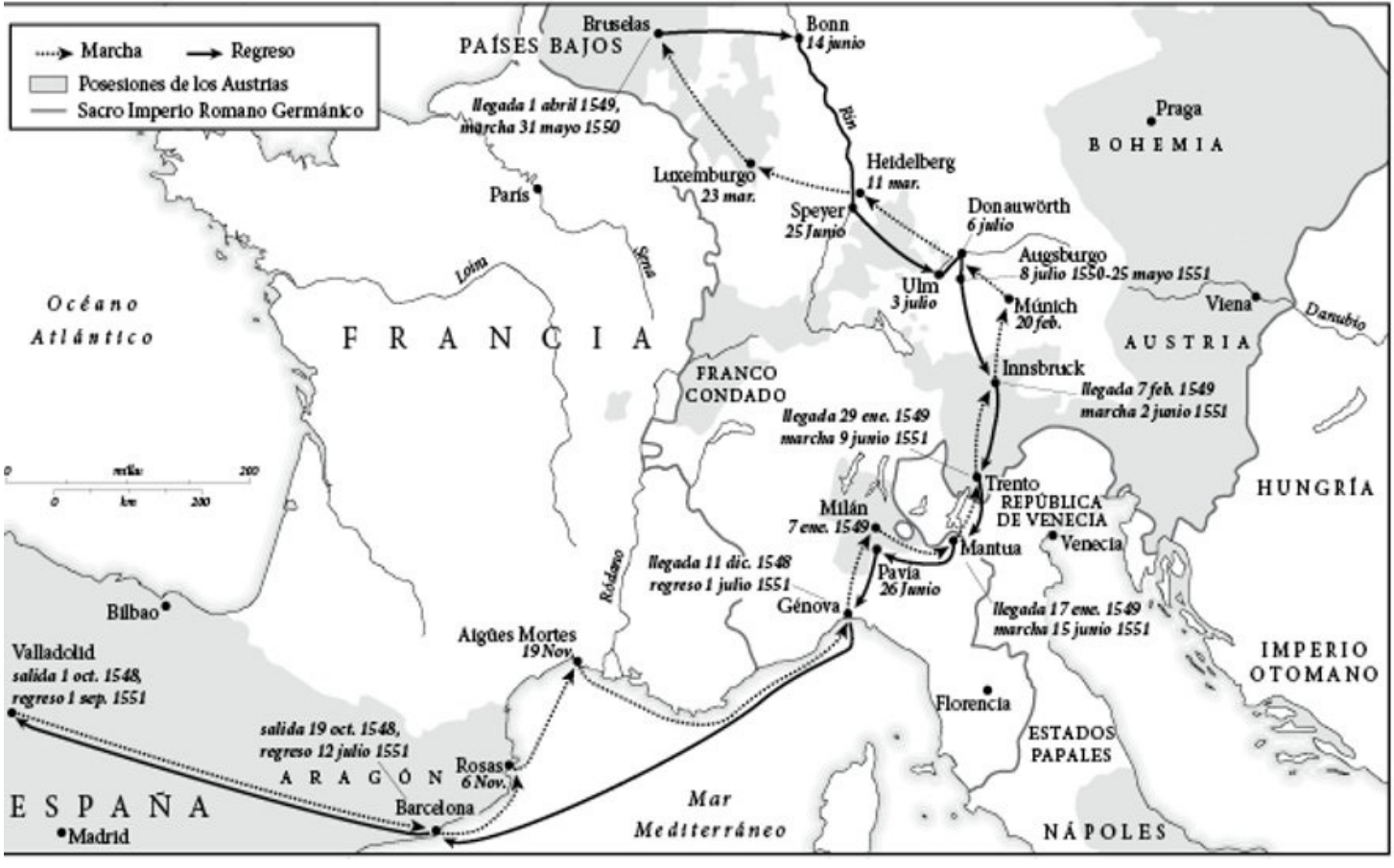
La familia de Carlos V. La Casa de Austria tendía a formar grandes familias o ninguna. María, hija de Carlos V, tuvo quince descendientes (en la ilustración, por razones de espacio, solo figuran ocho); de ellos, solo Ana tuvo hijos, uno de los cuales, el futuro Felipe III, sí engendró herederos. Los restantes contrajeron matrimonio demasiado tarde para reproducirse o bien no se casaron. (Las líneas discontinuas corresponden a hijos ilegítimos).

<<



Libros adquiridos por Felipe II, 1535-1547. El tesorero de la Casa del Príncipe Felipe registró el título y la fecha de compra de cada libro adquirido por o para su amo, y el ritmo de las compras revela el impacto inmediato de la llegada de Juan Cristóbal Calvete de Estrella como tutor del príncipe a finales de 1540.

<<


Marcha
Regreso
Posesiones de los Austrias
Sacro Imperio Romano Germánico
PAÍSES BAJOS
Bruselas
Bonn
14 junio
llegada 1 abril 1549,
marcha 31 mayo 1550
Luxemburgo
23 mar.
París
Heidelberg
11 mar.
Speyer
25 Junio
Praga
BOHEMIA
Donauwörth
6 julio
Augsburgo
8 julio 1550-25 mayo 1551
Ulm
3 julio
Múnich
20 feb.
Viena
Danubio
AUSTRIA
Océano
Atlántico
FRANCIA
FRANCO
CONDADO
Innsbruck
llegada 7 feb. 1549
marcha 2 junio 1551
llegada 29 ene. 1549
marcha 9 junio 1551
Trento
HUNGRÍA
Milán
7 ene. 1549
REPÚBLICA
DE VENECIA
Venecia
Mantua
Pavia
26 Junio
llegada 11 dic. 1548
regreso 1 julio 1551
Génova
llegada 17 ene. 1549
marcha 15 junio 1551
Bilbao
Valladolid
salida 1 oct. 1548,
regreso 1 sep. 1551
Aigües Mortes
19 Nov.
IMPERIO
OTOMANO
Florencia
salida 19 oct. 1548,
regreso 12 julio 1551
ESTADOS
PAPALES
ARAGÓN
Rosas
6 Nov.
ESPAÑA
Barcelona
Madrid
Mar
Mediterráneo
NÁPOLES

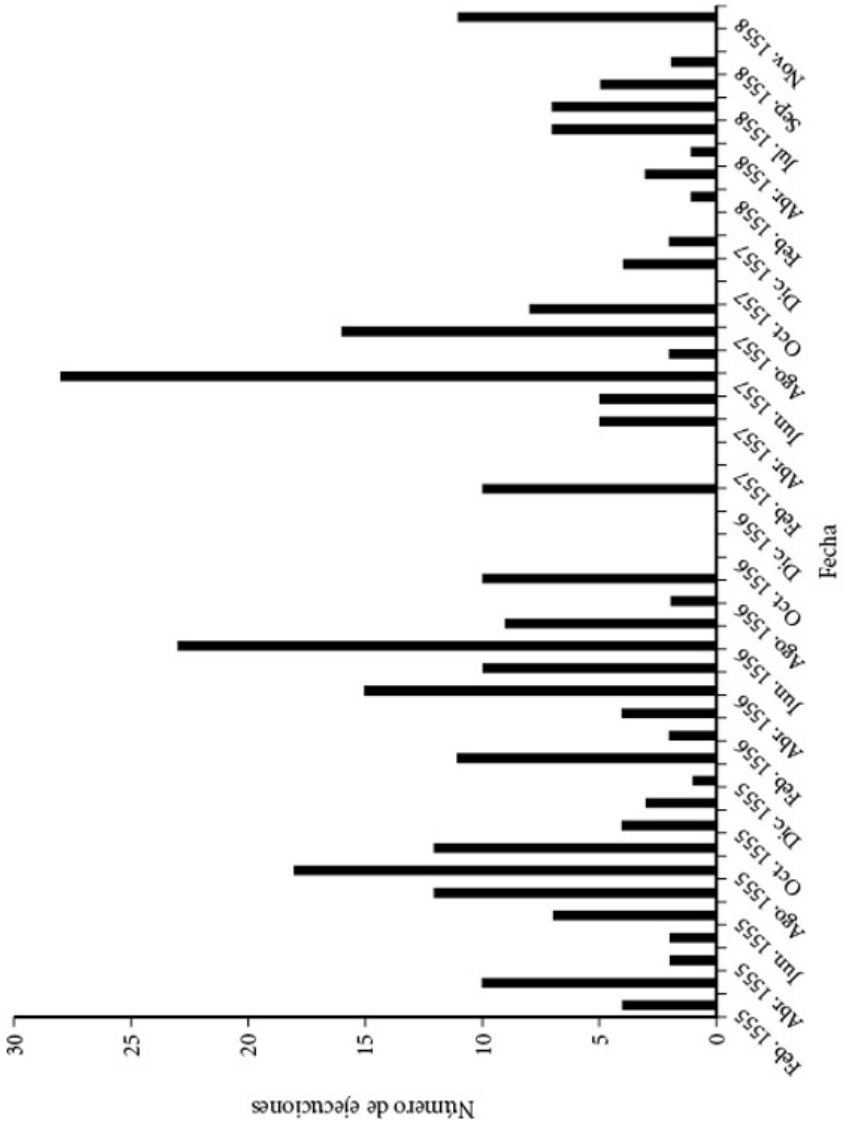
Viaje de Felipe a los Países Bajos en 1548-1549 y regreso en 1550-1551. Carlos V firmó la orden para que su hijo se reuniese con él en diciembre de 1547, pero Felipe permaneció en España diez meses más. Cuando viajó, lo hizo sin prisas y por etapas, en galera hasta el norte de Italia, y desde allí, a través de los Alpes, hasta Austria y el sur de Alemania, con lo que no se reunió con su padre hasta abril de 1549. El príncipe pasó más de un año en los Países Bajos antes de acompañar a su padre a Augsburgo, donde residió diez meses antes de su regreso a España.

<<

Fronteras de los Países Bajos
Fronteras provinciales
Arzobispado de Lieja
Mar del Norte
Kampen
Zwolle
Haarlem
Ámsterdam
Zutphen
Amersfoort
La Haya
Utrecht
6 oct.
Arnhem
Nimega
Róterdam
Dordrecht
's Hertogenbosch
24 Sep.
Breda
Bergen
Roermond
22 oct.
Rin
Brujas
26 julio
Amberes
19 sep.
Gante
19 julio
Malinas
6 Sep.
Gravelinas
Lys
Escalda
12 julio
Bruselas 1 abr.
Ypres
Saint-Omer
Tournai
Soignies
Namur
Mosa
Lille
7 ago.
Mons
Binche
31 ago.
Arras
12 ago.
Douai
Marche
Cambrai
Avesnes
Bastogne
Luxemburgo
23 mar.
F R A N C I A
0 millas 50
0 km 50

Viaje de Felipe por los Países Bajos en 1549. El príncipe Felipe visitó las provincias meridionales de los Países Bajos con su padre Carlos V en julio y agosto de 1549, acompañado por cortesanos de todas partes de la monarquía de los Austrias, y en septiembre y octubre las provincias septentrionales le juraron lealtad como príncipe heredero.

<<



Ejecuciones de herejes en la hoguera en Inglaterra, 1555-1558. Como mínimo 284 protestantes (56 de ellos mujeres) fueron quemados por motivo de su fe a partir de febrero de 1555, mientras Felipe reinó en Inglaterra. Aunque, al parecer, la presencia del rey en el país no afectó a la frecuencia de las ejecuciones, el Consejo Privado supervisó esta política y envió copias de sus deliberaciones a Felipe, que así pudo estar al tanto del total, hasta su último mes como rey de Inglaterra.

<<

SEGUNDA PARTE

El rey y su mundo

4. La mesa de Felipe II[139]

«No se vio en el mundo hombre tan gran trabajador»

«Encuentro a este príncipe muy metido en sus asuntos y que no pierde una hora, estando todo el día entero sobre sus papeles»: tal era el veredicto del embajador francés sobre Felipe II en 1559. Quince años más tarde, su colega veneciano también quedaba impresionado: «El rey trabaja con tanta diligencia, sin tener recreación, que no hay oficial en el mundo, por diligente que sea, quien está tanto metido en su oficio que Su Magestad». Y en un sermón fúnebre por Felipe en 1598, un predicador real declaró: «No se vio en el mundo hombre tan gran trabajador: nunca tuuo hora ociosa, siempre sobre sus papeles, sobre sus consultas y negocios, por los bosques y por los jardines, cargado de papeles: escriviendo y despachando sin cesar».[140]

El mismísimo rey estaba de acuerdo y con frecuencia llamaba la atención de sus ministros sobre «cuán gran trabajador» era. En 1558, en una carta escrita cuando «ya son más de las XII», Felipe se quejaba de «que me han muerto con negocios los días y venir desto tan cansado las noches», así que «si se me holvidare algo, tendrá la culpa el sueño que tengo que he dado en madrugar, y caerme dormydo con el bocado en la boca». Siete años más tarde, otra vez se quejaba de que «a mý me traen de manera lo que carga de mý que no sé lo que me digo ni lo que me hago». No obstante, siguió trabajando en sus papeles hasta «la una, y me estoy durmiendo todo». Un día en 1577, cuando el rey levantó sus ojos de la mesa se encontró con que «son las 10, y estoy hecho en pedazos y muerto de hambre, y es día de ayuno. Y así quedará esto para mañana». El año 1578 transcurrió del mismo modo. En una ocasión, contestó a un secretario que «vino tan gran carga de papeles que con aver estado todo el día en ellos sin parar, no será posible acabarlas

esta noche. Cierto, yo no sé lo que piensan de mý, sino que soy de yerro o de piedra; y en verdad, que aunque callo, que ando tan cansado que presto han de ver que soy mortal como los demás».[141]

«Tan gran carga de papeles», ¿de dónde venía? Dado que Felipe gobernó un imperio que contaba con más de cincuenta millones de vasallos y se extendía desde las Filipinas, pasando por México y Perú, hasta España, los Países Bajos y la mitad de Italia, se necesitaban muchos «papeles» para gobernarlos a todos, y especialmente para defenderlos. Desde su acceso al trono hasta 1559, y desde 1589 hasta unos meses antes de su muerte, Felipe luchó contra los franceses. Además, hasta 1577 estuvo en guerra con el Imperio otomano, y con Inglaterra a partir de 1585. Desde 1567, con la excepción de seis meses de 1577, también mantenía el ejército más grande de Europa para sofocar la rebelión de sus vasallos en los Países Bajos. A menudo libraba las guerras en más de un frente a la vez, tanto por tierra como por mar; y para financiar todos estos conflictos «gestionó un presupuesto inmenso como no se había visto desde el apogeo del Imperio romano».[142] [⇒]

En cualquier época, hacer la guerra siempre crea un intenso estrés a los gobernantes. No solo exige elevadas cantidades de recursos, que resultan difíciles de reunir, sino que además desvía la atención de otros problemas, al igual que estos otros problemas podían distraer la atención del objetivo de ganar la guerra. Un día, confesaba a su secretario que «holgaría yo mucho de entender» en algunas cosas de máxima importancia «si me dexasen y no cargasen tantas cosas que me traen malparado. Y lo que más siento es embaraçarme tantas cosas como ay que hazer. Si pudiese entender agora» en resolverlas, «me contentaría y lo procuraré así porque si quiero hazer las todas, no haré nada, y es mejor hazer lo que se pudiere».[143]

Felipe prefería solucionar con la pluma los problemas a los que se enfrentaba. Según el embajador inglés en 1575, «se dice que Su Magestad escribe y despacha por billetes más que todos sus secretarios juntos». En 1587, el embajador veneciano proporcionó a su gobierno un excelente resumen del tiempo que le absorbían al rey el leer y escribir:

> Escribe cada día de su propia mano más de un quinterno de papel entre billetes, consultas y decretos, que siempre son transmitidos a sus consejeros, jueces, secretarios y ministros por escrito, y tantos otros negocios secretos que trata por vía de billetes con diversos otros particulares. Y es increíble el tiempo que dedica a firmar cartas, licencias, patentes y también asuntos de gracia y justicia, que algunos días llegan a sumar dos mil.

En 1592, según un espía inglés, la escritura todavía formaba parte del trabajo diario de Felipe, quien «despachaba más asuntos que cualquiera de sus tres secretarios, y de este modo, con la pluma y la bolsa, gobierna el mundo».[144]

Pero este impresionante archivo quedaba incompleto. Tanto el rey como sus ministros destruían deliberadamente documentos confidenciales. Así, en 1579 el presidente del Consejo Real informó al rey de que se hallaba «con algunos papeles» sobre un asunto delicado «fuera de los que se quemaron; y pues esto está ya acabado, si Vuestra Magestad me da licencia, se podrán también quemar». Con su aprobación el rey respondió: «Muy bien me parece que quemáis todos estos papeles que aquí decís, y assí los haced». También los mismos diplomáticos olvidaban o ignoraban que muchos asuntos discutidos por Felipe y sus ministros no habrían dejado rastro documental ninguno porque «ahora sabréis lo que yo más podía decir sobre todas estas cosas e sobre otras que pasan en el mundo que no son para cartas y así no lo quiero decir» (1552), o bien el rey juzgaba que el «negocio que agora corre no es para por escrito» (1579) o eran cosas «de qualidad que no conviene sea [comunicadas] por scripto, sino que se os digan» (1588).[145]

El sistema conciliar

Durante su reinado, la mayoría de los asuntos llegaban a la mesa de Felipe procedentes de trece consejos y una junta permanente en Madrid. Felipe heredó cinco consejos de sus bisabuelos, Fernando e Isabel; otros cinco, más la Junta de Obras y Bosques, de su padre, Carlos V; y los otros tres los instituyó él mismo. A partir de 1561, cuando el rey eligió Madrid como sede permanente de su gobierno central, cada consejo se reunía a unas horas y unos días fijos en el Alcázar, y seguían el mismo ritmo incluso en ausencia del monarca. Cada consejo contaba con un presidente, un secretario y varios consejeros, y desempeñaba dos funciones principales: mantener los derechos y los poderes de la corona en su área de competencia, por un lado, y comentar las cartas y memoriales recibidos en relación con esta, así como recomendar las medidas que el rey debía tomar, por otro. Los oficiales en todas partes de la monarquía recibían órdenes estrictas de enviar su correspondencia a la institución central pertinente. Así, los virreyes de Italia debían dirigir todas sus cartas sobre el «govierno, justicia, patrimonio y hazienda de nuestra corona y fisco, y los otros negocios ordinarios y de partes (como de graçia, mercedes, consultas y provisiones de oficios y beneficios)» al Consejo de Italia; todos los asuntos relacionados con otros gobernantes, al Consejo de Estado; y cualquier asunto relacionado con la Corona de Aragón, la fe, etcétera, al organismo central correspondiente.[146] [⇒]

Al principio de su reinado, en los Países Bajos, Felipe presidía personalmente las reuniones del Consejo de Estado, y continuó haciéndolo cuando regresó a España en 1559, pero a los pocos meses dejó de asistir alegando que ello fomentaría un debate más libre. A partir de entonces, todos percibían su presencia en los debates como señal de la inminencia de una importante decisión política. En los demás casos, excepto el del Consejo Real, al que el rey asistía por tradición cada viernes, los

consejos se comunicaban con Felipe solo por escrito: el secretario, es decir, el presidente, entregaba todos los papeles y consultas pendientes en la antesala del despacho del rey, con un billete resumiendo lo que contenía cada pliego y las recomendaciones del consejo. En cierto momento, un ayuda de cámara los llevaba a la mesa real, donde Felipe los leía y luego garabateaba su decisión sobre el mismo billete, en el amplio margen izquierdo que todos sus ministros dejaban a tal efecto. Algunas de sus respuestas eran breves («Así», «Está bien», «Hágalo», «He holgado mucho»), pero otras se desbordaban entre las líneas, invadiendo el párrafo en cuestión. Una vez que Felipe había escrito sus decretos sobre cada billete o consulta, un ayuda de cámara devolvía el pliego al secretario del consejo en cuestión, el cual redactaba una orden adecuada y la enviaba al rey para su firma [véase lámina 10] y [véase lámina 11].

Al rey le gustaba tener sus días cuidadosamente planificados. Mandaba a sus ministros «venid mañana a la noche» o «mañana después de comer», y esperaba que «vengáis por acá para ver lo que falta y concluirlo, y según el estado en que lo tenéis me avisad mañana a hora de comer para que yo os avise quando os podré oír». Cuando podía, planeaba de antemano sus tareas para toda la semana. Un lunes en 1578, el inquisidor general, Gaspar de Quiroga, pidió una reunión con el rey, pero este contestó: «Yo holgaré mucho de veros, pero tenía ya repartido toda esta semana, a lo menos hasta el sábado». Venido el sábado, advirtió a Quiroga que tendría que esperar un día más: «Mañana domyngo podréis venir acá dadas las tres, que oy no he podido».[147] La llegada de pliegos en el último minuto le molestaba. «Estos extraordinarios me destruyen», se quejaba un día, porque «me estorvan las cosas en que yo pensava entender oy»; y en otra ocasión, cuando se encontraba leyendo una consulta enviada por un ministro y «vuestro criado» trajo otro papel, el rey lo rechazó, escribiendo

en el billete anejo: «No podré ver aquello hasta la mañana por tener mucho para esta noche, que tengo ya entablado. Y será desbaratármelo todo».[148]

Felipe siempre leyó cuidadosamente los documentos que sus ministros le presentaban antes de firmarlos. Aunque más tarde empezó a poner una estampilla en las órdenes rutinarias, seguía examinándolas antes, y a veces tachaba un texto esmeradamente escrito porque había encontrado una irregularidad administrativa («en las que no he firmado desas cédulas me parece que ay inconvenientes, porque las de los tres reynos de Aragón, principalmente la del mysmo reyno, no será obedecida y es contra fueros»); porque no le agradaba el tono («las [cartas] para el rey de Portugal y señoría de Génova son impertinentes, que es casi mandándoles»); por no estar escrito con claridad («Buélbase a hazer, sin lo borrado que no se entienda por nadie»); o porque había detectado un error (la fecha «paréceme que no fue [primero de agosto], sino último de julio. Mírese si es así y enmiéndese la cifra, que no es bien que lleven las cartas ningún error»). También, en ocasiones, insistía en ver con sus propios ojos papeles que sus ministros habrían preferido retener («en esto quiero ver yo mismo los recados que ay»); y cuando estaban en juego asuntos delicados, el rey enmendaba el texto de una carta antes de firmarla, y a menudo añadía una posdata ológrafa.[149] Escribía cartas enteras de su puño y letra al papa y a algunos otros soberanos; a sus esposas, sus hermanas, sus hijas, y otros parientes; y a algunos ministros de confianza sobre los asuntos más delicados.

Muy raras veces, Felipe se confesaba vencido por «los negocios» de su monarquía. En 1562, cuando el Santo Oficio le preguntó bajo juramento por su opinión sobre las declaraciones teológicas de un ministro que entonces estaba preso por herejía, declinó responder a una pregunta porque «Su Magestad no es theólogo». Un cuarto de siglo más tarde, cuando su secretario le

preguntó qué hacer con un crítico de algunas políticas suyas, el rey replicó bruscamente: «Como no soy letrado no sé qué me diga en estas cosas».[150] El único campo en que Felipe admitía libremente (y a menudo) su ignorancia era en los asuntos de su hacienda. De vez en cuando se enfadó al no entender las complejas propuestas que sus asesores le enviaban —«paréceme que dice bien [el autor] algunas cosas, aunque las deve de entender mejor que yo, que no las entiendo nada»; «ya sabéis quán poco entiendo yo qual es mejor o peor memorial, y en llegando a esto no me quiero quebrar la cabeza en lo que no entiendo ni he podido entender en todo my vida»; «he entendido muy poco o casi nada dese papel, aunque lo he leydo más de dos vezes»— o porque aquellos no estaban de acuerdo.[151] «Para quien no entiende poco ni mucho desta material no es bueno aver tanta contrariedad en ella», fulminó un día de 1573, y continuaba: «Yo no sé cómo se pudiese dar a entender a los del consejo de Hazienda, estando tan puestos en lo contrario», especialmente «no pudiendo yo debatirlo con ellos, siendo cosa que no entiendo, y en que no puedo por esto hazer más de lo que ellos me dicen que conviene».[152]

Pero Felipe sabía que no podía darse enteramente por vencido puesto que las finanzas eran «de tanta importancia» que «verdaderamente yo me hallo congojado de no saver lo que hazerme con ellas, importando tanto acertar en tomar buena resolución en ellas». Tenía más confianza en los memoriales presentados por Juan Fernández de Espinosa, el banquero al que había nombrado tesorero general de Castilla —«he leído acá este papel de Juan Fernández, y no los demás, [por]que yo no entiendo nada de aquello ni sabría que decir en ello»—, pero incluso algunas de las propuestas de Fernández dejaban perplejo al monarca. «Cierto que no entiendo palabra dello», se lamentaba tras leer una de ellas en 1577, «y así no sé qué me haga. No sé si sería bueno comunicarlo a alguno, pero tampoco

sé a quién. Y el tiempo corre». Al final, el rey accedió a regañadientes a escuchar a su tesorero general en persona, a condición de «que se lleue los papeles, para yr hablando con ellos en la mano».[153]

Mantener el control regio

El sistema administrativo adoptado por Felipe dotaba de un gran poder a unos pocos ministros. Por ejemplo, los secretarios de cada consejo seleccionaban qué cartas y documentos debía el rey leer al completo y cuáles bastaba con resumir en «puntos»; también decidían sobre cuándo los vería y, en algunos casos, si lo haría. Así, en 1574, cuando la guerra en los Países Bajos había alcanzado un momento crítico, Mateo Vázquez, secretario y capellán real, decidió enviar a su amo un informe sobre un asunto completamente distinto, con un billete que decía: «Aunque veo lo que ocupa el cuidado de Flandes, y que aquel embaraço da poco lugar para attender a otras cosas, me ha parecido acordar a Vuestra Magestad la carta de don Diego de Mendoza que aquí va». En 1586, un pariente del rey agradeció al propio Vázquez el haberse asegurado de que Felipe viera su petición, «pues aunque Su Magestad me hace lo posible, las muchas ocupaciones le podrían divertir algo».[154] A la inversa, ese mismo año y con máximo secreto, Vázquez envió a un colega un papel «que he topado entre los muchos que vienen, que no me ha parecido es para verlo Su Magestad». En 1577, el enemigo de Vázquez, Antonio Pérez, informaba al embajador de España en París, íntimo amigo suyo, de que sus cartas «son de mucha satisfactión a nuestro amo, el qual las ve todas, digo las que conviene». Dos lustros más tarde, el sucesor de Pérez, don Juan de Idiáquez, interceptó y eliminó una carta dirigida al rey por el duque de Medina Sidonia, en la que declinaba su nombramiento para comandar la Armada Española y expresaba serias dudas sobre la conveniencia de la

empresa en sí misma. «No nos hemos atrevido a dar quenta a Su Magestad de lo que vuestra señoría agora escrive», anunciaban Idiáquez y su colega don Cristóbal de Moura. En 1595, cuando el mismo Moura recibió una consulta enviada por el presidente del Consejo de Hacienda, respondió secamente: «No he querido decir a Su Magestad nada desto», pues opinaba que no le gustaría a Felipe.[155]

Salvo que tuviese una recomendación hecha por uno de sus consejos, Felipe casi nunca tomaba una decisión sobre un asunto que llegara a su mesa sin pedir asesoramiento a un ministro de confianza. Cuando recibió un papel sobre la economía en 1578, el rey mandó a su secretario: «Myrad si sería bien que viese alguno, y quién, para ver cómo es aquello, que yo no lo he entendido»; y veinte años más tarde, el nuncio Camillo Caetani (agudo observador del rey) confirmó que «siempre ha deseado [Felipe] el voto de sus consejeros», aunque, continuó Caetani, «por la desconfianza y por guardar el secreto, se ha encerrado en sí mismo y cargado frecuentemente la máquina de sus intereses en pocas personas, y no igualmente capaces de tantos y tan variados manejos».[156]

Esta costumbre administrativa fomentaba rivalidades entre esas «pocas personas». Ya en 1543, Carlos V había prevenido a su hijo de «las paçiones, parcyalydades y casy vandos que se hacían o están hechos entre mis criados» y, con el tiempo, aquellas aumentaban. La amarga rivalidad entre los dos miembros más importantes de la Casa Real, Ruy Gómez de Silva (sumiller de corps) y el duque de Alba (mayordomo mayor), obligaba a casi todos los criados del rey a alinearse con el uno o con el otro. Además, todos los que gozaban del favor del rey se esforzaban por conseguir puestos para sus extensas familias, incluidos los parientes políticos (así, Ruy Gómez ascendió a Juan de Escobedo, el futuro secretario de don Juan de Austria, porque era «primo» de su suegra). De esta forma,

linajes como los Toledo o los Mendoza obtuvieron un gran número de cargos de gobierno, y esto generó una sostenida rivalidad a todos los niveles, dado que «toda la casa de los Mendoza envidia a la casa de Toledo».[157] Destacados ministros también forjaron alianzas con colegas cuyo apoyo podía ayudarles a alcanzar sus objetivos. Así, Antonio Pérez consiguió primero para Gaspar de Quiroga la sede de Toledo y más adelante un birrete de cardenal; Quiroga, a su vez, convenció al rey para que nombrara presidente del Consejo Real a su aliado Antonio Mauriño de Pazos; y Pazos le correspondió cantando alabanzas de Pérez al rey. Igualmente, el «patriotismo» pudo constituir otro factor para fortalecer facciones. Cuando Diego de Simancas, miembro del Consejo Real, analizó por qué el rey había nombrado a Pazos, y no a él, presidente del Consejo, culpó a Quiroga. «Algunos meses antes se dijo en su casa [de Quiroga] que o él sería presidente o quien él quisiese; y él dijo una vez que no había tenido día bueno después que fue obispo, pero que todo lo sufría la señora ambición», ¡una confesión ciertamente reveladora por parte del primado de España! Pero ¿por qué —se preguntaba Simancas—, había tenido que ser Pazos quien Quiroga «quisiese»? La explicación, según él, era de carácter geográfico: «Es de los Quirogas, de Galicia, y [Pazos] gallego, de Pontevedra». Don Gaspar había mirado por su compatriota: «Le hizo nombrar para el obispado de Ávila, diciendo al rey que merecía mejor el arzobispado de Toledo que él mismo; y que se podía y debía servir del en cosas de gran importancia». Al conseguir el nombramiento de un paisano agradecido (aunque no lo bastante cualificado), concluía Simancas, Quiroga «le tenía tan obligado, que podía esperar que le había de tener de su mano».[158]

Felipe introdujo una importante innovación para contrarrestar el riesgo de que las rencillas y facciones dieran oportunidades a sus ministros para engañarle. A principios de

su reinado, instó a sus principales ministros a que «cuando quisiéredes scrivirme alguna cosa para que yo solo lo sepa, agora sea de Estado o de otra cualquiera calidad, poniendo en el sobrescrito que se dé la carta en mi mano, se hará así». Como era de temer, algunos ministros abusaron de la norma, pero no por mucho tiempo. Así, en 1586, el rey perdió la paciencia con un ministro que insistía demasiado en dirigirse a él directamente: «Terrible cosa es esto de embiar las cartas "a mys manos", que para solo abrirlas no ay tiempo muchas vezes. Y así no sirve sino de dilatar los negocios porque estas dos cartas ha días que tengo, y no las he podido abrir hasta agora».[159] Pero Felipe nunca abandonó este mecanismo, ¡y pobre del secretario que abriese una carta dirigida a «el rey en su mano»! En 1594, el secretario particular de Felipe se echó a temblar al descubrir que «abriendo los pliegos que truxo este [correo] ordinario, abrí por descuydo este del presidente [del Consejo Real] que venía "en manos de Vuestra Magestad", y no cahí en ello hasta que fuy a quitar la cubierta, pero certifico a Vuestra Magestad que no llegué a ver letra de lo que está dentro». El rey se enfureció: «Bien será que lo miréis bien de aquí adelante, de manera que no suceda ni aya el descuydo que agora».[160]

De vez en cuando, el rey no se limitaba a medidas de vigilancia tan pasivas. Ordenaba a sus oficiales abrir la correspondencia de los diplomáticos extranjeros residentes en Madrid (práctica que se veía facilitada por la costumbre de confiar sus cartas a los correos del propio rey para ahorrar gastos) y descifrar algunos documentos «que no son para mý» antes de volver a sellar el original y enviarlo a su destino. «Vos y yo avemos de ser como confesores», escribió a Mateo Vázquez cuando le ordenó transcribir documentos «sin que lo vea ni entienda hombre nacido». De vez en cuando Vázquez también recibió órdenes para entablar una correspondencia secreta con un consejero sobre la conducta de otro.[161] Todas estas prácticas

arteras llevaron al embajador veneciano Leonardo Donà a advertir a su gobierno de que, «por naturaleza, [el rey] es a la vez muy prudente y muy receloso»; y en su Relación al Senado de Venecia, al final de su embajada, en 1574, repetía que Felipe nunca se fiaba completamente de nadie: «El rey sufre de la misma enfermedad que su padre: es decir, la sospecha».[162]

En 1565 Gonzalo Pérez, secretario de Estado, que contaba con cuarenta años de experiencia administrativa, subrayó un gran defecto en el *modus operandi* de su amo: «Muchos negocios yerra y yerrará su Magestad por tractarlos con diversas personas, una vez con una y otra con otra y encubriendo una cosa a uno y descubriéndole otras… y así no es de maravillar que salgan despachos diferentes y aun contrarios». Dos años después, su sucesor, Gabriel de Zayas, empleaba términos aún más duros: «El rey ha querido que lo de substançia vaya por tantos arroyos», informaba al duque de Alba, «y no sería de poco seruicio de Su Magestad que acabasse de darnos orden, porque assí todo es un chaos».[163] Felipe se daba cuenta, y para evitarlo nombró a algunos ministros con el fin de que trabajasen en varios consejos. Era frecuente tener a la vez un puesto en el Consejo de Estado y también en el de Guerra, o en el de Indias y el de Hacienda; también era habitual ocupar un asiento en Estado, Guerra y Hacienda simultáneamente, por lo que estos ministros sabían lo que pasaba en otros organismos asesores y podían, al menos en teoría, coordinar los asuntos. En 1559, cuando Felipe regresó a España, Francisco de Eraso había llegado a convertirse en secretario de nada menos que seis consejos y miembro de dos más. En palabras del embajador francés, «la gestión de casi todo está ahora en manos» de Eraso, «dada la estima y la deferencia que su Señor le tiene».[164] Esta «deferencia» duró hasta 1565, cuando las acusaciones de fraude y corrupción alcanzaron tal grado que se determinó emprender una visita, o investigación, sobre la conducta del secretario.

Esto quebrantó su control sobre el gobierno y, un año después, Felipe le impuso una multa de 12.000 ducados, le suspendió en la mayoría de sus cargos durante doce meses y le privó de todos sus puestos en Hacienda.

A continuación, Felipe depositó casi todas las tareas de la monarquía en Diego de Espinosa, nacido de padres hidalgos con escasos medios. Después de que Espinosa, ya sacerdote, estudiara derecho civil y canónico en Salamanca, el rey lo hizo oidor de la Audiencia de Sevilla, donde conoció al jesuita Francisco de Borja, quien en 1559 lo recomendó al rey para ocupar cualquier alto cargo por ser «persona de muchas letras, virtud y prudencia». Atendiendo a esta recomendación, Felipe nombró a Espinosa miembro del Consejo de Estado, presidente del Consejo Real y, en 1568, inquisidor general. Espinosa se había convertido en «el hombre de toda España de quien el rey haze más confianza y con quien más negocios trata, así de España como de fuera ella», y «por su mano pasa todo, sacro y profano, carne, y mundo y spíritu». En resumen, Felipe había convertido a Espinosa en «otro rey de esta Corte», y «en su casa se resuelve todo».[165]

Ahora bien, tanta concentración de poder dio una envidiable coherencia a las políticas del gobierno de Felipe, pero también fomentaba una falsa apariencia de unanimidad entre los encargados de tomar decisiones, tanto activa (frenando la expresión de las posturas disidentes) como pasivamente (orientando los debates de forma que se minimizaba el desacuerdo), al estilo de lo que hoy en día se denomina «pensamiento grupal». La supresión del debate durante el ministerio de Espinosa explica la inflexibilidad que llevó primero a los flamencos y luego a los moriscos de Granada a rebelarse *(véanse capítulos 8 y 11)*; y también puede explicar por qué, tras la repentina muerte del cardenal en septiembre de 1572, el rey no nombró ningún sucesor para «la

superintendencia de lo de la guerra, estado, hazienda y consultas y todo el otro montón de cosas que sobre el cardenal cargavan».[166] Como Felipe informaba al nuevo presidente del Consejo Real,

> pensé que acertaba en encomendar muchas cosas que se me ofrecen al cardenal de las que tocauan a este oficio, y quizá hubo entonzes causas para ello; pero la experiencia ha mostrado que esto no conviene, y aunque esto es más descanso y es menos trauajo mío, no me parece que se puede llevar adelante; y assí solo os encomiendo lo que toca al oficio de presidente.

Felipe había llegado a valorar el consejo que su padre le había dado casi treinta años antes: «No os atéys ny obligéys a uno solo, porque aunque es más descansado no conviene».[167]

El sistema de juntas

Después de la muerte de Espinosa, en lugar de permitir que un solo ministro actuara como «otro rey en la corte» (como los validos de su hijo y de su nieto más tarde), Felipe pedía consejo a una compleja red de juntas coordinadas por Mateo Vázquez, un clérigo de oscuros orígenes (muy posiblemente hijo ilegítimo, fue criado como huérfano) que había servido como secretario de Espinosa. Tras la muerte del cardenal, Vázquez propuso a Felipe un sencillo método para reducir sus cargas. «No parece», escribió con cautela, «que tiene Vuestra Magestad secretario propio, de que resulta no poder escusar de leer y scrivir muchas cosas, y desta ocupación y trabajo se podrían temer en la salud el daño que la experiencia a mostrado siempre en los que más tratan papeles». Vázquez se ofreció a ocuparse él mismo de todo esto, «con qué cessaría mucho del leer y escriuir Vuestra Magestad por su mano».[168]

El 1 de abril de 1573 Vázquez juró como secretario real, y Felipe le encomendó dos tareas fundamentales: se ocuparía de toda la correspondencia dirigida «al rey en su mano» y coordinaría las juntas informales creadas por Espinosa, actuando como secretario de muchas de ellas. Él y su amo

acordaron quiénes integrarían cada junta (y cuándo deberían cesar), la frecuencia de las reuniones y su orden del día. Vázquez también transmitía las instrucciones del rey a cada junta, y presentaba sus recomendaciones al rey. Más tarde, Vázquez se encargó de otras dos tareas adicionales: redactar el borrador de las decisiones del rey sobre las consultas recibidas («Manda Su Magestad que…») y servir como intermediario entre Felipe y los secretarios de cada consejo («me dio Su Magestad […] algunas cartas de prelados sobre la prevención de armas, las cuales me mandó remitir a la Cámara no obstante pareciese de Guerra» o «mandome remitir al presidente de Indias dos cartas, aunque eran de Inquisición de allí»). Vázquez actuó así hasta su muerte en 1591, lo que durante un tiempo lo convirtió «probablemente en el segundo hombre más poderoso del imperio español».[169]

Mateo Vázquez pagó un alto precio por su preeminencia. Vivía siempre a la entera disposición del rey y bajo la obligación de dejar cualquier cosa que estuviera haciendo para ocuparse inmediatamente de otra: «Después que os escriví, se a ofrecido cierta cosa sobre que es menester que os hable oy, y así estad a punto para quando yo os llamaré, que será en pudiendo» (1574); «Mateo Vázquez: este trasladad luego, entretanto que yo escribo y hago lo demás, y hago colación; y me lo embiad para que cierre el pliego para que me quedan acá los demás papeles» (1577); y «veed [esto] myentras yo como y duermo, y me lo embiad para quando despierte, para que lo vea yo y lo que en ello convendrá» (1579).[170]

Pero la energía de Vázquez no podía detener o desviar el aluvión de papeles que llegaba a la mesa del rey. Al principio del reinado, el Consejo de Indias se reunía únicamente durante tres horas cada mañana, pero en 1571 empezó a reunirse también tres tardes a la semana; y el Consejo de Hacienda, que se reunía solo dos veces por semana, pasó en 1580 a despachar

cada mañana durante tres o cuatro horas, a veces continuando durante la tarde. Esto aumentó inevitablemente el número de consultas que llegaban a la mesa de Felipe. Al principio del reinado el Consejo de Guerra apenas generaba dos legajos de documentos al año, pero a partir de 1590 pasó a producir más de treinta —es decir, quince veces más—, y sus secretarios redactaban casi dos mil cartas anuales sobre asuntos militares y navales que luego debían ser revisadas y firmadas por el rey. Por supuesto, la actividad administrativa de otros organismos aumentó a un ritmo similar. Entre marzo de 1572 y el mismo mes de 1573, el rey pasó 161 días en alguno de sus refugios campestres fuera de Madrid (Aranjuez, El Pardo, El Escorial, etcétera), y en esos días recibía más de quinientas carpetas llenas de consultas y cartas enviadas por los ministros desde la capital. Los secretarios del consejo eran los que enviaban la mayor parte del correo —el setenta por ciento—, mientras que cinco ministros concretos, en especial el mayordomo mayor de la reina y los infantes, enviaban otro quince por ciento.[171] Los mismos correos cargaban también memoriales, peticiones de particulares dirigidas al rey para solicitar algo: una pensión o un perdón; un cargo civil o eclesiástico; la recompensa para un servicio; una licencia para publicar un libro; o un hábito o encomienda en una de las órdenes militares. En marzo de 1571, por ejemplo, más de 1.250 memoriales individuales llegaron para la consideración del rey, lo que significaba un promedio de cuarenta al día.

Cada memorial, como cada consulta, requería que el rey tomara una decisión. Algunas eran fáciles —«visto todo, yo me resuelbo en ello» o «tienen razón en esto todo, y así se haga dónde y cómo les pareçe»—, pero otras no. Así, en 1575, Felipe pasó un penoso día como gran maestre de la orden de Santiago «en que me quiebro bien la cabeza porque para 12 encomyendas vacas ay 117 demandadores», de modo que

pospuso la decisión tres días. Pero luego encontró la tarea aún más abrumadora, pues «pidiendo muchos y dándose a pocos, han de quedar descontentos los más. Y por esto y otras cosas digo yo que es muy ruin oficio el mío». Se enfrentaba a decisiones igualmente difíciles cada vez que tenía que cubrir puestos en la Iglesia, en la Casa Real y en su gobierno. Para cada plaza vacante eran numerosos los solicitantes cualificados, la mayoría de los cuales contaban con poderosos mecenas dentro de su séquito. En cada caso, el rey tenía que elegir entre ellos, y en ocasiones se quejaba de que «para entender en cosas caseras» —es decir, los nombramientos para la Casa Real— «me encerré ayer y antier porque de otra manera no me dexan ni es posible hazer nada».[172]

Gracias a estas medidas, y a la alta formación de sus servidores, Felipe se hacía cargo con razonable eficiencia e integridad de la mayor parte de los negocios ordinarios que llegaban a su mesa cada semana, durante todo el año. El *Diurnal* mantenido por Antonio Gracián y Dantisco, quien manejó la correspondencia del rey entre 1571 y 1576, revela la rapidez con que el rey tomaba muchas decisiones: «Por la mañana se dio a Su Magestad un pliego de Escobedo [secretario de Hacienda] y a las seis de la tarde se despachó el correo con las respuestas»; «a las ocho y media de la noche llegó otro correo con despachos del presidente [del Consejo Real] […] y tornó dentro de media hora con la respuesta»; «a la noche, a las diez, llegó un correo con pleguecillo de […] la princesa [Juana] y se había de dar luego al rey, y así se hizo, y a las once tornó con respuesta».[173]Un día de 1577, Felipe devolvió un pliego de papeles al sucesor del fallecido Gracián, Mateo Vázquez, con una orgullosa nota: «Aquí va lo que oy ha venido», y añadía: «Ojalá fue así siempre, que bien es menester». Bien sabía el rey que había algunos asuntos que no lograba resolver tan fácilmente.[174] En 1573, cuando actuaba como virrey en

Nápoles y esperaba órdenes regias, Granvela le escribía en tono de chanza a un amigo: «Si tenemos que esperar la muerte, ojalá viniere de España, porque entonces no llegaría nunca». Tres años más tarde, en Roma, bromeaba más amargamente:

> Yo me estoy aquí de espacio, atendiendo a lo que se offresce y viendo correr los toros del mundo como de una ventana: es verdad que yo algunas vezes ternía ganas de echar mi barrilla porque se corriesse más, pues al passo de buey que vamos, mucho daño reciben las cosas públicas.[175]

El cardenal sabía bien de lo que hablaba. En 1560, cuando era ministro principal de Felipe en los Países Bajos, recibía una queja de Gonzalo Pérez, responsable de coordinar la política exterior de toda la monarquía, de que «he andado achacoso estos días, aunque no me ha estorvado el acudir a tiempo a los negocios, que según van despacio las resoluciones dellos, qualquier gotoso las puede alcanzar». Poco después, el hermano de Granvela, nombrado embajador y que aguardaba instrucciones en vano, le comentó con petulancia: «En lo que respecta a nuestro señor, todo se pospone hasta el día siguiente, y la decisión que rige sobre todas las demás es la de no tomar nunca una decisión».[176]

Los diplomáticos extranjeros estaban de acuerdo. Según afirmaba el embajador francés en 1560, la decisión de Felipe de ser «señor, ministro y secretario a la vez constituye una gran virtud, pero produce tantos retrasos y confusión que todos los que aquí residen se desesperan cada vez que tienen que pedir algo». Una década más tarde, su sucesor se quejaba de que «las decisiones de la corte española son tan inciertas, y tardan tanto, que los que piensan que recibirán despachos en una semana tardan un mes en hacerlo». En 1577, el secretario de Estado papal manifestaba indignado, mientras esperaba en vano que el rey destinara recursos para una acción promovida por el papa, que «la única causa de esta dilación es la falta de resolución de su majestad».[177]

Muchos oficiales de Felipe criticaron su adicción al papeleo. Don Diego de Córdoba, ministro y al mismo tiempo cortesano íntimo del rey, se lamentaba en 1560 de que «es tanta la abundancia de negocios, que todo el día se tiene la cabeça sobre papeles». Una década después, Córdoba se quejaba de que la vida en la corte se había reducido a «papeles y más papeles, y estos crecen cada día» porque el rey «escriue en billetes cada hora, que no es amanecido ni ora de comer, ni anochecido quando entran [sus ayudas de cámara] con papeles […] sobre cosas que, llegadas al cabo, no montan un alfiler». En 1574, don Diego escribió el comentario más memorable: «Su Magestad a trauajado estos días más aún de lo que suele con sus papeles en leer y escreuir, y salióle al ravo (con perdón de Vuestra Señoría) como suelen dezir las putas viejas, y assí el sauado de mañana a las tres le dieron unas camarillas de mierda».[178]

En parte, los «papeles y más papeles» eran el corolario inevitable del estilo administrativo elegido por el rey: mantener compartimentado el gobierno; tratar todo lo que podía por escrito; reservarse tantos asuntos para su escrutinio personal, y de esto venía (por adaptar la metáfora de don Diego) la *verborrea* del rey. Por ejemplo, un día de 1565, tras haber escrito ya dos veces a Pedro de Hoyo, secretario de la Junta de Obras y Bosques, Felipe se acordó de pronto de otra cosa más: «En entrambos villetes que oy os he embiado, os he querido decir lo que aquí diré, y siempre se me ha holvidado, teniéndolo en el pico de la lengua». Y ¿cuál era esta información tan urgente? Sencillamente, que había decidido no enviar una copia de la edición trilingüe de la Biblia a El Escorial, debido a que en la biblioteca ya había una. Algo más tarde, interrumpió lo que estaba haciendo para informar a Hoyo de que «aunque estoy con 100.000 papeles delante, me ha parecido acordaros lo que aquí diré»: un recordatorio de «las piedras que faltan por

traer» para completar la capilla de El Escorial, e instrucciones para que «se acabe el estanque pequeño que agora se haze» en la Casa de Campo.[179]

Cabría argumentar que el rey tenía el derecho de prestar atención minuciosa a los varios retiros campestres en los que tanto tiempo pasaba, pero algunos de los otros temas que absorbían su tiempo resultaban sorprendentes. Entre las entradas en el *Diurnal* de Gracián, se detallan unas «menudencias» —como las llama el autor— en las que Felipe insistía en ocupar su tiempo. La exasperación del secretario ante este rasgo del carácter de su señor queda particularmente patente en la entrada correspondiente al 2 de junio de 1573, un momento clave para los esfuerzos bélicos que se estaban realizando tanto en los Países Bajos como en el Mediterráneo: «Fui a San Jerónimo antes de comer llamado por Su Magestad donde, excepto una consulta de Juan Vázquez a que respondí de mi mano, todo el día se gastó» —una expresión elocuente— «en platicar y conferir sobre lo de la trasladación de los cuerpos reales del príncipe [don Carlos] y reina [Isabel] a San Lorenzo» de El Escorial.[180] Al año siguiente, el rey comenzaba su respuesta a una carta del inquisidor general: «A lo demás que aquí decís responderé con pocas palabras porque no tengo tiempo para muchas», a lo que seguían ¡tres páginas de comentarios! Una noche de 1575, Felipe comenzaba así una nota a Mateo Vázquez: «Hasta agora, que son las XI, he estado esperando el pliego que me avíades de embiar» y «ya no puedo esperarle más, que ni tengo ojos ni cabeça», pero todavía pospuso el momento de acostarse escribiendo dos páginas sobre —como don Diego de Córdoba habría dicho— «cosas que, llegadas al cabo, no montan un alfiler».[181] Cuando uno de sus ministros intentó con ironía frenar el entusiasmo del rey por saberlo y hacerlo todo —«no querría cansar a Vuestra Magestad con estas menudencias»—, el rey replicó, impávido: «No me

canso, sino que huelgo con ellas». A veces, confesó que escribía por el simple placer de hacerlo: «No ay para qué me respondáis», le aseguraba a Mateo Vázquez tras varias páginas de quejas, «pues no lo digo sino para descansar con vos».[182] ¡Descansar!

La mayor cabeza del mundo

Estos intercambios epistolares ocasionaron críticas como las de Córdoba, que se quejó de que el rey gastaba su tiempo en «menudencias» en lugar de tomar decisiones cruciales de las que dependía el destino de la monarquía. En 1574, Leonardo Donà aseguró al Senado de Venecia que «el rey se ocupa en muchas menudencias que le quitan el tiempo por mayores cosas». Diez años más tarde, el cardenal Granvela se quejaba amargamente:

> En todos los asuntos veo estos retrasos, tan perniciosos y en tantos sentidos perjudiciales para nuestros intereses, incluidos los más importantes, que llegan a perderse de vista con tanta demora. Y la razón radica en que su Majestad quiere hacerlo y verlo todo, sin confiar en nadie más, ocupándose él mismo de tantos detalles nimios que no le queda tiempo para resolver lo que más importa.[183]

En 1589, don Juan de Silva, que llevaba más de medio siglo al servicio de Felipe como paje, soldado, embajador y consejero, escribió la crítica más completa sobre el sistema administrativo de su amo. Empezó con una denuncia de «la menudencia con que Su Magestad trata los negocios más menudos: años ha que entendemos que es materia de lástima, porque perder el tiempo para no ocuparle, esso es lo que los hombres llaman passatiempo, mas ocuparle para perderle cosa es a que no se puede poner el nombre que tiene», y continuó:

> Estas conclusiones son ciertas, que [ni] la cabeça de su Magestad, que deue ser la mayor del mundo, ny otra de hombre umano, es capaz de digerir la multitud de sus negocios sin hazer división de los que conviene tomar para sý, y de los que no puede escusar de encargar a otros. También es cierto que su Magestad no haze esta distinción, sino a otra muy prejudicial, no dexando ninguno enteramente y tomando de todos la parte que auía de remitir, que es la particular y la menuda, y assy como no se aplica a la parte más universal y substantial, antes le cansa.[184]

¿Se debe dar crédito a estas críticas? Al fin y al cabo, algunas

de ellas estaban escritas con furia y frustración: para 1584, Granvela era ya un anciano amargado que se había visto brutalmente relegado del centro a la periferia del poder, mientras que Silva se retiró a sus señoríos en 1589, decepcionado porque el rey no le había compensado como anticipaba. Por su parte, lo que en realidad les molestaba a embajadores como Donà era que el monarca no se concentraba en los asuntos que les afectaban más directamente.

No obstante, las críticas tenían un punto de razón. A pesar de que Felipe se quejaba de que «las muchas ocupaciones y grandes negocios que se ofrecen estos días» le impedían hacer las cosas que quería, los mismos documentos muestran que sí podía encontrar tiempo para las «menudencias» que le interesaban. Por ejemplo, en agosto de 1572, mientras se afanaba por sofocar la revuelta holandesa y a la vez temía que Francia le declarara la guerra, Felipe recibió una carta del prior del monasterio de San Lorenzo de El Escorial quejándose de que sus frailes se negaban a aceptar la asignación de las celdas que él había decidido. Por eso, «supplico a Vuestra Magestad en esto nos la haga, como siempre». Olvidando sus «muchas ocupaciones» y también sus obligaciones hacia Flandes y Francia, el rey actuó de inmediato. De su propia mano, contestó al prior:

> Yo açeto el oficio de hazer el aposento de los religiosos como quien tiene en la cabeça todo lo del aposento de aquella Casa, pero que para esto será menester que me embíe una memoria de todos los frayles que ay en ella por su antigüedad y los oficios que tienen, con que también lo es tener quenta para lo del aposento.

En cuanto la lista llegó, el monarca más poderoso del Occidente se puso a asignar las celdas a unos frailes. Nos consta que lo hizo en persona porque, dos semanas después, el prior contestó: «Recibí el repartimiento que Vuestra Magestad ha sido servido de hazer de las celdas de los religiosos… y en ser de mano de Vuestra Magestad, las ternán en muy particular favor

y merced».[185] Cabe preguntarse si las horas que le ocupó esta tarea no habrían estado mejor invertidas en considerar cómo resolver la grave situación en el norte de Europa.

La maldición de las audiencias

El propio rey veía las cosas de una manera diferente. Para él, la principal causa de los retrasos eran las audiencias solicitadas por ministros y embajadores, que a menudo lo ocupaban durante demasiadas horas y le arrebataban el tiempo y la energía necesarios para sumergirse en el mar de papeles que lo esperaba. En teoría, mientras estaba en Madrid, Felipe concedía audiencias «de nuebe a díez por las mañanas y de cinco a seis por las tardes», y, además, caminaba deliberadamente despacio cuando acudía a misa para que sus súbditos pudieran hablar con él o formularle sus peticiones en persona.[186] En la práctica, las audiencias consumían mucho más tiempo de su jornada. Cuando en 1577 Mateo Vázquez sugirió que el tesorero general de Castilla, Juan Fernández de Espinosa, vendría a las dos de la tarde, Felipe protestó enérgicamente:

> Que viniese Juan Fernández a las tres y media, porque ya agora son las dos, y no tengo otro tiempo de ver a la reyna y a sus hijos sino este; y encargalde que no sea más que de allí a las cuatro, porque entonces tengo hartas audiencias, aunque he tenido treinta oy. Y con esto ¡myrad la reprisa que habrá de papeles!

Seis años más tarde, el presidente del Consejo de Hacienda suplicaba al rey que los recibiese en audiencia, a él y a sus compañeros, cada semana aunque solo fuera para recibir sus aplastantes reproches. «Mucho holgaré de oír a todos», respondió, pero «mejor es no ocuparme el tiempo que tanto es menester para tantas cosas y tanto me falta».[187]

El deseo de Felipe de limitar el número de reuniones era lógico. Como la experiencia universal demuestra, las reuniones siempre duran demasiado. Se quejaba de ello a Vázquez en 1576 —«el embaxador [de Portugal] estuvo acá y me habló arto largo y me hizo perder toda una mañana con que no he podido

aun bolver a cobrar el tiempo que en ella perdí»— y, pocos meses después, se mostraba molesto porque «acababan de venir acá el embajador de Francia y otros, con que me harán perder el día». Asimismo, en 1578, «cargan tantas audiencias y cosas que no me han dexado responder hasta agora». En realidad, como el rey comentó desesperado en cierta ocasión, «audiencias y papeles no caben en un saco».[188]

Pero el propio Felipe tenía la culpa de alargar algunas reuniones. En 1588, concedió una audiencia al padre José de Acosta para que le presentara un informe sobre los problemas a los que se enfrentaba la Compañía de Jesús en España. Mientras Acosta leía cada apartado, Felipe iba intercalando preguntas. Cuando Acosta mencionó a «un secretario del padre Borja, interrumpióme el rey y dixo: "¿Qué padre Borja?". Dixe: "El que fue general de nuestra compañía". "El padre Francisco, queréys dezir", me dixo el rey. "Sí, Señor, el padre Francisco de Borja, nuestro general"». El relato de Acosta ocupa cuatro páginas con letra apretada, por lo que es poco probable que la reunión durara menos de una hora.[189]

Las audiencias con los embajadores podían alargarse aún más, y en la corte de Felipe residían enviados de hasta catorce Estados, cada uno de los cuales trataba constantemente de encontrar ocasión para explicarle personalmente al rey una política determinada, obtener alguna aclaración sobre las intenciones de España o protestar contra alguna de las actuaciones de Felipe. El rey podía postergar cada audiencia, pero al final tenía que recibir y escuchar a cada embajador, aunque por lo general no les decía prácticamente nada. Leonardo Donà, que anotaba palabra por palabra lo que se decía en cada audiencia, rara vez registró más de una frase de los reales labios («con pocas palabras, pero verdaderamente exquisito como es su costumbre»; con «tres o cuatro palabras», aunque «como siempre, […] de lo más corteses»; [véase lámina 12].[190]

En algunas ocasiones, el rey «desconectaba» durante las audiencias. Así, cuando en 1576 un ministro le pidió a Mateo Vázquez que le consiguiera una, Felipe confesó: «De las audiencias me queda poco en la cabeza, aunque esto no se lo diréis, digo de las más dellas». En otras ocasiones, sin embargo, el rey escuchaba con suma atención. Cuando Donà le dijo durante una audiencia en 1573 que, a pesar de su alianza española, Venecia había concluido una paz secreta con los turcos, el embajador quedó impresionado porque Felipe escuchó sus palabras callado, aunque «su boca esbozó un muy ligero gesto irónico, sonriendo levemente». Pero este silencio escondía su furia: pocas horas después, cuando el rey participó a un ministro que los venecianos habían «hecho la paz con el Turco», malévolo, añadió: «Yo espero en Dios que a quien peor ha de [e]star ha de ser a ellos».[191]

Los que esperaban audiencias se sentían aún más frustrados cuando Felipe salía de Madrid para recogerse en una de sus casas de campo. En una de las quejas sobre el rey de las que Diego de Simancas dejó constancia en su mezquina autobiografía, este afirmaba que había ido a Madrid especialmente a «besar las manos al rey», pero Felipe «de repente se fue (como suele) a El Escorial. Y quise yr allá, y dijo que no era necesario que tomase aquel trabajo, que el [rey] volverá presto, lo cual dilató un mes entero. Que es ya refrán: que sus idas son ciertas y sus tornadas inciertas». En 1586, el nuncio lamentaba que «resulta irritante que el rey viva tan cerca [en El Escorial], y, a pesar de no estar ocupado con nada importante, yo lleve cuatro meses sin poder conseguir audiencia con él y no haya recibido respuesta a ninguno —o muy pocos — de los memoriales que le he mandado durante todo este tiempo».[192]

Con el tiempo, tanto sus ministros como los embajadores extranjeros aprendieron a respetar estas costumbres del rey. Así,

el experimentado embajador francés, el barón de Fourquevaux, demoró el cumplimiento de una orden expresa de París de solicitar audiencia porque sabía que Felipe «prefiere que los embajadores traten con él por carta, más que en persona, cuando se encuentra en sus casas de campo». Del mismo modo, cuando un embajador extraordinario viajó de Venecia a España para felicitar a Felipe por la victoria en la batalla de Lepanto, Donà no le permitió que pidiera audiencia hasta que el rey regresara a Madrid de El Escorial, porque «Su Majestad no quiere que los embajadores vengan a importunarle».[193] Algunos diplomáticos llegaban a comprender incluso las razones del rey. En 1576, el sucesor de Donà dijo que Felipe «pasa casi todo su tiempo fuera de la Corte, en parte para escapar de las agotadoras audiencias y en parte para ocuparse mejor de sus negocios», a pesar de que «nunca deja de leer ni escribir, ni siquiera cuando viaja en su carruaje». Fray José de Sigüenza, quien llevaba observando al rey en El Escorial desde hacía cinco lustros, se mostraba de acuerdo: «Se negociaba aquí [en el monasterio] más en un día que en Madrid en quatro, por el concierto de la vida».[194] Pero este «concierto» era solamente una de las razones por las que Felipe pasaba tanto tiempo en el monasterio que construyó al noreste de Madrid. Allí, también podía ganar tiempo para pensar con claridad sobre los problemas, tanto grandes como pequeños, a los que constantemente se enfrentaba.

5. El rey y su Dios

El rey devoto

La *Historia de Felipe II, rey de España*, de Luis Cabrera de Córdoba, la mejor «vida» del rey escrita por alguien que le conoció bien, comienza con una impresionante portada. El rey, ataviado con armadura y la espada desenvainada, se erige —frente al ataque de unos hombres profusamente armados— en único defensor de la Religión, imaginada como una mujer que lleva en una mano la cruz y en la otra un cáliz. Junto a él aparece la divisa *Suma ratio pro religione*, «la principal razón es la que favorece a la religión» [véase lámina 13]. La imagen resume todo el libro de Cabrera de Córdoba, en el que Felipe, defensor de la Iglesia católica, siempre antepone la protección de la fe a cualquier otra meta. Sin embargo, el lugar que realmente ocupaba la religión en la vida de Felipe II, tanto en la esfera pública como en la privada, fue un asunto mucho más complejo.

El rey nunca abandonaba las costumbres religiosas aprendidas de niño *(véase capítulo 1)*. En «la Instrucción que di a my hermano», cuando don Juan de Austria salió de la corte por primera vez como capitán general, Felipe empezó detallando sus deberes religiosos, tal y como había hecho su padre con él veinticinco años antes:

> Primeramente, porque el fundamento y principio de todas las cosas y de todos los buenos consejos ha de ser en Dios, os encargo mucho, que como bueno y verdadero cristiano, toméys este principio y fundamento en todo lo que emprendiéredes y hiciéredes; y que a Dios, como a principal fin, enderecéys todas vuestras cosas y negocios.

E insistía:

> Tendréys muy particular cuenta con frecuentar y continuar la confesión, principalmente las Pascuas y otros días solemnes, y con recibir el Santísimo Sacramento, estando en las partes y lugares que lo podáis hazer; y de oyr (estando en tierra) de continuo misa; y de tener vuestras oraciones y devociones particulares en alguna hora y tiempo de recogimiento para ellas, haziendo en

todo el officio y demostración de muy cathólico y buen cristiano.[195]

Era el mismo régimen religioso que seguía Felipe. Él también acudía a misa a diario, escuchaba los sermones al menos una vez a la semana, y confesaba y comulgaba al menos cuatro veces al año. También pasaba mucho tiempo en devociones privadas. Su ayuda de cámara, Jehan Lhermite, anotaba que «desde que le conocí y empecé a servirle, que fue desde 1590, no pasó un solo día en que no dedicaba [Felipe] un buen espacio de tiempo» a «la contemplación u oración mental». Lhermite asimismo dijo que en el dormitorio regio «no había rincón donde no se viera una imagen devota de algún santo o crucifijo, y siempre tenía [Felipe] los ojos fijos y absortos en estas imágenes y el espíritu elevado hasta el cielo». Otro ayuda de cámara, Juan Ruiz de Velasco, «le daba [al rey] sus libros de devoción y abría delante de él un pequeño oratorio transportable que llevaba siempre consigo» con «imágenes del Santo Crucifijo y de Nuestra Señora en medio relieve de plata a las que se habían concedido indulgencias plenarias. Su Majestad pasaba horas enteras ocupado especulando y cavilando en estas divinas y espirituales contemplaciones».[196]

Los anaqueles que Felipe tenía junto a su lecho en El Escorial estaban llenos de obras religiosas. Algunas le habían acompañado desde su infancia (la *Vita Christi* de Ludolfo de Sajonia, el Cartujano); otras reflejaban la ferviente espiritualidad de la Iglesia contrarreformista española, como, por ejemplo, las *Obras* de Luis de Granada y de Teresa de Ávila (la única autora femenina de toda la colección del rey). Un *Martirologio romano*, una vida de san Diego de Alcalá, algunos santorales y varios libros sobre los santuarios marianos de Guadalupe, Montserrat y Loreto testimonian la devoción de Felipe por la Virgen María y los santos, mientras que diversas obras litúrgicas (un breviario, un misal, unos oficios y un ejemplar de la Biblia Políglota) le ayudaban a seguir los

servicios celebrados en El Escorial. En 1597, a la edad de setenta años, cuando legó a su hija Isabel Clara Eugenia «una imagen de Nuestra Señora y su hijo bendito» que ha «oído decir que primero fue de la Reina Católica mi bisagüela», señaló que su madre la emperatriz se la había regalado a él y la «he traído siempre conmigo desde el año de [15]35».[197]

El rey se alejaba periódicamente del gobierno para concentrarse en sus devociones. Solía irse de «retiro» en Semana Santa y en periodos de gran agotamiento mental (tras la muerte de miembros de su familia, por ejemplo) y no descuidaba sus prácticas religiosas. En junio de 1572, cuando un mensajero llegó a última hora de la tarde cargado con pliegos de varios consejos, entre ellos una consulta sobre «las prevenciones de Flandes» (donde la revuelta se estaba extendiendo rápidamente), «Su Magestad mandó que no se diesen hasta otro día por la mañana por haber confesado aquella tarde y haber de comulgar otro día». Cinco años más tarde, cuando sus ministros le enviaron unos papeles el Sábado Santo, el rey estalló: «Creo que piensan en Madrid que no ay aquí semana sancta, ni pasqua, ni confesión, ni comunión, según lo que estos días carga […]. Y por ser oy día de confesión, y tener otras cosas, no puedo ver nada desto».[198] A lo largo del año litúrgico, surgían retrasos cada vez que el rey atendía a un servicio («lo demás que va aquí no pude ver ayer ni oy hasta agora, por los oficios de las misas» y «más yo no puedo agora, que es muy tarde, ni creo podré mañana por ser día de vísperas y maytines») o después de haber escuchado un sermón («no es posible embiarle más esta noche por aver sido oy día de sermón»).[199]

Sin duda sus numerosas actividades religiosas también permitían al rey alejarse un poco del constante estrés que conllevaba la toma de decisiones, y de este modo renovaba su fuerza y su capacidad para ocuparse de asuntos más graves. Por

ejemplo, en agosto de 1579 un perspicaz embajador veneciano percibió un asombroso paralelismo entre el comportamiento de Felipe antes de prender al secretario real Antonio Pérez y a la princesa de Éboli y el que precedió al arresto del hijo del rey, don Carlos, once años antes:

> Parece que Su Majestad había considerado esto con mucha madurez, porque la mañana precedente se confesó et comulgó en la capilla pública de su palacio, aunque no era día festivo, y aunque hace muchos años en que no había comulgado en lugar similar; pero la coincidencia de que sí había hecho el mismo cuando se resolvía de arrestar al príncipe don Carlos, su hijo, da a pensar que juzgando ella había querido encomendar este negocio importante primero a Dios.

Fray José de Sigüenza también especulaba que cuando Felipe iba «muy solo a retirarse» en su oratorio, debía de estar «haciendo estado a su verdadero Señor y Rey; y allí sin duda aprendía, y Dios secretamente le inspiraba en su alma, lo que había de hacer después».[200]

Pero el obsequioso fraile exageraba un poco. En la víspera de la festividad de San Lorenzo en 1571, mientras los frailes de El Escorial celebraban los oficios, un ministro informó a un colega que «a todo se halló Su Magestad, aunque parte de los maytines escrivió lo que va a vuestra merced». Tres años más tarde, el rey devolvió una consulta, admitiendo «he visto todo esto, aunque a priesa y lo más dello en vísperas»; y en 1584, estando en El Escorial durante la Semana Santa, cuando «se me hicieron los dos más largos sermones que he oído en mi vida», el rey confesaba a sus hijas que «dormí parte de ellos».[201] Aun mientras permanecía despierto, la atención obsesiva de Felipe por los detalles podía interferir en sus devociones. Así, durante la primera misa celebrada en la basílica de San Lorenzo, «el Rey Católico, como tan universal hombre en las reglas del misal y nuevo rezado» estaba «mirando al misal para ver si se guarda lo que allí se manda, y si ve que alguna cosa no se guarda lo envía a decir y advertir luego», de manera que «en lo que tocaba a

cosa de sacristía sabía [el rey] más della y tenía más cuidado que los mismos sacristanes».[202]

El rey también trató de movilizar la fe de otros para suplir los efectos de su intensa devoción personal. Ordenaba periódicamente que todos los prelados de sus dominios llamaran al rezo público para «causas» que él consideraba importantes. En la década de 1560, entre dichas «causas» se encontraban la unión de la Iglesia, el éxito del Concilio de Trento, la derrota de los turcos, la salud de la reina, el final de una epidemia de peste y la victoria sobre los moriscos de las Alpujarras. En la década de 1570, el rey estableció una amplia cadena de oración por toda Castilla para solicitar la protección divina; y ordenó a sus obispos «que lo encomendéis a Nuestro Señor y que se lo hagáis encomendar en vuestra diócesis, y por otras personas que vos entendáis que serán acetas sus oraciones» para que Dios le concediera la victoria en sus empresas.[203]

Felipe no solo acentuaba lo positivo, sino que también procuraba eliminar lo negativo. Temeroso de que, a menos que sus vasallos llevasen una vida devota, podría perder el apoyo divino, el rey apelaba periódicamente a su clero para que instara a sus feligreses a seguir el buen camino. En 1577, mientras consideraba la alternativa entre paz y guerra en los Países Bajos, emitió órdenes a todos los obispos de España, «volviéndolos a encargar la oración por las causas públicas pues ay tanta necesidad dello, y que atiendan con mucho cuidado a la enmienda y castigo de los pecados, apretando en las faltas, particularmente las que huviere en los eclesiásticos, para que los castiguen». También mandó a sus jueces seglares que «castiguen a las mancevas» y procuren «el remedio de estos y otros pecados, como tantas vezes os he escrito, que no creo que acaba de aver enmienda dellos», porque «conviene que todos procuremos de aplacar a Nuestro Señor que, según lo que parece, le devemos tener muy ofendido con nuestras culpas».[204]

Cuando se trataba de tomar decisiones que implicaban complejos juicios morales, Felipe a menudo convocaba una junta especial de teólogos: cómo recaudar fondos de guerra del clero de Castilla; qué hacer cuando fue excomulgado por el papa Paulo IV; qué medidas tomar respecto a la herejía en los Países Bajos; si hacer valer o no sus derechos al trono de Portugal. Sobre otros asuntos políticos, el rey recurría a menudo a su confesor, a quien preguntaba si se podía «en conciencia» aplicar unas medidas concretas. Así, en 1583 informaba al presidente del Consejo de Indias que, en el futuro, «para este punto y los demás que tocaren a su conciencia, será justo que se halle» en las reuniones su confesor, fray Diego de Chaves, porque «su intención es que ninguna cosa se haga contra conciencia». Unas cuantas opiniones escritas de Chaves, todas ellas lacónicas pero decisivas, han sobrevivido. Por ejemplo, cuando se le preguntó si «es lícito en consciencia» un borrador de propuesta para renegociar las deudas del rey, Chaves respondió en el mismo día: «Al dicho caso se responde que es lícito y si fuere menester dar las razones, se darán». Seis años más tarde, Felipe sometió a su confesor una lista de candidatos para obispados vacantes en Nueva España, y enseguida Chaves contestó: «Enbio con este todas las consultas que oy me embió, digo me dieron», incluida una evaluación de cada candidato y sus recomendaciones. El rey aceptó, «pues yo soy obligado a nombrar el mejor», pero añadió (al parecer con cierta desconfianza): «i si no acertare, que abré cumplido con my obligación».[205]

Chaves, confesor real entre 1578 y 1592, no solo reaccionó, sino que en algunas ocasiones también amenazó. En 1592, negó la absolución al rey, privándole de comulgar en Semana Santa, hasta que nombrase un presidente para el Consejo Real. Felipe envió a don Cristóbal de Moura, su sumiller de corps, con «el pliego para fray Diego sin sobrescrito, que le daréis oy,

y me traeréis para la noche la resolución, y procurad de allanarle para que yo pueda ganar el jubileo esta semana». Pero el confesor repitió su amenaza —«Vuestra Magestad tiene precisa obligación de luego proveer de personas que traten los negocios, pues que Vuestra Magestad no puede ni despachar estando sano, cuanto más enfermo»— y añadió un malintencionado paralelismo sobre la forma en que Felipe trataba a los infractores en su corte: «Yo, confesor de Vuestra Magestad, ni puedo ni sé decir más, ni me obliga Dios a más, porque yo no tengo de reconvenir a Vuestra Magestad delante del alcalde Armenteros [responsable de la ley y el orden en la Corte]. Pero oblígame el mismo Dios a no administrarle a Vuestra Magestad ningún sacramento, no haciendo las cosas dichas».[206]

Felipe no solo confiaba en los vivos para movilizar la ayuda divina en su favor, también recurría a la intercesión de los muertos. Mostraba una «avaricia santa» (la frase es de Sigüenza) por las reliquias, empezando en 1550, durante su viaje por Alemania, cuando encontró en Colonia «grandíssima summa de cabeças y huessos» de supuestos santos, tantos que parecía a su séquito «que en todo el mundo no avía otros tantos, ni tantas reliquias, como en aquella sola ciudad». El príncipe y sus compañeros compraron varias y las llevaron a España. En 1557, cuando sus tropas ocuparon la villa francesa de San Quintín, el rey tomó bajo su protección personal «muchas reliquias y el cuerpo de san Quintín y la cabeça de san Andrés» y las puso «con mucha veneración» sobre «el altar de su capilla» en el campo, antes de enviarlos todos a España.[207] Diez años más tarde, a petición suya, el papa le concedió permiso para que coleccionase las reliquias donde él quisiera y, durante los siguientes treinta años, reunió en El Escorial no menos de 7.422 reliquias, incluidos 12 cuerpos enteros, 144 cabezas y 306 miembros completos de diversos santos, junto con lujosos

relicarios para guardarlos, algunos de ellos con billetes de identificación escritos por el propio Felipe [véase lámina 14]. Según Sigüenza, al final de la vida del rey, «no tenemos noticia de santo ninguno de que no haya aquí reliquia, excepto tres». Durante su última enfermedad, cada vez que estaba consciente, Felipe pedía que le llevaran junto a la cabecera de su cama algunas reliquias determinadas, y allí las besaba y suplicaba su ayuda; y cuando perdía la conciencia, la única manera de despertarle era gritando: «"¡No toquéis en las reliquias!", fingiendo que llegaba a ellas alguno, y luego el rey abría los ojos».[208]

La fe de Felipe, y la certidumbre de que gozaba de una relación especial con Dios, se reflejaban de muchas otras maneras. Al igual que los Reyes Magos, cada Navidad donaba cálices dorados que contenían oro, incienso y mirra; repetidamente se refería a sí mismo como «padre y pastor» de su pueblo; y sus cartas y documentos estaban llenos de alusiones a Dios. En 1559, cuando tenía que elegir entre volver a España o permanecer en los Países Bajos, Felipe le confió a Granvela, su principal ministro, que «como no dependa sino de la voluntad de Dios, no hay que hazer sino esperar lo que Él será más servido, y yo espero en Él que, pues me ha sacado de otros barrancos mayores, me sacará también deste». Justo después de su regreso a la península, le dijo a Granvela: «Principalmente os encomyendo las cosas de la religión, pues veis quánto es menester, y quan pocas ay ya en el mundo que curen della; y así los pocos que quedamos es menester que tengamos más cuydado de la christiandad, y si fuere menester lo perdamos todo por hazer en esto lo que devemos». En 1565, Felipe pidió a otro principal ministro clerical «que en todo me avise de lo que entendiere que más convenga al servicio de Dios, que es lo que principalmente yo pretendo, y después al mýo».[209]

Felipe atribuía cada éxito y cada victoria a la intervención y el favor divinos, asegurando a sus ministros que «Dios lo ha hecho». Cuando las reliquias del beato fray Diego de Alcalá salvaron, al parecer, a su hijo y heredero, don Carlos, cuando este estaba al borde de la muerte en 1562, el rey lo vio, al igual que su hijo y sus súbditos, como un milagro, e insistió en que el papa canonizara a fray Diego hasta que lo consiguió en 1588. A la inversa, Felipe racionalizaba cada fracaso y cada derrota como una prueba divina a su perseverancia. Cuando en la primavera de 1578 Castilla experimentaba una sequía, el rey observó: «Muy ayrado debe estar Nuestro Señor pues no llueve, siendo tanto menester»; y en el otoño siguiente, al morir su querido sobrino Wenceslao, reaccionó filosóficamente: «Por cierto que ha sido lástima, mas Dios que lo hizo devía de saver lo mejor».[210] El rey esperaba no solo que Dios «recompensara» tal constancia, sino también que le hiciese conseguir sus objetivos, incluso, si era necesario, mediante un milagro. Así, en 1574, en medio de un torrente de malas noticias, Felipe se lamentaba ante su secretario Mateo Vázquez: «Cierto si no es haziendo Dios mylagros, lo que no merecen nuestros pecados, no es posible sostenernos ya no digo años sino meses». Las noticias de otros reveses posteriores, en lugar de llevarle a replantearse sus políticas infructuosas, reforzaron su esperanza de un milagro: «Dios nos ayude en todo, que yo os digo que es tanto menester que aun parece que se ha de ser servido con hazer milagro, porque sin él yo lo veo todo en los peores términos que puede ser».[211]

Felipe no distinguía entre sus propios intereses y los de Dios. Con asombrosa presunción, en 1573 tranquilizó a un ministro desanimado diciendo: «Spero en Dios […] que os dará mucha salud y vida, pues se empleara en su servicio y en el mío, que es lo mismo»; en tanto que, tres años después, al escuchar que otro de sus funcionarios había caído enfermo, escribió:

«Spero en Dios le ha de dar fuerzas y salud para tan grandes trabajos, como pasa por Su servicio y el mýo». En 1592 seguía desplegando idéntica retórica al instar al Consejo de la Inquisición a que continuara haciendo «lo que tanto conviene al servicio de Dios y al mýo, y a la autoridad de el Santo Oficio, que no se puede dividir lo uno de lo otro».[212]

El rey católico

El entusiasmo de Felipe por la persecución de la herejía constituye el reflejo más famoso (o infame) de una convicción que le llevaba a creer que él sabía exactamente lo que Dios quería. Auspició con vehemencia la quema en la hoguera de casi trescientos protestantes en Inglaterra entre 1555 y 1558 y mandó ajusticiar a unos trescientos más en los Países Bajos entre 1556 y 1565 *(véanse capítulos 3 y 8)*. Poco después de su regreso a España, presenció un gran auto de fe celebrado en Valladolid en 1559, durante el cual sacó su espada, símbolo de la justicia (como en la portada del libro de Cabrera de Córdoba), y juró que siempre defendería la autoridad del Santo Oficio *(véase capítulo 7)*. Y, en efecto, lo hizo. Presidió cuatro autos de fe más, y consultaba a menudo a los inquisidores generales (a los cuales él había nombrado) sobre una gran variedad de temas. En 1577, cuando Gaspar de Quiroga le aseguró al rey que «Teresa de Jesús es buena religiosa y de muy buena vida y exemplo, y que se ocupa y emplea siempre en servicio de Dios», Felipe prometió que «escribiré al corregidor de Ávila conforme a lo que os parece» para proteger la futura santa y «estas monjas» contra sus émulos. Después de 1578, ya cardenal, Quiroga fue alojado a su lado, en «el aposento de my hermano [don Juan], que aya Gloria», en el Alcázar de Madrid.[213]

Felipe también instaba a otros gobernantes católicos a seguir su ejemplo en cosas de la fe. Cuando en 1572 se enteró de que Carlos IX de Francia había autorizado la masacre de San

Bartolomé, Felipe declaró que «tuve uno de los mayores contentamientos que he recibido en mi vida»; y cuando, durante su próxima audiencia, el embajador francés le enteraba de la matanza, Felipe «empezó a reírse, dando muestras de sumo placer y satisfacción», y dijo que ningún rey igualaba a Carlos «en valentía o prudencia».[214] Felipe también promovía la causa católica con iniciativas encaminadas a encontrar una vía intermedia que diese fin al cisma entre católicos y protestantes. Emitió repetidas órdenes de celebrar rezos públicos en sus dominios «por la unión de la religión cristiana»; y cuando en 1562 el papa Pío IV aceptó volver a convocar el Concilio de Trento, Felipe acogió la decisión con entusiasmo porque «este es el último refugio en que la cristiandad espera hallar remedio para los males y divisiones que hay en la religión» y para reunir a católicos y protestantes. El rey llegó incluso a plantearse asistir a Trento en persona, como había hecho brevemente durante la segunda sesión: «Si pudiera ser, y el estado de nuestros negocios diera a ella el lugar, asistiéramos personalmente en el dicho concilio».[215]

Aunque esta vez se quedó en España, se esforzó por conseguir la asistencia del mayor número posible de prelados y teólogos de sus dominios. Durante toda la celebración del concilio, Felipe abrumó al papa con consejos sobre aspectos que él creía merecedores de mayor atención. Trató infructuosamente de prolongar la asamblea hasta que sus metas fueran resueltas; y, nada más concluir el concilio, Felipe ordenó a su embajador (aunque «con toda dissimulación y dexteridad y de manera que no les cause sombra ni recelo») que se opusiera a cualquier intento de remitir los decretos al papa para su confirmación antes de que pudieran ser ejecutados.[216]

El rey estaba preocupado por dos motivos distintos: sospechaba que Pío IV rechazaría o modificaría los decretos tridentinos y, además, temía que los utilizase como pretexto

para interferir en su patronato eclesiástico. Cuando en 1564 el papa autorizó la publicación y distribución de los decretos, Felipe emitió una pragmática que los apoyaba —convirtiéndose así en el primer monarca del mundo en hacerlo— pero sin mencionar la previa aprobación del papa. En su lugar, proclamaba que

> Nos, como rey obediente y verdadero hijo de la Iglesia, queriendo sanctificar y corresponder a la obligación en que somos, y siguiendo el ejemplo de los reyes nuestros antepasados […] hemos aceptado y recibido, y aceptamos y recibimos, el dicho sacrosancto concilio, y queremos que en nuestros reynos sea jurado, cumplido y executado; y daremos, para la dicha execución y cumplimiento y para la conservación y defensa de lo en él ordenado, nuestra ayuda y favor.

Felipe adjuntó una carta en la que informaba a cada prelado que, pese a su deseo de que «la aceptación y tenor» del concilio «sea así general», la ejecución de algunos decretos «podría traer inconveniente o perjuicio, así en respecto de las Iglesias y estado eclesiástico como por lo que toca a Su Magestad y a sus derechos y preeminencias».[217]

En abril de 1565, Felipe dio el último paso para asegurarse el control sobre las reformas tridentinas: firmó una cédula a cada arzobispo de España en la que les encargaba «convocar, juntar y celebrar» un concilio provincial a la primera oportunidad, tal y como Trento exigía, para promulgar los decretos. Sin embargo, la carta de convocatoria no solo se envió en su propio nombre, sino que reivindicaba el tradicional derecho de los reyes españoles a presidirlo: «No es necesaria nuestra asistencia personal en ese concilio [provincial, porque] con [un comisario] se puede conseguir el mismo efecto, además de que nuestras muchas y grandes ocupaciones lo impiden». Así pues, nombró a un comisario seglar para presidir cada concilio provincial y les ordenó que cambiaran cualquier cosa que no fuese de su agrado («Desea Su Magestad que el tiempo de […] residencia [episcopal] se alargase más de lo contenido en el Concilio de Trento») y que suprimieran la discusión de las

reformas que contradecían las leyes del reino (como en el decreto tridentino *De Reformatio*, en el que parecía «darse comisión para que los jueces eclesiásticos puedan proceder *contra legos* a ejecución de bienes y captura de personas, lo cual según las leyes de estos reinos y estilo y uso de ellos no se permite ni se ha de permitir»). Don Francisco de Toledo, el representante de Felipe ante el concilio metropolitano de Toledo (y futuro virrey del Perú), se jactaría más tarde de que siempre que «se trataba de la materia de los decretos de Trento, yo hacía mi apuntamiento con el advertimiento de Su Magestad» y añadía «en cada decreto los advertimientos de las instrucciones y cartas de Su Magestad». En resumen, informaba Toledo secamente, «hice poner el concilio de Trento en romance».[218]

Cuando Pío IV ignoró las peticiones de Felipe sobre la necesidad de introducir otras reformas en la Iglesia católica, este mandó a su representante en Roma que le recordara al papa «lo que toca a nuestra conciencia por el lugar en que Dios nos ha puesto, y cuydado que deuemos tener del bien de la religión en nuestros reinos» y que «no podemos, como padre y pastor destos pueblos, dexar de tener continuo cuydado y vigilancia sobre ello». Y cuando el nuevo pontífice, Pío V, también acabó ignorando sus demandas, el rey ordenó a su embajador en Roma que protestara «a solas de mi parte, que vayan sobre su consciencia, y no de la mía, los daños que de esta resultaren, de no remediar esto y de no creerme Su Santidad», una combinación de ruego y amenaza presente en muchas de las misivas de Felipe al papa.[219]

Mientras se enfrentaba al papa a causa de las reformas, Felipe proporcionaba una generosa financiación y una minuciosa dirección editorial a otra empresa «para la reunión de nuestra religión christiana»: la Biblia Políglota, publicada en ocho lujosos volúmenes en Amberes entre 1569 y 1573. La

supervisión de esta empresa se la encomendó al destacado humanista Benito Arias Montano, a quien instó a trabajar con teólogos luteranos y otros credos «sospechosos», dado que el rey esperaba que la publicación de unos textos consensuados en hebreo, griego, arameo y latín (Vulgata), con otra versión latina traducida directamente de los textos griegos y arameos, fuera del agrado de los cristianos protestantes y ortodoxos, así como de los católicos. El lema escogido para la empresa fue *pietatis concordiae* y la portada proclamaba abiertamente que iba «dirigida a la devoción y el estudio de la Sagrada Iglesia por Felipe II, el rey católico». Por si el mensaje no quedara suficientemente claro, en la segunda página se mostraba una figura femenina, la Religión, con un ejemplar de la nueva Biblia en una mano y un escudo con la insignia de Felipe en la otra. La figura estaba subida en un pedestal grabado con una inscripción en la que se reiteraba la iniciativa del rey de producir esta nueva herramienta para todos los cristianos [véase lámina 15] y [véase lámina 16].

Felipe II y el papado

Como es natural, estos esfuerzos unilaterales de Felipe II por reformar y reunir a la Iglesia cristiana ofendían a los papas. Gregorio XIII (1572-1585) declaró que ningún seglar podría presidir concilios provinciales en el futuro y, cuando Felipe II, no obstante, envió comisarios seglares a presidir otra serie de sínodos, Gregorio rechazó todos los decretos enviados para su aprobación, iniciando de este modo un enconado enfrentamiento: salvo en Tarragona, no volverían a reunirse más concilios provinciales en España en tres siglos. Tales ejemplos de intransigencia papal desconcertaron a Felipe. En 1581, por ejemplo, reflexionaba amargamente,

> es fuerte cosa que por ver que yo solo soy el que respeto a la Sede Apostólica, en lugar de agradecérmelo, como deurían, se aprovechan dello para quererme usurpar la autoridad que es tan necesaria y conveniente para el servicio de Dios y

para el buen gouierno de lo que Él me ha encomendado. Y es bien contrario desto lo que hazen con los que hazen lo contrario que yo.[220]

El desconcierto de Felipe provenía no solo de su convicción de que él podía interpretar los designios de Dios mejor que nadie, y de su precoz instrucción en estudios teológicos —la cual lo había convencido de que podía tenérselas con cualquier experto—, sino también de las pretensiones eclesiásticas de «los reyes nuestros antepasados», que habían reclamado actuar como «*rex et sacerdos*»: rey y sacerdote. Felipe rara vez vacilaba antes de sermonear a los papas sobre sus propios poderes y responsabilidades eclesiásticas. En su primera audiencia con Pío IV, solo cuatro días después de que este fuera elegido en 1559, el embajador español lanzó la escueta advertencia de que «mirase que en lo que Su Magestad ha metido la mano, no era menester tocar». Y si Pío y sus sucesores a pesar de todo decidían «tocar», Felipe recurría al chantaje y las amenazas para detenerles. Tres décadas más tarde, cuando Sixto V rechazó la petición del rey de iniciar una investigación, o visita, a la Compañía de Jesús en España, Felipe ordenó a su embajador que amenazase al papa con que si no actuaba, lo haría él mismo.

Si todavía, haviéndoos oído, y visto los memoriales, Su Beatitud estuviera con resolución de contrario parecer, de que la visita no se haga por el obispo [de Cartagena] ni por otros, le diréis que yo no le quiero hazer más instancia por la visita; antes procuraré que en mis reinos se ponga el remedio que pareciere más conveniente para atajar los daños que se temen.[221]

«No hay papa en España»

Al igual que todos los demás gobernantes españoles hasta 1976, un año después de la muerte de Franco, Felipe ostentaba amplios poderes eclesiásticos. El patronato real le dio el derecho de seleccionar personalmente a los obispos y abades, no solo en España, sino también en las Indias, los Países Bajos, Sicilia y Nápoles; y cuando accedió al trono de Portugal, adquirió poderes similares sobre todo el imperio luso. Cada vez que

quedaba vacante un cargo eclesiástico en sus dominios, el rey, «como patrón que soy de las iglesias», enviaba dos cartas a Roma. En la primera, ordenaba a su embajador que trasladara al papa las virtudes de su candidato y solicitara los instrumentos necesarios para el nombramiento, porque «será por él bien regida y governada, y mi conciencia descargada». En la segunda pedía al papa «darle [al embajador] entera fe y creencia, como a nuestra misma persona».[222] Estos nombramientos de altos cargos representaban solo una parte del patronato real: cada vez que nominaba a un prelado, Felipe también asignaba pensiones a otras personas hasta el valor acumulativo de un tercio sobre las mitras. Presentaba al papa cada año centenares de canónigos, deanes, priores y capellanes que él había elegido personalmente de las listas de candidatos preparadas por sus ministros de confianza. Dada la duración de su reinado y la extensión de sus dominios, Felipe nombró a muchas más personas eclesiásticas que cualquier otro gobernante, católico o protestante, de la época moderna.

¿A quiénes elegía? En una ocasión, Felipe se jactó ante el papa de que, en su función como patrón, «yo no pago con los obispados los servicios, sino que ando a sacar de las rincones los subjectos más apropósito para él de Nuestro Señor»; pero los indicios con que contamos no refrendan su afirmación. Por el contrario, un importante número de los candidatos de Felipe procedía de sus propios servidores. De los 194 obispos españoles que nombró, cuarenta y cinco habían sido inquisidores y otros cuatro, ministros. Igualmente, cuando presentaba sus candidatos a las pensiones sobre las mitras, Felipe favorecía de nuevo a sus servidores o a miembros de sus familias: así, entre las personas propuestas al papa para pensiones en 1578, se encontraba el hijo ilegítimo de un obispo que a su vez era hijo ilegítimo del emperador Maximiliano (bisabuelo de Felipe); cinco jueces reales; seis inquisidores;

catorce hijos, hermanos o sobrinos de ministros reales; veinticuatro capellanes y cuatro miembros del coro de las capillas de la familia real; y diecinueve hijos de otros miembros de la real casa, incluido el zapatero del rey y el cerero de la reina. Al parecer, Felipe utilizó su patronato eclesiástico para aumentar los salarios de sus propios empleados.[223]

Otra área en la que Felipe actuaba como «*rex et sacerdos*», siguiendo los pasos «de los reyes nuestros antepasados», era cuando usaba el *exequatur*, el derecho a invalidar cualquier iniciativa papal que la corona desaprobara. Los oficiales del rey utilizaban el *exequatur* para retrasar algunas bulas o instrucciones papales durante años, o devolverlas a Roma para que las redactaran de nuevo. Incluso los nuevos catecismo, misal y breviario emitidos por Pío V con el fin de proporcionar una liturgia universal para los católicos de todo el orbe suscitaron enérgicas protestas en Madrid. El papa publicó su nuevo catecismo, incorporando la doctrina aprobada por el Concilio de Trento, en 1566, y pronto llegaron algunos ejemplares a España, seguidos pocos meses más tarde de una licencia papal para preparar una traducción al español. En el intervalo, los teólogos de Felipe habían estudiado el nuevo catecismo detalladamente y encontrado en él doctrinas (a su parecer) criptoprotestantes, de modo que la Inquisición embargó el texto y prohibió su uso. La primera versión modificada del catecismo romano en latín no apareció en España hasta 1577, y su primera traducción vernácula —la única apta para ser leída por los españoles medios— no lo hizo hasta 1777.

Durante su reinado, Felipe trató de mantener a todos los enviados pontificios fuera de sus dominios. Poco después de su elección en 1566, Pío V decidió enviar comisiones de investigación a diferentes lugares del mundo católico, pero Felipe evitó que cualquiera de ellas entrara en España o en los

Países Bajos. Luego, alarmado por los informes de abusos clericales en las Indias, el papa consideró la conveniencia de nombrar un nuncio para América. Cuando Felipe indicó que no lo permitiría, Pío respondió creando una «congregación» de cardenales para que propusiera soluciones, y envió entusiasmado sus recomendaciones a España; pero Felipe también las rechazó. El control de Madrid sobre la Iglesia americana continuó siendo absoluto e inexpugnable. La situación era muy parecida en los demás dominios de la monarquía de Felipe. Pío V se quejó en una ocasión de «que en Çiçilia él no tenía más que hacer que en Alemania, porque quando provehía alguna cosa hallava allá otro Pío Quinto puesto por la Monarquía que le rrevocava». Su queja cayó en oídos sordos. Felipe replicó sin rodeos al papa que «en aquellas cosas que yo tengo, y mis passados me han dexado, no ha de haver mudança». O, como reza la célebre frase pronunciada por el Consejo de Castilla durante una discusión sobre dicha jurisdicción: «No hay papa en España».[224]

¿Imperialismo mesiánico?

Esta disputa permanente entre Roma y Madrid, incluso sobre asuntos relativamente menores, era el reflejo de dos visiones geopolíticas incompatibles. Los papas temían a Felipe, pese a su evidente piedad religiosa, porque sus dominios rodeaban los Estados Pontificios tanto por el norte como por el sur. En mayo de 1527, el mes de su nacimiento, las tropas de su padre saquearon Roma y encarcelaron al papa; treinta años más tarde, las fuerzas del propio Felipe bombardearon la Ciudad Santa. Aunque sus tropas se retiraron tras firmar la paz, Felipe mantenía una gran influencia sobre Roma. Cubría de beneficios y pensiones a los cardenales simpatizantes de su causa —en 1591, cuarenta y siete de los setenta cardenales se embolsaban una pensión de España— y proveía a la ciudad de

grano y vino de Sicilia siempre que era necesario. A petición del papa, le proporcionó galeras para defenderse de los corsarios y en una ocasión envió tropas para sofocar una revuelta por motivos fiscales. También intentaba impedir la elección como pontífice de candidatos «perniciosos o que no nos convenían», empezando en 1559, cuando murió Paolo IV. Durante casi cuatro meses, el embajador Francisco de Vargas luchó por conseguir la elección de un papa hispanófilo, o al menos no francófilo. Felipe nunca intervino tan directamente hasta los cónclaves de 1590-1592, cuando amenazaba con retirar los envíos de grano desde Sicilia a Roma, y en una ocasión hizo avanzar sus tropas y galeras hasta la frontera de los Estados Pontificios a fin de influir sobre los cardenales.

Algunos papas contraatacaron. Paulo IV excomulgó y declaró la guerra a Felipe *(véase capítulo 3)* y Gregorio XIII trató de impedir la unión de España y Portugal, provocando un furibundo arranque de ira en el ultrajado rey:

> Muy sancto padre: El amor y respecto que a Vuestra Santidad he tenido, nadie mejor que Vuestra Santidad lo sabe. Los trabajos que en su pontificado han passado por mis estados también son públicos; y que los más dellos han sido por aver yo tomado tan a pechos la defensa de la Iglesia y extirpar las heregías. Pero como quanto más estos han ydo cresciendo, más olvido ha mostrado Vuestra Santidad dellos, no puedo dexar de maravillarme.[225]

Pero el «olvido» papal de los «trabajos» soportados por Felipe continuaba. En la década de 1590, Clemente VIII rechazó la reivindicación de los derechos a la corona francesa presentada por la hija de Felipe, Isabel Clara Eugenia, en favor de su acérrimo rival, Enrique de Borbón. En los Países Bajos, Felipe se quejaba, no sin razón, de que los papas permanecieran indiferentes, por no decir hostiles, respecto de su lucha por recuperar y recatolizar las provincias rebeldes. Según le manifestaba al cardenal Granvela, para «que tan bien lo entendéis todo… Creo que si los Estados Baxos fueran de otro, uvieran hecho maravillas porque no se perdiera la religión en

ellos; y por ser míos creo que passan, porque se pierda la religión en ellos a trueque de que los pierda yo».[226] La reflexión no dejaba de ser perspicaz y bien argumentada, pero pasaba por alto el hecho de que tanto la extensión de los dominios del rey como su retórica mesiánica desafiaban la ideología papal.

El mesianismo de Felipe II mostraba muchas características comunes a todas las demás visiones providenciales de su época, como el cumplimiento de profecías que predecían un cambio global, agitación y, finalmente, la unificación; un mito «fundacional» que presentaba su monarquía como algo nuevo en la historia del mundo; y el supuesto de que el «Mesías» podía discernir el propósito de Dios y perseguir las políticas adecuadas para alcanzarlo mejor que nadie. Cabe recordar que el viaje de Felipe por los Países Bajos en 1549 estuvo acompañado de numerosas visiones bíblicas *(véase capítulo 2)*. La magnífica vidriera encargada por el rey, en 1557, para la iglesia de San Juan de Gouda, en Holanda, también reflejaba el mesianismo de Felipe. En la parte superior, Salomón aparece orando en la inauguración de su templo y la voz de Dios responde: «He escuchado tu plegaria y si tú caminas por mis senderos como hizo tu padre, yo perpetuaré tu trono por siempre». En la sección central, Cristo preside la Última Cena y habla con el apóstol Felipe, cuya mano descansa con gesto protector sobre el hombro de su regio tocayo, arrodillado a su lado, en actitud de adoración, con su esposa María Tudor a su lado [véase lámina 17].

La visión mesiánica de Felipe tendría consecuencias de muy largo alcance. Sobre todo, su absoluta certeza de que estaba cumpliendo los mandatos de Dios a veces le hacía poco realista en lo tocante a la política. Por un lado, el rey a menudo se negaba a diseñar planes de contingencia porque, si Dios luchaba del lado de España, cualquier intento de prever un posible fracaso podía interpretarse como síntoma de falta de fe.

Por otro, solía ignorar cualquier sugerencia de sus subordinados respecto a la falta de realismo de sus órdenes, ya que, una vez más, ellos no eran capaces de entender que, en caso de necesidad, Dios proveería.

El impacto de una estrategia tan basada en la fe se aprecia con la máxima claridad en sus relaciones con Inglaterra. El hecho de que «haver sido yo rey de aquel reyno, en que Dios fue servido que ya una vez por mi medio y por mi mano se restituyese la religión católica», le hacía todavía menos proclive a escuchar estrategias alternativas. Por ejemplo, en 1570, Felipe ordenó al duque de Alba, su gobernador general en los Países Bajos, que preparara y dirigiera una invasión para destronar a la protestante Isabel Tudor y reemplazarla por su prima católica, María Estuardo. El rey reconocía que

> aunque la prudencia humana nos represente muchos inconvenientes y dificultades, y nos ponga delante mundanos temores, la sabiduría cristiana y la confianza que en la causa de Dios, con razón, havemos de tener, las allana y nos anima y esfuerça para pasar por todo. Y cierto no podríamos dexar de quedar con gran escrúpulo en nuestro ánimo y con gran lástima, si por faltar yo a aquella reyna [María Estuardo] y a aquellos católicos, o por mejor dezir a la religión, ellos padesciesen y ella se perdiese.

Alba protestó que esa sería una guerra equivocada, en el lugar equivocado y en el momento equivocado, añadiendo con evidente ironía:

> Como quiera que el principal medio debe venir de Dios, como Vuestra Magestad muy virtuosa y santamente propone, todavía, considerando que Él obra ordinariamente por los medios que da a los hombres, paresce necesario examinar qué medios son necesarios para esecutar su intención.

Y esos «medios», aseguraba Alba con firmeza, no existían. [227]

Durante algún tiempo, el rey desistió, pero durante su primera visita prolongada a El Escorial en el verano de 1571, volvió a la carga, e informó a Alba de que, dado que María Estuardo era «la verdadera y legitima subçessora» al trono inglés, «que la Isabel lo posee con tiranía», con la intervención

de solo 6.000 soldados veteranos procedentes de los Países Bajos, encabezados por el duque en persona, sería «fácil matar o prender a la Isabel y poner en libertad, y en la posesión del reyno, a la de Scocia». Sin duda consciente de que todo aquello le parecería poco realista a su lugarteniente, Felipe añadió que «Dios […] en causa tan suya, nos alumbraría, ayudaría y asistiría con su braço y mano poderosa para que se açertase».[228]

Los consejeros que llevaban años al servicio de Felipe se quedaron atónitos ante tan ilimitado y acrítico entusiasmo. «Estraña cosa es quan de veras Su Magestad está en lo de Ingalaterra», escribió el doctor Martín de Velasco a un colega, añadiendo: «Cierto, ni he visto ni pudiera creer quán caliente está Su Magestad en este negocio». Pocos días después, Velasco repetía que «cierto, yo no he visto al rey con tanto fuego en negocio de ninguna qualidad que sea». Incluso el conde de Feria, exembajador de Felipe en Inglaterra y en aquel momento principal partidario de una invasión, admitía que «está Su Magestad tan ferviente en estos negocios de Inglaterra que ya yo me puedo tener por flegmático en ellos».[229]

Su «fervor» llevó a Felipe a intentar involucrar a Alba en su plan con otro alarde de retórica mesiánica. «No se puede negar que en este negocio ocurran muchas y grandes dificultades, y que errándose se incurría en no pequeños inconvenientes», concedió, pero:

> No embargante todo esto, deseo yo tanto el efecto deste tratado, y he entrado en una tal confianza de Dios nuestro Señor, a cuyo servicio esto se endereza, sin tener yo otro fin particular, que lo guiará y encaminará; y tengo por tan precisas delante de Dios las obligaciones que para esto yo tengo, que estoy muy determinado y resuelto de proceder y asistir a esta causa.

Una vez más, Alba se mantuvo impasible. Respondió al chantaje moral del rey con una barrera de objeciones de índole práctica, y concluyó: «Yo, como tengo dicho a Vuestra Magestad, no he comenzado a hacer prevención ninguna».[230]

Este diálogo de sordos solo acabó cuando Alba descubrió que Isabel ya conocía los planes del rey y había puesto a María Estuardo bajo estrecha vigilancia y arrestado al principal conspirador inglés.

Estos fracasos no cambiaron en absoluto la estrategia de Felipe, quien continuó utilizando el chantaje mesiánico para persuadir a sus lugartenientes de que, por desesperada que fuera la situación, Dios proveería. Así, en 1585, informaba al duque de Parma, el sucesor de Alba como gobernador general de los Países Bajos:

> Espero en Nuestro Señor, por cuyo servicio se ha hecho y se sustenta esta guerra [en Flandes] a costa de tanta sangre y dinero (todo bien empleado en tal causa) que ordenara las cosas con su divina providencia, mediante la negociación o las armas, de manera que conozca el mundo, en el buen successo del negocio, el fructo de confiar en Él, llevando siempre delante esta firme resolución, y quando fuesse servido de otra cosa por nuestros peccados, vale más consumirlo todo en defensa de su causa y servicio, que por ningún otro respecto faltar un solo punto a Él.

Dos años después, cuando su almirante más experimentado se quejó de los peligros que implicaba navegar hacia Inglaterra en noviembre, como Felipe proponía, el rey replicó serenamente: «Bien se vee que es harto aventurar navegar con gran armada de invierno, y más por aquel canal y sin tener puerto cierto», pero «el tiempo, Dios (cuya es la causa) se hará de esperar que le dará bueno de Su mano». Más tarde, después de que una tormenta hubiera dañado algunas naves de la Gran Armada, empujado a otras hacia La Coruña y desperdigado el resto, el rey tranquilizó a su desanimado comandante:

> Que a ser esta una guerra injusta, pudiera tomarse esta tormenta por señal de la voluntad de Nuestro Señor para desistir de su offensa; mas siendo tan justa como es, no se deve creer que la ha de desamparar, sino de favorescer mejor que se puede dessear […]. Yo tengo ofrecido a Dios este servicio […]. Alentaos, pues, a lo que os toca.[231]

De vez en cuando, una catástrofe podía minar la confianza del rey. Cuando se enteraba de las dimensiones del desastre de

la Armada, en noviembre de 1588, Felipe le confió a su secretario:

> Yo os prometo que si no se vencen [estas dificultades] y se da forma en lo que tanto es menester, que muy presto nos habremos de ver en cosa que no querríamos ser nacidos. Yo a lo menos por no verla. Si Dios no haze milagro (que así espero en Él), que antes que esto sea, me ha de llevar para sí, como yo se lo pido, por no ver tanta mala ventura y desdicha.

Sin embargo, estos momentos de duda sobre la congruencia del «servicio de Dios y el mío» eran infrecuentes y poco duraderos. A lo largo de la década de 1590, Felipe siempre insistía en que «no ha podido, ni puedo, faltar» a sus costosas guerras «por tener tan precisa obligación para con Dios y el mundo de acudir a ellas». Unos meses después, cuando uno de sus ministros hizo una vehemente súplica para reducir el gasto militar en Francia, los Países Bajos y el Atlántico, Felipe le recordó que «no son materias estas para poder descuydar dellas» por «ir lo que va de la religión en ello, que se ha de posponer a todo».[232]

El mesianismo de Felipe II en su contexto

La visión mesiánica de Felipe sobrevivía, en parte, porque la mayoría de sus ministros y vasallos la compartían. A comienzos del reinado, un tratado escrito por el teólogo Bartolomé Torres, que había estado al servicio de Felipe en Inglaterra, resaltaba el vínculo «*rex et sacerdos*»:

> Los prínçipes, en cuanto prínçipes, en alguna manera son curas de almas; porque, si los consideramos en quanto proueen curados i obispos, son obligados a procurar el bien de las almas elligiendo aquellos que meior tracten el negotio spiritual […]. Los prínçipes han de dar cuenta a Dios a la hora de la muerte i en el día del juizio, no solo de sí, sino de todo su reino i de todos los daños i males que, por su floxedad i negligentia, se hazen.

Los poetas también sacralizaban la causa de su monarca. En la década de 1570, la *Canción por la victoria de Lepanto* de Fernando de Herrera establecía un paralelismo con el hundimiento del ejército del faraón en el mar Rojo; *La Austriada* de Juan Rufo (1584), un poema épico sobre don

Juan de Austria, aclamaba al rey como «el pastor de Dios en la tierra»; y según el soneto de Hernando de Acuña titulado *Al rey nuestro señor*, publicado en 1591:

> Ya se acerca, señor, o ya es llegada
> la edad gloriosa en que promete el cielo
> una grey y un pastor solo en el suelo,
> por suerte a vuestros tiempos reservada.
> […]
> Y anuncia al mundo, para más consuelo,
> un monarca, un imperio y una espada.[233]

Los artistas católicos también relacionaban explícitamente los logros del rey con el favor divino «ganado» por su entrega al servicio de Dios. Muchas obras de arte producidas durante la vida de Felipe le retrataban en comunión directa con Dios [véase lámina 18] y [véase lámina 19]. En *Felipe II ofreciendo al cielo al infante don Fernando* (1573), también llamado *Ofrenda de Felipe II*, Tiziano inmortaliza al rey mientras este dedica ostentosamente a su hijo recién nacido a Dios en agradecimiento por la victoria de Lepanto [véase lámina 31]; en *El sueño de Felipe II* del Greco (1579), el rey se arrodilla confiado a esperar su destino el día del Juicio Final; y en un grabado flamenco de 1585, Jesús concede directamente la insignia del poder a Felipe mientras el papa le mira con envidia. En el retrato tal vez más conocido del rey, realizado por Sofonisba Anguissola, aquel sostiene un rosario —como si la artista le hubiera sorprendido durante sus rezos—, mientras que las imponentes esculturas funerarias de Pompeo Leoni muestran a Felipe y su familia rezando junto al altar mayor en la basílica de El Escorial.

La música también sostenía las pretensiones mesiánicas de Felipe. Al menos dos misas fueron cantadas en su honor. Hacia 1560 Bartolomé de Escobedo compuso la primera, para seis voces, con la frase «PHILIPPUS REX HISPANIAE» yuxtapuesta con la liturgia:

Gloria in excelsis Deo
Et in terra pax hominibus bonae voluntatis.
Laudamus te. Benedicimus te.
philippus rex hispaniae…
Benedictus qui venit in nomine domini
philippus rex hispaniae
Osanna in excelsis.

En 1596 Philippe Rogier, maestro de la capilla flamenca de Felipe, terminó su *Missa Philippus Secundus Rex Hispaniae* para cuatro o seis voces, y la Imprenta Real la publicó dos años después. Otros músicos alababan a su soberano: Fernando de las Infantas, por ejemplo, compuso un motete para seis voces rogando la ayuda de san Jerónimo para su «piísimo siervo» Felipe, y para otros miembros de la familia real.[234]

El hecho de que su familia y sus ministros compartieran y apoyaran su visión mesiánica también reforzaba el convencimiento de Felipe. Entre los miembros de la primera, su hermana Juana profesó los votos simples de pobreza, castidad y obediencia exigidos a todos los novicios de la orden jesuita *(véase capítulo 9)*; e incluso su belicoso medio hermano don Juan de Austria invocaba la intervención divina. En 1576, al terminar una carta a otro ilustre militar, don García de Toledo, en la que explicaba su misión en Flandes, citó a Dios dos veces: «Al fin, Dios ha de tomar por de todo punto suya esta causa y ayudarme a mí propiamente con [un] milagro». Pocos días después, en una carta a su medio hermana, Margarita de Parma, don Juan esperaba que Dios «a mí me ayude con milagros, pues si no fuere haziéndolos, no sé cómo se pueda volver en vida un cuerpo con el último suspiro en boca».[235] Ruy Gómez de Silva, un aliado tanto de Juana como de don Juan, informó en 1559 al general de los jesuitas de «quán afficionado soy a su religión, y que por este respecto desseo que aya un collegio della en Mélito», su nuevo feudo napolitano. Una década más tarde, Ruy Gómez y su esposa, la princesa de

Éboli, «hicieron muy buen acogimiento» a Teresa de Ávila cuando llegó como invitada para tratar «de la fundación de los monasterios de Pastrana, ansí de frailes como de monjas».[236] En 1568, don Francés de Álava, el embajador de Felipe en Francia, afirmó categóricamente que «si yo he de ser instrumento para que las cosas humanas se prefieren a las divinas, antes Dios me saque de este mundo». La masacre de San Bartolomé de 1572 dejó impresionado incluso al escéptico duque de Alba como clara prueba de los esfuerzos de Dios en la defensa de su propia causa y la de España; así de eufórico se manifestaba en una carta al conde de Bossu:

> Los acontecimientos de París y Francia son maravillosos y ciertamente demuestran que Dios ha tenido a bien cambiar y replantear las cosas de la forma que Él sabe favorecerá a la verdadera iglesia y promoverá su sagrada labor y su gloria. Y, por otra parte, dada la actual situación, estos hechos no podrían haberse producido en mejor momento para los intereses de Nuestro Señor, por lo que nunca podremos estar lo bastante agradecidos a la bondad divina.[237]

Aun Antonio Pérez, un ministro famoso por su vida disoluta, participó en una romería en 1575, y poco después, mientras organizaba la salida de don Juan de Austria de Italia a Flandes, escribió al rey con gran satisfacción «que cosa tan del servicio de Dios y de Vuestra Magestad —que es todo uno— va bien hasta agora». En 1584, el conde de Barajas, presidente del Consejo Real, expresó la esperanza «que preceden» a todas otras consideraciones «lo que es el servicio de Dios y de Su Magestad»; y tres años más tarde, don Juan de Idiáquez, secretario de Estado, instaba a Felipe a mantenerse firme en su plan de invadir Inglaterra a pesar del coste:

> Será tan açepto servicio a Nuestro Señor que no es possible que Su mano, assí en la execución desta obra como en todo lo demás después della, no muestre en Vuestra Magestad y sus cosas visiblemente como paga a quien assí le serve, y creo que es obligación servirle cada uno conforme a sus fuerças, pues las fuerças Él las da por quien es, y da las pudiendo quitarlas. Y en Vuestra Magestad muestra tanto su poder y favor que se puede tomar esto por prenda cierta del suçesso de todo lo que se emprendiere por serle agradezcido.[238]

Lógicamente, los numerosos servidores eclesiásticos del rey expresaban con frecuencia ideas similares. En 1574, Mateo Vázquez consolaba a su amo, desanimado por la situación en los Países Bajos, diciéndole que Dios

> siempre mira a Vuestra Magestad, y en las mayores necessidades con mayores demostraciones —lo de San Quentín, lo de la mar contra el enemigo común [Lepanto], y lo de Granada— todo succedió muy bien […]. Son señales que prometten grande sperança en todo. Y pues Vuestra Magestad defiende la causa de Dios, Él defenderá, como siempre lo ha hecho, lo que toca a Vuestra Magestad.

Cuatro años después, cuando llegaron las noticias de la desastrosa derrota y muerte en África del rey Sebastián de Portugal, sobrino de Felipe, Vázquez insistió en que pronto «Dios bolverá por su causa, y dará a Vuestra Magestad mucha vida, pues le tiene por instrumento para que se la defiende; y Vuestra Magestad sabe muy bien que de grandes trabajos y aflictiones acostumbra su divina providencia sacar felicíssimos sucesos».[239] Juan de Ovando, inquisidor y presidente del Consejo de Indias, compartía el mismo punto de vista. Al preguntarle si el nombramiento de presidente del Consejo de Hacienda podía suponerle una carga excesiva, respondió con palabras que recordaban a las del propio rey: «Esta se podrá vencer con mi trabajo y salud, que yo tengo sacrificado al servicio de vuestra magestad, por serlo también de Dios». En 1583, la noticia de que la Armada española había conquistado la isla Tercera llevó al cardenal Granvela a exclamar que con «tantas gracias y favores que nos haze su Divina bondad, nos obligan a mirar mucho por Su causa, y a procurar de librar tantas almas del lazo del demonio, assí en Flandes como en otras partes, y tanto más que haziendo Su negotio, hazemos el nuestro».[240]

Así pues, un notable consenso mesiánico existía entre Felipe y los soldados, artistas, propagandistas y ministros a su servicio. Esto reforzaba inevitablemente la confianza del rey en sí mismo

en detrimento del desarrollo de estrategias alternativas y más flexibles. Pero ¿existían estrategias alternativas? Felipe había heredado territorios tan alejados que, en efecto, eran indefendibles: España y gran parte de Italia, las Américas y los Países Bajos. La incorporación de las Filipinas después de 1565 y del Imperio portugués después de 1580 agravó aún más este insostenible «crecimiento estratégico». Como afirmó Tommaso Campanella, agudo observador de la política, poco después de la muerte del rey: «La Monarquía española se funda en la oculta providencia de Dios más que en la prudencia», y él, como muchos otros, veía la historia de España como una heroica progresión en la que los milagros compensaban los desastres (como la conquista musulmana del 711 y el fracaso de la Armada en 1588) a medida que España continuaba su avance, desigual pero dispuesto por Dios, hacia el dominio universal. [241] Hasta la década de 1590, era posible creer que un éxito espectacular compensaría siempre cada derrota: contra el fracaso de su plan para destronar a Isabel en 1570-1571, Felipe podía contraponer la victoria de Lepanto (que terminar con la amenaza turca) y la masacre de San Bartolomé (que pareció había asestado un golpe definitivo al protestantismo en Francia). Sus pérdidas en los Países Bajos se vieron sobradamente compensadas por su acceso al trono de Portugal y por sus posesiones de ultramar, creando el primer imperio de la Historia «en que no se ponía el sol».

Sin embargo, como Carl von Clausewitz escribió en el siglo XIX —en su magistral libro *Sobre la guerra*—, todas las estrategias son llevadas a cabo por individuos, entre los que «el menos importante puede hacer por casualidad que las cosas se retrasen o marchen mal de alguna manera». Para explicar las dificultades experimentadas por los generales, Clausewitz se apropió de un concepto de la ciencia, la fricción, que abarcaba todos aquellos factores que impiden que las órdenes se

desarrollen como está previsto: «Incontables incidentes menores, cuya naturaleza los hace imposibles de prever, se combinan para reducir el éxito general de una actuación, de modo que su resultado siempre queda lejos del objetivo perseguido».[242] Pero el imperialismo mesiánico de Felipe no aceptaba que los asuntos humanos tienden a ser desordenados y que las desviaciones resultado del azar requieren una corrección constante. En su lugar, cada vez que su filosofía de «*suma ratio pro religione*» generaba objetivos imposibles y un alcance estratégico insostenible, el rey adoptaba formas de evasión: por un lado, se preguntaba cómo podría convencer a Dios para que obrara un milagro; y por otro, buscaba refugio en el mundo de las delicias que había creado alrededor de su corte.

6. El rey se divierte

Mateo Vázquez, cuya posición dual como capellán y secretario del rey le otorgaba una situación única para conocer los más profundos sentimientos y emociones de Felipe, comentó —en una carta a Juan Fernández de Espinosa, banquero y ministro real— que «los reyes tienen gusto y voluntad como otros hombres, y más que ellos con la potençia, que es mayor que la de los súbditos y vassallos, y que cada día se mudan muchas cosas y muchas condiciones y voluntades, y que es menester mirar cómo está todo, y caminar por donde se pueda y convenga».[243] La «potencia» del rey para conseguir su «gusto y voluntad» hizo que esto fuera aún más remarcable, pues, al menos tras su regreso a España en 1559, se dedicaría a ello prácticamente sin cambios durante el resto de su vida.

El viajero compulsivo

Aunque Felipe hizo de Madrid su capital administrativa en 1561, nunca dejó de viajar. Residió en sus posesiones aragonesas en 1563-1564, 1585-1586 y 1592; en 1570 viajó por Andalucía; y en 1580 se marchó a Portugal y no regresó a Madrid hasta pasados tres años. Como señaló el historiador Teófilo Ruiz, estos largos viajes reales implicaban enormes preparativos y agotadores espectáculos urbanos que a menudo dejaban al rey exhausto, todos ellos «inseparablemente unidos al ejercicio y la experiencia del poder».[244] En otros casos, Felipe solía realizar sus desplazamientos de un palacio a otro a solas, o con un séquito muy reducido, buscando tranquilidad. «Su quietud», escribió el embajador de Venecia en 1565, «es el mayor entretenimiento y la mayor recreación que Su Magestad tiene». «Le complace maravillosamente la vida solitaria», confirmaba su sucesor en 1571, añadiendo que el rey pasaba su tiempo en sus «lugares de placer, con infinito contento de su

ánimo». En 1593, otro diplómatico veneciano repitió que Felipe «es amigo de la soledad: le complacen los lugares desiertos».[245]

Cuatro de las casas de campo del rey le permitían acomodarse en un entorno incomparable: El Pardo (adonde el rey acudía con regularidad a cazar, especialmente en otoño), Aranjuez (de cuyos espectaculares jardines disfrutaba en primavera) y el Bosque de Segovia (lugar excelente para la caza y la pesca). Sobre todo, a partir de 1571, el rey fue prolongando sus periodos de estancia en San Lorenzo el Real de El Escorial, construido en cumplimiento de su promesa, formulada tras la victoria de San Quintín en 1557, de erigir un importante monumento en honor del santo en cuyo día se había librado y ganado la batalla *(véase capítulo 3)*. Con el tiempo, el complejo acabaría sirviendo como mausoleo dinástico, monasterio, seminario y biblioteca, así como palacio real.[⇒]

Los traslados del rey entre sus diversas residencias eran tan regulares y frecuentes que un miembro de su corte escribió un librito titulado *Los grandes y admirables viages del rey don Felipe II*, que decía: «El viage de Madrid al Pardo, del Pardo al Escurial, del Escurial al Pardo, del Pardo a Madrid, de Madrid a Aranjuez…», y así, de folio en folio, hasta llenar el volumen.[246] Pero la mofa no hacía justicia a la cantidad de asuntos que leía y resolvía durante estos «grandes y admirables viajes». Así, el 3 de octubre de 1572 —según el *Diurnal* que escribía su secretario particular, Antonio Gracián y Dantisco—, tras una breve estancia en El Escorial, «Su Majestad partió después de comer y fuimos a dormir a La Despernada», como se conocía entonces a Villanueva de la Cañada. Al día siguiente, en «La Despernada, llegó correo con despachos de Zayas [secretario de Estado, Norte], dos de Gaztelu [Órdenes], Antonio Pérez [Estado, Sur] y Eraso [Indias]. Vino Su Majestad a comer a la dehesa de Romanillos […]. Esa noche vino Su Majestad al

Pardo y despach[ó] el correo con despachos para Gaztelu, Antonio Pérez y Juan Vázquez [Cámara]». Felipe pasó las siguientes cuarenta y ocho horas en El Pardo, donde recibió y respondió a los despachos de ocho ministros diferentes antes de regresar a Madrid.[247]

El proceso de crear su red de palacios obligó al rey a vivir durante mucho tiempo rodeado de obras, sobre las que decidía personalmente: durante su reinado, Felipe intervino en más de cien proyectos de arquitectura, como se puede ver con un simple vistazo a los ocho libros de registros de la Junta de Obras y Bosques, con más de 3.000 folios llenos de cédulas reales emitidas entre 1556 y 1598 para los reales sitios de Castilla. Aunque nunca diseñó un programa arquitectónico global, el rey actuaba como su propio «maestro de obras», tomando una serie casi infinita de decisiones *ad hoc* que le permitían mantener todo bajo su riguroso control personal.

La falta de un programa global no implicaba que careciera de una visión de conjunto. Las enseñanzas de su preceptor Honorato Juan, y el detallado estudio de los libros de Vitruvio, Serlio y otros autores de su biblioteca, todos los cuales incluían espléndidas ilustraciones de edificios italianos y romanos, habían proporcionado al joven príncipe un sólido conocimiento de la arquitectura; y sus viajes por Italia, Alemania y los Países Bajos le habían permitido ver y apreciar algunos de los estilos más destacados. A todo esto se debía su sublime confianza en que él podía mejorar cualquier plan diseñado por sus arquitectos [véase lámina 20]. En cuanto regresó a España en 1551, comenzó a emitir órdenes dirigidas a reconfigurar los palacios reales de Castilla y sus jardines «a la manera de Flandes», con muros de ladrillo rojo y tejados de pizarra negra, rodeados de jardines pulcros y verdes, arroyos y estanques; y tras su partida de Flandes en 1559, ordenó a Granvela que enviara cubridores de pizarra y albañiles de los

Países Bajos para construir edificios de estilo flamenco; cantores para su capilla flamenca; ingenieros hidráulicos para construir arroyos y lagos artificiales; y jardineros para cuidar las plantas igualmente traídas desde Flandes.

Antes de salir de Bruselas, el rey tomó otra importante decisión esencial para la creación de un «estilo Felipe II» uniforme: invitó a Juan Bautista de Toledo, que había trabajado con Miguel Ángel en la basílica de San Pedro de Roma y realizado destacados proyectos de construcción en Nápoles, para que se reuniera con él en España, y luego declaró que «agora y de aquí adelante para en toda vuestra vida seáis nuestro arquitecto». El planteamiento era nuevo: los predecesores de Felipe habían nombrado un maestro concreto para cada obra, pero, a partir de entonces, todos respondían ante Toledo. El rey le ordenó residir en la corte y «hacer las trazas y modelos que os mandáremos, en todas nuestras obras, edificios y otras cosas dependientes del dicho oficio de arquitecto». Para este fin, Toledo creó un «estudio» en el Alcázar de Madrid donde formaba a sus ayudantes en preparar las trazas —los planos— que se utilizaban habitualmente en Italia para las construcciones importantes. Además, Felipe hizo frecuentes viajes para ver el progreso de cada obra. Así, cuando regresó a Castilla en 1564 después de una larga estancia en Aragón, no «quedó en el mismo lugar dos días enteros, en vez iba con un pequeño séquito a visitar todos sus casas en los alrededores [de Madrid], uno por uno».[248]

Todo podría haber ido bien si Felipe no hubiera nombrado a Toledo maestro mayor en El Escorial, el Alcázar de Madrid, Aranjuez y El Pardo, además de ordenarle que preparara trazas para todos ellos y para otros varios reales sitios. Inevitablemente, Toledo iba retrasado en sus tareas, lo que enfurecía a su amo. En la primavera de 1565, el rey comentó: «Lo que yo creo es que de pura pereça, y ser floxo y tardío, lo

dexa de hazer, y no de malicia, porque quando él quiere, hasta aquello bien lo sabe hazer». Pero, añadía Felipe malhumorado, «si él no se da más priesa, no es posible que entienda en tantas obras». Unos meses más tarde, cuando Toledo se había retrasado aún más, el rey explotó ante su secretario: «Ya veis que sería vergüenza, a lo menos, suya que en lugar de acabarlo todo, como pensé primero, y lo tenía ordenado hasta arriba con necesarios y todo, no acabasen agora esto que no es aún la mytad». El arquitecto permaneció impasible: «Los edificios son como plantas: solamente crecen si son regados, y el agua que necesitan es el dinero». Esto apaciguó un poco al rey: «Bien filosofea aquí sobre la falta del dinero», comentó a regañadientes mientras le facilitaba más fondos.[249] A pesar de estos desacuerdos, y de la interferencia del rey, cuando le llegó la muerte, en 1567, Toledo había determinado el diseño general tanto de Aranjuez, El Escorial y El Pardo como, en Madrid, del Alcázar, el Cuarto Real de San Jerónimo, las Descalzas Reales y la Casa de Campo.

Felipe tomó entonces otra decisión extraordinaria: dejó vacantes los puestos de «arquitecto de Su Magestad» y «maestro mayor de las obras reales». En su lugar, se sirvió de un hombre con unas impresionantes dotes como dibujante técnico, pero casi sin ninguna experiencia práctica como arquitecto: Juan de Herrera. Nacido en una modesta familia de hidalgos asturiana, Herrera había acompañado a Felipe en su «felicísimo viaje», y más tarde había servido como soldado, primero en Italia y después como miembro de la Guarda Alemana que acompañaba al rey, antes de trabajar como ayudante de Honorato Juan. En 1563 Felipe le nombró «trazador» de Juan Bautista de Toledo, con quien preparó destacadas obras en los alcázares de Toledo y Segovia, la Alhambra de Granada y otros edificios, incluido El Escorial, la más audaz y ambiciosa expresión del «estilo Felipe II», y también la única que continúa

intacta.

Construir la octava maravilla del mundo

Al principio, el rey pensó en cumplir su promesa a san Lorenzo ampliando uno de los conventos reales ya existentes, perteneciente a los jerónimos, la orden contemplativa en cuya casa de Yuste su padre había encontrado consuelo y vivido sus últimos días. El César había especificado en su testamento que debía ser enterrado junto a su esposa en la Capilla Real de Granada y, al enterarse de su muerte, Felipe ordenó que se trasladara el cadáver de su padre a esa ciudad, donde ya estaban enterrados su madre y sus dos hermanos pequeños (Fernando y Juan) así como su primera esposa (María Manuela). Probablemente debido a la escasez de dinero, esto no se hizo, y justo antes de abandonar los Países Bajos, Felipe ordenó que el cuerpo de Carlos permaneciera en Yuste, para que él personalmente pudiera supervisar su reentierro «con la autoridad y decencia que desseamos» tras su regreso a España. El rey ya había decidido una ampliación importante de su plan original para honrar a san Lorenzo: crear un mausoleo para su familia.[250]

Felipe invirtió ocho meses en recopilar una lista de los lugares más apropiados para el enterramiento de su padre (y también de otros cuerpos reales) en un nuevo convento que se llamaría «San Lorenzo de la Victoria». En abril de 1561 informó al padre general de la orden de San Jerónimo que «brevemente pienso tornar a ver los sitios que hasta ahora se han visitado y platicado, para resolver en cuál de ellos se han de fundar». Dos meses más tarde, el rey tomó su decisión: construiría «su» monasterio jerónimo en las estribaciones del Guadarrama, cerca del pueblo de El Escorial, a unos cuarenta y cinco kilómetros al noroeste de su nueva capital en Madrid, lo bastante alejado para que fuera un lugar de retiro. Solicitó la

aprobación del general de la orden, quien respondió obsequiosamente que los «padres están muy contentos del sitio que Vuestra Magestad tiene escogido, que me dicen ser muy bueno y que tiene todas las partes que ha de tener cualquier buen sitio, y bastaba para serlo haberlo escogido Vuestra Magestad». Solo sugirió un pequeño cambio: que en lugar de San Lorenzo de la Victoria, la nueva fundación se llamara San Lorenzo el Real. Felipe estuvo de acuerdo.[251]

En 1562 el rey visitó el lugar en dos ocasiones acompañado por Juan Bautista de Toledo, «que ya a este tiempo iba haciendo la idea y diseño de esta fábrica» y «tenía ya hecha la planta de los principales miembros del edificio»: una única estructura organizada en torno a doce patios, tal vez imitando la parrilla de hierro en la que san Lorenzo había sido martirizado. A pesar de las numerosas disputas entre el rey, sus arquitectos y los frailes de la nueva comunidad monástica, este diseño prevaleció, dotando de su forma característica a uno de los edificios más grandes de su época: un único cuadrilátero de 740 por 560 pies (207,20 m x 156,80 m), con un modesto aposento real cercano a la basílica, y rodeado por un complejo amurallado de jardines y campos con una extensión de cincuenta kilómetros cuadrados. Toledo comenzó a supervisar la preparación y nivelación del solar, y el 20 de agosto de 1563, día determinado como astrológicamente propicio, Felipe y su confesor presidían la colocación de la primera piedra de la basílica.

Según fray Antonio de Villacastín, el «obrero mayor» que supervisaba toda la construcción, «dende este día anduvo la obra con mucha furia por mandado del rey don Felipe». Pero la «furia» se disipó casi enseguida cuando Felipe insistió en dos importantes cambios: la adición de un colegio para la formación de sacerdotes y la duplicación del tamaño de la comunidad monástica, que pasaría de cincuenta a cien monjes.

Esto exigía añadir una planta entera al complejo. Para asegurarse de que «nuestro arquitecto» llevara a cabo este cambio (y muchos otros de índole menor), Felipe dio a Pedro de Hoyo, secretario de su Junta de Obras y Bosques, «las traças del monasterio, acabadas como vistes», así como instrucciones precisas: «Hazed que las saquen agora de la misma manera que están estas con sus escritas y sin mudar nada. Y que las saquen dobladas porque son menester tres de cada suelo: las unas para los frayles y las otras para Juan Bautista, y las otras para mý. Y hazed que las saquen en esta semana».[252]

Naturalmente, estos cambios, junto con la insistencia del rey en microgestionar todo lo que tuviera que ver con «su» convento, dieron lugar a demoras y excesos de coste. Para cuando Juan Bautista murió en 1567, el proyecto ya había absorbido casi un millón de ducados de la Hacienda de Castilla, pese a haberse construido todavía muy poco. Dos años más tarde, Felipe emitió una instrucción redactada en tono terminante por la que prohibía que los aparejadores cambiaran ninguna cosa de las trazas sin su consentimiento expreso («queremos que primero que se mude, se Nos consulte») e incluso les despojaba de autoridad para contratar la mano de obra: él mismo, a menudo a través de Herrera, negociaba los contratos directamente con los especialistas en los diversos tipos de construcción y luego ordenaba a los aparejadores que les proporcionaran una copia de la traza acordada, así como las especificaciones exactas. Este inusual sistema de construcción generó una cadena de montaje en la que los trabajadores seguían las mismas trazas para que Felipe pudiera controlar todos los aspectos del proceso de edificación, asegurando de este modo la uniformidad visual que constituye la característica más llamativa de San Lorenzo.[253]

Cuando en 1576 aconteció una «gran contradicción» entre el prior y los constructores, apoyados por los aparejadores,

Felipe realizó una visita especial «a verlo todo a vista de ojo, a cuya causa le fue necesario ir a las canteras donde se sacaban las dichas piedras para ver cargar y descargar las dichas piezas». Luego volvía a

> visitar la obra de la dicha iglesia viendo y considerando el asentar de las piedras labradas y por labrar, considerando el tiempo que se gastaba en lo uno y en lo otro, y halló ser mejor y más acertado el traer labradas las dichas piedras de la cantera porque se ahorraba tiempo y dinero como Su Majestad lo vio y experimentó.

Desde entonces, según Villacastín, «había 18 grúas y se trabajaba con todas, y se gastaban en solamente officiales y peones 10.000 ducados cada mes sin carretería ni otros materiales, solamente en la iglesia», hasta que en septiembre de 1584, a la vista de todos, el rey lloró mientras asistía a la consagración de la basílica [véase lámina 21].[254] Gracias a la intervención personal del rey, en palabras de Catherine Wilkinson Zerner, aunque «se emplearon muchas cuadrillas de obreros para construir el edificio, es imposible sin embargo distinguir ninguna diferencia en su colocación. La casi perfecta uniformidad de la ejecución técnica de El Escorial constituye un logro extraordinario».[255]

Entre tanto, la comunidad monástica fue cobrando vida. En 1571, los frailes jerónimos cantaron misa por primera vez en la nueva iglesia, mientras el rey observaba desde una ventana de su aposento que daba al altar. Al poco tiempo, una columna de novicios de Madrid y otra de monjes del convento jerónimo de Guadalupe llegaron «en muy lucida orden, dos guías a cauallo delante, ellos de dos en dos». El rey y sus cortesanos «salimos todos a las ventanas» y a continuación «díxose una misa cantada de spiritu santo; esta tarde vísperas solemníssimas de Don Laurentio; esta noche matines. A todo se halló Su Magestad». «Bien puede vuestra merced considerar», escribió un ministro del rey, «el contentamiento con que Su Magestad debe estar de verlo ya en este estado».[256]

Felipe también planificaba el traslado de los restos mortales de once de sus parientes desde sus lugares de descanso en toda España para su enterramiento en El Escorial, y pensó mucho en la erección de unas esculturas funerarias adecuadas para la nueva basílica. En 1572 aprobó un proyecto para dos grupos escultóricos de proporciones descomunales de la familia real, arrodilladas a ambos lados del altar mayor como si se hubieran unido a los monjes en una oración perpetua, y el trabajo comenzó en 1579 con un primer grupo de siete figuras para el cenotafio de Carlos, incluidos sus dos hijos muertos de niños. Felipe probablemente pretendía incluir en el suyo propio a sus hermanas Juana y María, pero, tal vez en aras de conseguir que el trabajo fuera concluido a tiempo, mandó reducir cada conjunto a cinco. Justo antes de morir, en 1598, pudo admirar las impresionantes estatuas de bronce, doradas y cuajadas de alhajas, de sus padres y tres de sus tías, hechas por Pompeo Leoni y su taller, y dio su conformidad a las estatuas de yeso para su propio conjunto (instaladas solemnemente en 1600). Como Rosemarie Mulcahy señaló, «podría decirse que son las esculturas funerarias de la realeza más impresionantes del arte europeo» [véase lámina 22] [257].

El esplendor faraónico de San Lorenzo impresionaba a todos. En 1593, a pesar de la guerra entre Inglaterra y España, el viajero inglés John Eliot elogió «el palacio más magnífico de todo Europa», añadiendo que era «el edificio más hermoso que he visto jamás en toda mi vida». Treinta años después, el viajero galés James Howell estuvo «en El Escorial para ver el monasterio de San Lorenzo, la octava maravilla del mundo» (una frase hiperbólica acuñada en 1579), donde admiró «el emplazamiento, la solemnidad de la obra y la simetría de la estructura». Tras considerar qué podría haber «movido al rey Felipe a malgastar tanto dinero», Howell insistía en que «hay un centenar de monjes, cada uno de ellos con su criado y su

mula, y multitud de oficiales; además hay tres bibliotecas, dotadas de un selecto surtido de libros de todas las disciplinas […]. En resumen, nada allí es vulgar. Si se quieren ver todas las estancias de la casa, es necesario recorrer diez millas [dieciocho kilómetros]». Era, concluía Howell, «un mundo de cosas maravillosas que me dejó completamente encantado. A partir de este impresionante monumento, puede inferirse que Felipe el Segundo, aunque era de baja estatura, debió de albergar en su interior pensamientos inmensos, gigantescos para que la posteridad, ante la vista de semejante mole, admirase su memoria».[258]

El coste de plasmar los «pensamientos inmensos» del rey en San Lorenzo también fue gigantesco. Villacastín estimó que, durante los más de treinta y cinco años de construcción, el rey había gastado seis millones y medio de ducados: una cifra superior al total de los ingresos de Castilla durante un año. El cronista y ayuda de cámara Jehan Lhermite, a quien Villacastín proporcionó esta estimación, señaló que «esta valoración, según la opinión del común, parece quedarse corta». El propio Lhermite pensaba que «todo ello sumado y considerado como conjunto, puede haber ascendido a unos nueve o diez millones en oro», y, acto seguido, añadía: «He oído decir que a Su Majestad misma no le habría gustado que se supiera a ciencia cierta su valor preciso y concreto».[259]

Sin embargo, cuando analizaban el «valor preciso y concreto» de construir el enorme edificio, tanto Howell como Villacastín y Lhermite olvidaban los costes de oportunidad que representan las horas que Felipe dedicó al proyecto. Consideremos la respuesta regia a una carta que le envió el prior de San Lorenzo en noviembre de 1571: tras exponer la necesidad de otro predicador y solicitar la decisión del monarca sobre un dilema arquitectónico relativo a la sacristía, el prior anunciaba que «este día se despidió un novicio de los que

vinieron de San Bartholomé porque…». La media línea de texto en la que se da la razón de la «despedida» ha sido cuidadosamente cortada con unas tijeras. Por si acaso el secretario encargado de responder al prior lo encontrara extraño, el rey escribió en el margen: «Está bien, Yo corté lo demás».[260] Cabe imaginar que el novicio —uno de aquellos cuya llegada tanto había conmovido al rey el día de San Lorenzo unos meses antes— había sido descubierto practicando la sodomía, y el rey había querido eliminar cualquier mención a ello para evitar la contaminación tanto del archivo como de la empresa [véase lámina 23].

El documento que el rey cortó (una decisión drástica y, aparentemente, única) era uno de los miles de papeles relacionados con el monasterio que llegaban a su mesa, y casi todos provocaban una decisión real. En contra de su habitual costumbre de tratar los negocios por escrito, el rey tomaba numerosas decisiones relativas a San Lorenzo solo después de realizar una visita personal y mantener una prolongada entrevista con los encargados de llevar a cabo sus órdenes. Así, en junio de 1575, uno de los monjes de San Lorenzo señaló que el rey había venido a «su casa» porque «le quedaban grandes negocios que despachar». ¿De qué tipo eran estos «grandes negocios»? Según el fraile, al rey le preocupaban «las costumbres que se habían de ordenar para este dicho monasterio». Hubo debates entre el rey, el prior, Villacastín y los principales frailes, «los cuales todos juntos hicieron lo que Dios Nuestro Señor les administró y en ninguna cosa se resolvieron sin que Su Magestad lo aprobase».[261] En lo que tocaba a San Lorenzo, el rey no desatendía nada. ¿Cómo debían ser las sillas del coro? Felipe pagó para que llevaran un «modelo de las sillas» hasta Badajoz, donde entonces residía, para poder examinar y aprobar personalmente el diseño (1580). ¿Dónde debían situarse las necesarias, es decir, los retretes? «No sé si de

estos agujeros saldría mal olor de las necesarias: para determinarlo mejor holgara de ver la planta del agua». Ni tampoco Felipe se ocupaba solo de los aposentos reales: «Hagan estas necesarias de manera que no den olor a la pieza de los mozos de la cocina».[262] Cabe preguntarse cuántos otros monarcas de la época encontraban tiempo para preocuparse de si el olor de los excrementos llegaría hasta la cocina.

Felipe el jardinero

El rey dedicaba casi tanto tiempo a la creación de sus jardines como a la construcción de sus palacios, y, de hecho, uno de los frailes jerónimos de El Escorial sospechaba que Felipe trataba de garantizar que, en San Lorenzo, los edificios y jardines progresaran al mismo ritmo. Un rescripto regio ológrafo para su secretario de la Junta de Obras y Bosques —uno de los cientos que han llegado hasta nuestros días— revela no solo un apasionado interés por las aves y los jardines, sino la misma curiosidad y entusiasmo por «qualquiera manera que sea en el campo» que había mostrado desde niño *(véase capítulo 1)*:

> Informaos cómo están los faisanes que tiene [la Casa de Campo] y si será menester algo para ellos, y si será mejor soltarlos todos o parte, o tenerlos allí, y avisadme dello. Y si ha apedreado algo en la huerta de las posturas y simientes, y cómo va esto. Y a Aranjuez escribid que avisen de lo mismo, y de las hayas, y si se oyen los francolines.[263]

También en este punto Felipe quiso imitar lo que había visto en sus viajes fuera de España. Enviaba jardineros y arquitectos al norte de Europa para que encontraran inspiración y, cuando su jardinero jefe murió, el rey se apresuró a «poner en cobro» las «traças y pinturas de la huerta y fuentes, y de otros jardines de Francia y Inglaterra y Flandes y otras partes y otras cosas que yo le mandé hazer».[264]

No todo venía del extranjero. En 1561, Felipe informó a Pedro de Hoyo de que «yo querría hazer venir de Valencia luego para plantar aquí ogaño algunas murtas y arrayanes y

también unos árboles que allí diz que ay muy lindos que llaman algarrobos». El secretario no solo debía gestionar su entrega, sino contratar también un jardinero experto para plantarlos, y «venid informado de adonde se podrían traer naranjos para el Prado». El rey compraba en grandes cantidades; así que, cuando murió en 1598, los jardines de Aranjuez contaban con casi 223.000 árboles, todos ellos plantados bajo la supervisión de Felipe. Según Catherine Wilkinson Zerner, «Aranjuez fue el más grande paisaje planificado antes de Versalles; y su diseño era único».[265]

Felipe era también un gran aficionado a la pesca, tanto en ríos como en estanques, y normalmente tomaba sus medidas para asegurarse una buena captura. Por un lado, eliminó toda competencia con una legislación draconiana: cualquiera que fuese descubierto pescando en los estanques reales recibiría cien azotes la primera vez, y, en una segunda, sería condenado a pena de galeras. Por otro, se «facilitaba» las capturas. Un día de 1566 dio orden de que «por si yo pudiese ir mañana al Pardo, […] que deshagüe el estanque pequeño desde esta noche, para que a la mañana esté ya baxo y le podamos pescar». Pocos años más tarde, adoptó la misma técnica en las cercanías de El Escorial: estaba con plan de «pescar el estanque grande de la Frexneda» y, con tal fin, uno de sus ingenieros «vació el dicho estanque, estando presente Su Magestad y los caballeros que suelen estar con Su Magestad, y se sacó cantidad de pescado».[266] Contra tan poco escrupuloso y determinado pescador, los peces del rey tenían pocas oportunidades.

En un plano más exótico, cabe señalar que Felipe mandó construir también dos parques zoológicos. Uno, en la Casa de Campo, albergaba elefantes, rinocerontes y leones, si bien la seguridad no demostró ser perfecta, ya que en 1563 una leona se escapó y casi mató a un cortesano, mientras la familia real observaba impotente la escena desde su carruaje. El otro, en

Aranjuez, más pequeño, se inauguró con cuatro camellos, traídos al real sitio desde África. (Cuando se comprobó la utilidad de estos animales en los trabajos de construcción como bestias de carga, se inició su cría, y para el fin del siglo había unos cuarenta de ellos.) En 1584 el rey añadió avestruces de África y, «por no herrar en la helezión de la traza para la casa de los abestruzes», ordenó dos «trazas» entre las que elegir: «la una en que no pueden caber más que abestruzes, que costará 500 ducados, y la otra en que podrá haver otros géneros de aves, 3.000 ducados». Felipe determinó que «la de los avestruzes que costará 500 ducados se haga», pero la economía de la decisión resultó fallida, porque un día un «abestruz bravo» escapó de su «casa» y atacó a un jardinero, causándole heridas tan graves que este tuvo que permanecer varias semanas sin trabajar.[267]

Mecenas de las ciencias y las artes

Felipe era también un ávido coleccionista de tesoros artísticos. Llegado el momento de su muerte, poseía más de 5.000 monedas y medallas; 137 astrolabios y relojes; 113 estatuas de personas famosas esculpidas en bronce y mármol; así como incontables joyas, piedras preciosas y adornos de plata y oro; todo ello sugiere, al igual que su colección de 7.422 reliquias *(véase capítulo 5)*, una cierta obsesión. Pero Felipe también hacía gala de una genuina y casi inagotable curiosidad. Así, en 1583 realizó una visita especial a Segovia «por ver aquel excelente ingenio de hacer moneda, invención del archiduque de Austria». Cuatro años después, cuando Jehan Lhermite llegó desde Flandes a la corte con un par de patines, el rey pidió que hiciera una exhibición en el estanque helado de la Casa de Campo, mientras observaba con sus hijos desde su carruaje. Luego, hizo que el recién llegado se acercase «a su coche de caballos, pues quería ver de cerca uno de mis patines, que yo le enseñé». Como las heladas continuaron durante tres semanas

más, el rey acudió varias veces a ver a Lhermite ejecutar «en plena carrera tres o cuatro audaces piruetas».[268]

El rey contrató a otro flamenco, Francisco Holbeek, «que tiene encargo de la destilación de aguas de flores» en el real sitio de Aranjuez, para que creara un jardín botánico (o «jardín de simples», por usar el término de la época) en el cual producir «quintaesencias» capaces de curar dolencias humanas, según las enseñanzas atribuidas al filósofo mallorquín Raimundo Lulio (Felipe coleccionaba sistemáticamente las obras de Lulio para la biblioteca de El Escorial). El proyecto alcanzó pleno desarrollo en 1569, cuando un catedrático de medicina en Sevilla alabó la diligencia del rey al enviar «un herbolario diligentísimo, que anda por esta Andalucía con un catálogo de yerbas, buscando los puestos de ella para llevarles a Aranjuez, en donde Su Majestad […] hace grandes jardines para todo género de plantas […] útiles para el uso medicinal».[269] El año siguiente, Felipe amplió su investigación al ordenar a Francisco Hernández, su protomédico general de las Indias, que viajase a América para recolectar plantas con usos medicinales. Durante los siete años siguientes, Hernández registró unas tres mil especies vegetales, de las cuales más de ochocientas fueron cuidadosamente prensadas y devueltas al rey para que se encuadernaran, acompañadas de sus correspondientes dibujos y comentarios.

Felipe tenía otro motivo para crear estos jardines de simples y reunir flora americana. En 1585 se inició la construcción de un complejo de «siete u ocho piezas» con chimeneas y hornos especiales para servir de laboratorio en El Escorial, «donde se ven extrañas maneras de destilatorios, nuevos modos de alambiques, unos de metal, otros de vidrio, con que se hacen mil pruebas de la naturaleza y que con la fuerza del arte del fuego y otros medios e instrumentos descubren sus entrañas y secretos». En 1588, se recibieron cuatrocientos alambiques de

vidrio (junto con otros cien para sustituir los que se rompieran), muchos de ellos adaptados a una «torre filosofal» de bronce, de casi siete metros de altura, capaz de producir hasta noventa kilogramos de «quintaesencias» al día [véase lámina 24] .[270]

Felipe sentía curiosidad por muchos otros aspectos del mundo natural. Cuando en 1562 la construcción del palacio de El Pardo se vio retrasada por la falta de agua, aceptó los servicios de un zahorí: un morisco, «niño de hasta ocho años», que afirmaba «que no vee cosa debaxo de tierra sino agua, ora esté hondo o somero, pero que no la vee sino en día de sol claro». Felipe ordenó al muchacho que se pusiera manos a la obra «el primer día que hiziere sol claro», y por supuesto decidió observarle mientras trabajaba: «Será bueno que hiziésedes que llevasen allá al mochacho zaorí, que parece que hará buen día». Cuando la «prueva del agua del mochacho» dio con el agua a unos siete metros bajo la superficie, Felipe envió al zahorí a trabajar a El Escorial.[271]

El rey promovió también otras formas de difusión científica que, aún hoy, gozan de una enorme reputación. Las imprentas de diferentes ciudades españolas publicaron setenta y cuatro ediciones y cincuenta y siete reediciones de obras de ciencia entre 1561 y 1610. Algunas de ellas, como la *Historia natural y moral de las Indias* de José de Acosta, publicada por primera vez en latín en Salamanca en 1589, alcanzaron gran éxito comercial tanto en España como en el extranjero, pero la mayoría de esas publicaciones dependieron del patrocinio directo de Felipe. Resulta difícil imaginar cómo un impresor hubiera podido costear la publicación de la bellamente ilustrada traducción —a cargo de Pedro Ambrosio Ondériz— de los libros XI y XII de los *Elementos* de Euclides en 1585 sin una subvención real de setecientos ducados. Igualmente, el donativo real de trescientos ducados resultó determinante para permitir a don Diego de

Zúñiga publicar en 1584 sus *Comentarios al libro de Job* en latín, el único refrendo explícito de la teoría heliocéntrica de Copérnico que se produjo en la España moderna.[272]

Felipe también patrocinó a muchos escritores no científicos, especialmente a aquellos que ensalzaban a la familia real —Juan Rufo recibió una subvención de quinientos ducados para costear la publicación de su poema épico *Austriada*, una alabanza de don Juan— o le dedicaban sus obras. Pero los pagos más grandes se reservaron para dos encargos religiosos. En primer lugar, Felipe proporcionó más de 10.000 ducados a la imprenta de Cristóbal Plantino, en Amberes, como subvención a la impresión de la *Biblia Regia* de ocho volúmenes [véase lámina 15] y [véase lámina 16]. Más tarde, intervino en la preparación de *In Ezechielem explanationes et apparatus urbis ac Templi Hierosolymitani*, una obra de tres grandes volúmenes en folio compuesta por dos jesuitas, Juan Bautista Villalpando y Jerónimo Prado, repleta de lujosos grabados en los que se muestra el aspecto que debió de tener el Templo de Jerusalén. En 1590 tuvieron una audiencia con el rey, quien, después de insistir en unos cambios de diseño, les proporcionó más de ocho mil ducados para los grabados y la impresión de dos mil ejemplares (aunque solamente como un anticipo sobre las futuras ventas: el rey ordenó que «se buelva a mi patrimonio lo que se hubiere supplido dél para este effecto»).[273]

Felipe concibió algunos proyectos para conocer en profundidad los territorios sobre los que gobernaba. Primero, poco antes de regresar a España en 1559, el rey encargó al cartógrafo flamenco Jacob van Deventer «visitar, medir y dibujar todas las ciudades de estas provincias, con sus ríos y aldeas colindantes, así como sus cruces y pasos fronterizos. Todo este trabajo debe plasmarse en un libro en el que figure una vista de cada provincia, seguido de una representación de cada ciudad».[274] Cuando Van Deventer murió en 1575, había

completado más de 250 planos a vista de pájaro. Su trabajo constituye un logro cartográfico único: ninguna otra región en el siglo XVI puede presumir de una colección de planos de ciudades con una exactitud, uniformidad y precisión semejantes. Mientras Van Deventer trabajaba en su encargo, Felipe II pidió a Anton van den Wyngaerde (Antonio de las Viñas), otro cartógrafo flamenco, que viniera a España para llevar a cabo un trabajo similar. Aunque la técnica de Wyngaerde era algo diferente, ya que este trabajaba desde una ligera elevación y en formato panorámico en lugar de hacerlo desde la perspectiva de vista de pájaro, su resultado fue igual de impresionante. Existen cincuenta y seis vistas de ciudades españolas acabadas por Wyngaerde, así como bocetos preparatorios de varias más.

En 1566, Felipe encargó a Pedro de Esquivel, catedrático de matemáticas en Alcalá de Henares y capellán real, que llevara a cabo las investigaciones necesarias para otro proyecto: un mapa de la península ibérica de una escala sin precedentes hasta entonces. Después de la muerte de Esquivel, un equipo de expertos liderado por Juan López de Velasco, el cosmógrafo real, continuó el proyecto y, aunque nunca se terminó ni se publicó, en la biblioteca de San Lorenzo de El Escorial se depositó un atlas que contenía el mapa general de la península junto con veinte detallados mapas regionales a una escala de 1:430.000 (casi la misma que la de los mapas aeronáuticos de hoy en día). Constituyen un logro único: el *Atlas de El Escorial* contiene los mapas más grandes de Europa de su época, basados en un detallado estudio de campo.

Felipe también patrocinó una serie de cuestionarios, más tarde conocidos como las *Relaciones topográficas*, que se enviaron en la década de 1570 a todas las poblaciones de la Corona de Castilla requiriendo información sobre su geografía, historia, economía, población y «antigüedades», como prólogo

a la redacción de una «descripción y historia de los pueblos de España, que manda se haga para honra y ennoblecimiento destos reynos». En una carta adjunta, el rey explicaba la necesidad de que cada comunidad rellenara el cuestionario porque, sin esa información, «si se huuiesen de embiar perssona a traer las rrelaciones que para ello son menester, no podría hauer la breuedad con que holgaríamos que esto se hiziese».[275] Felipe organizó una doble operación del mismo tipo para Nueva España y Perú en la misma década. López de Velasco envió varios cuestionarios con toda clase de preguntas: quién había descubierto y colonizado cada lugar, cómo era su clima, paisaje y población (y cómo había cambiado con el tiempo y por qué), qué poblaciones nativas vivían allí, cómo vivían y qué comían, qué edificios, civiles y eclesiásticos, existían. Velasco también pedía mapas, aunque en este aspecto calculó mal, ya que muchas comunidades coloniales carecían de un cartógrafo español y, por tanto, enviaron un mapa realizado por un artista indígena que usaba las convenciones tradicionales en aquel lugar, desconocidas en España.

Felipe reunió todos los mapas y vistas de sus amplios dominios en El Escorial con el propósito de que, aparte de todas sus demás funciones, el complejo se convirtiera en un centro de investigación. La carta fundacional de 1567 preveía un colegio para veinticuatro alumnos de teología y humanidades, y un seminario para treinta ordenandos. «En lo de los libros, yo tengo ya mandado juntar aquí alguna buena cantidad dellos» en una nueva biblioteca, explicaba, porque «es una de las principales memorias que aquí se pueden dexar, assí para el provechamiento particular de los religiosos que en esta casa huvieren de morar, como para el benefiçio público de todos los hombres de letras que quisieren venir a leer en ellos».[276] En el momento de su muerte, la biblioteca del monasterio estaba formada por catorce mil volúmenes.

Felipe también creó un centro del saber en la capital de su monarquía. El día de Navidad de 1582, «deseando el aprovechamiento de nuestros vasallos y que en nuestros reynos aya ombres expertos y que entiendan bien las Mathemáticas y el arte de Architectura y las otras çiencias y facultades a ellas annexas», Felipe firmó varias cédulas para crear una Academia de Matemáticas en Madrid y nombrar a tres catedráticos. Uno de ellos, João Bautista Lavanha, un cartógrafo y académico portugués, recibiría cuatrocientos ducados al año «para que se ocupe y entienda en nuestra corte y donde se le ordenare en cosas de cosmografía, geografía y topografía y en leer matemáticas». Los tres expertos adquirieron el estatus de «nuestro criado», lo que significaba que se convertían en miembros de la Casa Real, bajo el mando directo de Juan de Herrera, quien firmaba un certificado cada cuatro meses confirmando que habían realizado su trabajo satisfactoriamente, para que pudieran así cobrar su generoso sueldo, considerablemente más alto que el de cualquier profesor de universidad en la época.[277] El rey tenía una meta deliberada. En 1584, Herrera publicó su *Institución* para la nueva Academia de Matemáticas, en la que enfatizaba dos puntos: su selecta clientela y su filosofía elitista. Cada mañana, los profesores daban conferencias públicas en castellano en el patio del Alcázar, principalmente

> para que los hijos de los nobles, que en la corte y palacio de Su Magestad se crían y se instruyen en el lenguaje y trato cortesano, tengan, entretanto que salgan a la guerra y cargos de gobierno, ocupación loable y virtuosa en que gastar el tiempo honradamente, sin que por falta de conversación larga y de gusto, ayan de dar en entretenimientos derramados y otras faltas que siguen a la moçedad desocupada.

En resumen, el objetivo de la academia era formar nuevos funcionarios al servicio del rey.[278]

Un día cualquiera

La infinidad de intereses de Felipe, junto con su asombrosa

dedicación tanto al trabajo como a la oración, llevaría a cualquier lector a preguntarse cómo se las arreglaba el rey para hacer tantas cosas. Como cualquier otro ser humano, Felipe solamente podía contar con veinticuatro horas cada día y siete días cada semana, y, dondequiera que residiese (ya fuera en Madrid, en Lisboa o en una de sus casas de campo), sus días seguían en gran medida la misma rutina. Normalmente, dormía a solas y se levantaba alrededor de las ocho de la mañana, y no antes: «Haréis que hasta las ocho no ay golpes ni ruydo grande», le comunicaba un día a sus ministros. Una vez sus barberos le habían afeitado y sus gentilhombres de cámara, aseado y vestido, empezaba sus labores diarias firmando las cédulas que sus secretarios habían preparado el día antes, como recordó en cierta ocasión: «Estoy firmando agora lo que ha venido porque esto es siempre lo primero». El número de firmas requerido resultaba ingente: un día de 1576, Felipe explicó a un secretario que «hoy no os he podido llamar por echar de mý papeles, que lo menos ha sido firmar casi 400 firmas».[279] Luego, el rey acudía a «oír misa, comenzando a negociar con Dios». Según fray Pablo de Mendoza, en su análisis del horario típico del rey, «en esto se puede gastar hora y media».[280] A continuación, Felipe concedía audiencias (cuando se encontraba en Madrid) o bien firmaba más cartas y cédulas hasta las once de la mañana, hora en que tomaba la primera de sus dos comidas diarias, generalmente solo. Después se echaba una siesta mientras sus ministros trabajaban, y las tareas principales de gobierno comenzaban a continuación, cuando sus ayudas de cámara llevaban hasta su mesa las consultas de sus consejos, así como los memoriales y cartas dirigidas «al rey en su mano», para que Felipe pudiera leer y escribir sus decretos, cortos o largos. Sabemos que el rey era diestro porque cada vez que «la gota» (artritis) afectaba a su mano o muñeca derecha no podía ni firmar ni escribir nada.

También sabemos que sus «ruines ojos» a veces le estorbaban, especialmente por la luz de las velas. Se quejaba de ello con frecuencia: «Es ya tan tarde y yo tengo los ojos ya a esta hora que no veo con ellos»; «no tengo tiempo ni aun ojos, que me van faltando mucho a las noches»; o estaba escribiendo «con los ojos medio cerrados».[281]

Alrededor de 1580, el uso de la estampilla soslayó el problema de su muñeca, y su visión recibió una ayuda inesperada de Inglaterra, que se ufanaba de su próspera industria de fabricación de lentes. El secretario Gabriel de Zayas suplicó a un comerciante español que vivía en Londres que le enviara unos «antojos» porque, «aunque yo (a Dios gracias) no los he menester, querría cumplir con el duque de Alva y otros amigos que tienen neçessidad dellos». Al poco tiempo, el propio Felipe empezó a usar lentes para trabajar, aunque se negaba a hacerlo en público. «No me sirve tanto la vista como solía para leer en el carro», confesó en 1586, pero «sacar allí antojos es mucha desvergüença».[282]

La adquisición de mejores relojes constituyó otra importante ayuda a su eficacia. Lhermite escribió una descripción detallada de los dos relojes de que «se servía Su Majestad habitualmente en su cámara». Uno de ellos venía equipado con un repique de campanillas, y ambos tenían unas lámparas de aceite que les permitían servir «como luminarias de noche en lugar de las velas», de modo que «Su Magestad no se servía de otra luz que la que daban estas lámparas cuando le necesitaba leer sus papeles». En opinión de Lhermite (quien al ser ayuda de cámara de Felipe hablaba con conocimiento de causa), los relojes «en la cámara del rey presentaban una apariencia muy curiosa y señorial»:

> Puedo decir que no hubo otro mueble ni objeto que apreciara más el rey ni de los que gustara más y sacara más provecho que de estas dos máquinas, y de día y de noche los ponía delante de sus ojos. Y podemos decir para resumir que

gobernaban totalmente a este buen monarca, pues regulaban y escandían su vida, dividiéndola en minutos que, contados y ordenados, medían sus acciones y ocupaciones diarias, lo que causaba no poca admiración a todos nosotros [véase lámina 25] [283]

Si hacía buen tiempo, el rey se liberaba en algunas ocasiones de la tiranía de los relojes, aunque rara vez de la de sus papeles. «Hasta agora no he podido desembolverme destos diablos de papeles, y aún me quedan algunos para la noche y aun llebo otros para leer en el campo adonde daremos una buelta agora», le decía a su secretario un día de la primavera de 1577.[284] Pero a veces escapaba de ellos completamente. En los primeros años de su reinado, en los Países Bajos, cazaba aves en el parque de Bruselas («ha venido un sofí a los picaços del parque, que es la calderuela de noche, y ante noche matamos XIIII») y otros animales en el palacio de Binche («que es buena tierra para ello y también para el provecho que vos sabéys que me hace a la salud el ejercicio y el campo»).[285] Después de su regreso a España, Felipe siguió participando en torneos y justas durante un tiempo, y aun a los cincuenta años de edad, todavía se entregaba a ejercicios más vigorosos, como viajar y cazar a caballo. Sus ministros de vez en cuando expresaban cierta envidia por las ausencias de su amo. Por ejemplo, en 1576, en el Bosque de Segovia, Mateo Vázquez le envió un implícito reproche en su billete sobre los asuntos que habían surgido «después que Vuestra Magestad salió a la pesca»; pero Felipe persistía en respirar el aire fresco. Poco después, anunció a Vázquez que «por tener concertado con la reyna de ir fuera, no os llamo».[286]

El rey disfrutaba también asistiendo a espectáculos, especialmente con su familia. En 1584, con motivo del Corpus Christi, en El Escorial «se representó una comedia, en el paño del claustro segundo, de la conversión de santa Pelagia. Estuvo Su Magestad y el príncipe y las infantas y caballeros; que duró

tres horas». Una década después, en Madrid y justo antes de Cuaresma, presenciaron cómo dos acróbatas italianos bailaban y actuaban al ritmo de la música sobre un cable, tendido frente al Alcázar, «haciendo reir al publico». El rey también disfrutaba en los espectáculos taurinos, como cuando asistió a las corridas que durante cinco días se celebraron en Lisboa para festejar el fracaso de un ataque francés a las Azores y describió los mejores lances en una carta a sus hijas.[287] En 1586, se dispuso para asistir a un auto de fe en Toledo, explicándole a su secretario que «es cosa de ver, para los que no lo han visto»; aunque finalmente no pudo acudir en esa ocasión, cinco años más tarde se sintió feliz de visitar la ciudad y llevar a sus hijos a presenciar el espectáculo. Su única queja fue, tal y como escribió a su hija Catalina, que era algo que «vos no habéis visto».[288]

En la intimidad, la principal fuente de distracción de Felipe desde que era muchacho fueron, al parecer, los bobos, los bufones y los enanos. Aparte de Perejón *(véase capítulo 1)*, la más conocida era Magdalena Ruiz, que entró al servicio real en 1568 y murió en El Escorial en 1605. Magdalena tenía ataques epilépticos, se emborrachaba y se atiborraba de comida (especialmente de fresas) hasta que se ponía enferma. Cada vez que aparecía en público, la gente coreaba: «Dala la cuerda», con la intención de provocarla o asustarla. Felipe la llevó con él a Portugal en 1580, desde donde llenaba las cartas que escribía a sus hijas con anécdotas, relatándoles sus ocurrencias y defectos. Magdalena «estuvo muy enojada conmigo porque le reñí algunas cosas que había hecho en Belem», les contaba en 1581; y, pocos meses más tarde, «Magdalena está enojada conmigo después que os escribió», porque no la apoyó en una discusión que esta tuvo con otro cortesano: «Se ha ido muy enojada conmigo, diciendo que se quiere ir y que le ha de matar, mas creo que mañana se le habrá ya olvidado». En otra carta, Felipe informaba a sus hijas de que Magdalena «está muy malparada y

flaca y vieja y sorda y medio caduca y creo que todo es del beber». Pero si el rey era a veces descortés con Magdalena, esta no se quedaba atrás: después de realizar un viaje desde El Escorial a La Fresneda en 1584, Felipe informaba de que «fui a caballo y volví en carro, y no ando a caballo "por quererme tornar niño", como dice Magdalena».[289] La frecuencia con la que Magdalena aparece en las cartas del rey sugiere que la veía todos los días.

Una vez sentado de nuevo a su mesa, Felipe habitualmente trabajaba hasta las nueve de la noche, cuando cenaba (siempre a solas), aunque solía dar un pequeño paseo antes. Un día en 1578, explicaba (por escrito, naturalmente) a Vázquez como «buen descuydo he hecho oy» porque sus ayudas habían traído dos pliegos y «púselos donde estaban otros papeles sobre un escritorio para verlos después; y como cargaron las audiencias, y los demás que os di oy, y otros muchos que havía firmado antes, holvidóseme dellos… hasta que agora, que son ya las IX». Pero luego el rey tuvo un golpe de suerte: «[Habiendo] pedido la cena, paseándome un poco antes, y pasando cerca del escritorio, los acerté a ver y los he leýdo». Cuando estaba metido en asuntos urgentes, el rey podía retrasar su cena. «Son las diez y no he cenado ni alçado la caveça en todo el día», escribió a Vázquez una noche de 1588 mientras trabajaba afanosamente en el negocio de la Gran Armada, «como veréis en el tamaño del pliego que lleva la cubierta para Çayas. Y assí me volveréis» todas las otras consultas pendientes «mañana», porque «agora no ay ojos ni cabeça».[290]

La cena, cuando llegaba, era abundante, aunque monótona. Todas las noches, como para la comida, Felipe podía elegir entre pollo frito o asado, perdiz, paloma, una porción de carne de caza, una tajada de venado y un buen pedazo de carne de ternera. Había sopas y pan blanco en cada comida, fruta a la hora del almuerzo y ensaladas por la tarde; pero, según los

libros de contabilidad de su casa, el rey rara vez comía verduras o fruta. Hasta 1585, comió pescado todos los viernes, pero, aquel año, obtuvo el permiso expreso del papa para comer carne aun ese día y durante la Cuaresma: «No querer probar a mudarnos el régimen», informó a Gregorio XIII, y a partir de entonces solo abandonaba la carne el Viernes Santo.[291]

Después de la cena, el rey continuaba trabajando en sus papeles hasta las once, pero rara vez hasta más tarde. Un día de 1572, en El Escorial, Antonio Gracián recibió una carta enviada desde Madrid «y con gran presteza se me ordenaba le diese a Su Majestad antes de acostarse; enviele luego a palacio que eran ya cerca de las once y ya Su Majestad era acostado y no se le pudo dar». En 1586 Felipe amonestó al incansable Vázquez por enviarle documentos a la hora de irse a la cama: «Estávame yo acostando anoche quando vino esto, y ya sabéis que después de cenar no quieren los físicos que [yo] vea papel ninguno». Cuando repasaba mentalmente lo que había hecho en un día cualquiera, tenía la impresión de no haberse dedicado a otra cosa que al papeleo. Una noche, en El Escorial, se quejó a sus hijas (en Madrid) de que «todo ha sido leer y escribir con ser día de correo y otras muchas cosas que he tenido hoy que hacer, pero todo de esto; y así escribo esta a más de las diez y harto cansado y no habiendo hecho colación».[292]

Solo la combinación de todas estas virtudes —sus extenuantes y continuas jornadas de trabajo, su inteligencia y sistema de información, su régimen de ejercicio y su templanza — puede explicar cómo Felipe pudo tomar tantas decisiones sobre tantos asuntos distintos durante los cincuenta y cinco años en que gobernó. Pero esta proeza disfrazaba un grave defecto: a pesar de su ejemplar ética del trabajo, Felipe mostraba a veces una sorprendente indisciplina. Parece que no podía resistir la tentación de escribir comentarios en todos los papeles relacionados con San Lorenzo de El Escorial y con su

patronato eclesiástico, mientras que muchos documentos sobre temas de seguridad nacional le esperaban, precisamente como don Diego de Córdoba, don Juan de Silva y otros se quejaban *(véase capítulo 4)*.

El rey no ignoraba este problema. En marzo de 1566, con la guerra en el Mediterráneo, una rebelión recién evitada en México y una crisis en los Países Bajos, Pedro de Hoyo se disculpó por importunar a su señor con «menudencias» sobre Obras y Bosques: «Como veo a Vuestra Majestad con tantas ocupaciones, a veces temo de darle pesadumbre con cosas que no tienen mucho peligro en dilatar». El rey respondió: «Corto las ocupaciones: no faltan estos días, *pero algunas veçes viene a descansar el hombre dellas con esotras cosas*».[293] ¡Todos los que han ejercido el poder ejecutivo comprenderán esta afirmación! En tiempos de crisis, la resolución de algunos problemas menores puede proporcionar una satisfacción a corto plazo —o, como Felipe decía, «viene a descansar el hombre»— para, recuperadas la confianza y la serenidad, poder enfrentarse de nuevo a los problemas más importantes. Pero Córdoba, Silva y otros no se quejaban de que Felipe no se ocupara de «cosas que no tienen mucho peligro en dilatar» solo «algunas veçes», sino que lo hacían constantemente, sugiriendo que su «descanso» había llegado a ser evasión.

¿Sexo en palacio?

Algunas personas han sugerido que el «descanso» del rey incluía también relaciones sexuales ilícitas. En su biografía de 1997, *Felipe de España*, Henry Kamen afirmó que la inclinación de Felipe «por las mujeres era evidente (solo fue escrupulosamente fiel a una de sus esposas, Ana)», y afirmaba que, «después de su boda inglesa, cuando Felipe salió hacia los Países Bajos en 1555, tuvo aventuras al menos con dos damas»; y «a pesar de su matrimonio» con Isabel de Valois, «Felipe continuó dirigiendo

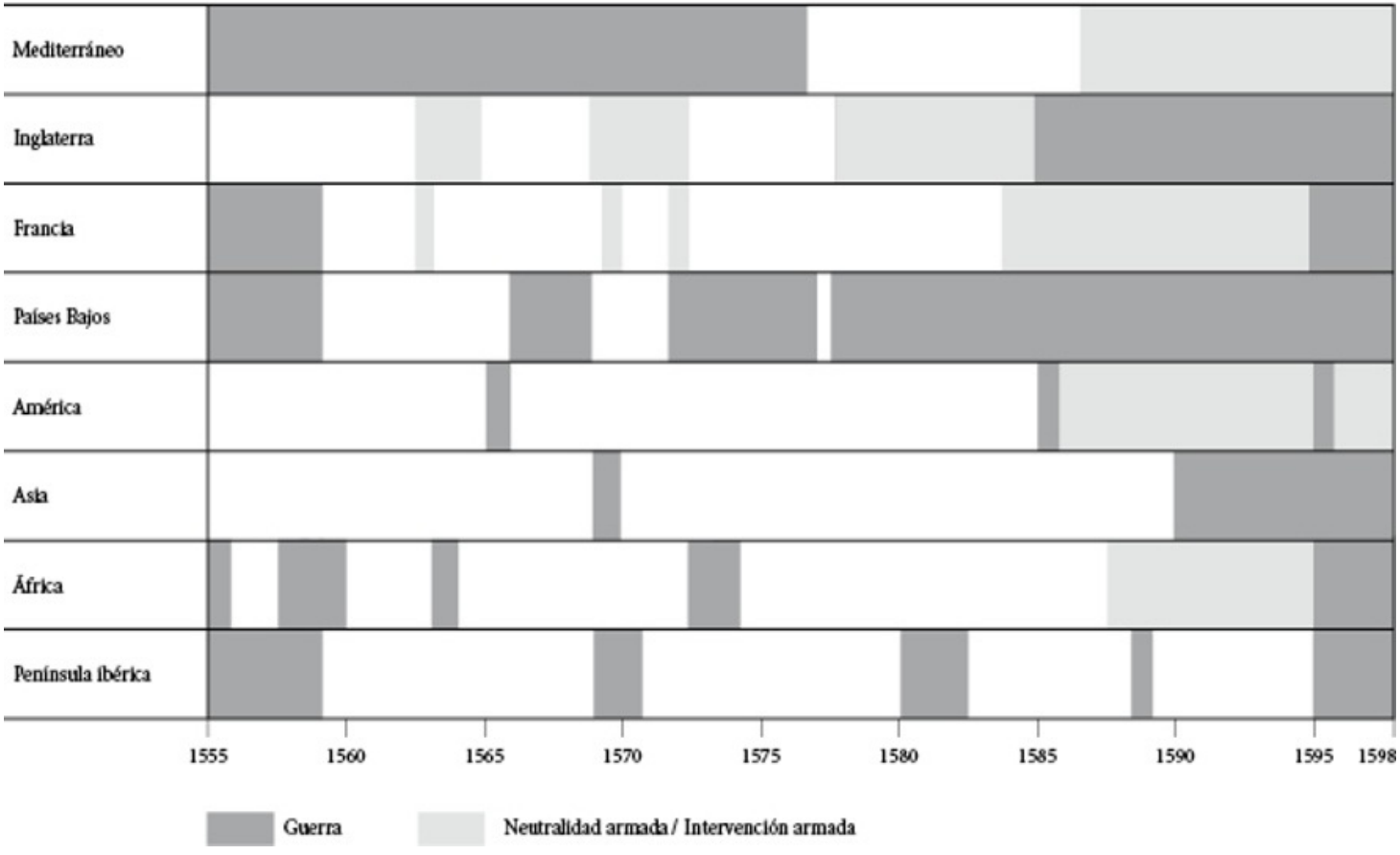
sus energías sexuales a otros objetivos». «Es posible que haya tenido otras amantes», añadió Kamen misteriosamente, «pero no está documentado».[294] Según parece, solo tenemos la «confesión» de una mujer que experimentó el interés sexual de Felipe. Según el confesor de doña Magdalena Dacre, una dama de la reina María Tudor en 1554 o 1555, «cuando vivía en la Corte como doncella, el rey Felipe, con quien la reina María se casó, abrió una ventana donde por casualidad ella se lavaba la cara y, de manera gustosa, introducía su brazo». Su confesor (y biógrafo) continuó: «Aunque otras quizás hubieran tomado esto como gran honor», doña Magdalena se ultrajó y, «considerando su propia pureza de mayor importancia que la Magestad del rey, tomó un bastón y golpeó fuertemente el brazo del rey». Solo una razón podría explicar por qué un monarca casado abría una ventana para «manosear» a una de las damas de su esposa mientras ella se bañaba.[295]

El resto de pruebas sobre la promiscuidad de Felipe proviene de terceros, y concernía únicamente a dos damas. En un caso, el de Isabel Osorio *(véase capítulo 1)*, parece plausible; en otro, el de doña Eufrasia de Guzmán, no. Es cierto que, en su *Relación del Estado de España* al Senado veneciano en 1565, el embajador Giovanni Soranzo pretendía que Felipe había sido padre de un niño, el príncipe de Asculi, con doña Eufrasia de Guzmán (al igual que doña Isabel Osorio, dama de Juana de Austria). Sin embargo, Soranzo fue, aparentemente, el único embajador que lo mencionó, y solo lo hizo después de regresar de Venecia, no en los despachos que escribió mientras se hallaba en España. Un comentario de Ruy Gómez, cuyo cargo de sumiller de corps le obligaba a dormir en la cámara del rey, proporciona la pista definitiva. En octubre de 1564, este facilitó al embajador francés «algunos detalles de las anteriores relaciones amorosas del rey, que en ese momento habían cesado y estaban fuera del palacio». Al informar de esta indiscreción al

rey Carlos IX, el embajador no hizo mención a doña Eufrasia ni a nadie más. Dado que la reina era hermana de Carlos, no hay duda de que si aquel hubiese sugerido cualquier información relacionada con un adulterio, la habría mencionado, y, con mayor razón, si el rey hubiera engendrado un hijo ilegítimo.[296]

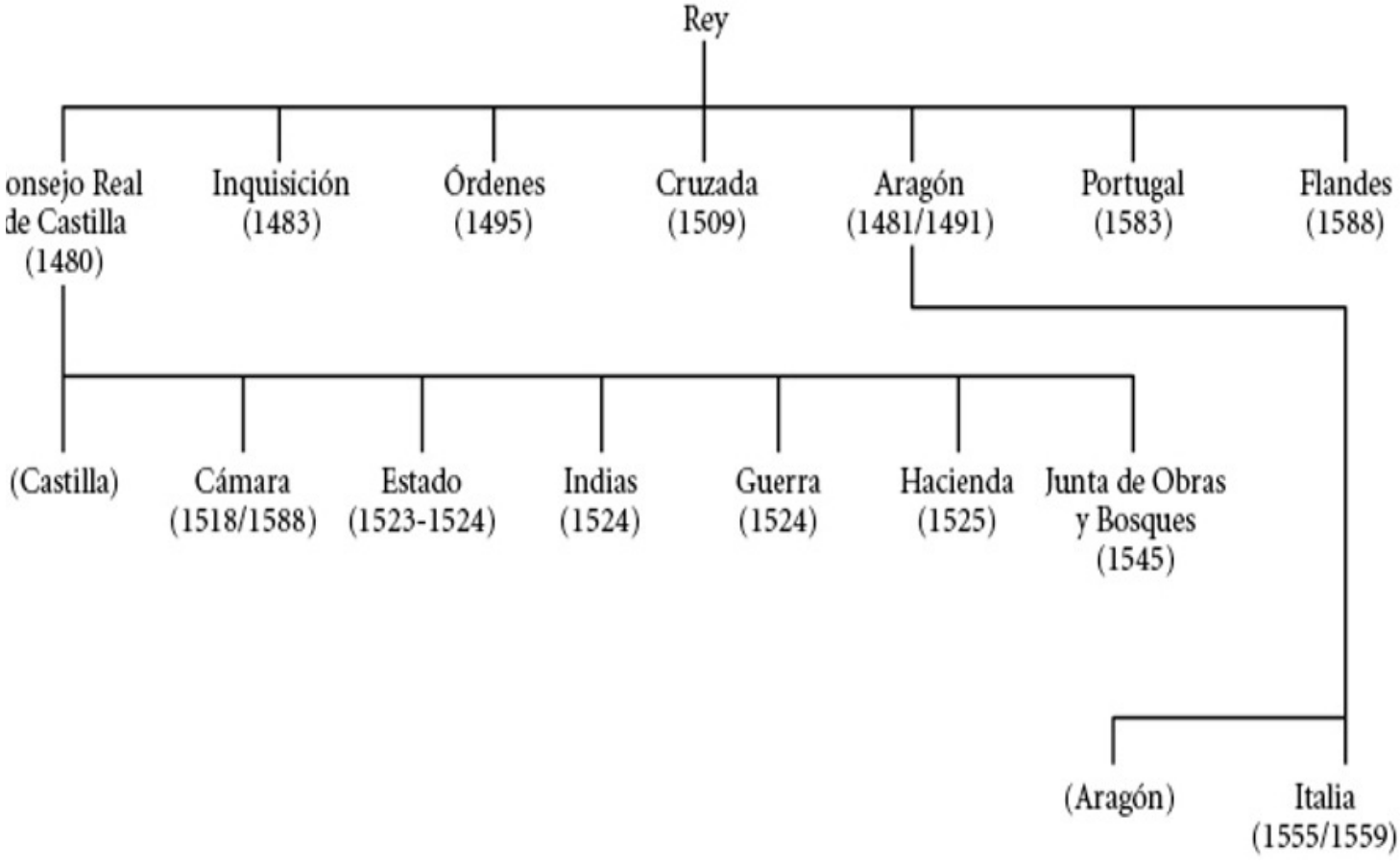
Fuera como fuese, las especulaciones continuaron. En 1578, el embajador don Juan de Zúñiga advertía a su amo de «una opinión que anduvo los otros días muy extendida por Roma: que Vuestra Magestad tenía un hijo bastardo y que difería la provisión de las encomiendas [de las órdenes militares] con fin de unir algunas de ellas y hacer una muy grande que darle», para lo cual el papa debía dar su consentimiento. No obstante, proseguía Zúñiga, «si le hay, será bien sacar con tiempo dispensación, para todas las cosas que Vuestra Magestad quisiere que pueda tener, aunque no sea legítimo». Lo que hace esta carta tan extraordinaria es que Zúñiga, compañero de Felipe desde «los años de la juventud» (como escribió en la misma carta), aparentemente no mostró sorpresa ninguna de que «Vuestra Magestad tuviera tal hijo».[297] Unos años después, también en Roma, un cardenal preguntó a su agente en Madrid si Felipe tenía una hija natural. Tras una cuidadosa investigación, el agente contestó: «Hasta ahora no he oído ni una sola palabra sobre una hija natural de Su Majestad»; y añadió: «Sí he escuchado que un par de príncipes afirman ser hijos suyos», aunque no lo creía «porque Su Majestad no ha dado ninguna señal de reconocerlos como tales».[298] De todos modos, algunos continuaron creyendo lo peor. Cuando William Cecil, barón Burghley y principal consejero de Isabel (y anteriormente ministro de Felipe y María), leyó la *Relación de la Felicíssima Armada*, en la que se enumeraba la gente particular reunida en Lisboa en mayo de 1588, al encontrarse con el nombre del «príncipe de Asculi» anotó: «El bastardo del rey de España». Asimismo, diez años

después, un manuscrito inglés redactado por el privado de Isabel, el conde de Essex, y titulado *Anatomie of Spayne* [*Anatomía de España*] dedicaba una página al «incestuoso adulterio» de Felipe con doña Eufrasia de Guzmán.[299] ¿Por qué hombres de Estado por otra parte sensatos como Guillermo de Orange y el barón Burghley estaban interesados en inventarle una vida sexual adúltera a Felipe II? La respuesta está en la agresiva política exterior del rey en el norte de Europa, que incitaba a sus enemigos a usar todas sus armas para contraatacarles.


Mediterráneo
Inglaterra
Francia
Países Bajos
América
Asia
África
Península ibérica
1555
1560
1565
1570
1575
1580
1585
1590
1595
1598
Guerra
Neutralidad armada / Intervención armada

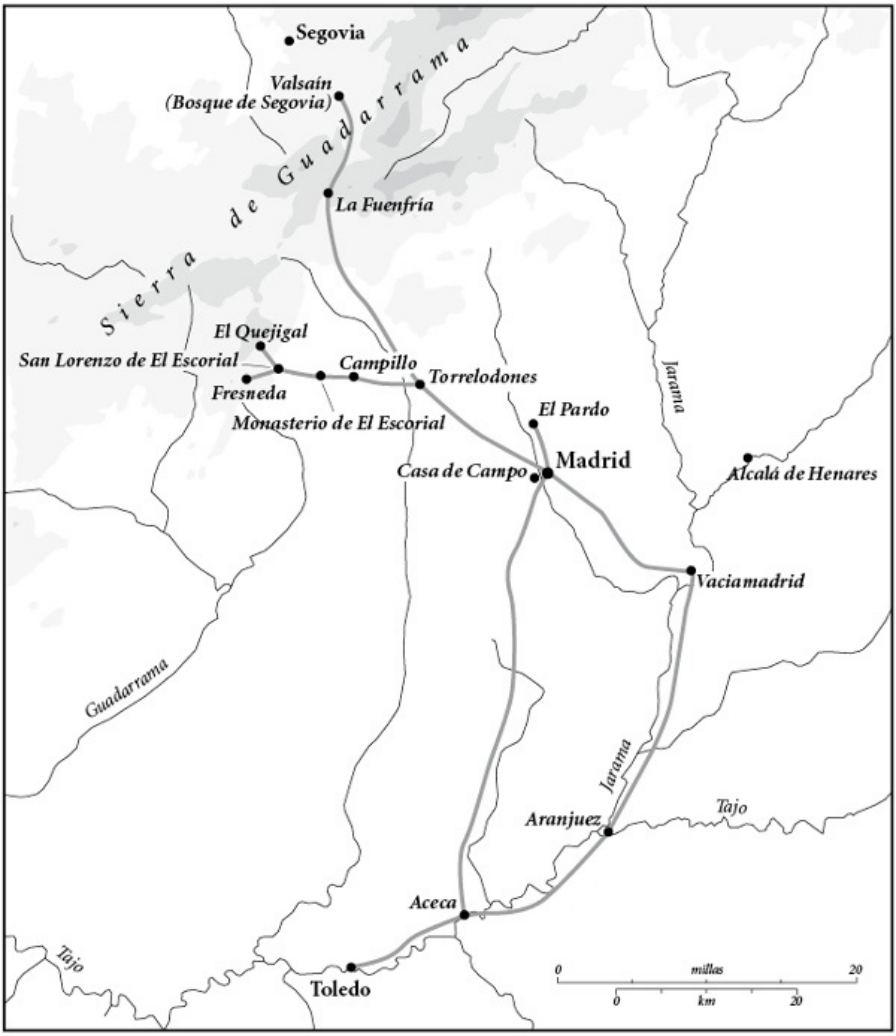
Las guerras de Felipe II. La monarquía de Felipe II disfrutó de la paz solo seis meses: entre febrero y septiembre de 1577, cuando cesaron las hostilidades tanto en los Países Bajos como en el Mediterráneo. Después, aunque el rey no volvió a guerrear contra los turcos, resurgieron los conflictos en los Países Bajos (que duraron hasta 1609) y comenzaron las hostilidades con Inglaterra (que se sucedieron entre 1585 y 1603). Tras el asesinato de Enrique III en 1589, Felipe se involucró cada vez más en las guerras de religión francesas hasta la Paz de Vervins en 1598. En el extranjero, las expediciones portuguesas en África y el sur de Asia dieron lugar a diversos conflictos: primero, contra sus enemigos locales y, más tarde, contra los holandeses, que después de 1594 comenzaron a enviar flotas armadas al océano Índico.

<<


Rey
onsejo Real de Castilla (1480)
Inquisición (1483)
Órdenes (1495)
Cruzada (1509)
Aragón (1481/1491)
Portugal (1583)
Flandes (1588)
(Castilla)
Cámara (1518/1588)
Estado (1523-1524)
Indias (1524)
Guerra (1524)
Hacienda (1525)
Junta de Obras y Bosques (1545)
(Aragón)
Italia (1555/1559)

Los consejos de Felipe II. A la muerte del rey en 1598, catorce consejos centrales o juntas permanentes (equivalentes a los actuales ministerios o departamentos gubernamentales) asesoraban a Felipe. Once de ellos los había heredado, de modo que él únicamente creó tres: el Consejo de Italia, en la década de 1550, y los de Portugal y Flandes, en la de 1580. (La repetición del nombre del consejo entre paréntesis indica que siguió activo aunque el rey traspasó algunas de sus funciones a un nuevo organismo. Las dos fechas de creación separadas por una barra inclinada indican que el rey modificó profundamente las responsabilidades de este organismo en el último año, por lo que podría decirse que este fue creado en dos ocasiones.)

<<



Las casas de campo de Felipe. Felipe hizo construir residencias de descanso hacia la mitad del trayecto entre Madrid y sus principales casas de campo: Aceca, en la ruta a Toledo; Vaciamadrid, camino de Aranjuez; Torrelodones y Fuenfría, hacia el Bosque de Segovia.

<<

TERCERA PARTE

La primera década del reinado

7. Toma de control, 1558-1561

Un pretendiente mal dispuesto, de nuevo

Dos días después de conocer la muerte de María Tudor en noviembre de 1558, Felipe ordenó eliminar «Inglaterra, Francia e Irlanda» de sus sellos y títulos. También renunció al de «defensor de la fe», conferido a los monarcas de Inglaterra por el papa. En el convento flamenco donde lloraba a su padre, la llegada de tantas malas noticias dejó a Felipe desanimado. Incluso las pequeñas desgracias, como la enfermedad del hermano del conde de Feria, su emisario en Inglaterra, hizo que Felipe se regodeara en la autocompasión: «Nos da gran esperanza su mejoría y espero que Dios le dará salud, si no le haze daño deseársela yo», escribió al conde. Pero nunca dejó de pensar en el futuro. Justo antes de que Feria saliera de Flandes para Londres, Felipe mandó que, si hallaba a María todavía viva, debería hacer otro esfuerzo clandestino para «proponer a Isabel», su cuñada, que se casara con Manuel Filiberto, duque de Saboya; pero si María hubiese muerto, Feria debería proponer a Isabel que se casara enseguida con Felipe, una sugerencia de asombrosa insensatez.[300]

Feria contestó poco después de la muerte de María, comunicando tres noticias inoportunas. Primero, Felipe se había vuelto muy impopular en Inglaterra:

> El pueblo se ha soltado mucho en que la reina que haya gloria envió grandes sumas de dineros a Vuestra Magestad; […] y que a causa de Vuestra Magestad está el reino con tan gran necesidad, y se perdió Calés [Calais]; y que por no venir Vuestra Magestad a ver a la reina, Nuestra Señora, murió de pena.

Segundo, ya que la intransigencia de María y su propia dilación habían privado a Felipe de la oportunidad de tomar parte en la sucesión de Isabel, «la nueva reina y los deste reino se tienen por sueltos de Vuestra Magestad». Tercero, Inglaterra parecía a punto del caos: «Con la mudanza del príncipe, y de

los oficiales, anda tanta baraúnda y confusión que no conocen los padres a los hijos».[301]

A pesar de estos contratiempos, Feria pidió permiso para comunicarle a Isabel la propuesta de matrimonio con Felipe, pero el rey expresó sus dudas: «Mal encamynado veo de cumplirse my deseo, según la dispusición me decís que tenía. No escribo a Isabel» hasta saber si estaba ella dispuesta a recibir tal propuesta. Pero la afabilidad de la nueva reina reanimó a Feria, para quien (en sus propias palabras) el destino del catolicismo en Inglaterra «consiste en el marido que esta mujer tomare, porque si tal cual conuiene, las cosas de la religión irán bien y el reyno quedará amigo a Vuestra Majestad; si no, todo será borrado». Más concretamente, continuaba Feria, «si determina [Isabel] casar fuera del reyno, ella porná ojos en Vuestra Magestad», añadiendo poco diplomáticamente:

> Quando Vuestra Magestad se casó con Su Magestad que aya gloria [María Tudor], lo sintieron françeses en extremo, y también sentirán ahora que Vuestra Magestad se case con esta [Isabel] por su edad y disposición, que estas dos cosas tiene muy mejores que la reyna que haya gloria.

El 14 de diciembre, ni siquiera un mes después de la muerte de María, Feria apuntó a Isabel la posibilidad de casarse con el rey, y la nueva reina inquirió educadamente en qué condiciones estaba pensando Felipe.[302]

En dos cartas ológrafas escritas el 27 de diciembre de 1558, Felipe explicó su dilema. La primera, a Feria, procrastinaba el asunto: en efecto, el rey le instruyó para que ganase tiempo porque no había decidido casarse (o no) con su excuñada:

> Quanto al punto principal de lo que dessea Issabel de mi voluntad cerca deste casamiento, lo que agora os puedo decir es que por ser negoçio de tan grande importancia y consideración, aunque se trató en vuestra presencia, como os deuéis de acordar, quiero mirar y pensar mucho en ello; y entretanto vos procederéis en esto con la reyna […] de manera que ni la deis esperança ni la desconfiéis, sino que se vaya assí entreteniendo el negoçio hasta que yo me determine.

La segunda carta ológrafa, dirigida a Isabel, resultaba

mucho menos ambigua y, de hecho, fue la única ocasión en que el rey expresó amor por una soltera de su edad. Le aseguró «la amistad y verdadera hermandad que con Vuestra Alteza tengo, y [e]l deseo que siempre he tenido de su contentamyento y descanso» y que «no he de tener menos cuydado de sus cosas, siendo de hermana a quien yo quiero tanto, que de las mías propias».[303]

Durante los tres primeros meses de 1559, Felipe firmó sendas cartas en latín dirigidas a la «*Serenissime Principi D. Elisabeth Reginae Angliae, Franciae et Hiberniae etc, Fidei Defensori etc, Sorori & consanguinee nostra charissima*». Resulta llamativo tanto el estilo, el mismo que había empleado con María, como la salutación a la «real persona y estado» de Isabel, porque probaron que Felipe no compartía las dudas sobre su legitimidad que había tenido María (y que tenían otros muchos católicos, incluso el papa). También resulta llamativo el uso de «*Fidei Defensori*», porque indica que Felipe estaba todavía dispuesto a considerar a su «muy cara y muy amada hermana» como católica.[304] Isabel y su «buen hermano» intercambiaron cartas y mensajes sobre tres asuntos: cómo conseguir de los franceses los términos más favorables en la conferencia de paz, que se reanudó en la villa fronteriza de Cateau-Cambrésis en enero de 1559; cómo impedir que el papa declarara a Isabel depuesta, porque no había expresado su sumisión a Roma o por ser hija bastarda; y cómo eludir la reclamación de María Estuardo —católica, reina de Escocia y casada con el heredero al trono francés— sobre ser la legítima sucesora de María Tudor. Sin embargo, ambas partes evitaron cuidadosamente cualquier discusión sobre el matrimonio.

La indecisión de su amo irritó a Feria: «Es menester que Vuestra Magestad tome el negocio con uñas», le amonestó, «y que desde luego comencemos a ver cómo el rey de Francia no entre aquí, ni se destruya la viña que Vuestra Magestad aquí

plantó».[305] Estos dardos dieron en el blanco. El 10 de enero de 1559, después de leer la carta de Feria con mucha atención, Felipe informó a su emisario de que, «habiendo mirado y pensado mucho en ello, aunque se me han ofrecido muchas y grandes dificultades» —que narraba detalladamente—, «me he resuelto determinadamente de hacer este servicio a Dios nuestro señor, y ofrecerle mi voluntad y deseo en casarme con la reina de Inglaterra, y procurarlo por todos los medios que pareciere a propósito, pudiéndose hacer con las condiciones y de la manera que aquí os diré». A continuación, Felipe revelaba tres condiciones no negociables. «La primera y más principal de las cuales es, que vos certifiquéis de la reina que tendrá la religión que yo tengo ahora, que es la que he de tener siempre, y que perseverará en ella, y manterná y conservará ese reino en ella». Segunda, «porque en la capitulación que se hizo con la reina [María Tudor] que está en gloria, se dispuso que estos Estados [de Flandes] se juntasen con ese reino para la herencia del hijo que del casamiento naciere, lo cual pudiera traer consigo grandes inconvenientes, y las podría traer mayores ahora, teniendo el príncipe mi hijo [Don Carlos] los años que tiene […] yo no tengo de venir en él en ninguna manera». Tercera, «por la grande y estrema necesidad que, como está dicho, hay de mi ida a España […] tengo determinado, aunque se concluya este mi casamiento, de estar ahí entendiendo en lo que fuere menester […] y no detenerme más, aunque la reina no se hubiere hecho preñada, pues tiene edad para esperar otra y otras vueltas mías en ese reino». Felipe advirtió la ultrajosa naturaleza de esta última condición, porque añadió por el beneficio de Feria**:** «Aunque esto es lo que me convenía, y conforme a lo que tengo determinado, que es de ir a España (como arriba digo) al fin del verano que viene, aunque sea en una zabra», sin embargo «no conviene que se diga a la reina sino a buena coyuntura, y parece que bastaría después de

concluido el matrimonio».[306]

Si este mensaje sonaba reticente, otra carta a Feria de aquel mismo día —esta vez ológrafa— era glacial:

> Yo os digo que yo no me determynara en lo que allí veréis [en la otra carta] por ninguna cosa del mundo, ni tenporal: para ver si esto estorba a esa señora los propósitos que lleva en la religión lo hago, y por servicio de Dios. Vos me lo haréis muy grande en que lo uno o lo otro se averigüe presto, porque no me cumple estar suspenso agora; y cúmpleme mucho ir a España en qualquier caso. […] Avisadme a menudo de lo que pasare, porque quedo como un hombre sentenciado, esperando lo que a de ser dél. Y creed que tan contento seré de lo uno como de lo otro, porque pues me he ofrecido a Dios, creo que él me hechará a lo que fuere más su servicio.

Dos semanas después de autorizar su propuesta condicional, Felipe seguía poco convencido. Insistió a Feria:

> Si no fuera por Dios, creed que yo no viniera en esto aunque pensara ser señor de cuatro mundos porque por ellos no querría perder el cielo […]. Y así nada me hará ni hiziera hazer esto sino ver claro que se gana este reyno para su servicio y religión que otra cosa yo no la pretendo de aquí sino esta.[307]

La falta de entusiasmo de Isabel igualaba a la de su maldispuesto pretendiente. Mientras la propuesta de Felipe estuviera sobre la mesa, él estaría obligado a defenderla a ella y a su reino contra los franceses y sus aliados escoceses. Aunque siempre se dirigía a Felipe como «*fratre consanguineo et amico nostro charissimo*» en su correspondencia oficial, se negaba a renovar la sumisión de Inglaterra a Roma o a asistir a misa, signos inequívocos de que no tenía intención de cumplir con la primera de las condiciones no negociables de Felipe: que ella y su reino siguieran siendo católicos. En marzo de 1559, la reina rechazó firmemente la proposición de Felipe. Aseguró a Feria en una audiencia «que no tenía [ella] voluntad de casarse»; «que bien veía que convenía este casamiento a su honor y a la conservación deste y desos estados [Flandes], pero que a entrambas cosas se podía satisfacer con conservar buena amistad con Vuestra Majestad»; y «últimamente, que diversas personas le habían dicho que Su Majestad habia de venir aquí a casarse

con ella e irse luego a España».[308]

En su informe al rey sobre la audiencia, Feria sugirió posibles estrategias para convertir el «no» de Isabel en un «sí»; pero Felipe había anticipado este resultado. «He entendido la resolución de la reina en lo de su casamiento», respondió enseguida cuando recibió la carta de Feria, y continuaba con evidente falta de sinceridad: «Y aunque no he podido dejar de recibir pena de que no se haya venido a concluir esto, que yo tanto deseaba, yo he quedado satisfecho, y muy contento de lo que ella se contenta».[309] Omitió informar a Feria de que aquel día se sentía «muy contento» porque ahora estaba libre para casarse con otra Isabel.

La muerte de María Tudor trajo consigo tanto ganancias como pérdidas. Por un lado, adelantaba las negociaciones de paz con Francia. La victoria de Gravelinas *(véase capítulo 3)* ya había demostrado que los Países Bajos podían ser defendidos sin el control de Calais por parte de los ingleses: ahora, liberado de la necesidad de pacificar a su esposa y sus súbditos ingleses, «no era razón que por una plaza se dejase d'azer la paz, y que antes que se quedasen con Calés [Calais] los franceses».[310] Por otro lado, en un esfuerzo por acelerar las conversaciones de paz, Enrique II de Francia había ofrecido la mano de su hija mayor Isabel al príncipe don Carlos, como forma de reconciliar a las dos dinastías. Felipe estaba de acuerdo, pero, en cuanto quedó soltero de nuevo, Enrique insistió en que su hija se casara con el propio rey. El 23 de marzo de 1559, el mismo día en que llegó la noticia de la negativa de Isabel Tudor, los plenipotenciarios de Felipe informaron a los franceses de que «quisiese Su Majestad casarse en lugar del príncipe nuestro señor con la hija primogénita del rey de Francia, pidiendo que fuese sobre las mesmas condiciones y artículos que para el dicho señor príncipe se havía concertado».[311]

La paz firmada en Cateau-Cambrésis el 3 de abril de 1559 aseguraba este matrimonio, y también casi todos los objetivos que Carlos V había dejado marcados a su hijo en su «testamento político» una década antes *(véase capítulo 2)*. Es cierto que Enrique II obtenía algunos beneficios del tratado, pero no a costa de Felipe: consiguió Calais de Inglaterra; mantenía los tres enclaves imperiales en Lorena arrebatados al Sacro Imperio Romano en 1552; y obtenía el derecho a guarnecer algunas bases en los territorios italianos del duque de Saboya. Pero, aunque en los Países Bajos ambas partes devolvían todas sus conquistas, en Italia Enrique II no solo cedía casi todos los derechos y posesiones reclamados por Felipe, sino que, además, debía retirar sus tropas de los territorios de los principales aliados españoles: Saboya, Mantua y Génova.

¿España, Flandes o Inglaterra?

La Paz de Cateau-Cambrésis fortaleció, en ese momento, enormemente la posición de Felipe en el continente, pero reducía en la misma medida su capacidad de influir en los asuntos de Inglaterra, especialmente sobre los religiosos. Poco antes de aprobar las condiciones de paz definitivas, el rey contemplaba la posibilidad de prolongar la lucha con Francia hasta que pudiera estar seguro de que Inglaterra seguiría siendo católica. Confesó a Feria: «Cierto es el negocio que más apretado me a tenido en my vida» (una frase que utilizaría en varias ocasiones más durante su reinado). El rey tenía miedo de un triunfo protestante tanto en Inglaterra como en los Países Bajos. «Yo temo mucho», le confesaba a Feria, «que si no es por medio della [paz], que estos estados [los Países Bajos] se pondrán tan mal como ese reyno». Felipe proseguía:

> Y duéleme mucho ver lo que ahy pasa, y no poderle dar el remedio que yo quería, y los que puedo parecen más flacos de lo que tan gran maldad merece […]. Rompérseme la paz que tanto avemos procurado, y esto por una parte, y

por otra desear perdello todo, y darlo por bien empleado por remediar la maldad de lo que pasa en ese reyno [de Inglaterra], me tiene en la congoxa y confusión que digo.

Cansado, el rey añadía: «Yo no deseo ni tengo otro fin sino de azertar» (otra expresión que también usaba con frecuencia) y «plega a Dios que así se haga como yo lo deseo, mas estoy muy pudrido que tras desear yo esto tanto se yerre muchas vezes que está el mundo desta manera».[312]

Felipe solo cambió su postura cuando Isabel rompió abiertamente con Roma, y Paulo IV dio su aprobación para que Felipe invadiese Inglaterra y derrocara a Isabel —«obra tan digna de rey católico»—, prometiendo investirle, en caso de que la invasión triunfara, como rey de Inglaterra de nuevo.[313] Pero ¿podría Felipe aceptar? Sus ministros en España le bombardeaban con advertencias de que se enfrentaban a desafíos que podían superarles a menos que él regresara; y, como le confió a Feria, temía que «si no voy presto, no hallaré después tierra en que hazerlo. Y por esto es menester abreviar los negocios de ahí». La tensión de luchar con estas alternativas incompatibles dejó al rey exhausto. A finales de junio de 1559 le dijo a Granvela, en una inusual delegación de poder, «si viniere alguna carta de priessa acá, la podréys abrir» y «escrivídmelo» al mismo convento a las afueras de Bruselas donde había llorado la muerte de su padre y de su esposa, «adonde me voy mañana de mañana a escrivir y a entender en otras cosas, que aquí no me dexan; y también a procurar salud, que traygo gran miedo que me ha de faltar, que no ando bueno estos días».[314]

En el curso de su largo reinado, durante los periodos de crisis Felipe se retiraba con frecuencia «a entender en otras cosas, que aquí no me dexan», a veces durante semanas; pero en aquella ocasión, una noticia de París le sacó de su retiro súbitamente. Durante unas justas para celebrar la paz, Enrique

II recibió una grave herida en la cabeza que le ocasionaría la muerte el 10 de julio de 1559. Su hijo Francisco, que ya era rey de Escocia gracias a su matrimonio con María Estuardo, se convirtió también en rey de Francia. Felipe y sus ministros enseguida valoraron el impacto de este dramático hecho sobre si el rey debía o no continuar en los Países Bajos. Como señaló Granvela a Juan Vázquez de Molina, que permanecía en España, si el rey se marchaba sin esperar «hasta que se diesse algún remedio a las cosas de aquí, y se assentassen mejor las pazes»,

> no veo que los Estados de aquí otorgaran tan presto lo que deven dar, y a no hazerlo no se acabara en absencia […] y teniendo successos tales que podrian traher daño sin remedio a Su Magestad y su posteridad. Y no puede ser bien dexar esto, quedando lo de Inglaterra como está y lo de Francia no assentado. No sé si es tanta la necessidad que ay en España que sea mayor que esto.[315]

Granvela había puesto el dedo en el dilema clave al que ahora se enfrentaba Felipe II: casi una década de guerra había dejado todos sus dominios exhaustos, pero ¿cuáles de ellos necesitarían más su presencia? Más concretamente, como expresó con clarividencia el embajador inglés en la corte de Felipe: «Cuando él se haya ido, puede ocurrir que mientras él se preocupa por mantener España inaccesible al protestantismo, a su regreso a Flandes este haya avanzado mucho».[316] Es decir, salir para España suponía perder no solamente Inglaterra, sino también Flandes. Pero el rey acababa de recibir una carta tremenda enviada por su regente, Juana, en la que se ofrecía el argumento opuesto.

La princesa empezaba señalando que los elevados impuestos, los problemas en el comercio y las malas cosechas habían empobrecido a toda España; que muchas partes de Aragón estaban al borde de una insurrección abierta; y que en Sevilla, Valladolid y otras ciudades se habían descubierto células protestantes, lo que demostraba que la herejía había penetrado en el corazón de la monarquía. Sobre todo, insistía Juana, la

Real Hacienda estaba vacía, a pesar de la bancarrota de 1557 *(véase capítulo 3)*, y la situación era esta: unos ingresos anuales de un millón y medio de ducados —ya comprometidos para 1559, 1560 y parte de 1561— y obligaciones inmediatas de gastar más de cuatro millones en defensa y pagos de los intereses sobre una deuda total de veinticinco millones de ducados. Por tanto, continuaba Juana sin dar tregua,

> no solamente no puede ser Vuestra Magestad proueydo [de España] de tan gran suma como dize ser menester, pero de ninguna cosa por pequeña que fuesse; ni ay manera para cumplir los gastos ordinarios destos reynos tan neçesarios y forçosos. Y que lo que más conuiene al serviçio de Vuestra Magestad es que se venga a estos reynos con la breuedad que tiene entendida y tantas vezes se ha scripto. Que venido Vuestra Magestad a ellos, con su presençia espero en Nuestro Señor que con su ayuda podrá dar mejor orden assy para socorrer lo de allá como remediar lo de acá, que no se puede hazer en su ausencia.

Mientras leía el aluvión de reproches que seguían a continuación, las mejillas de Felipe debieron de sonrojarse, porque escribió al margen: «No se vea en Consejo, ni mostréis a nadie este capítulo» porque «de algunas cosas», confesaba, «sé que han reydo allá harto». Al final, concluía con amargura: «No quiero aprovecharme estas cosas, sino de hazer lo que sé que más me combiene, qu[e] es irme [a España] sin andar aprovechándome del parecer de nadie».[317]

Desde luego, Felipe centró su atención en «azertar» al preparar su viaje. Envió a España a dos de sus más experimentados consejeros con una lista de reformas urgentes: Juana debía convocar una junta de expertos, «y por ser los negocios que son, conviene tratarse con secreto, y que en ninguna manera se entienda ni publique cosa alguna». La lista incluía cómo mejorar las defensas de España (galeras, fortificaciones, municiones); qué «obras públicas» (puertos y muelles, puentes y caminos así como alhóndigas) estaban previstas o en proceso de construcción; cómo mejorar la navegación de los ríos y regadíos; cómo incrementar la

producción (especialmente la crianza de ganado y la industria de los paños); cómo acabar con las importaciones de telas, papel «y otros algunos» en favor de la producción autóctona; y cómo aumentar los ingresos y reducir la deuda. Esto representaba un «acertado» (e insólito) ensayo de planificación, y la junta debía comenzar sus reuniones de inmediato «para que llegado yo, y entendido lo que resulta de lo que ovieren tratado y entendido, se prouea y ordene como convenga».[318]

Resultaba mucho menos fácil reorganizar «los negocios» de los Países Bajos, a pesar de recibir algunos últimos consejos de su padre. El íntimo compañero del emperador, Luis Quijada, avisó a Felipe de que, justo antes de morir, Carlos había revelado lo que pensaba que debería hacer su hijo en Flandes «haziendo Vuestra Magestad ausencia dél»:

> Que se hiziese un consejo de las personas que más a propósito fuesen y pareciesen convenir, y que tubiesen más yspirencia en las cosas de la guerra de los Estados, y que el duque de Saboya se gobernase con el parecer de tal consejo, como se hizo en estos reynos quando Su Magestad dejo gobernadores para ello, aunque también me dijo que era necesario pensar mucho en las personas, porque en algunas ponía dificultad.[319]

El rey siguió esta intuición de su padre lo mejor que pudo. El primer obstáculo al que se enfrentó fue la negativa del duque de Saboya a permanecer como gobernador. Tras la Paz de Cateau-Cambrésis, los franceses abandonaron sus tierras y, lógicamente, Manuel Filiberto insistió en regresar a su casa. Felipe tuvo, por tanto, que encontrar a otro pariente cercano, y por fin eligió a la duquesa Margarita de Parma, hija ilegítima del difunto emperador, que carecía de cualquier experiencia política o administrativa. Felipe intentó remediar la inexperiencia de su medio hermana de tres maneras. Primero, como había hecho con Juana cinco años antes *(véase capítulo 2)*, pasó varias semanas instruyéndola personalmente sobre sus metas generales y cómo ella podía ayudar a conseguirlas. En segundo lugar, dictó unas detalladas instrucciones que dejaban

a Margarita poco espacio para maniobrar, exigiendo que la duquesa le consultara antes de tomar ninguna decisión. Finalmente, siguiendo el aviso de su padre, Felipe creó «un consejo de las personas que más a propósito fuesen y pareciesen convenir». A pesar de que el emperador había muerto antes de poder ayudar a su hijo a «pensar mucho en las personas, porque en algunas ponía dificultad», Felipe eligió consejeros experimentados con ambiciones complementarias, como el conde Lamoral de Egmont, el vencedor de Gravelinas, quien ostentaba un gran prestigio militar, y el príncipe Guillermo de Orange. Ambos combinaban la experiencia diplomática con amplios contactos internacionales: Egmont había pasado tiempo en Inglaterra y España negociando el matrimonio con María Tudor, mientras que Orange había ayudado a negociar la Paz de Cateau-Cambrésis. Además, los dos tenían numerosos parientes en Alemania. Por encima de todos ellos estaba el veterano Antonio Perrenot de Granvela, que ya había realizado delicadas misiones diplomáticas y administrativas para el emperador. Granvela conocía a prácticamente todos los líderes laicos y espirituales de Europa; durante su estancia en los Países Bajos, Felipe le consultó diariamente sobre los temas de Estado y, años después de su marcha, seguía comunicando órdenes importantes a sus demás ministros en Bruselas a través del obispo.

Las dificultades a las que Margarita y Granvela se enfrentarían a raíz de la marcha del rey pudieron vislumbrarse ya en Gante en julio de 1559, cuando por primera vez Felipe ejerció sus poderes como «soberano» de la orden del Toisón de Oro para convocar una reunión de sus caballeros. Estas reuniones solían ser siempre bulliciosas, porque en ellas el «soberano» y los caballeros efectuaban una crítica formal unos de otros sobre su respectivo comportamiento desde la última reunión. Esta vez, según su propia versión, Felipe levantó un

gran revuelo al pedirle a los caballeros que hicieran tres cosas: «El uno, que no eligan sino católico y no sospechoso; el otro, que en sus tierras tengan gran cuydado de castigar lo de la religión por aquí adelante en quanto pudieren; y el otro que oyan misa cada día, no teniendo notable incombeniente». Aunque casi todos aceptaron el primero, algunos se opusieron al segundo (basándose en que sobre ello ya existía una legislación adecuada, y que por tanto este requerimiento ponía en cuestión su devoción) y «al tercero contradicen aún más, diciendo que ya como cristianos tienen aquella obligación».[320] Finalmente, Felipe abandonó la pelea y fue a reunirse con la flota congregada en Zelanda (Zeeland) para que le llevara de vuelta a España.

Mientras esperaba vientos favorables, Felipe se sintió contento. Informó a Granvela: «Yo estoy bien, y lo he estado después que vine, al andar por aquellas yslas donde havía más manera de hazer exercicio me dio la vida». Sin embargo, la ansiedad y la angustia seguían latentes, ya que:

> Me parece dañosíssima la dilación de my yda, mas como no dependa sino de la voluntad de Dios, no hay que hazer sino esperar lo que Él será más servido. Y yo espero en Él que, pues me ha sacado de otros barrancos mayores, me sacará también deste, y me dará forma para que yo entretenga mis estados y no se me pierdan por no tener forma para entretenellos, que sería la más triste cosa para mí y que yo sentiría de quantas se pueden pensar, y mucho más que si los perdiesse en una batalla. Pero por más apretado que sea este negocio, es menester esforçarnos y hazer quanto se pudiere, y assí lo pienso hazer en España, y por esto siento la dilación de la yda, que por lo demás yo os prometo que voy teniendo hartos pesadumbres que allá ha de tener.

Al día siguiente, el 25 de agosto de 1559, zarpó de los Países Bajos hacia España. Nunca más volvería.[321]

Herejía en casa

Entre las «hartas pesadumbres» que preocupaban a Felipe se incluía la evidencia de que había actividad protestante en la península ibérica. En mayo de 1558, don Fernando de Valdés,

arzobispo de Sevilla e inquisidor general, le envió un informe a Felipe sobre cómo la situación religiosa se había deteriorado «después que Vuestra Majestad de estos reinos partió» (palabras que sin duda no fueron elegidas al azar). Comenzaba con la «mucha cuantidad de Biblias y otros libros de la Sagrada Escriptura muy contaminados y mezclados de opiniones luteranas» que en Salamanca «como en otros muchos lugares de estos reinos se hallaron, así en personas particulares como en conventos y universidades». A continuación describía una «alteración de los moriscos» en Aragón y un resurgimiento del judaísmo en Murcia antes de referirse al «gran número de luteranos» arrestados en Sevilla y en «Valladolid, Salamanca, Zamora, Toro, Palencia y Logroño y otros lugares».[322]

En los lejanos Países Bajos, Felipe no parecía ser consciente de la gravedad de estos acontecimientos. Seis meses más tarde, escribiendo «del Campo», le aseguraba a Valdés que «en ninguna cosa me podréis dar mayor satisfacción y contentamiento, procediendo con todo rigor contra los que están presos, de manera que ataje y castigue con ningún respecto tan gran mal», pero seguía diciendo que, «[para que] no haya dilación en lo que fuere menester, con enviármelo a consultar acá, estando en la guerra», su inquisidor general debía «[dar] cuenta particular a Su Magestad [Carlos] destos negocios, siendo cierto terná por bien de tomar trabajo en oírlos, proveer y determinar lo que conviniere».[323]

Valdés no tenía intención de esperar órdenes procedentes de Yuste. En cambio, se esforzó por convencer a la regente Juana de que, pues «la áncora de la fe y estado real» en España siempre había sido, «en tiempos tan peligrosos, la Inquisición», el Santo Oficio necesitaba ahora nuevos y más amplios poderes. Valdés decidió asimismo explicar la gravedad de la situación al papa, enviándole una larga relación donde detallaba su éxito al descubrir a «gran número de luteranos», y solicitaba breves que

permitieran a la Inquisición perseguir y procesar a los sospechosos incluso del más alto nivel. Valdés entregó su relación, junto con algunas peticiones especiales, a un sobrino de su confianza, con órdenes de que se las revelara únicamente al papa Paulo IV, a solas y en audiencia privada. Ni él ni Juana enviaron ninguna copia de la relación a Felipe, ni tampoco revelaron que uno de los breves solicitados por Valdés permitiría a la Inquisición reunir información sobre todos los «obispos, arzobispos, patriarcas y primados residentes en España» que fueran sospechosos de luteranismo, así como arrestar y encarcelar por procedimiento sumarísimo a cualesquiera de estos prelados en caso de que trataran de «huir o ausentarse de otra manera del reino».[324]

La petición tenía una meta específica. Valdés y la princesa ya habían puesto sus miras en fray Bartolomé de Carranza, artífice de la recatolización de Inglaterra, a quien el rey había nombrado arzobispo de Toledo y —lo que Valdés ignoraba— gobernador de España y tutor de don Carlos en caso de fallecimiento del rey.[325] Los señores inquisidores no perdieron tiempo. Interrogaron sistemáticamente a todos los «luteranos» ya en sus cárceles sobre sus contactos con Carranza, llevando a algunos a la «cámara de el tormento» para hacerles hablar. También pidieron a numerosos obispos y teólogos que leyeran y evaluaran la ortodoxia de los escritos de Carranza, especialmente de su *Catechismo*, publicado aquel mismo año para convencer a los protestantes de Inglaterra.

Felipe no intervino directamente en el asunto de Carranza hasta diciembre de 1558, cuando le escribió a Juana que instara a la Suprema y General Inquisición a «que castiguen muy bien y con gran rigor estas herejías que escriben que allá hay, y que no dejen de hacer ninguna cosa de las que para esto convengan, y toque a quien tocare, aunque sea el príncipe».[326] Sin embargo, el rey todavía veía las acusaciones y contraacusaciones

respecto a Carranza como lo que eran: una de las «paçiones, parcyalydades y casy vandos que se hacían o están hechos entre mis criados» sobre las que Carlos V le había advertido *(véase capítulo 1)*. En abril de 1559 concedió una audiencia a solas a fray Hernando de San Ambrosio, enviado personal de Carranza. El fraile informó después a su señor que «de su respuesta conocí lo mucho que a Vuestra Señoría quiere [Su Magestad], y que no han bastado cosas que se hayan escrito ni dicho, para quitar la gran opinión que de Vuestra Señoría tiene». Es cierto: aunque cuando fray Hernando pidió, de parte de Carranza, permiso para acudir al papa en busca de apoyo contra sus enemigos, el rey rotundamente lo negó, pero de inmediato escribió una carta para tranquilizar a su primado. Incluyó una referencia específica a la hostilidad de la Inquisición hacia el arzobispo y su *Catechismo*, y prometió una respuesta completa en breve. «Y entretanto os ruego mucho que no hagáis mudança de lo que hasta aquí avéys hecho, ni acudáis a otra parte que a mí».[327] Felipe era un maestro de la «dissimulación», y la calidez y el tono íntimo de esta carta confirman la impresión producida en fray Hernando de que en ese momento el rey todavía tenía una «gran opinión» de Carranza.

No obstante, fray Bartolomé siguió inquieto. Compartió con Felipe su temor de que Valdés «y los que están con él, tomen el oficio de la Inquisición por instrumento para ejecutar sus voluntades o vengar sus pasiones», añadiendo que «si pudiera, él me hiciera hereje».[328] Tenía razón. Valdés acababa de recibir el breve que había solicitado del papa, autorizando a la Suprema a proceder contra cualquier prelado sospechoso de herejía, y pronto convocó una junta «para veer y examinar lo que ha resultado en el Sancto Oficio» contra Carranza. Los inquisidores elaboraron un informe detallado para Felipe en el que se referían las numerosas pruebas de herejía: entre los ya

condenados por luteranismo se incluían amigos y discípulos de Carranza, varios de los cuales le habían denunciado (él, en cambio, no había denunciado a ninguno de ellos). Además, muchos teólogos consultados por Valdés afirmaban haber encontrado ideas y frases protestantes en su *Catechismo*. Finalmente, recurrían al más puro chantaje, aprovechando dos de las preocupaciones de Felipe: su conciencia y su autoridad. Si Felipe no aprobaba el arresto y Carranza lograba

> procurar que todos sigan sus falsas opiniones e herejías, e la conciencia e reputación de Vuestra Majestad no sabemos cómo quedaría saneada demás del peligro que podría haber en lo que toca al Estado e demás, que esto al cabo ha de venir a manos del papa e no sabemos cómo lo tomaría ni en que pararía el negocio.

La Suprema llegó a sugerir una ingeniosa treta «para prenderle»: enviar a Carranza una carta «haciéndole venir a esta corte por mandado de Vuestra Majestad o de la Serenísima Princesa e deteniéndole en la casa en que fuera aposentado».[329]

Las demandas de la Suprema situaban al rey en una posición imposible: o mantener la autoridad de la Inquisición, o salvar al arzobispo de Toledo, pero hacer las dos cosas era imposible. Su respuesta, fechada el 26 de junio de 1559, «sobre el negocio del arzobispo de Toledo», demostró que el chantaje había triunfado. Felipe autorizó a la Suprema para «que proceda en este e los otros negocios con el rigor que la cualidad de estos negocios requiere, sin tener otro respecto sino solo el servicio de nuestro Señor e bien de esos reinos que Dios me ha dado a cargo, e a descargar mi conciencia». También aprobó la ingeniosa treta.[330] Al recibir la carta de su hermano, Juana informó a Carranza de que «convendría al servicio de Dios e [del Rey] que os hallásedes en esta villa de Valladolid para algunos negocios muy importantes que os he de comunicar», añadiendo que «tendré mucho contentamiento que sea luego, aunque vengáis a la lijera, que en lo de vuestro aposento se proveerá luego como conviene». Como el arzobispo tardaba en

llegar, una madrugada entraron funcionarios de la Inquisición en la habitación donde Carranza dormía «y le dixieron fuese preso por el Santo Oficio». Cuando la partida inquisitorial llegó a Valladolid, Carranza descubrió el significado de la promesa de Juana de que «vuestro aposento se proveerá luego como conviene». La Inquisición le recluyó bajo vigilancia en una pequeña cámara. Por si alguien dudaba de su último destino, el Santo Oficio subastó todos los bienes personales del primado en la plaza mayor de la ciudad.[331]

Aunque Felipe había aprobado el arresto de Carranza, es posible que no se diera cuenta de que esto solo formaba parte de un exhaustivo plan elaborado por Valdés para controlar la vida intelectual española. En abril de 1559, el inquisidor general emitió un mandamiento de «que nenguna persona, universidad ni colegio de cualquier estado, dignidad, condición que sea, dé censura y parescer cerca de ningún libro de cualquier facultad que sea, sin que primero presente la dicha censura y parescer en el Consejo de la General Inquisición». Esta ampliación sin precedentes de la autoridad de la Suprema también anunciaba una lista de casi setecientos «libros que se han de prohibir en el catálogo que por Nos está mandado hacer».[332] En octubre, pocos días después de su llegada a Valladolid, se celebró un gran auto de fe. «Fue muy solemne», recordaba un testigo de vista, «por hallarse presente en él el Rey nuestro señor con toda su majestad, el cual públicamente, estando en pie y la gorra quitada, hizo juramento en manos del Inquisidor General que favorecería las cosas de la fee católica y a sus ministros». Una multitud de alrededor de doscientas mil personas presenciaron este significativo acto, escucharon las sentencias y vieron cómo se llevaban a algunos de los reos para ser quemados vivos. Según el cronista Luis Cabrera de Córdoba, cuando uno de ellos le reprochó al rey que permitiera que lo quemaran en la hoguera, Felipe respondió: «Yo traería

leña para quemar a mi hijo, si fuere tan malo como vos».[333]

En noviembre de 1559, el rey firmó otra iniciativa redactada por Valdés para erradicar la herejía: una pragmática para que «de aquí adelante ninguno de los nuestros súbditos y naturales, eclesiásticos y seglares, frailes y clérigos ni otros algunos, no puedan ir ni salir de estos reinos a estudiar, ni enseñar, ni aprender, ni estar, ni residir en universidades, estudios ni colegios fuera de estos reinos». Este documento daba cuatro meses de plazo a los estudiantes que en ese momento se encontraban en el extranjero para volver a España si no querían perder todas sus «temporalidades» (en el caso de los clérigos) y «bienes» (en el caso de los seglares); mientras que «los grados y cursos» de aquellos que a partir de entonces estudiaran en el extranjero «no les valgan ni puedan valer […] para ninguna cosa ni efecto alguno».[334]

Sería difícil exagerar el impacto acumulativo de las medidas concebidas por Valdés y promulgadas por Felipe y su hermana en 1558-1559. Ciertamente, sirvieron para atajar la práctica del protestantismo en España: ya no habría más «conventos de luteranos» y la circulación de libros heréticos sería escasa, pero el precio que se pagó por mantener las tierras del Rey Católico libres de herejía fue muy alto. A partir de 1559, y en nombre de Felipe, surgió lo que Marcel Bataillon denominó un «cordón sanitario»: sin la expresa aprobación de la Inquisición, no se permitía la entrada de ninguna idea ni la salida de ningún intelectual. Por otra parte, dentro de España, la avalancha de arrestos y acusaciones condujo a que nadie —ni clérigo ni seglar— pudiera expresar sin temor opinión alguna en materia de religión. En palabras del conde de Feria (todavía en los Países Bajos): «Lo de allá [España] anda de mala manera, porque ha de venir la cosa que no sepamos cuáles se han de tener por cristianos o cuáles por herejes»; y, por tanto, opinaba, en lo referente a la religión «es mejor callar».[335] Estaba en lo

cierto: entre 1560 y 1562 más de cien personas de alto rango, Feria entre ellos, tuvieron que testificar en persona y bajo juramento ante la Inquisición en el proceso de Carranza. También lo haría Felipe, en dos ocasiones.

El proceso del siglo

El 4 de septiembre de 1559, una semana después de que el arzobispo Carranza entrara bajo custodia en Valladolid (y cuatro días antes de que Felipe regresara a la ciudad), Valdés se enfrentó a su víctima en persona y le exigió una confesión completa de culpabilidad. Para su sorpresa, el primado señaló que el papa Paulo había muerto algunos días antes de su arresto, por lo que el breve no era válido. Y lo que aún era más perjudicial para los intereses de Valdés, Carranza afirmó que los propios protocolos de la Inquisición exigían un juez que fuera «hombre desapasionado e no sospechoso; e porque el señor arçobispo de Sevilla [Valdés], que está presente, ha estado y está apassionado, e no solamente sospechoso, pero enemigo declarado contra su persona e sus cosas», Carranza, «como es de derecho y de justicia, le recusa por juez». Más tarde, presentó veinticinco «capítulos de recusación» alegando que no solo el inquisidor general, sino también otros dos miembros de la Suprema «me tienen odio» y también debían apartarse del caso. El acusado se convertía así en acusador.[336]

Carranza poseía una memoria extraordinaria que le permitía recordar su pasado con gran precisión: lugares, fechas y personas; opiniones, discursos y sermones; relaciones con un gran número de personas en España e Italia, Trento, Inglaterra y Flandes. Aunque en ocasiones se mostró vago y evasivo (después de todo, se jugaba la vida), consiguió recrear con detalle y sorprendente precisión todo lo que le había ocurrido hasta el mismo momento de su arresto. Además, Carranza había trabajado para la Inquisición durante veinticinco años y

sabía exactamente cómo utilizar en beneficio propio sus procedimientos habituales. En primer lugar, aunque los inquisidores ocultaron a cada reo la identidad de sus acusadores, cada uno tenía el derecho de impugnar testimonios adversos demostrando que un potencial acusador era «enemigo capital» y, por tanto, no debía ser creído. En el caso de Carranza, sus «tachas» impugnaron a más de treinta personas (casi todas las cuales habían, en efecto, testificado contra él). Además, la Inquisición permitía a todos los reos presentar pruebas que refutaran determinados cargos de herejía u ofreciesen un contexto de inocencia para los comentarios sospechosos (indirectas). Finalmente, los reos podían presentar pruebas de las cosas buenas que habían hecho a lo largo de su vida (abonos): el arzobispo citaba testigos de su piedad, pobreza y humildad, sus limosnas y actos caritativos y, sobre todo, su entusiasta persecución de herejes tanto en Inglaterra como en los Países Bajos. Carranza elaboró varias listas de preguntas y designó a quién debía la Inquisición formularle cada una. Una vez más, respecto a varios asuntos, «da Su Señoría por testigo al rey don Felipe, nuestro señor».[337]

En enero de 1560, dos inquisidores y su secretario se presentaron en palacio con cinco «preguntas a que a de declarar Su Magestad el Rey, nuestro señor, siendo servido dello». Esta era quizá la primera vez que Felipe había sido interrogado desde las entrometidas preguntas sobre su vida sexual que su padre le formuló cuando era adolescente *(véase capítulo 1)* y optó por estudiar las preguntas en privado y presentar una respuesta por escrito. «Yo no puedo saver si por esto o otra causa aya odio o enemistad entre ellos», escribió evasivamente, «pues si la ha avido sería dentro de sus pensamyentos, lo que nadie no puede juzgar ni afirmar por cierto» [véase lámina 26].[338] Dos años más tarde, los inquisidores volvieron y le preguntaron al rey en persona si él había escuchado ciertos sermones pronunciados por Carranza

en la capilla real de Bruselas en 1558, y si «la doctrina que se enseñó fue buena y cathólica, sin que nadie recibiesse escándolo della». Felipe dictó su respuesta con evidente irritación: «En los sermones que oyó al dicho arçobispo los años de 58 y 57, nunca lo oyó cosa que escandalize a Su Magestad ni a nadie, y que *como Su Magestad no es theólogo* esto sabe desta pregunta y no otra cosa». Al releerle el notario su respuesta, Felipe volvió a pensarse la frase en cursiva e hizo que la tacharan antes de firmar «Yo el Rey» al pie de su declaración.[339] Pronto, los inquisidores volvieron para formularle un interrogatorio más largo, y sobre muchas preguntas el rey se expresó elocuente y favorablemente. Respecto al contenido de los sermones de Carranza, reiteró que «nunca oyó cosa que dixese el arçobispo que escandaliçase nadie». Sobre su trabajo en Inglaterra, dijo que «a lo que Su Magestad cree, hizo mucho fructo en lo de la religión», y cuando «Su Magestad mandava juntar al dicho arçobispo con otros» para tratar los asuntos religiosos en Inglaterra, «a lo que Su Magestad entendió, siempre dava su voto como cathólico cristiano».[340]

Poco a poco, Felipe se dio cuenta de que Valdés actuaba por «pasiones», como Carranza insinuó, y en 1566 le suspendió de su cargo de inquisidor general. Pero no iría más lejos: el proceso de Carranza ponía en juego la credibilidad y la autoridad del Santo Oficio, y el rey difícilmente podía desafiar a la institución a favor de la cual tan rotundamente y tantas veces había declarado su apoyo. Desde el momento en que aprobó el plan de Valdés para arrestar y encarcelar a Carranza, el rey necesitaba una condena tan desesperadamente como la Suprema, y durante diecisiete años luchó por conseguir este objetivo, pero fue en vano. En 1567, a pesar de los denodados esfuerzos de Felipe, el papa Pío V convocó a Carranza a Roma para continuar su proceso allí. Al pasar los años, los temores del rey a una absolución lo llevaron a bombardear tanto a Pío

como a su sucesor con advertencias de lo que

> en todo el mundo se diría quando este proceso se imprimiese y se publique, si culpas tan graves y manifestas consideradas por todos los perlados de España pasasen sin castigo, aviéndose dado dellos tan plena noticia a Su Santidad, y el triunpho que sería para los herejes, si viesen que quien ha tenido, engañado y escrito su falsa doctrina, fuese dado por libre en esa Santa Sede.

Cuando Gregorio XIII anunció la relativamente benévola sentencia de Carranza en 1576 —cinco años de suspensión de su dignidad—, el rey se indignó y protestó con vehemencia, afirmando que «debía ser más rigurosa según las calidades del proceso». Solo la muerte del arzobispo, acaecida dos semanas después, puso fin a la discusión (y a la perspectiva de que pudiera intentar regresar a Toledo).[341]

De Valladolid a Madrid por Toledo

El 9 de octubre de 1559, al día siguiente de haber presidido el gran auto de fe, Felipe salió de Valladolid y ordenó que el gobierno central se estableciese en Toledo. Según Cabrera de Córdoba, esta decisión reflejaba la indignación del rey ante el hecho de que la herejía hubiera contaminado a la capital administrativa, y quizá fuese un factor importante, pero estaba claro que el gobierno no podía permanecer en Valladolid. En agosto de 1558, Juana informó a su hermano de que, tras cinco años de residencia continuada, «y de haber tanta gente aquí, y tanta conversación, hay muchos males, que nadie los puede imaginar». Juana prefería Madrid como nueva capital administrativa y, en su defecto, Guadalajara, Toledo o Burgos.[342] Durante su primer año en España tras su regreso, Felipe visitaría cada una de estas ciudades; pero, antes de salir de Valladolid, llevaría a cabo una delicada e importante tarea: acoger en el seno de la familia real a un medio hermano hasta entonces desconocido para él.

En febrero de 1547, en Alemania, Bárbara Blomberg dio a luz a un hijo de Carlos V *(véase capítulo 2)*. En marcado

contraste con las tres hijas ilegítimas nacidas antes de su matrimonio, cuyas vidas tuvo constantemente bajo control, el emperador rara vez admitió ser el padre del niño. Incluso llegó a no mencionarle en su último testamento, ejecutado en 1554 y de cuarenta y cinco páginas de extensión; pero sí redactó una cláusula especial dirigida a Felipe —y, en su defecto, a don Carlos— dedicada a un niño llamado Jerónimo. Entregó este documento sellado a Felipe, que desconocía su contenido, con órdenes de no abrirlo hasta después de su muerte. Mientras tanto, Carlos confió a su hijo ilegítimo a su camarada de armas Luis Quijada y a su esposa doña Magdalena de Ulloa, y el matrimonio supervisó con esmero la educación del joven en España.

Felipe descubrió que tenía un medio hermano cuando abrió el codicilo sellado, y sus sentimientos ante este descubrimiento —una mezcla de alegría y repugnancia— se manifestaron exquisitamente en su respuesta inicial a la carta de Quijada sobre la verdadera identidad de «aquella persona que Vuestra Magestad sabe que está a mi cargo» (como Quijada le comunicó sutilmente a Felipe poco después de la muerte de Carlos). Felipe escribió primero que «en lo de don Juanyto, he holgado saber que es mi hermano» —un franco reconocimiento del parentesco del muchacho, y del nuevo nombre que se elegía para el pequeño Jerónimo—, pero, tras pensarlo mejor, borró esta frase y la sustituyó por la menos comprometida de «en lo de ese muchacho, he holgado mucho de lo que dél me escribís». Felipe ordenó a Quijada que ocultara la identidad del joven «hasta ser yo en esos reynos».[343] Pese a esta aparente indiferencia, en la asamblea del Toisón de Oro celebrada en el mes de julio de 1559, entre los catorce nuevos caballeros nombrados por el rey, uno de ellos permaneció en el anonimato hasta después de que los dos medio hermanos se encontraron y Felipe le dio públicamente a Juan, de doce años, la insignia de

la orden. Según un testigo de vista, en un gesto de afecto sumamente inusual, Felipe se acercó «començándolo él abrazar y a besar». También le concedió el nombre de «don Juan de Austria» y una casa propia, a cuyo frente colocó a Quijada, y dispuso que su joven medio hermano residiera en la corte junto a dos nietos de Carlos V, don Carlos y Alejandro Farnesio, ambos nacidos en 1545 y, por tanto, tan solo dos años mayores que él.[344]

En noviembre de 1559 la aumentada familia real se estableció en Toledo, donde Felipe había ordenado reunirse a las Cortes de Castilla, y la ciudad se convirtió por un breve lapso de tiempo en la capital de la Monarquía española. Seis meses más tarde, encabezados por la princesa Juana y don Juan, los nobles y representantes de las ciudades de Castilla juraron lealtad a don Carlos en la catedral como «príncipe y sucesor de los reinos de su padre, y, tras su muerte, como su rey y señor natural». La ceremonia duró nueve horas y fue seguida de banquetes y justas (en una de las cuales Felipe lideró una «banda» o cuadrilla) y los premios fueron concedidos por otra joven adolescente recientemente incorporada a la familia real: la tercera esposa de Felipe, Isabel de Valois.

Toledo no fue del agrado de la joven reina, pues nada más llegar a la capital imperial contrajo la viruela. En una carta a su madre, afirmaba: «Puedo aseguraros, Señora, que si no fuera por la buena compañía de mi esposo, que tengo en esta ciudad, jusgaría a este lugar por uno de los más desagradables del mundo». Isabel no era la única. Muchos cortesanos encontraron su alojamiento poco cómodo porque el Tajo rodeaba la ciudad por tres lados, y la subida hasta el castillo real a través de las empinadas y serpenteantes calles —muchas de ellas demasiado estrechas para que pudiera pasar un caballo— les dejaba exhaustos. Al poco tiempo, «por estar las calles tan sucias, ovo tantos y tan malditos lodos quales nunca en Toledo

se vieron; tanto que los cortesanos, así por esto como por la grande apretura y carestía de los alimentos, […] deseaban irse». [345]

Pero ¿adónde? Unos cuantos cortesanos esperaban volver a Bruselas, pero se trataba de meros pensamientos ilusorios. Como el rey dejó claro a Granvela: «Tengo en mucho estos estados [de Flandes] y los quiero mucho, y agora más que nunca», pero no podía abandonar España. «Yo os prometo que he hallado lo de acá peor que lo de allá y imposibilitado por agora, no solo para lo de allá, mas aun para lo de acá, y para cosas tan pequeñas que os espantaríades si lo viésedes, y que os confieso que nunca allá pensé que pudiera ser desta manera». Sin embargo, si no pensaba regresar en Bruselas, ¿dónde podía Felipe establecer su capital? Felipe no reveló su decisión hasta mayo de 1561, cuando firmó una carta en la que avisaba al ayuntamiento de Madrid de que, «haviendo determinado de yr con nuestra corte a esa villa», iba a mandar funcionarios para «que vayan a hazer en ella el apposento de nuestra casa y corte». [346]

Si se hace una mirada retrospectiva, la decisión era inevitable. En 1536, Carlos V había empezado a realizar ampliaciones en el Alcázar medieval situado sobre un risco a las afueras de la ciudad, y Felipe lo había convertido en su cuartel general durante su segunda regencia (1551-1554). Mientras todavía se encontraba en Bruselas, había comprado las huertas y heredades que formaban el Campo del Moro y las había transformado en praderas, así como otros terrenos al otro lado del Alcázar, hacia la actual plaza de Oriente. También empezó a adquirir los terrenos situados al otro lado del Manzanares, que luego se convertirían en la Casa de Campo. Por último, en febrero de 1559, ordenó al maestro de obras del Alcázar que construyera «un muy buen aposento con ventanas de vidrieras que miren al campo» y que pensase «qué manera de apposento

podría hazer allí que fuesse espacioso» [véase lámina 27]. Los 235.000 ducados gastados en las obras del Alcázar entre 1536 y 1562 produjeron (en palabras de Véronique Gérard), «el palacio real más completo de España. Sus dimensiones, la claridad de la distribución, la presencia de una capilla y de una sala de fiestas hacen posible la vida cortesana».[347] Incluso cuando el rey abandonaba su nueva capital durante largos periodos —en 1563-1564, cuando visitó su herencia aragonesa; en 1570, cuando realizó un viaje por Andalucía; e incluso en 1580-1583, cuando se fue a Portugal—, la burocracia, el cuerpo diplomático y la familia real permanecieron en Madrid.

El mundo mediterráneo entre paz y guerra

El rey heredó de su padre la guerra con Solimán el Magnífico *(véase capítulo 1)*, y la presión sobre sus recursos alcanzó tales proporciones que a principios de 1558 autorizó a sus representantes para firmar una larga tregua con el sultán. Poco después, el nuevo sacro emperador romano, Fernando, también mandó enviados para pactar una tregua con los turcos, y Felipe trató de utilizar la iniciativa de su tío como tapadera para ocultar sus propias negociaciones. El sultán se negó, declarando que solo trataría con Fernando: si Felipe quería un armisticio, tendría que suplicarlo públicamente. En marzo de 1559, temeroso de que la guerra con Francia pudiera alargarse, Felipe se tragó su orgullo y aprobó un borrador de condiciones para una «tregua o suspensión de armas» con el sultán durante diez o doce años; pero luego los favorables términos de Cateau-Cambrésis le llevaron a cambiar de opinión. «Habiendo sucedido la paz entre mí y el serenísimo rey de Francia», y en vista de la avanzada edad del «Turco y desasosiego en que se halla por la discordia de sus hijos, me ha parecido que por agora no me conviene tratar ni tener tregua con él». En lugar de ello, razonaba Felipe, «aviendo succedido este assiento de la paz

con el rey de Francia, por donde se puede juzgar que el Turco, sin su favor y no teniendo puertos donde se acoja su armada, no la embiará contra la Cristiandad».[348] El rey veía de este modo una oportunidad de capturar territorios otomanos sin miedo a una represalia inmediata y, un mes más tarde, ordenó a todos sus ministros en el Mediterráneo que enviaran fuerzas a Sicilia en previsión de un ataque sorpresa. En junio de 1559, desde Bruselas, ordenó al duque de Medinaceli, virrey de Sicilia, que comandara estas fuerzas para reconquistar Trípoli.

Esta decisión arrastró a los dominios de Felipe a una guerra que duraría más de dieciocho años y comprometería los recursos necesarios para responder de forma eficaz a otras amenazas en otros lugares. ¿Cómo pudo el rey cometer tan catastrófico error de cálculo? ¿Quizá sus dos campañas victoriosas le habían llevado a albergar falsas ilusiones de invencibilidad en el servicio a Dios? ¿O tal vez lo consideraba su destino? De niño había aprendido de memoria leyendas medievales de combates caballerescos entre moros y cristianos, y un emblema preparado para él en 1548, en la víspera de su partida hacia el Gran Viaje, mostraba un sol con el nombre de «Felipe» y el lema *Donec auferatur Luna* («Hasta que desaparezca la luna»), el cual, según explicaba el autor, significaba que «este sol Philipo que es Vuestra Alteza» debía luchar «hasta que quite las lunas de los turcos y alárabes y otras naciones que traen por blasones la luna». Al año siguiente, el rey recibió un ejemplar de cortesía de un libro, cuya cubierta lucía los nombres de Felipe y Cristo en letras de oro, invitándole a traer la paz a la cristiandad, erradicar la herejía y arrancar Constantinopla y Jerusalén de las manos de los turcos.[349]

Bruselas, sin embargo, no era el lugar más idóneo para orquestar la reconquista de Trípoli (y no digamos la de Constantinopla o Jerusalén). Para cuando sus órdenes llegaron

a Italia, ya había pasado más de un mes, y las noticias tanto de Cateau-Cambrésis como de la concentración de barcos en Sicilia habían llegado a la guarnición otomana de Trípoli, que enseguida se apresuró a reparar las fortificaciones de la ciudad. Esta noticia hizo que Medinaceli perdiera la confianza, de modo que su fuerza expedicionaria no partió hasta diciembre. Como era de prever, las tormentas invernales pronto le hicieron regresar.

Los expertos militares se dieron cuenta enseguida de las consecuencias que supondrían estos retrasos: un ataque carente del factor sorpresa tenía menos probabilidades de triunfar y atraería de inmediato un contraataque otomano. Pero Felipe se mantuvo firme, y la fuerza expedicionaria salió una vez más en febrero de 1561, atracando cerca de Trípoli. Casi inmediatamente, Medinaceli decidió replegarse por precaución a la isla de Djerba (conocida por los españoles como Los Gelves), a medio camino entre Túnez y Trípoli, que sus hombres se aprestaron a fortificar. Allí, tal y como los expertos militares se habían temido, la flota otomana les rodeó. La batalla campal que se desencadenó a continuación se saldó con numerosas bajas para los españoles; los supervivientes se refugiaron tras sus fortificaciones y suplicaron a Felipe que les salvara.

El rey descubrió entonces que Toledo no era mejor sitio que Bruselas para orquestar una campaña en el Mediterráneo oriental. Con sus fuerzas aisladas en Los Gelves, el rey sucumbió a la desesperación. Según el secretario de Estado, Gonzalo Pérez, que veía a Felipe todos los días, «a Su Magestad le ha tocado bien en lo bivo, y assí ha mandado hazer luego provisiones tales y tan gallardas». De hecho, continuaba Pérez, «está tan puesto en que se procure el socorro del duque de Medina[celi] y de los que quedaron en el fuerte de Los Gelves, que si fuesse menester porná en ello el resto y su real persona».

[350] Pero los defensores de Los Gelves, desfallecidos por el hambre, se rindieron. El sultán hizo desfilar a miles de los derrotados soldados de Felipe a través de las calles de Constantinopla antes de hacerles esclavos. Era un revés catastrófico. Según el embajador francés, «nadie creería cuán ha afectado la pérdida de esta plaza a la corte, España y todas sus dependencias, y cuán avergonzados están […] de haber abandonado tan miserablemente a tantos hombres buenos sin hacer nada para paliarlo». «Su Majestad», añadía, «parece estar digiriendo tan amargo trago muy lentamente».[351]

El trago era ciertamente amargo: los veteranos de Los Gelves eran una fuerza de élite, expertos en el combate naval: sin ellos, Felipe no podía garantizar la seguridad de sus posesiones mediterráneas. Para sustituirlos, optó a regañadientes por mandar llamar a los tres mil veteranos españoles que había dejado en los Países Bajos.

Al principio pareció que Felipe había reaccionado de forma exagerada, porque durante los dos años siguientes la flota otomana se mantuvo fuera del Mediterráneo occidental. Esto permitió a Felipe intervenir en Francia en 1562 para apoyar el gobierno regente de su suegra, Catalina de Médicis, frente a una rebelión protestante. Como de costumbre, el rey justificó esta precipitada iniciativa militar en términos mesiánicos:

> Aunque ha venido mal a propósito lo que allí se gastará […] cierto me parece que ni al servicio de Dios, que [e]s lo principal, ni al myo, ni al bien de mis estados, combiene dexar de ayudar a los cathólicos. Bien veo que se aventura algo en ello, mas cierto se aventura mucho más en dejar que prevalezcan los hereges; que si lo hazen, estamos ciertos que todo su negocio ha de ser contra my y contra mys Estados, para que sean como ellos.

Y, desafiante, concluyó: «Lo que no tengo de consentir ni disimular jamás, aunque me costase cien mil vidas, si tantas tuviese».[352]

En 1563, sin embargo, las fuerzas otomanas sitiaron el presidio español de Orán, obligando a Felipe a concentrar su

atención y sus recursos en el Mediterráneo. Según un ministro flamenco que se encontraba en la corte: «Aquí nadie habla de nada que no sea el asedio de Orán», añadiendo que la preparación de una expedición de socorro «ha costado ya más de 600.000 ducados».[353] Aunque al fin las fuerzas de Felipe consiguieron liberar Orán, y al año siguiente capturaron y fortificaron un puesto cercano a Argel, la coordinación de estas operaciones obligó al rey a permanecer en España: como advirtió Pérez a Granvela, todavía en Bruselas, «acá tenemos bien en qué entender. Que como este [Castilla] es el principal miembro de donde se han de curar y reparar y socorrer los otros, no sé cómo Su Magestad lo podría desamparar».[354]

Los turcos también impidieron que Felipe desplegara sus recursos en otras cosas. Como uno de sus ministros de confianza comentó: «He visto las relaciones de lo de la hazienda, y cierto me ha hecho piedad ver de la manera que está; pero si Dios fuese servido de librar a Vuestra Magestad de la guerra, se podría reparar mucho».[355] No sería así: en 1565 llegaron noticias a Madrid de que el sultán había preparado casi doscientos barcos —la mayor flota de la que se tenía constancia desde la Antigüedad— y, en mayo de ese año, veinte mil soldados otomanos desembarcaron en la isla de Malta y se prepararon para un largo asedio. Durante los seis meses siguientes, el socorro de Malta se convirtió en la principal prioridad de Felipe, obligándole a desatender todos los demás problemas que le acuciaban en otros lugares, sobre todo en los Países Bajos.

8. «No terné en nada perder cien mill vidas si tantas tubiesse»: la lucha por la fe, 1562-1567

¿El Mediterráneo o Flandes?

El desastre de Los Gelves, en el verano de 1560, tuvo importantes consecuencias en toda la Monarquía española, incluida la retirada de los tercios españoles de los Países Bajos a fin de apuntalar la defensa del Mediterráneo. «Plazerá a Dios», escribió Felipe, «que agora conocerán todos aí [en Flandes] con el amor y sinceridad que yo trato sus cosas: que por complazerles, hago lo que temo que ha de ser tanto daño myo». Algunos ministros minimizaron la trascendencia de esta decisión —«tan necessaria, o por mejor decir forçosa»—, como escribió Gonzalo Pérez, secretario de Estado del rey, quien rogaba que Dios «sostenga las cosas de manera que no nos pese algún día della, pero como dicen: "Saquenme deste barranco y después echadme en essotro"», pero otros predijeron que el «otro barranco» sería mucho peor. «Verdaderamente», lamentaba Granvela, los tercios «sustenían la reputación con los vezinos, y quiça eran freno a los naturales; que plega Dios, ydos ellos, no nazca algo».[356]

Granvela estaba en lo cierto. Con la salida de las tropas españolas hacia el Mediterráneo en enero de 1561 no solo se perdía un escudo contra una posible agresión francesa, y una «fuerza de reacción rápida» en caso de crisis en Inglaterra o Escocia, sino también un instrumento vital para el control de los Países Bajos, razón por la que estas tropas eran lógicamente impopulares entre los súbditos flamencos del rey. Todo el mundo sabía que un solo tercio español bastaba para mantener el control español sobre Milán, Nápoles y Sicilia; y el conde de Egmont hablaba por boca de muchos cuando se quejaba a

Guillermo de Orange, justo antes de que Felipe abandonara los Países Bajos: «Creo que tantas innovaciones dejan a la gente descontenta». En concreto, «el rey está totalmente decidido a mantener la infantería española y desmovilizar al resto de las tropas: dejo a vuestro criterio adivinar cuáles son sus razones». En una reunión con el rey celebrada durante el capítulo del Toisón de Oro en julio de 1559 *(véase capítulo 3)*, ambos nobles amenazaron con dimitir de sus cargos si Felipe no retiraba a los tercios españoles. Solo la amenaza lanzada a su vez por el rey de retenerles una recompensa en metálico que les tenía prometida les hizo entrar en vereda.[357]

Orange, Egmont y sus colegas disponían de un influyente foro en el que expresar su oposición a cualquiera de las «innovaciones» de Felipe que dejaban «a la gente descontenta». Cada una de las diecisiete provincias que habían reconocido a Felipe como soberano en 1549, tenía Estados *(Staten, États)* compuestos a su vez por representantes del clero, la nobleza y los ayuntamientos, que se reunían con regularidad para tratar asuntos de interés común, en especial aquellos relativos a la legislación y tributación. Periódicamente, Carlos V les había pedido a cada uno de ellos que enviaran delegados a unos Estados Generales para negociar medidas comunes, y Felipe volvió a hacer lo mismo nada más entrar en guerra contra Francia en 1557, convocando a los Estados Generales para la votación de nuevos impuestos. Tras varios meses de amargas negociaciones, los representantes aprobaron la insólita suma de 3,6 millones de ducados, pagaderos en nueve años, pero insistieron en que los impuestos debían ser recaudados y desembolsados por sus propios agentes. Felipe, obstinado, se resistió a ello, pues preveía, con toda razón, que de este modo los Estados obtendrían el poder de retener fondos si él no atendía a sus quejas; pero la presión militar francesa le obligó a ceder. En enero de 1559, los Estados Generales crearon una

junta permanente en cada provincia para supervisar todos los aspectos de la llamada Ayuda Novenal. Aunque Felipe disolvió poco después los Estados Generales, los Estados de cada provincia continuaron reuniéndose y —como Felipe temía— varios de ellos amenazaron con retener lo recaudado a menos que retirara a los tercios españoles.

El desastre de Los Gelves resolvió esta cuestión, pero, pocas semanas después de la retirada de los tropas españolas, salió a la luz otra «innovación»: la creación de trece nuevos obispados y el nombramiento de un arzobispo de Malinas (Mechelen), que actuaría como primado en los Países Bajos. Además, dos canónigos ejercerían como inquisidores en los cabildos, y todos los prebendados de la nueva jerarquía debían ser licenciados universitarios. La estructura de los nuevos obispados suponía muchas ventajas. Hasta entonces, solo cuatro obispos prestaban servicio a los tres millones de habitantes de los Países Bajos españoles, de manera que, desde el punto de vista católico, la adición de más sedes y la creación de una sola jerarquía tenía sentido; pero la fórmula propuesta para su financiación resultó desastrosa. El medio más obvio para sufragar los gastos de los nuevos obispados habría sido un impuesto especial aplicable a todos los ingresos del clero, pero la mayoría de los nuevos obispos serían nombrados también abades de ricos conventos locales y, por tanto, percibirían sus rentas. Esta medida no solo carecía de sentido desde el punto de vista eclesiástico (el mismo prelado no podía desempeñar eficazmente ambas tareas), sino que iba a desencadenar una tormenta política debido a que varios de los abades tenían su sede en los Estados provinciales.

Los planes exactos de la reorganización eclesiástica fueron fruto de un largo proceso de planificación llevado a cabo por Felipe y sus asesores, pero requerían la aprobación papal. Para obtenerla, Felipe redactó una de sus características cartas al papa en las que combinaba los ruegos con los halagos y las

amenazas:

> Yo, como muy obediente hijo, no puedo dexar de acordar e instar y con muy gran vehemencia suplicar, que […] [Vuestra Santidad] tenga por bien de resolverse y proceder en lo que para estos mis estados de Flandes le tengo tantos días ha […] suplicado, y esto con toda brevedad […]. Y sería para mí grandíssima pena y desconsuelo no dexar assentado en estos estados antes de mi partida [para España] lo de la religión, de manera que no se pueda en mi ausencia seguir inconveniente, lo que no sería sin gran cargo de la consciencia de Vuestra Santidad por aver podido remediar tan fácilmente y con medios tan honestos y tan convenientes.[358]

El chantaje funcionó: nada más recibir el mensaje, Paulo IV abandonó sus planes de enviar un legado y en su lugar publicó la bula *Super Universas*, en la que autorizaba la creación de los nuevos obispados en los términos propuestos por Felipe. Pero los documentos llegaron cuando el rey ya se estaba preparando para embarcar hacia España, lo que le obligó a delegar la tarea de ejecutar el plan a su regente, Margarita de Parma. Peor aún, nada más partir el rey, Paulo IV murió, lo que generó inevitablemente nuevos retrasos, mientras el nuevo papa, Pío IV, revisaba el plan en su totalidad.

Temiendo que «se pueda en mi ausencia seguir inconveniente» de la introducción de un cambio tan importante, Felipe decidió mantener el proyecto en secreto hasta poder rematar todos los detalles. El plan no se haría público hasta marzo de 1561, cuando Pío IV emitió una bula anunciando los nombres, obligaciones y retribución económica de los nuevos prelados, empezando por el arzobispo de Malinas, Antonio Perrenot de Granvela, a quien el papa también nombró cardenal. A partir de entonces, Granvela adquirió preeminencia sobre Orange, Egmont y todos los demás nobles y ministros de los Países Bajos.

Estos cambios ofendían a toda la élite política flamenca. Lógicamente, aquellos abades obligados a renunciar a sus puestos (y a sus ingresos) en favor de los nuevos obispos se

opusieron con virulencia y movilizaron a sus colegas de los Estados de cada provincia contra el proyecto. Con similar vehemencia, los regidores de ciudades importantes como Amberes (convertida ahora en sede de una diócesis) protestaron contra la introducción de los inquisidores, alegando que a partir de entonces muchos comerciantes de países protestantes se mantendrían alejados ante el temor de ser arrestados por herejes. Los nobles a su vez se sintieron molestos por la insistencia del rey en nombrar solo a licenciados para los fructíferos puestos eclesiásticos antes ocupados por su propia descendencia. Por último, todos se sintieron insultados por el prolongado secretismo de Felipe, dado que era obvio que un plan tan complejo debía de llevar muchos años preparándose, y en todo ese tiempo no se había realizado ni la más mínima consulta. Los que se oponían al plan, frustrados, dirigieron entonces su ira contra el nuevo jefe de la jerarquía eclesiástica, Granvela.

El cardenal ya se había granjeado numerosos enemigos, entre los cuales sobresalían Ruy Gómez y Francisco de Eraso, cuya influencia en el gobierno central de la monarquía había sobrevivido a su traslado desde los Países Bajos a España. Estos encontraron un valioso aliado en Felipe de Montmorency, conde de Hornes y capitán de la guarda flamenca de Felipe. Según las indignadas palabras del conde,

> Su Magestad me hizo dezir por el señor Ruy Gómez [en 1559] que quería le fuese a servir en España cabe su persona, y que estando allá me haría superintendente de los negocios destos estados [Flandes] […] [Pero] llegado yo a la corte de Su Magestad estuve en ella más de seys meses antes que se me comunicasse algún negocio destos estados de que yo avía de ser superintendente.

Hornes culpó a Granvela de su marginación, y en 1561 pidió y recibió el permiso del rey para volver a los Países Bajos. Su regreso coincidió con la agitación causada por los nuevos obispados, por lo que informó puntualmente a Eraso: «Dado que este es un asunto que no me afecta, no deseo hablar más de

él. Solo quiero decirle que el cardenal está a cargo de todo y, si las cosas van mal, su majestad debería culparle exclusivamente a él».[359] El secretario mostró de inmediato la carta al rey, con la esperanza de desacreditar a Granvela, pero Felipe no hizo nada por el momento. Luego, Hornes persuadió a Orange y Egmont de que se unieran a él firmando una carta para el rey en la que amenazaban con que, a menos que el cardenal abandonara los Países Bajos, ellos dimitirían de todos sus cargos. El conde organizó también una «liga» constituida por todos los enemigos del cardenal, los cuales acordaron vestirse con la misma librea, llevando en la manga una distintiva divisa con un capirote (que pretendía parodiar el birrete del cardenal), y se negaron a asistir al Consejo de Estado en Bruselas siempre que Granvela estuviera presente. Esto comprometía gravemente la autoridad de Margarita, y, en 1563, esta envió a su secretario, Tomás de Armenteros, al rey para informarle de que, a menos que Felipe regresara a los Países Bajos de inmediato, Granvela tendría que marcharse.

Hornes y sus colegas habían golpeado en un momento de extrema vulnerabilidad del rey. Por un lado, Armenteros llegó a la corte al mismo tiempo que la noticia del asedio de Orán por los turcos, obligando a Felipe a elegir entre el Mediterráneo y los Países Bajos. Por otro lado, la enemistad entre Ruy Gómez y el duque de Alba había generado una grave inestabilidad en todo el gobierno *(véase capítulo 4)*. Un perspicaz observador francés escribió que «el éxito y la perseverancia de los nobles [flamencos] en su disputa se basa en el partidismo y las divisiones que existen en la corte de España», porque los dos grandes protagonistas «extienden sus alas sobre los dominios más lejanos, como Flandes, donde el duque apoya al cardenal Granvela, mientras que Ruy Gómez, que desde los tiempos del difunto emperador [Carlos V] ha sido su enemigo, favorece por el contrario a los nobles».[360] Cuando Armenteros llegó a la

corte a finales de 1563, Ruy Gómez y sus aliados apoyaban el ultimátum de Margarita: si el rey quería mantener su autoridad en los Países Bajos, sostenían, debía regresar a Bruselas o bien destituir a Granvela. Preocupado por la defensa del Mediterráneo, en marzo de 1564 Felipe ordenó de mala gana al cardenal que saliera de Bruselas. «Agora veremos», comentó el rey con cautela, «cómo se encaminan las cosas».[361]

Rebelión en los Países Bajos

La caída de un ministerio, tanto en el siglo XVI como en la actualidad, no solo significaba la retirada del asesor principal, sino también el eclipse de sus políticas y de sus partidarios. En Bruselas, los nobles disidentes retornaron al Consejo de Estado y convencieron a Margarita de que debía detener la implantación del proyecto de los nuevos obispados, mientras que los representantes de los Estados provinciales le advirtieron de que, a menos que suspendiera las leyes contra la herejía, podría producirse un «levantamiento popular» debido a los rumores de que «todo el mundo sería obligado a asistir a misa, vísperas y completas todos los días, si no quería contrariar al rey o incurrir en otras penas».[362] La situación religiosa no tardó en cambiar. El avance del protestantismo en Francia, Inglaterra y Alemania había proporcionado lugares de asilo a los que los disidentes flamencos podían acudir para escapar de la persecución; en cuanto esta terminó, con la salida de Granvela, muchos exiliados volvieron. Los grupos protestantes comenzaron a celebrar servicios al aire libre con total impunidad en ciudades cercanas a las fronteras.

Las circunstancias económicas aumentaron la tensión dentro de los Países Bajos. El duro invierno de 1564-1565 causó una gran miseria y arruinó la siguiente cosecha, mientras que el estallido de la guerra entre Dinamarca y Suecia dejó sin trabajo a muchas familias de los Países Bajos que dependían del

comercio del Báltico, e interrumpió también la importación de grano polaco. Tanto el desempleo como el precio de pan aumentaron. Cualquier habitante de los Países Bajos podía darse cuenta de los graves riesgos que representaba esta crisis económica. Con el alto nivel de desempleo y «cada vez mayor escasez de grano», observaba uno de ellos, «no sé si será posible contener al pueblo, que está descontento y protesta ruidosamente»; y, continuaba con perspicacia, «si la gente se subleva, me temo que la cuestión religiosa también se verá implicada».[363]

Los nobles del Consejo de Estado afirmaron entonces que la mejor manera de poner fin a la herejía era derogar la obligatoria pena de muerte que se imponía a los herejes, para que los jueces renuentes a ejecutar por motivos religiosos estuvieran más dispuestos a actuar. Decidieron enviar a Egmont a convencer al rey de que autorizara este cambio y conseguir también dos objetivos políticos: más poder para el Consejo de Estado y el nombramiento de algunos aliados suyos como miembros. Justo antes de que el conde saliera de Bruselas, llegaron noticias de Estambul de que «los turcos estaban preparando 120 galeras y 10 barcos» para una campaña en el Mediterráneo. Confiado en que esto obligaría al rey a ceder de nuevo, en febrero de 1565 Egmont llegó a la corte, donde se alojó con Ruy Gómez. Permaneció allí seis semanas.[364]

Los dos negocios más importantes de Felipe en ese momento consistían en preparar la defensa del Mediterráneo en caso de ataque de los turcos y organizar una reunión en Bayona entre su esposa, Isabel de Valois, y su madre, Catalina de Médicis, en la que los principales ministros tratarían de conciliar las diferencias entre Francia y España. Mantener el *statu quo* en los Países Bajos era esencial para el éxito de ambas empresas, de modo que, cuando Egmont llegó a la corte, el rey trató de aplazar la discusión de sus peticiones cuanto fuese

posible. Primero, halagó a su visitante consultándole de modo grandilocuente sobre asuntos militares (Egmont había luchado con Carlos V en África y Alemania antes de su gran victoria sobre los franceses en Gravelinas); el conde, por su parte, describió a los cortesanos la inestable situación en los Países Bajos, e hizo alarde de sus hazañas militares en presencia del príncipe don Carlos, entonces con veinte años de edad, que se mostró muy interesado en los asuntos del norte de Europa.

Transcurrido un mes, Egmont empezó a impacientarse. A finales de marzo, fue más allá de las instrucciones que le había dado Margarita, asegurándole al rey que solo conseguiría aplacar el malestar en los Países Bajos si nombraba a cuatro de sus amigos nobles para el Consejo de Estado de Bruselas y ordenaba «que toda la massa de los negocios respondiese allí». Ante estas nuevas demandas, Felipe se debatía entre la frustración y la ira. «A mý me traen de manera lo que carga de mý que no sé lo que me digo ni lo que me hago», se quejó a Gonzalo Pérez. Al mismo tiempo, intentaba averiguar los verdaderos motivos de las peticiones del conde: «Aunque creo cierto que él [Egmont] las dice con buena intención, podría ser que algunas que no la tubiesen tal le pusieren en ello, quizá con no buen fin».[365]

Con noticias de que la flota turca había zarpado de Estambul, el rey se puso a formular una respuesta a Egmont que mantuviera la tranquilidad en los Países Bajos durante la campaña mediterránea. En Madrid, el Consejo de Estado debatió sobre las demandas del conde el 24 de marzo de 1565 (¡un mes entero después de haberlas presentado!) y aconsejó al rey que las rechazara todas. Felipe pensó que eso sería demasiado peligroso y optó por el engaño: aparentaría cumplir los deseos del conde, pero evitando realizar cualquier concesión en particular. Concretamente, se mostraría de acuerdo en crear una junta de teólogos en los Países Bajos para considerar si el

castigo de la herejía podía modificarse sin favorecer su propagación. Cuando Pérez, que era clérigo además de ser el ministro encargado de preparar las instrucciones para Egmont, cuestionó la conveniencia de esta medida, Felipe le tranquilizó diciendo: «No quiero yo que en ninguna manera se dexen de castigar [los herejes], sino que en la forma se myre». Para añadir más énfasis, el rey le aseguró a Pérez: «Perdiéndose la religión, yo perdería mys estados». Respecto a las demás demandas de Egmont, en cambio, el rey se decantó por la ambigüedad, diciéndole a Pérez: «Ya tendréis entendida my intinción, que es de no resolver agora estas cosas que el conde pretende, ni desengañarle dellas, porque nos mataría y nunca acabaríamos con él, y ¡yo muero por despacharle, porque no me dexa hazer cosa de muchas que havría de hazer!». Felipe invirtió mucho tiempo en redactar unas instrucciones para Egmont, hasta que por fin concluyó: «Me parece que está así muy bien. Plega a Dios que el [conde] se contente a ello y se vaya»[366].

Cuando redactaba las instrucciones finales, Pérez incluía palabra por palabra muchos pasajes escritos por el cansado rey, pero también introdujo alguna floritura retórica de su cosecha. «En lo de la religión», añadió al borrador del rey, recordando una carta que había redactado tres años antes, «a mí más me preme y menos tengo que consentir que aya mudança en ella, y en que no terné en nada perder cien mill vidas si tantas tubiesse antes que consentirla». Las instrucciones concluían lamentando la imposibilidad del rey de salir de España «por visitar aquellos estados y holgarme en ellos» o enviar «más cumplida prouisión de dinero para todo». Así pues, «con auerse recrescido esta venida del Turco, que como tenéis entendido viene tan poderosa contra mis reynos», la defensa del Mediterráneo debía tener prioridad.[367]

Felipe y Pérez pensaron que Egmont se mostraría más crédulo si recibía las instrucciones en una audiencia personal,

de modo que el rey le llamó a su presencia el 4 de abril de 1565. Empezó por confirmar el título de Egmont sobre dos disputados señoríos de Brabante y autorizarle para que aceptara unos honorarios ofrecidos por la provincia de Flandes, valorados en unos 50.000 ducados. Una vez hubo ablandado así a su vasallo, el rey pronunció un discurso preparado con cuidado en el que subrayaba la necesidad de mantener el ejercicio exclusivo de la religión católica en sus dominios, aunque exagerando la importancia de la junta de teólogos y prometiendo una solución rápida a todos los demás problemas tan pronto como hubiera consultado con Margarita. La única exigencia específica de Felipe era que cesara el uso de las libreas contrarias a Granvela; «Conde, no se haga más», interrumpió a Egmont cuando este trató de explicarse. Dos días después, el conde partió hacia Bruselas sintiéndose «el hombre más feliz del mundo» al ver sus objetivos políticos y personales cumplidos. [368]

En cambio, la representación dejó al rey agotado. Odiaba este tipo de enfrentamiento público, y planificar todo aquel engaño tan elaborado le había impedido ocuparse de otros temas, como la entrevista de Bayona. Nada más concluir la audiencia con Egmont, Felipe le dijo a Gonzalo Pérez que «he quedado tan cansado con lo que aý pasé, y con el camino que vino sobrello, y no dormyr», que ya no podía más. Todavía una semana después se sentía «tan ocupado y tan alcanzado de sueño porque he menester lo más de las noches para ver papeles que otros negocios no me dexan de día».[369] Al poco tiempo, el rey abandonó su desigual lucha con el papeleo y se marchó solo a pasar una temporada cazando y pescando en el Bosque de Segovia, confiado en que los Países Bajos le darían por fin el respiro que tanto necesitaba para poder alcanzar el éxito así en el Mediterráneo como en Bayona.

Los ánimos de Egmont seguían todavía altos cuando llegó a

Bruselas. Aseguró (falsamente) a Margarita y al resto de los nobles que, a pesar del claro enunciado de sus instrucciones, el rey había accedido de palabra a relajar las leyes contra la herejía y reforzar los poderes del Consejo de Estado. En todo caso, continuó el conde con tono de suficiencia, «al estar preocupado por la guerra contra los turcos, cuyo ataque sobre Malta se espera de un momento a otro, a su majestad le resulta imposible venir a los Países Bajos este año». Alentado por esta información, el consejo, usurpando «el control soberano de todos los asuntos públicos», instó a la junta de teólogos a debatir sobre las posibles formas de «moderar» las leyes contra la herejía, precisamente lo que Felipe, de manera expresa, había prohibido que hiciera. Pero, al menos, las libreas y las críticas a la política real cesaron.[370]

El propio rey arruinó por completo la armonía el 13 de mayo de 1565, cuando firmó un fardo de cartas aparentemente rutinarias para Margarita. Una de ellas desestimaba la petición de clemencia hacia algunos anabaptistas condenados a muerte: el rey insistía en que debían ser quemados en la hoguera. Felipe no había previsto el impacto de esta breve carta, que echaba por la borda todos los beneficios de la ambigüedad que había mantenido para despachar a Egmont; pero su complicado estilo de gobierno le traicionó. Gonzalo Pérez, que tanto había trabajado junto al rey en la elaboración de las instrucciones de Egmont, no redactó las cartas del 13 de mayo; el rey le había encargado esta tarea a Charles de Tisnacq, el ministro neerlandés que normalmente se encargaba de su correspondencia en francés y flamenco. Tisnacq siempre había sido un despiadado azote de los herejes, lo cual le había granjeado el aprecio del rey, pero no su confianza. Por tanto, Tisnacq no era consciente del deseo del rey de ganar tiempo cuando preparó la respuesta regia tocante a los anabaptistas el 13 de mayo: por el contrario, dado que hasta entonces Felipe

siempre se había «holgado mucho» con la ejecución de herejes, Tisnacq redactó una breve carta rechazando la petición de clemencia para ellos, al igual que lo había hecho en el pasado con otras similares, y la envió a firmar al rey. Como estaba en francés, es posible que el rey ni siquiera la leyera, pero Margarita y los nobles de los Países Bajos sí lo hicieron y sopesaron cada palabra.

Durante un tiempo, todo siguió en calma. En junio de 1565, llegó confirmación a Bruselas de que tropas turcas habían desembarcado en Malta, y el mes siguiente la junta de teólogos emitió un informe en el que recomendaba encarecidamente relajar las leyes principales contra la herejía. Margarita lo envió enseguida a Felipe, pidiéndole no solo su decisión, sino también que aclarara su postura «sobre varias cuestiones que el conde Egmont había escuchado directamente de su boca, [porque] las cartas de su Majestad [del 13 de mayo] parecen, en ciertos puntos, contradecir su informe». Los partidarios del rey en los Países Bajos esperaban ansiosos su respuesta, conscientes de que «ni siquiera la caída de Constantinopla, ni tampoco la liberación de Malta, servirá de alivio a los Países Bajos».[371]

La carta de Margarita, y sus pocos gratos documentos adjuntos, le llegaron a Felipe a finales de agosto. Pérez redactó de inmediato una adusta respuesta en la que incluía un rotundo rechazo a las propuestas de los teólogos; pero, con Malta todavía sitiada, Felipe no la firmó. De hecho no hizo nada durante tres semanas, ya que, como le dijo a Pérez, «ay tanto que mirar en ello y tanto combiene el acertarlo». Así pues, pospuso la resolución de la confusión que había generado en los Países Bajos (utilizando excusas como que «por tener ayer y esta mañana muy ruin la cabeza» no había podido leer documento alguno) hasta saber que sus fuerzas habían liberado Malta.[372] Sin embargo, las decisiones no podían posponerse de manera indefinida y, al final, el rey elaboró una exhaustiva respuesta a

todos los asuntos de los Países Bajos pendientes, aconsejado tanto por Gonzalo Pérez como por el duque de Alba, que acababa de regresar de Bayona, donde había dirigido acertadamente las negociaciones con los franceses.

Para evitar la posibilidad de incurrir en más contradicciones, mandó a Pérez redactar todas las respuestas a las cartas de Margarita, encargándose el propio Felipe de copiar las que estaban en francés antes de pedirle a Tisnacq que las pasara a limpio. Entre el 17 y el 20 de octubre de 1565, mientras se encontraba en el Bosque de Segovia, el rey firmó casi cien cartas en las que aclaraba su postura sobre todos los asuntos: las leyes contra la herejía debían permanecer intactas; los inquisidores debían continuar realizando su trabajo; todos los herejes capturados debían ser ejecutados; el Consejo de Estado de Margarita no recibiría nuevos poderes; ninguno de los nobles propuestos por Egmont entrarían en dicho consejo. Un mes después, un enviado especial de Felipe explicó a Margarita que su amo no podía conceder más porque «sería no solo desauthoridad y deshonor grande suyo, mas perder la opinión del mundo y reputación». La respuesta de Margarita fue profética: era mejor perder «la opinión del mundo y reputación» que sus Estados.[373]

Aunque Felipe debía de saber que sus decisiones serían impopulares, no podía imaginar la espectacular reacción que iban a desencadenar. Nada más recibir la carta del rey del 13 de mayo en la que ordenaba la ejecución de los anabaptistas, algunos nobles flamencos se reunieron en secreto para debatir qué medidas tomar en caso de que Felipe, una vez terminada su campaña en el Mediterráneo, se negara a moderar las leyes contra la herejía. A mediados de noviembre, al recibir las cartas enviadas desde el Bosque de Segovia, el mismo grupo de nobles volvió a encontrarse para redactar una petición, el *Compromiso*, exigiendo la abolición de la Inquisición y de todas las leyes

contra la herejía. En pocas semanas, reunieron unas cuatrocientas firmas de otros tantos nobles, que venían a equivaler a una décima parte de toda la aristocracia de los Países Bajos. A pesar de no figurar la firma de ningún grande de la nobleza, el marqués de Bergen y el príncipe de Orange dimitieron de todos sus cargos, y muchos otros amenazaron con seguir su ejemplo. Así, con la autoridad central en suspenso, el 5 de abril de 1566, cuando unos trescientos confederados entraron a caballo y armados en el palacio de la regente en Bruselas y exigieron que esta anulara inmediatamente todas las leyes contra la herejía, Margarita, abandonada por todos, accedió de mala gana. Emitió un documento, la *Moderación*, por el que instaba a todos los inquisidores y magistrados a que dejaran de aplicar las leyes contra la herejía hasta nuevo aviso. También encargó a dos nobles simpatizantes de los confederados —el marqués de Bergen y el barón de Montigny (hermano de Hornes)— que fueran a España y le pidieran a Felipe la aprobación de sus concesiones.

Al no temer ya la persecución, muchos exiliados protestantes regresaron desde Francia, Inglaterra, Alemania y Suiza, dispuestos a extender su fe por todos los Países Bajos. Prácticamente todos los magistrados obedecieron las órdenes de Margarita y les dejaron en paz. Así, al poco tiempo, los servicios calvinistas celebrados al aire libre atraían a miles de personas todos los domingos y festivos. Las cálidas temperaturas nocturnas y el gran número de parados (víctimas de la continua guerra entre Dinamarca y Suecia) favorecieron la afluencia de público, hasta el punto de que los predicadores protestantes celebraban estos servicios en casi todos los Países Bajos. El 19 de julio de 1566, Margarita advirtió a su hermano de que la rebelión estaba a punto de estallar, afirmando que a Felipe no le quedaban más que dos alternativas: «Tomar las armas» contra

los calvinistas y volver a Flandes en persona «o autorizar las concesiones» contenidas en la *Moderación*.[374]

Mientras el correo encargado de entregar el ultimátum de Margarita iba de camino, el Consejo de Estado español debatía qué política era la adecuada para los Países Bajos. El 26 de julio, Felipe informó a Montigny, recién llegado a la corte, que «no estava bien con el concepto de aquella *Moderaçión* que le avían ymbiado y que no querría que passase adelante; que él avía determinado de yr allá en persona a la primavera para dar orden a todo». A esto, «Montigny replicó muy libremente —y hasta que puso color a Su Majestad— diziendo que essa resolución no era acertada a su servicio, que sabía muy bien que era la perdición de aquella tierra». El barón, airado, le recordó al rey que para «la primavera» faltaban ocho meses, y que, durante ese periodo, «aquella tierra padecerá mucho» y «a Su Majestad se ofrecerán otros negocios de importancia; que la dilación y alargas eran las que avían causado todo el mal y causarían mucho más».[375]

Montigny pagaría con su vida el haber puesto «color a Su Majestad», pero la llegada de la alarmante carta de Margarita aplazó su castigo. El 31 de julio, solo cinco días después de haber declarado que no habría cambios, Felipe otorgó todas las concesiones recomendadas por su medio hermana. Tras protestar que «en realidad no alcanzo a entender cómo puede haberse desencadenado tanto mal en tan poco tiempo», abolió la Inquisición en los Países Bajos, suspendió todas las leyes contra la herejía y perdonó a los líderes de la oposición. Luego, al igual que había hecho doce años atrás, cuando se vio obligado a aceptar el tratado matrimonial con María Tudor negociado por su padre *(véase capítulo 3)*, Felipe hizo constar ante notario que sus concesiones, obtenidas bajo coacción, no eran vinculantes. A continuación tranquilizó al papa —como antes lo había hecho con Pérez— diciéndole que «antes que

sufrir la menor quiebra del mundo en lo de la religión, y del servicio de Dios, perderé todos mis estados y cien vidas que tuviesse»; y autorizó a Margarita a que reclutara trece mil soldados en Alemania, enviando cartas de crédito por valor de 300.000 ducados para pagarles.[376] Antes de que la noticia de esta nueva política pudiera llegar a los Países Bajos, la situación allí cambió drásticamente: había comenzado lo que los cronistas flamencos denominarían *Het wonderjaar*, «el año milagroso».

El año milagroso

El 10 de agosto de 1566, día de San Lorenzo, un pequeño grupo de protestantes entró en un monasterio flamenco y destrozó todas sus imágenes. Nueve días después, el conde de Egmont informó a Felipe de que «en este momento, el culto católico ha cesado en toda la provincia de Flandes» y «todo el comercio se ha interrumpido, de manera que de los 100.000 hombres que antes solían ganarse el pan en los Países Bajos, ahora tienen que mendigarlo». «Muchas cosas dependen de esto», añadía inquieto, «porque la pobreza obliga a la gente a hacer cosas que de otro modo nunca habrían pensado hacer». Margarita escribió una desesperada carta a su hermano en la que afirmaba que «casi la mitad de la población de aquí practica o simpatiza con la herejía» y que el número de personas que se habían levantado en armas, desafiando su autoridad, «sobrepasaba ya las 200.000».[377]

Durante algún tiempo, los iconoclastas se centraron en los conventos aislados de Flandes, pero el 22 de agosto una columna de calvinistas entró en Gante, la capital de la provincia, y destrozó sistemáticamente todas las imágenes, vidrieras y otros elementos visibles del culto católico de todas las iglesias y conventos de la ciudad. Con el mundo derrumbándose a su alrededor, Margarita recibió las concesiones del rey fechadas el 31 de julio y las publicó de

inmediato, pero ya era demasiado tarde para detener la furia iconoclasta. Durante el mes de agosto, los calvinistas destruyeron los símbolos católicos en más de cuatrocientas iglesias y monasterios, y diversas congregaciones protestantes celebraron sus servicios en varios de los templos que de este modo quedaron «purificados».

Felipe recibió las noticias de estos asombrosos acontecimientos en el Bosque de Segovia el 3 de septiembre y, como en otros momentos de crisis, sufrió una fuerte reacción física: tuvo «aquella noche un sentimiento de calentura» y, durante los cuatro días siguientes, lo sangraron «dos vezes […] y por esto no a avido lugar de entender en negocios de ninguna parte, ni ha firmado Su Majestad ninguna cosa». Alonso de Laloo, a quien el conde de Hornes había enviado a la corte para presentar sus quejas al rey, subrayó las graves consecuencias que estos hechos acarrearían a los nobles confederados. Al rey «no faltarían fuerças ni dinero», escribió Laloo, porque la flota anual procedente de América acababa de llegar a Sevilla con casi cinco millones de ducados, la mayor suma registrada hasta entonces, y «se ha embargado todo». Por otra parte, el reino de Nápoles había votado impuestos por valor de dos millones de ducados y las Cortes de Castilla, recién convocadas, votarían seguramente una cantidad aún mayor. «¡Que todo ello es quantidad para no solamente sojuzgar los estados de Flandes que son de Su Majestad, sino para conquistar otra tierra de nuevo!», exclamaba. Los españoles pensaban, continuaba Laloo, «que esse levantamiento, o por mejor dezir rebellión, no va dirigido sino a una libertad desmandada, con la qual no aura reconoscer ni a Dios ni a Rey, ni los que estuvieren puestos por él», y advertía a Hornes de que la actual situación «no puede durar, ni salir tan adelante que los que an sido causa dello no sean castigados». Una semana más tarde, vaticinaba que Felipe, «tarde o temprano, no podrá dexar de vengarse de tan gran

desacato, y que si sale de Spaña será con tan grande poder y fuerça que jamás rey passó allá». La cuestión, entonces, no era si el rey utilizaría la fuerza para restaurar el orden, sino cuándo lo haría.[378]

El 22 de septiembre de 1566, aunque Felipe parecía «un poco flaco, y assí se le parece en el rostro múltiple sangrías y purgas», presidió una reunión de su Consejo de Estado. El grupo tomó dos decisiones claves: «Que la situación en los Países Bajos no podría solucionarse sin la intervención de las tropas» y, dado que «ningún hombre particular bastara» por tanto, «la persona de Su Magestad, o la fuerza de exército en tanto que su persona, vaya».[379] A continuación, el consejo consideró la posición estratégica de España. Por un lado, tras una década de ataques turcos en el Mediterráneo central, el sultán había invadido Hungría. Por otro, pese al riesgo de que tanto Francia como Inglaterra se opusieran al uso de la fuerza en los vecinos Países Bajos, el consejo estimó que ninguno de los dos podría organizar una resistencia efectiva. Por tanto, decidió que Felipe debía trasladar a todos los tercios españoles en Italia a Milán y, desde allí, conducirlos personalmente hasta la todavía leal provincia de Luxemburgo, donde se unirían a otros sesenta mil efectivos reclutados en Alemania. De este modo, el rey, acompañado de su poderoso ejército, acabaría con cualquier disidencia.

Un mes después, el 22 de octubre de 1566, el Consejo de Estado se reunió, una vez más en presencia del rey, para concretar la estrategia que debía seguirse respecto a los Países Bajos. Todos se reafirmaron en su convicción de que tolerar la situación actual «aventuraba la reputación de España», ya que de este modo se daría un «exemplo de flaqueza y ánimo para rebelarse otras provincias», y por eso todos eran partidarios del uso de la fuerza como necesidad indispensable. La discusión se centró entonces en quién debía ponerse al mando. Ruy Gómez

y el conde de Feria sostenían que si el rey iba a los Países Bajos en persona para restaurar el orden, no se requeriría más que un pequeño contingente; pero Alba y los demás objetaban que, dado el alcance de la insurgencia, esto suponía un grave riesgo personal para Felipe. Era mejor, en su opinión, enviar los tercios reunidos en Milán a los Países Bajos bajo el mando de algún general de confianza capaz de aplastar cualquier forma de sedición, después de lo cual el rey podría desplazarse allí por mar, sin ningún peligro.[380]

Pero ¿quién debía encargarse de conducir las tropas desde Lombardía y comandar el ejército de la represión? Alba, el general más experimentado de España, tenía sesenta años y una salud precaria, pues la gota le había mantenido inmovilizado gran parte del otoño. Pero en noviembre aceptó zarpar hacia Italia en la primavera de 1567 y asumir el mando de las tropas reunidas para someter a los Países Bajos. Como escribió casi un siglo después el conde de la Roca, historiador oficial de la Casa de Alba: aun si la decisión de enviar al duque no fue la más acertada, era casi la única posible, «siendo el achaque de Flandes como bola de nieve que discurre por campaña nevada».[381] Entre tanto, algunos nobles neerlandeses trataron de reclutar tropas en Francia y Alemania, pero fracasaron, mientras que Margarita utilizó el dinero enviado de España para reclutar un ejército que, en marzo de 1567, derrotó a las fuerzas rebeldes en la batalla de Oosterweel, cerca de Amberes. Poco después, el culto calvinista cesó en todos los Países Bajos; las ciudades que habían desafiado al rey se apresuraron a pacificarse; y muchos disidentes, incluido el príncipe de Orange, huyeron al extranjero.

Al mes siguiente, en Aranjuez, Alba mantuvo una larga entrevista a solas con su señor. Los dos acordaron que, gracias a la victoria en Oosterweel, la restauración del orden en los Países Bajos ya no requeriría los 72.000 soldados previstos al

principio, sino que bastaría con los veteranos de Alba procedentes de Italia y las tropas ya movilizadas por Margarita. También acordaron que Felipe reuniría una flota en los puertos cantábricos y zarparía con toda su corte hacia Flandes en cuanto el duque le hubiera confirmado que podía desembarcar sin peligro. Fijaron como la fecha prevista para la salida de la flota real el 15 de agosto. En lo tocante al gobierno de España durante la ausencia del rey, Alba sugirió a Felipe que llevase a toda su familia consigo y encargara la regencia al cardenal Diego de Espinosa.[382]

El duque salió hacia Italia el 17 de abril de 1567, pero cuando llegó a Milán vaciló, temiendo que el éxodo de todos los tercios de veteranos dejase Italia expuesta a un ataque de los turcos. No abandonó Lombardía hasta el 18 de junio de 1567. Alba y sus veteranos cruzaron el monte Cenisio y recorrieron un itinerario de mil kilómetros —que sus contemporáneos, algunos con admiración y otros con miedo, denominarían el Camino de los Españoles— hacia Luxemburgo, adonde llegaron el 15 de agosto, el día previsto para que el rey partiera de España con su flota.

El viaje que nunca se hizo

Las cartas que el duque enviaba con regularidad al rey mientras recorría el Camino de los Españoles pronto revelaron que llegaría demasiado tarde respecto al plan original y, el 7 de agosto, Felipe informó a Alba de que había resuelto posponer su marcha hacia Flandes hasta la primavera de 1568, una decisión «de que me ha parecido avisaros luego para que con el mysmo secreto y dissimulación». Le comunicó su decisión de una forma bastante insólita: el soberano del Estado más grande del mundo pasó varias horas solo, con el libro de códigos empleado por sus oficiales en la Secretaría de Estado, cifrando personalmente sus pensamientos sobre cómo restaurar el orden

y la estabilidad en los Países Bajos en su ausencia. «Va esta [carta] con tanto recatamiento», le aseguró a Alba, que «nadie no lo sepa en ninguna manera del mundo» [véase lámina 28] [383].

El rey repasaba las consecuencias principales que su cambio de planes supondría para la restauración del control en los Países Bajos. Su primera preocupación la constituía «el castigo» para todas las personas implicadas en los desórdenes. En principio le había ordenado a Alba que hiciera una redada de todos los sospechosos antes de la llegada de la flota real; pero en ese momento «no sé si pudiera ser con la seguridad y fundamento que convenía, y creo yo que en invierno la puede aver mayor por lo de Alemania, que es adonde puede venir algún estorbo o embaraço a esto del castigo». Por otra parte, un retraso constituiría «causa a que el príncipe de Orange se asegurase y quixese venir a essos estados» y así «se pudiese hazer con él lo que el mereçe». Por el contrario, «si se haze [castigo] con otro antes, será imposibilitar lo que a él toca para siempre». Los hechos demostrarían lo acertado del criterio del rey a este respecto; desgraciadamente para sus planes, acto seguido hacía una concesión a Alba que resultaría crucial:

> Pero yo os remito todo esto, como a quien estará sobre el negocio y tendrá mejor entendidos los inconvenientes o conbenientes que podrá aver en todo y si será menester dar priessa o espacio en este punto del castigo, de que depende tanto.

Después, el rey abordaba el problema que planteaba la dirección del gobierno de los Países Bajos hasta su llegada. Había despachado de España a Alba con plenos poderes como capitán general del ejército, pero con órdenes de que compartiera la autoridad civil con Margarita. En el momento álgido de la furia iconoclasta del año anterior, Margarita había suplicado al rey que le enviara tropas; pero ahora que había restaurado el orden, se oponía firmemente al enfoque de Alba y no dejaba de acuciar tanto a Felipe como al duque con peticiones para que detuviera su marcha. Al ver que sus ruegos

no eran atendidos, Margarita informó abruptamente al rey de que, fuera Felipe o no, había decidido «de yrse al octubre en qualquier caso». Dada la profunda animadversión que Margarita profesaba a Alba, el rey escribió: «Tememos que nunca se lleve con vos». Por lo que creyó que lo mejor era dejarla marchar y que Alba tomase el mando tanto civil como militar hasta su llegada.

Felipe abordó a continuación una tercera consecuencia derivada de su decisión de no partir inmediatamente hacia Flandes: el coste de mantener a las tropas españolas de Alba mientras tanto. Ordenó al duque que evaluara qué parte de estos costes cabría esperar que fueran sufragados por los Países Bajos y cuál debería proceder de España (recordándole al duque que, al haber gastado casi un millón de ducados en preparar su marcha, su Hacienda andaba escasa de fondos). Felipe concluía su incursión en los mensajes cifrados reiterando la necesidad de mantener el secreto: Alba solo debía enviar su respuesta a estas cuestiones al rey «en su mano», y a nadie más. «No me he cansado de escrivir», concluía Felipe (de manera poco convincente), y, en todo caso, «a sido necesario por las materias de que trato en ella».

Alba hizo buen uso del permiso de su amo para hacer caso omiso de los contenidos de la carta: de hecho, ¡rechazó todas las sugerencias del rey! En «lo del castigo», pasadas solo dos semanas desde su llegada a Bruselas, durante las cuales incluso él se sintió «forçado esconder las uñas», Alba creó un órgano secreto, el Consejo de Trublas, para juzgar a los sospechosos de rebelión y herejía. Pocos días más tarde, arrestó a Egmont, Hornes, los secretarios de estos y a todos los «que formaron en el *Compromiso*» a quienes pudo localizar, comentando con suficiencia: «He procurado que sean habidos por condenados en *crimen lesae majestatis*», es decir, por traición, cuya pena era la muerte.[384]

En cuanto la noticia de estas detenciones llegó a la corte real, Felipe hizo arrestar al barón de Montigny e instó a Alba a que acelerase los juicios a los detenidos por presunta traición, «pues sabe que conviene que estén concluidos para la primavera», cuando él tenía pensado zarpar hacia Flandes. También hizo pública en este momento su decisión de aplazar su viaje a Flandes y, en su carta un tanto defensiva al papa, ofreció dos explicaciones: «Por el peligro que avría en passar en el invierno por este mar de Poniente, y principalmente por parescerme necessario que antes de mi llegada se dé orden y allanen algunas cosas que convenía mucho que estén hechas para cuando yo llegue». Se trataba de la misma estrategia que Felipe había adoptado en el caso del cardenal Carranza: quería que el «trabajo sucio» estuviese hecho antes de que él llegara.[385]

Como los acontecimientos pronto demostrarían, este cambio en los planes de Felipe fue un error capital: solo el regreso del rey a Bruselas habría podido estabilizar la situación. Si Orange y los demás nobles que habían huido a Alemania rechazaban un emplazamiento directo para explicar en persona su comportamiento a Felipe, esto seguramente les habría desacreditado tanto en su país como en el extranjero. Si el rey hubiera estado presente, también les habría resultado difícil organizar una invasión de los Países Bajos como hicieron contra Alba en 1568; e, incluso, si lo hubieran intentado, habrían sido muy pocos, o ninguno, los gobernantes alemanes que les hubieran permitido reclutar tropas en sus dominios. Finalmente, la presencia del rey habría puesto muy difícil a los Estados Generales negar el apoyo financiero necesario para mantener su corte y pagar a las tropas españolas.

¿Por qué, entonces, cambió Felipe de opinión respecto al «viaje que nunca se hizo»? Quizá todo se redujo a una cuestión de fechas. En su larga reunión con Alba en abril, el rey se había mostrado de acuerdo en zarpar de España el 15 de agosto. Sin

embargo, el duque no llegó a Bruselas hasta el 22 de ese mes. Dado que incluso el correo más rápido necesitaba diez días para llegar a Madrid y que el rey y su corte necesitarían otro mes para alcanzar la costa cantábrica, donde le aguardaba la flota, la salida no podría producirse hasta octubre, «quando ya no se zufriese meterme yo en aquella mar sin gran aventura de los que allí avíamos de yr».[386] En todo caso, cuando llegó octubre, el rey tenía otra razón para permanecer en España: estaba a punto de volver a ser padre. En agosto de 1566, la reina dio a luz a Isabel Clara Eugenia y, a principios del año siguiente, volvió a quedarse embarazada. Cuando el duque de Alba salió de Aranjuez, la reina estaba segura de que su parto se situaría entre el 10 y el 15 de octubre. A diferencia de María Tudor, Isabel había calculado correctamente: parió a su segunda hija, Catalina Micaela, el 10 de octubre de 1567.

«A Su Majestad se ofrecerán otros negocios de importancia»

Así pues, Felipe tenía ya tres hijos, y una mujer fértil e inteligente para ejercer como su regente: todo sugiere que los preparativos para su regreso a los Países Bajos hubieran podido retomarse en 1568. Pero, como el desventurado barón de Montigny había advertido al rey en julio de 1566, cualquier retraso significaba que «a Su Majestad se ofrecerán otros negocios de importancia» que le forzarían a cambiar sus planes. Y, de hecho, tres «negocios» completamente desvinculados de los Países Bajos —dos surgidos en América y uno en España— obligaron a Felipe a permanecer en la península ibérica.

En 1562, un grupo de hugonotes zarparon hacia La Florida y establecieron allí una colonia fortificada que llamaron Nueva Francia, desde la cual podían amenazar a cualquier flota que regresara a Europa, dado que todas tenían que atravesar el canal de las Bahamas para ganar los vientos del este que les llevarían a

casa. Pero las fuerzas de Felipe apresaron a algunos colonos, y durante su interrogatorio revelaron ciertos detalles de la localización, tamaño y defensas de la base hugonota. También declararon que una segunda expedición, que entonces se estaba preparando en Francia, pronto les proporcionaría refuerzos. Estas alarmantes noticias llegaron al rey en marzo de 1565, y enseguida firmó cartas instando a Pedro Menéndez de Avilés, que tenía una amplia experiencia en comandar flotas, a zarpar con una fuerza expedicionaria desde Sevilla y tomar posesión de La Florida.

El rey dudó en autorizar un ataque directo a los franceses, debido a que la reina Isabel estaba a punto de reunirse con Catalina de Médicis en Bayona para resolver sus diferencias amigablemente, pero Alba, jefe de la delegación hispana, le aconsejó mantenerse fuerte. El duque recomendó al rey equipar una nueva flota «de manera que se pudiesen echar con brevedad [a los franceses] de donde estaban» y, al mismo tiempo, «mandar que los del Consejo de Indias pusiesen en escripto las razones que por parte de Su Magestad se tenían para que franceses no pudiesen venir a poblar allí», un documento que Alba presentaría a los franceses en Bayona.[387] En junio de 1565, mientras Alba e Isabel discutían con Catalina en Bayona, una segunda flota de ocho barcos, equipados con dieciséis cañones de asedio y más de mil hombres (la mitad de ellos soldados), partió de Sevilla. El rey esperaba que cuando los hugonotes en Francia se enteraran del tamaño de la flota de Menéndez, «tendrían myedo dél y, podría ser, dexasen la jornada», pero la segunda expedición francesa había zarpado ya.[388]

Era demasiado tarde para esperar refuerzos, de modo que Menéndez tuvo que contentarse con las fuerzas de que disponía. Tras construir un fuerte que llamó San Agustín, lanzó a continuación un ataque sorpresa que se saldó con la captura

de la colonia francesa. Menéndez perdonó la vida de mujeres y niños, pero mandó ejecutar a la mayoría de los varones a sangre fría y encarcelar a los restantes. Las noticias de estos acontecimientos llegaron a España en febrero de 1566; Felipe aprobó las ejecuciones y ordenó que los supervivientes fueran condenados a pasar el resto de su vida remando en sus galeras. También ordenó la construcción de doce embarcaciones conocidas como galizabras en los astilleros de Bilbao a fin de constituir una Armada de Indias permanente, dedicada a salvaguardar el Caribe y La Florida frente a cualquier otro ataque protestante. El monto total que Felipe tuvo que pagar por esta considerable ampliación de sus dominios americanos apenas alcanzó los 250.000 ducados, una cifra equivalente a solo un cuarto del coste de enviar al duque de Alba a Flandes.

A pesar de este éxito, Felipe nunca pudo descartar del todo el riesgo de otra incursión francesa, y esta preocupación influyó en su respuesta a un nuevo desafío a su control que tuvo lugar en Nueva España poco después. Tras la muerte de Velasco en 1564, algunos de los descendientes de los primeros conquistadores exigieron al rey que el hijo de Hernán Cortés, don Martín Cortés —marqués del Valle y el mayor encomendero del virreinato—, fuera nombrado su capitán general y solicitaron el derecho a reunirse en asamblea (Parlamento) para debatir y decidir los asuntos novohispanos. Dos años más tarde, los oidores (jueces) de la Audiencia, que gobernaban Nueva España hasta que llegara el nuevo virrey, recibieron noticias de que varios encomenderos planeaban ir mucho más lejos y organizar una «rebelión y alzamiento» dirigida «[a] matar a los dichos oydores y a otros que acudiessen al servicio de Su Magestad, y alçarse con esta tierra y eligir rey» a don Martín, al tiempo que mantenían relaciones con otros encomenderos descontentos en Guatemala y Perú. Los oidores reaccionaron con firmeza; después de todo, apenas hacía cinco

años que Lope de Aguirre había fortificado la isla Margarita, declarándose a sí mismo «rey del Perú» y proclamando que se «desnatur[alizaba] de los reynos de España y que no conozco por mi rey al de Castilla», y algunos de los seguidores de Aguirre ya habían participado en otras tentativas para librarse de la soberanía española.[389] El 16 de julio de 1566, los jueces arrestaron y juzgaron a Cortés y algunos otros, dos de los cuales fueron ejecutados casi inmediatamente. En este punto llegó un nuevo virrey, el marqués de Falces, que suspendió la sentencia de Cortés y le envió a España bajo custodia. Los oidores acusaron a Falces de simpatizar con los rebeldes y exigieron al rey que le retirara.

Las noticias de estos dramáticos acontecimientos llegaron a España en marzo de 1567. El embajador portugués en Madrid se enteró de que «en la Nueva España se conjuraron setecientos moradores para levantarse contra el rey o virrey», mientras que su colega francés, el barón Fourquevaux, señalaba que en aquel momento «el rey tiene tantas regiones por las que preocuparse que no puede ocuparse de todas ellas».[390] Felipe compartía estas preocupaciones y por tanto actuó rápidamente. Mandó regresar a Falces y envió a unos comisionados especiales para investigar «la rebelión y alzamiento que se pretendió hazer contra nuestro servicio en la Nueva España». Finalmente, los comisionados y el Consejo de Indias juzgaron a casi cien personas (entre ellas veintidós encomenderos y doce clérigos), de las cuales ejecutaron a diez «por el delito de rebelión» y sentenciaron a otras a galeras o al «destierro perpetuo de las Yndias».[391] La rebelión de Martín Cortés sería la última en Nueva España en más de un siglo.

Felipe demostró así que podía ocuparse de «otros negocios de importancia» en el hemisferio occidental sin desviar su atención de los Países Bajos. No podía decirse lo mismo de los problemas familiares. A lo largo de 1567, el comportamiento

de su hijo y heredero, don Carlos, constituyó un grave motivo de preocupación y, en enero del año siguiente, Felipe decidió que su heredero representaba una seria amenaza para la seguridad, por lo que mandó arrestarle y encarcelarle. Este hecho no pudo por menos que afectar al plan de Felipe de regresar a los Países Bajos, y el proceso por el cual llegó a asumir estas consecuencias puede vislumbrarse en la carta al emperador Maximiliano en la que explica las razones para el arresto de su hijo. El borrador decía originalmente «pienso ir a Flandes al verano», pero, al releerlo, el rey cambió esta frase por «no yendo yo este año a Flandes».[392]

Poco imaginaba Felipe, cuando efectuó esta pequeña mudanza, que «este año» de 1568 no solo sería testigo de la muerte de su heredero, sino también de la de su esposa; y, además, que estallaría una revuelta en la propia España protagonizada por los moriscos de Granada. Ahora bien, las predicciones de Montigny, que por entonces languidecía en prisión acusado de traición, y de Fourquevaux quedaron ampliamente demostradas. Dadas las dimensiones de la Monarquía española, el aplazamiento de una decisión importante siempre implicaba el riesgo de que, entre tanto, «a Su Majestad se ofrecerán otros negocios de importancia» y que «el rey tiene tantas regiones por las que preocuparse que no puede ocuparse de todas ellas».

9. El rey y su familia

Felipe II disfrutó de escasa vida familiar durante las dos décadas siguientes a la muerte de su madre en 1539. Su padre partió de España casi inmediatamente, dejando órdenes precisas para limitar el tiempo que Felipe podía pasar con sus hermanas María y Juana; y aunque se casó con su prima María Manuela en 1543, el emperador también redujo el tiempo que podían pasar juntos, hasta que, dieciocho meses más tarde, la muerte de ella le dejó viudo a la edad de dieciocho años *(véase capítulo 2)*. Entre 1548 y 1551, Felipe dejó en España tanto a su único hijo, don Carlos, como a sus dos hermanas para recorrer el norte de Europa con su padre, pasando también largas temporadas con su tía María de Hungría, quien al parecer no le tenía ninguna simpatía, y con su tío Fernando, por quien Felipe sentía un gran afecto. En cuanto regresó a España, su hermana María, casada con su primo Maximiliano, salió para Austria. Felipe solo la vio una vez a lo largo de las siguientes tres décadas. Su hermana Juana también se marchó de España para casarse en 1552 y, aunque regresó dos años más tarde, al poco tiempo Felipe zarpó hacia Inglaterra para casarse con María Tudor. No volvió hasta pasados más de cinco años.

Incluso los meses que Felipe permaneció en Inglaterra en 1554 y 1555 aportaron pocos elementos de vida familiar, dado que no llevó a ningún pariente con él y la única hermana de la reina, Isabel Tudor, pasó la mayor parte de ese tiempo en prisión o desterrada de la corte bajo sospecha de traición. Después, en Bruselas, Felipe vivió casi un año con su padre y sus tías María y Leonor, pero ellos tres regresaron a España en 1556 y nunca volvió a verles. Al año siguiente, pasó tres meses más con su esposa en Inglaterra, pero de sus otros parientes solo tenía la compañía de su medio hermana Margarita de Parma y el hijo de esta, Alejandro, que le acompañaron tanto en

Londres como en Bruselas.[⇒]

Esta soledad familiar cesó únicamente en 1559, cuando Felipe se reunió con Juana y don Carlos, conoció a su hermano don Juan y, poco después, se casó con Isabel de Valois *(véase capítulo 7)*. Felipe se convirtió al fin en el jefe de su propia familia, una posición que quedó reflejada en los numerosos retratos en los que el modelo sujeta un medallón o camafeo con la imagen del rey [véase lámina 29]. Todos —esposas, hermanos, hijos y otros parientes cercanos— formaron parte de una familia que proporcionaba a Felipe un apoyo importante, tanto emocional como práctico, para enfrentar las presiones y los problemas ineludibles de un imperio en el que no se ponía el sol.

El rey y sus hermanos

Aunque sabemos muy poco de las relaciones de Felipe con sus parientes más próximos cuando estaban bajo el mismo techo, sus prolongadas separaciones les impulsaban a escribir en sus cartas las cosas que de otro modo se habrían comunicado en persona. La primera correspondencia familiar íntima que poseemos es la serie de cartas ológrafas escritas a su cuñado Maximiliano tras su matrimonio con María en 1548. Felipe informaba al «rey de Bohemia mi hermano» de sus actividades («Mañana començaré las caças de Alemania […]. Quisiera mucho azer compañía en ellas a Vuestra Alteza»), decepciones («el preñado de la reyna, que teníamos por tan cierto, no lo ha sido. Mejor lo hazen Vuestra Alteza y mi hermana que ella y yo») y alegrías («estoy muy contento porque pienso estar presto en Flandes y más cerca de Vuestra Alteza»).[393]

Felipe también mantuvo una intensa correspondencia con su hermana María a lo largo de los años en los que permanecieron separados. Sabemos que leía sus cartas con atención, porque muchas de ellas contienen anotaciones de su puño y letra. En 1569, mientras ultimaba los preparativos del

viaje de su sobrina y futura esposa, Ana, desde Alemania a España, Felipe esperaba que María viniera con su hija, porque «seríame de tanto contentamiento verla». Aseguró a sus enviados ante la corte imperial, «soy cierto que le será [a María] de tanto contentamiento y satisfacción vernos juntos, ella y yo y la Sereníssima Princesa, nuestra hermana [Juana]», que vendría, «tanto más que entre hermanos que tanto nos amamos».[394] A pesar de que en esta ocasión María decepcionó a su hermano, ella defendió los intereses de España en Alemania e incluso llegó a espiar en algunas ocasiones a su marido. Por ejemplo, en 1567, María le dijo a un diplomático español, «en secreto, que leyendo estos días unas cartas que estaban en la mesa del emperador» descubrió algunos asuntos que su hermano debía conocer, de modo que se los transmitió. Tres años más tarde, el rey revelaba que él también escondía algunas materias a su cuñado. Le decía a su embajador ante la corte imperial:

> A mi hermana escribo dos cartas: una de los negocios que podrá mostrar al emperador, esta le enviaréis en abriendo el pliego; y otra de algunos particulares que han de ser para ella sola, sin que el emperador ni otro ninguno lo sepa, esta irá aparte, con cubierta de Zayas [secretario de Estado] para vos, como si fuese suya. Habeisla de tener muy secreta, y cuando vayáis a mi hermana diréis, sin que nadie lo entienda, cómo le tenéis otra carta particular, que ella mire cómo y cuándo se la habéis de dar.[395]

Por lo general, la correspondencia de María con su hermano se centraba en el bienestar de sus hijos residentes en la corte de España (primero Rodolfo y Ernesto, y luego Ana, Alberto y Wenceslao), y a partir de 1570 empezó a aconsejar a Felipe, entonces también su yerno, sobre temas tan íntimos como la manera de evitar «competençias» entre los niños de Ana y las dos hijas de Felipe con Isabel de Valois. Pero los hermanos también compartían recuerdos referentes a cosas que sus padres habían dicho o hecho, o pedían favores para aquellos que les habían servido. Por ejemplo, en 1573, María le escribió a Felipe que

la muerte de Ruy Gómez me a pesado en estremo por cuan buen criado era de Vuestra Alteza, y de tanto tiempo, y por acabarse en él los de nuestra madre. Bien sé que Vuestra Alteza le ha de hacer tanta merced después de muerto como vivo, pues la a más menester, mas no puedo dejar de suplicar a Vuestra Alteza que sea ansy por hazer lo que devo, y porque tengo mucha lástima a su muger.

Poco después, María se lamentaba con su hermano de otra pérdida mucho más dolorosa: la muerte de «nuestra hermana» Juana. Al recibir la noticia, María le confió a Felipe: «No puedo dejar de confesar a Vuestra Alteza que me allo muy sola syn ella, por más lejos que estávamos». Y esta era en suma la finalidad de toda esta correspondencia íntima: mantener los lazos entre los tres «hermanos que tanto nos amamos» aunque estuvieran lejos.[396]

Las Descalzas Reales: un «espacio femenino» para la familia real

En 1554 Felipe escogió a su hermana Juana, entonces viuda y de solo diecinueve años, como regente de las Españas en su ausencia, a pesar de la fuerte objeción de su padre de que «la princesa es más altiva y entonces ovo tales desórdenes».[397] La princesa tenía una vida espiritual muy activa, y ya había tomado los votos simples de pobreza, castidad y obediencia exigidos a todos los novicios de la orden jesuita. De este modo, se convirtió en su único miembro femenino conocido, aunque ingresó con el nombre ficticio de Mateo Sánchez. En 1559, creó un convento de clarisas muy cerca del Alcázar Real de Madrid, pronto conocido como las Descalzas Reales, e hizo incorporar un aposento real. Después de que Felipe trasladara su corte a Madrid dos años más tarde, ese aposento constituyó un espacio femenino en la capital de la monarquía donde la reina y los infantes pudieron presenciar actos religiosos y disfrutar, aunque brevemente, la vida claustral, donde «las blandas camas y delicadas camisas se trocaban en cilicios y en tablas duras» y «las conversaciones que suelen usarse en los

palacios del mundo, ya no eran sino gemidos de coraçon y oraciones continuas».[398]

Pero Juana nunca dejó de ser «la princesa». Se pudo ver un pequeño ejemplo de su espíritu «altivo» cuando los jueces de la Inquisición la entrevistaron en 1562 como «testigo de abono» nombrado por Bartolomé de Carranza. Como a todos los testigos, con excepción del mismo rey, los jueces le pidieron primero a Juana su edad, y «dixo que es de edad de cincuenta años». ¡Qué mentira descarada! En aquel momento, como todo el mundo sabía, no tenía sino veintisiete. Sin duda, la hija de Carlos V consideraba tales preguntas impertinentes.[399]

Hasta 1570 Juana mantuvo un aposento en el Alcázar de Madrid, y, dada la juventud de la reina y del príncipe, durante las ausencias de Felipe ella presidía la corte. Se juntaba con la reina Isabel casi todos los días, acompañándola a misa y otros servicios religiosos en la capilla del palacio, así como visitando conventos y santuarios fuera. También las dos organizaron mascaradas: por ejemplo, la princesa y la reina tenían «ordenada una brava máscara de todas sus damas» en el palacio en honor del día de San Sebastián, el 20 de enero de 1568, pero el arresto de don Carlos el día anterior las obligó a cancelarla. El embajador portugués, Francisco Pereira, acudió inmediatamente a visitar a Juana, «que hallé distraída en lágrimas de tal acontecimiento. La consolé lo mejor que pude, pero aproveché poco, que tal está su alteza». Unos pocos meses más tarde, Juana volvería a llorar con motivo de la muerte de Isabel, que fue enterrada en las Descalzas a petición suya. La princesa cuidó de las dos infantas huérfanas, a quienes, según le explicaba a la madre de Isabel, Catalina de Médicis, «quiero y tengo por tan hijas como ella».[400]

Juana continuó siendo la figura central de la familia real, y cuando estaba enferma, el rey se preocupaba por ella. «Oy no

he savido de my hermana», escribió a un ministro de confianza desde El Pardo un día que Juana, en Madrid, tenía problemas de salud. «Concertaréis con [el doctor] Vallés que os dé a las noches un papel para my de cómo avrá estado desde la noche de antes, que me embiaréis con los correos de cada noche». Después de 1570, la princesa pasaba más tiempo en las Descalzas, donde vivió como una recogida entre su magnífica colección de reliquias, que guardaba en un oratorio especial situado entre su cámara y el convento, junto a sus cuadros religiosos y una galería de retratos de familiares, para ayudarla a tenerles presentes en sus oraciones. Pero todavía recibía con frecuencia a la reina Ana y a sus sobrinos en su aposento. Cuando Juana repentinamente murió en 1573, Felipe quedó consternado, «porque le amaba tanto», y no pudo «disimular su sentimiento».[401]

Por ser una fundación real, las Descalzas pasó a estar bajo el patrocinio directo de Felipe y por eso continuó sirviendo de refugio a las mujeres de su familia. Así, entre 1580 y 1583, mientras el rey residía en Portugal, sus hijos pasaban mucho tiempo en el convento; y cuando en 1582 la emperatriz María llegó a Madrid, se instaló en el aposento de su difunta hermana, donde acogió a los hijos de Felipe y Ana —por tanto, nietos suyos—, así como a sus sobrinas, las hijas de Felipe e Isabel de Valois.

«Ysabel de Francia, Reyna de Castilla»

Felipe vivió casi ocho años con su tercera esposa, mucho más tiempo que con sus mujeres anteriores. Cuando «Ysabel de Francia, Reyna de Castilla», como ella se intitulaba, contrajo matrimonio con Felipe en enero de 1560, tenía catorce años y vivía una adolescencia perezosa e indulgente, levantándose y vistiéndose a horas estrambóticas, comiendo cuando le venía en gana y marchándose a la cama con cualquier excusa. Además,

también era poco previsora. Inicialmente, Felipe asignó 80.000 ducados para los gastos anuales de la Casa de su esposa (en comparación con los 250.000 para su propia Casa, capilla, guardias y los salarios de todos los funcionarios del gobierno central), pero, pasados dos años, tuvo que aumentar la cantidad a 100.000 ducados. Sin embargo, la joven reina siguió gastando más de lo que recibía: en 1565, sus deudas llegaron a sumar 180.000 ducados.

¿Adónde iba todo ese dinero? Al parecer, compraba pocos libros y, aunque el rey contrató a Sofonisba Anguissola —la talentosa hija de un diplomático italiano— para que la enseñara a pintar, Isabel prefirió posar para Sofonisba, quien le realizó numerosos retratos, que la reina hizo copiar para mandarlos a sus parientes. Tampoco gastaba dinero en entretener a sus invitados. Salvo a través de otros miembros de la familia real, pocos podían obtener acceso a ella sin enfrentarse a complicadas gestiones previas. Los embajadores extranjeros y dignatarios podían presentarle sus respetos, pero solo mediante cita, y nunca mientras el rey se encontrara ausente de la capital. Las cuentas de su Casa solo revelan cuatro pasatiempos activos: la danza (Isabel compró violas, vihuelas, flautas, un órgano y tres arpas, y tenía empleado a un maestro de danza); los juegos de mesa (le gustaban los naipes, dados, trucos y tejos, las rifas o echar suertes; y a menudo tenía que pedir dinero a los servidores de su casa para seguir jugando y perdiendo); y, sobre todo, las comedias y los vestidos. Las cuentas de la Casa de la Reina revelan que esta organizó más de treinta comedias entre 1561 y 1568, siete de ellas a cargo del famoso «representante» Lope de Rueda, quien cobraba diez ducados en metálico por cada función. El día de Reyes de 1565, la reina y la princesa Juana organizaron algunos espectáculos combinados que culminaron con una mascarada y una comedia en la que participaron escritores, sastres, el principal paisajista real —

Antonio de las Viñas, que percibió cien ducados «por la ocupación de su persona en pintar los lienços y hazer otras cossas que fueron necessarias para la sobredicha comedia»— y dos escultores traídos por el rey de Italia que recibieron cien y setenta ducados respectivamente por fabricar «figuras de bulto y otras cosas para la sosodicha comedia». La suma total gastada en preparar aquella tarde de entretenimiento puede que alcanzara los 50.000 ducados.[402]

Isabel también gastaba muchísimo dinero en los espectaculares y costosos trajes con los que aparece en sus retratos: los llevaba por si acaso Felipe le hacía una visita. Esas visitas llegaron a ser más frecuentes desde el verano en que Isabel empezó a menstruar, y en enero de 1562, según su camarera, «después de haber rezado sus oraciones, duerme toda la noche con el rey su marido, quien nunca se ausenta sin una buena causa». Pero un año más tarde el embajador veneciano resaltaba la falta de atención de Felipe hacia Isabel, afirmando que «usa el rey en el palacio todas maneras de honor y amor» hacia su esposa, «pero en secreto le dio poca satisfacción». De hecho, continuaba, Felipe a menudo visitaba a su esposa por «la noche a horas extraordinarias» cuando ella ya se había quedado dormida, y «contentándose de haber hecho esta demostración, se marchó».[403] La madre de Isabel, Catalina de Médicis, animó a su hija a ignorar estas afrentas y hacer todo lo que pudiera por agradar a su marido, pero, pocos meses más tarde, el rey anunció que la dejaba para visitar a sus súbditos aragoneses. El rey no tenía pensado hacerlo así —el propósito del viaje era garantizar el juramento de don Carlos como príncipe heredero de la Corona de Aragón—, pero cuando su hijo se puso demasiado enfermo para poder viajar, Felipe decidió que se quedara también Isabel. Según Pereira, el embajador portugués, la reina se puso furiosa y «procura todo lo que le es posible ir con el rey». Para calmarla, Felipe prometió que podría salir más

tarde para acompañarle, y se dispuso a partir a toda prisa, aunque poco después Ruy Gómez le aseguró a Pereira que el rey no tenía ninguna intención de mandar llamar a Isabel. Al contrario, dejó órdenes expresas de que ella y sus damas solo pudieran salir de su aposento para oír misa en la capilla de palacio o para cenar; que a partir de las dos de la tarde nadie podía entrar ni salir; y que a las diez de la noche los guardias debían dejar cerradas sus estancias. Al poco tiempo, la reina se dio cuenta de que había sido su insistencia lo que llevó a su marido a mentirle. «Está con mucho sentimiento», informó Pereira, reparando en las «lágrimas que tenía lloradas por la partida del rey».[404]

Catalina de Médicis compartía la indignación de su hija, y ordenó a su embajador que le recordara a Felipe en una audiencia «el deseo que tenemos de que nazca algún niño» y le expresara la esperanza de que él no tardara en «justificar nuestra opinión de que es un buen marido». Al oírlo, Felipe, por una vez, perdió el control y estalló en carcajadas, rogando al embajador que garantizara a su suegra que «se esforzaría todo lo posible por mantener la reputación que se había ganado».[405]

Al parecer, Isabel aprovechó esos nueve meses de aislamiento para aprender castellano con el fin de entretener mejor a su marido cuando volviera, porque más tarde era capaz de escribir de su puño y letra, en un español perfecto, las treinta y dos páginas de su testamento, que incluía un legado de dos mil ducados a «Claudio, my maestro, que me enseñó a leer y escribir».[406] De todas maneras, cuando en mayo de 1564 Felipe se reunió con su mujer, ahora de dieciocho años, pronto se mostró «buen marido». Llevó a Isabel a Aranjuez, donde los dos solos compartían comidas al aire libre en los retirados jardines: la reina afirmaba que no podía escribir a su familia porque pasaba casi todo su tiempo con el rey, cuyo amor, decía, le llenaba de felicidad. Para julio ya estaba embarazada. Pero

luego sobrevinieron complicaciones que obligaron a Isabel a guardar cama, y, al parecer, las purgas, enemas y sangrías de los médicos hicieron que el embarazo se malograra. Finalmente se recuperó, aunque las cicatrices de las incisiones y los torniquetes tardaron meses en desaparecer.

Durante toda aquella enfermedad, Felipe permaneció en Madrid, donde pasaba varias horas al día junto al lecho de su esposa. Cuando esta se recuperó, con su permiso se marchó a inspeccionar los avances de El Escorial, no sin antes preguntar a los médicos «si podrían dormir juntos cuando él volviera». La respuesta debió de ser afirmativa porque, cuando en 1565, el embajador francés transmitió otro requerimiento de Catalina de Médicis para tener nietos, la reina «respondió con una sonrisa que el problema residía en ella, y no en el rey, su marido». La situación cambió poco después, ¡debido aparentemente al entusiasmo de su marido por las reliquias! Tras complejas negociaciones con la corte francesa, Felipe consiguió el regreso del cuerpo de san Eugenio a su ciudad de nacimiento, Toledo, y en noviembre de 1565 Isabel salió de palacio para venerar el paso de las reliquias, al tiempo que hacía el juramento de llamar a su hijo como el santo si conseguía quedarse encinta. Parece que esto impresionó al santo, ya que nueve meses después la reina daba a luz a su primera hija, a quien llamó Isabel Clara Eugenia. La reina informó al embajador francés de que «creía haber concebido a la infanta aquella noche, dado que después de ver las reliquias volvió con su marido».[407]

Nada más confirmarse el embarazo, el embajador francés escribió que, según «sus domésticos», el afecto de Felipe por su esposa «crece cada vez más desde que está embarazada, tanto que pasa con ella dos horas cada tarde» y en «todo momento le demuestra su cariño de formas hasta ahora nunca vistas».[408] En junio, la pareja se trasladó al Bosque de Segovia, lugar que

Felipe consideraba más sano y agradable que Madrid, y allí siguieron compartiendo mucho tiempo juntos. El 1 de agosto, cuando Isabel creyó que ya estaba de parto, el rey saltó de la cama para estar con ella; y aunque resultó ser una falsa alarma, a partir de entonces Felipe la estuvo visitando hasta cinco veces al día. Cuando el día 11 comenzó el parto, el rey permaneció junto al lecho de su esposa, cogiéndole la mano y administrándole una poción especial enviada por Catalina de Médicis para aliviar el dolor en el momento del alumbramiento. Después, Felipe se mostró tremendamente orgulloso y satisfecho de su nueva paternidad, pero empezó a ponerse nervioso ante el brete de tener que llevar en brazos al bebé a la pila bautismal. Según el embajador francés, quien debió de conocer la historia por la reina, Felipe se puso a practicar «paseándose con un gran muñeco en brazos de un lado a otro de la habitación; pero al final no consiguió hacerlo bien, por lo que tuvo que dejar que fuera don Juan de Austria quien llevara en brazos a la infanta». Es posible que el nerviosismo del rey se desatara debido a la fiebre puerperal que sufrió Isabel, como le había ocurrido a su primera esposa, María Manuela, pero Isabel se recuperó pronto y el embajador Fourquevaux predijo que, ahora que su fertilidad estaba demostrada, «la reina nos dará un hijo cada año».[409] Su pronóstico no tardó en cumplirse: a principios de 1567, la reina volvió a quedarse embarazada.

Aunque la noticia fue motivo de regocijo en toda España, supuso un serio dilema para el rey: acababa de prometer viajar a los Países Bajos a restaurar el orden y, como en 1563, Isabel no estaba dispuesta a que su marido se fuera sin ella. Para su alivio, Felipe aceptó —un hijo nacido en los Países Bajos sería considerado como un «príncipe nativo», lo que tal vez apaciguaría a sus súbditos flamencos—, por lo que hizo planes para que ella fuera a través de Francia, donde podría ver a sus

parientes, mientras él zarpaba hacia Flandes. Luego se reunirían en Bruselas. Pero dada la todavía turbulenta situación en los Países Bajos, en agosto de 1567 Felipe resolvió que la situación no permitía a la familia real salir de España *(véase capítulo 8)*.

Una vez más, Felipe permaneció junto a su mujer durante el trabajo del parto, pero esta vez mostró su decepción al ver que se trataba de otra niña: Catalina Micaela. En esta ocasión ni siquiera se quedó para el bautizo. Sin embargo, poco después, la reina volvió a estar embarazada, y pasaba el tiempo jugando a las cartas, los aros y los dados, oyendo contar chistes a sus bufones o comiendo con Juana y algunas de sus damas en la Casa de Campo. Luego, en septiembre, Isabel cayó enferma: se desmayaba a menudo, sufría temblores y comía y dormía poco e irregularmente. Una vez más, los médicos volvieron a aplicarle enemas y sangrías mientras el rey permanecía a su lado, cogiéndole la mano, calmándola y consolándola. El 3 de octubre de 1568 oyeron juntos misa por última vez.

Durante todo su matrimonio, Isabel se había esforzado por influir en su marido en todos los asuntos concernientes a Francia. Lograba convencer a Felipe para que concediera audiencias al embajador francés cuando el rey se negaba a recibir a todos los demás; debatía con él sobre las cuestiones en las que su madre, Catalina, necesitaba apoyo; y a veces filtraba incluso información confidencial a diplomáticos franceses. Ahora, al sentir que su vida se acercaba al final, con su nueva fluidez en castellano, Isabel pidió a su marido que le prometiera que continuaría apoyando a su hermano, el rey de Francia. Cuando Felipe se mostró de acuerdo, la reina cambió de objetivo: «Asió del rey la reyna, y no le dexó ir de su presencia, hasta que le diesse su palabra de remediar y faborescer a todos sus criados y criadas, en especial a las extrangeras francesas. Y el rey la prometió y dio su fe y palabra que haría como se le pedía, y le besó la mano». Por último, le dijo a Felipe que, igual que

ella siempre le había pedido a Dios que le concediera a su marido larga vida mientras estuvo a su lado, cuando llegara al cielo (lo que sabía que ocurriría pronto) continuaría haciendo lo mismo. En ese momento Felipe se derrumbó: conmovido por el hecho de «que la reyna, estando tan trabajada y con tan mortales congoxas, hablaba con tanta espíritu semejantes palabras, no pudiendo detener las muchas lágrimas que le caían, se salió fuera del aposento». Unas horas después, Isabel dio a luz a otra niña. Ambas murieron al poco tiempo.[410]

La reina fue enterrada en las Descalzas Reales, el lugar que tanto solaz le había proporcionado, mientras que el rey se trasladó a San Jerónimo a llorarla. Durante más de dos semanas, se negó a ver documentos, a ministros o a embajadores, uniéndose a los monjes en las continuas misas que estos dijeron por el alma de su difunta esposa; cuando salió, se fue directamente a El Escorial a pasar otro periodo de retiro. En Nochebuena, concedió una audiencia al embajador francés, quien le leyó en voz alta una carta de condolencia de Catalina de Médicis, con la cual, según informó el embajador, el rey volvió a echarse a llorar. Seis meses después le dijo a su exsuegra que las dos hijas de Isabel, de dos y tres años de edad, eran «todo el consuelo que me ha quedado de hauerme privado Nuestro Señor de la compañía de su madre».[411]

Vida familiar al fin

Sin heredero ni esposa, Felipe sabía que era imprescindible volver a casarse, y pronto acordó con su hermana María que se casaría con Ana, hija mayor de esta y de Maximiliano, primo de Felipe; pero, para su sorpresa, Pío V se negó a conceder la dispensa necesaria. En una carta ológrafa, informó al rey de que «aunque algunos de nuestros predecesores han concedido dispensas en casos de impedimentos similares», se habían equivocado: Pío pensaba que ningún papa tenía poder para

permitir a un príncipe casarse con su propia sobrina. Además, añadía el papa deliberadamente, «hemos visto los malos resultados que se derivan de estos matrimonios en primer grado», una referencia descarada a los «defectos de la naturaleza» que se habían experimentado recientemente con su hijo don Carlos *(véase capítulo 10)*.[412]

Felipe también mantenía cierta reticencia sobre casarse con su sobrina. En una carta ológrafa de trece páginas, se quejaba al duque de Alba de que «no es muy conforme a my contentamyento el casarme, y mucho menos agora que nunca, que cierto lo quixera harto escusar». Este desagrado por el matrimonio que expresaba entonces era el mismo que había manifestado una década antes, cuando pensaba que tendría que casarse con Isabel Tudor *(véase capítulo 7)*: «A la verdad estoy muy cansado y quebrantado y sin ningún contentamyento de nada, y esto pasárase mejor a solas. Mas, como digo, por el servicio de Dios yo me sacrifico a todo».[413] El 14 de noviembre de 1570, en Segovia, Felipe —de cuarenta y tres años de edad — se casó con su sobrina, la archiduquesa Ana de Austria, de veintiuno.

Parece que los novios atravesaron algunos problemas, porque tres meses después de celebrarse el matrimonio, don Diego de Córdoba (cortesano que parecía saber todo lo que pasaba en la alcoba de su señor) se alegraba de que al fin el rey y la reina estuvieran durmiendo juntos todas las noches: «Téngalos Dios de su mano, y presto veamos el fruto que se desea. No pierden noche. De las cosas que solían hazellas perder, no ay memoria, por la bondad de Dios y della», aunque, añadía, «solo hay malo estar pocas oras *in lecto*».[414]

Una de esas «cosas» a las que se refería eran sin duda las numerosas restricciones que el rey impuso al entorno doméstico de su nueva esposa. Tres semanas antes del matrimonio, Felipe

informó al marqués de Ladrada, el mayordomo mayor de Ana, de que «no conviene que tenga [su casa] la orden que en tiempo de la reyna que aya gloria». A continuación enumeraba una larga lista de prohibiciones, cada una de ellas dirigidas a poner fin a algún aspecto de las pocas libertades de que disfrutó la difunta Isabel de Valois. Algunas iban dirigidas a mantener lejos a otros hombres («cuando la reina dançare retirada, no entrará sino el mayordomo mayor»); otras, a mantener cerca a las damas («quando alguna señora quissiere yr a palaçio, se a de preguntar a la camarera mayor quando, y a que oras de las que estuuiere ordenado lo podrá hazer […]. Han de ser quando los porteros tienen las puertas, y no a oras extraordinarias y prohiuidas»). En resumen, que «todo se haga como en el [tiempo] de my madre […] y conforme a lo que allí se hazía, se haga agora, y será lo más acertado».[415]

Fueran cuales fueren las «cosas», «desde el 20 de marzo [de 1571] falta su regla a la reina» y cuando Felipe llevó a su familia a Aranjuez, en mayo, insistió en que la reina viajara en literas y sillas. Cuando al mes siguiente fue a El Escorial, insistió en que Ana se quedara en el Alcázar de Madrid, si bien le preocupaba que allí pasara demasiado calor, por lo que le decía a Ladrada: «No ay duda sino que el aposento de la reyna está caluroso, a lo menos de noche, y así sería muy bien que se pase a dormyr solamente a my cámara para que esté fresca de noche». En julio volvía a expresar su preocupación: «Si la reyna quixese ir fuera, acordadle que baya en silla» para evitar el riesgo de caerse. Más avanzado aquel mismo año, cada vez que visitaba San Lorenzo, Felipe ordenaba a Ladrada: «Avisadme si se suelen sentir dolores algún día antes, porque no querría faltar de aý al parto». Regresó a tiempo, y pasó seis horas junto al lecho de Ana mientras, el 3 de diciembre de 1571, ella daba a luz a un hijo, el nuevo príncipe de Asturias, al que llamaron Fernando. Toda España se alegró de la noticia, y, como un perspicaz observador

anotó el día en que nació: «El rey está el más contento hombre que jamás se ha visto».[416]

Durante varios días, el *Diurnal* de Antonio Gracián no registra el tratamiento de ningún asunto de carácter oficial; y, pocos días más tarde, cuando algunos embajadores acudieron a felicitar oficialmente al orgulloso padre, le encontraron vestido con un jubón de seda negra, pantalones y medias de terciopelo de color plateado, y una capa de damasco ribeteada en piel. El 16 de diciembre, Felipe ocupó el lugar de honor en la procesión que fue desde el Alcázar a la iglesia de San Gil el Real para el bautizo de Fernando, celebrado por el cardenal Espinosa ante la presencia de un nutrido grupo de grandes de España y el cuerpo diplomático en pleno [véase lámina 30]. El rey se sentía tan eufórico por la feliz coincidencia del nacimiento con la batalla de Lepanto, ganada dos meses antes, que perdonó a varias personas condenadas por cazar sin permiso en los sitios reales «en gratitud a Nuestro Señor por la victoria en el mar y por el nacimiento de un hijo».[417] También encargó un enorme cuadro a Tiziano en el que se enlazaran ambos hechos; el pintor de corte de Felipe, Alonso Sánchez Coello, envió instrucciones y bocetos, previamente aprobados por el rey, para que *Felipe II ofreciendo al cielo al infante don Fernando* resaltara debidamente la relación directa y especial entre el Rey de los Cielos y el de España, así como el glorioso futuro que aguardaba al príncipe Fernando, a quien Tiziano situó en el centro de la composición [véase lámina 31].

Por fin había una gran familia en torno al rey. La reina Ana no solo dio a luz a siete hijos a lo largo de los siguientes diez años, sino que también trajo consigo a España a dos de sus hermanos menores, Alberto y Wenceslao, y se convirtió en una segunda madre de sus hijastras Isabel y Catalina. En la década de 1570, la familia real disfrutó de una confortable rutina de vida: el rey, su esposa, sus hijos y sus parientes más próximos

pasaban la mayor parte del invierno en el Alcázar de Madrid, y visitaban El Escorial en verano y para las principales festividades religiosas, Aranjuez en la primavera y El Pardo en otoño. En ocasiones Felipe visitaba solo alguno de sus reales sitios, pero, según un embajador, cuando vivían bajo el mismo techo

> Su Majestad visita a la reina tres veces al día: por la mañana antes de oír misa; durante el día antes de empezar a trabajar; y por la noche antes de acostarse. Tienen dos camas bajas, separadas dos palmos la una de la otra, pero que al estar cubiertas por una baja cortina, parecen una sola. El rey ama a su esposa tiernísimamente, y está con ella más que antes, marchándose rara vez de su lado. [418]

Y siempre que Felipe «se marchaba de su lado», los reyes intercambiaban cartas una o dos veces cada semana (Ana era bilingüe en alemán y castellano). Por ejemplo, en julio de 1571, Ladrada anunció a Felipe que «la reina nuestra señora me a dado esta noche esta carta para Vuestra Magestad», y la envió a El Escorial. Dos días más tarde, el rey contestó: «Aquí va la respuesta, que por aver yo llegado ayer algo cansado y aver tenido que despachar, no pude escribirla hasta esta mañana». En otra ocasión, Felipe comunicó a Ladrada que había leído «la carta de la reina en respuesta de la mýa» y «agora daréis a la reyna la que aquí va».[419]

Felipe también quiso recibir a menudo boletines médicos sobre su familia. «Me avisaréis cada día de su salud [de la reina] y de la del príncipe», ordenó a Ladrada, al abandonar Madrid cuando Fernando solo tenía dos semanas. Nueve meses después, cuando el príncipe cayó enfermo, Felipe volvió a ordenar a Ladrada: «Avisadme esta noche, a tiempo que yo no sea acostado, de cómo le abrá ido oy al príncipe». Por si acaso el marqués tenía dudas, el rey repitió: «Estos días que yo estaré fuera, hazedme despachar cada noche un correo como se solía hazer y que este trayga los despachos que ubiere para my y vos me [e]scribid cada noche con él de manera que yo lo sepa a la

mañana como avrá estado el príncipe aquel día». Poco antes de la Navidad de 1572, cuando Felipe salió para El Escorial de nuevo mientras el joven príncipe estaba enfermo, insistió en que Ladrada le enviara una relación de los médicos, «y a este propósito concertaréis con el correo mayor que despache los correos cada noche después que le aya embiado vuestro pliego, de manera que llegue a my a la mañana».[420] La salud del heredero, por tanto, determinaba el ritmo del gobierno entero.

Cada vez que la salud de Fernando se deterioraba, el rey pasaba las noches sin dormir. En octubre de 1572, Ladrada envió a El Escorial un boletín pesimista a las siete y media de la tarde. Felipe le informó de que «el correo vino a noche después de las doçe, y avía una hora que yo dormýa; y así fue un poco de desabrimyento, más no se puede cuando ay causa para ello como agora. Y por no desvelarme más que quando lo hago, me duermo mal después». Dos días más tarde, cuando recibió noticias de la recuperación de Fernando, el rey le decía a Ladrada: «A sido muy bien embiarme esta nueva, con que creo que se cobrará esta noche el sueño que se perdió la otra noche».[421] Felipe también se preocupaba por sus hijas. Quería que pasaran tiempo al aire libre —«Bien parece a Su Magestad que las señoras infantas salgan algunas vezes para que les dé ayre, pues no ay planta que sin él pueda crecer»— y que llevaran una vida sana. Durante una visita de primavera a Aranjuez, Ladrada debía asegurarse de que cada «infanta madrugue y haga exercicio, y por esto y por todo será bien que se acuesten temprano». Felipe también se preocupaba porque las infantas pasaban demasiado tiempo metidas en «libros de caballería» y mandó que «leyesen más libros de devoción».[422]

Normalmente, Felipe parecía menos atento a sus hijos pequeños. A pesar de que proporcionaba soldados de juguete a sus hijos y animaba a sus hijas para que tuvieran jaulas con aves canoras en su habitación, como él mismo había hecho cuarenta

años atrás, rara vez les dedicó su tiempo en exclusiva hasta que fueron adolescentes. En julio de 1575, en el punto álgido de una crisis financiera, el príncipe Fernando (entonces de tres años de edad) cayó gravemente enfermo y sus médicos se debatían desesperados por encontrar el mejor remedio. El rey hizo algunas recomendaciones sobre los alimentos más convenientes que debía tomar su debilitado hijo —tortillas, aunque «no sé que en la tortilla ubiese tocino: pero si le quixera [el príncipe] no creo que dexara de dársele a trueque de que coma»—, y pidió al mayordomo del príncipe, don Pedro Niño de Ribera, que le informara con frecuencia sobre cómo comía y dormía su hijo. Así, concluía Felipe, «creo que se hace lo que humanamente se puede, mas Dios es el que lo ha de hacer todo». Hasta aquí, el comportamiento como padre era modélico, pero cuando los médicos informaron al día siguiente de que el príncipe no comía las tortillas prescritas y pidieron al rey que acudiera en persona para animar al niño a tomarlas, Felipe se negó rotundamente. «En la edad que tiene, no creo que me tendría mucho respecto para lo del comer; que si es por myedo, más tendrá a su ama. Y no tiene tantos años», afirmaba Felipe, «para que le aprovechase el ir yo allá».[423]

Tal vez el rey no se sintiera capaz de enfrentarse a la muerte de otro niño en ese momento, debido a un traumático suceso acaecido dos semanas antes: su hijo Carlos Lorenzo, que aún no había cumplido los dos años, enfermó y murió. Felipe, entristecido, envió el «corpecito» de su hijo para que fuera enterrado en El Escorial y dirigió una lamentación poco habitual a uno de sus oficiales de Hacienda:

> Mirad lo que con razón yo sentiré, viéndome en cuarenta y ocho años de edad y con el príncipe de tres, dejándole la hacienda tan sin orden […]. Y demás de esto, ¡qué vejez tendré, pues parece que ya la comienzo, […] con no ver un día lo que tengo de vivir otro, no saber con qué se ha de sustentar lo que tanto es menester!

Luego, tres días después de la muerte de Carlos Lorenzo,

«nació el infante don Diego, consuelo de la pérdida y tristeza que tenían de sus padres, que ya era el tercer hijo de la reina doña Ana».[424]

Las preocupaciones volvieron muy pronto. En 1577, don Pedro Niño estaba intranquilo por la «salud del señor ynfante» Diego, entonces de dos años de edad: «No es cosa que da poco cuydado y en coyuntura que le destetamos; y cierto yo olgara mucho que sus magestades le bieran primero, porque está hermosísima creatura de gordo y rrecio y sano. Dios le guarde y a sus padres para que le goçen».[425] Aunque Diego superó esta crisis, al año siguiente el círculo familiar de Felipe se vio cruelmente roto: en agosto, su sobrino el rey Sebastián de Portugal murió en combate; en septiembre, falleció también su sobrino Wenceslao; y en octubre, primero murió su medio hermano don Juan en los Países Bajos y luego el príncipe Fernando en Madrid. Una vez más, Felipe se retiró a San Jerónimo a llorarles. Al principio de 1580 hubo ocasión para regocijarse: Ana dio a luz a la infanta María y, poco después, los reyes, el príncipe y las infantas Isabel y Catalina salieron de Madrid para Extremadura, dejando a sus hermanos pequeños María y Felipe (nacido en 1578) en el Alcázar. De nuevo, hubo otra catástrofe: por el mes de octubre, en Badajoz, la reina murió durante una epidemia de catarro que casi acabó también con la vida de su marido *(véase capítulo 15)*.

El padre solitario

Después de la muerte de la reina Ana, mientras Felipe proseguía su viaje hacia Lisboa, envió tanto a las dos infantas como al príncipe de vuelta a Madrid. Hasta su regreso en 1583, su único contacto fue epistolar: sus hijas mayores escribieron con regularidad a su padre, y, casi todos los lunes, este se sentaba, con sus recién llegadas cartas delante, a escribirles una respuesta. Cuando Catalina abandonó España tras su

matrimonio con el duque de Saboya, llevó con ella más de treinta de estas cartas dirigidas «a las infantas, mis hijas», y recibiría casi cien más de su padre. La supervivencia de estas misivas regias —un feliz contraste con la suerte de las que escribió a cada una de sus esposas, cartas que se quemaron— aportan un conocimiento único de la capacidad de Felipe para amar [véase lámina 32].

Las formas de la correspondencia resultan engañosas. Por un lado, Felipe nunca se dirigía a sus hijas adolescentes por sus nombres (solía referirse a Isabel como «vos, la mayor» y a Catalina como «vos, la menor»). Por otro lado, afirmó que destruía sus cartas una vez las había respondido —«A las demás cartas vuestras, por ser ya viejas, acuerdo de no responder, sino quemarlas, por no cargar más de papeles»—, lo que puede parecer insensible porque muchos padres ausentes habrían conservado estos preciados recuerdos de sus hijos.[426] Pero sus cartas están llenas de cariño y aun de amor. En marzo de 1582, escribió: «Debéis de haber crecido mucho, a lo menos la menor [Catalina]. Si tenéis medida, avisadme cuánto habréis crecido después que no os vi y enviadme vuestras medidas muy bien tomadas en cintas, y también la de vuestro hermano, que holgaré de verlas, aunque más holgaré de veros a todos». Obviamente, las infantas debieron de cumplir los deseos de su padre enviándole un retrato, porque, poco después, repitió: «¡A todos os querría ver más que en retratos!». Dos años después, confesaría: «Me hallo muy solo en el carro sin vosotras».[427]

Cuando se separó de Catalina en 1585, al rey no le salían las palabras —«de vos ni del duque no pude despedirme como quisiera ni deciros algunas cosas que pensaba»—, por lo que subió a la torre de una iglesia cercana a fin de ver por última vez alejarse su galera. Pero de nuevo volvió a llevarse una decepción: «Se veía mucha mar, mas ya no estabais en el golfo». De modo que se dispuso a escribir sus pensamientos más

íntimos en una carta que envió, junto con otra de Isabel, «con orden que procurase alcanzaros en Rosas». Una vez más, para su desilusión, el correo no pudo alcanzar la galera y trajo de vuelta las cartas. Pasada una semana, el rey volvió a escribir «porque veáis que no nos descuidamos de escribiros y la soledad con que quedamos de vos; y la misma tenemos ahora».[428] Se puso contentísimo cuando recibió «la primera carta vuestra que me escribisteis» al llegar Catalina a Saboya, en la que esta le comunicaba que la travesía había sido rápida y segura. «Yo bien creo que Dios lo hizo así por lo que vos lo merecéis», escribió, añadiendo a continuación con inesperada pasión: «No sé si lo mucho que yo os quiero me lo hace parecer así, y ¡yo creo que hemos de competir el duque y yo sobre quién os quiere más!». Luego, comentaba pormenorizadamente cada una de las tres cartas de Catalina que habían llegado casi a la vez, antes de suspirar, «acá no podemos dejar, vuestra hermana y yo, de acordarnos siempre de vos y tener mucha soledad vuestra». En junio de 1588, a pesar de su preocupación con otros asuntos —incluida la Empresa de Inglaterra—, reveló que había estado contando los días desde la marcha de Catalina: «Ayer hizo tres años que os embarcasteis, y que no os veo, que no me ha dado ahora poca soledad, y sé que con razón la puedo tener de vos, por lo que me queréis y yo os quiero».[429]

De vez en cuando, el rey también dejaba escapar cuánto echaba de menos a «vuestras dos madres», es decir, Isabel de Valois, a quien ellas no podían recordar, y Ana de Austria, que las había criado. Así, en 1582, en la víspera del segundo aniversario de la muerte de Ana, aunque «es muy tarde y estoy cansado», en una conmovedora posdata que sabía que las niñas comprenderían, añadía: «Y bien me acordaré yo de esta noche, aunque viviese mil años». Al aniversario siguiente, Ana volvía a estar presente en sus pensamientos durante una visita que hizo solo al Bosque de Segovia. «Dios sabe la soledad que yo siento»,

se lamentaba a sus hijas, «y más en este día».[430]

El rey podía ser sorprendentemente bromista en sus cartas. En una, describió con detalle cuánto había disfrutado de un viaje de ida y vuelta por el Tajo hasta Belén, en Lisboa, «viendo los navíos que hay ahora en este río […]. Cierto estaba para ver e hizo muy buen día y el río muy sosegado. Digo esto», proseguía (y es fácil imaginarle sonriendo mientras escribía), «por vengarme de la envidia que os he tenido a la ida a El Pardo y a San Lorenzo». Poco antes, había bromeado con sus hijas fingiendo que no podía recordar las edades de sus hijos menores:

> Acá han escrito que a vuestro hermano chico [Felipe] le había salido un diente: paréceme que tardaba mucho, para tener ya tres años, que hoy los cumple que se bautizó, como se os acordará; y estoy en duda si son dos a tres, y creo que debe estar lindo como decís. También estoy en duda cuántos cumple el [hermano] mayor en julio, aunque crea que son seis. Avisadme lo cierto de ello.[431]

Naturalmente, el rey sabía perfectamente las edades de sus hijos (en efecto, Diego tenía seis años y Felipe, tres), pero, como la mayoría de los padres cuando quieren animar a sus hijos adolescentes a que les escriban, pensaba sin duda que este fingimiento de ignorancia daría resultado.

De vez en cuando, el rey regañaba a sus hijas, por ejemplo, cuando se enteraba de que se habían portado mal («bien será que entrambas tengáis mucho cuidado de hacer lo que en esto y en todo os dijere» su camarera mayor) o cuando sus cartas contenían errores («vos la mayor, [escribió] que vuestro hermano cobró mucha fama [de ballestero] y creo lo decís por vuestra hermana, y es así, según lo que decía adelante, sino que por la "a" pusisteis "o"; y otra palabra se os olvidó. Creo que debisteis escribir la carta aprisa», ¡una reprimenda apabullante para una niña de quince años que echaba desesperadamente de menos a su padre! Pero, normalmente, las cubría de elogios. Se sintió encantado cuando las infantas animaron al joven Diego a

bailar, y el rey estudió con placer su carta y «una pintura de un caballo que me parece está mejor que solía» hecha por el príncipe. Le envió a su hijo algunas letras del alfabeto para colorear, y le anunció que tenía más para mandarle cuando lo necesitara.[432]

Pero aquello no ocurriría nunca: Diego murió de viruela a la edad de siete años; fue el tercer príncipe heredero fallecido en vida de Felipe. «Es un golpe terrible», escribió, «viniendo tan pronto como viene después de todos los demás; pero alabo a Dios por todo lo que ha hecho, sometiéndome a su divina voluntad y rezando para que le agrade este sacrificio».[433] La muerte de Diego también forzó un cambio de los planes regios. Felipe llevaba tiempo deseando regresar de Portugal a Castilla para pasar la Navidad de 1582 con su familia; pero tuvo que esperar hasta que las Cortes portuguesas pudieran reunirse y prestar juramento a su último hijo superviviente, Felipe, como su heredero.

Cuando hubo conseguido esto, el rey partió de Lisboa y, en marzo de 1583, llegó de nuevo a El Escorial. Después de un oficio religioso, «visitó Su Magestad el aposento de la reina», lo cual debió resultarle un momento amargo, y luego «subió al cimborio de la iglesia» y visitó todas las partes que se habían construido desde su marcha. También recibió San Lorenzo el cuerpecillo de María, la más pequeña de los hijos de Ana, lo que también «afligió harto con el amor paternal al rey don Felipe, sintiéndola como padre, de suerte que le hizo cessar de atender a otras cosas el sentimiento della». La enterró junto a sus otros cinco hijos que yacían ya «en la bóveda que está debajo del altar mayor».[434]

¿Una quinta esposa para el rey?

En medio de tantas desgracias, la llegada de la emperatriz viuda María con su hija menor, la archiduquesa Margarita, dio

ánimos de nuevo a la familia real. Después de una odisea que les hizo atravesar gran parte de Europa, entraron en Madrid en marzo de 1582 y, tras un breve descanso con las infantas, María y Margarita partieron para reunirse con el rey en Portugal. Felipe no pudo disimular su entusiasmo ante su llegada. Escribió a sus hijas para preguntarles si María «viene gorda o flaca, y si nos parecemos agora algo como creo que solíamos, y bien creo que no estará tan vieja como yo». Felipe salió en un carruaje para reunirse con su hermana cerca de la raya de Castilla y, a pesar de que «llovía mucho […], salí del carro a prisa y la fui a besar las manos antes que pudiese salir del suyo» (esta es una de las pocas veces en que Felipe parece haber actuado «a prisa»). Luego viajaron juntos en el mismo coche y, como escribió a sus hijas, «lo que ella y yo holgaríamos de vernos, lo podréis pensar, habiendo veintiséis años que no nos habíamos visto; y aun en treinta cuatro años solas dos veces nos hemos visto y bien pocos días en ellos».[435]

El rey también «holgaría» de ver a su jovencita sobrina, la archiduquesa Margarita. La muerte del príncipe Diego llevó a los ministros en Madrid a presionar a Felipe para que volviera a casarse, y los pensamientos del rey —que había cumplido cincuenta y cinco años— se centraron en Margarita, nacida en 1567. La emperatriz quedó horrorizada debido a «lo que antes tenía determinado: que era meter monja a su hija la infanta doña Margarita en el monasterio de las Descalzas», como le había comunicado a Hans Khevenhüller, el embajador imperial. Khevenhüller recordó diplomáticamente a la emperatriz que «no debía precipitarse en cosa que después no se podía mudar», añadiendo: «Esto no ha mouido de su parezer solo sino de grauíssimos theólogos» (como otras veces, evidentemente Felipe había preparado el terreno asegurándose de que los pareceres de los teólogos fueran favorables a sus planes). Así pues, «estando las cosas en punto que el rey don

Felipe desseaua cassarse con la serenísima infanta», María «no podía meterla monja con buena consciencia». Por otra parte, señalaba Khevenhüller, «su magestad del rey don Felipe gustaua de semejantes mugeres y no quería en perjuicio de su familia y cassa traer muger estrangera», es decir, que Felipe solo se casaría con otro miembro de la Casa de Austria, y Margarita era en aquel momento la única disponible.[436]

La presión se intensificó hasta el punto de que Margarita se vio obligada a escribir un extraordinario «papel» a su tío. En él, empezaba afirmando que, dado que «todos están de parte de Vuestra Magestad y nadie se declara por la mía, me e valido de Dios, encomendándole este negocio». Según decía, había dos motivos para «hallarme impossibilitada para casarme»: el primero, «por auer echo voto de religiosa, y dado palabra a Dios de ser esposa suya». Así, inquiría retóricamente: «Dígame Vuestra Magestad si, auiendo yo dado palabra al Rey del Cielo de ser su esposa, será bien no cunplirla por casarme con un rey de la tierra». Margarita concluía con una segunda consideración, cuidadosamente pensada para apelar a la visión providencial de Felipe. Dado todo lo que el rey había hecho por Dios, sostenía Margarita, sin duda Él le respondería dándole «larga vida, prósperos sucessos, y conservándole la sucessión de hijos, que le ha dado». Además,

> aunque el príncipe, Dios le guarde, aora en su tierna edad se crie tan achacoso y con poca salud, yo tomaré a mi cargo el encomendarle a Dios. Y esté cierto Vuestra Magestad de una cosa: que si Vuestra Magestad se sirve de dejarle a Dios a su esposa, y su Margarita, y no rompiendo vínculos tan estrechos, Él también se servirá de dar al príncipe entera salud, entrando más en la edad, y casándosse, tener larga sucessión.[437]

Este chantaje providencialista era digno del propio Felipe, a pesar de que durante algún tiempo el pretendiente rechazado, «auiendo sentido la resolución de que la infanta doña Margarita se auía de vestir el hábito de descalza francisca, con todas las diligencias posibles procuró impedirlo totalmente o a lo menos

dilitarlo». Pero en el otoño de 1584 el rey aceptó por fin su derrota, asistiendo con sus hijas a una sencilla ceremonia en el oratorio de las Descalzas en la que, al parecer, lloró al ver a Margarita cortarse el cabello cuando la emperatriz «le vistió el hábito de monja».[438]

Khevenhüller al fin respiró aliviado. «Su magestad», le dijo a María, «con su prudencia, ni se auía de casar con la serenísima infanta ni con otra alguna, porque según el parezer de los médicos podía vivir su magestad algunos años más si no se cassaua; y cassándose no le dauan vn año de vida. Y por este camino (dize) perderemos a nuestro rey y señor». Obviamente, el embajador preveía que las exigencias físicas de otra novia adolescente podían dejar agotado a su anciano tío de cincuenta y ocho años.[439] De modo que Margarita permaneció en las Descalzas de monja hasta su muerte, acaecida casi cincuenta años más tarde, sin duda observando con satisfacción cómo su sobrino Felipe crecía, era coronado rey —como Felipe III—, contraía matrimonio y engendraba cinco hijos sanos [véase lámina 33].

Aunque vivía en su aposento de las Descalzas Reales, la emperatriz María se mantenía en constante contacto con su hermano. Algunas veces iba a reunirse con él a El Escorial o a Aranjuez, y otras él la visitaba en las Descalzas. En otras ocasiones, los dos hermanos utilizaban al embajador Khevenhüller como intermediario: este afirmaba que, desde que volvieron a Madrid procedentes de Lisboa, la emperatriz se implicó tanto no solo en los «negocios de fuera de los reynos sino también los más íntimos y domésticos» que, «cada día, dos o tres vezes, era fuerza yr [Khevenhüller] a consultar a su magestad sobre ellos, traiendo y lleuando recados desde las Descalzas a donde estaua su magestad del rey don Felipe».[440] Por otra parte, el aposento de María en las Descalzas sirvió de refugio a los hijos de Felipe (los menores de los cuales, claro está, eran también nietos suyos); y, tras la muerte de su

hermano, les ayudó a reponerse. Por ejemplo, en octubre de 1598, el recién coronado Felipe III la visitaba cada día, mientras que la infanta Isabel vivió con su tía y con Margarita durante ocho meses, hasta que se casó con el hijo de María, Alberto *(véase capítulo 19)*.

Muerte y descargos

El rey tenía también una red de parientes ilegítimos, y, aunque conocía personalmente a muy pocos de ellos, en ocasiones intervino en sus vidas de manera decisiva. Todos llevaban el tratamiento «de Aragón» (los descendientes ilegítimos de su bisabuelo, Fernando el Católico) o bien «de Austria» (los descendientes ilegítimos de su bisabuelo Maximiliano y de su padre Carlos). Entre los primeros destacaron don Hernando de Aragón, arzobispo de Zaragoza, y que sirvió a Felipe como virrey de Aragón hasta su muerte en 1575, y don Francisco de Borja y Aragón, consejero íntimo de Felipe y de su hermana Juana hasta su muerte en 1572. Los cuatro eran bisnietos del rey Fernando. Entre los demás, Felipe se interesaba por «el señor Maximiliano de Austria», hijo ilegítimo de Leopoldo de Austria (obispo de Córdoba y uno de los doce hijos ilegítimos del emperador Maximiliano). Felipe nombró a Maximiliano abad de Alcalá la Real de Jaén y, más tarde, obispo de Cádiz.

Carlos V había engendrado a dos hijas ilegítimas, ambas nacidas en 1522. Felipe desconoció la existencia de la primera, doña Tadea de la Penna, hasta 1560, cuando llegó a su mesa una carta en que su medio hermana, ahora monja en Roma, le enteraba de quién era su padre y se quejaba de que «muchos señores y religiosos aquí lo saben (contra mi voluntad)». Pidió a Felipe que reconociera «que soy hija, aunque indignísima, de aquella feliz y santa memoria del emperador Carlos V, que sea en gloria», y le diera una pensión en Roma o bien la trasladara a España.[441] Aunque no sabemos cómo respondió Felipe a esta

carta, parece probable que dejara a su medio hermana en su convento.

La segunda medio hermana era Margarita de Austria, nacida en los Países Bajos y criada por su tía María de Hungría. Esta seguía una carrera muy distinta. Carlos la había reconocido como su hija y la había casado con el duque de Parma. Margarita pasó las dos décadas siguientes en Italia y, de preferencia, siempre escribía en italiano, incluso al rey. Se unió a Felipe en Flandes e Inglaterra y permaneció con él hasta la salida del rey para España dos años más tarde. Aunque Felipe y Margarita nunca se vieron más, cambiaban muchas cartas, especialmente cuando Margarita servía como gobernadora de los Países Bajos. Alejandro, el hijo de Margarita, luchó bajo el mando de don Juan, su medio tío, primero en la flota mediterránea y después en Flandes, donde le sucedió como gobernador en 1578. El rey siempre le demostró cariño. Tras la muerte de sus padres en 1586, el rey escribió una cálida nota de condolencia a su medio sobrino: «Es menester que lo llevéys christiana y constantemente», escribió, y que «miréys por vuestra salud», añadiendo de su propio puño y letra: «Si os han faltado vuestros padres dentro de tan pocos días, aquí os quedo yo en su lugar». Tampoco vio más a su medio sobrino: Alejandro murió en los Países Bajos en 1592.[442]

Al principio Felipe también mostró cariño por el otro hijo de Carlos V, «el señor don Juan mi hermano». En 1559 le entregó el collar del Toisón de Oro y le proporcionó su propia casa *(véase capítulo 7)*; en 1568 le nombró capitán general de su flota mediterránea, y después, de su ejército en la guerra de Granada. En 1570 dio su consentimiento cuando el papa le nombró comandante de la Santa Liga contra los turcos. Aunque don Juan desobedeció a su medio hermano mayor por primera vez en 1565, cuando huyó de la corte para participar en el socorro de Malta, tres años más tarde reveló a Felipe los

planes de su sobrino don Carlos de huir a Alemania *(véase capítulo 10)*. Las relaciones entre ambos solo empeoraron más tarde.

Es difícil apreciar la trayectoria meteórica de don Juan. Hasta 1559, cuando tenía doce años, solamente cuatro o cinco personas conocían su identidad, y, durante una década más, solo tuvo renombre en la corte de España; pero su victoria aplastante en Lepanto, cuando tenía veinticuatro años, le convirtió en un mito internacional y también en un centro de influencia en la corte. Apoyado por sus partidarios, don Juan soñó entonces con ser rey —primero de Túnez y luego de Inglaterra—, pero Felipe se mostraba contrario e insistía en que su hermano ejecutara sus metas imperiales. Don Juan rehusó en varias ocasiones: en 1575, aunque Felipe le había mandado permanecer en Lombardía, cuando se enteró de que la flota otomana amenazaba Túnez, salió enseguida a la cabeza de sus galeras para darles batalla. Al año siguiente, a pesar de las órdenes reales de pasar directamente de Nápoles a Flandes, permaneció seis semanas en Lombardía y entonces viajó a Madrid en lugar de a Bruselas. Cuando llegó a los Países Bajos, hizo todo lo posible por salir, primero para encabezar una invasión a Inglaterra, y luego para volver a la corte de España. Por fin, el rey se enfadó tanto con estos desafíos de su medio hermano que, en octubre de 1578, decidió revocar su comisión. Solo la muerte permitió que Felipe se reconciliara con él: mandó enterrarle en El Escorial, cerca de su padre, siendo el único miembro ilegítimo de la Casa de Austria que fue honrado de esta manera.

Felipe mostró la misma ambigüedad hacia las dos hijas de su hermano. Don Juan concibió a la primera, Ana, con doña María de Mendoza, pariente de los condes de La Coruña y de la princesa de Éboli, en cuyo palacio en Pastrana nació la niña en 1568. Poco después de la muerte de María en 1572, Ana

entró en un convento; y en 1578, poco después de la muerte de su padre, Felipe le concedía los mismos privilegios disfrutados por otras religiosas de la Casa Real, incluido el derecho a utilizar el tratamiento «de Austria». Ana lo perdió todo en 1594, cuando la convencieron de que un «hombre que se llamava Gabriel de Espinosa» era realmente «el mismo rey don Sebastián» de Portugal, que había escapado milagrosamente de la muerte tras su derrota en África. Ella comenzó a llamarle «Señor» e hizo planes para casarse con él, tras lo cual ambos viajarían a Lisboa para reclamar su derecho como reyes de Portugal. Después de una prolongada investigación, Felipe ordenó la ejecución de Espinosa y del resto de sus cómplices en el engaño, así como el confinamiento de Ana en estricta clausura en otro convento, donde permaneció hasta la muerte del rey [véase lámina 34].[443]

Felipe también intervino directamente en la crianza de la otra hija dejada por su hermano: doña Juana de Austria, concebida con una aristócrata napolitana en 1573. Don Juan envió a la niña con su medio hermana, Margarita, y cuando don Juan murió, Margarita pidió a Felipe que trasladara a Juana a España «para la criar cerca de la reina, a quien hubiera dado contentamiento». Pero el rey «ha querido tomar otra resolución, pareciéndole mejor depositarla en el monasterio de Santa Clara de Nápoles […] con la intención de que, cuando tenga la edad, la tomara la devoción para quedar como religiosa». Cuando la orden real llegó a Nápoles, el virrey, don Juan de Zúñiga, se quejó a su amo de que «tengo por mucho mejor la criança en Spaña» porque «no aviendo quedado otra prenda del señor don Juan, es muy justo que Vuestra Magestad la favorezca y haga mucha merced» —¡un testimonio sorprendente de cómo la existencia de Ana de Austria era desconocida aun entre los ministros reales de máxima confianza!—, pero Felipe insistió.[444] Diez años más tarde, un

sobrino de Sixto V expresó el deseo de casarse con Juana, y Felipe —viendo en esto un camino para complacer al papa— lo aprobó; pero con la muerte de Sixto terminó la negociación. En marzo de 1598 intervino de nuevo cuando el duque de Urbino, un importante aliado de España, quiso casarse con Juana. Felipe ya había concedido a esta una pensión de 3.600 ducados y «le reconoce por su sobrina», pero insistió en que su dote «le cueste muy poco» porque «es parte de la reputación que la tomen con poco dote». Este matrimonio tampoco se cumplió, y cuando el rey murió, Juana aún permanecía en el convento de Santa Clara de Nápoles.[445]

Felipe, por último, tenía otra obligación familiar: pagar las deudas de su padre y de otros parientes. El Archivo General de Simancas conserva cincuenta y dos enormes legajos titulados «Descargos de Carlos V», llenos de desesperadas peticiones de antiguos sirvientes del emperador solicitando el pago de atrasos salariales o reembolsos de gastos incurridos al servicio de la Casa de Austria. Aunque en julio de 1559 el rey destinó ochenta mil ducados a los testamentarios del emperador para el pago de sus deudas, pronto se descubrió que Carlos debía mucho más, y no solo a sus servidores, sino también a los acreedores de sus propios padres y sus abuelos, «por hauérsele, después que fue jurado por rey destos reinos de la corona de Castilla y Aragón, ofresçido grandes guerras y gastos forçosos». En febrero de 1579, una junta de ministros nombrados para supervisar los descargos de Carlos V pidió a Felipe que dotara «alguna cantidad» para saldar los pagos de los acreedores de sus familiares difuntos. El rey dictó una desdeñosa respuesta: «Por cierto que holgaría yo mucho de que esto se pudiesse luego cumplir, pero son muchas las cosas que se offrescen, y poco lo que ay para acudir a ellas; y assí se podría esto acordar más adelante». Además, rogó «si ay bienes suyos de que se pudiesse cumplir lo que no lo estuviere de sus testamentos». Tal vez, al

releer esta respuesta, el rey se dio cuenta de lo despiadada que sonaba, porque añadió de su puño y letra: «Digo que adelante se me avise lo que parecería que podría bastar para cada año para ir cumpliendo lo que aquí se dice».[446]

El rey fue igualmente desdeñoso a la hora de saldar las deudas y cumplir la voluntad de otro pariente próximo: su hijo don Carlos, muerto en 1568. Se apropió calladamente de algunas de las posesiones más valiosas del difunto príncipe para evitar que fueran a parar a la almoneda, pero sin pagar una suma adecuada para liquidar sus deudas. Aun en 1576, todavía no se había separado de un «crucifijo de oro con su corona» y un calvario «que Pompeo León, mi escultor, hizo para el dicho príncipe», quien lo había legado al convento de Nuestra Señora de Atocha.[447] Este comportamiento extraordinario reflejaba perfectamente la compleja relación entre Felipe y su malogrado hijo mayor.

10. El enigma de don Carlos

El episodio dramático más famoso (o infame) de la vida de Felipe II ocurrió justo antes de la medianoche del 18 de enero de 1568, cuando el rey dirigió a algunos cortesanos de confianza a través de los oscuros corredores del Alcázar de Madrid para arrestar y encarcelar a su hijo, el príncipe heredero don Carlos. Seis meses después, mientras todavía se encontraba en prisión, el príncipe murió —según el embajador inglés, John Man— «no sin gran sospecha de bocado», es decir, envenenado por orden de su padre.[448]

De esta triste historia se han publicado cientos de versiones, empezando por dos breves tratados que aparecieron en los Países Bajos en 1581. El primero y más conocido, la polémica *Apología* de Guillermo de Orange, afirmaba que Felipe «había asesinado de forma desnaturalizada a su propio hijo y heredero». El segundo tratado, *Diógenes*, una petición al rey de Francia para que apoyara la lucha de los flamencos contra la «tiranía» de Felipe, redactada en verso, era mucho más corto que la *Apología*, pero planteaba una acusación que se mantendría vigente durante mucho tiempo: que don Carlos se había enamorado de su madrastra, Isabel de Valois, y por ello Felipe había asesinado a ambos al enterarse de ello.[449] Estas acusaciones volvieron a aparecer en la novela histórica *Don Carlos* de César de Saint-Réal (1672), en la pieza teatral *Don Karlos* de Friedrich Schiller (1787), así como en la ópera de Giuseppe Verdi *Don Carlo* (representada por primera vez en 1867). La mayor parte de estas versiones se apoyaba en fuentes indirectas (de hecho, a menudo, en las mismas). Así, el libreto de Verdi estaba basado en la obra de Schiller, que a su vez lo estaba en la de Saint-Réal, el cual incorporaba las alegaciones de la *Apología* de Orange y del *Diógenes*.

Los hechos del 18 de enero de 1568

Todo eso ocurriría en el futuro. En 1568, Francisco Pereira, el embajador portugués y tío de Ruy Gómez, fue la primera persona ajena al asunto en enterarse de los dramáticos hechos que siguieron —«a dos horas después de medianoche [del 18] fue avisado de lo que passaba»— y también el primero en escribir una historia sobre ello. Afirmaba que el rey pasó las navidades de 1567 con los monjes y algunos cortesanos en San Lorenzo de El Escorial, y regresó al Alcázar de Madrid la noche del 16 de enero de 1568. El domingo 17, el rey fue a la capilla acompañado de don Carlos. Pasó el 18 de enero «en la cama, diciendo que estaba mal dispuesto. Así quedó todo el día». En un momento dado, seguía Pereira, Felipe convocó a cuatro de sus principales consejeros, incluido Ruy Gómez, y cuando todos estuvieron reunidos,

> les dijo que las cosas del príncipe anduvieron de manera tan mal ordenadas que era necesario acudir a ellas por lo que debía a ser su padre y cristiano, y a bien de estos reinos; y que los llamaba no para que le dieran sus pareceres en eso, porque estaba resoluto a lo que había de hacer, sino para le acompañaran y harán lo que él les mandase.

Para entonces, el rey había compartido su plan con otras seis personas: los dos gentilhombres de cámara del príncipe que estaban de servicio aquella noche, quienes recibieron órdenes de dejar la puerta de su aposento abierta, apagar todas las luces y sacar de allí todas las armas y a todos los guardias que el príncipe solía tener consigo; otros dos cortesanos para que estuvieran apercibidos; así como dos ayudas de cámara, armados con martillos y clavos.

A las once de la noche Felipe se puso su armadura y yelmo, y guio a su pequeño séquito «sin antorcha ni vela al aposento del príncipe, que estaba en la cama», y «le tomó luego la espada que tenía a la cabecera y un arcabuz cargado [es decir, con su carga de pólvora y bala preparada para ser disparada de

inmediato] que siempre tenía cerca». Al despertarse y hallarse rodeado de hombres armados, don Carlos exclamó alarmado: «¿Qué quiere Vuestra Magestad? ¿Qué hora es esta? ¿Quiéreme Vuestra Magestad matar o prender?». «Ni lo uno ni lo otro, príncipe», respondió Felipe, y ordenó a los ayudas de cámara que cerraran las ventanas con clavos. En ese momento, el príncipe «saltó fuera de la cama y hizo demostración de querer echarse en el fuego»; cuando un cortesano le sujetó, gritó: «¿Vuestra Magestad me quiere atar como loco? Yo no soy loco, mas desesperado». «Con su ordinaria flema», Felipe respondió: «Sossegaos príncipe: entrad en la cama porque lo que se haze es por vuestro bien y remedio». El rey entonces «le tomó todos sus papeles que tenía en sus escritorios», junto con 30.000 escudos en monedas que encontró en la cámara de su hijo, y salió, dejando a los dos gentilhombres de la cámara en la habitación de su hijo mientras el resto del grupo aguardaba fuera.[450]

Estos dramáticos sucesos provocaron un gran revuelo. Al día siguiente, Pereira señaló que está «toda esta tierra espantada y fuera de juizio»; una semana más tarde, un ministro del rey todavía juzgaba el suceso como «totalmente inesperado y de lo más insólito».[451] A un embajador italiano le parecía, sin embargo, que el arresto «no ha sido tomado al caso ni en furia, pero ha sido bien preparado», mientras que su colega francés recordaba que

> el día 13 de este mes, el rey ordenó a las iglesias y monasterios de esta ciudad que rezaran, a todas las horas canónicas y en todas las misas, pidiendo a Dios que le inspiraran y guiaran en cierta deliberación y plan que tenía pensado. Esto dio mucho que hablar a todos los chismosos [«*speculatifs*»] de la corte, pero nunca pensé que se refiriera al príncipe.[452]

Esta sabiduría retrospectiva pasa por alto una circunstancia importante: si, en efecto, Felipe tenía decidido ya el destino de su hijo, parece de una hipocresía asombrosa que fuera con él a misa el domingo antes del arresto, transmitiendo de este modo a don Carlos una falsa sensación de seguridad. Cabe

preguntarse por qué, si su decisión la había tomado en El Escorial el 13 de enero, el rey esperó cinco días enteros para actuar.

Explicaciones

El cuerpo diplomático tampoco entendía exactamente las razones de Felipe. «Qué será la verdadera causa, no sé», admitía el embajador toscano, quien añadía que «muchos aseguran que Su Majestad dará cuenta de todo no solo a sus reinos, pero a todos los príncipes cristianos». Tenía razón. Felipe pasó gran parte del 19 de enero haciendo exactamente eso: convocando reuniones separadamente con los consejos de Castilla, Aragón, Italia, Indias y Órdenes, en las que explicaba a cada uno que había actuado «por causas que convinieron a su servicio y al bien de estos reinos, las quales les diría a su tiempo». También escribió o dictó cartas que explicaban sus acciones a sus vasallos y a sus aliados.[453] Todas las cartas de Felipe hacían hincapié en que había arrestado al príncipe solo por causa de su «natural y particular condición» y no «por offensa ni culpa que contra nuestra persona aya cometido, ni por otra cosa de semejante especie». En cada caso prometía proporcionar más detalles a su debido tiempo (según una de las fuentes, «el rey decía que daría cuarenta causas y razones que le habían obligado a llevar a cabo dicho arresto»), y, entre tanto, prohibía cualquier comentario más sobre el tema, incluso en los sermones.[454]

En aquel momento, Felipe solo proporcionó más detalles a la reina Catalina de Portugal, ya que, como única hermana superviviente de Carlos V, era el miembro de más edad de su familia, y, además, como madre de María Manuela, su primera esposa, era también abuela de don Carlos. En una larga carta ológrafa que empezó a escribirle el 20 de enero, Felipe le recordaba en primer lugar que él ya la había avisado «del discurso de vida y modo de proceder del prínçipe mi hijo», así

como de los «muchos y grandes argumentos y testimonios» que demostraban «la neçessidad precisa que havía de poner en su persona remedio». Su «amor de padre», continuaba, «me ha detenido, buscando y usando de todos los otros medios y remedios y caminos que para no llegar a este punto me han parescido necessarios». Pero ahora

> las cosas del prínçipe han passado tan adelante y venido a tal estado que para cumplir con la obligación que tengo a Dios, como prínçipe christiano, y a los reynos y estados que ha sido servido de poner a mi cargo, no he podido escusar de hazer mudança de su persona y recogerle y encerralle.

Felipe también revelaba a Catalina (y, en este momento, parece que solo a ella) que el arresto no sería una medida provisional:

> A Vuestra Alteza solo me ha paresçido agora advertir que el fundamento desta mía determinación no depende de culpa, ni inobediencia, ni desacato, ni es endereçada a castigo, que aunque para ello havía sufficiente materia, pudiera tener su tiempo y su término. Ni tanpoco lo he tomado por medio, teniendo esperança que por este camino se reformarán sus exçessos y desórdenes. Tiene este negoçio otro principio y raíz, cuyo remedio, no consiste en tiempo, ni en medios.[455]

Mientras tanto, Felipe licenció a los servidores de su hijo y trasladó a este a una torre del Alcázar de Madrid, en un aposento sin ventana que medía «30 pies en cuadra», aproximadamente el mismo tamaño que tenía el que ocupó Bartolomé de Carranza después de su arresto (hecho que algunos consideraron como un mal presagio). Seis cortesanos de confianza mantuvieron al príncipe bajo estricta vigilancia noche y día, asegurándose de que nadie entraba o salía de su aposento. A principios de febrero, el embajador alemán notó que «todo el mundo guarda silencio sobre el príncipe, como si estuviera muerto»; y dos meses después, su colega toscano se hacía eco de lo mismo, afirmando, «del príncipe de España no se haze más cuenta, como si nunca fuera nacido en el mundo, y su vida et custodia sigue en la misma manera que el primer día, sin esperanza que puede hablar ni una palabra».[456]

No es de extrañar que estas medidas tan drásticas, unidas a la negativa de Felipe a ofrecer una explicación detallada de lo sucedido, dieran lugar a las más diversas reacciones. Catalina de Portugal propuso visitar al príncipe, su nieto, en persona para «gobernarle como madre», y Felipe tuvo que enviar a un mensajero especial a Lisboa para disuadirla.[457] Desde Viena, María y Maximiliano protestaron ante Felipe por la falta de una explicación convincente, especialmente después de recibir la noticia de que don Carlos había tomado la comunión de Pascua de Resurrección, lo que sugería que volvía a estar «normal». De mala gana, Felipe se sentó a su mesa para «abrirles mi pecho para satisfazer a Vuestras Altezas como lo requiere nuestra hermandad, que con ninguno otro yo no tengo para que declararme, siendo negocios de tal qualidad, y de padre a hijo»; y escribió el único análisis que ha llegado hasta nosotros de sus pensamientos más íntimos sobre «la naturaleza» y «los defectos» de su hijo. Empezaba con la comunión pascual del príncipe. Explicaba que, al principio, «ni yo ni las personas que assisten al príncipe estávamos satisfechos de que él huviese disposición» de comulgar; pero «paresciendo a su confesor que era más pío y sano consejo administrárselos, se le remitió, y assí se le administraron». Felipe admitía que todo había ido bien durante la misa, pero, continuaba diciendo,

> consideran Vuestras Altezas que esta es materia que tiene tiempos, en algunos de los quales ay más serenidad que en otros; y que assimismo es diferente cosa el tratar destos defectos en respecto de lo que toca al govierno y acciones públicas, o en quanto a los actos y cosas personales y de la vida particular, que puede muy bien estar que para lo uno sea uno enteramente defectuoso, y en lo otro se pueda passar y permitir.

Así pues, concluía Felipe tristemente, «no contradize este acto particular [la comunión] al defecto de su entendimiento que por mis peccados ha permitido nuestro señor que huviesse en mi hijo».[458]

«El defecto de su entendimiento»

El esfuerzo de Felipe de «abrirles mi pecho» a sus «hermanos» revelaba un encomiable realismo en su valoración de la «naturaleza» de su hijo, pero no de sus causas. Esto no debería sorprendernos: aún hoy, el historial médico del príncipe continúa siendo un enigma. Don Carlos nació después de un parto difícil que duró tres días, lo que sin duda le privó de oxígeno en momentos cruciales, y quizá causó una hemiparesia derecha; su lenguaje expresivo sufrió un retraso, con dificultades de pronunciación y ritmo, y su voz era muy aguda. Después, pasó lo que hoy se llamaría una infancia llena de carencias. Hijo único, su madre no sobrevivió a su nacimiento más que cuatro días, en 1545, y su padre se marchó al extranjero de 1548 a 1551. Además, a los once meses de edad, perdió también a su nodriza, lo que provocó «un intenso, continuo e inconsolable llanto, cólera y negativismo a ser alimentado»; y a los siete años se le separó bruscamente tanto de su tía Juana como de su aya, doña Leonor de Mascarenhas, quienes habían vigilado al príncipe y con las que tenía relaciones de afecto. Cuando su padre salió para Inglaterra en 1554, don Carlos quedó prácticamente huérfano. Como escribió el psiquiatra Prudencio Rodríguez Ramos, «don Carlos tuvo una infancia complicada tanto emocional como físicamente», lo que de ordinario produce «una personalidad compleja y narcisista»:

> Los niños con pérdidas afectivas similares tienden a buscar afectos de forma vehemente e indiscriminada, y manifestar sus emociones descontroladamente. Así era descrito don Carlos en su infancia y juventud, ávido de afecto y fidelidad ante cualquier persona, extremado en amores y odios, y explosivo en sus reacciones ante la menor frustración.[459]

El príncipe también tenía otro problema debido a la consanguinidad favorecida por la Casa de Austria: sus genes. En lugar de ocho bisabuelos, don Carlos solo tenía cuatro, y en lugar de dieciséis tatarabuelos, solo tenía seis. Este hecho no explicaba por sí solo los efectos de la endogamia en don Carlos.

Muchos de sus antepasados borgoñones y Trastámara también se habían casado entre sí. María de Borgoña, por ejemplo, contaba con solo seis bisabuelos en lugar de ocho; mientras que su hijo Felipe I se casó con su prima tercera Juana, hija de los primos Fernando e Isabel, ellos mismos descendientes de matrimonios frecuentes entre los Trastámara, diseñados para unir toda la península ibérica bajo el mismo cetro. Estos matrimonios entre parientes desembocaron en un coeficiente de consanguinidad para Carlos V de 0,037, pero las uniones tanto de Carlos como de Felipe con primas hermanas por partida doble multiplicaron enormemente el coeficiente de consanguinidad de don Carlos hasta el 0,211, casi el mismo nivel que se encontraría en los hijos de un matrimonio entre un padre y una hija o entre un hermano y una hermana (0,25).

Aunque estas uniones incestuosas produjeron un vasto imperio, como se pretendía, también generaron una descendencia con defectos notables: no solo mala salud, baja estatura, deformaciones físicas y debilidad general, sino también relativa esterilidad. La consanguinidad puede explicar por qué, aunque Felipe engendró unos quince hijos con sus cuatro esposas, solo cuatro sobrevivieron a la niñez. La endogamia ya había acarreado problemas serios a las familias reales de la península ibérica. La reina Juana, abuela tanto de Felipe como de María Manuela, vivió confinada en Tordesillas desde 1506 hasta su muerte en 1555, siendo su comportamiento tan anormal que hasta su propia progenie temía que fuera una bruja o una hereje. La abuela de Juana, Isabel de Portugal, también había sido encerrada, terminando sus días, en 1496, prisionera y demente en el castillo de Arévalo. Así pues, don Carlos no solo contaba con una herencia genética notablemente corta, sino que esta además incluía por lo menos dos casos de inestabilidad mental.

Sin embargo, Felipe, que pasó bastante tiempo con su hijo

durante su estancia en España entre 1551 y 1554, no pareció albergar dudas sobre la capacidad de don Carlos para sucederle. En su testamento de 1557 le nombró su «heredero universal» y decretó que gobernaría los Países Bajos así como España y sus territorios de ultramar tras su muerte, si bien bajo la tutela de regentes hasta que alcanzara la edad de veinte años. En 1559, recordando tal vez el humillante régimen que su propio padre le había impuesto tras su matrimonio *(véase capítulo 1)*, Felipe firmó un codicilo por el que se relajaba esta restricción: la regencia finalizaría y don Carlos gobernaría y reinaría tan pronto «sea casado y velado, aunque no tenga la dicha hedad [de veinte años]».[460] [⇒] [⇒]

Pero don Carlos ya sufría problemas físicos. Tenía hombros desiguales, la pierna izquierda más corta que la derecha y músculos débiles; además, tenía fama de ser impotente. Sufría también de «cuartanas» (probablemente malaria) que periódicamente le dejaban incapacitado. En 1561, después de un agudo brote de cuartana, quedó «tan flaco y fatigado que ha parecido a mis médicos que debría mudar de aires», y Felipe decidió enviar a su hijo, junto con don Juan de Austria y Alejandro Farnesio, a Alcalá de Henares, donde no solo podrían disfrutar de un clima saludable, sino también adquirir la educación universitaria de la que el propio rey carecía.[461]

Al principio, todo fue bien, y el príncipe tomó en serio sus estudios. Pero el 19 de abril de 1562, tal vez debido a la diferente longitud de sus piernas, don Carlos tropezó cuando bajaba por unas escaleras y se cayó, golpeándose fuertemente contra una puerta e hiriéndose de gravedad en la cabeza. Al principio, solo se sintió aturdido y pudo hablar con sus médicos mientras le vendaban la herida y le sangraban; pero, pasados diez días, tal vez debido a la falta de esterilización del vendaje, la herida empezó a supurar y don Carlos desarrolló una fiebre. La infección se extendió por su sistema linfático, desde la

cabeza (los abscesos le obligaban a tener cerrados los ojos) al cuello y el pecho. Empezó a delirar.

Felipe visitó a su hijo poco después del accidente, pero regresó a Madrid una vez que su recuperación parecía asegurada. Ahora se apresuró de nuevo a acudir a Alcalá, y en el palacio del arzobispo de Toledo, el malogrado Carranza, mantuvo catorce largas consultas con los médicos. También ordenó oraciones y procesiones por todo el reino para rogar por la salud de don Carlos, y él mismo rezó junto al lecho de su hijo. A pesar de todo esto, el 9 de mayo los galenos dieron al príncipe apenas cuatro horas de vida. El confesor del rey, fray Bernardo de Fresneda, un franciscano, sugirió entonces una línea de acción alternativa: «Puesto que Su Alteza está tan enfermo y ya no quedan más esperanzas en un remedio terrenal, hay que buscar una cura proveniente del cielo». En concreto, Fresneda propuso llevar a la cama del príncipe los restos mortales de fray Diego de Alcalá, un franciscano fallecido casi un siglo antes y que gozaba de una gran reputación en la localidad como hacedor de milagros. A pesar de las dudas, el rey dio las órdenes necesarias para que el sarcófago fuese abierto y se colocaran los restos del fraile junto al príncipe, quien los tocó antes de perder el conocimiento.[462]

Felipe, incapaz de ver morir a su único hijo, volvió a caballo a Madrid, donde permaneció rezando en San Jerónimo mientras esperaba la llegada de la inevitable noticia. Esa misma noche, el príncipe empezó a recuperarse. Una semana después, los médicos pudieron por fin limpiar los abscesos que habían tenido cerrados los ojos del príncipe y sacaron un fragmento de hueso necrosado de la herida de la cabeza. La fiebre remitió.

Felipe, rebosante de alegría, celebró la curación repartiendo limosnas, perdonando a los condenados a prisión por delitos de deudas y tomando parte en una procesión especial antes de

asistir a un sermón en el que se pidió la canonización de Diego de Alcalá a la vista de este evidente milagro. El 16 de junio, casi dos meses después de la caída, don Carlos consiguió ponerse en pie y abrazar a su padre, y al día siguiente recibió en audiencia a un grupo de embajadores que acudieron a felicitarle por su recuperación. Aunque encontró cortés al príncipe, el embajador veneciano notó que era «muy pálido y de debilísima fuerza. Es de estatura muy pequeña y mucho menor que lo que se espera, dado su edad de diecisiete años». Cuando tres semanas más tarde sus médicos le pesaron, comprobaron que el príncipe «pesó en calzas y en jubón, con una ropilla de damasco, tres arrobas y una libra», es decir, algo menos de treinta y cinco kilogramos.[463]

Felipe reanudó entonces sus esfuerzos para allanarle a su hijo el camino de la sucesión. En 1563 viajó a Aragón e hizo todo lo posible para que las Cortes prestaran juramento de lealtad a don Carlos a pesar de que «por su indispusición y flaqueza yo estoy resuelto de no traerle por esta vez». Incluso afirmó que las Cortes podían romper con la tradición y tomar juramento al príncipe ausente «que toca al bien del reyno, y ojalá esto se hiziese, que yo daría por bien empleado no llevar servicio en toda my vida», una oferta extraordinaria (y una simpleza a la vez, pues Felipe vivió treinta y cinco años más, mientras que don Carlos murió cinco años después de ese acto), que revela plenamente cómo el rey continuaba confiando en su hijo.[464]

El príncipe parecía albergar dos personalidades (o, como su padre expresaría más tarde a Maximiliano y María, «tiene tiempos, en algunos de los quales ay más serenidad que en otros»). En 1564 el barón Adam von Dietrichstein llegó a España como nuevo embajador imperial, y su primera misión consistió en ultimar el matrimonio de don Carlos con la archiduquesa Ana. Al encontrarse con una actitud evasiva del

rey respecto al asunto, empezó a preguntar a sus contactos españoles sobre la naturaleza del príncipe. La información que reunió fue «*schlecht genueg*» [bastante mal]: aparte de sus deformidades físicas y mala salud, el príncipe mostraba unos inquietantes cambios de humor. Aunque «en muchos aspectos el príncipe demuestra una clara comprensión», informaba Dietrichstein, «en cambio en otros sigue siendo tan infantil como un niño de siete años. Todo lo quiere saber y todo lo pregunta, pero sin ningún propósito ni sentido de la medida». Por otra parte, «su razonamiento no parece lo suficientemente desarrollado para permitirle distinguir lo bueno de lo malo, lo superfluo de lo importante, lo posible de lo imposible».[465]

Pero Dietrichstein modificó un tanto sus puntos de vista cuando conoció personalmente al príncipe. Aunque le pareció que el cuerpo de don Carlos era, en efecto, deforme y que hablaba con cierta dificultad, sobre todo confundiendo los sonidos «r» y «l», el embajador señaló que siempre conseguía hacerse entender. Dietrichstein notó también que el príncipe «tiene un temperamento impulsivo y violento, y que a menudo pierde los estribos; dice cualquier cosa que se le pasa por la cabeza, libremente y sin tino, sin pararse a pensar a quién puede ofender», aunque consideraba exageradas algunas de las otras opiniones negativas que había oído sobre él:

> Ha hablado conmigo varias veces y, haciéndome, según su costumbre, muchas preguntas; pero lejos de encontrarlas irrelevantes, como me habían dicho que a menudo es el caso, todas me parecieron muy sensatas. Tiene una memoria excelente […]. Es profundamente religioso, muy amigo de la justicia y de la verdad; odia las mentiras y no perdona a quien alguna vez las haya dicho.[466]

Padre frente a hijo

Felipe II, como muchos otros padres de niños con daños cerebrales, parecía sentir una mezcla de culpa y de negación, de impotencia y de ira, cuando se enfrentaba a las impredecibles mudanzas de humor de su hijo. En 1564, justo dos años

después de experimentar la gran alegría que le produjo la recuperación de Carlos, el rey se lamentaba al duque de Alba de la falta de fortaleza moral y física «que en la persona de Su Alteza hay, así en juicio y ser, como en el entendimiento, que queda muy atrás de lo que en su edad se requiere»; y, en respuesta a la insistencia por parte de su embajador Dietrichstein para ultimar los preparativos de boda con Ana, el rey le recordó a María y Maximiliano que «aunque mi hijo tiene ya XIX años, que aunque otros mozos hacen tarde, Dios es servido que el mío pase tan adelante a los otros todos como esto».[467]

¿En qué momento decidió Felipe que don Carlos ni podía ni debía sucederle en el trono? Dos semanas después del arresto del príncipe, Ruy Gómez comunicó al embajador francés que «hace más de tres años que el rey se dio cuenta plenamente de que el cerebro del príncipe estaba aún más deformado que su cuerpo» —un comentario cruel e indigno— «y de que nunca alcanzaría el buen criterio necesario»; pero que «su Majestad ha disimulado durante mucho tiempo esta convicción en la esperanza de que su sabiduría y discreción aumentara con la edad; sin embargo ha ocurrido justo lo contrario, ya que cada día va a peor». Es decir, la desconfianza regia comenzó en 1565.[468] Y, en verdad, a partir de entonces, las críticas al comportamiento de don Carlos se multiplicaron. En su relación al Senado veneciano a principios de 1565, Giovanni Soranzo afirmaba que «el príncipe ni escucha ni respeta a nadie» y «de natura es muy cruel». Tenía «costumbres extraordinarias», que a nadie agradaban, «y en todo lo que hace muestra orgullo y arrogancia». Un año más tarde, el prior don Antonio de Toledo —quien, como caballerizo mayor del rey, conocía bien a don Carlos— opinaba que «el príncipe va cada día de mal en peor, y no de salud, sino de mal que tiene menos remedio».[469]

En abril de 1567, el embajador Fourquevaux comentó que el rey tenía «poca confianza en la capacidad y adecuación del príncipe, su hijo, para gobernar y heredar tantos Estados», pero dos meses después, el mismo Fourquevaux anunció que «de momento el príncipe es un buen hijo y está consiguiendo de su padre todo lo que quiere: los consejos de Estado y de Guerra se reúnen en sus aposentos y él manda completamente en los asuntos de Estado y quiere que se le obedezca sin discusión». La documentación del gobierno le da la razón. Por ejemplo, en abril de 1567, cuando llegó una carta en la que su embajador en Alemania advertía de que los rebeldes flamencos podían estar reclutando tropas alemanas, Felipe garabateó: «Decid a Ruy Gómez que diga al príncipe que mande tener luego consejo de Estado en su presencia, donde se vean estas cartas y lo que se deve de responder a ellas, y principalmente a este punto». En septiembre, al recibirse otro paquete de Alemania, Felipe volvió a comunicar a su secretario: «Esta se podrá ver en consejo con el príncipe». El rey hacía lo mismo con los despachos procedentes de los Países Bajos. En primavera de ese mismo año, el secretario Antonio Pérez informó a Felipe de que «parece que esta tarde aya consejo de [E]stado con su alteza y los flamencos, aunque dize Ruy Gómez que avrá de ser tarde, porque su alteza está reposando agora y lo estará hasta las cuatro; pero quedó a su cargo que, en pudiendo juntarse el consejo, que lo haría avisar a todos y para esto sabría de su alteza luego la hora». El rey se mostró de acuerdo.[470]

Fray Bernardo de Fresneda, confesor real y promotor de la intervención de los huesos de fray Diego de Alcalá cuando don Carlos parecía cerca de la muerte, ofrecía una curiosa explicación sobre la decisión del rey de introducir a su hijo en los asuntos de Estado. Poco después del arresto del príncipe, el embajador veneciano pidió directamente al confesor real que le dijese «unas particularidades de esta materia», y Fresneda

replicó:

> Se ha tolerado sus bofetadas, para ver si con el tiempo se va a mejorar, y han hecho diversas pruebas para ver si las cosas extravagantes que hacía procedían de furia juvenil, o de un apetito de dominar, o por falta de juicio. Para dicho efecto, el rey le ha permitido presidir en los consejos; le ha dado autoridad de mandar en muchas cosas; y se ha ordenado que le diera siempre grandes sumas de dinero.

Fresneda concluía que esta estrategia «ha probado que cuando el [príncipe] entraba en Consejo, ponía confusión en todo, y impedimento en cada deliberación». Por otra parte, «la autoridad recibida del Rey usaba [don Carlos] por el contrario, para sus maldades».[471]

Hubo varios tipos de «maldades». En diciembre de 1566, cuando Felipe presenció la apertura de las Cortes de Castilla en el Alcázar de Madrid, llevó consigo al príncipe, quien se sentó junto a su padre mientras un secretario leía el discurso real ante la asamblea, solicitando fondos para costear, entre otras cosas, su regreso a los Países Bajos. La comitiva real se retiró y las Cortes empezaron a debatir no solo sobre cómo financiar el viaje del rey, sino también sobre los preparativos de la regencia que habría de producirse durante su ausencia. Muchos procuradores se mostraron partidarios de que don Carlos se quedara, como había hecho Felipe durante las ausencias de su padre. Pero esto no era en absoluto lo que el príncipe deseaba oír, de modo que don Carlos entró de nuevo en la sala donde se reunían las Cortes y amenazó con que «quienquiera que recomendara que él se quedara en España, se convertiría, junto con la ciudad a la que representaba, en su peor enemigo». También anunció que «estaba decidido a ir dondequiera que fuera su Majestad, y que nadie en el mundo podría detenerle». A continuación, abandonó furioso la asamblea.[472] ¿Por qué?

Don Carlos sabía que Maximiliano y María tenían pensado reunirse con Felipe en Bruselas, llevando con ellos a su hija Ana, con la que él se iba a casar, y el príncipe estaba

entusiasmado con este matrimonio. Tenía un retrato de la princesa puesto «en una caja redonda de ébano con una moldura de plata sobredorada», con el cual «se huelga muy mucho». También se interesaba mucho por las cosas del Sacro Imperio Romano. A partir de julio de 1566 empezó a pagar un salario a «Luis de Morisote que enseñava a su Alteza la lengua alemana», y compró libros alemanes entre los que había «un *Libro del Caballero Tuerdanque*» en alemán.[473] Ana hablaba español con fluidez, así que don Carlos no necesitaba aprender alemán para charlar con ella; pero tal vez la compra de un ejemplar de *Theuerdank* aclaraba sus planes: ese poema épico, donde el emperador Maximiliano I narraba sus peripecias para casarse con María de Borgoña, ofrecía un ejemplo importante para su bisnieto.

Sus «maldades» eran cada vez más frecuentes. En una ocasión, don Carlos arrojó por una ventana a un paje cuya conducta le molestó; en otra, «Su Alteza se disgustó y enojó mucho» con Juan Estévez de Lobón, su «guarda joyas y ropa»,

> por un billete que le faltó, y en tanta manera que le quiso echar por una ventana, y algunos de los caballeros de su cámara vio que le detuvieron; y así Su Alteza mandó despedir al dicho Lobón, y que se fuese a su casa, llamándole bellaco, ladrón y que había cometido *crimen lesae majestatis*.[474]

Otra «maldad» se descubrió la noche del arresto. Felipe localizó en el aposento de su hijo más de 30.000 escudos en oro, y también correspondencia que revelaba que estaba tratando desesperadamente de reunir mucho más: en el momento de su arresto, el príncipe adeudaba más de 200.000 ducados en concepto de préstamos solicitados a diversos banqueros. Unas cartas fechadas el 1 de diciembre de 1567 y firmadas «Yo el príncipe» ordenaban a su ayuda de cámara que reuniera 600.000 ducados en Sevilla, «con el secreto y decencia que ser pueda», para «cumplir lo que tengo ordenado» en «una necesidad forçosa y urgentíssima».[475]

¿Traición y complot?

¿Qué era esta necesidad que costaba tanto? Ni siquiera los contadores de la Real Hacienda pudieron averiguarlo cuando en 1572 revisaron las cuentas del fallecido príncipe, porque dejó algunas partidas deliberadamente ambiguas. Por ejemplo, dos pagos de más de 1.000 ducados cada uno «que en postrero de abril del dicho año 1567 dio y entregó a Su Alteza para dar a cierta persona secreta», mientras que un contador escribió desesperado junto a las veintinueve partidas prestadas al príncipe por el banquero Antonio Fúcar: «No se sabe por qué razón fuese».[476]

El embajador de Mantua, Emilio Roberti, fue el único contemporáneo que pareció haber adivinado el secreto de la «necesidad» del príncipe: «Su Alteza escribió a los Grandes invitándoles a quererle acompañar en una jornada, que se ha descubierto era de pasar con las galeras en Italia, y presentarse ante el Emperador para celebrar el matrimonio suyo».[477] Es decir, sabiendo que el emperador todavía quería que se casara con Ana, don Carlos había concluido que su única posibilidad de hacerlo era seguir el ejemplo de su tatarabuelo Maximiliano en *Theuerdank* e ir a buscar a su prometida en persona. Pero el éxito del plan de don Carlos dependía por completo de la cooperación de don Juan de Austria, nombrado capitán general de la mar el 15 de enero de 1568, pues era él quien mandaba las galeras necesarias para llevarle a Italia.

Al parecer, en una reunión mantenida el 16 de enero, el príncipe comunicó su plan a don Juan, indicándole que estaba listo para salir de la corte «la noche siguiente» y suplicándole su ayuda. Este le pidió veinticuatro horas para pensarlo, e inmediatamente salió para informar al rey. Según varios observadores, el príncipe se dio cuenta enseguida de esta «traición» y, después de cargar y amartillar un arcabuz, invitó a

don Juan a volver a su aposento, con la intención de matarle. Un gentilhombre de la cámara descargó el arma, por lo que don Carlos no pudo usarla cuando su tío llegó. Entonces sacó su daga. Don Juan, que era mucho más fuerte, le apartó de un empujón gritando «¡Qué Vuestra Alteza no dé un paso más!», alboroto que atrajo la atención de varios asistentes, los cuales acudieron a toda prisa para comprobar qué sucedía. Don Juan consiguió arrebatarle la daga al príncipe y se la llevó al rey como prueba. Parece que la noticia de esta agresión fue lo que impulsó a Felipe a actuar de inmediato. Como escribió el embajador Roberti, «el rey, que ya estaba en grave pensamiento por esto que el príncipe andaba suscitando, juzgó que no se puede más disimular».[478]

Cabe suponer que los documentos incautados por Felipe en el aposento del príncipe revelaron todos sus planes, porque, como comentó Fourquevaux, «el dicho príncipe escribe de su puño y letra todo lo que piensa, por lo que él mismo descubrió las diez mil o más ideas absurdas o descabelladas que tiene en la cabeza». Ciertamente, el rey no perdió tiempo y comenzó a leer el archivo de su hijo: al día siguiente, Pereira escribió que, «después de comer hasta bien noche», Felipe estuvo «viendo los papeles del príncipe».[479] Aunque ninguna misiva escrita por don Carlos sobre su plan ha sobrevivido, el Archivo General de Simancas guarda un legajo de cartas dirigidas al príncipe durante su último año de libertad que resultan bastante reveladoras. En primer lugar, el heredero había recibido cartas de destacadas personas de todos los reinos y territorios de la monarquía, en las que manifestaban su gran interés por complacerle. Desde Milán, Pedro de Ibarra informaba a don Carlos de «lo que pasa por el servicio de Su Magestad»; desde Génova, el embajador don Gómez Suárez de Figueroa le transmitía noticias sobre la flota otomana; y desde Nueva España, el virrey enviaba al príncipe, como regalo, «tres tigres».

Aunque estas comunicaciones parecían inocuas, otras no lo eran. Desde Laredo, Luis Ortiz compartía con el príncipe sus motivos personales de queja, porque el rey «no me haze oýr en justicia»; mientras que, desde Granada, el presidente de la Chancillería, Pedro de Deza, anunciaba que había intervenido para asegurar el juicio rápido de alguien que contaba con el favor del príncipe. En el caso de que el contenido de estas cartas a su hijo no hubiera resultado lo suficientemente perturbador para Felipe, lo que sin duda no pudo dejar de sorprenderle fue el desmesurado lenguaje utilizado por los corresponsales del príncipe: «Nuestro Señor guarde la muy alta y muy poderosa persona de Vuestra Alteza con acrescentamiento de mayores reynos y señoríos como yo, menor vasallo de Vuestra Alteza, deseo», así como la manera en que en ellas se despedían «de Vuestra Alteza, muy fiel criado que sus reales manos besa». Tan aduladoras fórmulas, sin paralelo en los archivos de la monarquía, aparecen en cartas de tantos corresponsales distintos que solo pueden obedecer a una directriz del príncipe o de algún miembro de su séquito.[480]

Ese séquito reunía numerosos jóvenes de talento que más adelante alcanzaron gran relevancia: don Cristóbal de Moura y don Juan de Idiáquez, que se convertirían en los consejeros de más confianza de Felipe durante los últimos quince años de su reinado, y don Juan de Silva y don Juan de Borja, los cuales desempeñarían (al igual que Moura) un papel clave en la unión de Portugal y Castilla. Los cuatro formaban parte de un grupo de cortesanos conocido como «la Academia», que se congregaba alrededor del duque de Alba e, inicialmente, se reunía en su aposento. Poco a poco, el lugar de reunión favorito de «la Academia» empezó a ser la «alcobilla» del aposento de don Carlos en el Alcázar de Madrid. El grupo debatía no solo sobre mujeres, poesía, guerra y caballería, sino también sobre «cómo se sustenta la privanza» y «cómo negociar en corte». Muchos

servían en la Casa del Príncipe, y es probable que el propio don Carlos asistiera a algunas de sus juntas.

Aunque no existen pruebas de que ningún miembro de este grupo fuera desleal a Felipe, si el rey hubiera muerto en cualquier momento antes de la noche del 18 de enero de 1568, los miembros de la Academia de Alba se habrían hecho inmediatamente con el control del gobierno central. Aunque puede ser que el historiador Gil González Dávila exagerara cuando más adelante escribió que don Carlos sufría de «una enfermedad no nueva: un desseo de reynar antes de tiempo», el príncipe y su Casa representaban sin duda el interés reversionario dentro de la monarquía. Si Felipe moría, sus ministros —y, especialmente, los implicados en el arresto— se enfrentarían a la caída en desgracia, si no a la muerte. El nuncio papal fue quien mejor expresó este dilema, justo dos semanas después del arresto: «Se tiene por cierto que van a privar el príncipe de la sucesión, y no le pondrán en libertad nunca. El príncipe odia a muerte a los ministros más favorecidos por el rey; y cuando este [don Carlos] vendría a reinar, ellos y toda su sucesión serían arruinados». Así pues, el nuncio predijo que Ruy Gómez, Feria, Espinosa y los demás «le harán proceso» al príncipe para conseguir que nunca «vendría a reinar». Un destacado ministro flamenco en Madrid estaba de acuerdo: pocos días después del arresto, le dijo a un colega que los principales ministros del rey «intentaban conseguir una declaración de inhabilitación e incapacidad para la sucesión al trono». Asimismo, Fourquevaux creía que «habrá un juicio formal del príncipe de España para declararle incapacitado para la sucesión».[481]

Aunque no existe ninguna prueba fiable de que don Carlos fuera sometido a un «juicio formal», en su *Historia general del mundo del tiempo del señor rey don Felipe II, el Prudente*, escrita en la década de 1590, Antonio Herrera y Tordesillas afirmó

que la opción recibía consideración. «Dezía en la corte que el rey quería hazer processo, y con el consejo declarar al príncipe por inhábil para la succesión de la corona, y toda tardança parecía peligrosa», pero «no se hallando que el príncipe uviesse maquinado alguna cosa contra el padre, ni tenido opiniones diferentes de la fe, ni pensamiento dello, antes dio siempre muestras de príncipe muy católico y verdadero hijo de la Yglesia».[482] Al carecer de fundamentos incontrovertibles para declararle «inhábil», el rey, al parecer, decidió mantener a su hijo encerrado hasta su muerte, como Carlos V había hecho con la reina Juana, a quien las Cortes de Castilla habían jurado lealtad como reina propietaria.

El prisionero

El encarcelamiento perpetuo fue, al parecer, la opción que Felipe consideraba más conveniente. Tengamos en cuenta que, solo dos días después del arresto, había informado a la abuela del príncipe, Catalina de Portugal, que don Carlos jamás saldría de prisión, y, al poco tiempo, reveló esta decisión a otros. En abril, le recordaba al duque de Alba, quien le había pedido más orientación sobre el asunto, que

> no encerré [al príncipe] para poner fin al desorden de su conducta o reformar su carácter, pues este medio de enmienda fracasaría como todos los anteriores. Por consiguiente, resulta de un modo bien claro que mi objeto consiste en poner remedio definitivo a los males que podrían venir durante el resto de mi vida, y sobre todo, después de mi muerte. Y ansí, como la causa de que procede la puede mal curar el tiempo, la resolución de que esta depende no la tiene.

Poco después, Felipe se lo expresó a Maximiliano con todavía más claridad: «Lo que se ha hecho no es temporal, ni para que en ello adelante haya de haver mudanza alguna».[483]

El rey había despersonalizado a su hijo, convirtiéndole en un problema puramente administrativo. Ahora, ya no le quedaba más que asegurarse de que don Carlos, al igual que su abuela Juana en su momento, permaneciese a buen recaudo y

recibiera suficiente comida y bebida. Pereira escribió a finales de febrero que el príncipe había comido poco durante la semana anterior y nada en los últimos cuatro días, y que cuando su confesor no consiguió convencerle, sus guardianes «entraron con él con un hierro en la mano con cierto ingenio para le abrir la boca», y de esta manera le forzaron a comer un poco de sopa y carne.[484] El príncipe continuó sin alimentarse, tal vez con la esperanza de morir, y en una ocasión se tragó un diamante, con el propósito de suicidarse, pero sus médicos le administraron purgas hasta que el diamante volvió a aparecer. Al final, según el conde de Lerma, su custodio, el príncipe había estado «sin comer para matarse quince días», pero entonces:

> Persuadido de su confesor y del médico, quiso comer y deseó vivir; y no vbo lugar lo vno ni lo otro, porque se abían çerrado de manera las bías por donde comemos, que no podía pasar apenas vn poco de caldo […] [pero] bebía cada día quatro o cinco açunbres [ocho o diez litros] de agua con niebe, que bastaba a matar mil onbres de azero [un síntoma probable de malaria]. En fin, le dijeron que no podía bibir, y entendido esto, se confesó y rrecibió todos los sacramentos y extrema vnción con gran dolor y contrición de sus pecados, y de esta manera bibió tres días, haziendo gran demostraçión de cristiano, y pidiendo a bozes a Dios misericordia y a su padre perdón y la bendición.[485]

No lo consiguió. Según Fourquevaux, las erráticas costumbres del príncipe mientras estuvo en prisión «enfurecían a su padre, porque, si él muere, el mundo hablará de ello de muy diversas maneras. Si vive, tengo entendido que lo trasladarán al castillo de Arévalo» (una elección interesante, dado que la tatarabuela del príncipe, Isabel de Portugal, había estado encarcelada allí).[486] En lugar de visitar a su hijo, en abril el rey salió de Madrid para Aranjuez, y en julio se trasladó a El Escorial, desde donde hizo una excursión al Bosque de Segovia, y únicamente regresó a la capital cuando le llegó la noticia de que don Carlos había muerto. Felipe se recluyó entonces en un monasterio y ordenó a sus súbditos «que hagáis la demostración de lutos y otras cosas que en semejante caso se acostumbra y

suele hacer» en memoria del «serenísimo príncipe don Carlos, mi muy caro y muy amado hijo».[487] Cuando Felipe comenzó a reunir cuerpos reales en El Escorial, el de su difunto hijo fue el primero en llegar (junto con el de Isabel de Valois). Ordenó que Pompeo Leoni utilizara el atractivo retrato del príncipe con armadura, realizado en 1567, como modelo para la enorme estatua del cenotafio situado junto al altar mayor de la basílica de El Escorial, donde, entre todos los hijos del rey, él es el único que mira por encima del hombro de su padre, junto a su madre y sus dos madrastras [véase lámina 22]. La decisión de incluir a don Carlos, y así perpetuar el recuerdo del heredero en quien el rey había depositado tantos deseos y esperanzas en vano, supuso un desembolso para Felipe de unos 13.000 ducados, una inversión más que considerable.

Como Fourquevaux comentó con cierta malicia, «su muerte ha resuelto varios problemas a los que se enfrentaba el Rey Católico», que conocían aquellos que habían estado cerca del rey y de su hijo. Su custodio respiró aliviado al informar del fallecimiento de su prisionero a un pariente:

> Fue la mayor [misericordia] que se puede encarezer aberle dado tan buena muerte, estando tan lejos de merezella, y gran merced que hizo a toda la cristiandad en llebarle al çielo. Porque, çierto, si bibiera, fuera la destruición de toda ella: que su condición y costumbres eran fuera de toda orden. Él está muy bien allá y todos los que le conoçimos alabamos a Dios por ello.

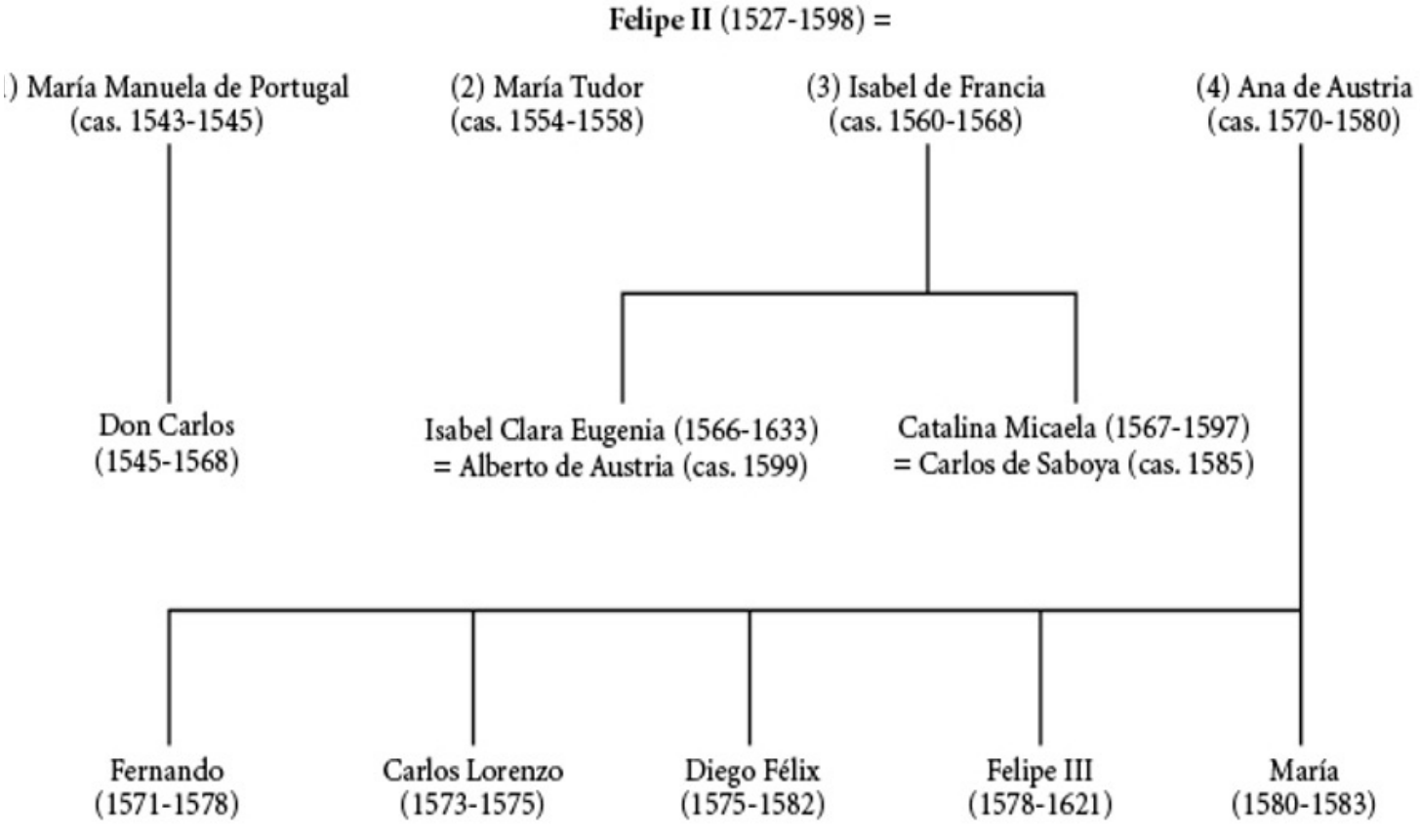
Un agente del duque de Alba en la corte también se alegró con la noticia, «porque, según su manera de proceder», si el príncipe hubiera seguido vivo «pudiera meter en riesgo […] la quietud destos reinos, y especialmente si saliera de donde estaba». Don Juan de Zúñiga, que como gentilhombre de la boca de Felipe había visto al príncipe con regularidad hasta el momento de su arresto, estaba completamente de acuerdo. «Lo que todos sabemos de la naturaleza de la condición del príncipe», escribió a otro cortesano, había llevado a que «yo la temí de manera que, contra el parecer de todos mis amigos,

rehusé de servirle» y, continuaba, «cuando vi que vuestra merced hacía lo mismo» —esto es, declinar la invitación de servir a don Carlos—, «me confirmo más en que lo acertaba».[488] Incluso la reina, Isabel de Valois, insinuaba su locura en una emotiva carta a Fourquevaux escrita la mañana siguiente al arresto del príncipe: «Dios ha querido hacer pública su verdadera naturaleza». El propio embajador había expresado incredulidad ante la insistencia de Maximiliano en presionar para que se llevara a cabo el matrimonio con Ana: «El emperador afirma que él no sabe —o no quiere saber— la causa real del encarcelamiento del príncipe, es decir, la clara incapacidad y falta de sentido común del pobre joven».[489]

Cuatro siglos y medio después, resulta difícil resolver el enigma de don Carlos. Algunas cartas que han llegado hasta nosotros, escritas cuando el príncipe tenía veintidós años, evidencian un estilo epistolar más propio de un niño de once [véase lámina 35]. Cuesta imaginar que alguien con tal dificultad para escribir pudiese gobernar un imperio en el que nunca se ponía el sol, y ese era su destino, porque, aunque su padre encontrara inconvenientes para hacer valer sus derechos al trono portugués en 1580, nadie discutía que don Carlos era el presunto heredero al trono de su primo Sebastián. Pero, por supuesto, aquí radica uno de los problemas: la endogamia que había situado al príncipe en el primer puesto en la línea de sucesión también había generado una constitución física y mental débil.

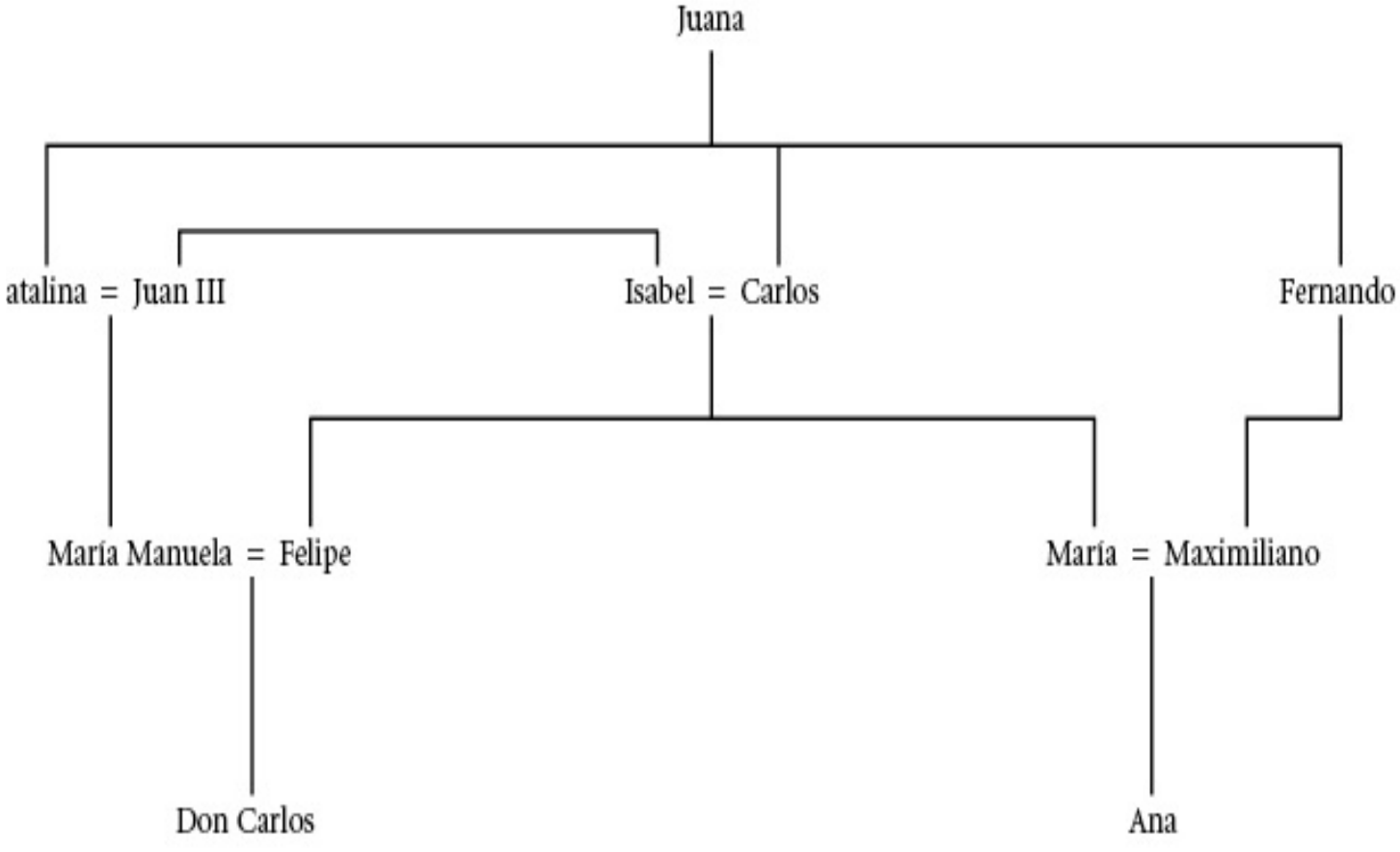
La explicación que dio Felipe para las drásticas medidas que tomó el 18 de enero de 1568 —que actuó «[ni] por offensa ni culpa que contra nuestra persona aya cometido, ni por otra cosa de semejante especie»— no era, por tanto, completamente cierta. El intento del príncipe de asesinar a don Juan parece haber servido de desencadenante. No obstante, la causa subyacente radicaba en la «natural y particular condición» del príncipe. Como la mayoría de los cortesanos y el cuerpo

diplomático reconoció, Felipe no tenía más alternativa que poner a su hijo bajo custodia permanente, como Carlos V había hecho con la reina Juana. La desgracia de Felipe consistió en el hecho de que sus contemporáneos no estaban mejor preparados para comprender tanto los defectos genéticos como las heridas traumáticas en la cabeza, por lo que muchos de ellos dieron crédito a las afirmaciones infundadas de John Man, Guillermo de Orange y el autor anónimo del *Diógenes*.


Felipe II (1527-1598) =
) María Manuela de Portugal
(cas. 1543-1545)
(2) María Tudor
(cas. 1554-1558)
(3) Isabel de Francia
(cas. 1560-1568)
(4) Ana de Austria
(cas. 1570-1580)
Don Carlos
(1545-1568)
Isabel Clara Eugenia (1566-1633)
= Alberto de Austria (cas. 1599)
Catalina Micaela (1567-1597)
= Carlos de Saboya (cas. 1585)
Fernando
(1571-1578)
Carlos Lorenzo
(1573-1575)
Diego Félix
(1575-1582)
Felipe III
(1578-1621)
María
(1580-1583)

La familia de Felipe II. Aunque el rey contrajo matrimonio en cuatro ocasiones, y a pesar de que tres de sus esposas tuvieron hijos que alcanzaron la vida adulta, solo dos de ellos, Catalina Micaela y su hermanastro Felipe, llegaron a ser padres a su vez. El futuro Felipe III fue el cuarto hijo del rey que recibió el título de príncipe de Asturias, tras la muerte de su hermanastro Carlos (1568) y sus hermanos Fernando (1578) y Diego Félix (1582).

<<


Juana
atalina = Juan III
Isabel = Carlos
Fernando
María Manuela = Felipe
María = Maximiliano
Don Carlos
Ana

Don Carlos y sus antepasados. Don Carlos era bisnieto de Juana la Loca por parte de madre y de padre, lo que incrementaba los riesgos de inestabilidad mental en su línea genealógica. Además, en lugar de ocho bisabuelos, tan solo tenía cuatro. El matrimonio con su prima Ana, enormemente deseado tanto por él como por los padres de ella, habría concentrado aún más la carga genética.

<<

sposa	Embarazos	Abortos	Muertos edad 0-2	Muertos edad 3-10	Superaron la infancia	Sobrevivieron a Felipe
laría Manuela	1	0	0	0	1	0
laría Tudor	¿2?	¿2?	0	0	0	0
abel de Francia	5	2	1	0	2	1
na de Austria	7	1	2	2	1	1
otal	15	5	3	2	4	2

La limitada fertilidad de Felipe II. Tanto la familia real española como la portuguesa buscaron unir la península ibérica bajo un mismo cetro y, para conseguirlo, sus miembros se casaron entre ellos generación tras generación. Aunque esta endogamia logró finalmente el objetivo deseado —en 1580 Felipe subió al trono portugués—, la carga genética de la dinastía aumentó al tiempo que se reducía su fertilidad. Tan solo cuatro de los quince hijos engendrados por Felipe llegaron a la vida adulta y, de ellos, únicamente dos tuvieron descendencia.

<<

CUARTA PARTE

El rey vencedor

11. Años de cruzada, 1568-1572

Para Felipe II, 1568 fue un *annus horribilis*. Aparte de la tragedia de don Carlos y la muerte de Isabel de Valois, sus desafectos súbditos en los Países Bajos consiguieron apoyo extranjero para una invasión que costaría una fortuna derrotar. También, a finales de año, se rebelaron los moriscos de Granada. Frente a tantos reveses, el cardenal Diego de Espinosa, principal asesor de Felipe, escribió a su amo: «Dame tanta tristeza y pone me tanto desmayo ver a Vuestra Magestad enfadado y con congoxa de lo que le dizen […] y así suplico a Vuestra Magestad de rodillas no se fatigue tanto». En un extraordinario rescripto, el rey expresaba su deseo de abdicar:

> Son cosas estas que no pueden dexar de dar mucha pena y cansar mucho, y así creed que lo estoy tanto dellas, y de lo que pasa en este mundo, que si no fuese por las [cosas] de Granada, y otras a que no se puede dexar de acudir, no sé qué me haría […]. Cierto yo no estoy bueno para el mundo que agora corre, que conozco yo muy bien que havría menester otra condición no tan buena como Dios me la ha dado, que solo para mi es ruin. Y esto pagánmelo muy mal muchos; plega a Dios que allý se lo paguen mejor.[490]

Entonces, casi milagrosamente, pareció que todos los problemas desaparecían. En 1571, las tropas de Felipe habían pacificado tanto los Países Bajos como Granada; su cuarta esposa, Ana, dio a luz al tan deseado heredero; y su hermano consiguió una espectacular victoria naval sobre las fuerzas otomanas en Lepanto. Espinosa rebosaba de alegría: España tenía un príncipe heredero, se ufanaba al duque de Alba, «como avíamos tanto menester, quedando Su Magestad con salud; y con esto y con la victoria tan grande en la mar (y la mayor después de la del Vermejo [la de Moisés en el mar Rojo]), parece que nos queda poco que desear y mucho que [e]sperar de su benditíssima mano». Algunos observadores, sin embargo, no compartían el entusiasmo de Espinosa. Ese mismo día, el agudo agente del duque de Alba en la corte advertía de que

el mundo anda aquí como suele, digo el govierno, porque el rojo [es decir, el cardenal] todavía trae la machina a cuestas, aunque no falta quien desea descargarle della, a lo menos de parte; y pasa la cosa tan adelante que ya los predicadores dizen a Su Magestad en los púlpitos claramente lo mal que haçe cargar tanto a uno.

Los hechos demostrarían pronto la insensatez tanto de algunas políticas que «el rojo» había recomendado como de hacer «cargar tanto a uno».[491]

«Plantar un mundo nuevo»: el duque de Alba y los Países Bajos

Alba viajó a Bruselas en 1567 con una detallada agenda marcada durante sus reuniones mano a mano con Felipe: «Si Vuestra Magestad mira bien lo que hay que hacer», afirmaba el duque, «verá que es plantar un mundo nuevo». El rey había puesto parte de esta agenda en instrucciones formales, pero otras decisiones quedaban secretas, y en junio de 1568 Alba entregó a su señor un detallado informe «de la orden que traía en la cabeza de llevar consecutivamente en los negocios, el uno después del otro, posponiéndolos o anteponiéndolos como por lo que abajo diré Vuestra Magestad verá, para castigar lo pasado y dar forma en lo presente y el venidero».[492]

La primera y más importante tarea que Felipe encomendó al duque fue «prender los hombres principales culpados o sospechos para castigarles exemplarmente, y asimismo alguna de la gente de poca cualidad más culpada». Así, dos semanas después de llegar a Bruselas, Alba creaba el Consejo de Trublas para juzgar a todos aquellos sospechosos de rebelión o herejía. Arrestó a los condes de Egmont y Hornes, a sus secretarios y a otros varios líderes políticos, todos acusados de traición, y en marzo de 1568 se arrestó simultáneamente a más de quinientos sospechosos en casi todas las provincias de los Países Bajos. A lo largo de los cinco años siguientes, el Consejo de Trublas juzgó a más de doce mil personas por traición, condenó a casi nueve

mil de ellas a la pérdida de parte o la totalidad de sus bienes, y ejecutó a más de mil, incluidos Egmont y Hornes, que fueron ahorcados en la plaza Mayor de Bruselas el 5 de junio de 1568. [493]

En las cosas de la Hacienda, Alba no podía dar cuenta del mismo éxito. Felipe le había encargado reformar la estructura financiera de los Países Bajos a fin de que las provincias pudieran no solo financiar su propia administración y defensa (para incluir la construcción de nuevas ciudadelas y el sueldo de diez mil soldados españoles), sino también proporcionar «300.000 [ducados] que pueda Vuestra Magestad cada año meter en su caja para que, juntos estos por algunos años, puedan servir para las necesidades que viniesen». Felipe había especificado que estos fondos deberían proceder de un nuevo impuesto sobre la venta (una alcabala) en los Países Bajos; pero en vista de la tenaz resistencia del país, Alba suspendió temporalmente el proyecto. En abril de 1568, Guillermo de Nassau, en su calidad de príncipe soberano de Orange, dio órdenes de reclutar tropas en Francia, Inglaterra y Alemania para luchar contra Alba, quien (según afirmaba Orange) había confiscado ilegalmente sus propiedades. Sin embargo, después de una campaña de casi seis meses, el duque había logrado acabar con la mayoría de sus adversarios. Solo unos pocos consiguieron escapar, entre ellos Orange.

Alba consideró su campaña como una prueba del favor divino en pro de la causa de Felipe («[Dios] sea loado que tan clara y abiertamente favorece las cosas de Vuestra Magestad»), pero al rey le interesaban más los nuevos impuestos.[494] Felipe había insistido siempre a su lugarteniente que «es más que necesario dar orden como aya renta firme, cierta y perpetua para la sustentación y defensión de essos stados sacada de [e]llos mismos, pues está claro que de aquí no se ha de llevar siempre el dinero […] para ello». Tras haber enviado casi dos millones

de ducados para derrotar al príncipe de Orange y financiado la costosa guerra contra los moriscos de Granada, el rey repetía en una carta ológrafa: «He gran myedo que aver quitado tanto [dinero] de lo de acá para lo de ay nos ha de poner algún día en tanto aprieto que nos venga a faltar todo en el tiempo que más sea menester, pues ocasiones no faltan para poderse temer esto». [495]

Alba no podía ignorar tal amenaza, y en 1569 convocó a los Estados de las diversas provincias neerlandesas y exigió que aprobaran tres nuevos impuestos diseñados por sus asesores financieros. El primero fue un impuesto del uno por ciento sobre el rendimiento de cada inversión, conocido como «el centésimo dinero»; los Estados accedieron de mala gana, teniendo en cuenta que solo se gravaría una vez. Al final, produjo casi dos millones de ducados. Pero los Estados se negaron a aprobar los otros dos impuestos propuestos por el duque, que este quería que fueran permanentes: «El vigésimo dinero», un gravamen del cinco por ciento sobre todas las ventas de terrenos, y un impuesto del diez por ciento sobre todas las demás ventas, conocido como «el décimo dinero». El duque alojó a sus tropas españolas en las ciudades que tenían voto en los Estados, en un intento por conseguir que estos aprobaran los nuevos impuestos, hasta que en agosto de 1569 ofrecieron otros dos millones de ducados, pagaderos en dos años.

Tras sus grandes logros, Alba pidió al rey permiso para regresar a España. La respuesta de Felipe ponía de manifiesto hasta qué punto conocía bien a su quisquilloso subordinado. Componía una seductora mezcla de adulación y chantaje:

> Aunque lo que vos ahí habéis hecho y trabajado en servicio de Dios y mío, ha sido tanto que conozco muy bien haber sido el reparo y sostenimiento desos Estados, aunque de presente os parezca que lo de la religión, justicia, obediencia, hacienda, castillos, milicia y otras cosas que son tanto menester para su entero buen gobierno, seguridad y conservación esté en buen término, que no

residiendo vos ahí más tiempo para lo acabar de asentar enteramente, volvería muy fácilmente atrás.

Por tanto, proseguía Felipe con astucia, «el prevenir y atender a esto os toca a vos muy en particular por ser obra vuestra y tal que, si en alguna manera se estragase o se siguiese algún siniestro suceso por haberlo dejado imperfecto, no podría dejar de causaros mucha pena y sentimiento». Pero, por otra parte, «veo y conozco muy bien la mucha razón y justas causas que tenéis para veniros a reposar después de tan larga ausencia y tan excesivos trabajos de [e]spíritu y cuerpo como habéis pasado después que de aquí partiste». Felipe devolvía entonces la petición al peticionario: «Os ruego y encargo muy encarecidamente» que, pesando las alternativas «con la prudencia cristiana de que Dios os he dotado, y teniendo el principal respecto que siempre habéis tenido a lo que toca y cumple a su servicio y mío», fuese el propio duque quien decidiera si podía partir tranquilo sin «los inconvenientes que a mí se me representan». En este último caso, Alba debía avisarle «luego dello con correo expresso; y en teniendo vuestra respuesta nombraré y os enviaré sucesor en tiempo que él le tenga para ir y estar allí algunos días antes de vuestra partida». [496]

La carta de Felipe era brillante: aunque aparentaba dejar libertad de decisión a Alba, la pregunta de cómo se sentiría si «se siguiese algún siniestro suceso por haberlo dejado imperfecto» hacía imposible que se marchase. Durante el resto de su vida, Alba lamentaría la decisión que tomó en 1570 de no volver a España, cuando su reputación todavía se mantenía más o menos intacta y su rey le estaba profundamente agradecido por su papel en «el reparo y sostenimiento desos Estados». Pero todo aquello pertenecía al futuro. Por el momento, a Alba le preocupaba un aspecto delicado del viaje de la futura reina Ana de Austria a España a través de los Países Bajos.

La solitaria muerte del barón de Montigny

Cuatro años antes, Margarita de Parma, regente en los Países Bajos, había mandado a Floris de Montmorency, barón de Montigny y hermano del conde de Hornes, como enviado especial suyo a España. Nada más llegar a Madrid la noticia del arresto de Egmont y Hornes, Felipe mandó encarcelar a Montigny en el Alcázar de Segovia. Durante su interrogatorio, el barón negó haber cometido ninguna acción reprobable, pero el testimonio de sus colegas y los documentos confiscados a estos sugerían lo contrario. El barón también había insultado al rey en su propia cara al negarse a volver a los Países Bajos en julio de 1566 *(véase capítulo 8)* y, lo que resultaba aún más incriminatorio, nueve meses después de su arresto había intentado escapar (y casi lo había conseguido). El Consejo de Trublas declaró a Montigny culpable de traición y rebelión, y decretó que «le será cortada la cabeza y puesta en un palo alto». Alba remitió el informe a Felipe y mantuvo en secreto este veredicto hasta que recibió una respuesta.[497] Poco después, Ana de Austria llegó a Bruselas, de camino a su casamiento con Felipe, y, según informó Alba, los parientes y amigos del barón le hablaron de su larga trayectoria de servicio a los Habsburgo. Ella se mostró de acuerdo en defender su causa. El duque señalaba que podría resultar difícil cortarle la cabeza a Montigny y ponerla en un palo alto si Ana le rogaba a su nuevo marido que le perdonase la vida. Sería mucho más fácil para Felipe ajusticiar a Montigny antes y simular luego que había muerto de causas naturales.[498]

Felipe agradeció este consejo, y, aunque la mayoría de sus ministros habrían preferido «echar algún genero de veneno en la comida o bebida», no obstante «a Su Magestad paresció que desta manera no se cumplía con la justicia y que era mejor darle un garrote en la cárcel con tan gran secreto que nunca viniese a

entender sino que había fallescido de su muerte natural».[499] Pero ¿dónde tendría lugar la ejecución? Felipe descartó el Alcázar de Segovia, porque allí tenía previsto casarse con Ana, de modo que, en agosto de 1570 (mientras su novia se preparaba para salir de los Países Bajos), Felipe ordenó a don Eugenio de Peralta, el encargado del castillo de Simancas, ir a Segovia y trasladar bajo custodia a Montigny al archivo fortaleza.

Felipe orquestó entonces una de las disimulaciones más intrincadas y extraordinarias de toda su vida. Peralta permitió que su prisionero gozara de una inusual libertad dentro de las murallas de Simancas, llegando incluso a dejarle salir «a tomar sol en un corredor». El 1 de octubre, el día antes de que doña Ana desembarcara en Santander, un ministro de confianza explicaba el complicado engaño del rey: Peralta debería dejar un falsificado «escripto en latín cerca del aposento» de Montigny, en el que este al parecer revelaría sus nuevos planes de huida, lo que justificaría poner al barón bajo estricto confinamiento. A continuación, Peralta escribió una carta llena de falsedades, específicamente (según Felipe le explicó más adelante a Alba) «para que aquí se pudiese mostrar y también allá» en Flandes. En ella se describía su descubrimiento del «escripto», el plan de huida y el confinamiento estricto, añadiendo que el barón sufría en ese momento de «una calentura (según los médicos dicen) de ruin especie». Peralta mandó entonces llamar a un médico «para que entrase y saliese en la fortaleza como que iba a curar al dicho de Montigny, haciendo traer medicinas como si estuviera enfermo», y también a un confesor.[500]

El siguiente paso del plan de Felipe requería que un alcalde (juez) de la Casa Real, junto con el confesor, un escribano y un verdugo, llegaran a Simancas. A última hora del sábado 14 de octubre comunicaron al barón la sentencia de muerte. Felipe

había dado órdenes de que «se podrá diferir la ejecución» hasta la noche siguiente, para que Montigny «tenga más tiempo para confesar y recibir los sacramentos si pareciere, y para se convertir a Dios y arrepentirse» (lo que constituye una reveladora prueba de que el rey y sus principales ministros españoles creían que los nobles flamencos eran herejes). El barón, una vez recobrada la compostura, comulgó y redactó una declaración de sus deudas y de su inocencia. Expresaba su agradecimiento por «la real clemencia y benignidad» al decidir «que no se ejecutase en público, sino allí en secreto», pero negaba su culpa, «siempre protestando su inocencia en los artículos del príncipe de Orange y rebelión». Luego, «acabada su plática», tuvo lugar el último acto de «dissimulación» de Felipe:

> El verdugo hizo su oficio, dándole garrote. Y a la hora, se volvieron el alcalde y el escribano y el verdugo a Valladolid, de manera que nadie supo que habían estado en Simancas, poniendo pena de muerte a los dichos escribano y verdugo si lo descubriesen. Tras esto, se vistió al dicho de Montigni el hábito de San Francisco, porque se encubriese el habérsele dado garrote, y luego se publicó la muerte y se trató de su enterramiento.

Para cuando Ana llegó a Valladolid, a solo diez kilómetros de Simancas, Montigny llevaba dos semanas muerto y, como se regodeaba Felipe en una carta a Alba, su engaño «sucedió tan bien, que hasta agora todos tienen creído que murió de enfermedad, y así se ha de dar a entender allá». Los ruegos de su nueva esposa para la liberación de Montigny habían llegado, sencillamente, demasiado tarde, y sin duda el rey pasó con la conciencia tranquila su noche de bodas en el Alcázar de Segovia.[501]

Otro Nuevo Mundo

La dura política adoptada por Felipe y Espinosa en los Países Bajos formaba parte de una notable estrategia imperial. En 1568 el rey encargó a Espinosa la creación de un comité de ministros de confianza, que sería conocido como la Junta

Magna, para revisar toda la administración colonial con el objetivo de reducir el riesgo de resistencia por parte de sus vasallos en América. Desde el primer momento, la Junta seguía el admirable principio de «que las cosas generales en todos estos puntos son las que de acá se puedan ordenar y asentar, pero las particulares y menudas forzoso se han de someter a los que fueren a ejecutar las dichas cosas». Comenzó por la religión. Sus miembros debatieron sobre cómo asegurar un apostolado más eficaz, y recomendaron celebrar consejos provinciales y visitas episcopales, como dictaba Trento, y crear nuevas diócesis, cada una de ellas con un seminario, otro requerimiento tridentino. La Junta pasó a continuación a considerar la mejor manera de establecer esta extensa red eclesiástica, y recomendó un mejor reparto de los diezmos a fin de que las iglesias y conventos locales recibieran más apoyo. También tenían que poner «silencio a la contrariedad de opiniones que en los predicadores y confesores a avido y ay en aquellas provincias sobre la jurisdición y seguridad de conciencia de lo que en ellas se adquirió y adquiere y posee»; en otras palabras, los inquisidores debían silenciar a cualquier clérigo que pusiera en cuestión la legalidad de la conquista y los derechos del rey de Castilla.[502]

A continuación, la Junta Magna trató de la economía. Para mejorar la situación de los súbditos indígenas de Felipe, se propusieron reformas al sistema de propiedad territorial; para estimular la producción, se proyectaron nuevos reglamentos para la minería, el comercio y la manufactura; y para aumentar los ingresos de la corona, se recomendó una tributación dirigida más a las comunidades que a los individuos, combinada con una alcabala. Tras tres meses de intensas y concentradas deliberaciones, la Junta Magna presentó sus extensas recomendaciones al rey. Por otra parte, para que los virreyes fueran a la vez «temidos y queridos», don Francisco de Toledo, nombrado virrey del Perú por Felipe, solicitaba que les dejara

usar tanto «el cuchillo del castigo» como «la gratificación del premio». Felipe lo aceptó todo, y también concedió los mismos poderes a don Martín Enríquez, el nuevo virrey de Nueva España, para gastar dinero sin su expreso permiso siempre que lo hiciera en pro de la «pacificación» y «en tiempo de alvorotos y guerra».[503] Gracias a esta flexibilidad, Enríquez organizó una eficaz defensa de la frontera norte de Nueva España, librando una «guerra a sangre y a fuego» contra los chichimecas a partir de 1570; mientras que Toledo emprendía una importante campaña contra los incas supervivientes a partir de 1572 y enviaba ayuda financiera y material a los colonos de Chile en su lucha contra los araucanos. Gracias a todas estas medidas, la mayor parte de América siguió siendo española, hasta el siglo XIX, y católica, hasta hoy. Este fue el mayor logro de Felipe.

La rebelión de las Alpujarras

La Junta Magna fue uno de los dos órganos presididos por el cardenal Espinosa al que Felipe encargó la tarea de promover la uniformidad entre sus vasallos. El otro era la junta creada en 1566 para decidir qué hacer respecto a los moriscos, de los que había unos 400.000 en España, el equivalente a un seis por ciento de la población total. Esta minoría étnica no estaba repartida por igual en todo el país: unos 150.000 vivían en los reinos de Aragón y Valencia, donde constituían entre una quinta y una tercera parte de la población, mientras que otros 140.000 habitaban en el reino de Granada, donde representaban más de la mitad del número total de habitantes (incluida la propia ciudad de Granada). Algunas regiones montañosas, como las Alpujarras, apenas contaban con cristianos viejos.

Desde que en 1502 los Reyes Católicos expulsaran a todos los musulmanes que no se convirtieron al cristianismo, las autoridades se habían esforzado por integrar a los que se habían

quedado. En 1526, Carlos V presidió una junta que formuló veinticinco mandatos destinados a cristianizar a estos moriscos, pero luego acordó suspenderlos durante cuarenta años a cambio de un sustancial pago por parte de la comunidad morisca. Los líderes moriscos de entonces habían elegido un momento ideal para conseguir un aplazamiento, dado que la conquista de Hungría por parte de los turcos y la guerra con Francia dejaban a Carlos desesperado por el dinero y deseoso de mantener la paz dentro de España. La situación internacional en 1566, cuando expiró el plazo de cuarenta años, parecía igualmente propicia para renovar la suspensión, con la guerra en el Mediterráneo y alteraciones en los Países Bajos y en Nueva España, pero, a diferencia de su padre, Felipe se negó. La junta presidida por Espinosa ordenó que «se executasen los decretos de la Junta del emperador Carlos V en el año mil y quinientos y veinte y seis», y una pragmática real pregonada tanto en árabe como en castellano ordenaba a los moriscos a renunciar a su vestimenta, lengua, costumbres y prácticas religiosas en el plazo de un año, bajo pena de multas y cárcel.[504]

Frente a este ataque a sus vidas y libertades, y dándose cuenta de que no podían esperar más concesiones de Felipe, un grupo de moriscos empezó a planear una importante insurrección, la primera en Castilla desde la de los comuneros. El 24 de diciembre de 1568, los habitantes de casi doscientas aldeas moriscas de las Alpujarras asesinaron a sacerdotes, sacristanes y oligarcas locales. Entre tanto, un destacamento especial trató sin éxito de persuadir a los moriscos del Albaicín de Granada para que se unieran a ellos.

En ese momento, los insurgentes en armas probablemente no sumaban más de cuatro mil, y las autoridades locales contraatacaron rápidamente y consiguieron la rendición de muchos. Pero perdieron el control de sus tropas, cuyas numerosas atrocidades dieron nuevas alas a la rebelión. A las

Alpujarras llegó un tropel de nuevos voluntarios y al menos cuatro mil berébéres y turcos, lo que les permitió amenazar las villas cristianas en las llanuras costeras. Esta escalada obligó a Felipe a mandar llamar a los tercios viejos de Italia y a desplazarse personalmente a Andalucía. En febrero de 1570, el rey entró en Córdoba a caballo, a paso lento y majestuoso, describiendo círculos sobre su montura, para que toda la multitud allí congregada pudiera admirarle. Pero pese a que el hecho constituyó un notorio alarde de confianza en sí mismo, no sirvió para poner fin a la guerra y, temeroso de que los moriscos de Aragón y Valencia se pronunciaran a favor de los rebeldes, el rey envió un emisario a las Alpujarras para negociar un «concierto con los moros». En mayo «se rindieron y entregaron el estandarte y sujetaron a la misericordia de Su Magestad».[505]

Felipe y sus ministros se dispusieron entonces a preparar una «solución definitiva» al problema de los moriscos de Granada. En noviembre de 1570, de acuerdo con un programa prefijado, unos 50.000 moriscos fueron conducidos en masa a hospitales e iglesias ya determinados. Para crear una falsa sensación de seguridad entre los deportados, Felipe dio instrucciones a los comisarios encargados de supervisar la operación para que explicaran que la guerra había dejado devastada Granada hasta el punto de que «es imposible poderse sustentar en ella», y que

> por el presente los dichos cristianos nuevos se saquen deste reyno y se lleven a Castilla y a las otras provincias donde el año ha sido abundante y no han padescido a causa de las guerras y donde con gran comodidad podrán comer y sustentarse el año presente, y se podrá ir considerando para qué tiempo y cómo se podrán volver a sus cosas.[506]

Esto era completamente falso —se había decidido ya que ningún morisco volvería a Granada—, pero, como en el caso de Montigny, Felipe consideró que el engaño era esencial para el éxito de la operación. Durante los dos meses siguientes, una

cuarta parte de los deportados murieron de hambre, mientras marchaban por los caminos bajo la lluvia y la nieve o bien en el mar cuando las tormentas descargaron sobre las galeras que debían trasladarlos. Según el historiador José Alcalá-Zamora y Queipo de Llano, «la guerra de Granada costó, pues, no menos de noventa mil muertos por todos los conceptos».[507]

Pero la limpieza étnica solo constituía la mitad de la solución definitiva de Felipe al problema morisco. En 1571, el rey anexionó todas las tierras de los deportados e invitó a los moradores de los demás reinos de España a establecerse en ellas. Creó el Consejo de Población en Granada, que adquirió y dimensionó las propiedades de los moriscos deportados para luego distribuirlas entre los nuevos pobladores cristianos. El consejo garantizó el sustento de los recién llegados hasta que pudieran mantenerse con sus propias cosechas, y les ofreció una amplia variedad de otros incentivos. En 1598, unas 60.000 personas se habían mudado ya a más de 250 comunidades distintas enclavadas en el reino de Granada.

Este complejo proceso de limpieza étnica puso de manifiesto la visión y el poder de Felipe: ningún otro gobernante occidental de su época podría haber planeado y organizado un movimiento de población semejante. Sin embargo, fracasó. En primer lugar, muchos pueblos de las zonas más pobres de Asturias y Galicia quedaron abandonados o arruinados con la marcha a Granada de sus habitantes más emprendedores. Por otra parte, la propia Granada sufrió una catastrófica pérdida de población: la región de las Alpujarras, habitada por casi 6.000 vecinos según el censo de 1561, contabilizaba menos de 2.000 en 1587; el reino en conjunto perdió una cuarta parte de su población anterior a la guerra. Y, por último, aunque la limpieza étnica eliminó de forma permanente el riesgo de que una «quinta columna» islámica en el sur de España recibiera con los brazos abiertos a la flota turca

y a los corsarios de Berbería, ciudades que siglos antes habían sido liberadas de la ocupación musulmana ahora de repente tenían un «albaicín». Un análisis del ADN de la población actual de España muestra una ausencia casi total de cromosomas típicamente africanos en Andalucía oriental, pero ¡una fuerte presencia de estos elementos (hasta el veinte por ciento) en Galicia, León y Extremadura![508]

Lepanto: «La victoria mayor después de la del Vermejo»

La guerra de Granada dejó exhausta a la Hacienda de Castilla, y malparada de cara a lo que los españoles denominaron simplemente «la batalla naval». El camino hacia Lepanto empezó en 1570, cuando una gruesa Armada otomana ocupó la isla veneciana de Chipre, salvo la fortaleza y el puerto de Famagusta. Venecia buscó desesperadamente la ayuda de otras potencias cristianas del Mediterráneo, y encontró un entusiasta defensor en Pío V, que veía esta lucha como una cruzada. Aunque el papa mandó enviados a todos los gobernantes cristianos para que formaran una Santa Liga con el fin de salvar a Chipre y hacer retroceder las fuerzas del Islam, tenía depositada su principal esperanza en Felipe.

Desde el principio, el rey exigió un alto precio a cambio de su apoyo. Los papas anteriores habían concedido a los reyes de Castilla el derecho a recaudar tres impuestos especiales en nombre de la Iglesia, conocidos como «las tres gracias», para causas piadosas: la cruzada, el subsidio y el excusado. La ansiedad de Pío por crear una Santa Liga constituía para Felipe una oportunidad de oro para exigir la renovación de los tres impuestos y mejorar sus condiciones. Su embajador en Roma le dijo al papa, en marzo de 1570, que «no començándole Su Beatitud con conceder la cruzada era impossibilitar el effecto; porque sin esta graçia, y otra muchas, Vuestra Magestad aún no

podía attender a la defensa de sus Estados, quanto más emprender en un mismo tiempo las guerras tan difficultosas como esta». La estrategia dio resultado: Pío fue tan generoso al autorizar todas las concesiones financieras que, según la tosca frase de Espinosa, «ha a Su Santidad acontecido lo que nos los castellanos aquí decimos por refrán: que los estíticos mueren de cámaras».[509]

No obstante, Felipe seguía siendo reacio a arriesgar su Armada en el este del Mediterráneo; solo aceptó unirse a la Liga porque creía que, como miembro más poderoso, podría dictar la estrategia global. Quería reconquistar Túnez, capturado por el rey de Argel el año anterior, y, cuando quedó claro que no se saldría con su deseo, consideró seriamente echarse atrás. «No me ha pesado que no se aya concluydo» la Liga, dijo a principios de 1571, porque «como agora está, yo creo que no se ha de hazer cosa buena ni empresa, y que es imposible cumplir yo lo que ofrezco, no solamente este año (que esto es imposible), mas ni los que vienen, y que no bastarían para ello cuatro tantas "gracias" que las que se me dan […]. Yo me engañé mucho en esto».[510] Solo tras muchas y muy duras negociaciones firmaron los plenipotenciarios de Felipe la Santa Liga en Roma, en mayo de 1571, en virtud de la cual el monarca español se obligaba al pago de la mitad del presupuesto operativo, mientras que Venecia, el papa y algunos otros aliados italianos compartían el resto. Don Juan de Austria comandaría la flota combinada, que se congregaría en Mesina.

Se reunieron demasiado tarde para salvar Famagusta o detener el avance de una enorme flota otomana que navegaba por la costa de la Creta veneciana, saqueando los pueblos y secuestrando a sus habitantes. Sin embargo, a finales de septiembre, encontrándose faltos de provisiones y con un copioso botín por vender, los almirantes otomanos decidieron pasar el invierno en el golfo de Lepanto. Al parecer, daban por

hecho que sus adversarios no se atreverían a iniciar operaciones estando tan avanzada la temporada de campaña, pero Felipe ya había tomado otra decisión. «Poco provecho ni effecto puede ser aquella gruesa junta de infantería, caballería, galeras y naves», insistía, si se limitaba a defender sus propias bases, mientras que «saquear las costas y tierras del enemigo no es fructo de importancia». En su lugar, el rey sostenía que «lo mejor sería que se juntasse una gruesa vanda de galeras, qual pareçiesse convenir y ser bastante para ser superior a la del enemigo, y con ella hazer los effectos que conviniesse y attender principalmente y quebrantarle las fuerças de la mar, que es el verdadero daño y más en benefficio de la cristiandad».[511]

El rey ya debía haber recalcado esta audaz estrategia a su medio hermano antes de que este partiera de España, porque don Juan de Austria, de su puño y letra, informó a su aliado en la corte, Ruy Gómez, de que había decidido que su flota pasara «adelante con la intinción de pelear, como se verá». Y concluyó: «La gana que en esta armada ay de pelear es mucha y la confiança en los de vençer no menos […] ¡Lo demás que Vuestra Merced querra saver, entenderá por coronistas!».[512] Don Juan partió con la mayor flota cristiana jamás vista en el Mediterráneo: 280 galeras y hasta otros treinta barcos de guerra. La flota se dirigió primero a Corfú, pero, al no encontrar guarniciones otomanas que atacar, bajó hasta el golfo de Lepanto. Antes del amanecer del 7 de octubre, toda la flota otomana —230 galeras y unas setenta naves más ligeras— zarpó de sus puertos. Unos 170.000 hombres, aproximadamente la mitad de ellos remeros y el resto combatientes, lucharon en la batalla de Lepanto, y, al atardecer, 60.000 de ellos estaban muertos o heridos. Aunque las fuerzas de la Liga habían sufrido graves pérdidas —puede que unos 7.500 muertos y 20.000 heridos, entre ellos Miguel de Cervantes—, habían conseguido una contundente victoria al

capturar 130 navíos de guerra otomanos, 400 piezas de artillería y casi 3.500 prisioneros. Además, habían liberado a unos 15.000 esclavos de galeras que se encontraban entre la flota otomana, la cual perdió también otros 110 barcos que fueron hundidos.

¿Fue Lepanto «la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros» (como afirmó Cervantes), por no decir «la mayor victoria que ha sido nunca en la mar» (como aseguró el comandante naval Juan Andrea Doria) o «la mayor después de la del Vermejo» (el veredicto de Espinosa)? No, porque Chipre continuó estando en manos otomanas y los vencedores no consiguieron el deseo del Senado veneciano de «privar por todos los medios al enemigo de la posibilidad de rehacer su flota».[513] Pero de no haberse librado y ganado esta batalla, la vasta flota turca habría zarpado de sus fondeaderos en el golfo de Lepanto a principios de 1572 y tal vez habría conquistado los cercanos reductos venecianos en el Adriático o incluso Creta. En cambio, su derrota desencadenó varios levantamientos entre los cristianos de Grecia y Albania, que durante un tiempo amenazaron el control otomano de la península.

«Matar o prender a la Isabel»

La campaña de Lepanto no fue la única cruzada emprendida por Felipe en 1571. Nada más unirse a la Santa Liga, autorizó la invasión de Inglaterra y el derrocamiento de Isabel Tudor. No era la primera vez. A finales de 1568, Isabel había capturado algunos barcos que transportaban dinero desde España a los Países Bajos; aunque ese dinero no era estrictamente de propiedad real, pertenecía a un consorcio de banqueros genoveses que habían acordado prestárselo al duque de Alba para pagar los sueldos de su ejército. El embajador de Felipe en Inglaterra, el caballero catalán don Guerau de Spes,

interpretó esto como el primer paso de una guerra comercial e instó tanto a Alba en los Países Bajos como a Felipe en España a confiscar barcos y mercancías inglesas. Ambos accedieron, e Isabel puso a Spes bajo arresto. Pocos meses antes, Felipe había expulsado al embajador inglés ante su corte, el doctor John Man, un clérigo protestante casado, basándose en que su continuada presencia en la corte podía ofender «a Dios Nuestro Señor, cuyo servicio y observaçión de su sancta fee tengo yo tan delante en todas mis cosas y actiones, y llevo tan antepuesta a todas las cosas desta vida y a la mía propia».[514] Retóricas aparte, sin Man y Spes, Felipe no poseía ningún canal diplomático directo a través del cual resolver cualquier conflicto con Inglaterra.

Esta anomalía aumentó la influencia del duque de Alba sobre la política del rey respecto a Inglaterra. Alba había residido allí durante la década de 1550 y, además de seguir contando con una red de información sobre el terreno, tenía sus propios planes. Por un lado, nunca había estado de acuerdo con sustituir a Isabel Tudor por María Estuardo, reina de Escocia, a quien muchos católicos consideraban la legítima soberana también de Inglaterra debido a que había sido reina de Francia y mantenía estrechas relaciones con sus parientes franceses. Por otra parte, dado que la prosperidad de los Países Bajos dependía del comercio con Inglaterra, Alba se oponía a cualquier política que pusiera ese comercio en peligro.

A principios de 1569, indignado por el encarcelamiento de Spes y la confiscación del tesoro genovés, Felipe contempló la posibilidad de lanzar un ataque abierto contra Inglaterra, y le pidió a Alba que le sugiriera la mejor manera de llevarlo a cabo. Alba se negó: en su contundente respuesta afirmaba que las invasiones coordinadas por el príncipe de Orange el año anterior habían dejado sus arcas vacías, y por tanto todos los fondos para la intervención en Inglaterra tendrían que proceder

de España. La revuelta de las Alpujarras excluía esa posibilidad, pero esto hizo que Felipe se mostrara más receptivo a una propuesta de Roberto Ridolfi, un banquero florentino que manejaba los fondos secretos enviados por el papa a los líderes de los católicos ingleses. En febrero de 1569, Ridolfi visitó a Spes (a pesar de su confinamiento) y le entregó un mensaje del duque de Norfolk y dos consejeros católicos de Isabel expresando su intención de obligar a la reina a restablecer los lazos tanto con Roma como con España. A tal propósito, Ridolfi llevaba un código en clave para utilizar en todas las comunicaciones con los nobles ingleses, lo que garantizaba que, dado que Spes permanecía bajo arresto domiciliario, Ridolfi constituiría la única conexión entre ellos.

Sin dejar que su ardor se viera mermado por estos problemas técnicos, y sin sospechar tampoco de la facilidad con la que Ridolfi había conseguido tener acceso a él, Spes le confió un plan ambicioso, para el que había acuñado un sonoro término: la Empresa de Inglaterra. Este plan apelaba a Felipe con el fin de que convenciera a los demás Estados europeos para boicotear el comercio con Inglaterra, enviase apoyo financiero a Norfolk y fomentara el descontento de los católicos irlandeses hacia la soberanía inglesa. En un aspecto aún más radical, Spes sugería que el rey respaldara el derecho de María Estuardo al trono inglés o bien lo reclamara para sí mismo. En marzo de 1571, pertrechado de «instrucciones, encargos y cartas» de Norfolk y María, Ridolfi partió de Inglaterra en busca de apoyo extranjero. Primero, explicó su misión al duque de Alba, el cual expresó sus sospechas acerca de la facilidad con la que Ridolfi había conseguido salir de Inglaterra con tantos documentos incriminatorios en su poder, y sugirió (con razón) que podría tratarse de un agente doble. Sin embargo, permitió que Ridolfi se dirigiera a Roma.

El momento era favorable. El año anterior, Pío V había

emitido una bula declarando a Isabel depuesta y ahora buscaba la manera de llevar esto a cabo. Durante algún tiempo, la Liga le distrajo de este asunto, pero, al ver que sus esfuerzos estaban cada vez más cerca de alcanzar el éxito, escuchó con gran interés y entusiasmo la propuesta de Ridolfi. El 20 de mayo de 1571, el mismo día en que sus plenipotenciarios firmaban la Santa Liga, el papa confió a Ridolfi unas cartas en las que instaba a Felipe a apoyar la Empresa de Inglaterra. Seis semanas después, Ridolfi fue recibido por el rey en una audiencia en la que no solo presentó su plan, sino que también apeló a la familiaridad del rey con los asuntos ingleses y a su claro mandato por parte de Dios de reclamar la isla una vez más para la fe católica. Cuando el nuncio consiguió una audiencia para instar a Felipe a apoyar el complot de Ridolfi, se encontró, para su sorpresa, con que «Su Majestad, contrariamente a lo que en él era habitual [durante las audiencias], habló extensa y detalladamente sobre los medios, el lugar y los hombres» implicados en la Empresa de Inglaterra.

> Finalizaba diciendo que llevaba largo tiempo deseando y esperando una ocasión y oportunidad para reducir, con la ayuda de Dios, ese reino a la fe [católica] y la obediencia a la Sede Apostólica por segunda vez, y que creía que había llegado el momento y que aquella era la ocasión y la oportunidad que había estado esperando.[515]

Inmediatamente después de esta audiencia, Felipe se trasladó a El Escorial, donde, al poco tiempo, decidió que debía apartar por la fuerza a Isabel Tudor del trono inglés. En julio, envió una carta secreta a Alba en la que afirmaba que María Estuardo era «la verdadera y legitima subçessora» al trono inglés, «que la Isabel lo posee con tiranía». Luego, compartía con el duque la información de Ridolfi:

> Para venir a esto el duque de Norfolk tiene tal deliberación y tantos y tan principales amigos que, siendo asistido por mi parte, le sería fácil matar o prender a la Isabel y poner en libertad, y en la posesión del reyno, a la de Scocia; y que casándose con ella el dicho duque como lo tienen tratado sin difficultad lo reduçirían a la obediencia se la sede apostólica.

A tal efecto, Alba debía preparar un poderoso ejército y una gran flota. El rey, por su parte, prometía enviar 200.000 ducados —pero «os prevengo y encargo muy expressamente que no se ha de gastar un tan solo real dellas en otra cosa ninguna, por urgente que sea»—, a fin de que Alba pudiera tenerlo todo listo para la fuerza de invasión. Consciente, sin duda, de lo poco realista que todo ello podía parecer, Felipe afirmaba su confianza en que «Dios que como en causa tan suya nos alumbraría ayudaría y asistiría con su braço y mano poderosa para que se açertase».[516]

Uno de los consejeros que había acompañado el rey a El Escorial manifestó sus serios recelos respecto a que «Su Magestad está tan adelante en la determynación desto de Inglaterra» a pesar de que «el duque [de Alba] estuvo tan desconfiado». No obstante, continuaba, «cierto ni he visto ni pudiera creer quán caliente está Su Magestad en este negocio». El rey se entusiasmaba aún más a medida que se aproximaban las fiestas de San Lorenzo, hasta el punto de que «va Su Magestad en este negocio con tanto calor que cierto parece bien cosa de Dios».[517] Incluso después de recibir la noticia de que Isabel había ordenado el arresto de Norfolk y encargado al carcelero de María de Escocia que vigilara estrechamente su confinamiento, Felipe continuó manteniendo la esperanza de que Alba, o bien Ridolfi, pudieran conseguir algo. Incluso entre los gobernantes experimentados, el poder del autoengaño nunca debe subestimarse.

Felipe, solo

Aunque Cabrera de Córdoba, en su *Historia de Felipe II*, declaró que «este año 1571» fue «feliz a la Monarquía», para cuando terminó, a Felipe ya no le quedaba prácticamente ningún aliado. Dado que Ridolfi era un agente doble, Isabel no tardó en enterarse de que Felipe había planeado asesinarla y,

como no es de extrañar, nunca volvió a confiar en él. Por el contrario, aumentó la vigilancia sobre todos los católicos y ejecutó a aquellos que mostraron empecinamiento, incluido el duque de Norfolk. También apoyó cualquier actividad corsaria en su contra: en la década de 1570, partió de Inglaterra una docena de importantes expediciones dirigidas al saqueo de propiedades españolas en América. Sobre todo, prestó socorro a los rebeldes holandeses porque, como Alba explicó en un momento, «la reyna avía sido muy bien avisada de que por parte del rey nuestro señor se tratava de quitarla el reyno y aun de matarla», y, así, el duque disculpaba a Isabel de «lo que ha hecho y haze contra estos estados».[518] La política basada en la fe había dejado un legado envenenado.

Felipe también provocó un distanciamiento del emperador Maximiliano en 1571 al tratar de anexionarse el feudo imperial de Finale Ligure, un puerto cerca de Génova. Cuando sus espías anunciaron que Francia estaba preparada para intervenir en apoyo de una rebelión contra el señor de Finale, Felipe ordenó a su gobernador de Milán que lanzara una invasión por sorpresa, supuestamente para anticiparse a los franceses. Esta acción unilateral contra un feudo imperial indignó a Maximiliano, quien movilizó a los Estados independientes de Italia para que condenaran el ataque español. La emperatriz María trató de mediar entre su hermano y su marido, asegurándole a Felipe:

> [Dios] sabe lo que deseo ver acabado este negro negoçio del Final, para que no ay cosa que canse a Vuestra Alteza. Y çierto pienso que, sy no fuese por esta rreputaçión que nos ciega tanto, que [e]l emperador no aría lo que haze, qu[e] es importunar a Vuestra Alteza, aunqu[e] estoy muy confiada que el fin será el que deseamos, pues Vuestra Alteza ve que [no] deja el emperador de tener razón.[519]

Pero Felipe se mantuvo obstinado hasta que Maximiliano mandó a un comisario especial a residir en el ducado de Milán —también feudo imperial— con órdenes de velar, sin disimulo alguno, por sus intereses en Italia. Ante esta grave humillación,

Felipe retiró sus fuerzas de Finale. Su reconocimiento de «que [no] deja el emperador de tener razón» llegaba demasiado tarde. Maximiliano, enojado, rehusó ayudar a Felipe cuando, en 1572, el príncipe de Orange persuadió a otros a quienes las políticas de Felipe habían enemistado con este —Isabel Tudor, los protestantes alemanes, Carlos IX de Francia y sus vasallos calvinistas— para que apoyaran una nueva invasión de los Países Bajos.

La guerra de Granada impresionó al príncipe de Orange, que una vez más se encontraba en el exilio. «Es un ejemplo para nosotros», escribió a principios de 1570, «que los moros sean capaces de resistir tanto tiempo, aun tratándose de gente con menos sustancia que un rebaño de ovejas. ¿Qué sería entonces capaz de hacer la gente de los Países Bajos?».[520] El príncipe sabía, no obstante, que la «gente de los Países Bajos» no podía enfrentarse a Felipe sola, por lo que se esforzó al máximo en conseguir aliados. Primero, sus agentes establecieron lazos con las numerosas comunidades de exiliados flamencos, alrededor de unos 60.000 hombres, mujeres y niños que habían huido hacia Inglaterra, Escocia, Francia y Alemania para escapar del castigo del Consejo de Trublas. Algunos de estos exiliados pasarían a formar parte de la tripulación de una flota de unos treinta barcos que navegaban con patentes de corso emitidas por Orange a la caza de las naves mercantes de los súbditos y aliados de Felipe: los *Watergeuzen* o «Mendigos del Mar». Los exiliados también distribuían el botín obtenido por los Mendigos, recaudando de este modo dinero para la causa de Orange, así como para el mantenimiento de su propia flota. Entre tanto, Orange y su hermano Luis luchaban en Francia con el líder calvinista Gaspar de Coligny, fracasado defensor de San Quintín contra Felipe en 1557 e igualmente frustrado patrocinador del intento de colonizar La Florida en 1565. En 1570, cuando se firmó la Paz de Saint-Germain, Carlos IX les

reconoció, tanto a Luis como a Orange, como «buenos parientes y amigos» y empezó a pagarles una pensión.

Carlos IX también resolvió que su hermana Margarita se casara con el protestante Enrique de Borbón, rey de Navarra, y que, nada más se celebrara la boda, Coligny y sus seguidores protestantes invadieran los Países Bajos en apoyo de Orange. Impulsado por este extraordinario avance, Orange planeó otras invasiones para que coincidieran con la ofensiva principal que llevaría a cabo Coligny: los Mendigos del Mar, junto con un escuadrón calvinista reunido por Filippo Strozzi en La Rochela (La Rochelle), lanzarían un ataque anfibio sobre Holanda y Zelanda; un cuñado de Orange invadiría Güeldres (Gelderland) con un pequeño contingente procedente de Alemania; y el propio Orange, al igual que había hecho en 1568, reclutaría un ejército en Alemania e invadiría Brabante. El único problema residía en el tiempo: todo dependía de la fecha fijada para la boda de Margarita y Enrique, pero, tras sucesivos aplazamientos, en abril de 1572 Carlos IX anunció que se celebraría el agosto siguiente.

La segunda rebelión de los Países Bajos

Las condiciones en los Países Bajos difícilmente podían haber sido más favorables a la causa de Orange. El impacto combinado de los ataques navales de los Mendigos del Mar, el embargo comercial inglés y la guerra en el Báltico causaron una recesión económica, y el precio del trigo se disparó al tiempo que miles de familias perdían su medio de vida. La naturaleza vino a intensificar la miseria: las tormentas provocaron extensas inundaciones y el hielo y la nieve congelaron los ríos; una epidemia asoló el país. Alba suplicó al rey que enviara algún dinero desde España para aliviar la situación, pero en febrero de 1572 Felipe respondió que «con la Santa Liga y tantas otras cosas que hay que pagar desde aquí, es imposible satisfacer las

necesidades de los Países Bajos como hemos hecho hasta ahora». Un mes después, Felipe se mostraba aún más insistente: «Conviene y es mi voluntad que de aquí adelante se sustente [los Países Bajos] de la renta que se sacare del derecho del décimo dinero, que con tanta razón y justificación se ha impuesto», y encargó a Alba que

> encomendéis y mandéis de mi parte muy encarescidamente a los del mi consejo y otros ministros que intervienen en esto, que trabajen que se haga, assiente y concluya [el décimo dinero] con gran brevedad como yo dellos lo confío, siendo cosa tan importante a mi serviçio y a la conservación de su propia tierra».[521]

Esto dejaba a Alba sin opciones. El duque había pedido reiteradamente a los Estados de cada provincia que sancionaran el décimo dinero, pero estos se habían negado categóricamente. En vista de la inquebrantable presión del rey, Alba decidió recaudar el impuesto sin el consentimiento de los Estados y creó un nuevo equipo de funcionarios, que empezó a registrar todas las transacciones comerciales. Muchos tenderos y comerciantes de Bruselas cerraron sus negocios en señal de protesta, y, en marzo de 1572, Alba trasladó algunas compañías de infantería española a la ciudad, aunque sin resultado: las tiendas siguieron cerradas y la actividad económica, paralizada. Maximiliano Morillon, representante del cardenal Granvela en Bruselas, informaba a su amo de que «la pobreza se agudiza en todas partes», y miles de personas en Bruselas «mueren de hambre por no tener trabajo […]. Si el príncipe de Orange hubiera conservado sus fuerzas hasta un momento como este», concluía Morillon, «su empresa habría triunfado».[522] Morillon finalizó su carta el 24 de marzo de 1572: una semana después, el 1 de abril, un contingente de 1.100 miembros de los Mendigos del Mar capturó el puerto de Den Brielle, en Holanda, y sus líderes, actuando en nombre de Guillermo de Orange, declararon ampulosamente que todos serían bien tratados «salvo sacerdotes, monjes y papistas».

Dado que la incapacidad de Felipe para sofocar la rebelión de los Países Bajos constituyó su mayor fracaso político, merece la pena subrayar lo cerca que estuvo al principio de triunfar sobre sus oponentes. En primer lugar, Den Brielle era pequeño (tenía tan solo tres mil habitantes), aislado y carecía de fortificaciones. La noticia de que el escuadrón de Strozzi en La Rochela podía lanzar un ataque convenció a Alba de que no solo debía enviar allí tropas españolas, sino que la defensa eficaz del sur de Holanda y Zelanda requería la construcción de una ciudadela en el puerto más grande de la región: Flesinga (Vlissingen). El 29 de marzo de 1572, Alba envió a la ciudad a uno de sus más destacados arquitectos militares con los planos necesarios, y también una orden judicial para arrestar a los magistrados locales que no hubieran empezado a recaudar el décimo dinero.

El apuro de los magistrados de Flesinga da idea de los peligros de las políticas diseñadas por Espinosa y ejecutadas por Alba. Aunque el duque no recaudó nada de su décimo dinero, el impuesto encarnaba todos los aspectos desagradables de su «mundo nuevo»: era inconstitucional, opresivo, se requería para pagar a tropas extranjeras y era de inspiración española. Pero, sobre todo, socavaba gravemente la autoridad de los magistrados encargados de llevarlo a cabo. Los que no lograron resistir, tras fracasar en su intento de oponerse a otras impopulares medidas de Alba, perdieron el control de sus municipios; y, aunque Alba les sustituyó (al igual que en el caso de Flesinga), como comentó Morillon, «la autoridad de los magistrados nombrados para llevar a efecto el décimo dinero se ha desmoronado por completo».[523] Los Mendigos del Mar sabían lo que hacían cuando izaban, en los topes de sus mástiles, banderas con diez monedas.

Sin embargo, Felipe siguió presionando. El 16 de abril de 1572, justo antes de recibir noticias de la captura de Den

Brielle, el rey advirtió a Alba de que no podía enviar más dinero desde España, de modo que los Países Bajos no tendrían más remedio que sufragar su propia defensa a través del décimo dinero; pero los ciudadanos de Flesinga ya se habían rebelado. Primero, se negaron a dejar entrar a una guarnición española y habían ahorcado al ingeniero enviado por Alba para construir una ciudadela; luego, tras un breve lapso de indecisión, admitieron a los Mendigos del Mar. Felipe conocía de primera mano la importancia estratégica de esta pérdida: tanto él como su padre habían zarpado desde Flesinga a España en la década de 1550. «Convendrá», escribió oficiosamente en una posdata ológrafa a Alba,

> que si ya no ubiéredes castigado a esos desas islas, y los que están en ellas, lo hagáis luego sin dar tiempo a que les llegue otra ayuda, pues quanto esto más se dilatase, se dificultaría más el negocio; y que hecho esto, pongáis de manera lo de la isla de Valcheren [Walcheren] que no pueda suceder cosa semejante en ella, pues veis del inconveniente que podría ser.[524]

Alba apenas necesitaba aquella lección de estrategia, y sin duda habría tenido gran placer en «castigar a esos desas islas» porque, en aquel momento, pese a la llegada de refuerzos procedentes de Inglaterra y La Rochela, la revuelta todavía se hallaba localizada solo en Brielle y Flesinga. Sin embargo, a finales de mayo, el puerto de Enkhuizen, en el norte de Holanda, se declaró a favor de Guillermo de Orange y aceptó a una guarnición de los Mendigos, en tanto que un grupo de protestantes franceses tomó por sorpresa la ciudad de Mons, en Hainaut, protegida por poderosas fortificaciones. Más adelante, en junio, tropas alemanas lideradas por el cuñado de Orange capturaron la ciudad de Zutphen, en Güeldres; al mes siguiente, el propio Orange cruzó el Rin a la cabeza de un ejército de veinte mil hombres y comenzó a conquistar ciudades en Limburgo; y un ejército de seis mil protestantes franceses partieron de París con la intención de reforzar Mons. Pronto, cincuenta ciudades se habían puesto del lado de Orange.

Frente a tantas amenazas, el duque tomó una decisión crucial: dar prioridad absoluta a la reconquista de Mons, porque la ciudad podía servir de cabeza de puente para una invasión francesa a gran escala. De modo que Alba no solo se negó a enviar refuerzos a sus subordinados de las provincias del norte, enfrentados a serios apuros, sino que en lugar de ello trasladó a sus mejores tropas hacia el sur. Su apuesta empezó a dar resultado el 17 de julio, cuando sus tropas tendieron una emboscada a los protestantes franceses que se dirigían a reforzar Mons. Su comandante llevaba consigo unas cartas de Carlos IX de Francia en las que este recordaba a Orange que declararía la guerra a España en cuanto su hermana Margarita se hubiera casado con Enrique de Navarra. También Carlos había prometido a Coligny que podría invadir los Países Bajos con sus hugonotes, muchos de los cuales se encontraban en París para la boda, a partir del 25 de agosto. Aunque la boda se celebró sin incidentes, un francotirador católico trató de asesinar a Coligny, causándole una grave herida. Temiendo que el atentado provocara una reacción violenta de los protestantes en su capital, Carlos no hizo nada por impedir —e incluso puede que alentara— una matanza llevada a cabo por los católicos de París que se cobraría la vida de Coligny y los otros hugonotes en la ciudad el 24 de agosto, día de San Bartolomé. Esta masacre de la población protestante fue seguida por otras en una docena de ciudades francesas.

Estos acontecimientos alteraron la situación en los Países Bajos. Como apuntó Morillon, «si Dios no hubiera permitido la destrucción de Coligny y de sus seguidores, este país se habría perdido»; y el príncipe de Orange estuvo de acuerdo. La matanza, escribió a su hermano, era «un duro golpe» porque «mi única esperanza está en Francia». Si para San Bartolomé «hubiéramos vencido al duque de Alba, habríamos podido imponerle las condiciones según nuestra voluntad». Felipe

estaba de acuerdo. Cuando recibió «la buena nueva del castigo que se hizo en la persona del almirante [Coligny] y en los otros hereges de su secta y parçialdad», acudió a la iglesia de San Jerónimo a celebrarlo, y ordenó a su secretario sacar «de una carta de francés los nombres de los muertos en París». Alba también se alegró mucho al enterarse de los «maravillosos acontecimientos de París y Francia», pues suponía la caída de Mons, que sucedió algunos días más tarde.[525]

Ahora, con el peligro de Francia neutralizado, el duque tenía por fin las manos libres para recuperar el control de todos los Países Bajos. Optó por una estrategia de brutalidad selectiva contra determinadas ciudades rebeldes, contando con que unos pocos ejemplos de terror acelerarían el proceso de pacificación. Al principio, esta política obtuvo resultados espectaculares. Las tropas de Alba arrasaron Malinas (Mechelen), que había acogido con agrado a las tropas de Orange, y la saquearon durante tres días. Incluso antes de que dejaran de oírse los gritos, las demás ciudades rebeldes de Flandes y Brabante se apresuraron a rendirse. Luego, el duque y sus tropas avanzaron hacia Zutphen, que (al igual que Malinas) se había entregado a los rebeldes, y la tomaron por asalto y la saquearon. Una vez más, la política del terror estratégico dio resultado: Alba informó orgulloso al rey de que «Güeldres y Overyssel se han conquistado con la presa de Zutphaín [Zutphen] y el terror que con aquello se les ha puesto; y estas provincias todas están a la obediencia de Vuestra Magestad». Por fin Alba era libre para castigar a Holanda y Zelanda, y resolvió utilizar de ejemplo a otra ciudad rebelada, a fin de promover la rendición de las demás. A principios de diciembre, Naarden rehusó rendirse cuando se le pidió que lo hiciera y, según las propias palabras del duque, «la infantería española les ganó la muralla y degollaron burgueses y soldados sin escaparse hombre naçido».[526] Casi inmediatamente, tal y como Alba había previsto,

llegaron al campamento enviados procedentes de Haarlem (el siguiente bastión rebelde), pero, en lugar de presentar su rendición incondicional, pidieron negociar. El duque se negó, exigiendo su capitulación inmediata y sin condiciones. De no ser así, tomarían la ciudad y la saquearían.

Esta decisión demostró ser fatídica. Por un lado, la causa rebelde había enraizado mucho más profundamente en Holanda y Zelanda que en las otras provincias. Haarlem, a diferencia de Malinas o Zutphen, contaba con un núcleo duro de leales orangistas: estos se habían declarado espontáneamente a favor del príncipe, abierto sus puertas y permitido a un gran número de exiliados que volviesen y tomaran las riendas de la situación. Los nuevos gobernantes purgaron y reformaron el gobierno de la ciudad, cerraron las iglesias católicas y permitieron el culto calvinista, además de enviar delegados a los Estados provinciales de Holanda que iban a reunirse en nombre de Orange. Todos aquellos implicados en esta flagrante desobediencia a la autoridad del rey, tanto en política como en religión, sabían que no podían esperar ninguna misericordia si Alba conseguía restaurar el dominio español, y, en caso de que alguno lo dudara, no tenía más que pararse a considerar el destino corrido por Mons, Malinas, Zutphen y ahora Naarden. Por otro lado, llegado diciembre, las fuerzas españolas se habían debilitado mucho. El propio éxito de la campaña de Alba había reducido espectacularmente el tamaño de su ejército, debido tanto a las diversas acciones de la campaña, especialmente los asedios de Mons y Zutphen, que habían causado un número de bajas relativamente alto en la primera línea de combate, como a que cada ciudad reconquistada, ya fuera mediante la brutalidad o la clemencia, necesitaba una guarnición. Después de Naarden, el ejército real apenas disponía de 12.000 efectivos. Asediar Haarlem, que contaba con una guarnición de más de 3.000 hombres y sólidas fortificaciones, en pleno invierno,

parecía del todo imprudente.

La guerra de Flandes absorbía para entonces enormes sumas de dinero —casi dos millones de ducados en 1572— sin que se alcanzara a ver el final. El conflicto abierto en el Mediterráneo costaba casi lo mismo, y aún más en 1573, cuando la República de Venecia aceptó las condiciones otomanas que dos años antes había rechazado y firmó la paz. Esto precipitaba a Felipe a su peor pesadilla: una guerra a gran escala en dos frentes a la vez.

12. Años de adversidad, 1573-1576

«El mayor negocio y de mayor importancia que he tenido ni podré tener»

A principios de 1573, Felipe II perdió su confianza en la capacidad del duque de Alba para sofocar la rebelión de los Países Bajos y afirmó que encontrar una solución inmediata y permanente a la revuelta holandesa se había convertido en «el mayor negocio y de mayor importancia que he tenido ni podré tener». Por eso, en enero comunicó a don Luis de Requesens, su antiguo paje principal y entonces gobernador de Lombardía, que le había elegido como sucesor de Alba para acabar con la guerra en los Países Bajos «por moderación y clemencia».[527] Un mes más tarde, Felipe se enteró de que la República de Venecia había firmado una paz por separado con el sultán, dejándole prácticamente solo para resistir las incursiones otomanas en el Mediterráneo. Sin esperar la llegada de Requesens, ordenó a Alba que terminase la guerra en Holanda lo antes posible, prácticamente bajo cualquier condición. Aunque se alegraba mucho de sus victorias,

> importa tanto que todo ello se abrevie, assí por no se acaben de perder y destruyr essos [e]stados, como por la impossibilidad a que se a llegado en la provisión del dinero. Os ruego y encargo muy encarecidamente lo dispongáis de suerte que se ganen días, oras y aún momentos en lo que se huviere de hazer para venir a este fin.

Y le advertía de que conseguir dinero para la guerra causaría «daños de la hazienda que vienen a costar un ojo».[528]

Como de costumbre, la insistencia del rey en un cambio radical de la política a más de mil kilómetros de distancia demostró ser nada realista. El correo portador de la noticia llegó a los Países Bajos solamente seis semanas más tarde —mucho después de la caída de Haarlem, que podría haber proporcionado una admirable oportunidad para la clemencia

—, y, para entonces, el ejército español había comenzado el sitio de Alkmaar, una ciudad del norte de Holanda fuertemente fortificada. «No téngolo por negocio dificultoso», alardeó el duque, y de hecho muchos de los habitantes de la ciudad se inclinaban al principio por la rendición; pero el duque insistió una vez más en la rendición incondicional, y cuando su artillería seguía sin conseguir abrir brecha en las murallas, y los tercios españoles se negaron a lanzarse al asalto, ordenó la retirada. Fue la primera ciudad rebelde en salir victoriosa de un desafío a Felipe.[529]

El rey no sabía qué hacer. En una de sus enrevesadas cartas ológrafas en las que suplicaba a Requesens que fuera a los Países Bajos, resumía los contradictorios argumentos de sus ministros en esta materia. Alba y sus partidarios seguían considerando que la revuelta tenía un marcado carácter religioso y, por tanto, era imposible solventarla mediante un mutuo acuerdo. Pero la mayoría de los flamencos leales «van por todo lo contrario desto y dizen que los menos [se han rebelado] por lo de la religión, sino por el mal tratamiento que se les ha hecho en todo, principalmente por la gente de guerra y más que por todo por lo del décimo dinero». De modo que estos sostenían «que el remedio de todo es la blandura y el buen tratamiento» ¿Quién tenía razón? El rey confesaba que

> en tanta diferencia de pareceres yo me he hallado bien confuso, y ansý como no sé la verdad de lo que aý pasa, no sé el remedio que conviene dar a lo de aý ni qué creer; y paréceme lo más cierto no creer a los unos ni a los otros, que creo que van por los estremos. Y creo que sería lo mejor tomar el medio, aunque con toda disimulación.[530]

Para hacer frente a estas opiniones tan divergentes, Felipe mandó redactar dos instrucciones contradictorias para Requesens: «Veréys por las instrucciones que agora se os embían», le advirtió, «que la de castellano parece que tira al un camino algo, y la de francés muy claramente a lo otro». Se disculpaba a continuación por las dificultades que esta

contradicción podía causar, pero concluía débilmente: «Yo no me he querido quebrar la cabeza en enmendarlas, sino en poco, porque la verdadera instrucción será lo que vos viéredes aý y entendiéredes, y ansý os governad conforme a lo que aquí digo en lo que os pareciere convenir».[531]

Poco después de que Requesens llegara a Bruselas en noviembre de 1573 y comenzara a «ver y entender», informó a su amo:

> Ninguna dubda ay que, si estos estados se pudiessen aquietar solo con las armas y fuerzas, esto sería lo más conveniente al servicio de dios y de Vuestra Magestad, y muy mayor reputación, pues les podrá Vuestra Magestad dar las leyes que quisiesse, y sería muy más estimada su clemencia, usándose en aquel tiempo.

Pero, continuaba, «yo veo esta rebelión en los peores términos que nunca estuvo», con el estancamiento militar, las enormes deudas a las tropas, un presupuesto insostenible y el riesgo de más motines. España no podía seguir enfrentándose a la rebelión de esta manera. Aunque admitía que «nadie puede saber de cierto el successo que tendrá el publicarse el perdón general», Requesens proponía una elocuente comparación. Tres años antes, Felipe había iniciado pláticas «con los moros de Granada, no estando lo de allí en el aprieto que esta está» y había decidido en consecuencia abrir el camino a la paz. Requesens sugería que meter a todos los rebeldes en el mismo saco ocultaba una importante verdad: aunque «al príncipe de Orange y a muchos de las cabezas que le siguen fue el principio la religión, y aun es agora; pero en la generalidad del pueblo no creo que ha sido esta, sino las imposiciones que han tenido y el mal tratamiento que han padecido de la gente de guerra». Por tanto, recomendaba que se emitiera un perdón para todos aquellos que se mostraran dispuestos a vivir como católicos bajo el mando de Felipe, y pedía al rey su inmediata aprobación.[532]

La carta llegó a Madrid el 16 de enero de 1574, y Felipe pidió a su Consejo de Estado que debatiera «si en esta sazón se

deuía embiar el perdón general, y en qué forma, y con qué cláusulas», así como si se debían abrir o no negociaciones directas con el príncipe de Orange. Un ministro recordaba a sus colegas que «quando se quisiesse lleuar por rigor, duraría la guerra más de lo que se piensa», una clara crítica a las reiteradas reivindicaciones de Alba de que la victoria definitiva se hallaba a la vuelta de la esquina. El Consejo de Estado concluyó «que deuía yr el perdón», que se «ha de soltar Vuestra Magestad la décima y quitar el Consejo de Trublas, que tanto aborrecen todos los de aquellos estados». Al igual que Requesens, establecieron algunos elocuentes paralelismos. Un ministro experimentado afirmó que los flamencos «en sus libertades son como aragoneses», de manera que el rey debía «[reducir] el gobierno a lo antiguo» y abolir los cambios constitucionales introducidos por Alba. Otros recordaron a las Comunidades de Castilla, sugiriendo que el rey debía comunicar todas sus concesiones —tanto la abolición de los odiados impuestos y del Consejo de Trublas como el perdón general— al mismo tiempo, «como se hizo en Valladolid en el [caso] de las Comunidades» en 1522. Por último, el Consejo de Estado recomendaba que se concedieran facultades discrecionales a Requesens, «pues él que está presente, y sabrá por horas lo que se haze, verá mejor lo que conuiene al servicio y auctoridad de Vuestra Magestad».[533]

En vista de tal unanimidad entre sus consejeros, tanto en Madrid como en Bruselas, en mayo de 1574 Felipe envió a Requesens permiso para abolir los nuevos impuestos y el Consejo de Trublas, además de cuatro versiones distintas de un perdón general, que debería promulgar de la forma que él estimara más conveniente. En junio de 1574 Requesens promulgó, como el propio rey anotaba, «lo que se hizo a imitación del de las Comunidades de Castilla». Tan solo excluyó de este perdón a 144 personas.[534]

Una vez más, los Países Bajos o el Mediterráneo

¿Por qué no acabaron estas concesiones con la rebelión de los Países Bajos cuando otras similares sí habían terminado con las Comunidades cincuenta años antes? Desde Italia, el cardenal Granvela puso el dedo en la llaga: la razón era el recelo. «Conozco el umor de la tierra», escribió a Requesens, y estaba convencido de que «muchos [flamencos] han peccado por flaqueza, otros por miedo, y otros por haver sido forçados», y sería difícil «quitar la sombra y sospecha de que se quiera de nuevo entrar a processos y execuciones». De veras, «que aunque viene Christo a governarlos, no dexaran de murmurar y de decir lo que se les antojara». En Madrid, un consejero de Estado recordó al rey otro problema fundamental con el perdón general: «Con estas gracias ha de yr la prouisión del dinero, porque si se mostrasse flaqueza en lo de las armas, se creería que Vuestra Magestad concedía las gracias por más no poder». Requesens comandaba 60.000 hombres, que «suficiente número de gente es para conquistar muchos reinos, pero no lo es para allanar tan grandes herejías y malas voluntades como hay en todas las villas rebeladas». No obstante, Felipe tenía que seguir pagando a aquellos 60.000 hombres, aparte del dinero requerido para la defensa del Mediterráneo y todas las demás necesidades de la monarquía.[535]

Para el duque de Alba, la solución a este dilema financiero consistía en reducir la guerra en el Mediterráneo a la defensa para que Felipe pudiera concentrar todos sus recursos en la guerra de los Países Bajos, pero el rey no estaba de acuerdo. «El Turco se halla más armado que otros años, y tan irritado contra mí», explicaba. Entonces, en lugar de esperar el inevitable ataque del sultán y después tratar de responder, no solo sería más eficaz, sino también más barato, llevar «adelante la jornada, como está acordado, con que se sostiene la reputación y se

tienen en freno el Turco, Francia y potentados de Italia que por ventura, afloxando, se atreverían algunos a mover lo que agora no se piensa». Por otra parte, continuaba, si abandonaba la jornada a esta altura, «perderíanse 800.000 escudos o poco menos que ya están gastados». En cambio, con unos pocos escudos más, don Juan de Austria y su flota podrían alcanzar algún éxito importante.

Felipe cambió de opinión al mes siguiente cuando llegaron noticias de que Venecia había firmado el acuerdo unilateral con los turcos. El rey envió agentes a Estambul con poderes para solicitar una tregua también, tal y como Alba había sugerido. El embajador francés en Estambul no albergaba ninguna duda de que el motivo de esta decisión era «el claro deseo y la necesidad de España de un acuerdo [en el Mediterráneo] para poder acabar con los problemas en los Países Bajos» e hizo todo lo posible para impedirlo.[536] No tenía que haberse molestado. En octubre, don Juan lanzó un ataque sorpresa simultáneo contra Túnez y Bizerta, conquistando ambas plazas. La llegada de esta noticia a Estambul puso un final abrupto a cualquier negociación de tregua.

El rey reconocía el extremo peligro de la situación. Cuando en abril de 1574 don Juan pedía permiso para «salir con el armada para inpedir, en quanto se pueda, los efetos de la del enemigo adonde quiça se ganara más honra», Felipe rehusó. Al contrario, «lo que Su Magestad me escrive y me hordena es que asista en Milán hasta que me mande otra cosa para dar cuydado de allí a los vezinos y proveer a Flandes de gente, y a otros efetos tales, encargándome la inteligencia de todo lo que toca a guerra».[537] La primera «inteligencia» llegó ese mismo mes, de los Países Bajos, que Luis de Nassau, hermano de Orange, invadió con un ejército reclutado en Alemania. Al principio, el destino sonrió a Felipe: los veteranos españoles enviados por Requesens para interceptar a los invasores les derrotaron de

forma aplastante en la batalla de Mook. Pero, luego, los victoriosos tercios se amotinaron y entraron en Amberes, que ocuparon durante seis semanas hasta recibir la totalidad de sus pagas, que sumaban más de 500.000 ducados.

Requesens se apercibió enseguida de las perniciosas consecuencias del motín. Como se quejaba a un colega, «que no havía perdido el príncipe de Oranges los estados [de Flandes], sino los soldados nacidos en Valladolid y en Toledo, porque los de Amberes amotinados havían hecho huyr al dinero y perdido el crédito y la reputación […]. Fue plática de casi tres horas». Con mayor brevedad, Requesens le expuso al rey que aun cuando los flamencos antes habían querido a los españoles «como a sus hijos, y no fuera el pecado original del payś el tenernos odio, bastarían tantos motines como veen de nuestra nación, y el daño que dellos les resultan, para aborrescernos». En Italia, Granvela emitió la sombría predicción de que «aquellos estados, si porfiamos y no les ganamos la voluntad, ruynarán los reynos de Su M[agesta]d, y su reputación».[538]

Mientras tanto, Requesens buscaba una meta para «los soldados nacidos en Valladolid y Toledo» y concluía (acertadamente) que la toma de Leiden debilitaría en grado sumo la rebelión, dado que separaría a los rebeldes del norte de Holanda de los de Zelanda. Leiden no disponía de defensas avanzadas como Alkmaar y, aunque abrió sus diques, los españoles consiguieron aislar la ciudad del mundo exterior mediante una cadena de pequeños fortines. Sin embargo, a finales de septiembre, cuando la ciudad estaba dispuesta a rendirse por hambre, Orange dio orden de abrir más diques con intención de enviar una flota de barcazas; no lo consiguió, pero, al ver que las aguas se elevaban, «ocupó a la infantería española un tan grande y repentino miedo» que los soldados abandonaron sus fuertes y huyeron.[539] Otra ciudad rebelde había salido victoriosa de un desafío a Felipe.

Estrategias alternativas: ¿quemar, anegar o dominio del mar?

El socorro de Leiden frustró cualquier esperanza de que se pudiera acabar con la revuelta holandesa por los medios convencionales, y Requesens propuso a su amo «que pues la porfia y rebelión de los de Holanda passa tan adelante, le paresçia se deuerían quemar y assolar todos los villages y platpais del Waterland», el área del norte de Holanda que alimentaba a las ciudades rebeldes. También apoyaba ante el rey la sugerencia de uno de sus lugartenientes de que «siempre que fuese servido de anegar este país, está en su mano. Y pues ellos han dado principio a lo hacer, si perseberan en su obstinada rebelión bien merescen ser anegados».[540] Felipe consideraba a menudo ambas estrategias indirectas: quemar y anegar. «Está muy claro», contestó a Requesens, «que la dureza, maldad y obstinación de los dichos rebeldes ha llegado a términos que nadie puede dubdar ser dignos de riguroso y exemplar castigo». Recordaba que el duque de Alba había sugerido «assolarlos», dado que esta era una práctica militar habitual en territorio enemigo, y «a ser la tierra de otro príncipe, el duque lo hiziera sin consultármelo, y fuera ello muy bien hecho. Pero detúvole el ser mía, como era razón, y a mí también para no se lo mandar». Pero ahora, al ver que la rebelión continuaba,

> teniendo por sin dubda que deue ser esta la voluntad de Dios (cuya yra tienen tan mereşçida), en fin ha parescido convenir que se venga a usar del último y riguroso castigo. Que se presupone se les dar en una de dos formas: o anegando los dichos villages y platpais, o quemándolos.

¿Cuál de las dos debía llevar a cabo Requesens? En este punto, la opinión del rey era clara:

> El anegar Holanda se podría hazer fácilmente, rompiendo los diques, pero este medio trae consigo un grande inconveniente, que rompidos una vez, ha de quedar pérdida y assolada para siempre, en evidente daño de los estados [provincias] vezinos. Pues, bien mirado, se puede dezir que la Holanda es agora

como dique de todos ellos, y que anegándola, quedarían en manifiesto peligro, y necessitados a hazerse en ellos sus diques; y antes que se hiziessen, se perderían indubitadamente […]. De manera que en effecto no conviene usar deste medio, ni se deve hazer, porque (demás de los inconvenientes que están tocados, que son manifiestos y tan grandes) se considera que traería consigo un cierto nombre de crueldad, que se deve huyr, y mayormente con vassallos, por más que su culpa sea notoria y el castigo que se les diesse justificado.

De modo que, proseguía Felipe,

por estas y algunas otras consideraciones, se tiene por mejor el del fuego, porque (demás de ser el que se suele usar en los negocios de guerra) se puede atajar quando se quiere y, quando bien se viniesse a abrasar todos los pueblos […]. Y assí se podía esperar que se vernían a rendir de suyo, por no morir de hambre.

Pero, una vez más, el rey se abstenía de dar una orden directa: «Esto es lo que occurre, y a lo que yo más me inclino; pero vos, que tenéis el negocio presente, haréis lo que viéredes más convenir a mi servicio, y a la buena dirección de lo que tenéis entre manos».[541]

Pero las manos de Requesens ya estaban atadas. Anticipando una decisión favorable, algunas tropas españolas habían entrado en territorio rebelde para romper unos cuantos diques e incendiar algunas granjas. Más tarde, los tercios amenazaron a Requesens con que, a menos que se les pagaran sus atrasos antes de diez días, abandonarían sus puestos. Sobra decir que no se podía encontrar ni dinero ni tropas de reemplazo a tiempo, y, en diciembre de 1574, todas las guarniciones españolas abandonaron el norte de Holanda. Jamás regresarían.

Aunque ninguna de estas dos estrategias indirectas —quemar o anegar— consiguió acabar con la rebelión, el rey demostró un admirable rigor analítico al evaluar cada una de ellas. Muy distinto fue lo que ocurrió con una tercera iniciativa alternativa suya para derrotar a los rebeldes holandeses: la creación de una Armada atlántica. Como Requesens afirmaba a su señor, «desde el día que me encargué desta guerra» (y «como muchas vezes he escripto») era su opinión que «sin armada

dessos reinos [de España] no se puede acabar esta guerra». En la primavera de 1574 Felipe se decidió a actuar. Mandó embargar más de doscientos navíos mercantes en los puertos cantábricos y ordenó a Pedro Menéndez de Avilés, conquistador de La Florida, dotarlos de armamento y municiones «tanto para limpiar [de piratas] las costas occidentales del Canal, como para recuperar algunos puertos de los Países Bajos ocupados por los rebeldes». El rey también firmó órdenes para reclutar 11.000 soldados que sirviesen en esa flota.[542]

Estas órdenes revelan la falta de experiencia estratégica y operativa de Felipe. En primer lugar, dado que tardaba varios meses en localizar y cargar la artillería y demás equipamiento necesario para convertir un barco mercante en uno de guerra, Menéndez predijo que la creación de una flota adecuada «podría durar muchos años». Por otra parte, una vez en aguas del norte, una extensa Armada española necesitaría un puerto grande en el que protegerse, y Felipe ya no controlaba ninguno. Al final, cuando llegó a la corte la noticia de que una gran flota turca había salido de Estambul hacia el oeste, el rey mandó que Menéndez se quedase cerca de España con su flota, «para socorrer a la mayor necessidad» —el Atlántico o el Mediterráneo—, dependiendo de las circunstancias. Para empeorar la situación, una epidemia mató a gran parte de la fuerza expedicionaria, incluido Menéndez, y en septiembre de 1574 Felipe canceló toda la expedición. Había gastado más de 500.000 ducados sin fruto alguno.[543]

Entre la espada y la pared

A pesar de que sus otros reinos contribuían con sumas importantes, la mayor parte del presupuesto de Felipe destinado a ambos escenarios bélicos procedía de Castilla. Aunque las grandes cantidades de dinero que esta aportó para mantener a las fuerzas armadas en el extranjero eran enormes,

no fueron todo lo que el reino asumía: la Real Hacienda también pagaba los gastos de transporte y los intereses. Por ejemplo, en febrero de 1574, los oficiales de Hacienda calculaban que Castilla había gastado veintidós millones de ducados para la guerra en Flandes desde la salida del duque de Alba de la corte en 1567.[⇒]

Dado que tal sangría de fondos procedentes de España no podía continuar, Felipe decretó dos iniciativas. Primero, convocó a las Cortes de Castilla para que le ayudaran con nuevos impuestos, y, segundo, constituyó una junta secreta (más tarde conocida como la Junta de Presidentes) «para tratar los negocios principales de hacienda». Al principio el rey consideró presidir esta junta él mismo, porque le parecía que las «necesidades y el estado de la hazienda» estaban tan extremos que «no sé si lo pueden acabar de creer los que no lo veen»; pero, porque «mys ocupaciones ordinarias no dan lugar a que yo lo pueda hazer», lo encargó a Diego de Covarrubias, presidente del Consejo Real y, por ello, también de las Cortes. Felipe informó a Covarrubias de que una solución a la crisis financiera constituía «el negocio de mayor importancia que puede ser, pues yo creo que depende dél en mucha parte la conservación de la religión y de la cristiandad, y entiendo que esto me da harto más cuydado que me daría si me tocase a my solo». El rey temía que «está ya todo en términos que, si no se da y halla remedio, no puede dexar de caer muy presto» su monarquía; y creía que su salvación fiscal «consiste en tres puntos. El uno, lo del sostenimiento, auiendo ya tan poco como ay para sostener lo que es menester, o nada por mejor dezir. Lo otro, lo que toca a mercaderes de que corren cambios, para que estos çesen y no se venga ha acabar de consumir todo, como agora va. Lo otro, lo del desempeño», es decir, la redención de los juros y, por tanto, la liberación de los ingresos retenidos para devolver los intereses que pesaban sobre ellos.

Para Felipe, «estos tres puntos se resumen» en uno: «Que se dé orden cómo la Hacienda Real pueda bastar para los gastos ordinarios y extraordinarios».[544]

La Junta de Presidentes estimó la deuda fija en al menos treinta y cinco millones de ducados y propuso a las Cortes un aumento en las alcabalas, cuyo cobro se volvería a permitir a las ciudades de Castilla durante un periodo de treinta años. A cambio, las ciudades pagarían una cantidad global anual, el llamado encabezamiento, por adelantado. Aunque los procuradores no descartaron estas propuestas, exigieron otras muchas concesiones: la supresión de todos los impuestos aplicados por la corona sin consentimiento de las Cortes; la restricción de la exportación de oro y plata en lingotes desde el reino; y la promesa de que el rey no enajenaría los ingresos liberados por el desempeño a los banqueros a cambio de nuevos préstamos. Cuando Felipe se negó a realizar algunas de estas concesiones, los procuradores declararon que necesitaban nuevas instrucciones de sus respectivos ayuntamientos, obligando al rey a suspender la asamblea.

La intransigencia de las Cortes de Castilla, junto a la muerte de varios consejeros de confianza (Feria en 1571, Espinosa en 1572, Ruy Gómez en 1573), posiblemente convenció a Felipe de que ya no podía manejar la situación financiera por sí solo y que necesitaba a alguien para hacerlo. En enero de 1574, escribió: «Pensando voy en dar algún remedio, que çierto es menester, y en qual será, que yo creo que no ay otro sino dar dueño a lo de la Hazienda, pues yo no lo puedo ser ni entiendo». Felipe eligió para este alto oficio a Juan de Ovando —presbítero, inquisidor y alumno de Espinosa—, quien, como presidente del Consejo de Indias, había racionalizado los esfuerzos de la corona por gobernar América.[545]

Ovando aplicó de inmediato su aguda inteligencia a los

asuntos pendientes y preparó una serie de documentos en los que analizaba los problemas financieros subyacentes de Castilla. Para empezar, proponía como reforma de urgencia la creación del Tribunal de la Hacienda, un nuevo organismo que debía supervisar todas las actividades fiscales de la corona y, como «dueño» de la Hacienda, se encargaría de informar directamente al rey, dinamizando de este modo tanto la elaboración como la puesta en práctica de las medidas que debieran adoptarse. A continuación, Ovando se centraba en los problemas fiscales concretos a los que se enfrentaba la corona, procurando hacerlo de forma que pudieran ser comprendidos incluso por un rey que decía no entender de la materia [véase lámina 36]. Lo hizo escribir todo con una caligrafía inusualmente grande y utilizando solo términos sencillos, como si se dirigiera a un niño pequeño, bajo el encabezamiento «Para nos entender y podernos valer de la Hazienda Real, es menester, tomándolo de raíz, considerar quatro cossas»:

1. «¿Qué es lo que tenemos?» Ovando calculaba que los ingresos anuales de la corona de Castilla ascendían a menos de seis millones de ducados.
2. «¿Qué es lo que debemos?» El total alcanzaba más de setenta y tres millones de ducados.
3. «¿Qué nos resta, falta y hemos menester?» Ovando apenas necesitaba afirmar lo obvio, pero, para educar a su rey, lo hizo: «Resta que nos devemos mucho más que tenemos de renta, y que nos falta todo lo que es menester». Entre los pagos imprescindibles destacó casi cien mil ducados al mes para la Casa Real y la defensa local; doscientos cincuenta mil más cada mes para el interés en juros; y un millón al mes para los «exércitos de mar y tierra que basten para refrenar y sujetar los enemigos turcos y

hereges». Ovando calculaba el total de los compromisos en casi cincuenta millones de ducados, mientras que sus activos, según le recordaba a su señor, ascendían a menos de seis millones.

4. «¿De dónde y cómo lo proveeremos?» Sorprendentemente, Ovando no sugería una reducción del gasto destinado a «refrenar y sujetar los enemigos turcos y hereges, porque es cierto que sino los sujetamos que nos han de sujetar». En cambio, proponía dos formas de encontrar los fondos para ambas guerras: aumentar los ingresos y reducir los pagos a los asentistas, es decir, a sus acreedores, principalmente banqueros y hombres de negocios. Para lo primero, se mostraba partidario de más incrementos y ampliaciones en el encabezamiento de las alcabalas (algunos de los nuevos impuestos, como el desempeño, se utilizarían para amortizar la deuda pública), así como de incautar todo el oro y la plata que llegara en las próximas flotas procedentes de América, fuesen destinados a particulares o a pagar a los acreedores de la corona. Para reducir el pago de la deuda, recomendaba no solo bajar unilateralmente el tipo de interés sobre los juros existentes, sino también emitir un decreto de suspensión de pagos que confiscaría tanto el capital como los intereses acumulados en todos los asientos firmados con banqueros desde 1560, obligando a los asentistas a aceptar nuevos juros como amortización. Ovando insistía en que estas tres medidas debían entrar en vigor simultáneamente: las Cortes incrementarían el encabezamiento en el mismo momento en que el rey emitiera el decreto y sus funcionarios en Sevilla confiscaran el tesoro.[546]

Mientras Felipe esperaba el plan de su nuevo presidente, lanzó una ofensiva para ganar ayuda divina. En marzo de 1574, cuando recibió noticias tanto de la invasión de Luis de Nassau en los Países Bajos como de la llegada de una enorme flota turca para vengar la pérdida de Túnez y Bizerta, Felipe instó a los clérigos de Castilla a rezar por un milagro, pues resultaba «tan necesario, como tenéis entendido. Y con esto espero en su [divina] misericordia que la tendrá de nosotros, pues es suya la causa, y serlo, y lo que se pierde de su servicio y religión, es lo que más pena me da en estos negocios y cuydado». También pensaba en revisar su testamento, pues aunque «espero que Dios dará vida y salud, pues se guíen por su servicio, mas bien es estar prevenido, y si las cosas van adelante tan mal como andan…»; el rey tachó el resto de esta frase, una acción poco frecuente en su correspondencia.[547]

La noticia de la toma de Amberes por los españoles amotinados no hizo sino aumentar la desesperación del rey a mediados de mayo:

> Cierto si no es haziendo Dios mylagros, lo que no merecen nuestros pecados, no es posible sostenernos, ya no digo años sino meses; ni ay vida ni salud que pueda durar con el cuydado que desto se tiene y de pensar lo que puede suceder dello, y que sea en my tiempo.

Dos días después, se lamentaba de que «son cosas que no pueden dexar de dar cuydado y traerme muy desasosegado» y «he myedo no venga primero el daño que el remedio (si ya no es venido)». Pasadas dos semanas, el rey llegaba de nuevo a la conclusión de que solo la intervención divina podía salvarle. «Oy he acabado de ver los despachos de Flandes», se quejaba a Mateo Vázquez: «Creo que es ya llegada la hora que yo he temydo siempre en que me avía de ver por falta del dinero. Y no creo que puede ya aver remedio en tiempo sino es de Dios, que lo puede todo, como lo espero en él. Y esto me sostiene, aunque creo que no se lo merecemos». A finales de mayo,

incluso aquellas débiles esperanzas se habían desvanecido:

> Temo yo que no aviendo allá [en Flandes] dinero, no querren [los rebeldes] concierto ni nada, teniendo por tan cierta como en este caso se podría tener la perdición de aquello, y aun de lo demás [de la Monarquía], aunque espero en Dios que no lo permytirá ni quiera, por el daño que será de su servicio, ya que nosotros no lo merezcamos. Mas es fuerte cosa y se sombra cada día en tal punto. [548]

Cuando en junio de 1574 llegaron más malas noticias de Flandes, Felipe repitió: «Creo que todo es tiempo perdido según cómo va lo de Flandes, que perdido aquello poco durará lo demás [de la Monarquía], aunque aya dinero». Al mes siguiente, opinaba de nuevo:

> Cierto aquello [Flandes] está muy aventurado, con tanta gente y sin dinero, y así es menester socorrerlo dél con gran brevedad; y sin él se imposibilitan más los conciertos y no puede tener remedio lo de allí, si Dios no haze mylagro, sin dinero. Lo que se trata no puede ser tan brevemente concluydo que no se pierda antes lo de Flandes, y perdido aquello no bastarán quantos millones acá tengamos para que también se dexe de perder quanto más.

Pero, al no materializarse ni el «mylagro» ni el dinero, el rey suspiraba: «Creo que se a de acabar antes lo de Flandes por falta del dinero, como yo lo he temydo siempre. No ay que pensar allá que nadie a de tener secreto, pero poco importara si los enemygos tuvieran necesidad; pero como somos nosotros los que la tenemos, y ellos lo conocen claro, está que no han de querrer concierto». Concluía desanimado: «En fin todas las cosas nos van faltando y tan a priesa que no sé qué me diga dello».[549]

Resulta notable la tendencia de Felipe a escribir la misma cosa tantas veces (tratándose, como aquí, de quejas dirigidas a un mismo ministro, Mateo Vázquez), y siguió haciéndolo cuando las Cortes rehusaron tanto la propuesta de un decreto que redujese los pagos a los acreedores de la corona como la demanda para aumentar el encabezamiento de las alcabalas a dos millones y medio de ducados anuales, alegando (con razón, como luego se demostró) que los contribuyentes de sus

ciudades no podían soportar semejante carga. Entonces llegaron noticias de nuevos fracasos tanto en el Mediterráneo como en los Países Bajos. Una flota turca forzaba la rendición primero de Túnez (agosto) y luego de La Goleta, la fortaleza que controlaba el acceso a Túnez por mar (septiembre), mientras que los rebeldes socorrían Leiden (octubre). Ante estos tres desastres, las Cortes dieron su consentimiento provisional al aumento en el encabezamiento el 16 de noviembre de 1574.

Sin embargo, la depresión del rey se agravó hasta el punto de que quería morir. En diciembre contestó a un billete con la advertencia de que «oy estoy de muy ruin humor para nada», circunstancia que no mejoró tras conocer el descontento causado en algunas ciudades de Castilla por el aumento de las alcabalas, «y así boy temyendo mucho el negocio de qué depende el remedio de todo, si le puede ya aver, que en verdad creo que no; y que vaya todo muy al cabo. Y ojalá lo fuese yo por no ver lo que temo». Luego, cuando abrió otras cartas dirigidas «al rey en su mano», exclamó: «De ninguna parte ni por ninguna vía me viene cosa que no sea desta manera», y añadía, «si no fuere antes el fin del mundo, que creo que anda muy cerca de ser; y ojalá fuese el de todo el mundo y no el de la christiandad».[550]

El camino hasta el fracaso

En lugar del Apocalipsis, el nuevo año le trajo otro fastidio: su medio hermano. Cuando se enteraba de que la Armada turca había salido de Estambul, don Juan desobedeció las órdenes expresas de Felipe de quedarse en Milán. Como confesaba a Margarita de Parma, su medio hermana y confidente: «Todo va, Señora, en peligroso estado; y en verdad que no es en parte toda la culpa de Su Magestad, sino en consentir que goviernan sus Estados que no tengan por tan suyo el vezino y el que no lo es, como el que es a cargo de cada ministro». Don Juan se

enfadó de que «se gasta el dinero, que tanto se mira por él, sin tiempo, sin sazón y sin otro fruto que mal gastarle», y se preparaba para desobedecer a su hermano de nuevo: «Yo cierto, sin más detenerme, pasaré luego a España que es el punto a que agora tengo puesta la mira».[551]

En un billete escrito poco después de la llegada inesperada de don Juan, Felipe protestaba: «Traenme la cabeça tan llena de cosas y de pesadumbres los que más lo avrían de desviar que cierto no ando en my. Y todo es poner temores y inconvenientes, ¡como si yo no los entendiese!, y no darme remedio para ellos, como si yo fuese Dios que le pudiese dar». Y continuaba, «my hermano vino después a decirme que no se proveýa nada [para la Armada], aunque no hechaba la culpa a nadie. Pero yo estaba un poco mohino del negocio, y le respondí que no se proveýa porque no le avía, y que no se podía hazer lo imposible». Entonces, «estando escribiendo esto, me han dado ese pliego de Juan de Ovando y ¡myrad que cabeça tendré yo agora para responderle!, aunque creo que abía algunas cosas a que fuera menester. Pero no puedo».[552] Felipe se dio por vencido.

En marzo de 1575 al «dueño» de la Hacienda, que desde su nombramiento había sufrido esta combinación de dilación seguida por órdenes perentorias e imprecisas a la vez, se le acabó la paciencia. Ovando envió al rey un devastador análisis de lo mal que había gestionado sus propias finanzas. En primer lugar, enumeraba sus propios logros: «Aunque el [e]stado de la Hacienda estava en punto desesperado», él acababa de reunir y enviar «un millón [de ducados] para Flandes, y más de medio» millón para la Armada del fallecido Pedro Menéndez, «y 960.000 escudos para Italia». Además, había conseguido préstamos por más de dos millones para las campañas del año corriente. Ovando comparaba después estos logros concretos con la ineficacia del rey, «por no fiar de mi ni de todos los

ministros de hacienda», y a continuación enumeraba algunas de las propuestas —«se pudiera aver puesto el remedio en todo con aver ordenado el Tribunal [de Hacienda]; o con aver tratado de la execución de la provisión que yo ordené»— que Felipe había rechazado. Ovando también se quejaba de los asentistas y del constante aumento en la tasa de interés que demandaban: los mismos banqueros que en la década de 1560 habían concedido préstamos al ocho por ciento anual, exigían ahora el dieciséis por ciento, e incluso más. Por eso, el presidente recalcaba que solo un decreto de suspensión podía acabar con este círculo vicioso.[553]

Entonces, llegó a Madrid la noticia de que la flota otomana estaba a punto de empezar una nueva campaña en el Mediterráneo occidental. Felipe tenía que iniciar enseguida el proceso de movilización para defenderse, y pasó las semanas siguientes organizando la jornada tanto en el Mediterráneo como en los Países Bajos. Al igual que el año anterior, se decidió que su flota tendría que mantener una postura defensiva, y sus instrucciones a don Juan precisaban que, aun en ausencia de la flota otomana, solo permitiría un ataque contra Túnez y Bizerta con la meta de destruirlas totalmente; en ningún caso debería ocuparlas de nuevo y hacer prisioneros. Y si la flota otomana atacara a los venecianos, don Juan podría «darles socorro» solamente si tenía gran ventaja numérica: de otra manera, debería dejar a sus antiguos aliados luchar en solitario. Felipe también aprobó una postura defensiva en Flandes: una conferencia formal con los rebeldes para acabar con la guerra. El rey autorizó con antelación varias concesiones políticas de importancia, incluida la restitución de prácticamente todas las propiedades confiscadas por el Consejo de Trublas; solo vetó cualquier discusión acerca de la tolerancia religiosa.

Tantos debates y decisiones difíciles dejaron al rey

exhausto. Don Juan de Austria envió a Margarita de Parma un retrato revelador de cómo se encontraba Felipe en la primavera de 1575:

> Dexé a Su Magestad bueno, gracias a Nuestro Señor, pero tan fatigado de negocios que demás de vérselo ya en el rostro y canas es mucho de temerlo. Las nuevas que de nuestra corte podré dar a Vuestra Alteza son cierto poco buenas, porque como no tiene Su Magestad con quien descansar, anda cada uno lleno de confusión y nuestro amo de fatiga, y los negocios sin el espediente que otras vezes.

No exageraba: poco después de la salida de su hermano, Felipe confesó que se sentía «tan cansado» que «cierto yo no sé cómo vibo».[554]

En los Países Bajos, delegados de Felipe y de Orange se reunían en la ciudad de Breda en marzo de 1575. Nada más comenzar las conversaciones, Requesens comentó que ya «anda un lenguaje por todo el payś que ha de aver una rebolución general si no nos concertamos con ellos», pero confesó que «no tengo ninguna sperança de que nos concertamos, porque en lo de la religión no les hemos de conceder nada de lo que nos pidieron». Las doce semanas de debate en Breda demostraron que Requesens estaba en lo cierto. Cuando en julio se rompieron las conversaciones, escribió irónico: «Si se tratara de hazer una paz que dependiera el efecto della de dar quatro villas o quatro reynos, más o menos», seguramente se habría alcanzado un acuerdo; «pero dependiendo desta la religión», la paz era ideológicamente inaceptable. Sin embargo, el hecho seguía siendo que resultaba imposible ganar la guerra, «teniendo la deuda a cuestas, y la gente [de guerra] dentro de los payses sin poderla despedir sin pagarla ni entretenerla sin mucho dinero. No sé cómo se pueden encaminar las cosas a este propósito».[555]

La Conferencia de Breda demostró ser un error que le saldría muy caro al rey. Para empezar, fortaleció a los holandeses: al aceptar la celebración de las conversaciones,

Felipe confería a sus rebeldes cierto grado de reconocimiento, al mismo tiempo que la experiencia de esta negociación colectiva aumentó su cohesión interna. Luego, debilitó a España: a pesar de que se habían suspendido las hostilidades durante los tres meses de infructuosas conversaciones, los soldados del rey continuaban devengando un sueldo aunque no lucharan. Por último, hacía absurda la decisión, tomada en diciembre de 1574, de que emitiría un decreto de suspensión de pagos solo en septiembre siguiente, un retraso de nueve meses destinado expresamente a permitir que Requesens organizara otra campaña más para aplastar la rebelión por la fuerza. Por supuesto, la demora del comienzo de las operaciones en tres meses para poder mantener unas conversaciones de paz frustradas también arruinó esta posibilidad.

A pesar de todo, el rey se ciñó a su agenda original. En mayo de 1575, Felipe admitió que «yo no dudo de que, si uviese de durar el gasto de allí como agora va, no se podría llevar adelante», pero, continuó, «es gran lástima que, aviéndose gastado tanto, y ofreçiéndose ocasiones que con poco más podría ser remediarse todo, los ayamos de perder», el argumento clásico de una superpotencia con problemas. Cuando Mateo Vázquez anotó con aprobación la sugerencia de Requesens de que «si lo del no baxar el Turco fuese verdad», después puede «yr allá el señor don Juan con toda la fuerza» disponible a Flandes, Felipe se hundió en la autocompasión:

> A my no me quadra mucho esto, por muchas causas que se me ofrecen a ello. Y allí no tenemos falta de gente (antes sobra), sino de dinero y ser superiores en la mar; y aquello no sería sino en la tierra y acrecentar mucho el gasto. Y quedaría lo de Italia perdido para si otro año viene la armada del turco, que desde este es menester irlo proveniendo. En fin, ay tantas y tales cosas, que yo no sé cómo se vibe una hora en ellas.[556]

Finalmente, el 1 de septiembre de 1575, Felipe firmó dos documentos: en uno congelaba todos los asientos pendientes y cancelaba todos los pagos a los asentistas, por un valor total de

entre quince y veinte millones de ducados (había varios tanteos); en otro ordenaba la rigurosa auditoría de trescientos asientos realizados desde 1560 para averiguar si había habido fraude. Durante algunos días más, el rey mantuvo estas decisiones en secreto, pero (como explicó a su embajador en Génova, el domicilio de muchos de sus banqueros) finalmente no tuvo alternativa «porque por mucho secreto que en ello ha hauido, no ha podido ser tanto que no se haya venido a sospechar por los mercaderes algunas cosas, de que ha resultado tanto daño, y no querer negociar ni proveernos de ningún dinero». El 15 de septiembre, una semana después de la muerte de Ovando, impulsor de la iniciativa, se enviaron múltiples copias impresas del decreto a los «concejos, receptores y otras personas» de Castilla, con instrucciones de que dejaran de pagar «las consignaciones que tenemos dadas a los mercaderes y hombres de negocios a cuenta de assientos y cambios hechos o tomados con ellos» y «antes se cobre lo que aquello montare con lo demás para Nos, por entero».[557]

Al principio, Felipe era optimista. En las bóvedas del Alcázar de Madrid «se ha hecho un aposento, y puesto en él ciertas arcas fuertes con tres llaues diferentes […] en que se va metiendo todo el dinero que traen de diferentes partes destos reynos que procede de las dichas consignaciones». Pero los ministros del rey que conocían la situación de Flandes se daban cuenta de cuál era la realidad. Domingo de Zavala, un agente de Requesens en la corte, explicó con cansancio al rey que, a pesar de haber logrado enviar a Amberes una carta de crédito por 100.000 escudos, 150.000 en plata por el Atlántico y 100.000 más en oro a través de Italia, «todo no será entretenimiento aun para solo un mes, que será el presente de noviembre». Todo se perderá, continuaba Zavala, «si Vuestra Magestad, dexando todas las otras empresas y gastos que pudiese escusar, no acude a lo de allá con tanto fundamento y

cuidado […] para que lo que está en obediencia se conserve, y aquella guerra se abrevie, pues con alargarla se sigue tanta costa y corre tanto riesgo». En Amberes, el propio Requesens se mostró de acuerdo. Advirtió a su hermano en noviembre de 1575:

> El decreto de hazienda ha dado tan gran golpe en esta Bolsa que no ay hombre en ella con crédito, [y] yo sin ningún medio de hallar un solo real. Ni veo de cómo el rey lo pueda proveer, aunque tuviera muchos; y si no es por milagros se caerá toda esta máquina tan brevemente que será muy posible que no tenga lugar de [e]scrivirlo a Vuestra Señoría.[558]

Enviado a los Países Bajos a pesar de sus protestas y sin instrucciones claras, Requesens afirmó que el decreto le había roto el corazón. Y lo hizo, pues murió repentinamente el 5 de marzo de 1576. Tanto las provincias leales de los Países Bajos como los sesenta mil soldados del Ejército de Flandes quedaron bajo la autoridad del Consejo de Estado de Bruselas, compuesto por ministros nombrados por su docilidad más que por su capacidad de ganar una guerra, y mucho menos de manejar un ejército permanentemente al borde del motín.

Felipe quedó desolado. El decreto de suspensión de pagos fue un desastre para sus empresas extranjeras. «Por ello crea cierto que yo no salga de necesidad», lamentó en marzo de 1576, «sino que antes estoy en mayor por la falta de crédito y no poderme valer sino de puro dinero que no se junta tan a priesa como sería menester».[559] También había precipitado un desastre interno. Su principal asesor de finanzas aseguró a Felipe que «después que se publicó [el decreto] de tal manera ha faltado el crédito de todos los tratantes y quasi del todo ha cessado y está perdido el trato de todos los negocios» en Castilla, y que «ni de un lugar a otro, assí destos reynos como de fuera de ellos, se puede proveer partida grande ni pequeña de dinero, sino se embía de contado con mucha costa y riesgo». Además, Mateo Vázquez recordó al rey «la gran necessidad que padescen los pobres criados» de la Casa Real, «que quiebra el

coraçón ver algunos rotos y que estén para morir de hambre». La respuesta del rey mostró su desesperación: «Si Dios nos diese más tiempo, podríase acudir a estas cosas, pero con la falta que ay dél, no se puede todo», y creía «que qualquiera cosa será mejor que estar así suspenso todo».[560]

Felipe se equivocó: sí había «qualquiera cosa» peor. En julio de 1576 los veteranos españoles en Flandes, algunos de los cuales reclamaban hasta seis años de salario atrasado, se amotinaron de nuevo y lanzaron un ataque sorpresa sobre Aalst, situada a veinticinco kilómetros al oeste de Bruselas. Aunque esta ciudad siempre había permanecido leal a Felipe, los españoles la saquearon y después establecieron allí su cuartel general. La noticia de esta atrocidad causó la indignación general y, en un intento por restablecer la calma, el Consejo de Estado en los Países Bajos declaró a los amotinados de Aalst rebeldes ante Dios y el rey, a los que se podía dar muerte sin más.

El Consejo también autorizó a los que el gobierno llamaba «los XV Estados no rebelados» a reclutar tropas para defenderse contra los amotinados; pero, el 5 de septiembre, los soldados alistados por los Estados de Brabante interrumpieron una reunión del Consejo y arrestaron a sus miembros. Al día siguiente, se enviaron cartas en las que se convocaba a representantes de «los XV Estados no rebelados» para que se reunieran en Bruselas y autorizasen conversaciones con los Estados de Holanda y Zelanda sobre una tregua. Tres semanas más tarde, invitaron al príncipe de Orange y a sus aliados a enviar diputados a la ciudad de Gante, donde podrían negociar la paz utilizando como punto de partida los temas acordados en Breda el año anterior. Para finales de octubre de 1576, ya habían acordado los términos de una «pacificación» que pondría fin a todos los enfrentamientos entre las diferentes provincias, pero dejando para una reunión de todos los Estados

Generales la resolución de los problemas religiosos y políticos pendientes. Hasta que la Pacificación de Gante pudiera ser ratificada y las tropas españoles abandonaran aquellas tierras, los Estados rehusaron reconocer la autoridad del nuevo gobernador general nombrado por Felipe: don Juan de Austria.

13. La crisis del reinado, 1576-1577

La guerra nunca cesó en la monarquía de Felipe II durante los cincuenta y cinco años en que gobernó, salvo entre febrero y agosto de 1577. Poco antes, el rey había aceptado a regañadientes la necesidad de una tregua con el sultán otomano después de veinticinco años de guerra continuada: «Importa mucho concluir esta tregua», opinaba, «tanto que, sin ella, no sé cómo se podría ir adelante». También aceptaba, igualmente a regañadientes, que «salvando la religión y mi obediencia cuanto se puede», a sus vasallos rebeldes en los Países Bajos «se debe conceder lo que fuere menester para acabar y salvar lo que se pudiere» y obtener la paz después de cuatro años de la «guerra más sangrienta que se ha visto muchos años ha».[561] Las secuelas de estas dos iniciativas eran muy distintas. Los diplomáticos de Felipe y el sultán renovaron la tregua en varias ocasiones, así que la paz en el Mediterráneo perduró hasta el resto del siglo. En contraste, aunque la paz con los rebeldes flamencos fue llamada el Edicto Perpetuo, Felipe rechazó sus condiciones apenas seis meses más tarde y renovó la lucha contra sus vasallos.

Sin embargo, el resultado de ambas iniciativas de paz era incierto. Felipe adoptó otras políticas que arriesgaban la suspensión de armas en el Mediterráneo *(véase capítulo 15)*, mientras que la reanudación de hostilidades en los Países Bajos era, primordialmente, la consecuencia de las ambiciones y complejas relaciones entre tres personas: don Juan de Austria; su secretario, Juan de Escobedo; y el secretario real, Antonio Pérez. Los tres convencieron a Felipe para quebrar la paz con los rebeldes que había aprobado seis meses antes, una decisión que trajo consigo consecuencias funestas. A Escobedo le costó la vida; a Pérez, la libertad; y a don Juan, la honra: todos morirían desconsolados y desacreditados. A Felipe no solo le

costó los servicios de tres personas de gran talento, sino que también hizo que su gobierno estuviera polarizado y luego paralizado durante dos años por las antipatías que surgían entre sus ministros. Después, Pérez se convirtió en el catalizador de las Alteraciones de Aragón, aliado de sus enemigos en Francia e Inglaterra y autor de críticas perjudiciales de gran difusión. Lo peor de todo fue que el rey perdió su mejor oportunidad para terminar con la rebelión de los Países Bajos y, con esto, mantener su influencia y poder en la Europa atlántica. ¿Cómo cometió tantos errores políticos un monarca «quien ha ya casi 33 años que trato negocios», como se ufanaba Felipe en esa misma época?[562]

La historia de dos secretarios

Antonio Pérez nació en Madrid en 1540. Era hijo ilegítimo de Gonzalo Pérez, un clérigo que trabajaba en la secretaría de Carlos V y que, un año después, se convirtió en secretario particular del príncipe Felipe. Antonio afirmaría más tarde que, durante el cuarto de siglo siguiente, su padre «le enseñó [a Felipe] la firma, tan conocida por el mundo», «Yo el rey»; y, sin duda, dada su formación humanística y su amplia experiencia en otros asuntos, enseñó al joven príncipe muchas cosas más. Cuando Felipe se convirtió en rey de España en 1556, nombró a Gonzalo su secretario de Estado para asuntos extranjeros, cargo que desempeñó hasta su muerte en 1566, conservando la confianza de su soberano hasta el final *(véase capítulo 8)*. Gonzalo también obtuvo una declaración «de cómo era natural de Aragón», una medida que medio siglo más tarde salvaría la vida de su hijo.[563]

Antonio estudió en la República de Venecia y los Países Bajos antes de regresar a España en torno a 1558 para asistir a cursos en Alcalá de Henares y Salamanca. También aprendió mucho de su padre, en cuya covachuela trabajaba desde al

menos 1562; tal vez el hecho de que Felipe y Antonio compartieran el mismo maestro estableció un vínculo entre ellos. Pero este vínculo no fue lo suficientemente fuerte para conseguir la inmediata sucesión de Antonio al puesto de su padre, quizá porque el rey desaprobaba la relación del joven con doña Juana Coello, con quien había tenido un hijo antes de que ambos se casaran en 1567. Antonio también se enfrentaba a la hostilidad del duque de Alba, con quien Gonzalo se había enemistado en sus últimos años, de modo que el duque pidió el puesto para su propio protegido, Gabriel de Zayas. Aunque, tras la partida del duque hacia los Países Bajos, Antonio se convirtió en secretario de Estado para Italia y el Mediterráneo, en tanto que Zayas se hacía cargo de los asuntos del norte de Europa, de aquí en adelante Pérez sería miembro del bando cortesano liderado por Ruy Gómez de Silva.

Juan de Escobedo, un hidalgo nacido en Colindres, Cantabria, alrededor de 1530, era miembro del mismo grupo. En la década de 1550 sirvió como criado de confianza de los duques de Francavilla, quizá debido a un parentesco lejano (la duquesa siempre le llamó «primo»), y de su hija única, doña Ana de Mendoza, casada con Ruy Gómez, en cuya casa de Bruselas residió mientras estaba con el rey en Flandes. Ruy Gómez, por su parte, describía a Escobedo como su «criado» y le utilizó para misiones confidenciales hasta que, en 1566, el rey nombró secretario de Hacienda a este último. Siete años más tarde, Ruy Gómez decidió que su antiguo criado podría ser más útil como enlace con don Juan de Austria, quien, como vencedor de Lepanto y capitán general de la Armada de la Santa Liga, disfrutaba de un enorme prestigio y un presupuesto anual de más de un millón de ducados. Pérez aprobó el nombramiento, escribiéndole al rey: «Del Escovedo creo yo que sería más a propósito para el lado del señor don Juan porque le tengo por más templado y de diferente humor y zelo, y no nada

aitalianado. Vuestra Magestad me perdonará si passo adelante, que por la causa que he dicho y aver entendido desta materia algunas cosas lo hago».[564]

Este mensaje revela no solo la confianza en sí mismo de Pérez cuando aconsejaba a su amo, sino también su amistad con Escobedo, que, según un cortesano afirmaría posteriormente, «no podía ser mayor ni más continuada entre dos hombres». Pérez también forjó un estrecho vínculo con don Juan. Así, en 1571, cuando Felipe le negó permiso para volver a España, don Juan le confió a Pérez: «Harto más me holgara de tener la licencia que esperava para yr a bessar a Su Magestad las manos, y passar algunos buenos ratos con el señor Antonio Pérez». Tres años más tarde, cuando Felipe estaba meditando la distribución de dinero para la próxima campaña en el Mediterráneo, Pérez le aconsejó que lo más acertado sería «remitirse todo al señor don Juan, y que él lo reparta, y haga hazer en cada parte lo que huviere menester». Cuando don Juan visitaba Madrid, se hospedaba en la lujosa villa que Pérez tenía en las afueras de la capital, La Casilla.[565]

Escobedo se convirtió pronto en intermediario entre don Juan y su medio hermano. Cuando el príncipe le envió a la corte en 1575, el rey declaró que «quedo yo tan podrido y cansado dello que no puede ser más; aunque convendrá despacharle luego»; y cuando abandonó la corte, el rey anunció a uno de sus clientes italianos que Escobedo partía con «la resolución que he tomado en el negocio a que le embió el ilustrísimo don Juan de Austria, mi hermano, estando muy satisfecho que ternéys de todo ello mucho secreto».[566] ¿Cuál pudo ser ese «negocio» secreto que dejó a Felipe «tan podrido y cansado»?

¿El próximo rey de Inglaterra?

Un grupo de católicos ingleses exiliados acudió a Roma en

1575, año jubilar, y presentó al papa un informe argumentando que tanto Inglaterra como Irlanda podían ser recuperadas para la causa de la fe enviando una fuerza pontificia de cinco mil soldados, comandada por el exiliado angloirlandés Thomas Stukeley, directamente desde Italia a Liverpool. Siempre optimistas, los exiliados afirmaron que la llegada de estas tropas provocaría un levantamiento general de los católicos que, a su vez, permitiría a María Estuardo escapar de su cautiverio y convertirse en soberana de Inglaterra, tras lo cual se casaría con don Juan. Escobedo se dirigió a Roma para asegurarse de que este proyecto —llamado de nuevo la Empresa de Inglaterra— gozaba del total respaldo del papa y, a continuación, a Madrid para asegurarse 100.000 ducados y el beneplácito de Felipe. El rey envió cumplidamente la mitad de la subvención requerida, si bien insistió en que Stukeley debería esperar hasta que los Países Bajos estuvieran de nuevo en paz.

En aquel momento, Felipe había resuelto que su medio hermano sustituiría a don Luis de Requesens como gobernador general de los Países Bajos, y estaba pensando si don Juan debería emprender sin más el Camino de los Españoles a la cabeza de un ejército o viajar lo más rápido posible para concluir la paz. Todavía no se había resuelto este dilema cuando, en marzo de 1576, llegó a Madrid la noticia de la muerte de Requesens, que dejaba sin jefe tanto al gobierno como al ejército real en los Países Bajos. Felipe sabía que, incluso en este momento de crisis, su testarudo medio hermano podría negarse a ir. Por eso, el rey trabajaba con Pérez para hacerle una oferta irresistible: a cambio de ir a Bruselas, Felipe haría todo lo posible para sentar a don Juan en el trono de Inglaterra.

El rey escribió una carta a don Juan afirmando que quería ir él mismo a los Países Bajos para tratar un asunto de tanta importancia para él y para Dios, pero que debía quedarse en

España para movilizar los recursos necesarios con que sostener toda la monarquía. Dado que la situación en Flandes requería soluciones nuevas, continuó, y que solo un miembro de la familia real, «la más conjuncta a mí que pueda ser», tendría la autoridad para llevarlas a cabo, Felipe informaba a su medio hermano de que «me he venido a determinar que no ay otra [persona], ni la puede haber, que la vuestra». El irresistible engaño aparecía en tres cartas para Escobedo, todas firmadas por Pérez, pero revisadas tantas veces por Felipe que, finalmente, el contenido acabó siendo también suyo. En la más breve de las tres, el autor explicaba que Escobedo debía mostrar las otras dos a don Juan e insistía en «que tiene vuestra merced occasión de hazer a Su Magestad un gran servicio y merecerle mucha merced», una arriesgada promesa que se volvería contra sus autores. En una segunda epístola, se requería a Escobedo que hiciera jurar a don Juan que guardaría el secreto antes de entregarle la carta real dirigida a él, y recalcaba que «esta occasión y necesidad no es de las que sufren réplicas ni condiciones». También aseguraba a Escobedo que «yéndole a Su Magestad lo que va en este negocio, y queriendo enviar a su hermano, por no poder yr él mismo, y estando el único remedio de todo en uno de los dos, ha de creer Su Alteza que Su Magestad hará y proveerá más de lo posible para que se acierte lo que se pretende», es decir, que apoyara la Empresa de Inglaterra, otra promesa que tendría consecuencias catastróficas.[567]

La tercera carta para Escobedo era aún más notable. Escribiendo «como amigo de vuestra merced y tan servidor y zeloso del servicio del señor don Juan», su autor revelaba que don Juan debía dirigirse directamente a Bruselas sin tropas, sin ministros y casi sin servidores. Felipe estudió detalladamente el borrador preparado por Pérez: «He reparado hoy dos veces esta carta», para que «vaya de manera que [don Juan] no se pueda

rehusar el negocio». Insertó de su propia mano una insinuación de chantaje: que don Juan «no cumpliría a Dios, si a esto faltase […] ni con su padre cumpliría, no acudiendo a la necesidad de aquellos Estados que él quixo tanto, y por quien aventuró tanto», así que «aún desde el cielo parece que se quexaría dél si en esto le faltase». También añadió la engañosa oferta: cuando don Juan hubiera llegado a los Países Bajos, estaría perfectamente situado para llevar a cabo la Empresa de Inglaterra. Y se insistía a Escobedo:

> En verdad, señor, que he pensado que para aquello de Inglaterra que vuestra merced entendía en Roma [con el papa], no será malo hallarse Su Alteza cerca y ocupado en tan grave servicio de Su Majestad; demás de que yo deseo ver al Señor don Juan en algún cargo principal en que él sea solo el dueño de todo, para que conozca Su Magestad lo que vale y la buena cuenta que sabrá dar de qualquier gouierno sin embaraço ni competencia de otros ministros.

A pesar de que esto se encontraba muy próximo a la traición, cuando Felipe leyó y corrigió el borrador no hizo ninguna observación acerca de este párrafo. El 8 de abril de 1576, todas las cartas salieron de Madrid para Nápoles, donde residía don Juan. Cuando el rey firmó su propia carta a don Juan, añadió: «Harto quisiera yo que el que lleva este despacho tuviera alas para bolar, y vos también para poderos poner allí más presto».[568]

El rey lo deseó en vano: casi tres meses pasaron sin respuesta. Pérez minimizó el ominoso silencio de Nápoles, y aseguró a su amo que don Juan «ha de obedescerse la voluntad de Vuestra Magestad» y que, gracias a su destreza en «apretar a Escovedo, podría ser respondiendo» enseguida. Pero Felipe era mejor profeta y, el 16 de junio de 1576, confesaba a Pérez: «No dexo de temer que [don Juan] ha de haver algunas demandas terribles que sean malas de cumplir, como es querer mucho dinero y mucha gente y mucha livertad».[569]

El silencio acabó el 1 de julio, cuando Pérez anunció bruscamente al rey que «el secretario Escobedo ha llegado esta

noche» a El Escorial, y que los dos secretarios «avemos venido desde Alcalá juntos, hablando en lo que trae en comisión».[570] ¿Qué contenía esa comisión? ¿Y qué significaba que los dos viajaran juntos cien kilómetros —un viaje de dos días— antes de informar al rey de que los tan esperados mensajes habían llegado por fin?

Las cuatro cartas del 8 de abril habían llegado a Nápoles a principios de mayo, y, después de un retraso de casi tres semanas, don Juan aceptó tanto su nombramiento como gobernador general de Flandes como la orden de ir allí directamente sin pasar primero por la corte. Pero como su medio hermano había temido, antes de salir de Nápoles don Juan dictó dos juegos de instrucciones para Escobedo, portador de su aceptación, llenos de demandas políticas (poderes amplios y fondos inmensos) y personales (tanto mercedes para sus aliados y criados como la legitimación de su hija Juana, que ahora tenía tres años). También confió a Escobedo otras cosas para comunicar de palabra, especialmente su deseo de venir a la corte para «besar las manos de Vuestra Magestad» y, por supuesto, para negociar en persona con Felipe sobre su misión en los Países Bajos y en Inglaterra. Mientras esperaba la respuesta de su medio hermano, don Juan viajó hasta Vigevano, una ciudad lombarda cerca de la frontera de Saboya. Según un espía toscano, todo sugirió que don Juan «había de pasar en Flandes, como todavía hay voz pública», pero en julio se mudaron «todos los razonamientos de guerra en fiestas y torneos» y don Juan volvió a Milán. Ahora, notaba el espía, «aunque se entiende de las cartas de la corte de España que el señor don Juan seguramente va a viajar a Flandes, en este momento no se vee señal de su parte», y especulaba que no saldría hasta recibir de Felipe la respuesta a las demandas enviadas con Escobedo.[571] Había adivinado solamente una parte de la historia.

El 16 de abril de 1576, una semana después de firmar sus cartas («repasadas» por Su Majestad) para convencer a Escobedo de que don Juan debía partir hacia Flandes de inmediato, Pérez escribió de nuevo a su colega para ampliar lo contenido en aquellos últimos despachos «que él [Felipe] ha visto, que son todas sino esta». Se trata de una epístola secreta, subversiva y aun sediciosa. Pérez empezó por asegurar «que todo lo que le pareciere muy fuerte y crudo dellas ha sido añadido [por el rey] de su misma mano en las minutas que yo había ordenado». Pero, continuó Pérez:

> Sería [yo] de parecer que el señor don Juan, cuanto al obedescer y partirse para Lombardía y sacrificarse a la obediencia, obedezca y se parta y se sacrifique a la voluntad de su hermano, diciendo que no tiene otra sino esta, y que haciendo esto, advierta y replique, y pida las cosas que para el acertamiento del negocio le parecieren convenientes.

¡Para Lombardía! No para Flandes, «pues si se perdiesse aquello [Flandes] o se cerrase el paso del remedio», el simple hecho de que don Juan hubiera partido ya para Lombardía, como se le ordenaba, haría que se ganara la confianza y la gratitud de su medio hermano; y, si para cuando llegara a Milán, en Flandes «las cosas sufren y pueden esperar el remedio de la persona de don Juan», él llevaría a cabo «un gran servicio a Dios, a la corona, a su hermano, y gana para sí un gran auctoridad para merecer por justicia divina y humana mucho acrecentamiento de su hermano; y, cuando el mundo corriese, no se halla él ni vuestra merced en mal puesto para sí y para sus amigos». Pérez llenaba su carta con «nos», y «lo que nosotros habemos tenido y discurrido» sobre los planes del rey, y por si acaso Escobedo no captaba la idea, concluía su carta secretísima:

> Torno otra vez a resumirme: que para todo caso, succeda lo que succediere, soy de parecer que obedezcamos luego y partamos [¡otra vez el «nos»!]; y que haciendo esto, se replique, o pida, o advierta lo que conviniere, advirtiendo que esto sea todo por el acrecentamiento del negocio y no por cosa particular, y que para lo demás esperamos en el tiempo que nos habrá dado mil salidas.[572]

Claramente Pérez había traicionado a su amo: incitó a Escobedo a sabotear los planes del rey para la salvación de su monarquía con una prolongada parada de don Juan en Lombardía. Esto, sin duda, explica por qué, cuando Pérez se enteró de la llegada a España de Escobedo, le interceptó en Alcalá y cabalgó con él «juntos, hablando en lo que trae en comisión» todo el camino hasta llegar a El Escorial en la noche del 1 de julio de 1576. Pérez quiso asegurarse de que Escobedo no dijera nada a Felipe del contenido de su carta, y también averiguar si don Juan había seguido sus consejos y permanecido en Lombardía. Una respuesta afirmativa de Escobedo a ambas preguntas tranquilizó a Pérez, pero la situación cambió de repente seis semanas más tarde, cuando, al amanecer el 12 de agosto, don Juan salió de Milán en dirección a Génova, donde había reunido una pequeña escuadra de galeras, con la intención de «passar a España por algunos negocios importantes al servicio del rey mi señor y bien común de la cristiandad». Diez días más tarde, llegó a Barcelona y, de inmediato, prosiguió su viaje hasta El Escorial.[573]

La verdad sobre este extraordinario acto de atrevida desobediencia a las órdenes tan explícitas del rey solamente se descubrió después de la muerte de don Juan, cuando Juan de Zúñiga, todavía embajador español en Roma, pidió al cardenal de Como, secretario de Estado del papa, «que me descubriese un secreto, ahora que eran muertas las personas a quien podría ser que estuviese obligado a guardarle. Y preguntele: ¿qué trato y inteligencia tuvo el señor don Juan que haya gloria con Su Santidad y con él sobre la Empresa de Inglaterra?». El cardenal compartió con Zúñiga indiscreciones sensacionales: había escrito «muy largas cartas» a don Juan, de parte de Gregorio XIII, sobre la Empresa de Inglaterra; y cuando Escobedo visitó Roma, el papa

habló también en ello; y que una carta que escribió el cardenal al señor don Juan

en nombre de Su Santidad, cuando el año de [15]76 fue a España, encargándole propusiese a Vuestra Magestad el negocio, fue concertado primero con el señor don Juan, y que en ella le exhortaba a que fuese en persona a proponerlo a Vuestra Magestad, porque no tenía licencia de ir.

Es decir, Gregorio XIII incitó a don Juan a desobedecer a su medio hermano y viajar hasta España específicamente para obtener el apoyo de Felipe para la Empresa de Inglaterra.[574]

Hermano contra hermano

La llegada de su medio hermano cogió a Felipe completamente por sorpresa. El rey trabajaba en un paquete de concesiones que pensaba confiar a un mensajero que llegaría a Bruselas al mismo tiempo que don Juan. Dos días después de la llegada de Escobedo con noticias de que don Juan aceptaría ir a Flandes, Felipe despachó al mensajero a Flandes con cartas en las que informaba a sus ministros de que don Juan sería su nuevo lugarteniente; y en agosto coordinaba la preparación de un juego de instrucciones para él y de un montón de cartas tanto para sus ministros flamencos, mandándoles que obedecieran al nuevo gobernador general, como para los soberanos vecinos, pidiéndoles «la misma buena inteligencia, correspondencia y vecindad» con don Juan que con sus antecesores. Nada más firmar estos documentos, Felipe recibió la noticia de que su medio hermano estaba en Barcelona en lugar de en Bruselas.[575] El rey no podía ocultar su enojo. Enseguida, envió a don Juan el billete siguiente:

Hermano, anoche me dio Escovedo vuestra carta y aviso de vuestra llegada a Barcelona, y no puedo dejar de decir que me ha dado tanto cuidado esta resolución, por la coyuntura en que ha sido, y por el estado en que están las cosas, que con desear y holgar mucho de veros y teneros presente, me ha quitado mucha parte del contentamiento que esto me diera.[576]

Las nuevas de la desobediencia de don Juan llegaron a la corte junto con más noticias alarmantes de Bruselas. «Las cosas de Flandes», se lamentaba Felipe el 29 de agosto al cardenal Quiroga, «me traen tan ocupado y aun desasosegado que no me

dexan todas las vezes hazer en las demás lo que querría». Solicitaba su consejo sobre cómo mandar a don Juan a Flandes, «porque si volviese por donde vino sería mucha la dilación. He pensado si sería cosa de ir por tierra en nombre de otro y a diligencia con dos o tres (no más)». Quiroga contestó que, a menos que don Juan partiera de inmediato, autorizado a dar a los flamencos todo lo que exigían, «ellos assentarán una república tan a su provecho y con tantas libertades que valdría poco menos no ser señor della». Sugirió que se anunciara que su medio hermano realizaría el viaje desde Italia, para distraer la atención, pero en realidad le enviaría a través de Francia «por la posta desconocida». Quiroga enfatizaba que «aunque está harto trabajoso, aviendo dilación, cada día va de mal en peor, de manera que todo el trabajo y gasto aya sido perdido». El rey aceptó esta lógica: «Sería más secreto y disimulado» si don Juan dejara la corte para visitar a doña Magdalena de Ulloa, que le había criado, «como lo suele hazer, y ha hecho las vezes que ha venido de fuera de estos reynos». Desde la casa de doña Magdalena, situada cerca de Valladolid, su medio hermano podía escabullirse a Flandes y, entonces, concluía Felipe optimista, «no se podrá herrar el negocio con el ayuda de Dios, que lo encamyne, pues se haze por su servicio y así lo espero en él».[577] Felipe escribió estas palabras el primero de septiembre de 1576. Ese mismo día, en San Lorenzo de El Escorial, los dos hijos de Carlos V se reunieron.

Por el momento, la presencia de don Juan en la corte le dio ventaja, pues no desaprovechó la ocasión de insistir en las «demandas terribles» que el rey había temido (y que había confesado en la mencionada carta a Pérez del 16 de junio de 1576). Margarita de Parma lo veía con claridad y urgió a don Juan a «tratar libremente con Su Magestad de todo, y mostrarle desnudamente el estado de los tiempos presentes», y también a

aclarar y establecer sus cosas de manera que en cualquiera parte que Vuestra

> Alteza vaya y en todo tiempo, podría estar con el ánimo quieto, et además hacerse cuenta de la inclinación y voluntad de Su Magestad, para poder servirle sin impedimentos y conforme a su gusto et satisfacción: porque, alejándose, no se puede hacerlo ni con cartas ni con terceras personas aquellos oficios que se hacen con la comodidad en persona y a viva voz, de que Vuestra Alteza ya ha experimentado por las cosas pasadas.[578]

Don Juan estaba de acuerdo, y se negó a salir de la corte sin dos garantías de su medio hermano: fondos adecuados para su misión en Flandes y apoyo para su plan de derrocar a Isabel Tudor.

El rey hizo lo que pudo pero, tras el decreto de suspensión, los asentistas afectados se negaban a realizar nuevos préstamos, a menos que Felipe accediera a cumplir con los antiguos, y este fracaso le dejó desolado. «Creo que nunca ha de llegar al cabo», se lamentaba a Mateo Vázquez, involucrado en las negociaciones para un Medio General con sus banqueros, «y que andaremos toda la vida embaraçados con este negocio». Felipe se desesperó cuando llegaron noticias de que «lo que pasa en Flandes es peor que nunca», y «con esto yo no he tenido quietud por agora para ver lo más destas cosas».[579] El nuncio papal, Nicolás Ormanetto (casualmente antiguo colaborador de Felipe cuando era rey de Inglaterra), intentó convencer a Felipe de que la Empresa de Inglaterra, que pondría a don Juan en el trono de Isabel Tudor, solucionaría todos sus problemas. «Nadie desea más que yo que aquel negocio se efectúe», contestaba el rey cautelosamente, «por el servicio de Dios y bien de la christiandad que puede resultar de la reducción de aquel reyno. Pero el quándo y cómo se ha de emprender en tal negocio depende del camyno que toman las cosas de Flandes y de otras muchas consideraciones: que se deven myrar mucho en negocios tan grandes». Prometió seguir pensando en soluciones, «aunque se me ofrecen hartas dificultades». Los continuos retrasos le causaron «tanta pena y cuydado» que «no sé cómo se puede vivir con ello».[580]

Finalmente, el 18 de octubre de 1576, don Juan se declaró satisfecho. Un papel ológrafo, al parecer con las notas para la última reunión de ambos, recogía las «demandas terribles» a las que Felipe había consentido para librarse de don Juan. Con el fin de mejor atacar a Inglaterra, Felipe autorizaba a su medio hermano a aceptar la demanda de los flamencos de retirar todas las tropas extranjeras siempre que los tercios españoles pudieran regresar por mar, lo que permitiría a don Juan conducirles contra Isabel. El rey también concedía «que en estos últimos desórdenes y en todos los pasados, debe de olvidar y no le hace caso de todo lo pasado», y permitía que

> si las cosas estubiessen tan apretadas que lo pidiessen todo absolutamente, y que de otra manera no quisiessen recibirle, paresce que, salvando la religión y mi obediencia cuanto se puede, llegando las cosas a estos términos, presupuesto que conviene atajar este fuego y no dexar llegar aquella gente a la última desesperación, y que con ella se cierre todo, que se debe conceder lo que fuere menester para acabar y salvar lo que se pudiere.

El rey tan solo se atrevió a sugerir un límite: según otro papelito ológrafo con notas, el rey le urgía a «andar con tientos en los amores, y no ofender con ellos a la gente principal». ¡Felipe no quería hallarse con más sobrinas ilegítimas![581]

Con esto, don Juan salió para Bruselas, viajando ignominiosamente (como había insistido su medio hermano) a través de Francia disfrazado de criado, con un único acompañante. Todavía albergaba sospechas de que Felipe nunca cumpliría sus promesas, y en su última carta, escrita desde suelo español, le recordaba: «Ora, señor, lo que conviene es que Vuestra Magestad mande acabar con mucha brevedad lo del dinero», y, «pues puede suceder caso en que se me acudiría con la sangre propia, si valiese, suplico de nuevo agora a Vuestra Magestad se me acuda con lo que digo: que es dinero, dinero y más dinero, porque sin este valiera más no haber puesto tantas prendas».[582] Dejó a Escobedo en la corte para mantener la presión.

Don Juan de Austria en Flandes

Los temores de don Juan sobre la constancia de Felipe eran bien fundados: su salida de la corte liberó al rey del chantaje y le permitió cambiar sus prioridades. El 11 de noviembre de 1576, redactó con su propia mano una serie de sinuosas y confusas instrucciones que Escobedo debería llevar consigo a Flandes. «Por una parte», admitía el rey, «es [esta] la mejor ocasión que se puede offrescer por tomar» a Isabel «desapercibida y para sacar la dicha gente de mis Estados con más reputación, y el servicio grande que se haría a Nuestro Señor en reduzir aquel reyno todo a la religión católica». Pero, por otra, debía considerar «las obligaciones en que nos meteríamos de començarse sin mucho fundamento y seguridad del buen sucesso del, las dificultades que puede aver en conseguir este negocio y las grandes inconvenientes que podrían suceder de turbarse la Christiandad y el mundo todo». Por tanto, continuaba, «en ninguna manera se deve emprender este negocio hasta que lo dessos estados esté todo quieto y llano, y que no aya en ellos ningún género de embarazo […] por poco que fuese […] pues se dexa muy bien considerar quan gran error sería dexar en peligro nuestros Estados por yr a emprender los agenos». Además, don Juan debía averiguar qué grado de apoyo podía esperar de los católicos ingleses, «pues ay ningún reyno tan flaco ni pequeña que se puede ganar, ni deve emprender, sin ayuda del mismo reyno». Finalmente, y lo más extraño de todo, «como tenéis entendido de la calidad de aquella reyna [Isabel], ordinariamente ha tenido tratos e intelligencia con las personas con quien le ha parescido que se podría casar, y podrá ser que por algún rodeo entrasse en este pensamiento y plática con vos. Paresce que, sucediendo el caso, no se deve huyr, sino dexarla correr quanto ella quisiere» para disfrazar con «mayor dissimulación» la invasión y la conquista planeadas.[583]

Escobedo, a quien Felipe entregó estas instrucciones, le previno: «Yo voy tan mal despachado que temo la llegada, y que la desesperación de verlo no haga tomar al señor don Juan alguna terrible resolución».[584] Tenía razón. Cuando don Juan leyó las instrucciones traídas por su secretario —tan diferentes de lo acordado en España—, se sintió cruelmente decepcionado y cayó en la cuenta de que, desde el principio, el rey había disimulado su apoyo a la Empresa de Inglaterra para persuadirle de abandonar Nápoles rumbo a Flandes. Inmediatamente, empezó a buscar estrategias alternativas para conseguir sus propias metas.

Aunque don Juan tenía cierta razón al reprocharle a Felipe el cambio en su política, parece que nunca le pasó por la cabeza que su propia dilación —primero en Nápoles, luego en Lombardía y finalmente en España— había socavado la Empresa. Cuando llegó a Luxemburgo el 3 de noviembre, la mayor parte del Ejército de Flandes se había desintegrado; en lugar de los sesenta mil soldados al mando de Requesens cuando este murió en marzo, no quedaban más que once mil, la mayoría de ellos amotinados. Para empeorarlo aún más, al día siguiente los españoles amotinados en Aalst lanzaron un ataque sorpresa sobre Amberes, donde destruyeron más de mil casas y mataron a más de ocho mil personas. El saqueo de la ciudad, pronto llamado la Furia Española, desencadenó la «rebolución general» que Requesens había predicho. Cuatro días después de esta tragedia, los delegados en Gante ratificaron y publicaron una pacificación que puso fin a la guerra. A continuación, enviaron a los delegados para asegurarse la aprobación del acuerdo por parte de don Juan y, por medio de este, la del rey.

Como reconocía él mismo, don Juan carecía de las cualidades necesarias para estas delicadas situaciones. Admitía, a su primo Manuel Filiberto de Saboya, exgobernador de los

Países Bajos, que en el «trato con jentes tan puestas en ser insolentes y impertinentes», se necesitaba «spíritu de ángel; y por esto yo, que estoy más fuera de serlo que otro, padezco también más que otro». En lugar de adquirir «spíritu de ángel», don Juan concentró todos sus esfuerzos en conseguir la Empresa de Inglaterra, y para ello movilizó al papa, a los exiliados ingleses, a los católicos franceses, a Juan de Escobedo y a Antonio Pérez.[585]

Los dos secretarios estaban comprometidos desde el principio. Cuando don Juan estaba todavía en la corte, Felipe se lamentaba de que «Escobedo solicita harto este negocio [de Inglaterra], y yo le pedí por escrito lo que sobre [e]llo se le ofrecía». Y continuaba: «Se me ofrecen hartas dificultades, y más con la paz que han hecho [los católicos y los protestantes] en Francia, aunque ¡a Escobedo se le haze muy fácil el negocio!». Tras la salida de don Juan camino de Flandes, Pérez y Escobedo se convirtieron prácticamente en los únicos intermediarios entre el rey y su medio hermano. Cuando Quiroga, el ministro al que Felipe había confiado sus negociaciones con aquel, le preguntó al rey detalles sobre la misión de don Juan en los Países Bajos, la respuesta fue sencilla y seca: «Os dirá Antonio Pérez».[586] Años más tarde, don Francisco de Gurrea y Aragón, conde de Luna, afirmó:

> Fiaba tanto su Magestad de él [Pérez], que secretos tan grandes de los que a los reyes en materia de Estado se les ofrecen, se resolvían todos con él, y su parecer se tenía y estimaba y él lograba todo […]. [Y porque] la persona que el señor don Juan de Austria más estimaba y fiaba sus negocios era la de Antonio Pérez, todavía llevó tal lenguaje que entretuvo en balanza a ambas a dos personas reales, fiándose cada cual que les decía lo que deseaban saber uno del otro, haciendo el oficio de espía doble.[587]

Y es cierto que el secretario podría haber hecho «oficio de espía doble» gracias a un sorprendente cambio en el sistema administrativo de Felipe.

Antes de su salida para Flandes, don Juan arrancó otra

concesión al rey: que su correspondencia española no pasara por la oficina de Gabriel de Zayas, secretario de Estado para los asuntos del norte de Europa y vinculado al duque de Alba, sino por las manos de Pérez. Como explicó el rey más tarde, «no le he permitido por desconfianza de Zayas, sino porque my hermano a su partida me lo pidió con gran instancia, y aun que acetaría de mala gana la jornada si no fuese con esta condición, de manera que fue fuerza concedérselo». Entonces, nada más llegar a los Países Bajos, don Juan preguntaba a Felipe: «¿Si será Vuestra Magestad servido que estas mis cartas se lean en consejo [de Estado]?». Sin esperar contestación, suplicaba que solamente «las vean y traten sobre ellas dos» personas: Pérez y don Pedro Fajardo, marqués de Los Vélez, el mayordomo de la reina que había estudiado en la universidad con Pérez y que, como este, había apoyado a Ruy Gómez de Silva contra el duque de Alba. Felipe aceptó esto también. Aunque propuso un cambio —«podríase añadir el inquisidor general» Quiroga —, concluyó su rescripto: «Vos hazed lo mejor, Antonio Pérez».[588] El secretario estuvo de acuerdo con esta sugerencia y, durante los ocho meses siguientes, todas las cartas de don Juan recibidas en la corte aparecían con el endoso «Vista por los Dos» —es decir, Quiroga y el marqués de Los Vélez—; la información que recibían «los Dos» dependía exclusivamente de Pérez, en cuya oficina se descifraban todos los despachos procedentes del norte de Europa. Estos tres ministros constituían, en ese momento, la única referencia de Felipe en los asuntos relacionados con los Países Bajos, Inglaterra y Francia. En palabras de un embajador agudo, estos «son el todo, y los demás son ornamento».[589]

Es difícil desentrañar las relaciones entre el rey, su medio hermano, Pérez y «los Dos». Primero, Felipe comunicaba algunas decisiones clave en reuniones a solas con Pérez que apenas dejaban rastro (si es que dejaban alguno): como escribía

una vez acerca de las cartas de don Juan, «a su tiempo hablaremos en ella, que es más para de palabra que para escrito». Además, don Juan omitía de sus despachos detalles importantes porque «no son para escrivirse en carta que ha de pasar por tan largos y peligrosos caminos».[590] Finalmente, muchos de los secretos plasmados en papel fueron destruidos. En 1576, en 1579 y de nuevo en 1590, Pérez quemó un gran número de cartas, incluidas las intercambiadas con don Juan; y el rey quemaba con frecuencia cartas confidenciales. Don Juan tenía la misma costumbre: como escribía a una confidente suya, «[vuestras cartas] a mayor seguridad, tengo por costumbre de romperlas en acavando de responder a ellas», porque «al fin son papeles papeles»; y cuando murió, según su albacea, «en quemar [sus] papeles y retratos hube mucha soledad», pero «dejolo así mandado, y hase hecho».[591] Sin embargo, a pesar de estos vacíos en la documentación conservada, queda claro que cuando Felipe aceptó la propuesta de que solo Pérez se encargara de su correspondencia sobre materias de Estado con su medio hermano, se puso a sí mismo en situación de ser engañado. Solo Pérez abría, descifraba y hacía resúmenes de todas las cartas enviadas por don Juan, incluidas aquellas dirigidas «al rey en su mano»; y solo Pérez redactaba las consultas de «los Dos» y las respuestas reales.

Habiendo creado un entorno idóneo tanto para la decepción como para el «pensamiento grupal» *(véase capítulo 4)*, don Juan, Escobedo y Pérez tomaron varias decisiones clave para facilitar la invasión de Inglaterra a pesar de las dudas de Felipe. En los Países Bajos, don Juan y su secretario concluyeron una «suspensión de armas» con los Estados Generales en diciembre de 1576, y, cuando las noticias llegaron a Madrid, enseguida Pérez se esforzó al máximo para convencer a su amo de que debía «acabar por conçierto como se pudiesse, y presto». Poco después, repetía con la misma certitud: «Lo que

le conviene a él [don Juan] y al servicio de Vuestra Magestad es recoger aquellos estados con la paz».[592] No era tan fácil.

Los Estados —con más de doscientos diputados— no estaban unidos. Como don Juan se quejó: «No solo no se puede juzgar de una hora a otra lo que será, mas aun vanse encadenando los negocios de suerte que, pensando tener alguna cosa siquiera con qué despachar correo, entretienen los mismos negocios de día en día la ejecución desto, por lo que van prometiendo de sí y engañando a los que los traten. Y de esto es la causa», continuó con frustración, «que como son tantos y tan discordes estos hombres con quien se platica, lo que los unos conciertan los otros lo niegan, y lo que muchos reprueban otros admiten, pues al fin solo se han hecho concordes para morir y salir con la suya, ¡en el cómo y de qué manera está la diferencia!». También, advertía Escobedo al rey, algunos de los diputados querrían «formar su república […] sin reconocimiento de su superior», así que se tiene «por cierta la guerra; y procurar de hacer las provisiones y prevenciones desde luego, ahorrará mucho tiempo y dinero».[593] Envió como documento anexo una relación en la que demostraba que la guerra costaría 500.000 ducados al mes.

¿Hablaban en serio don Juan y Escobedo al decir «tener por cierta la guerra»? ¿O habían enviado estas predicciones y cifras tremendas como una trampa para obtener de Felipe más concesiones que alcanzaran la paz y abriesen el camino para la Empresa de Inglaterra? Fuera como fuese, la perspectiva de una reanudación de la guerra aterraba al rey, que le envió una carta urgente por triplicado prohibiéndolo: «Os tomo, hermano, a encargar que escuséys la rotura y que os accomodéys con el tiempo y la necessidad, que son los mejores consejeros que podéis tener en un negocio tan apretado y harto trabajoso».[594] Dos semanas más tarde, Felipe se lamentó a Pérez de «que todo lo que mi hermano hiziese no aprovechase, ni ellos lo acertasen;

y todavía quixesen la guerra y forzasen a ella». En este caso, lamentó «que no sería posible proveer lo que sería menester, y que, si se hiziese, sería faltar a lo del Armada del Turco y a todo lo demás». Entonces, casi a mitad de la frase, el rey cambió de opinión, apoyando la estrategia de destrucción, propuesta en su día por Alba y Requesens, como el mejor medio para obligar a los holandeses a negociar. Informaba a Pérez: «Yo no veo remedio sino que my hermano metiese tantos alemanes de a pie y de a caballo juntamente con los españoles que allí ay, pues no se le pueden dar otros, y que destruyesen la tierra y se pagasen del saco de allá. Y así se concertase con» los flamencos. Ordenó que Pérez y «los Dos» consideraran su sugerencia, añadiendo que «aunque esto es bien contra my [voluntad], menos mal será conservar los Estados destruydos que no perderlos no destruidos».[595]

Tanto Pérez como «los Dos» quedaron atónitos cuando recibieron esta insólita sugerencia, y la rechazaron con firmeza. Enfatizaban «la necessidad del concierto, lo mejor que se pudiesse, la impossibilidad de poder entrar en guerra, y los grandes peligros que correría todo lo de acá y de Italia si Vuestra Magestad entrasse agora en ella». Felipe se echó atrás, si bien no completamente, en su draconiano plan de destruir lo que no pudiera conservar: «Si los Estados quieren la guerra y no la paz, no se podrá escusar; pero en este caso, visto que no ay forma para hazerse como hasta aquí, sería fuerza hazerse como se dice ["que destruyesen la tierra y se pagasen del saco de allá"]». Entonces intervino Pérez: «Se devía tomar a encargar reziamente al señor don Juan que procure por quantos medios humanos huviere el concierto», insistía el secretario, y para conseguir un mayor efecto, apeló a una alarmante teoría del dominó: con una guerra de destrucción «se podrán recobrar poco de los Estados, y temer mucho que todos los estados vezinos, y toda Alemania, se bolverán contra las armas de

Vuestra Magestad, y cada uno a procurar de coger su pedaço de los Estados, como cosa perdida». Por otra parte, continuaba imparable, el rey debía recordar «los grandes peligros que correría todo lo de acá y de Italia», y «aún era de temer que no se cansassen estos reynos de verse desangrados por cosa tan perdida». El mensaje estaba claro: en Flandes «es menester no llegar a la rotura, sino durar en los tratos». El rey aceptó de mala gana esta reprimenda: «Todo esto fue bien dicho y considerado», admitía, «y ojalá no tuviera tanta razón en ella». [596]

Por tanto, Felipe ordenó a don Juan (como había instado a Pérez y a «los Dos») que evitara la reanudación de las hostilidades a toda costa. «No sé yo cómo se podría proveer tal suma» —los 500.000 ducados al mes para Flandes—, escribió a su medio hermano, «aunque no huviesse ninguna otra cosa en que gastarlo que ay sino esta; y siendo la impossibilidad para lo de la guerra tan grande, por estar todo tan gastado y consumido, es fuerza que la voluntad se conforme con la poder».[597]

Tal y como sucedió, el rey luchó con su conciencia en vano; la decisión ya estaba tomada. El 12 de febrero de 1577, el mismo día en que Felipe le escribió, don Juan firmó con los Estados de los Países Bajos un acuerdo, llamado el Edicto Perpetuo, por el que se confirmaba la Pacificación de Gante, y luego ordenó a Escobedo saldar cuentas con los tercios españoles para que pudieran salir del país en el plazo de un mes, como el edicto requería. Pero temía que, una vez fuera las tropas españolas, los flamencos no obedecerían, y por eso pedía licencia a Felipe para volver a España. Según una carta indiscreta a Margarita, «hablando claro, he escrito que si no me se da, no abrá resoluçión que no tome, hasta dexarlo todo y yrme allá, aunque sea a ser castigado, porque lo seré sin culpa, y aquí con ella me perdiera», y que «si en esto ubiere alguna

dificultad, solo tendré paciencia hasta agosto o setiembre».[598]

El Edicto Perpetuo incluía una clausula sorprendente: don Juan había concedido que los tercios españoles se retiraran por tierra, pero no por mar, anulando de esta manera el instrumento decisivo para la conquista de Inglaterra. Esta concesión reflejaba la llegada a su pequeña corte de un grupo de exiliados católicos ingleses e irlandeses, incluido el omnipresente Thomas Stukeley. Juntos, discutían estrategias alternativas para derrocar a Isabel Tudor en favor de don Juan, y Stukeley convenció a este de que, aun sin los tercios, él podía organizar una invasión que llegara a buen fin con cinco mil soldados llevados desde Italia en una flota pagada por el papa. Don Juan se uniría con ellos justo antes del desembarco. Una vez firmado el Edicto Perpetuo, Stukeley partió para Roma, llevando consigo una carta de compromiso firmada por don Juan y copias de otras cartas de don Juan a Felipe y Pérez pidiendo su apoyo para la Empresa de Stukeley. Gregorio XIII confirmaba en una carta que «deseaba sumamente que Vuestra Alteza sea el cabo de la Empresa» y le suplicaba «comenzar a pensar» en una estrategia apropiada «para [la] que Su Santidad podría con certitud de éxito preparar también todo lo que de su parte tendría a hacer». También mandó al nuncio Ormanetto que obtuviese el consentimiento de Felipe para este plan, y que permitiera el envío de un nuncio especial a Flandes que facilitase la distribución de dinero papal para la Empresa.[599]

Como los ambiciosos y vanos planes de Roberto Ridolfi pocos años antes *(véase capítulo 11)*, este proyecto carecía de fundamento. Stukeley no tenía los recursos para reclutar y mantener cinco mil soldados, cuanto más una flota para llevarlo desde Italia hasta Irlanda o Inglaterra. Y aun si la Armada papal llegara a su destino, «el éxito depende —como admitió Ormanetto— principalmente de que los católicos de Inglaterra se levantaran cuando vean llegar nuestra armada»; pero nadie

había orquestado un levantamiento de estos católicos.[600] Finalmente, pensar que don Juan pudiera salir de Flandes en cualquier momento, y en secreto, para juntarse con los aventureros de Stukeley cuando llegaran de Italia, era pura fantasía.

Sin embargo, cuando Ormanetto le mencionó a Felipe, durante una audiencia en abril de 1577, la invasión prevista por Gregorio, le halló «constante y firme en su compromiso para la Empresa, porque se halla con modo de poderla tentar con razonable esperanza de éxito».[601] Ormanetto aún no sabía que uno de los agentes secretos de Felipe en Estambul había acordado una tregua de un año en la guerra del Mediterráneo con el sultán otomano; ni tampoco que, en los Países Bajos, Escobedo había recaudado dinero suficiente para persuadir a los veteranos españoles de que volvieran a Italia. Esto permitió que don Juan entrara en Bruselas, donde, el 5 de mayo de 1577, prestó juramento como gobernador general, reiterando su promesa de cumplir todas las condiciones del Edicto Perpetuo. A cambio, los Estados de todas las provincias, salvo Holanda y Zelanda, reconocieron a Felipe como su soberano una vez más. A pesar de todos los retrasos y errores, parecía que don Juan había concluido con éxito la primera parte de su misión.

Sin embargo, en su afán de convertirse en el próximo rey de Inglaterra, don Juan (como Pérez y Escobedo) había pasado por alto un hecho capital: al igual que él, los Estados habían firmado sin llevar a cabo todas las consultas necesarias. Aunque el príncipe de Orange y sus partidarios en Holanda y Zelanda habían ratificado la Pacificación de Gante, no tenían delegados en las negociaciones de los Estados con don Juan. Por tanto, no habían podido insistir en las garantías para las libertades religiosas y políticas por las que habían luchado, pero sí podían rechazar el Edicto Perpetuo. Felipe reparó en este fatal error nada más leer el texto. Por un momento, el descuido se le fue

de la cabeza —«otra cosa pensava escribiros desto de Flandes, y no se me puede acordar agora», se disculpaba ante Pérez—, pero luego se acordó. «Agora se me acuerdo lo que se me holvidaba: y es que entiendo que no se ha de poner en la ratificación lo concertado con el príncipe de Orange, sino solo lo que entre my hermano y los estados».[602] En un intento de persuadir al príncipe de Orange para que aceptase el edicto, don Juan ofreció su garantía personal de que le serían devueltas las tierras confiscadas y del regreso de su hijo mayor, apresado y enviado a España como rehén en 1567 (dos promesas que solo Felipe, y no él, podía cumplir). También envió negociadores a la villa de Geertruidenberg para establecer con el príncipe y los diputados de Holanda y Zelanda las condiciones para firmar el Edicto Perpetuo y desmovilizar sus fuerzas armadas, y de esta manera conseguir que «lo dessos estados esté todo quieto y llano, y que no aya en ellos ningún género de embaraço», con el fin de juntarse con Stukeley y su tropas en la costa de Inglaterra. Pero pronto se descubrió que aquellos no aceptarían otra cosa que la plena libertad religiosa, garantizada por gobiernos extranjeros. «Para decir la verdad», informó Orange a los representantes de don Juan, «nos damos cuenta de que vuestro deseo es extirparnos, y nosotros no deseamos ser extirpados».[603]

La intransigencia de Orange en Geertruidenberg originó un hecho curioso: ¡él y sus partidarios habían interceptado y descifrado todas las cartas de don Juan y de Escobedo para el rey y Pérez, y el príncipe las había compartido con Isabel! Por tanto, ambos pudieron leer afirmaciones de don Juan tales como: «Si trato y he tratado lo de Inglaterra, ha sido el principal fundamento ver que ninguna cosa conviene tanto al servicio de Vuestra Magestad como reducir aquello a la obediencia de la Iglesia y tenerlo puesto en persona que le sirva como yo».[604] Las cartas revelaban que don Juan estaba

dispuesto a aceptar cualquier condición para un acuerdo en los Países Bajos, por abusiva que fuera, a fin de dejar libre el camino para la Empresa de Inglaterra. Su única alternativa sería retomar la guerra, una opción que Orange sabía, gracias a las cartas interceptadas, que Felipe jamás aprobaría. Entonces el príncipe, apoyado por Isabel, pedía todo lo que quería, confiado en que lo obtendría. Pero cometió un error muy grave: no tuvo en cuenta el carácter de don Juan, con su fuerte inclinación a la acción unilateral.

Tras el fracaso de las conversaciones en Geertruidenberg, don Juan resolvió declarar la guerra a Orange y sus aliados, calculando que esto no solo obligaría a Felipe a convocarlo a España, sino que también distraería a Isabel mientras Stukeley y sus soldados arribaban a Inglaterra y liberaban a María Estuardo. Don Juan abandonó Bruselas y convenció al agente papal de que emplease el dinero que había traído de Roma para la Empresa en conseguir más tropas alemanas; avisaron a los tercios españoles que acababan de partir para que regresaran; y envió cartas al papa y a los ministros del rey en Italia en las que exponía su nuevo plan y les pedía su apoyo. También envió a Escobedo a la corte, con órdenes de asegurar el regreso de las tropas extranjeras o bien obtener el permiso para volver a España y unirse allí a la expedición de Stukeley. Escobedo llegó a su tierra natal por última vez el 21 de julio de 1577. Tres días más tarde, al igual que había firmado unilateralmente la paz con los Estados sin esperar la aprobación de Felipe, don Juan les declaró de igual manera la guerra.

¿Paz o guerra?

La respuesta inicial de Felipe a este asombroso acto de desobediencia fue enviar correos a sus ministros en Italia, prohibiéndoles que cumplieran las órdenes de don Juan sobre el regreso de los tercios o de los agentes de sus banqueros: «No lo

haga por agora, aunque mi hermano se lo aya ordenado, porque assí conviene a mi servicio, y que no vean los de aquellos países acudir allá españoles y personas de negocios, por las sombras y sospechas que les causara». Felipe también dictó una larga y amarga reprimenda para su medio hermano: ¿cómo podía olvidar don Juan que «sobre todo yo deseo y mi voluntad es que por este camino [de la blandura] se reduzgan essos estados, y que se escuse a venir a la rotura y guerra abierta con ellos y de volver a meter en essos países la gente extrangera por la prueua grande que se tiene de lo poco que ha aprovechado todo lo passado?». Así pues, bramaba el rey,

> no conviene en ninguna manera que se llegue a rompimiento de la guerra abierta contra essos estados sin comunicación y orden particular mía, sino que se lleve el camino que arriba está dicho; y que quando las cosas llegassen a tal extremo, me aviséis del estado dellas para que yo pueda resolver lo que convenga según él en que estuvieren las cosas de los otros mis reynos.[605]

A pesar de estas palabras tremendas e inequívocas, escritas el 28 de agosto de 1577, en el curso de una semana Felipe dio un giro de ciento ochenta grados y autorizó la reanudación de la guerra en los Países Bajos, uno de los más sorprendentes y fatídicos cambios de su largo reinado. El giro se inició tres días más tarde, cuando Felipe firmó una serie de cartas ordenando a sus ministros en Italia que iniciaran los preparativos para enviar a los veteranos españoles de regreso a los Países Bajos en cuanto él diera la orden. También ordenó a sus ministros debatir sobre cuál sería la mejor manera de resolver la situación en los Países Bajos, pero, en esta ocasión, en lugar de consultar solo con «los Dos», como de costumbre, pidió la opinión del Consejo de Estado al completo. Quiroga hizo una oferta final para asegurar la aprobación de la Empresa de Inglaterra —«Tengo por cierto que la causa de todos estos males es la reyna de Inglaterra; y que si esta tuviesse en qué entender en su casa, dexaría de reboluer las aguas»—, pero todos los demás consejeros recomendaron que se reanudara la guerra, y que la campaña comenzase de

inmediato.[606]

El rey se dio cuenta de que no podría organizar una gran campaña contra los holandeses si también debía combatir en el Mediterráneo, por lo que envió a su agente secreto de nuevo a Estambul con la orden de prolongar la tregua. Confiado en que el sultán estaría de acuerdo, el 11 de septiembre de 1577 firmó las órdenes para el regreso de los tercios. Hizo una sola salvedad: «Deis a todos a entender en general y particular», le encargaba a don Juan, «que no se toma este camino para alterar ninguna cosa de lo que últimamente se havía assentado y concertado» en el Edicto Perpetuo, «sino que vuestra intención es guardar y cumplir inviolablemente por vuestra parte todo aquello». Ese mismo día, mandaba que sus ministros escribieran a todos los obispos y alcaldes «volviéndolos a encargar la oración por las causas públicas pues ay tanta necesidad dello, y que atiendan con mucho cuidado a la enmienda y castigo de los pecados» porque «ya veis quanto conviene que todos procuremos de aplacar a nuestro señor que, según lo que parece, le devemos tener muy ofendido con nuestras culpas».[607]

En los Países Bajos, los Estados Generales enviaron su ejército contra don Juan, e invitaron a sus colegas de Holanda y Zelanda a unirse a ellos en Bruselas. El príncipe de Orange volvió victorioso a la capital, de la que había huido una década antes, y donde (según informaba don Juan, enojado) «ha sido reçiuido como el Mexías, y con su pareçer embiaron sus diputados con nuevas demandas tan fuera de toda razón». Don Juan interpretó que esto significaba «que estos [flamencos] no quieren paz, ni Dios ni Rey». No obstante, siguió las órdenes de Felipe y concedió todas las demandas de los Estados Generales, incluso su retirada a Luxemburgo. Ese mismo mes, en Francia, los líderes católicos y protestantes firmaron la Paz de Bergerac, que ponía fin a la guerra civil, abriendo el camino para una intervención armada de los protestantes franceses en

Flandes. Estaba «en este laverinthio» cuando don Juan recibió la noticia «de la determinación de Su Magestad» de que los tercios veteranos volviesen y que la lucha recomenzara. La nueva, dijo, «me ha resuçitado de muerto a vivo». Inmediatamente empezó a reclutar tropas por todas partes. Incluso pidió al duque de Guisa no solo que liberara a los aventureros españoles que le habían servido en su ejército durante la guerra civil, sino que le permitiera también reclutar un regimiento de infantería francesa.[608]

Según recordaría más adelante Pérez, la noticia de estos contactos entre «don Juan [y] Mos. de Guisa, y las escondidas y estadas en su retrete», solo le llegó indirectamente al rey, y «viendo que desto» ni don Juan ni Escobedo «no dauan quenta ni de nada, se sospechó mucho».[609] Con las tropas bajo su mando una vez más, don Juan se volvió aún menos razonable, exigiendo que Felipe le proporcionara otro millón de ducados al contado, seguidos de otras entregas a plazos regulares. «Acuérdese Vuestra Magestad», añadió con bastante insolencia, «la provisión que truxo el duque de Alba y los que después le hizieron; y considere quanto mayor es esta necessidad que aquella». Y concluía aún más groseramente: «Vuestra Magestad me mande responder con brevedad». Para conseguir esta meta, urgía a Escobedo —todavía en la corte— que mantuviera la presión sobre Felipe, mientras que su aliado, Quiroga, insistió en que entonces más que nunca la Empresa era necesaria «para el bien de la Cristiandad y para que los malos sean castigados para exemplo del mundo». Pero el rey contestó ominosamente: «El negocio [la Empresa de Inglaterra] tiene con ellas mayores dificultades, y así converná myrarlo mucho. Y que vos vais pensando en ello; que yo hago y haré lo mysmo».[610]

Por el momento, Escobedo y Quiroga prevalecieron en su otra meta. La llegada de una remesa de plata americana insólitamente grande permitió al rey concluir por fin, en

diciembre de 1577, un Medio General con los más importantes asentistas cuyo capital él mismo había congelado por el decreto de suspensión dos años antes. Felipe reconoció que debía casi quince millones de ducados a sus banqueros para los asientos firmados entre 1560 y 1575; y vendió tierras de la iglesia (con licencia del papa) y asignó juros hasta el valor de dos tercios de esa suma. Los asentistas, por su parte, aceptaron esta reducción forzada de sus pretensiones y, además, se comprometieron a sustentar los ejércitos y las armadas españolas en Flandes y en Italia con otros cinco millones de ducados, librados en plazos regulares, a lo largo de 1578 y 1579. El rey insistía en que su política hacia los flamencos no había cambiado. Como explicó en una carta fechada el 24 de enero de 1578: «Mi fin ni intención no es su castigo ni ruyna sino que se reduzgan a la obediencia de Dios y mía y que cumpliendo ellos con estos dos puntos, como los han prometido cessen las armas y buelban las cosas al estado en que estaban en tiempo del emperador mi señor, que está en el cielo, con olvido de todo lo pasado».[611] Pero una semana más tarde, don Juan y su creciente ejército derrotaron de forma aplastante a sus enemigos en la batalla de Gembloux, y luego tomaron Lovaina, una ciudad a solo veinticinco kilómetros de Bruselas. Orange y los Estados Generales huyeron al norte. El vencedor podía soñar de nuevo con invadir Inglaterra, y exigió a Felipe que le enviara a Escobedo de vuelta con instrucciones que le autorizaran a dar este paso y con suficiente dinero al contado como para conseguirlo. En cambio, Felipe autorizó a Antonio Pérez para que acabara con Juan de Escobedo.

14. ¿Un rey asesino?

Madrid, calle de la Almudena, noche del 31 de marzo de 1578

Era el lunes de Pascua. A las nueve de la noche, Juan de Escobedo, antiguo secretario de Hacienda de Felipe II y por aquel entonces emisario personal de don Juan de Austria, iba «a caballo y pensando» por lo que hoy es la calle de la Almudena en Madrid, acompañado de dos criados y un paje que portaban antorchas. Había estado «gran rato, hasta ser de noche», en casa de doña Ana de Mendoza, princesa de Éboli y viuda de Ruy Gómez de Silva. Acabada la visita, mientras se encaminaba a su aposento, un grupo de seis facinerosos le atacaron por sorpresa y uno de ellos «le mató de una sola estocada que atravesó su cuerpo de lado a lado» con «una espada ligera, de la marca de Castilla». Escobedo cayó de su montura y se desangró sobre el suelo hasta morir, antes de que le diera tiempo a confesarse. Los testigos del hecho trataron de prender a los atacantes, que «dejaron un arcabuz, un puñal y un ferrarolo», y dos de ellos perdieron sus capas en la refriega, pero al final todos escaparon en la oscuridad sin poder ser reconocidos.[612]

Felipe estaba en San Lorenzo de El Escorial para celebrar la Pascua de Resurrección cuando recibió una nota de Mateo Vázquez, a primera hora de la mañana siguiente, en la que este le comunicaba la noticia del asesinato. Respondió: «Fue muy bien embiarme luego lo d[e] Escobedo, que vi en la cama, porque muy poco después vino don Diego de Córdoba con la nueva, que a sido estraña». Su Majestad escogió una palabra llamativa: «Estraña». Por una parte, aunque la violencia callejera era habitual en Madrid, como observó un embajador italiano, «no se suele ver asesinatos similares». Por otra parte, el asesinato de tan notable figura dejó perplejo a todo el mundo:

Escobedo tenía «en pecho todos los instrucciones y secretos» del rey y de su hermano, a pesar de lo cual una banda bien organizada le había tendido una emboscada y asesinado en una callejuela a escasa distancia del Alcázar.[613] ¡Era más que «estraña»!

Escobedo ya había sido objeto de un intento de asesinato, por envenenamiento, a consecuencia del cual una esclava morisca de su casa había sido juzgada y ejecutada. El destino de esta hacía aún más sorprendente que nadie fuera acusado, y mucho menos castigado, por haberle dado una estocada en la calle. Para Orazio Maleguzzi, embajador del duque de Ferrara, ahí radicaba el gran misterio: a pesar de la «rigidísima inquisición», escribió dos semanas después del asesinato, «no se ha podido haber una mínima indicación de los autores de esta desgracia». Y, sin embargo, reflexionaba, sería «casi imposible que un malhechor esté oculto, cuanto menos cuando tantos han intervenido a este efecto».[614]

Maleguzzi tenía razón: era «imposible»; de hecho, para cuando él escribía estas frases, los seis asesinos habían escapado de Madrid y alcanzado tierras de Aragón, donde estaban a salvo de los magistrados castellanos gracias a la ayuda de varias personas prominentes. La princesa de Éboli, en cuya casa Escobedo pasó sus últimas horas, proporcionó a uno de los homicidas el título «de cobrador o administrador de su hacienda, para que si le topasen y preguntasen algo lo mostrase». Antonio Pérez ayudó a dos más, entregándoles más de cien escudos de oro a cada uno, mientras que a los otros tres les facilitó «una cédula y carta firmada de Su Majestad, de veinte escudos de entretenimiento [al mes], con título de alférez» en uno de los presidios españoles en Italia. Aunque los receptores de estos documentos manifestaron su preocupación acerca de si las cédulas eran auténticas y habían sido debidamente inscritas en el Libro de Registro, cada uno recibió

la recompensa prometida cuando llegó a Italia. La razón era sencilla: Pérez había organizado el asesinato de Escobedo y la huida de los malhechores con la aprobación de Felipe.

El «consentimiento» del rey

El rey admitió su implicación en 1589, cuando ordenó procesar a Pérez por su responsabilidad en la muerte de Escobedo y mandó a sus jueces que averiguaran «las causas que hubo» para que su antiguo secretario «interviniese y diese orden en ella y las que hubo para que Su Magestad lo haya consentido». Cuando los jueces le informaron de que Pérez rehusaba hacerlo, el rey le envió un billete ológrafo en el que le «mandaba declarase las causas que había habido para que Su Majestad diese su consentimiento a la muerte del secretario Escobedo», añadiendo: «A mi satisfaçión, y a la de mi conçiençia, conviene saber si estas causas fueron bastantes o no».[615]

¿Cuáles fueron exactamente las causas que llevaron al Rey Católico a dar su consentimiento al asesinato? ¿Y por qué se decidió en 1589, y no antes, que «conviene saber si estas causas fueron bastantes o no»? Lamentablemente para los historiadores, ninguno de los protagonistas explicó en aquel entonces qué les convenció de que Escobedo debía morir. Dos de los asesinos hicieron declaraciones juradas algunos años después, pero sus testimonios contenían importantes contradicciones. Pérez guardó silencio hasta que en 1590, tras ocho vueltas de cordel, pidió a sus jueces «que le quiten de cómo está, que le den una ropa» y que entonces «cuanto quisieren» diría. Entonces reveló tanto las negociaciones clandestinas llevadas a cabo por Escobedo y don Juan con el papa y el duque de Guisa como ¡que Escobedo y don Juan habían planeado derrocar al rey y su gobierno! Según Pérez, Escobedo le había dicho que, una vez «hechos señores de Inglaterra», él y su amo «vendrían a ganar a España y a echar a

Su Magestad de ella; y esto tratado todo con términos de mucho menospreçio de la persona de Su Magestad». También sacó a la luz la copia de una carta en que Escobedo instaba a Pérez para «que por un camino o por otro, el rey huelgue y tenga por servido» que don Juan saliera de Flandes, porque

> aviendo visto con la sagaçidad, prudençia y cordura con que Su Alteza se a gobernado en estos negocios, parece que es suxeto en quien caue este lugar y que, como dice la Escritura, fue Dios servido por su cristiandad de dársele para báculo de su vejez. Que aunque aquí y en cualquier parte servirá [don Juan] mucho, en ninguna tanto como cerca de Su Magestad para desde allí gobernarlo todo.[616]

Pérez afirmó que había compartido esta extraordinaria información con el marqués de Los Vélez, quien, «habiendo entendido todo esto y viendo algunos papeles de lo que arriba está dicho, [le] pareçió ser peligroso hombre y que convenía desviarle del señor don Juan». El marqués de Los Vélez también afirmó, continuaba Pérez, «que, viendo la detención de la gente en Flandes y las ynuenciones de [E]scouedo y lo demás dicho: pareció que sy este [Escobedo] boluía» a los Países Bajos «rebolvería el mundo; sy se prendía (que lo quiso hazer Su Magestad) se alteraría don Juan, y que lo mejor era tomar otro expediente, darle un bocado o cosa tal: que así paresció a Vélez». Estas, concluía el antiguo secretario, «fueron las causas principales de que advirtió a Su Magestad» por qué Escobedo debía morir; y, sobre esta base, Felipe dio su consentimiento para matarle de forma extrajudicial.[617]

Solo un documento contemporáneo confirma alguna de estas importantes afirmaciones: una nota ológrafa, hasta ahora desconocida, escrita por el duque de Alba a un aliado en la corte en septiembre de 1577, cuando el Consejo de Estado debatió la petición de don Juan de que su sobrino, Alejandro Farnesio, príncipe de Parma, se uniera a él en los Países Bajos.

> El señor don Juan le quiere [a Parma] para en viendo el agujero, y aun quiera Dios no sea antes, dexarle allí en su lugar y venirse. Y es consejo que de acá le an dado para venirse sin sperar licencia de Su Magestad, y que aquí es donde le

> conviene estar, governando los negocios de Su Magestad. Y vuestra merced me la hará [una merced] de dezir a Su Magestad que yo le digo lo que ay. Que Su Magestad hará lo que le conviene. Pero sepa que lo que le digo es verdad. No puedo más. Que si pudiera, bien obiera que dezir en la materia.[618]

Es decir, que a los oídos de Alba habían llegado rumores de que algunos cortesanos (fuera Pérez u otro) deseaban que don Juan volviese a España para «gobernar los negocios de Su Magestad», precisamente como el secretario insistiría más tarde, y que el rey estaba enterado.

Aunque carecemos de confirmaciones contemporáneas similares, otras dos subsiguientes afirmaciones de Pérez parecen plausibles: la intervención del marqués de Los Vélez, puesto que él era uno de los otros dos ministros a los que Felipe consultó la manera de manejar a su hermano, y la insistencia del marqués en que Escobedo debía ser envenenado en secreto en lugar de detenido abiertamente (lo que revelaría a don Juan que el rey había descubierto el complot). Por otra parte, hay numerosas evidencias de que Felipe no se oponía a autorizar el asesinato de quienes estaba convencido que lo habían traicionado. Prometió una generosa recompensa a quien acabara con el príncipe Guillermo de Orange (que se pagaría debidamente a la familia del ejecutor) y, más tarde, con el propio Antonio Pérez; y había hecho asesinar en secreto a varios ministros menores cuando estuvo convencido de su culpabilidad.[619]

Felipe quizá fue persuadido de que debía creer lo peor sobre su hermano. Como un embajador había afirmado años antes, «el rey sufre de la misma enfermedad que su padre: es decir, la sospecha» *(véase capítulo 4)*, y el comportamiento de don Juan ofrecía sobrados motivos para desconfiar de él: viajes no autorizados a España; negociaciones secretas con el papa y con Guisa; decisiones unilaterales de alcanzar y a continuación romper un acuerdo con los flamencos. Todo ello sin duda

condujo a Felipe a pensar lo peor de su hermano y de Escobedo, y por eso, quizá, creía a Pérez cuando le aseguró que «vendrían a ganar a España y a echar a Su Magestad de ella». Pérez había trabajado en estrecha colaboración con Felipe durante toda su vida adulta, y sabía exactamente cómo sacar partido de los puntos débiles de su señor para obtener el consentimiento para el asesinato de Escobedo; probablemente nunca se sabrá cuál fue su papel en los intentos de envenenarlo. Tan solo el carácter publico de la ejecución y la misteriosa huida de sus autores revelaron la existencia de un complot premeditado.

El testimonio de dos de los asesinos —Diego Martínez y Antonio Enríquez, mayordomo y antiguo paje de Pérez respectivamente— nos ofrece la secuencia cronológica del camino de Escobedo hacia la muerte. El plan inicial, aprobado (según Pérez) por Los Vélez, era «darle un bocado, o cosa tal», y Martínez declaró que «por la Navidad del año de 77, tres meses más o menos antes que suçediese la muerte», Pérez le preguntó por primera vez «si habría modo como matase» a Escobedo. En esta ocasión, Martínez «le respondió que no sabía, y así se quedó por algunos días», pero, al poco tiempo, Pérez volvió a sacar el asunto y los dos anduvieron «comunicando algunos días de cómo se ejecutaría; y tratose de darle una bebida» la próxima vez que Escobedo cenara con Pérez. Martínez así lo hizo, pero «no hubo efecto», por lo que «después se trató de darle otra cosa, y se le dio, que fue echarle polvos en un puchero [en] que guisaban la comida de Escobedo» mientras cenaba con el secretario. «Tampoco hubo efecto», aunque Escobedo se sintió enfermo y se acostó; y por eso, Martínez entonces «dijo al dicho Antonio Pérez que era bien dejarlo, que no sabía para qué se haçía».[620]

Hasta este momento, al parecer, Pérez había evitado mencionar el consentimiento del rey para el asesinato. Pero

para convencer a Martínez de que llevase a cabo una tercera tentativa, le reveló entonces que «era fuerza que se hiçiese la muerte, porque convenía al serviçio de Su Magestad, y que así era menester buscar quien lo hiçiese», a lo que aquel replicó incrédulo:

> "¡Quién diablos se ha de atrever a hacerlo! Porque si los cogen y los prenden los han de ahorcar".
>
> Y el dicho Antonio Pérez respondió: "No harán [tal]: que cuando sean tan desgraçiados [que los prendieran] los que lo hiçieren, no peligrarán porque Su Magestad dará orden como sean salvos; y esto creed de mí".

Esto persuadió a Martínez de intentar administrarle nuevamente «un bocado» a Escobedo, esta vez sirviéndose de un galopín, Juan Rubio, que fue a la casa del secretario (donde este se encontraba todavía recuperándose del último intento de envenenamiento) y echó en una olla «un dedal de ciertos polvos que el dicho Diego Martínez le había dado». En esta ocasión, Escobedo se dio cuenta de lo que pasaba y acusó a la esclava morisca encargada de la olla de intento de asesinato. La esclava fue arrestada, torturada y ahorcada. Por tercera vez, Escobedo sobrevivió.[621]

Pérez tomó entonces la fatídica decisión «de llevarlo por otra vía, y fue que se buscase modo cómo una noche le matasen [a Escobedo] en la calle con pistolete o estocada o de otra suerte», y, a finales de enero de 1578, preguntó tanto a Martínez como a Enríquez si conocían a alguien «que quisiere dar una cuchillada a un hombre». Enríquez fue a Barcelona para reclutar a su hermanastro, mientras que Martínez localizó a un espadachín llamado Insausti dispuesto a perpetrar el acto. Todo esto llevó «cosa de un mes o mes y medio», de modo que no fue hasta Semana Santa cuando Martínez y sus cómplices «se juntaron todos fuera de Madrid en un campo, para conçertarse cómo se había de haçer la dicha muerte». Decidieron adquirir «una espada ligera, de la marca de Castilla»: el arma que, el lunes de Pascua, Insausti empuñaría

con resultado mortal en la calle de la Almudena.[622]

Si en torno a la Navidad de 1577 Felipe consintió «darle un bocado» a Escobedo, ¿es seguro que, unas semanas después, también aprobara la decisión de utilizar otro método de asesinato? Este cambio del plan era crucial. Los tres intentos de envenenar el secretario habían sido todos sorprendentemente fáciles de ocultar (la esclava morisca no solo confesó su culpa, sino que declaró a la fuerza que no había intentado matar a Escobedo, sino a su mujer, porque esta le pegaba); pero la contratación de seis hombres para concertar un asesinato en un día festivo, con una espada, en una de las zonas más populosas de la capital, constituía una estrategia de alto riesgo. A diferencia del envenenamiento, no dejaba lugar a la ocultación o a la ambigüedad; además, aunque tuvieran éxito, sería fácil capturar a uno o más de los asesinos (llegado el momento, dos tuvieron que escapar corriendo por las calles «en cuerpo, que había perdido la capa»), y, bajo tortura, era seguro que cualquier asesino revelaría que Pérez era quien los había contratado, a él y a sus socios, con el consentimiento del rey. Durante su «juicio del tribunal de Justicia» de Aragón en 1590, Pérez afirmó que fue tanto

> el cuidado que al rey le daba esta ejecución [de Escobedo], por la alteración y golpe que podía dar a don Juan aquel caso, que estaba concertado entre el rey y Antonio Pérez, muy en secreto, que si fuesen presos los ejecutores de la muerte de Escobedo, que él se la echase a cuestas y tomase la posta y huyese a Aragón, como malhechor.[623]

Aunque esta declaración, escrita muchos años después de los hechos, es el único testimonio directo de que el rey aprobó explícitamente el cambio de planes, otros dos acontecimientos ofrecen pruebas circunstanciales. Primero, poco antes del asesinato, Felipe, aparentemente, firmó las cédulas de alférez y de entretenimiento para tres de los asesinos: seis documentos en total, cada uno de ellos puntualmente copiados en el Libro de Registro. Segundo, en 1589, Pérez escribió varias angustiadas

cartas al rey cuando los hijos de Escobedo lograron localizar tanto a tres de los asesinos de su padre como al boticario Muñoz, que había preparado el veneno utilizado antes sin éxito. Pérez sugirió a Felipe «mandar a su confesor [fray Diego de Chaves] que mire el remedio de lo que puede suceder» porque, dado que estos hombres sabían «todo lo que hay en este negoçio, acertará mejor lo que conviene para que se excusen inconvenientes mayores, en daño del preso y nuestro, y del serviçio de Dios y de Vuestra Magestad». La yuxtaposición en estas cartas del nombre del boticario, uno de los implicados en el plan original de «darle un bocado» a Escobedo (que había contado con la aprobación del rey), y de los de tres de los implicados en su asesinato a espada, apunta a que el rey también había dado su visto bueno al nuevo plan.[624]

Este conjunto de pruebas, tanto directas como indirectas, aporta fuertes indicios de la complicidad de Felipe en todas las etapas del asesinato de Escobedo. Se había dejado convencer por Pérez de que don Juan y su secretario eran unos traidores; de que el asesinato de Escobedo, por cualquier medio, constituía la única forma de frustrar su traición —por inverosímil que esa traición nos pueda parecer hoy— y, por último, de que el asesinato podría cometerse con una estocada en una callejuela de su capital.

Un crimen: cuatro motivos

Pero si Escobedo no tenía planes para derrocar a Felipe (y no tenemos ninguna prueba fiable de ello), ¿por qué estaba Pérez tan desesperado por asesinarle? ¿Qué otro motivo podría tener Pérez que prefería no compartir con el rey, ni entonces ni más adelante?

Aquellos que no simpatizaban con Pérez —y eran muchos— sugirieron que Escobedo había descubierto cierta información comprometedora sobre el secretario real que

condujo a su asesinato a fin de que no se la comunicara a Felipe. En resumen:

- Escobedo podía demostrar que Pérez aceptaba sobornos y dádivas o regalos; o
- Pérez había prometido «mucha merced» a Escobedo, y cuando el rey no lo aprobó, Escobedo culpó a Pérez; o
- Escobedo tenía pruebas de una relación clandestina entre Pérez y la princesa de Éboli; o
- Escobedo sabía que Pérez había engañado al rey sobre los planes de don Juan.

Cada una de estas amenazas teóricas requiere un cuidadoso análisis de los indicios y pruebas.

De la primera acusación, no hay duda de que Pérez era culpable. El secretario desarrolló unos gustos muy caros de los que hacía clara ostentación, tanto en su casa de la ciudad, situada en la plaza del Cordón, como en La Casilla, su villa campestre, cuya fastuosidad la convirtió en una atracción turística. Don Rodrigo de Castro, arzobispo de Sevilla, no albergaba dudas (basado en «lo que de ello ha visto») de que, en el «gasto de su persona y casa», Pérez gastaba «de quinçe a veinte mil ducados cada año; y este declarante se espantaba mucho de dónde podía Antonio Pérez suplirlo, no siendo sus gajes más de los que tiene con su oficio».[625] La lógica de la afirmación de don Rodrigo era evidente: como mínimo, algunos de los fondos con los que financiaba su pródigo estilo de vida procedían de dádivas. De ello existen abundantes ejemplos. Así, un día en 1579, Luigi Dovara, el embajador toscano, «fue a casa del señor Antonio Pérez» y le entregó una carta del Gran Duque. El secretario le dijo que, «por quedar asuntos para negociar, quería que esta mañana él y yo solos tenemos que reunirnos a su casa de campo, donde tendría que

hablar conmigo». Cuando Dovara llegó a La Casilla, muy de mañana,

> he hallado que [Pérez] se vestía, pero me hizo entrar e hizo a todos los otros salir. Le dijo que a Vuestra Alteza no le gustaba a modo alguno de no haber ya una parte a las delicias de su casa del campo, et que por esto le mandaba estos regalos, que yo le doy, habiendo puesto los 2.000 escudos en dos bolsas, embaladas en mis calzones.

Parece improbable que un embajador con dos bolsas, cada una con mil monedas de oro, embaladas en sus calzones, hubiera pasado inadvertido por las calles de Madrid incluso a primera hora de la mañana. Estos sobornos tan a las claras —de los cuales existieron muchas otras pruebas— hacen que parezca improbable que Pérez necesitara matar a Escobedo simplemente para que sus dádivas no llegaran a conocimiento del rey. ¡Muchas otras personas también estaban al tanto de ellas![626]

La segunda razón propuesta para el asesinato de Escobedo era más específica. En una de sus cartas del 8 de abril de 1576, Pérez (con permiso del rey) le prometía a Escobedo «mucha merced» si convencía a don Juan para que fuera a Flandes *(véase capítulo 13)*. Parece que don Juan tenía noticia de este compromiso porque escribió a su hermano sobre el tema muchas veces. Por ejemplo: «Escobedo, sobre tantos años y serviçios, nuevos caminos y tan continuos malos tratos, en verdad señor que con más que ábito deue Vuestra Magestad pagárselo, y hazerme a mí esta merced, que le vuelvo a suplicar». En abril de 1577 Pérez planteó la materia diligentemente a Felipe en dos billetes distintos, pero el rey respondió: «Es muy conforme a my humor, que huelgo mucho más de hazer por los que no me importunan que no por los que lo hazen», y decidió no conceder ninguna recompensa al secretario de su hermano «por agora». Pérez dejó correr el asunto hasta que Escobedo regresó a la corte en julio de 1577, pero luego avisó a Felipe: «Terrible está Escobedo en lo del

ábito como verá Vuestra Magestad, y como amenaza. Cierto creo que converná venírsele a dar porque no mate a Vuestra Magestad». Cuatro meses después, don Juan movilizó al cardenal Quiroga, quien entregó con su aprobación otra carta suya en la que suplicaba a Felipe que le concediera un hábito a Escobedo. Pero todos estos esfuerzos resultaron infructuosos: «En esto myraré a su tiempo lo que converná», declaró el rey secamente. De esta manera, según parece, zanjó el asunto. Sin duda, Escobedo se sentía decepcionado al no recibir la «mucha merced» prometida, pero sabía bien, como lo sabían todos los demás, que solo el rey —y no Pérez— decidía quién había de recibir hábitos y encomiendas. Por eso, habría culpado al rey y no al ministro; y, por tanto, «las causas que me dijo [Pérez] que había para» matar a Escobedo seguramente no podrían incluir «lo del hábito».[627]

¿Y un amorío con la princesa de Éboli? Escobedo mantenía una postura muy clara al respecto. En una ocasión en que visitó la residencia madrileña de doña Ana:

> Le deçía su camarera que no la podía hablar; y que preguntándole Escobedo que ¿"quién estaba con ella"? le decían que estaba con la dicha princesa el secretario Antonio Pérez; y que una vez se había enojado el dicho Escobedo y dicho "¿Qué negoçios tiene mi señora la princesa con Antonio Pérez y que no puedo entrar yo allá?".

Debido a las estrictas normas del decoro que se esperaba de las viudas en Castilla, y especialmente de las viudas de los grandes, la pregunta no carecía en absoluto de sentido. Escobedo le reprochó a la princesa «que algunos miraban [mal] algunas entradas y salidas de Antonio Pérez». Ella le replicó con enojo «que era [Escobedo] un suçio, que los escuderos no se habían de meter en aquellas cosas». Resultaba notable que Escobedo fuese asesinado poco después, mientras volvía a su casa tras una entrevista con la princesa.[628]

Pero si Pérez planeó el asesinato de Escobedo para evitar

que descubriera un amorío con la princesa, cabría esperar que hubiera reducido la frecuencia y la duración de sus visitas al aposento de esta. En cambio, ocurrió lo contrario: sus visitas en solitario llegaron a ser más frecuentes. El marqués de la Favara, primo hermano de Ruy Gómez, declaró que el secretario «la visitaba muy a menudo y algunas veçes estaba muchas horas con ella» y afirmó haber visto «cosas muy peores que le pareçe no conveniente deçirlas; basta que el trato entre los dos no era bueno». Esto sugiere que ni Pérez ni la princesa habrían arreglado la muerte de Escobedo para evitar sospechas de una relación, puesto que había tantas personas a quienes «no le pareçían bien los tratos» entre ellos.[629]

Queda el último posible motivo de Pérez para querer matar a Escobedo: que, rozando la traición, ambos hubiesen conspirado, con la complicidad de don Juan, para engañar al rey. El mismísimo Pérez lo admitió durante su interrogatorio, explicando a sus jueces que «esta manera de cartas y inteligençia pasaba de ordinario entre Escobedo y este declarante, como que Su Magestad no sabía lo que entre ellos pasaba; pero este declarante daba cuenta y mostraba todo lo que le escribían y pasaban con él». Más adelante, repitió que «tenía orden suya [del rey], y de su mano, de escribirse con Escobedo con tanta confianza para asegurarle y descubrir sus andamientos, que pareçiese entenderse los dos sin sabiduría de Su Magestad; y entre sus papeles pudiera hallar billetes de Su Magestad en que le aprueba el término y le diçe de su mano ser aquello lo que conviene y que así se haga».[630]

Algunos de estos «billetes de Su Magestad […] en su mano» se han conservado. Así, en marzo de 1576, Pérez avisó a Escobedo sobre la existencia de dos cartas de don Juan, aunque «me resolví de no mostrarlas a su Magestad»,

> en que aprieta mucho el mal estado de las cosas de allá y carga al marqués de Mondéjar [virrey de Nápoles] en su manera de proceder, que me parecieron tan

rezias y tan rigurosas, assí por el término y forma dellas en el encarescimiento del estado de las cosas, como por hablar en una dellas Su Alteza mal de la persona del marqués, cosa no digna de quien lo escrive, ni a quien se escrive.

Pérez devolvió esas dos cartas sin que, aparentemente, hubiesen llegado a manos del rey. No obstante, Felipe no solo había leído ambas, sino que también había aprobado personalmente el engaño como una forma de convencer a Escobedo y a don Juan para que confiasen con seguridad todos sus secretos a Pérez.[631] Esto solo desmuestra que Pérez en algunas ocasiones le «reveló y mostró todo» lo que había tratado con Escobedo, pero no que lo hiciera siempre. Otros documentos explican una historia muy diferente. Así, algunos meses después de la muerte de Escobedo, Pérez informó jovialmente al embajador español en París, Juan de Vargas Mexía, muy próximo a don Juan, que sus últimas cartas «son de mucha satisfacción a nuestro amo, el cual las ve todas, digo las que conuiene». En otra carta, Pérez daba instrucciones a Vargas: «Importame mucho que V.M. me remita esse despacho al señor Don Juan en esta forma, que diga que le ha recibido con una carta mia de XII de mayo y muy encomendado de mi […]. Y procure V. M. que vaya con alguna occasion aunque sea despachando correo, antes que lleguen los despachos que lleva este correo para su Alteza».[632] Estas cartas originales, conservadas únicamente porque Vargas Mexía murió en París y confió sus papeles a los jesuitas del lugar, demuestran que Pérez no mostró a «nuestro amo» todo el correo que recibía, del mismo modo que no siempre le dijo a don Juan toda la verdad. Según la descriptiva frase atribuida a su amigo Quiroga, «Antonio Pérez quitó de los billetes los pares y daba los nones».[633]

Para acabar de incriminarlo, en su subversiva carta a Escobedo del 16 de abril de 1576, solo una semana después del paquete de cartas escritas para convencer a don Juan de que debía partir inmediatamente de Nápoles hacia Flandes, Pérez

declaró que don Juan solo debería «partirse para Lombardía» y pararse allí para ver si sería «buena la ida a Flandes» o no *(véase capítulo 13)*. Escobedo, entonces, tenía al menos una manera de chantajear a Pérez, y por eso parece posible que, en torno a la Navidad de 1577, después de cinco meses de infructuosa espera en Madrid, o bien Escobedo comentara a Pérez que, a menos que recibiera la aprobación real para la empresa, le mostraría al rey aquella carta (y tal vez otras); o bien Pérez, sabiendo que el rey nunca daría su aprobación, temía que esa amenaza pudiese materializarse en un próximo futuro. Dado que cualquiera de las dos cosas terminaría con su carrera, y quizá con su vida, Pérez tenía muchos incentivos para fabricar cartas comprometedoras de don Juan y de Escobedo para persuadir al rey de que diera su consentimiento al asesinato.

La venganza de Escobedo

Al principio pareció que Pérez saldría impune del asesinato: la «espada ligera, de la marca de Castilla», funcionó perfectamente en la calle de la Almudena; los seis asesinos huyeron a Aragón; las recompensas que recibieron fueron suficientes para garantizar su silencio. Don Juan buscaba la venganza, pero murió el 1 de octubre, reduciendo la presión para investigar quién había asesinado a Escobedo. Sin embargo, el problema se negaba a desaparecer, en buena medida por el extraordinario comportamiento del propio Pérez. Ciertamente, tomó algunas precauciones elementales al enterarse de que don Juan podía estar enfermo de gravedad. Escribió una carta ológrafa al nuevo secretario privado de don Juan acerca de «mis cartas»: «Suplico a vuesamerced que hasta que yo le avise otra cosa las tenga muy a recaudo, sin que las vea nadie, que yo avisaré lo que se hará dellas, aunque por agora lo más seguro me parece que vuesamerced las tenga en su poder muy guardadas, y lo mismo las de Escobedo».[634] En cambio, su comportamiento en España

no mostraba ninguna prudencia e, irónicamente, al final, fue eso —más que las dádivas, la correspondencia secreta o la planificación de un asesinato— lo que causó su destrucción. La suya y la de la princesa de Éboli.

Dado su parentesco y larga asociación con Escobedo, resulta llamativo que Ana de Mendoza no hubiera compartido la indignación general en el momento de su asesinato, ni rogado con insistencia al rey que encontrase a los malhechores. En cambio, se dedicó a embarcarse con Pérez en complejas operaciones (enviándole numerosos y costosos regalos y llevando a cabo inversiones financieras conjuntas tan complicadas que ni una investigación subsiguiente logró desentrañarlas); por recomendación de Pérez, nombró como su contador a uno de los asesinos de Escobedo, en tanto que designó a otro de ellos gobernador de sus propiedades en Italia; en julio de 1578, «estando con ella Antonio Pérez, llamó a sus hijos y les dixo que por algunas causas de consideración se havía callado lo que les diría, y fue que tuviesen a Antonio Pérez por hermano, como a hijo de su padre» Ruy Gómez, concebido antes de su matrimonio.[635] También se entrometió en la política de palacio. En mayo de 1578, dos meses después de la muerte de Escobedo, Mateo Vázquez se quejó al rey: «Es terrible cosa las inuençiones que se usan y los vandos; y por más que yo me encojo, para no darles qué pensar de mi [roto], no me dexan; y ya he apuntado algo a Vuestra Magestad de la ambición y modo de proceder del secretario que comunica mucho al marqués» (solo podía referirse a Pérez y a Los Vélez). Felipe hizo lo posible por aliviar este sentimiento:

> Como vos bayáis camyno derecho conmigo, y tengo por cierto que lo haréis, no ay que daros nada de nada, que no ay tal así para lo de Dios como por lo del mundo como cerrar los oýdos y aun los ojos para no oír; y saber yr camyno derecho como he dicho, que creo que vos vais, y con esto no ay que dárseos nada por nada, y creed que este es el camyno más llano y más descansado y más seguro para todo, y atender bien a Dios y al mýo. Como vos lo habéis, y con esto no ay

que temer de nada.[636]

Como en otros casos, esta locuaz respuesta de Felipe quizá reflejaba unas profundas emociones e incertidumbre. Además, «cerrar los oýdos y aun los ojos» era precisamente lo que él mismo había hecho en el caso de Escobedo. Pero Vázquez no estaba dispuesto a tolerar esto y, en cambio, instó a Pedro de Escobedo, hijo de la víctima, a que pidiera justicia al presidente del Consejo Real.

Pocos días después, la princesa de Éboli contraatacó. Declaró que cualquiera que, «en compañía de Mateo Vázquez, trata de acusar» a Antonio Pérez de la muerte de Escobedo, «no puede dejarle de tener por enemigo».[637] Vázquez repitió sus sospechas en el caso de Escobedo en otro papel enviado al rey en noviembre de 1578, que provocó esta furibunda respuesta:

> En lo que decís en el papel que venía aquí (que he quemado) ya yo os respondí otra vez lo que avía, y lo mismo os digo agora. Y quando él que decís en el papel [Pérez] me hablare en aquello, en lo primero yo le oyré, pero no si pasare de lo que le toca, pues en las otras cosas no tiene de qué hablarme […]. Pero vos me podréis decir de palabra, y sin que él [Pérez] ni nadie lo entienda, para que yo vea si son cosas que pueden tener fundamento o no. Y de todo esto no digáis nada.[638]

Vázquez cambió entonces su estrategia. En lugar de comportarse como un ministro quejoso de un colega, al mes siguiente actuó como un sacerdote y redactó una nota, para «Vuestra Magestad solo», en la que explicaba el fracaso de tantas iniciativas políticas de su amo y lo que podría ocurrir si el rey no ponía remedio:

> Que Vuestra Magestad, procurando reduzir a su memoria cosas passadas, haga muy particular examen si ha havido algunas en que por no buen consejo, o otros motivos, pueda Vuestra Magestad temer que claman en el acatamiento de Nuestro Señor por la vengança y satisfación, para que esta, en quanto fuere possible, no falte.
>
> Que si Vuestra Magestad, con su gran christiandad y prudencia, y la experiencia que tiene, hallare que en la forma de proceder en los negocios y ocupación dellos ay algo qué advertir y qué hazer para tanto mejor se pueda acudir a todo, lo haga Vuestra Magestad.
>
> Que [Dios] alumbrará a Vuestra Magestad para elegir buenos ministros, en que

va tanto, pues sabemos que quando quiere castigar a los príncipes, comiença cegándolos en esta parte.[639]

Esta apelación al sentimiento de culpabilidad del rey demostró ser una estrategia acertada. El año 1578 había sido absolutamente aciago para Felipe, con la muerte de su heredero Fernando, su hermano don Juan y sus sobrinos Sebastián y Wenceslao. Además, la guerra en los Países Bajos era costosa y no traía victorias. Vázquez confiaba en que, tarde o temprano, la filosofía providencialista de Felipe relacionaría esta serie de desgracias con su fracaso a la hora de alcanzar «la vengança y satisfación» en el caso de Escobedo. Pero dos semanas después, un acontecimiento espectacular intensificó la parálisis del gobierno: el 10 de enero de 1579, Felipe desterró al duque de Alba de la corte. Este abandonó su aposento en el Alcázar para no regresar jamás.

La caída de la Casa de Toledo

Algunos observadores ya habían anticipado la caída de la Casa de Toledo. En 1574, Felipe constituyó una junta para que le aconsejara «como les parece que yo me tengo de aver» en razón de los «excessos en lo de la justicia, hazienda y guerra» cometidos en los Países Bajos bajo el gobierno del duque y su hijo, don Fadrique. La junta recomendó un castigo público, pero al final le faltó al rey valor: «Aunque fuera harto descanso mýo hazer esta demostración, no me parece de hazerla», confesó.[640] Sin embargo, poco antes de que Fadrique llegara a Madrid desde Flandes, un mensajero de la corte le entregó una cédula que le ordenó dirigirse directamente a sus tierras manchegas y permanecer allí por tiempo indefinido, prohibiéndole entrar en su capital. Pero el rey no había dictado su sentencia de destierro por lo acontecido en Flandes, sino por lo que sucedió en la corte ocho años antes.

En 1566, don Fadrique, entonces gentilhombre de cámara

del rey, mantenía una relación amorosa con una dama de la reina Isabel, doña Magdalena de Guzmán, a la que prometió matrimonio. De esto no hay duda porque algunas de sus cartas de amor han sobrevivido, dando a su querida «señora Magdalena» su «fe y palabra como caballero de me casar con vos si de ello soys contenta».[641] El duque de Alba tenía otras ideas: convenció al rey para que exiliara a Magdalena a un convento y desterrase a su hijo a la guarnición de Orán hasta que pudiera unirse a Alba en Bruselas. El duque también firmó un contrato que obligaba a su heredero a casarse con su prima, María de Toledo, pero Magdalena y sus familiares apelaron al rey porque Fadrique ya estaba comprometido. El rey aceptó, pero en septiembre de 1578 el duque aseguró a su incrédulo pero obediente hijo que «os ha dado Su Magestad licencia para que os caséis con la dicha señora doña María de Toledo, en razón de la cual lo podéis hazer libremente». Al mes siguiente, en presencia de un nutrido grupo de parientes, don Fadrique contrajo matrimonio con su prima y consumó la unión antes de volver al cautiverio.[642]

Aunque los Toledo trataron de mantener el asunto en secreto, la noticia pronto llegó a Madrid (posiblemente gracias a los espías al servicio de Antonio Pérez) y, según las órdenes del rey, Mateo Vázquez se enfrentó al duque y le preguntó directamente si el matrimonio había tenido lugar. Alba, según informó, «me dixo tantas cosas que decillas aquí sería muy larga scriptura. No acaba de declararse en el casamiento; pero yo sospecho que está hecho».[643] Este desafío por fin dio a Felipe una excusa perfecta para castigar a Alba y su hijo por sus «excessos en lo de la justicia, hazienda y guerra» en los Países Bajos. El 8 de diciembre, ordenó a los guardias que trasladaran a don Fadrique a la fortaleza de la Mota, en Medina del Campo, donde permaneció en total confinamiento. También le desposeyó de su puesto como gentilhombre de cámara y de los

ingresos de su encomienda.

La caída en desgracia de la Casa de Toledo ofreció a Pérez una oportunidad de oro para ajustar las cuentas pendientes. «Estando el duque de Alba en el estado de reo, y el mundo en la expectación de lo que se ha de hazer con este hombre», escribía en una consulta fechada el 2 de enero de 1579, el rey debería ordenar un castigo ejemplar: «Que no eran los príncipes más reyes de quanto mantenían justiçia y castigo». Pérez incluso exageraba el peligro: habiendo «el duque tomado una resolución tan grande y de tanto atrevimiento», preguntó, «¿a qué se podía dexar de temer que no se atreviesse, saliéndose con esto sin castigo?». Incluso estableció un odioso paralelismo con Álvaro de Luna, el favorito real caído en desgracia y decapitado en 1453, afirmando que «en todo lo que le acumularon [Luna] no huvo ninguna cosa que llegasse a este caso»; y, sin dar tregua, prosiguió: «Cuando hombres de la calidad y prendas del duque se atreven y llegan a las cosas que él, no avra ninguna que no prueven, ni nadie que no se atreva a intentar lo que quisiere; y aun las cosas que en tiempo del rey don Enrique [IV] y del rey don Juan [II]», comparaciones que buscaban refrescar la memoria a Felipe II sobre las frecuentes conspiraciones y rebeliones nobiliarias del siglo anterior.[644] Una semana más tarde, Felipe no solo desterró a Alba para el resto de su vida, sino que hizo que sus rentas de las Indias pasaran a doña Magdalena de Guzmán como «su dote y reparo de los daños rescibidos, pues ya no puede ser[le] restituida su pretensión». También desterró de la corte al prior don Antonio de Toledo, su caballerizo mayor y consejero durante treinta años. Al poco tiempo, este murió desconsolado en el oprobio.[645]

La princesa de Éboli se regocijó tanto de la caída de los enemigos declarados de la Casa de Mendoza que, seis meses más tarde, cuando el rey la hizo arrestar, conjeturó «que fue

pecado suyo, porque se había alegrado de la presa del duque de Alba». De hecho, la princesa había propiciado su propia caída, fomentando la enemistad entre los secretarios Pérez y Vázquez. Al menos en público, este se declaraba deseoso de reconciliarse con «mi señora la princesa de Éboli» y «el señor secretario Antonio Pérez», «mostrando estimar como es razón su persona y loándola mucho, que es lo mismo que yo he hecho y pienso hacer en todo tiempo y ocasión, continuando la amistad y lo que siempre he deseado serville».[646] Pero tanto Pérez como la princesa rechazaron la rama de olivo que Vázquez les tendía.

El rey no sabía qué hacer para reconciliar a sus ministros y mantener la eficacia de su gobierno («quanto más lo pienso, más confuso me hallo»), y en marzo de 1579 decidió

> tomar estos días de recogimiento para verlo bien todo y pensarlo. También en este tiempo me confesaré y comulgaré y encomendaré a Dios para que me alumbre y encamine, para que tome en pasando la Pascua la resolución que más convenga a su servicio y al descargo de mi conciencia y bien de los negocios.

Concluía: «Quizá también en estos días Dios obrará en ellos [Pérez y la princesa] para que dejen un camino tan perdido como llevan».[647]

Los deseos de Felipe fueron vanos. En cuanto regresó de sus devociones, los adversarios volvieron al ataque. Quiroga presionó a su señor con el fin de que nombrara a Pérez para el puesto todavía vacante de secretario de Italia, mientras que Vázquez continuaba quejándose al rey de que «Antonio Pérez demuestra en público [mucha] indignación contra mí, que está la corte muy escandalizada de ello». Una vez más, Felipe prometió actuar: «Yo entenderé y se procurará poner remedio y creo se pondrá el que conviene», pero el «remedio» sorprendió a la corte (y, sin duda, también a Vázquez). El rey declaró públicamente «que [Pérez] no ha matado a Escobedo», y «promete hacer castigar aquellos que lo habían calumniado»; mientras que el presidente del Consejo de Castilla amenazaba a

Pedro de Escobedo «que mirase muy bien cómo entrar en esto porque, no habiendo probado lo que pretende, sería castigado *ad penam talionis*». Con esto, notó un embajador, el asunto «se ha mucho refrescado; cosa que ha confirmado a los ánimos de los que buscaban venganza la opinión que Su Majestad estima tanto a los servicios del secretario [Pérez] como es razón, y que él prevalecerá contra sus émulos».[648] Pero el rey disimulaba.

Ante las amenazas y ultimátums de sus dos secretarios, y hallándose privado de la mayoría de sus principales asesores —unos, fallecidos; otros, caídos en desgracia—, el 30 de marzo de 1579 (víspera del primer aniversario del asesinato), Felipe dictó una carta refrendada, irónicamente, por Pérez para que el cardenal Granvela volviera de Roma a su lado. Tal vez temiendo que el cardenal no estuviese de acuerdo y diera largas al asunto, como había hecho don Juan tres años antes, Felipe añadía lastimeramente: «Yo desseo, y he menester mucho, vuestra breve venida». Luego, por si eso no fuera bastante, añadió de su puño y letra: «Quanto más presto esto fuere, tanto más holgaré dello». El embajador genovés captó de inmediato la importancia de esta invitación. Dándose cuenta de que solo dos consejeros de Estado permanecían en Madrid, «de manera que poco se negocia», predecía que Granvela, una vez llegado a España, «será omnipotente».[649]

Mientras llegaba su salvador, Felipe permaneció lejos de Madrid y de sus belicosos ministros. Pasó la Semana Santa de 1579 en San Lorenzo y, según observaron los monjes, «estábase en el oratorio de su aposento muchas horas de noche y de día, en presencia del Santo Sacramento». Estos especulaban que «allí sin duda aprendía, y Dios secretamente le inspiraba en el alma, lo que había de hacer después».[650] Pero Felipe estaba acorralado. En una audiencia en mayo, el rey le espetó al nuncio «que era abandonado por todos, y dejado solo, y que, sin embargo, era necesario que él pensase en todas las cosas». Al

mes siguiente, Vázquez se quejaba: «Me siento con tan gran dolor de cabeza que no estoy para hazer relación a Vuestra Magestad de papeles». Aunque afirmaba estar haciendo todo lo posible «para attender a cosas que es bien prevenir antes que falte del todo», se preguntaba patéticamente si el rey había pensado en alguien para hacer su trabajo después de que él muriera a causa de tal esfuerzo y tensión.[651] Cuando esta estratagema también falló, Vázquez se dejó de precauciones y pidió al rey que arrestara inmediatamente a los responsables de la muerte de Escobedo. «Presupuesto», comenzaba diciendo, «la princesa ni Antonio Pérez no parece que tienen culpa en la muerte de Escobedo», sin embargo Dios esperaba que Felipe arrestara a los «verdaderos asesinos». El rey replicó de nuevo pidiendo más tiempo para «myrar mejor qué camyno se a de tomar en allanar lo de [E]scobedo, de qué os avisaré», y repetía suavemente: «Creed que con paciencia no ay cosa que no se vence».[652]

El 9 de julio, Felipe hizo un último esfuerzo por reconciliar a sus secretarios, pero solo Vázquez accedió a «entrar en la plática de componer este negocio», y, aun así, solo a cambio de ciertas concesiones: el rey debía castigar a Pérez por difundir calumnias sin fundamento; también debía silenciar a todos los que habían «asistido y fomentado esta enemistad», y «particularmente la princesa»; y ni ella ni Pérez debían ser avisados del castigo con antelación.[653] Probablemente Vázquez había visto un nuevo billete que la princesa envió a Felipe, quejándose de las insinuaciones de Vázquez y otros:

> Como a decir que Antonio Pérez mató a Escobedo por mi respeto y que él tiene tales obligaciones en mi casa, que cuando yo se le pidiera, estuviera obligado a hacerlo. Y habiendo llegado esta gente a tal, y extendiéndose tanto su atrevimiento y desvergüenza, está Vuestra Majestad como rey y caballero, obligado a [hacer] demostración […] [contra] ese perro moro que Vuestra Majestad tiene en su servicio.[654]

Felipe no podía interponerse en la contienda entre sus

ministros hasta tener noticia de que Granvela se encontraba ya cerca, pero el 25 de julio regresó al Alcázar e hizo dos demandas a Pérez: que aceptara el puesto de embajador ante la República de Venecia, y «que los dichos Antonio Pérez y Matheo Vázquez se tratassen y fuessen amigos assý por lo que convenía a mi serviçio como a todos ellos». Pérez rechazó ambas peticiones y la princesa, de forma imprudente, dio un paso más: «Escribió un billete a su Majestad diciéndole que si no echaba a Mateo Vázquez de su servicio, ella le haría matar a los pies del rey».[655]

Evidentemente, Vázquez se enteró de esta amenaza, porque al día siguiente escribió un cruel billete para el rey, en el que comenzaba diciendo:

> No sé cómo aquella muger [la princesa] no se acuerda de la yra y justicia de Dios, y que está Vuestra Magestad para exequetalla; que no se contentando de lo passado por que podrá temer lo que sucedió a Jezebel, reyna de Israel que perseguía los prophetas y murió despedaçada y comida de perros.

Aunque este lenguaje era impropio de un sacerdote, Vázquez no había hecho más que empezar: «Antonio Pérez diz que anda haziendo falsíssimas relaciones: el demonio le deve de traer como sus hechos merescan, con que no meresce entrar en el camino de la verdad. Y pues Vuestra Magestad sabe esta, supplico a Vuestra Magestad me defienda y ampare».[656]

En esta ocasión, «habiendo confesado y comulgado» en la capilla del Alcázar de Madrid, el rey se preparó para actuar. Le contestó a Vázquez:

> En verdad, que por solos estos negocios me detengo ya aquí en qué entiendo; pero esto sea para vos solo. Y espero que se haga bien todo. Y cierto deve de aver personas estrañas […]. De [e]sa muger [la princesa] no es de espantar del que dice, sino de lo que no dice […]. Y de lo demás, yo tengo el cuydado que es razón, y como he dicho, entiendo en ello; y me detengo [en Madrid] por esto y si no, ya fuera ida o me fuera a la mañana.

Aquella noche, según un cronista, cayó en Madrid «entre las ocho y las nueve de la noche, una muy gran tempestad de piedra, la mayor que yo me acuerde haber visto jamás porque

eran las piedras comúnmente mayores que huevos de paloma». Pero el rey no hizo caso de la tormenta mientras se dedicó inmutable a leer y devolver los documentos recibidos de sus secretarios hasta altas horas de la noche. «Mucho más creo que avía que embiaros, pero no puedo agora más, que es hora de comer y dadas las doce», informó a Vázquez, antes de añadir con un sonoro suspiro de alivio: «Vendrá presto Granvela, con que creo se atajarán todas estas cosas».[657] Era la madrugada del 27 de julio de 1579. Granvela llegó a las afueras de Madrid al día siguiente.

Madrid, plaza del Cordón, noche del 28 de julio de 1579

Felipe se dispuso entonces a tender la compleja trampa que había preparado. Primero, escribió un billete para neutralizar al mayor aliado de Pérez, Antonio Mauriño de Pazos, presidente del Consejo Real y, como tal, responsable de los asuntos judiciales, pero ese día estaba enfermo, guardando cama. El billete empezaba disimuladamente: «Por vuestra indisposición y mis ocupaciones no os he escrito estos días sobre [e]stas cosas de los dos secretarios». A continuación explicaba las «muchas diligencias que se han hecho […] para entender si avía la culpa que ponían en Mateo Vázquez» por parte de Pérez y la princesa; pero, continuaba Felipe, «no se ha hallado fundamento», de modo que «me he resuelto en asegurar este negocio; y para esto no había otro remedio sino asegurar las personas, y assí he ordenado que se haga esta noche». El rey concluyó que «es justo que luego tengáis noticia de lo que pasa y por eso lo escribo agora, aunque es bien tarde», pero «yo he ordenado que os le den [este billete] en despertando» y ¡prohibió que el mensajero de Pazos saliera del Alcázar hasta la mañana siguiente![658]

No obstante, la trampa de Felipe necesitaba cómplices, y en

cierto momento de la noche del 28 de julio ordenó a dos ministros de confianza que estuvieran listos para una misión secreta: Álvaro García de Toledo, un alcalde de casa y corte, debía tener dispuestos a veinte alguaciles y un caballo de repuesto, mientras don Rodrigo Manuel, capitán de la Guarda Española, debía reunir a sus hombres y conseguir un carruaje. A continuación Felipe terminó de trabajar en sus papeles y, como de costumbre, sus ayudas de cámara se los distribuyeron a sus secretarios. En el billete adjunto a las consultas enviadas por Pérez, escribió: «Los papeles de Italia os vuelvo, y en ellos lo que se ha de hacer; y con los de Portugal me quedo, porque no los he visto. Vuestro particular quedará despachado antes que me parta, a lo menos lo que es de mi parte». Si Pérez se estuvo preguntando por el significado de esta última y críptica frase, no fue durante mucho tiempo, porque sobre la medianoche, mientras los alguaciles cercaban la Casa del Cordón, García de Toledo llamó a la puerta. Pérez se había retirado a dormir, y cuando entendió «que era preso, tambaleó y no había fuerzas de vestirse. El alcalde casi le hizo vestirse de sus criados». Entonces, montado en el caballo de repuesto, sin su espada pero «con muchos alguaciles», García de Toledo le llevó escoltado.[659]

A continuación, se desencadenó un segundo drama. Felipe convocó al almirante de Castilla y, después de que había cenado, «que podía estar cerca a la media noche, le llamó para darle órdenes» de acompañar a don Rodrigo Manuel y sus guardias a arrestar a la princesa de Éboli. El rey había elegido a un destacado miembro de la Casa de Mendoza (la hermana del almirante estaba casada con el duque del Infantado), sin duda para asegurarse de que doña Ana hiciera lo que se le ordenaba. Acompañada solo de tres damas, la princesa entró en el carruaje real que le esperaba y, con una escolta, fue llevada hasta la fortaleza de Pinto.[660] Por segunda vez en seis meses, el rey había arrestado y exiliado a un grande de Castilla.

Una vez cumplido el objetivo que le había traído a Madrid, Felipe regresó a El Escorial y llevó consigo a Mateo Vázquez. Allí les aguardaba Granvela. Entre tanto, el resto de los ministros, el cuerpo diplomático y la población de su capital reflexionaban sobre la trascendencia de los grandes hechos acontecidos. En palabras de un embajador, «este caso ha dado no poco de maravillar, viendo en cuán poco tiempo aquellos que comandaban al mundo ahora se hallan en su miserable fortuna».[661] De esta manera, dieciséis meses después de su asesinato, Escobedo había conseguido un cierto grado de venganza. Felipe, por su parte, había logrado acabar con la parálisis de su gobierno y ocultar su consentimiento en el asesinato del desafortunado secretario de su hermano. Por el momento.

15. Años de triunfo, 1578-1585

Felipe II y la batalla de Alcazarquivir

El 13 de agosto de 1578, Felipe II se quejó malhumorado a Antonio Pérez: «He dormydo de manera esta noche que agora que es antes de comer me estoy cayendo de sueño; y así creo que se vee en las razones y en la letra deste papel, que cierto algunas palabras he escrito durmiendo». ¿Qué había mantenido despierto al rey? Se encontraba en El Escorial para las fiestas patronales de San Lorenzo cuando Pérez, en Madrid, recibió la dramática noticia de que fuerzas marroquíes habían derrotado y dado muerte al rey Sebastián de Portugal en la batalla de Alcazarquivir. Al enterarse de la noticia, a última hora del día 12 de agosto, Felipe «retirose luego a su oratorio» y, a continuación, se acostó. Pero, como le decía a Pérez, no pudo dormir.[662]

El desastre no fue del todo una sorpresa. Felipe había celebrado la Navidad de 1576 con su sobrino en el monasterio de Guadalupe, donde conversaron sobre el plan de Sebastián para conquistar Marruecos. Felipe había prometido proporcionarle cincuenta galeras y hasta cinco mil soldados para esa expedición. Aunque ninguno de los monarcas consiguió movilizar sus recursos en 1577, al parecer Felipe no informó a su sobrino de que, entre tanto, había mandado a su agente secreto Giovanni Margliani —conocido por su nombre españolizado, Juan Marliano— con plenos poderes para firmar un alto el fuego con el Turco *(véase capítulo 13)*. En febrero de 1578, Marliano acordó una «suspensión de armas» para el resto del año que incluía tanto a los imperios español y otomano como a sus aliados —entre ellos, los soberanos de Marruecos—, e informó al rey de que si enviaba unos regalos adecuados junto con una embajada formal, el sultán estaría dispuesto a firmar

una tregua de hasta veinte años.

Cuando estas espectaculares noticias llegaron a Madrid, el rey afirmó ver la mano de Dios en el éxito de Marliano. Dado «lo que convendría atender a lo de Flandes», escribió:

> Importa mucho concluir esta tregua y tanto que, sin ella, no sé cómo se podría ir adelante […]. Y así me resuelbo en que se lleve el negocio adelante y se procure de concluyr con la más ventaja que se pueda, y breuedad, para que nos podamos asegurar desde luego della, y de que no vendrá armada el año que viene [1579].

El rey expresó su preferencia por una tregua que durara veinte años —el máximo periodo mencionado por Marliano— y que vinculase no solo a los dos monarcas, sino también a sus sucesores y a sus aliados.[663]

Felipe también escribió una carta ológrafa a su sobrino en la que, pese a alabar su glorioso plan de «propagar la religión cristiana en países de infieles», le recordaba «que esta era una empresa sumamente difícil», y por eso «le rogaba a pensarle muy bien antes que se moviere». Sobre todo, dado que Sebastián carecía de heredero, Felipe le instaba a no participar en persona. También ordenó a don Juan de Silva, su embajador en Lisboa, que informara a Sebastián de la suspensión de armas con el sultán y le indicase que un ataque pondría en riesgo la tregua. Felipe esperaba que Silva pudiera sacar a su sobrino «del engaño en la que está y del peligro en que quiere poner su persona, y estado, y reputación». Era demasiado tarde: Sebastián partió de Lisboa con una flota en la que iba la mayoría de los nobles de Portugal y unos 17.000 soldados. Silva, que acompañaba la expedición, se quejaba a su señor de «que somos pocos, bisoños, desobedientes, mal gobernados, sin cabeza superior sino el rey [Sebastián] […], que no tiene ministro que le contradiga ni tenga autoridad para ello». Añadió: «Pésame de no poder escrebir a Vuestra Magestad alguna esperanza que no se funda en milagro». No hubo milagro. El 4 de agosto de 1578, en Alcazarquivir, según las

amargas palabras de Silva, «conforme a la razón, sucedió el miserable caso de la rota y pérdida del rey».[664]

Desde luego, a Felipe le preocupaba un contraataque musulmán. El 13 de agosto, pese a su noche de insomnio, envió al secretario de Guerra, Juan Delgado, una lista de «algunas provisiones», señalando orgulloso que «buena parte dellas añadí yo, y son así para asegurar» tanto la costa andaluza «como las plaças de África de Portugal».[665] Pero ¿qué significaba la «rota y pérdida del rey» Sebastián para los Países Bajos? Antonio Pérez trataba de cotejar «lo de acá con lo de allá», concluyendo que «aunque aya mucho dinero», España ahora no podía «acabarse de conquistar» los Países Bajos. Dada la situación inestable en el Mediterráneo, recomendó un nuevo convenio con los rebeldes flamencos. Felipe estuvo de acuerdo: «No ay duda sino que lo mejor sería de acomodarnos, quedando salvo lo de la religión, pero aun en esto tiene cien mil dificultades, porque estando [los rebeldes] tan superiores, no han de querer venir en cosa por que se pueda pasar». Enfrentado a tantas incertidumbres, Felipe partió abruptamente de El Escorial, «sin ver la casa ni la obra, saliendo por una puerta falsa de los jardines, casi solo» para consultar con sus ministros en Madrid.[666]

La muerte de su sobrino también creaba graves problemas dinásticos. El sucesor evidente de Sebastián era su tío abuelo, el cardenal Enrique, de sesenta y siete años de edad; y, dado que ni Enrique ni sus hermanos (todos muertos) tenían hijos legítimos, Felipe era su pariente varón legítimo más cercano. En su primer billete tras conocer los sucesos de Alcazarquivir, Pérez se alegraba de esta propicia circunstancia: «No puede dexarse de sentir, pero quando bien sea verdad, buenas cosas trae consigo», le escribió a su amo, evaluando a continuación sin ningún reparo los derechos de cada pretendiente al trono. Sin embargo, Felipe impuso precaución porque «parece más

dificultoso el negocio».[667] Sebastián había dejado un Consejo de Regencia para que gobernara Portugal en su ausencia y, el 23 de agosto de 1578, sus miembros acordaron que el cardenal Enrique debía servir como «gobernador y defensor» del reino hasta que se tuviera seguridad sobre el destino de Sebastián. Cinco días después proclamaron rey a Enrique, aunque sin mucho entusiasmo, dado que en Portugal «ahora no se tratan sino de llorar sus hijos y parientes y el rescate que les ha de costar, que será otra segunda perdición deste reino». El gobernador de Fez exigió por su parte tres millones de ducados por el rescate de sus seis mil cautivos, en tanto que otros vencedores marroquíes, con más de ocho mil prisioneros en su poder, esperaban obtener una compensación igualmente generosa.[668]

La proclamación de Enrique dio tiempo a Felipe a reivindicar sus derechos como «heredero presuntivo» tanto en Portugal como en el extranjero; y, al mismo tiempo, a prepararse para la lucha en caso de fracasar. Inició la movilización casi por casualidad. El 25 de agosto, Felipe encargó al duque de Alba y al marqués de Santa Cruz, sus principales comandantes militares y navales, que diseñaran un plan para capturar Alarache (Larache) a fin de desbaratar cualquier contraataque musulmán. Los dos expertos respondieron con un plan ambicioso que implicaba la movilización de casi todos los recursos de la monarquía en el Mediterráneo, a lo que Felipe respondió:

> Para esto se me ofrecen dos dificultades grandes, y aún son tres. La una que cómo se podrá desamparar tanto lo de Nápoles y Sicilia no estando ciertos de que no vendrá la Armada del Turco […]. La segunda dificultad, que como se hará con Portugal [si se tomara Alarache], siendo aquello su conquista. La tercera que costará mucho aquello […] aviéndose de acudir a lo de acá y a lo de Flandes como no se puede dexar de hazer.

No obstante, pocos días después, el rey se dio cuenta de que las fuerzas movilizadas contra un enemigo podían, en caso de

necesidad, utilizarse contra otro:

> Me parece que es bien que se hagan todas estas prevenciones, buscando forma para ello, porque es bien tenerlos prevenidas para todo lo que se puede ofrescer así de la armada del Turco, que aquí decís, como también por si en Francia rompiesen no nos hallen desapercibidos, y si no para esto de Alarache, de que no ay duda sino que conviene mucho y es de mucha importancia.

Felipe ordenó a Juan Delgado que convocara una junta de expertos para planificar una fuerza anfibia capaz de conseguir varios objetivos, incluida la invasión de Portugal, pero «con mucho secreto» para que nadie entendiera «el mysterio del negocio».[669]

En aquel momento, el propio Felipe no entendía todas las partes del «mysterio». Por un lado, todavía no sabía si en Estambul Marliano había conseguido prolongar la tregua con el sultán, protegiendo así sus posesiones mediterráneas de un ataque otomano. Por otro lado, en palabras de don Cristóbal de Moura (el embajador de Felipe en Lisboa), Enrique estaba «viejo y quebrantado» y por tanto «puédese morir el rey muy brevemente», obligando a Felipe a hacer valer su derecho al trono de Portugal a muy corto plazo. Dado que los numerosos preparativos militares y navales necesarios para la invasión no podían ocultarse, la afirmación de que pretendía o bien atacar Alarache o defender el Mediterráneo occidental permitió a Felipe asegurar (cuando el papa Gregorio XIII cuestionó sus intenciones) «que no ha de mover armas contra Portugal». Y en caso de que la salud de Enrique mejorara, Felipe podía de hecho atacar Alarache.[670]

Una década después, Felipe también cambió sus planes varias veces mientras preparaba la Empresa de Inglaterra, y en ambas ocasiones lo hizo con la creencia (como aseguró a Delgado en 1579) de que «Dios lo puede hazer todo, y así lo pongo en sus manos». En ambos casos, fuera o no la intención de Felipe dar la impresión de tener un pensamiento

imprevisible, la consiguiente confusión produjo una ventaja importante: hasta casi el momento de lanzar la invasión, nadie pudo estar seguro de cómo iba a desplegar las fuerzas navales y terrestres que había reunido. Como comentó un embajador italiano ya en enero de 1580: «Se dice todavía que Su Majestad pasará hacía Portugal, pero no veo preparaciones que me permiten creerlo […]. En fin, esta es una máscara compuesta de diversas cosas que no se puede conjeturar con confianza alguna en que forma habría de lograr».[671] ¡Cómo habría disfrutado el rey leyendo esas palabras!

Muchos ministros de Felipe sentían un gran entusiasmo por la unión de las coronas de Castilla y Portugal. El *Diálogo llamado Philippino*, un tratado para desacreditar a otros aspirantes al trono portugués, explicaba que Felipe tenía la misión de unir la península ibérica porque ello promovería la unión del pueblo de Dios como preludio a la recuperación de Jerusalén por parte de la cristiandad. En Lisboa, Moura veía Alcazarquivir como un regalo divino para su amo: «Confío en la misericordia de Dios que alumbrara a Vuestra Magestad de manera que sepa escoger el camino que más conviene a su servicio y bien destas coronas, porque tan extraño acaescimiento como por esta tierra ha venido, no lo permita la Divina Providencia sin gran causa».[672] Quizás estos análisis mesiánicos atrajeran a Felipe, pero no consiguieron impresionar a la élite portuguesa cuando se reunió para comparar las candidaturas de los cinco descendientes vivos del rey Manuel de Portugal. Felipe, hijo de la emperatriz Isabel, la mayor de las hijas, tenía claramente más derecho que el duque de Saboya, hijo de la hermana menor de Isabel. Sin embargo, ¿cómo resultaba la comparación con Catalina, hija del menor de los hijos de Manuel, casada con uno de los principales nobles de Portugal, el duque de Braganza, descendiente a su vez de la hermana del rey Manuel? Catalina sostenía que la hija de un

hijo menor (es decir, ella) tenía preferencia sobre el hijo de una hija mayor (Felipe). ¿Y cómo se debería evaluar a don Antonio, prior de Crato, hijo de otro hijo menor del rey Manuel, una figura carismática y uno de los más ricos vasallos del reino? Los derechos de don Antonio adolecían de dos defectos: había sido hecho prisionero en Alcazarquivir y era ilegítimo. La primera desventaja se resolvió pronto: don Antonio huyó de Marruecos y, tras viajar de incógnito por el sur de España, volvió a entrar en Portugal, donde recibió una calurosa acogida popular. La segunda desventaja representaba un obstáculo mucho mayor, sobre todo después de que Enrique, como legado apostólico, emitiera una declaración formal de ilegitimidad contra su sobrino y le desterrase de su corte.

Los derechos de Felipe también tenían problemas. El más serio, como escribía Moura, era el «envejecido odio» de Portugal con Castilla, que, «por muchos que se ablanden, siempre ha de haber quien se tenga». Así pues, advirtió a Felipe, «lo que Vuestra Majestad debe tener a punto para lo que sucediere es el ejército que tengo dicho y sesenta galeras, y el día que este rey cerrare los ojos, por mar y por tierra se ha de caminar por esta ciudad [de Lisboa]. Crea Vuestra Majestad que estas prevenciones han de ser las mejores unturas que podemos aplicar a esta dureza». Felipe hizo caso. Además de ir sumando opiniones favorables a su candidatura por parte de teólogos cuidadosamente seleccionados, como explicó a Moura,

> cuanto a lo que me escribís a propósito de lo que conviene estar prevenido, ya se os ha escripto cómo se va tratando con secreto y disimulación de las prevenciones necesarias para en cualquier caso. Y creed de cierto que, aunque yo deseo que no sea menester nada desto, sino que todo se hiciese por bien, por mi parte no hay descuido en ninguna cosa.

Y concluía: «Tanto más convendría apretar por una parte las negociaciones y por otra no quitar el miedo de las armas». [673]

Felipe llegó a utilizar esta mezcla de negociaciones y miedo

para persuadir al rey Enrique de que le reconociera como heredero antes de morir. Tras justificar su derecho con todo detalle, le recordaba amenazadoramente a su tío «que lo que entre particulares es pleito, entre príncipes suele ser guerra, derramamiento de sangre, miseria y ruinas de reinos».[674] Pero Enrique se negó. En su lugar creó una junta de cinco gobernadores para que regentaran Portugal en caso de que él muriese antes de que los jueces de su reino hubieran llegado a una decisión sobre la sucesión. Por su parte, Felipe mantuvo a su secretario de Guerra constantemente a su lado: «Porque me podría ser que huviese más brevedad en la muerte del rey, con que creo que se ha de rebolver lo de aquel reyno, me parece que importa mucho la brevedad de todo y tenerlo tan a punto que no aya qué hazer, en queriéndose, sino començar el negocio».[675] Era una previsión profética, porque, al día siguiente, el último rey de la Casa de Avis murió, y los cinco gobernadores a los que este había nombrado comenzaron a dirigir Portugal y su imperio hasta que surgiera un claro sucesor.

La conquista de Portugal

Felipe recibió la noticia de la muerte el 4 de febrero de 1580 y, según el embajador veneciano, se retiró varios días, «de modo que no trata con nadie salvo por vía de billetes», mientras decidía qué hacer a continuación. «Si no es asentándose lo de Portugal, no se puede atender a otra cosa», advertía Felipe a su embajador en Roma, y diez días después, se quitó la máscara y firmó órdenes de concentrar tropas en Extremadura y galeras en Cádiz.[676] Pero ¿quién comandaría la expedición? El rey nombró a Santa Cruz para liderar la flota, y, en un principio, pensaba asumir el mando de su ejército personalmente, como había hecho en los Países Bajos dos décadas antes. Según Moura, «tengo por cierto que su real persona y presencia conquistará más que dos ejércitos juntos», y el embajador

veneciano estaba de acuerdo: «Sin su presencia no se puede hacer cosa buena en la empresa que pretende», mientras que «su persona en el campo […] bastará para que la siguiera toda la nobleza de estos reinos». No obstante, continuaba el embajador perspicazmente,

> otros dicen el contrario, poniendo en consideración que el rey está ahora de edad madura, haviendo respeto a su complexión, y a la breve vida que solían haber todos los príncipes y especialmente estos de la casa de Austria, se teme que cualquiera mutación le pueda hacer daño […], el cual no sería sin peligro de su vida, con la cual no solo se perdería Portugal, pero también se pondría en duda todo el Reino.

Una semana más tarde, el presidente del Consejo Real suplicaba a Felipe que no condujera el ejército en persona ni arriesgase «la seguridad de la real persona de Vuestra Magestad y lo que de su vida y salud depende, que es el ser de todos sus reinos y estados, y el universal de la religión católica». En su lugar, «paresce al Consejo que ninguna persona de la que hoy conoscemos es más conveniente y a propósito que la del duque d[e] Alba». El presidente reconocía el «justo desdeño que Vuestra Magestad tiene del duque», pero le pedía que se sobrepusiera a él.[677]

El rey no recibió con agrado esta recomendación, pero otros ministros la repitieron. Al día siguiente, recibió un billete de Delgado que empezaba diciendo: «Yo con pedir perdón a Vuestra Magestad de lo que me atrevo a decir aquí», y continuaba: «Me parece que lo que aquí hace más al caso es la reputación». Por tanto, urgía a Felipe para que nombrase a Alba y que este se hiciera cargo del ejército porque él «será el mayor espanto a Portugal». Y, concluía con astucia, «si Vuestra Magestad no fuere servido de escribille, pareciéndole que yo vaya por la posta y le dé cuenta de la voluntad de Vuestra Magestad y razón de estado en que todo está, y que parte en coche o litera sin venir aquí, lo haré».[678] ¡Qué bien conocía Delgado a su amo! Tras haber «pensado harto sobre lo que allí

dice, y de una parte y otra hay bien que mirar en ello», Felipe venció en cierta manera su «desdeño» y aceptó la oferta de Delgado: fue por tanto el secretario, no el rey, quien el 22 de febrero ordenó a Alba que abandonara su lugar de exilio y partiese hacia Extremadura para organizar un ejército. El rey rehusó incluso ver al duque o permitirle ir a Madrid; en su lugar, Delgado se reunió con Alba por el camino, le informó sobre su tarea y le mostró los mapas que el gobierno tenía de Portugal. Como Alba comentó irónicamente, «el rey [me] enviava a conquistar reinos, arrastrando las cadenas y los cepos».[679]

Granvela —entonces el ministro en quien más confiaba Felipe— insistió en que su amo no debía repetir el error que cometió durante la situación de emergencia en los Países Bajos en la década de 1560 y quedarse en su capital *(véase capítulo 8)*, sino que debía dirigirse primero a Extremadura y luego, cuando pudiese, a Lisboa. Felipe redactó cumplidamente un nuevo testamento, y en marzo de 1580 salió de Madrid hacia Badajoz, a solo cinco kilómetros de la frontera portuguesa, seguido por su esposa, sus tres hijos mayores y un puñado de consejeros (deliberadamente, dejó a la mayoría de sus cortesanos y ministros para evitar dar la impresión de que los castellanos gobernarían Portugal). En mayo, Felipe se trasladó a Mérida, donde finalmente venció su «desdeño» y se reunió con Alba. Los dos hombres pasaron tres días encerrados, ultimando la estrategia, y después el duque se reunió con la familia real para pasar revista a un impresionante ejército. Por el momento, Felipe actuaba como comandante en jefe, comunicando cada noche la contraseña y organizando la disposición de sus tropas, mientras que Alba actuaba como mero lugarteniente suyo. Absolutamente intimidada, la Junta de Gobierno portuguesa reconoció a Felipe como su soberano, tanto por derecho como por la Divina Providencia; sin embargo, el 19 de junio los

partidarios de don Antonio le proclamaron rey, y el nuevo «soberano» entró en Lisboa, tomó posesión del palacio real y llamó a todos los portugueses a la obediencia.

Esto tuvo dos consecuencias inmediatas: los duques de Braganza reconocieron a Felipe como su rey legítimo; y Alba cruzó la frontera y libró «la mayor jornada militar emprendida durante toda la época de los Austrias».[680] Su triunfo se debió no solo a los meses de cuidadosa planificación, sino también a la cercanía del rey y a la ausencia (gracias al eclipse de Pérez y sus aliados) de rivales en la corte. El duque enviaba al rey informes de sus avances, en ocasiones hasta dos y tres veces al día, comunicándole cualquier cosa que echaba en falta, y el rey se aseguraba de que lo recibiese (de hecho, sus proveedores acabaron la campaña con un excedente considerable). El duque arribó a Setúbal, en la costa atlántica, en poco más de dos semanas, donde se juntaron Santa Cruz y su Armada, que acababan de salir de Cádiz. Enseguida, los dos comandantes acometieron una operación de asombrosa audacia: las galeras de Santa Cruz zarparon con Alba, 15.500 soldados, 170 caballos y 13 cañones hasta que desembarcaron, tres días después, en la orilla norte del Tajo, cerca de Cascais. Cuando esta ciudad se negó a rendirse, las tropas de Alba la tomaron por asalto y la saquearon.

Este acto de brutalidad enfadó a Felipe. En una carta ológrafa, mandó al duque «que lo ordenéis que no haya saco en Lisboa, ni le pueda haber», porque «nunca jamás en la vida de los hombres se acabará la grita de ello».[681] Esto era exactamente lo que don Antonio esperaba, y por eso trató de forzar a Alba a tomar al asalto la capital. Pero Alba optó por un movimiento indirecto y flanqueó a sus adversarios antes de atacarles, mientras Santa Cruz tomaba posesión de toda la marina portuguesa anclada en el Tajo. Aunque las tropas de Alba saquearon los alrededores de la capital lusa durante tres días, el

duque aceptó un rescate de 600.000 escudos de parte de la ciudad para evitar el expolio.

Alba informó entonces orgulloso a su señor de que «aquí, señor, ya no hay que pensar en guerra».

> Hoy se está en este reino tan sin poder imaginar que sea menester dispararse un arcabuz en todo él para tener Vuestra Magestad posesión dél y obediencia entera, y que esto se haya hecho en dos días menos de dos meses: que a 27 de junio salió ejército de Vuestra Magestad de Cantillana, y a 25 de agosto a mediodía era todo de Vuestra Magestad.[682]

Como era habitual, el duque exageraba. Don Antonio escapó y organizó la resistencia contra Felipe, primero desde Coímbra y después desde Oporto; y aunque los vencedores saquearon esta ciudad en octubre, don Antonio consiguió escapar de nuevo. Alba lo consideró algo insignificante, pero otros, entre ellos el rey, establecieron un paralelismo con lo que ocurrió en los Países Bajos en 1567: «No sé si se dijo lo mismo del de Orange», reflexionó Felipe, «y así no hay que fiar hasta tenerlo [a don Antonio] muerto o preso».[683] También se iba mirando cómo tomar el control sobre las ocho islas Azores que habían reconocido a don Antonio como su soberano.

En mitad de ese verano victorioso, aconteció una notable desgracia: la reina Ana y muchos ministros que acompañaban al rey en Extremadura murieron durante una epidemia de catarro, e incluso Felipe enfermó gravemente. Aunque en diciembre de 1580 montó en su caballo para entrar en su nuevo reino vestido «de herreruelo» (es decir, con la armadura completa), «manifestavan en el color de su rostro lo que la soledad y enfermedad le causavan», y tuvo que continuar el resto de la jornada en su carruaje.[684] Por fin, el 16 de abril de 1581, Felipe se presentó ante las Cortes portuguesas en Tomar, donde fue aclamado como rey y recibió el juramento de lealtad de sus nuevos súbditos.

Felipe I de Portugal

Fue sin duda el momento triunfal de su vida. Según Mateo Vázquez, testigo presencial del evento, Felipe apareció para su coronación «vestido de brocado, con su cetro en la mano, que parescía muy bien […]. Don Diego de Córdoba dezía que al rey David», pero a Felipe no le gustó la ceremonia [véase lámina 37]. «Ya habréis sabido cómo me quieren hacer vestir de brocado muy contra mi voluntad», escribió a sus hijas («contra mi voluntad», porque seguía llevando luto por su esposa), pero desde luego el nuevo rey se esforzaba por ganarse el afecto de los portugueses.[685] Ya había suprimido los «puertos secos» en Castilla, donde se cobraban impuestos sobre los bienes que cruzaran la frontera, y ahora convenció a las Cortes de Tomar de que los suprimieran en el lado portugués. También manifestó su respeto para la independencia de Portugal en asuntos de protocolo. En la frontera, hizo que todos los funcionarios castellanos que viajaban con él dejaran sus insignias de mando y, en 1581, tras aprobar una cédula que solicitaba ayuda para un embajador que iba a viajar de Lisboa a Barcelona, el rey tachó su firma y explicó: «No está bien esta cédula que dice "de aquí a Madrid y de allí a Barcelona", y no a de decir sino "desde la raya entre estos reynos de Portugal y los de Castilla hasta Madrid, y desde allí hasta la raya entre aquellos reynos de Castilla y los de Aragón". Y assí se haga». El rey también se aseguró de que sus ministros manejaran los asuntos referentes a Portugal en portugués e hizo todo lo que pudo por dominar él mismo esta lengua, aunque según un cortesano castellano (que se sentía «como si estuviéssemos en Turquía»), los nuevos súbditos del rey «le han hecho aprender la lengua más por fuerça que por grado, con sus grandes importunidades».[686]

Aunque el nuevo rey de Portugal se esforzó por mantener el *statu quo* en los asuntos internos, no perdió tiempo para aprovechar la ventaja ofrecida por la unión de las coronas e

inclinar el equilibrio de poder internacional a su favor. En 1580 había autorizado a Marliano, todavía en Estambul, a renovar la suspensión de armas con el sultán. Entonces, en febrero de 1581, a pesar de los esfuerzos de los agentes franceses e ingleses por sabotearla, Marliano firmó una prórroga de la tregua de tres años. La noticia de este acuerdo indignó a Gregorio XIII, que amenazó «en pena de haver hecha la suspensión» con poner fin a los impuestos reales a la Iglesia española («las tres gracias»; *véase capítulo 11*), concedidos explícitamente para financiar una flota de galeras que hiciese retroceder a las fuerzas del Islam. Felipe respondió con la misma combinación de quejas, halagos, chantaje y amenazas que había utilizado con anteriores pontífices. ¿No se daba cuenta Gregorio de que la suspensión era meramente «un descansar para bolver con mejor aliento a la guerra»? ¿Por qué el rey francés, «que tiene paz perpetua con el turco», recibe gracias similares de los papas

> para que hiziessen un poco de guerra a los herejes, que al cabo se viene a rematar en conciertos perjudiciales a la misma Sede Apostólica, y detenérmelas a mí, que no solo aventuro mis estados patrimoniales de los Payses Baxos por conservar y mantener nuestra santa fee cathólica romana en ellos, sino que gasto y consumo tanta parte del aver de los otros que Dios me ha encomendado en prosecución desta causa?

En resumen, «¿qué causa ay para que aya de ser yo medido con medida desigual que los otros?». Tras las quejas, venían las amenazas: «Pues yo no puedo durar tanto tiempo sin ayuda, ni reduzir a mis rebeldes que no menos lo son también de la Sede Apostólica y de Dios a su obediencia y a la mía, negarme esta ayuda [las gracias] y quitar los medios necessarios para ella es impossibilitarme». Dos semanas más tarde, el rey emitió la amenaza de concluir una tregua con sus rebeldes protestantes también. Si se le negaban las gracias, «que son los medios con que se puede acudir en parte a tantas [cosas] como conviene acudirse», el papa «devría mirar que todo esto me podria forçar a lo que yo no querría en ninguna manera del mundo. Mas si

falta a esto Su Santidad, que tanta obligación tiene a ello, quedaré muy descargado con Dios y con el mundo de qualquiera cosa que se hiziere por esto».[687] Una vez más, Felipe se impuso. Gregorio renovó las tres gracias.

Felipe ahora quedaba libre para atender a las Azores, donde solo la isla más grande, São Miguel, aceptó su autoridad. Don Antonio, una vez huido de la península, se dispuso a recabar ayuda extranjera para consolidar su posición en el archipiélago, que de este modo serviría de trampolín para su reconquista de Portugal. Después de prometer a Isabel de Inglaterra un fuerte en África occidental a cambio de su apoyo, once barcos ingleses se unieron a su expedición. Pero la mayor parte de la fuerza expedicionaria de don Antonio en 1582 procedía de Francia, reclutada y comandada por Filippo Strozzi, quien una década antes había conducido un contingente naval francés a Holanda *(véase capítulo 11)*. Para derrotar a los rebeldes y a sus aliados, fue necesario organizar una operación intrínsecamente novedosa: un ataque anfibio. Aunque las fuerzas combinadas de Felipe habían tomado Túnez en 1573 y Lisboa en 1580, las Azores presentaban un obstáculo muy distinto porque quedaban a 1.800 kilómetros al oeste de Portugal. Nadie había vencido a un enemigo atrincherado en el océano.

El marqués de Santa Cruz poseía una amplia experiencia en operaciones combinadas, y reunió eficazmente hombres, municiones y barcos para la nueva empresa; sin embargo, para cuando zarpó de Lisboa, Strozzi había conquistado ya la mayor parte de São Miguel. Esto dejaba al marqués sin más alternativa que una acción naval. El 26 de julio de 1582, día de Santa Ana, entabló combate con la flota de Strozzi en la primera batalla conocida entre barcos de guerra a vela. Según don Lope de Figueroa, un veterano de Lepanto, se luchó «con la mayor furia que se ha visto», y al final Strozzi perdió diez barcos y más de mil hombres.[688] Sin embargo, Santa Cruz solo recuperó São

Miguel. Don Antonio volvió a escaparse una vez más y el resto del archipiélago mantuvo su actitud desafiante. Sería necesaria otra operación anfibia al año siguiente, coordinada por el rey y sus asesores en Lisboa.

Pérez y la princesa, amordazados

Cuando Felipe salió de Madrid en 1580, dejó a Granvela actuando *de facto* (aunque no *de iure*) como gobernador de España, igual que había hecho Tavera durante las ausencias de Carlos V *(véase capítulo 1)*, y tanto el cardenal como los presidentes y secretarios de cada consejo continuaban enviando sus consultas al rey y recibiendo su rescripto sobre cada una. Muchas eran tocantes a Antonio Pérez y la princesa de Éboli, ambos todavía bajo arresto.

En agosto de 1579, tras un mes de confinamiento en la casa del alcalde García de Toledo, el antiguo secretario se sentía «aflixadíssimo de manera que su huésped teme el seso o la vida; nada gallardo como lo andaba en salud y pujanza, desseoso de ser amigo de todo el mundo y desengañado de cómo ha andado». Un observador malévolo sugirió que Pérez estaba tan desesperado por ser rehabilitado «que si Su Magestad se lo mandaba serviría de lacayo al señor secretario Mateo Vázquez». Estos informes indujeron al rey a permitir que Pérez regresara a su propia casa, donde tomó juramento «de que por él, ni por sus deudos ni valedores, no le sería hecho daño alguno a Mateo Vázquez».[689] Sin embargo, Pérez permaneció bajo arresto domiciliario y, en diciembre de 1580, Antonio Mauriño de Pazos —aliado de Pérez y presidente del Consejo Real— informaba al rey de que «[el] encerramiento e no hacer ejercicio como solía» habían hecho que el exsecretario estuviese «con mil melanchonias y indisposiciones de mala digestión, y que dellas temen los médicos ruines efectos». El rey contestó desconfiado: «Informaos bien desto de Antonio Pérez, y de su humildad y

modestia; y si fuere necesario el hacer egercicio para su salud, podrá estar en su huerta, como está en la casa, sin entrar en el lugar, ni en otra parte, sino por allí por el campo, y cerca de su huerta, para egercicio». Cuatro meses después, Pazos volvió a intentarlo e indicó que Pérez solo «desea lo que todos los detenidos, que es la libertad», y suplicó que el rey «sea servido usar con él de la misericordia que con todos Su Magestad usa». Felipe todavía no mostraba compasión: «Paréceme que he entreoído algo de que todavía hay mensages entre [Pérez] y la princesa d[e] Éboli, que ni al uno ni al otro les está bien». Ordenó «que con secreto y disimulación procuraréis saber lo que hay en ello; y siendo así, de atajarlo».[690]

Las indagaciones revelaron escasa «humildad y modestia». En su lugar, llovieron informes de Madrid según los cuales «en casa de Antonio Pérez había mucho exceso de juegos, que llegaban a millares de ducados» y que «tenía un aposento en el Corral do se representaban las comedias, aderezado de paños de seda y sillas; y daba 30 reales por el dicho aposento cada día». Un rumor en particular enfurecía al rey. «Se dice que ha salido ahí Antonio Pérez con diez y seis pages, y algunos con espadas, y otras personas que van cerca dél como que le guardan», se quejaba Felipe a Pazos, y terminaba enojado: «Más le conviene a Antonio Pérez estar encerrado para su seguridad»; era una clara amenaza. Pazos respondió señalando la patente anomalía que presentaba la situación jurídica. «Si Antonio Pérez ha deservido a Vuestra Magestad tan gravemente que merece se le corte la cabeza, jueces hay que lo podrán y sabrán hacer»; pero el rey respondió enigmáticamente que «si el negocio fuera de calidad que sufriera procederse en él por juicio público, desde el primer día se hubiere hecho».[691]

Parece que Pazos todavía no comprendía que el rey no podía permitir de ninguna manera un juicio público tanto contra Pérez como contra la princesa, porque quedaría al

descubierto su propio papel en el asesinato de Escobedo; tampoco se daba cuenta de que Felipe ya había emprendido un camino alternativo. Cuando todavía se encontraba en Madrid, en una carta secreta «de mi mano», el rey informó a un obispo de su máxima confianza que «con todo secreto y recato recibáis información» si sus secretarios en la Corona de Castilla «han hecho sus oficios como deben». Cuando falleció el obispo, Felipe escribió —en junio de 1581— otra carta secreta «de mi mano» encargando la tarea a Rodrigo Vázquez de Arce, miembro de la Suprema y del Consejo Real, que le había acompañado a Portugal, y Tomás de Salazar, también miembro de la Suprema y que había permanecido en Madrid. Esta vez, Pérez se había convertido en el único blanco, y Felipe proporcionó una lista de «testigos señalados» que los dos visitadores deberían interrogar en secreto.[692]

El embajador toscano, Luigi Dovara, fue el primero en prestar declaración. El 30 de mayo de 1582, en Lisboa, juró que cuatro años antes, para hacerse «con Antonio Pérez alguna amistad, le dio 4.000 ducados […] en nombre del Gran Duque». Luego, «preguntado qué otras cosas sabe [y] ha oído de dicho Antonio Pérez», Dovara nombró a muchos «otros pretendientes italianos que le donaban por esta forma al dicho Antonio Pérez» y las dádivas que cada uno de ellos había proporcionado. Los visitadores también tomaron declaraciones secretas a otras personas que habían conocido (y, según resultó, odiado) a Pérez durante décadas; en agosto de 1582, Felipe les informó que necesitaba «aún más tiempo para verificar y apurar más las culpas que se van descubriendo» contra Pérez y, dado que «con el nombre y efecto de visita se podrá cubrir lo que no conviene que se entienda ni diga, me he resuelto en que, dejando de estar como agora a Antonio Pérez, se prosiga su visita y se hagan todas las diligencias que convengan en ella, con secreto». Después de muchos rodeos y repeticiones, Felipe

concluía su carta con una orden tajante: «¡Este papel quemad!».[693]

Por supuesto, Pérez ignoraba el destino que Felipe «con secreto» le había determinado cuando, en septiembre de 1582, volvió a demandar un juicio público: según Pazos, «aunque fuese cortarse la cabeza con acabar [Pérez] lo tendría por bueno». El rey ignoraba esta demanda, pero dos meses más tarde reveló a la princesa su destino en una carta sumamente condescendiente:

> Princesa de Éboli, prima: Teniendo la memoria que es razón a los muchos y buenos servicios que el príncipe Ruy Gómez de Silva, vuestro marido, me hizo, y deseando hacer merced a sus hijos y mirar por ellos, y conviniendo tanto para la conservación de su memoria, estado y hacienda, dar diferente orden en sus cosas, y en las vuestras, que hasta aquí ha habido; y siendo justo que atendáis a vuestro recogimiento, quietud y sosiego, pues ocupada con tantas y tan diversas ocupaciones y negocios lo podéis mal hacer, y ellos mismos padecerían, me he resuelto de exoneraros de la tutoría y curaduría del duque de Pastrana y de sus hermanos [hijos de la princesa].

Así pues, continuaba el rey, «he nombrado en vuestro lugar, para que sea tutor y curador por el tiempo que fuere mi voluntad», un «gobernador y justicia mayor de ese estado, dándole mi poder cumplido como rey y soberano señor a quien toca». La princesa vivió a partir de entonces bajo arresto domiciliario en su palacio de Pastrana. Esta perentoria orden entró en vigor de inmediato y el rey exigió obediencia «sin réplica ninguna, porque no se ha de dar lugar a otra cosa». Fue una pena de muerte civil contra la que no cabía apelación alguna.[694]

«Non sufficit orbis»

Una vez concluido el destino de Pérez y la princesa, Felipe dejó Lisboa en 1583 para volver a El Escorial. Allí, el rey pasaba mucho tiempo planificando una nueva operación anfibia contra la isla Terceira. Primero, tenía que satisfacer a Santa Cruz, quien «pretende el tratamiento de Grande, el cargo de capitán general del mar, la encomienda mayor de León, y la suya para

su hijo». El rey tenía que ceder en todos los puntos, «aunque es fuerte cosa», pero en sus instrucciones al marqués insistía, no sin cierta crueldad, que «lo que importa a estos reinos y a la reputación mía y vuestra acabar esto a esta vez». También insistía en «el rigor del castigo» para los que se opusieran a él: «Si tras esto se pusieren en resistencia y se entrare por fuerza de armas, no se podrá excusar que pasen por las leyes de la guerra, que tan merecidas tendrán», es decir, serían ejecutados sumariamente.[695] Justo un año después de su victoria naval, Santa Cruz llegó a Terceira con una fuerza anfibia cuyo tamaño duplicaba a la anterior —más de quince mil hombres y casi cien barcos— y sus veteranos españoles tomaron la isla por asalto. El resto del archipiélago se rindió. Por fin Felipe era dueño de Portugal y de todo su imperio.

Esta victoria desató una ola de euforia en España, y el rey no permaneció inmune a ella. Al enterarse de que el triunfo había ocurrido otra vez el día de Santa Ana, Felipe y Mateo Vázquez repararon inmediatamente en la coincidencia. Aparte de la santa, sugería Vázquez, «por la cabeza me ha pasado que devía de estar la reyna doña Anna nuestra señora supplicando a Dios por la victoria». El rey se mostró de acuerdo: «Aunque santa Anna deve tener mucha parte destos buenos sucesos, siempre he creydo que la reyna no dexa de tener su parte en ello. Y de lo que más contentamyento tengo es de parecer que es señal de aver algo de lo que aquí decís». Poco después, Felipe encargó a sus pintores de El Escorial que realizaran un cuadro de santa Ana para colocarlo en un altar del monasterio y dos frescos en la Sala de Batallas para conmemorar las victorias de Santa Cruz [véase lámina 38].[696]

Otras conmemoraciones de estas victorias tomaron un tono más agresivo. Un embajador italiano en Madrid escribió: «Se ha ordenado a un escultor del rey, se cree por orden de Su Magestad, que haga algunas medallas con empresas que

denotan señoría de Portugal, y de todo el mar océano»; mientras que un cortesano propuso el lema *Nihil nunquam occidit*, «para dar a entender […] que nunca se ponía el sol a todos los reynos de la monarquía que entonces se juntaua, porque si encubría en nuestro hemispherio, se descubría a lo otro».[697] Una medalla de esta época parecía aún más audaz: mostraba el busto del rey con la inscripción «Felipe II, rey de España y del nuevo mundo» en una cara, y en la otra un globo terráqueo con la rotunda leyenda: NON SVFFICIT ORBIS («el mundo no basta»), un lema relacionado con Alejandro Magno [véase lámina 39]. Este osado emblema pronto empezó a utilizarse de modo general como «logotipo» del nuevo imperio global: en la mansión del gobernador en Santo Domingo se hallaba una divisa de las armas reales de España que contenía un globo y una orla «en el que aparecían escritas estas palabras en latín, NON SVFFICIT ORBIS». A los ingleses les parecía «una muy notable señal y muestra de la insaciable ambición del rey español y de su nación».[698]

Estas expresiones de ambición no se limitaron a las palabras y las imágenes. En agosto de 1583, eufórico por su doble triunfo, el marqués de Santa Cruz sostenía ante Felipe que había llegado el momento de acometer otras empresas a favor de la causa de Dios, e instaba a su rey para que pusiera la mira «en Dios, ya que la causa es tan justa y suya, que desta manera tendrá el buen fin que se puede desear»:

> Las victorias tan cumplidas como ha sido Dios servido dar a Vuestra Magestad en estas islas [Azores] suelen animar a los príncipes a otras empresas, y pues Nuestro Señor hizo a Vuestra Magestad tan gran rey, justo es que siga ahora esta victoria mandando prevenir lo necesario para que el año que viene se haga la de Inglaterra […]. Y no es justo que, hallándose Vuestra Magestad en el mundo, viba y reyne una muger erege que tanto mal a causado en aquel reyno.

Desgraciadamente para España, y para el futuro de su monarquía, Felipe compartía este parecer. Respondió al marqués: «Os agradezco mucho todo lo que me dezís en la carta

de vuestra mano, offreziendo os a nueva empressa y qual la proponéis para otro año. Cosas son en que no se puede hablar con seguridad desde agora, pues dependen del tiempo y de las ocasiones que han de dar la regla después». Pero «por sí o por no, mando hazer la provisión» de municiones «y dar la priessa que se puede» en hallar todo «que os paresçe necessario para lo que se puede offrescer».[699]

Santa Cruz y su séquito se apresuraron a reunir un informe en el que abogaban por el desembarco de un poderoso contingente cerca de Londres, dado que allí tenía su sede el gobierno Tudor y era fácilmente accesible desde el mar. Además, apuntaba el marqués, una vez su fuerza expedicionaria llegara a la desembocadura del Támesis, rápidamente podrían disponer de refuerzos procedentes del Ejército de Flandes. Pero antes de que pudiera dedicar la debida atención a estas propuestas, Felipe recibió otra sugerencia extraordinaria de Gregorio XIII: debía casarse con María Estuardo. El embajador español en Roma explicó a un colega en Madrid que el papa creía «que por este camino bolvería [Felipe] otra vez a ser rey de Inglaterra». El embajador añadió, en tono de autojustificación, que «el papa me dixo espresamente que yo lo escriviesse a Su Magestad, y por el empacho he tomado para hazerlo el medio de vuestra merced». Cuando el rey leyó la carta, apenas pudo contenerse: «No tengo yo ningún empacho de que se me diga lo que conviniese», le escribió a su embajador, «mas tendríase de hazer cosa tan fuera de propósito como esta, y tanto más que sé que no podría cumplir con la obligación de poder governar aquello [Inglaterra] sin ir allá, teniendo tantas otras obligaciones que aún no se puede cumplir con todas ellas como se querría».[700] El rey no tenía más ganas de casarse con María Estuardo de las que había tenido de hacerlo con Isabel Tudor veinticinco años antes. En su lugar, le preguntó a Parma si podía prepararse para lanzar una invasión que eliminara a

Isabel.

Su sobrino no descartó la posibilidad, pero, dado el riesgo de que durante su ausencia se produjeran «socorros de Francia» a los rebeldes holandeses, instó al rey a que le permitiera completar la reconquista de los Países Bajos antes de atacar Inglaterra. Felipe estaba de acuerdo y, una vez conquistada Terceira, entregó a Parma la mayoría de sus recursos militares y financieros. Por ejemplo, en 1582, sus consejeros habían discutido las medidas para expulsar de Castilla a los moriscos: «Se devía hacer una grande expulsión, como se hizo en tiempo de los señores Reyes Cathólicos de los judíos», que «se pusiesse en execución» en el otoño de 1583 «a la buelta de la armada de las Terceras». Pero «venido a la execución se representaron grandes dificultades, porque eran menester muchas fuerças y estar desembaraçados de otras cossas que podían dar cuidado, y así nunca se llegó a ponerlo en effecto».[701] Además, el rey acumuló ingresos en un fondo de guerra. En 1584, una misión diplomática afirmó haber visto «seis arcas muy grandes» en el Alcázar de Madrid, cada una con capacidad para almacenar 400.000 escudos de oro, aparte de otras seis arcas más en reserva.[702] No era la intención del rey despilfarrar estos activos. En la primavera de 1582, al parecer por primera vez, ordenó a sus ministros de Hacienda que elaboraran un presupuesto imperial para un año entero (de junio de 1582 a junio de 1583), a fin de conseguir un flujo de dinero más estable y predecible para todas sus empresas. Las sumas requeridas eran cuantiosas —2,4 millones de ducados para los Países Bajos y 1,8 millones para Portugal—, pero don Hernando de Vega (un inquisidor que, al igual que Juan de Ovando, había pasado de la Suprema a ser presidente del Consejo de Hacienda) predijo un pequeño superávit. Felipe no estaba convencido:

> Bien se vee que será menester más para cumplir el año de 83, pues lo que se pone en la relación es poco más que para el medio año de 83; pero podrase anticipar

para el medio año último de 83 algo de lo de 84. Pero al fin se vendrá a acabar todo, si no se halla alguna buena forma. Vos lo mirad y tratad todo con el secreto que veis que el negocio requiere, y como yo lo confío de vos.[703]

En junio de 1583 —fecha en que expiraba el presupuesto de Vega— el rey llevó su planificación fiscal más lejos. «Es la necesidad presente tan grande» en los Países Bajos, informó a Vega, «que sería de mucha importancia poder proveer luego 400 o 500 mil ducados; y para adelante será muy bien que se haga la provisión por meses, de 150 a 200 mil ducados cada mes». El presidente así lo hizo, y prometió «asegurar sus necesidades» a Felipe «de manera que casi sin ministros puede pasar». Si Vega esperaba que su confianza pusiera fin a la insistencia del rey, se equivocaba. «Mucho, mucho importaría esta provisión», comenzaba el rescripto regio, y «os encargo mucho que hagáis en ello gran esfuerzo que sea con gran brevedad, porque en ello consiste todo el negocio, como he dicho, y si no, no sería de effecto ninguno». Pero a continuación su tono se suavizaba: «Muy bien ha sido que ayáis començado a tratar desta provisión grande, y así la llevad adelante y hazed que no se alza la mano della como cosa que es remedio y descanso por estos dos años de 84 y 85».[704]

Por supuesto, el duque de Parma utilizó la mayoría de los fondos recibidos de España para pagar a sus tropas, pero desvió 25.000 ducados para un propósito muy diferente: recompensar a los familiares de Baltasar Gérard, el vasallo borgoñón de Felipe que el 10 de julio de 1584 mató a Guillermo de Orange. En la corte de España, la reacción inmediata a la noticia del asesinato fue de inmensa alegría. «Esta nueva del de Orange amenezió aquí esta mañana», refería en Madrid al rey un exultante Granvela: «Algún gran bien deve querer obrar Nuestro Señor en Flandes, pues ha quitado de en medio la piedra de todo el escándalo». Mateo Vázquez también se congratuló cuando la noticia llegó a El Escorial:

> Gran nueva ha sido la muerte del de Orange, y spero en Dios que en verdad de su gran misericordia y lo que Vuestra Magestad le merece, se han de yr componiendo las cosas de manera que si huviere guerras, no sean dentro sino fuera de casa, de que resultara vivir en ella en paz, y hazer hazienda de la misma guerra.

Felipe contestó: «Es así esto como decis y parece que ha sido a gran coyuntura, y así espero en Dios que suceda bien lo de allí». Al día siguiente, Granvela señalaba una feliz coincidencia: la muerte de Orange había ocurrido exactamente un mes después de la del duque de Alençon y Anjou, instalado por los rebeldes como «príncipe y señor de los Países Bajos»: «A 10 de junio murió Alançon; a 10 de julio Oranges; si a 10 deste [mes de agosto], día de San Lorenço, muriesse la reyna madre d'Alançon [Catalina de Médicis] poco se perdería». Don Juan de Idiáquez esperaba que la reina de Inglaterra hiciera «el treyntenario de Orange, como él hizo el de Alançon».[705]

¿David o Goliat?

Este regocijo resultó prematuro. El duque de Alençon y Anjou era el último miembro varón de la Casa de Valois y, dado que en Francia la Ley Sálica limitaba la sucesión real a la línea masculina, esto convertía al protestante Enrique de Borbón, rey de Navarra, en el nuevo presunto heredero al trono francés, lo que suscitaba la amenaza de un régimen abiertamente hostil en París. Felipe tenía que reaccionar. Durante muchos años había ofrecido al duque de Guisa subsidios para sostener una organización paramilitar, la Liga, dedicada a garantizar que Enrique III fuera sucedido por un católico: nada más enterarse de la muerte de Anjou, Felipe aumentó sus pagos a Guisa y prometió una intervención militar en toda regla en caso de que estallara una guerra civil. A cambio, el duque prometía promover los planes de Felipe en el resto de Europa.

Felipe empezó a cosechar los beneficios de esta iniciativa casi inmediatamente. En marzo de 1585, aislado e intimidado,

Enrique III firmó un tratado con Guisa, cediendo varias ciudades importantes para que quedaran bajo el control de la Liga, y prometió trabajar por la erradicación del protestantismo en Francia. Entre tanto, Felipe firmó un acuerdo con el duque Carlos Manuel de Saboya en el que se estipulaba una dote de 500.000 ducados cuando este se casara con su hija menor, Catalina Micaela. La ceremonia se celebró en Zaragoza en marzo de 1585 y, un año más tarde, Catalina dio a luz al primer nieto del rey. Dado que tanto la madre de Carlos Manuel como la de Catalina eran de la Casa de Valois, el niño era un potencial heredero al trono de Francia. Al mismo tiempo, en los Países Bajos, gracias a la llegada de tropas y fondos, Parma forzó la rendición de todas las ciudades importantes del sur de los Países Bajos: Bruselas, Gante, Brujas, Malinas y, en agosto de 1585, Amberes.

Estos triunfos, tanto militares como diplomáticos, alarmaron a Isabel Tudor, porque, si el rey conseguía el control de Francia, además del de Portugal y todos los Países Bajos, la Inglaterra protestante estaba perdida. Su secretario de Estado, sir Francis Walsingham, preparaba «un plan para enojar al rey de España». Sugería un embargo comercial contra los Países Bajos; la toma de barcos de pesca españoles alrededor de Terranova; una expedición anfibia liderada por sir Francis Drake para atacar las Indias orientales; y ayuda a los rebeldes holandeses y portugueses. Pero su única acción inequívoca consistió en decretar un embargo en abril de 1585 sobre todo el comercio inglés con los Países Bajos españoles. Esta acción, por sí sola, convenció a Felipe de que debía contraatacar y, un mes después, firmó una cédula para embargar todos los barcos extranjeros fondeados en los puertos de la península ibérica, excepto los franceses. Esta decisión resultó desastrosa, porque, cuando un alcalde trató de arrestar uno de los barcos ingleses, el Primrose, el patrón se abrió camino luchando, llevándose con él

no solo al alcalde, sino también una copia de la cédula.

Isabel y sus ministros se pusieron a analizar la formulación exacta de la cédula entregada al Primrose, descubriendo inmediatamente que afectaba solo a los barcos procedentes de territorios protestantes, excluyendo expresamente a los franceses. El interrogatorio de los españoles capturados a bordo del Primrose resultó poco tranquilizador: uno de ellos informó a sus captores de que «al enterarse de que los holandeses buscaban la ayuda de Inglaterra y temiendo que se les ayudara», el rey Felipe «pretendía mediante este arresto que los ingleses no se atrevieran a hacerlo». Más alarmante aún les pareció a los ingleses una carta interceptada, de un comerciante español a su socio en Francia, donde aquel hacía referencia inequívoca a «la guerra que tenemos con Ynglaterra».[706]

Estas revelaciones tuvieron lugar después de que Isabel descubriera complots para asesinarla y colocar en el trono a María Estuardo. Don Bernardino de Mendoza, el embajador español, estaba tan claramente implicado en estas conspiraciones que a principios de 1584 le expulsó del país. El asesinato de Orange poco después confirmó que Felipe no iba a detenerse ante nada para eliminar a sus enemigos, y por eso Isabel resucitó el plan de Walsingham «para enojar al rey de España». En junio de 1585, poco después del regreso del Primrose, la reina ordenó un ataque contra la flota pesquera ibérica en Terranova, y comenzó a conceder patentes de corso a sus súbditos afectados por el embargo, permitiéndoles resarcirse de sus pérdidas saqueando cualquier barco que navegara bajo la enseña de Felipe. En agosto, Isabel firmó un tratado con enviados de los rebeldes holandeses por el cual prometía proveerles con más de 6.000 soldados regulares para su ejército, pagar una cuarta parte de su presupuesto de defensa y proporcionarles un consejero experimentado para que dirigiera su ejército; y otorgó a Drake permiso para zarpar de Plymouth

con una flota de más de treinta navíos, que transportaba 1.600 soldados.

En octubre de 1585, Drake llegó a Galicia, donde sus hombres pasaron diez días saqueando los pueblos vecinos a Bayona (Baiona), profanando iglesias, haciéndose con el botín y capturando rehenes. Aquello era mucho más que «un plan para enojar al rey de España»: era una declaración de guerra contra Felipe. El rey que en Tomar «parecía al rey David» empezaba a asemejarse más a Goliat.

16. «El monarca más poderoso de la cristiandad»

Casi todos los vasallos castellanos de Felipe celebraron el hecho de que la unión de las coronas en 1580 le hiciese monarca de «innumerable, por no dezir infinita, multitud de reinos, señoríos, provincias y varios estados que tiene en todas las cuatro partidas del mundo», creando «el mayor imperio que desde la creación del mismo hasta nuestros tiempos se ha conocido». Esta acumulación de poder sin precedentes también impresionó a los demás. Según un inglés, el rey de España era ahora «el monarca más poderoso de la cristiandad, que tiene en sus manos los nervios de la guerra —dinero— y tiene ahora un mando tan amplio, que en sus dominios el sol ni se levanta ni se pone». Según otro, Felipe se había convertido en «un príncipe cuyo imperio se extendía tanto y tan lejos, más que el de ningún otro emperador anterior a él, que podría afirmar sin temor a equivocarse, *Sol mihi semper lucet*: el sol siempre brilla sobre mí».[707]

«Terrible gente son los físicos»

Pero ¿quién era ese «mí» sobre el que el sol siempre brillaba? En 1582, el flamenco Felipe de Caverel, recibido en varias ocasiones por el rey en Lisboa, escribió una vívida descripción de este en el momento álgido de su poder. «Tiene una estatura algo menor que la media», comentaba Caverel, «de hombros anchos y amplio tórax, y una cara grande y pálida» con labios rojos y gruesos, «especialmente el inferior, un rasgo de los Austrias a cuya estirpe pertenece. Sus ojos están algo enrojecidos, como los de quienes leen y trabajan mucho, incluso de noche». Lleva una barba que, al igual que su cabello, es de color totalmente blanco, «lo que parece algo prematuro» (el rey tenía cincuenta y seis años). Cuando un año después

Felipe regresó a Madrid, el embajador francés afirmó que «el rey comienza a envejecer» y que «su rostro ya no es tan claro, lo que demuestra que su espíritu está cansado por las preocupaciones, haciendo que parezca más melancólico de lo que solía ser», mientras que el cardenal Granvela notaba que su amo «lleva la barba un poco más larga de lo habitual, y más redondeada, igual que lo solía hacer [Carlos V] y, como le han salido canas, ahora se parece mucho a su padre».[708] Pero el parecido se quedó ahí: Felipe viviría hasta los setenta y un años, mientras que su padre murió a los cincuenta y ocho.

Ciertas elecciones en su estilo de vida explican la longevidad del rey. Después de que dejara de participar en torneos hacia 1562, sufrió pocos accidentes, aunque un día de 1581, cuando entró en un barco, «metí una pierna por el agujero del mástil», que «me dí un golpe en la espinilla que me dolió harto por un rato y se me desolló un poco; pero no fue nada y ahora la tengo ya buena». Igualmente, aparte de un catarro que casi le costó la vida en 1580, sufrió pocas enfermedades hasta que cumplió los sesenta años en 1587. Por supuesto, como cualquier otra persona, sufrió numerosos problemas de salud menores. Sobre todo, debido a las largas horas que pasaba sentado, y a la ausencia de fibra en su dieta, a menudo Felipe sufría de estreñimiento, lo que explica las «tres xortijas de hueso que dicen ser buenas para las almorranas» encontradas entre sus cosas tras su muerte. La misma fuente hace referencia a «un vaso de plata […] para tomar purgas de su Magestad»; mientras que los informes de su botica demuestran que se le administraban frecuentes dosis de trementina, vomitivos y enemas. En una ocasión, informó a sus hijas de que «tomo jarabes a las mañanas, y bien bellacos porque tienen ruibarbo, y bebo, una vez de dos que bebo, de agua de agrimonia».[709] El rey también cuidó su salud comiendo con prudencia, haciendo ejercicio regularmente y prestando mucha atención a su higiene

personal. Como observó su ayuda de cámara poco después de la muerte del rey, Felipe «era por naturaleza el hombre más limpio, aseado y cuidadoso para con su persona que jamás ha habido en la tierra». Hay una prueba llamativa en el inventario de «los bienes muebles que pertenecieron» al rey fallecido. Se notaron «una pieça de oro para labar los ojos; cinco yerros grandes de sacar muelas y siete más pequeños de limpiar dientes, todos dorados […], un punzón y una paletilla para las orejas y otra pieza para raer la lengua», así como una cajita «para tener polbos de dientes para su magestad» y «un palo de oro con los cabos vueltos para dar cauterio a los dientes».[710]

A pesar de estas medidas preventivas, en varias ocasiones las afecciones estomacales obligaron a guardar cama al «monarca más poderoso de la cristiandad». En 1581 comunicó a sus hijas que «estos días he andado un poco desconcertado. No sé si tiene la culpa de ello haber comido más melón algunos días antes […]. He estado dos días en la cama». Dos años más tarde, «estando yo oyendo misa […] me tomó una cosa en el estómago de revolvérseme»; y en 1588, «tras aver estado ayer bueno, y esta noche, en levantándome me ha dado un dolor d[e] estómago o de tripas, que no sé lo que es, porque entre lo uno y lo otro me [ha] dado harta pena».[711] Por supuesto, el rey también sufría catarros. Una noche de febrero de 1576 envió a Mateo Vázquez un completo informe médico: «Ya oy no puedo más, y es tarde; y no se me quiere acabar esto del pecho, que es lo que más me fatiga; que lo de la gota, aunque duele a ratos, no es tanto que embaraçe la cabeça, ¡mas el catarro, sí!». Un día de 1584, advirtió a Vázquez de que «por el catarro no os e vuelto el papel desto, que bien lo he deseado; y agora puedo menos porque tengo ruin cabeça». Tres años más tarde, se lamentaba a Vázquez de que «no os puedo embiar [más] por agora porque estoy con mucho catarro, y no cierto para leer y escrivir», y cuando a pesar de todo llegaron más papeles, el rey

perdió la paciencia y garabateó en una consulta (al reenviarla): «¡Mirad qué buen remedio para el catarro!».[712]

De vez en cuando, las quejas de mala salud regias sonaban sospechosas. En 1573 Felipe escribió al duque de Alba: «Creo que ha tenido alguna culpa en las tercianas el cuydado con que me trae lo de aý»; y en octubre de 1588 informó a Mateo Vázquez de que «traygo buena tos y catarro, y veo claro que es de los papeles, porque en tomándolos me carga la tos», aunque el estrés grave también ocasiona problemas físicos.[713] De hecho, con frecuencia la gota le impedía dedicarse a resolver los asuntos pendientes. Su Majestad «no podía responder a sus consultas por tener la gota en la mano derecha», anotaba un secretario un día de 1573; en otra ocasión el propio rey explicó a sus ministros que se levantó «oy tarde por averme tocado oy la gota en un pie»; y de vez en cuando «Su Magestad queda con la gota en la muñeca derecha», y, por ser diestro, esto le impedía escribir. En años posteriores permanecía en su lecho media hora, una vez despertado, mientras su ayuda de cámara le masajeaba los pies para aliviarle los dolores.[714] Parece probable que Felipe sufriera de una forma de artritis, similar a la gota que afligió a su padre.

En general, aunque Felipe tenía varios médicos a su servicio, a menudo se mostró reacio a aceptar sus consejos porque, según sus propias palabras, «terrible gente son los físicos».[715] En 1572, cuando su hijo y heredero, de solo nueve meses, cayó enfermo y los galenos de la Casa Real culparon al ama del príncipe, Felipe mostró un absoluto desprecio por su opinión: «Son tan diversas las relaciones que se dan los [médicos], tanto en lo de la medicina como en lo de la limpieza, que no sabe hombre de qué hechar mano». Poco después, se convenció de que (como con los arquitectos, teólogos y demás) él entendía mejor la situación que los expertos: lo que necesitaba el niño era un «buen regimiento y

tener un poco de cuenta con la salud. Mejor es escusar purgas y sangrías, que es muy malo a vezes, y con el buen regimiento se consigue lo mysmo y con más seguridad». Cuando los médicos insistieron en administrar sus remedios clásicos, el rey contraatacó: «Es mucho de myrar lo del purgar tanto al príncipe como a la ama, que podría molestar más que aprovechar». Su omnisciencia médica no había disminuido cuatro lustros más tarde. En septiembre de 1590, muchos cortesanos de El Escorial cayeron enfermos, y uno de ellos pidió que les llevasen diariamente más de cien kilos de fruta y dos cargas de hielo de los «pozos de hielo» creados por el rey en lo alto de la sierra de Guadarrama. El rey no estaba de acuerdo: «Para los enfermos más me parece que los médicos les quitan la fruta y nieve a algunos […] y en invierno se podría escusar de traer nieve algunos meses del, pues yo no bebo con ellas, ya los demás más les haze daño que provecho en aquel tiempo».[716]

El rey y su papeleo

Gracias a su salud de hierro, como afirmó Felipe de Caverel durante su estancia lisboeta, «Su Majestad insiste en que prácticamente todo pase por sus manos». Esto hacía que las quejas del rey sobre su agotamiento también persistieran. «Se ha juntado tanto y me ha detenido tanto, de manera que no puedo ya más, y es bien tarde», se quejó a Vázquez en febrero de 1584; «Nunca he visto que cargue tanto ni tantos como agora».[717] Pocos meses después, el rey aceptó la propuesta de su experimentado secretario para reducir el montón de papeles que llegaban a su mesa: uno de los ministros de confianza que siempre le acompañaban leería las consultas enviadas por un determinado consejo, y «las que os pareciere bien el parecer se apruebe, y las que no o lo apuntéis o lo pongáis con la respuesta, y todo esto sin verlas yo, pues después al señalarlas las veré». Vázquez prometió que «yo por ver a Vuestra Magestad

en algún alivio querría estar como esclavo humilíssimo de Vuestra Magestad, occupado días y noche», y propuso que cada uno de los ministros de confianza pasara media hora con el rey para resolver cualquier dificultad. Felipe aceptó esto también, aunque con recelos:

> Todavía habrá harta ocupación, pues habrá menester un rato para vos [Inquisición y la Cámara] y otro para el conde de Chinchón [Aragón y Italia], y otro para don Juan de Idiáquez [Estado], y otro para Antonio de Eraso [Indias y Hacienda], y algunos para don Christóval [de Moura] para Portugal, ¡con que no sobrará mucho tiempo! Mas escusarse el escrivir será alivio.[718]

Al año siguiente, Felipe mandó venir de Italia a don Juan de Zúñiga, hijo y tocayo de su ayo, para presidir este grupo de ministros veteranos, conocido como la Junta de Noche, porque se reunía todas las noches para revisar las consultas que cada consejo había preparado por la mañana.

El rey recogido

Como un veterano ministro señaló en esta época, el rey

> es amigo de la quietud, y de governar y mandar el mundo callando, y con mano de personas que hacen lo mismo; y aunque tiene mucha quenta de las calidades de personas para servirse dellas, gran experiencia tenemos de quanto más le satisfacen, entre estas mismas, las que hacen menos ruido.[719]

Para conseguir «menos ruido», el rey salía con mucha más frecuencia de su capital. Después de la consagración de la basílica de San Lorenzo de El Escorial en 1584, pasaba casi todos los veranos y festivos mayores allí. También realizó prolongadas estancias tanto en Aranjuez, en primavera, como en El Pardo, en otoño. Incluso en el Alcázar de Madrid, donde pasaba sus inviernos, unos cambios arquitectónicos crearon un complejo de habitaciones privadas, de manera que el rey rara vez aparecía en público. En 1587 un observador señaló que Felipe «está todavía recogido en el quarto nuevo que se acabó poco ha, arrimado a la torrezilla de vidrieras». Todo el mundo sabía, continuaba, «que avía mandado hazer este quarto con fin de recogerse en él los inviernos, y hechase bien de ver, pues se

defiende en él mejor que en El Pardo ni en El Escurial de dar audiencias». El cronista Luis Cabrera de Córdoba se mostraba de acuerdo: «Aun a misa no salió a la capilla en las fiestas de la Pascua de la Natividad, oyéndola en el oratorio con tan poco rumor como si no estuviera en palacio».[720] El rey consiguió un mayor grado de recogimiento aun durante sus viajes: iba y venía entre los distintos sitios reales «de secreto en un coche», e incluso «en coche corridas las cortinas», para no tener que ver a sus súbditos y que estos no pudieran verle a él.[721]

Sin embargo, el rey no podía esconderse de sus papeles, aunque parte de la culpa era suya por su insistencia en tratar personalmente los asuntos más triviales. En 1586, por ejemplo, dedicó muchas horas, si no días, a preparar su *Pragmática de las cortesías*. Este documento establecía detalladamente los tratamientos que debían darse en la relación entre señores y vasallos, e incluso entre padres e hijos; especificaba a quién se le podía aplicar o no el «vos»; y especificaba la forma correcta para dirigirse y saludar a los ministros, los miembros de la nobleza y la Iglesia, a la familia real y al propio rey, quien insistió en que, en lugar de dirigirse a él como «Sacra Católica Real Majestad», a partir de ese momento debían llamarle «Señor». Felipe revisó al menos seis borradores de esta pragmática, hasta el punto de que ya no encontraba las palabras adecuadas: en la cláusula que establecía el importante tema de quién tenía derecho a colocar coroneles sobre sus escudos de armas, finalmente fue vencido por la sintaxis y, frustrado, ordenó a Vázquez: «Póngase lo que fuere mejor "para" o "por", porque no me determyno qual es mejor». Esto ocurrió el 11 de septiembre de 1586: el rey se desvivió por los detalles durante casi un mes y, cuando el texto final regresó a Vázquez el 8 de octubre, Felipe aún tenía algunas dudas sobre él: «Aquí va firmada, que no ha sido poco acabarse según lo que ha. Que dura una palabrilla o dos, creo que se dexaron de borrar, mas no importa nada».[722] ¡¿No importa

nada?! Después de preparar tantos borradores, incluso el paciente Vázquez tuvo que morderse la lengua.

En este caso la obsesiva atención del rey quizá fuese justificada, pues la *Pragmática de las cortesías* indignó a cortesanos y embajadores por igual, mientras que el papa la incluyó en el índice de libros prohibidos y amenazó al rey con la excomunión. Pero ¿era realmente necesario que el propio rey interviniera en otros asuntos aparentemente intrascendentes como la disposición de los beneficios eclesiásticos vacantes tras la muerte del cardenal Granvela, el protocolo en palacio (quién podía entrar en cada estancia; quién podía viajar, en qué coche y cómo debía ser recibido en cada ciudad durante el viaje regio a Zaragoza; y quién debía ocupar el puesto de «ecuyer de cocina de sus altezas», al que se presentaron veinte solicitantes)?

Tantas «menudencias» distraían y agotaban al rey, de modo que la montaña de consultas que esperaban su atención crecía inexorablemente. En 1588, cuando Vázquez dijo al rey que tenía ochocientas consultas esperando, Felipe contestó, con cansancio, que las cosas no estaban tan mal: el montón de consultas sin leer que tenía en su despacho «solo» sumaban trescientas, y prometió revisarlas. Pocos días después, un ayuda de cámara protestó enérgicamente a un colega «que podrá vuestra merced cessar en embiar papeles hasta que Su Magestad esté para entender en ellos; y cierto que algunos de los que aquí estamos, andamos atortujados de leer cartas y otros papeles que vienen de tantas partes, y ¡de tanto, tanto, tanto scrivir!».[723] En 1589, el general de la orden de San Jerónimo, cuyos predecesores habían disfrutado de acceso directo al rey durante la construcción de San Lorenzo, se quejó de que Felipe todavía no le había contestado a una carta suya. Felipe confesó a Vázquez: «Yo tuve la culpa de la dilación, que con las muchas ocupaciones no lo pude ver ni ordenar antes la respuesta, y así se le responded: que no se puede siempre lo que se querría». La

situación empeoró aún más tras la muerte de Vázquez en mayo de 1591. Tres meses después, su sucesor como secretario privado se quejó de que varios documentos importantes no habían sido devueltos con una decisión, y una vez más Felipe se disculpó alegando que la presión de los asuntos por atender era tal que no le dejaba tiempo para dedicarse a todas las muchas cosas que debía resolver: «Sin embargo voy a hacer todo lo posible».[724]

Muchos criticaban el estilo epistolar de Felipe. En 1577, el limosnero real, don Luis Manrique, presentó un escrito en el que detallaba «algunos cargos que se le hacían [al rey] dentro de su misma casa y cámara, por las casas y calles del lugar y en las celdas de los religiosos doctos y siervos de Dios y de Vuestra Majestad». A menos que el rey cambiara su forma de actuar, advertía Manrique, Dios enviaría «un gran castigo general» a todo el reino. La acusación más grave hacía referencia a «no aparecer Vuestra Majestad» más en público, y a que «no se fía de nadie, ni da oídos con eficacia a personas». Manrique continuaba: «En tiempos pasados, se entendía que Vuestra Majestad no hacía más de lo que uno o dos le decían y que por aquéllos se gobernaba todo», sin duda una alusión a Espinosa; pero en aquel momento, «por evitar aquella opinión, ha dado Vuestra Majestad en no confiarse de nadie» y en «negociar por billetes y por escrito». Según «muchos», Felipe «no negocia por escrito porque le parezca esto más conveniente, sino porque no le hable nadie». «No embió Dios a Vuestra Magestad» para que pasara sus días «leyendo ni escribiendo, ni aun contemplando ni rezando», bramaba Manrique, «metiéndose en una torre sin puertas y ventanas para no ver a los hombres ni que ellos pudiesen ver a Vuestra Magestad».[725]

Al parecer, la anexión de Portugal apagó las críticas, pero en 1586 Sixto V le proporcionó la primera «lición» de gobierno que Felipe recibía desde su periodo de aprendizaje. El papa,

escribiendo como «el padre más cariñoso escribiría a su hijo predilecto», afirmaba haber estado rezando especialmente por la salud y longevidad del rey, porque de ellas dependía el bienestar de la Iglesia católica; y le instaba a sortear dos peligros. En primer lugar, Felipe debía prestar atención a la advertencia de Jetró a Moisés de que no podía hacerlo todo solo: «Te agotarás tú y las personas que están contigo, porque el trabajo es demasiado para ti. No puedes hacerlo todo tú solo». Segundo, Felipe no debía creer todo lo que sus ministros le decían, porque estos eran parciales, y, por tanto, para las decisiones importantes debía basarse solo en su propio criterio.[726]

«La falta de cabezas»

El hijo predilecto no estaba dispuesto a cambiar su costumbre de pedir el parecer de uno o más consejeros de confianza antes de tomar cualquier decisión y, egoístamente, el pánico hacía presa en él cada vez que alguno de sus ministros principales caía enfermo o moría. Cuando el conde de Chinchón enfermó en 1576, el rey escribió con autocompasión: «Plazerá a Dios darle salud, que harta falta me haría si otra cosa fuese, si no es en desdicha mýa faltar los que he menester más que los que sobran». Al empeorar la salud del conde, Felipe repitió que con su muerte «cierto me haría mucha falta porque me he tenido por bien servido dél, y no sé si hallaría quien […] supliese si falta; y creo que no».[727] Cuando Mateo Vázquez hizo una romería de tres días a Barajas y pidió permiso para retirarse a servir a Dios allí, el rey se quedó horrorizado. «Para el cuerpo, muy buena es la vida de aldea», admitía, «mas para la ánima mucho más servicio entiendo que se puede hazer a Dios por acá que en ella, y más en lo que tanto importa y es menester para esto como ayudarme, que sin muchas y buenas ayudas no sé cómo podría llevar tanta carga a cuestas […]. Estoy yo muy confiado que vos llevaréis de buena gana la parte del trabajo

que os toca». Y en 1580, cuando el presidente del Consejo de Órdenes enfermó, la reacción de Felipe fue la misma, pues si moría «harta falta me ha de hazer, y es terrible cosa los que me han faltado y los pocos que quedan».[728]

A Felipe le preocupaba tanto «el cuydado de ver los que van faltando» como «la dificultad de hallar personas quales son menester para que los cargos estén bien probeydos, a que tanto se deve atender». Cuando un oficial en Nápoles envió al rey una carta de queja sobre la necesidad de elegir mejores oficiales, porque «le pone su rey su honra y conciençia en su mano», Felipe garabateó malhumorado: «Si tan fáciles fuessen estas cosas de hazer como de decir, y yo fuese Dios para saver lo que ay dentro de cada uno, no habría más que pedir; mas somos hombres y no dioses».[729] En 1572, un ministro encargado de asesorar sobre cuáles eran los candidatos adecuados para presidir el Consejo Real descartó a casi todos por una razón u otra: al doctor Martín de Velasco porque, a pesar de ser un clérigo distinguido en derecho canónico y un ministro capaz, tenía «hijos y nietos»; a don Antonio de Padilla porque era demasiado bajo de estatura para imponer respeto («el tamaño de la persona le desfavorecía, por ser pequeño de cuerpo, y convenir que las personas tan públicas como presidentes […] representan de todas maneras autoridad)»; etcétera. Cinco años después, cuando el rey buscaba un nuevo embajador ante la Santa Sede, Mateo Vázquez presentó una lista de siete aristócratas castellanos, con el comentario «verdaderamente conviene sacar destos señores fuera de España», para que «sepan servir en todas partes». El rey seguía sin estar convencido: «En lo más destos de Roma se me ofrecen inconvenientes. Myrad si se os ofrecerán más». Al final, no nombró a ninguno de ellos.[730]

Felipe siempre seleccionó a sus consejeros con independencia de su extracción social. Muchos habían

ascendido a través de la jerarquía de plazas de asiento reservadas para los alumnos de los colegios mayores (por ejemplo, Diego de Espinosa y Rodrigo Vázquez de Arce); y un sorprendente número de destacados ministros eran hijos ilegítimos (Antonio Pérez, Mateo Vázquez, Juan de Ovando y Antonio Gracián) o descendían de conversos (Gonzalo Pérez y, probablemente, Diego de Espinosa), circunstancias que hubiesen impedido su ascenso en otros ámbitos de la vida. El rey llegó a apreciar el talento de los demás a través de sus padres (Granvela, don Juan de Idiáquez y Antonio Pérez eran hijos de secretarios reales; don Luis de Requesens y don Juan de Zúñiga eran hijos del ayo del rey), o de sus tíos (Juan Vázquez de Molina, sobrino de Francisco de Los Cobos, y su sobrino, Juan Vázquez de Salazar; don Francisco de Bobadilla, sobrino del conde de Chinchón). Felipe también nombró a muchos prelados como presidentes de sus consejos (seis de los ocho presidentes del Consejo de Indias) e incluso como virreyes, aunque, a partir del Concilio de Trento, tuvo que conseguir en cada caso un permiso especial de Roma, debido al requisito de que todos los obispos residieran en sus diócesis. También hizo abundante uso de clérigos de menor rango como secretarios (Gonzalo Pérez, Mateo Vázquez, Gabriel de Zayas) e incluso como embajadores (Álvaro de la Quadra, Diego Guzmán de Silva).

Sin embargo, Felipe buscó a la mayoría de sus virreyes y embajadores entre las filas de la aristocracia española. En 1575, cuando intentaba encontrar al candidato ideal para ejercer de virrey de Nápoles, «y aviéndolo yo pensado mucho estos días, me parece que él que ay agora más apropósito para allí, o, por mejor decir, con menos inconvenientes, que sin muchos no se puede aver nadie, es el marqués de Mondéjar; porque en todos los demás», se lamentaba el rey, «hallo tantos inconvenientes que no me atrebería a nombrarlos para allí». Cuatro años más tarde, mientras repasaba una larga lista de nobles propuestos

por Vázquez como posibles sustitutos para el difunto mayordomo mayor de la reina, el rey volvió a quejarse: estaba «con mucho deseo de acertar», pero, añadió cansado, «no ay duda sino que no se hallará como yo lo quixiera, pero es menester tomar de lo que ay».[731]

En la primera mitad de su reinado, Felipe abordó el problema de la «falta de cabezas» aumentando las filas de la aristocracia; creó seis nuevos ducados (todos para Ruy Gómez y sus aliados), diecinueve nuevos marquesados y dos nuevos condados (muchos de ellos para miembros de las nuevas familias ducales y el resto para los linajes de larga tradición, como los Zúñiga). Sin embargo, durante el resto de su reinado, Felipe solo creó siete nuevos títulos de nobleza y dejó vacantes numerosos puestos en la Casa Real ocupados tradicionalmente por nobles (no hubo ningún caballerizo mayor a partir de 1579, ni ningún mayordomo mayor después de 1582). El catalizador de este cambio fue, probablemente, el comportamiento desafiante del duque de Alba *(véase capítulo 14)*, junto con los planes de algunos grandes para protestar, en febrero de 1580, por la detención y encarcelamiento sin juicio de la princesa de Éboli. El presidente del Consejo de Castilla avisó al rey, en nombre de un grande, de que algunos de los nobles reunidos en Madrid para jurar lealtad al nuevo príncipe de Asturias «tenían concertado, acabado el juramento, suplicar a Vuestra Magestad la soltura de la [princesa] de Éboli. Dígele que no sabía cuán acertado era esto, que lo debía mirar mucho». La respuesta de Felipe fue a la vez firme y despreciativa: «Muy bien respondiste», escribió, «porque cierto no sería acertado, sino muy errado, y que me obligaría a no darles la respuesta que yo siempre deseo dar a todos. Y así procurad que se desvíe por buen modo».[732]

Muchos nobles ya consideraban el servicio en la Casa Real poco atrayente. Algunos rechazaron de plano los puestos que se

les ofrecían, mientras que otros accedieron a servir solo tras largas negociaciones para obtener importantes recompensas por adelantado. Así, en 1568, Felipe pidió a don Luis de Requesens que sirviera como lugarteniente a don Juan de Austria, capitán general del mar, pero este exigió además el puesto de virrey de Sicilia; ante la renuencia del rey, Requesens solicitó (y obtuvo) el rango de consejero de Estado y Guerra, la garantía de que su hijo le sucedería como comendador mayor de Castilla, más «15.000 ducados de ayuda de costa por una vez», 10.000 «cada año por el offiçio» y «1.500 para gentiles hombres que anduuiessen cabe su persona». Cinco años más tarde, Requesens declinó durante seis meses su nombramiento como gobernador general de los Países Bajos hasta que Felipe prometió proporcionarle el dinero suficiente para que su hija pudiera casarse con el marqués de Los Vélez.[733] Otro enorme caso de chantaje ocurrió en 1588, cuando el rey nombró al duque de Medina Sidonia como capitán general del mar. En una carta para Mateo Vázquez, con quien supuso (acertadamente) que Felipe hablaría del asunto, el aristócrata con más recursos de España afirmó que «dexo en mi casa muchas deudas, una mujer moça, y cuatro hijos (el mayor de nueve años.) Llévame esto con una pena terrible, haziendo de my un gran sacrificio». Por eso pidió al rey que le concediera dos encomiendas de la orden de Santiago para sus hijos «antes que me embarque». La exigencia del duque irritaba a Felipe, pero dijo a Vázquez: «Le hazed una respuesta mya muy sabrosa, asegurándole que en cualquier caso que le suceda que espero yo en Dios que ha de ser muy bien, tendré la quenta que es razón con sus hijos». Añadió: «Y para con vos: yo pienso dar dos encomiendas a dos hijos a su buelta, y también si él faltase (que espero en Dios que no haría), pero no conviene decírselo agora ni a nadie hasta entonces».[734]

«De la risa al cuchillo del rey no ay dos dedos»

Incluso cuando conseguía persuadir a los candidatos adecuados para que prestaran sus servicios, en algunas ocasiones el rey se sentía decepcionado o incluso traicionado. En tales casos, la caída de los ministros desgraciados aconteció tan rápidamente que el refrán «De la risa al cuchillo del rey no ay dos dedos» se convirtió en el más conocido veredicto sobre Felipe. Fue popularizado tanto por los ministros del rey (Antonio Pérez, «no hay dedos de su risa al cuchillo»; Jerónimo Gassol, «no ay peor fama que la del rey: que en riendo manda matar, y en riendo manda destruyr»), como por el cortesano e historiador Cabrera de Córdoba («la risa y su cuchillo eran confines»).[735] Y, en verdad, Felipe castigó repentinamente a algunos ministros destacados: encarceló a Antonio Pérez y desterró a don Antonio de Toledo, y, aunque ambos habían trabajado a su lado durante muchos años, el rey se negó a verles nunca más. Felipe se mostraba más implacable aún con aquellos ministros que pensaba que le habían traicionado. En 1570 aprobó el asesinato judicial del barón de Montigny, quien había servido al rey y a su padre como cortesano y diplomático desde 1548 *(véase capítulo 8)*, y en 1578 el de Juan de Escobedo, un prominente ministro real durante doce años *(véase capítulo 14)*. Seis años más tarde, Felipe encarceló a don Martín de Acuña, quien anteriormente había negociado la tregua hispano-otomana, y cuando este confesó bajo tortura haber vendido secretos de Estado a los turcos, el rey le sentenció a ser estrangulado en su celda. Sin embargo, continuó favoreciendo a los familiares de los reos. La esposa y los hijos de Pérez recibieron una pensión del Estado hasta que murieron; Pedro de Escobedo siguió como secretario real; y Felipe permitió al hijo de Acuña que heredara parte de la pensión de su padre y nombró a su hermano castellano de Milán y, más tarde, embajador en Saboya. Esto era lo habitual. Según fray Diego de Chaves, quien probablemente conocía a Felipe mejor que nadie, «no

acostumbr[ó] Su Magestad de descomponer a nadie sin deméritos, sino honrrar y acrescentar a los que le siruen». Y, añadía Chaves, «toca a su reputación boluer por su honor por no dar a entender que erró en la elección o que el [ministro] ha desmerecido la merced que hasta aquí le ha hecho».[736]

Felipe tenía tres mecanismos para controlar a sus servidores: la intervención directa del propio rey, la visita y la Inquisición. En primer lugar, aparte de la posibilidad de escribir «al rey en su mano» *(véase capítulo 4)*, los grupos de súbditos insatisfechos con cualquier funcionario real tenían el derecho de enviar una delegación a la corte. Así, en 1579, el rey le recordaba al virrey de Nápoles «que nunca ha sido ni es de nuestra mente y intención estorvar que mis vassallos […] no tengan recurso a Nos, siempre que se ofresciere causa bastante por la cual convenga hazerlo». Aprovechando esta dispensa, de todos los rincones del imperio llegaban delegaciones a las que, por lo que sabemos, el rey siempre atendía. A pesar de la barrera que representaba la distancia, mostró siempre una especial preocupación por sus súbditos de las Américas, «para que las podamos recebir y ser informado de lo que por ellas se nos avisare», una orden que repitió al menos cinco veces durante su reinado.[737] Además, gracias a su insistencia en firmar en persona todas las cédulas y cartas emitidas en su nombre, a veces Felipe se enteraba directamente de una injusticia o un abuso. Por ejemplo, el hijo de un oficial del Consejo de Indias utilizó sus contactos para robar hasta mil ducados de plata americana de un barco recién llegado a Sevilla. Fue descubierto y, en 1582, el Consejo de Indias le condenó a cuatro años de destierro y una multa de cincuenta ducados, que se redujo a la mitad tras la apelación. Este castigo fue extremadamente indulgente, pero, al año siguiente, el condenado cometió la imprudencia de volver a apelar al consejo y, sin duda movidos por el respeto a su padre, sus miembros pidieron que el rey

volviera a ser clemente. A pesar de que esta consulta solo era una más de las muchas que llegaron al despacho de Felipe aquel día, captó su atención. «Este delito fue grave y digno de mucho castigo», reprendió al consejo, «y ya que se moderó la sentencia en la revista —que se debiera y pudiera excusar— no hay porqué ahora se le alçe un solo día, ni se le perdone, sino que se cumpla enteramente».[738]

En segundo lugar, cada oficial con cargo judicial en la Monarquía española tenía que someterse a un periodo de escrutinio, conocido como juicio de residencia, inmediatamente después de finalizar la prestación de sus servicios. Durante este proceso público, que podía durar dos meses, cualquiera podía presentar «capítulos» alegando actos indebidos, y el juez (generalmente el sucesor del oficial) tenía la obligación de investigar cada uno de ellos y presentar el proceso a la Cámara de Castilla para su revisión, tras lo cual esta preparaba una consulta al rey. De las casi seiscientas consultas sobre residencias de corregidores de Castilla, setenta y cinco resultaron negativas e implicaron penas para los oficiales. La residencia era rutinaria y abierta, y no suponía oprobio; pero si el rey sospechaba alguna irregularidad, podía instituir una investigación más exhaustiva: la visita, llevada en secreto para que el funcionario solo supiese que había sido investigado cuando era acusado. Felipe empleó este procedimiento no solo contra ministros principales como Francisco de Eraso y Antonio Pérez, sino también contra oficiales menores sospechosos de corrupción. En su historia del reinado de Felipe, Cabrera de Córdoba registraba el destino de un ministro de Hacienda «harto suficiente» que «edificaba una casa». Felipe «le hizo visitar con tal rigor que fue condenado a suspensión de oficio en 11.000 ducados, perdiendo su gracia», de modo que, cuando el presidente del Consejo de Hacienda intercedió por él, el rey «le respondió por último: "Haced cuenta que es

muerto este hombre”».[739]

En caso de que estos instrumentos seglares de control resultaran inadecuados, Felipe siempre podía recurrir a la Inquisición. En 1559 permitió al Santo Oficio presentar cargos contra Bartolomé de Carranza, el hombre al que había nombrado regente de España y guardián de su hijo si él fallecía, y durante tres años consintió que los inquisidores interrogaran a sus ministros, a su hermana y aun a él mismo sobre la conducta del fraile *(véase capítulo 7)*. Dos décadas más tarde, los inquisidores interceptaron una carta del vicecanciller de Aragón, don Bernardo de Bolea, que les parecía sospechosa. El rey, preocupado «para asegurar mi conciencia», sugirió que el inquisidor general Quiroga consultase con el confesor real, y los dos recomendaban que don Bernardo hiciera una confesión espontánea a un inquisidor, quien le concedería «la penitencia que le pareciere: todo esto se hará con tanto secreto que ninguna persona lo sabrá». De esta manera, el rey mantenía la dignidad de su oficio, y a la vez recordaba a un oficial eminente que sus pensamientos, así como sus hechos, tenían que ser limpios.[740] Escribía la verdad cuando aseguró a Quiroga que «las cosas del Santo Oficio favoreceré yo y ayudaré siempre, entendiendo como entiendo las causas y obligación que ay para ello, y más en my que en nadie». De manera aún más llamativa, cuando en 1591 la intervención de los inquisidores del tribunal de Zaragoza en un proceso criminal provocó las llamadas Alteraciones de Aragón, el rey declaró que «la principal causa que me ha movido a tomar estos negocios con las veras que se ha visto» era forzar a sus súbditos a «obedecer y respectar al Santo Oficio».[741]

El rey justiciero

«Las cosas del Santo Oficio» fueron los únicos asuntos de justicia en los que Felipe renunció a su autoridad. En todas las

demás materias judiciales insistía en tener la última palabra porque, como en cierta ocasión manifestó Mateo Vázquez, «Vuestra Magestad es la ley viva para mandar». El rey actuó como legislador supremo con frecuencia en cuatro áreas distintas, comenzando por el dominio real. Cuando el conde de Cifuentes construyó un molino de agua en el Tajo aguas arriba de su palacio en Aranjuez, Felipe se quejó de que reducía el caudal disponible para los jardines reales y pidió al conde que lo derribara. Este se negó y, en 1569, el rey llevó a su vasallo ante el tribunal local de Toledo. Dos años más tarde, los jueces fallaron en su favor, pero el conde de Cifuentes apeló inmediatamente a la Cancillería de Valladolid. Esto irritó enormemente al rey, cuyos jardines seguían padeciendo la falta de agua, por lo que escribió una nota apremiante a los jueces:

> Porque esto es cosa nuestra y que toca a nuestra hazienda y patrimonio real, os mandamos que acudiendo a vos sobre este negocio asistáys a él con la diligencia y cuydado que se requiere y de vos confiamos para que se acabe y concluya con la más brevedad que fuere posible; que allende de cumplir en esto con vuestra obligación me terne de vos por servido.[742]

El rey también intervino directamente en otro asunto relacionado con sus dominios en 1569. Un guardia atrapó en el palacio de El Pardo a dos cazadores furtivos con siete conejos. Los furtivos desenvainaron sus espadas, dejaron malherido al guardia y escaparon. Felipe en persona sentenció a los dos cazadores a la pena de muerte (por resistirse al arresto, no por la caza ilegal; «por caza no ay duda sino que no tiene pena de muerte», admitió el rey), y también desterró a las esposas de los furtivos de su pueblo durante dos años, aunque con ciertas reticencias «porque con las mugeres, que por la obligación que tienen a sus maridos en cosas semejantes, se a de tener gran moderación», y además «que la muger no pierda los que fueren suyos por el delicto del marido». Pero estas mujeres habían sido atrapadas mientras cazaban ilegalmente con sus maridos, por lo que también debían pagar. El rey estaba decidido a proteger su

caza y, al igual que otros propietarios de tierras, exigía constantemente una mayor vigilancia, más juicios y penas muy severas.[743]

El rey también intervenía con frecuencia en el sistema legal ejerciendo su prerrogativa de gracia. Así, el Viernes Santo de cada año, su limosnero mayor presentaba a Felipe «muchos procesos de hombres condenados a muerte, a quien ya habían perdonado las partes, para que perdonase él la que tocaba a la justicia, en día de tanta misericordia, para que Dios la tuviese en su alma. Él los perdonó». Lo mismo hacía Felipe para celebrar lo que él consideraba gracias especiales de Dios. Así, tras la victoria de Lepanto y el nacimiento del príncipe don Fernando en 1571, «por esta alegría hizo el rey en estos reynos, y en las Indias, perdón general a todos los culpados que estuuiessen sin parte»; y ocho años después, cuando entró en Portugal como rey, puso en libertad a los prisioneros de cada ciudad por la que pasaba.[744]

En esto, el rey simplemente ejercía la misma prerrogativa de gracia de la que gozaban otros monarcas de la época (y que de hecho sigue existiendo todavía: la Constitución española de 1978 atribuye al monarca el derecho de gracia). Pero Felipe también actuó abiertamente como «ley viva para mandar» en otras dos áreas. Cuando sus jueces detectaban lagunas en la ley, Felipe formulaba normas generales para llenarlas, porque, como una vez escribió, «quando la esperiencia muestra grandes inconvenientes en la exequción de alguna ley, muy bien puede y deve el rey suspenderla y anulalla». En otra ocasión, le recordaba al presidente del Consejo Real de Castilla que «aunque con hazerse justicia se cumple con todo, en el modo de hazerlo, como sabéis, va mucho».[745] Además, en algunos casos, recurría al poder absoluto real para anular la legislación existente. En 1559 firmó un codicilo que invalidaba explícitamente la Ley de las Partidas relativa a la edad a la que,

en caso de su muerte, su hijo y heredero universal podría empezar a gobernar. En el supuesto de que don Carlos siguiera soltero, dejaría de ser menor a la edad de veinte años, como se establecía en las Partidas; pero, de estar «casado y velado» a una edad más joven, entonces Felipe declaraba «como rey y señor que no reconozco superior en lo temporal quiero que çese y no haya lugar» las Partidas. Don Carlos debería empezar a gobernar sus reinos de inmediato.[746] El rey también utilizaba de vez en cuando una fórmula similar para justificar una decisión política cuestionable. En 1557, firmó un poder autorizando a dos de sus ministros para que concluyeran una alianza «de nuestro propio motu, cierta ciencia, y poderío real absoluto, de que en esta parte queremos usar y ussamos como rey y soberano señor, no recognosciente en la tierra superior en lo temporal»; y en 1582 privó a la princesa de Éboli de la «tutoría y curaduría» de sus propios hijos, a pesar de los términos explícitos del testamento de Ruy Gómez, «como rey y soberano señor a quien toca».[747] También emitió centenares de cédulas para rehabilitar a personas —o a sus descendientes— condenadas por el Santo Oficio, normalmente con el consentimiento de la Suprema. Por ejemplo, en 1589, Joan Sánchez, barbero, hijo de padre «condemnado por el delicto de la heregía» por los inquisidores de Murcia, representaba al rey que todavía quedaba «inhábil para pretender offiçios públicos y de honrra en estos nuestros reynos», y pedía dispensación para el «exercicio de jurisdicción criminal». El rey consultó «nuestro consejo de la General Inquisición [que] tuvelo por bien», y después firmó una cédula que, «de mi propio motu y çierta çiençia y poderío real absoluto de que en esta parte puedo usar y uso», daba «licencia y facultad» para «exercer» cualquier oficio público «no embargante qualquier leyes y pragmáticas que en contrario desto aya».[748]

Sin embargo, por lo general, Felipe no veía necesidad de

explicar los motivos por los que se debía obedecer a sus mandatos, y actuaba como *legibus solutus* —exento de respetar sus mismas leyes— siempre que le parecía necesario, incluso en asuntos de vida y muerte, como pudo verse en los casos de Montigny *(véase capítulo 8)*, Escobedo *(véase capítulo 14)*, Orange *(véase capítulo 17)* y otros. Pero esta postura tenía otra cara: a algunos enemigos de Felipe les interesaba acabar con su vida por métodos ajenos a la ley. La primera tentativa conocida tuvo lugar en Londres en 1556, cuando un grupo de conspiradores planeó apuñalarle a él y a la reina María durante un juego de cañas. En 1580, mientras Felipe se encontraba en Badajoz, «una doncella portuguesa andaba para hablar al rey, y interrogada por sus guardas que deseaba, decía que andaba a demandar justicia, y por eso le dejaron pasar», pero, cuando se aproximaba al rey, «uno le alzó la manga, y se descubrió que era armada de una daga y después, mirando más a menudo, se veía que tenía un puñal al lado». Poco más tarde, estando en Lisboa, otra «doncella» trajo a Felipe un papelito donde le avisaba de que sus enemigos estaban enterrando una mina para que explotara bajo la iglesia a la que solía acudir a rezar: el rey envió inmediatamente a unos cortesanos a investigar, y estos la encontraron. En 1586, Felipe «concedió una audiencia a una mujer portuguesa y fue posteriormente informado de que ella y otros compañeros eran espías del prior de Crato don Antonio y habían planeado apuñalar al rey con una afilada daga que llevaba escondida en su cayado de peregrina».[749]

El rey constituía un blanco fácil. El duque de Alba le decía a menudo «que le parecía descuido venirse Su Magestad» a San Lorenzo «tan solo y sin guarda, estando tan de asiento en este desierto los veranos». El asesinato de Escobedo trajo inmediatamente a la memoria de un cortesano que, en 1492, «al rey don Hernando, visabuelo de Su Magestad, en Barcelona le dio un ombre una cuchillada»; y recordó haber visto

recientemente a Felipe «en el patio desta casa [El Escorial] tan solo y tan desnudo de todo lo que suele y puede ser parte para poner temor y respecto en un ánimo mal intencionado y deliberado».[750] Pero Felipe nunca mostraba miedo. Aunque (como afirmaban quienes lo criticaban) normalmente trataba de mantener una actitud discreta, cuando hacía una visita oficial entraba en cualquier pueblo o ciudad montado en su caballo, solo en medio de una gran multitud; y en 1598, durante un sermón fúnebre por él, se recordaba a los dolientes: «Es la confiança hija del amor. No huuo en el mundo rey tan fiado de los suyos, como el nuestro lo fue». Por eso, «seguro y confiado, dormía a par de unas ventanas bajas de vidrio junto a la calle. Salíase por esos campos solo, sin guarda, y daba audiencias, desarmado y solo».[751] El rey se unió en varias ocasiones a sus súbditos en sus devociones. Durante sus viajes, asistía a misa cada día en una iglesia o convento de la localidad; y el Miércoles de Ceniza de 1585, mientras caminaba por las calles de Zaragoza, se encontró con una procesión religiosa que venía del otro lado y, apartando a la multitud, cayó de rodillas con la cabeza descubierta y permaneció allí, rodeado de sus súbditos en respetuoso silencio, hasta que el sacramento hubo pasado. En 1592, durante su último gran viaje a Valladolid, Felipe se sentó con sus hijos entre los estudiantes para asistir a las lecciones públicas que se celebraban en la universidad.

Los dos cuerpos del rey

En Felipe habitaban dos personas: el rey y el hombre. Al parecer, Felipe solo salió una vez «vestido de brocado, con su cetro en la mano» —el día de su juramento como monarca de Portugal [véase lámina 37]—, pero fácilmente demostraba su elevada condición de monarca a través de sus propios hechos y palabras. Cuando en 1570 visitó la catedral de Córdoba y se encontró con el cuerpo embalsamado de su antepasado Alfonso VIII,

muerto en 1214, «tuvo la gorra quitada en tanto que estuvieron las caxas abiertas, no solo con acato sino con reverencia», y cuando notó que la figura carecía del estoque que antes sujetaba, «dio su estoque para que se le pusiesse, diziendo no era razón ponerle al rey, su señor, estoque que no era de rey». Tres años más tarde, al enterarse de que en Perú sus representantes habían empezado a entrar «en los pueblos con guion y palio», comentó enojado: «Estas son cosas, insignias y ceremoniales reales, de que no ha de vsar sino la persona real, y no gouernadores». El virrey tuvo que desistir y «ansí lo ordenaréys de aquí adelante, sin dar lugar a lo contrario».[752] Felipe también tenía cuidado de usar el «nos» real en leyes y pragmáticas «que son cosas perpetuas, y que se han de hazer guardar por los señores reyes que succedieren», en las cuales «siempre assí se ha vsado hablar por "nos", especialmente en dezir "ordenamos y mandamos", porque no solo se habla en general con muchos, pero tanbién en nombre de los successores que lo han de mandar guardar».[753]

De ordinario, sin embargo, Felipe prefería la «dignidad a través de la sobriedad» que aconsejaba el influyente libro de Baltasar Castiglione, *El cortesano*: así, en el apogeo de su poder, es como aparece en el retrato de Estado de 1587, pintado cuando tenía sesenta años de edad [véase lámina 40]. Aunque llevaba un traje nuevo cada mes, la hechura y el color —negro— siempre eran los mismos. En algunas ocasiones, el rey vestía ropa aún más cómoda. En 1559, el embajador inglés dijo que, durante su audiencia, Felipe apareció «ataviado con una capa negra y un gorro de paño». Seis años más tarde, según su colega portugués, «el rey se viste de unas ropas de colores para el camino» y «estas ropas mandan hacerse en Segovia». En 1584, en San Lorenzo, uno de los monjes comentó que cuando el rey asistía a los oficios, «tenía ropa y gorra, que parecía puro médico; tampoco tenía espada». Al año siguiente, cuando salió

para recibir a su futuro yerno, el duque de Saboya, el rey iba «vestido de negro sin pompa alguna» e incluso durante el «desposorio de su hija», aunque todos los demás iban lujosamente vestidos, «el rey iba muy llano, de vestido negro común con los ciudadanos».[754]

No obstante, incluso cuando «iba muy llano», Felipe tenía la capacidad de intimidar a todos los que se topaban con él. Cuando compareció en su presencia, Teresa de Ávila hallaba que «toda turbada, empecé a hablarle, porque su mirar penetrante, desos que ahondan hasta el ánima, fijo en mí, parecía herirme, así que bajé mi vista y con toda brevedad le dije mis deseos». Antes de cada audiencia, el embajador veneciano Leonardo Donà pasó muchas horas «leyendo y releyendo más de diez veces» las cartas e instrucciones que había recibido, por si Felipe le hacía alguna pregunta. En su sermón fúnebre, el predicador Aguilar de Terrones señaló que «con un mirar torcido, metió algunos en las sepulturas» y preguntó: «¿Quantos grandes letrados, quantos valerosos capitanes […] en viendo a Su Magestad se turbaron, temblaron y enmudecieron?».[755]

Era en parte una fachada. El rey demostraba su preocupación por «acertar», uno de los términos más frecuentes en su vocabulario profesional (lo que tal vez señalaba una falta de confianza en sí mismo). En 1559, mientras se preparaba para viajar al norte de Europa, Felipe exclamó que «yo no deseo ni tengo otro fin sino de azertar; plega a Dios que así se haga como yo lo deseo, mas estoy muy pudrido que tras desear yo esto tanto se yerre muchas vezes. Que está el mundo desta manera». Y continuó obsesionado después de su vuelta a España. Le aseguró a Quiroga que «en todo deseo acertar, y más en las cosas que tocan a religión»; «para que se acierte lo que más convenga a su servicio y religión que es lo que yo pretendo y deseo»; «yo deseo tanto acertar en la provisión de

presidente [de Castilla]»; y «yo no dexaré de ir pensando en todo para procurar se acierte mejor», cuatro ejemplos tomados de su correspondencia con un solo ministro, y en un solo año, 1576. Su ansiedad no amainó con el tiempo. En 1592 agradecía a la Suprema «por el gran cuydado con que se trata lo que tanto conviene al servicio de Dios y al mýo, y a la authoridad de el Santo Oficio (que no se puede dividir lo uno de lo otro) y para que mejor se acierte en esto»; en tanto que dos años más tarde anunció que [en] «lo que toca a la provisión de inquisidor general, días ha que yo ando pensando en ello con mucho deseo de acertar».[756]

La sobrecarga de información y el camino hacia el desastre

La ansiedad del rey por acertar subyacía a su insistencia en tomar todas las decisiones importantes él mismo, y dio lugar a un sistema de gobierno comparable a un «panóptico», en el que solo la persona situada en el centro podía verlo todo. Aunque el atractivo de este tipo de centralización para el rey era evidente, también lo eran sus peligros. Los gobernantes, al igual que los líderes de cualquier organización empresarial, deben contar con dos cualidades clave: una visión clara y la capacidad de delegar. Su principal tarea consiste en definir unos objetivos claros para su empresa, desarrollar un plan para conseguirlos y controlar sistemáticamente el progreso conforme al plan, ajustándolo a las circunstancias según sea necesario. Deben formular «preguntas abiertas» —qué, cuándo y por qué— y visualizar cómo tendría que evolucionar la empresa en los años siguientes. Pero, además, han de elegir y formar a unos subordinados capaces de alcanzar esos objetivos y, a continuación, delegar en ellos la ejecución. Las normas de actuación y su puesta en práctica tienen que mantenerse completamente aparte. Las mismas personas no deberían encargarse nunca de las políticas y

las operaciones: los líderes establecen las metas y dan instrucciones; los gerentes las llevan a cabo y fomentan la eficacia.

Según la moderna teoría organizacional, el sistema empresarial menos eficaz es aquel en que el líder trata de hacerlo todo de una forma dictatorial y hermética y reduce a los empleados de todos los niveles a meros funcionarios, de modo que, bajo la sobrecarga de responsabilidad, limita los objetivos de la empresa para hacer frente a cada reto que se presenta y tratar de evitar los errores. Este era el estilo de liderazgo adoptado por Felipe. Antes de dar su aprobación definitiva a cualquier acción, esperaba a que todo pareciera estar en perfecto orden. En 1571, mientras el embajador veneciano en Madrid esperaba impaciente a que las galeras españolas se hicieran al mar para unirse a la Armada de la Liga *(véase capítulo 11)*, comentó con irritado asombro la insistencia del rey por tenerlo todo absolutamente dispuesto antes de permitir el inicio de la campaña:

> Veo que, en lo que respecta a la guerra naval, cualquier mínimo detalle se lleva muchísimo tiempo e impide los viajes; el hecho de no estar listos los remos o las velas, o no tener bastantes hornos para hacer galletas, o carecer de solo diez árboles o mástiles, retrasa durante meses enteros la salida de la flota.

Por otro lado, una vez que se había reunido hasta el último remo, vela, horno y mástil, el rey esperaba que todo fuese como un reloj.[757] Esta esperanza era, por supuesto, totalmente vana dadas las limitaciones impuestas por la tecnología del siglo XVI, aunque tres factores impedían que Felipe pudiese ver este defecto crítico. En primer lugar, el rey mantenía el mayor y mejor servicio de información de su tiempo. Un enviado flamenco en la corte en 1566 advertía a su amo: «Vuestra Señoría sabe que no passa allá cosa que luego no se sepa aquí»; mientras que, ocho años más tarde, un agudo embajador veneciano opinaba que la «inteligencia» a la disposición del rey

«es tanta, que no hay cosa que no sabe y que no vee».[758] Felipe mantenía embajadas permanentes en Roma, Venecia, Francia, Génova, el Imperio, los cantones suizos y Turín (y también en Lisboa hasta 1580, y en Londres hasta 1584), así como enviados especiales cada vez que la ocasión lo requería. Mientras que los embajadores y ministros de la mayoría de los restantes Estados europeos solían enviar un despacho a sus superiores cada mes, Felipe esperaba recibir al menos uno semanal, si no más a menudo. En 1557, cuando entendía que un ejército francés se acercaba al campo sobre San Quintín, le escribió a su primo, Manuel Filiberto, de su puño y letra: «Me aviséis bolando dello con tres o cuatro, cada uno por su parte, que hagan grandísima diligencia […]. Y para esto os ruego mucho que de noche y de día hagáis tener caballos sueltos». Seis años más tarde, enfatizó a su enviado en el Concilio de Trento que deseaba saber todo, «porque juzgamos que no habría de haber cosa tan grande ni pequeña que en ese concilio se hiciese, que no fue con saberla vos y tenerla entendida, aun cuando pensase». Durante la invasión de Portugal en 1580, el rey avisó al duque de Alba de que «holgaré mucho que cada día me aviséis de lo que hubiere», y a partir de entonces empezó a recibir puntualmente dos, tres e incluso cuatro cartas al día (aparte de las que se dirigían a los principales ministros de la corte). Ocho años después, durante la campaña de la Armada, el rey mostró una impaciencia todavía mayor y ordenó a sus representantes que proporcionaran un flujo constante de noticias «pues agora es el tiempo de avisarme de todo por momentos».[759]

Los ministros de Felipe le obedecían. El rey informó al duque de Alba, durante la invasión de Portugal en 1580, de que «holgaré mucho que cada día me aviséis de lo que hubiere», y el duque tuvo que enviar dos, tres y hasta cuatro cartas diarias; al mismo tiempo, sus embajadores y sus espías

averiguaban, y le transmitían, casi todos los secretos de Europa. En la década de 1560, sus representantes, tanto en Londres o en París, se las arreglaron para obtener y copiar un mapa de los asentamientos franceses en La Florida, que sirvió de gran ayuda en la posterior campaña para destruirlos *(véase capítulo 7)*. En 1578, su embajador en Inglaterra sobornó a «una persona que embiava […] en la nave que Omfre Gilbert [sir Humphrey Gilbert] llevava a las Indias arribas»; y este agente desconocido proporcionó una valiosa información secreta sobre los intentos de Inglaterra por descubrir el Paso del Noroeste.[760] En la década de 1580, tanto el cifrador de los breves papales como el embajador inglés en París y el contador de la Casa de la reina Isabel (por nombrar solo a los más destacados) aceptaron dinero de los diplomáticos de Felipe a cambio de traicionar secretos.

La eficacia de los archiveros de Felipe en recuperar y almacenar la información formaba el segundo elemento que sostenía la falsa ilusión de que los datos a disposición del rey le capacitaban para «acertar» en cualquier decisión. El rey mantenía numerosos depósitos: uno en Barcelona para los documentos relacionados con la Corona de Aragón, otro en Nápoles para las escrituras de propiedad del virreinato, otro en la iglesia de Santiago en Roma para los informes y bulas papales a su favor, y otro en el Archivo General de Simancas para los documentos de la Corona de Castilla y el gobierno central. Además, en Portugal visitó el Archivo Nacional de la Torre do Tombo, ya constituido como «memorial universal», e incorporó muchas de sus prácticas en su *Instrucción para el gobierno del Archivo de Simancas* en 1588. Estos eran ya archivos en funcionamiento. Entre 1583 y 1593 el archivero real, Diego de Ayala, recibió casi trescientas solicitudes de copias de documentos conservados en Simancas, de las que el propio Felipe envió treinta y cinco peticiones. Una de ellas era

la solicitud de un documento que demostraba que la corona tenía el derecho de nombrar a todos los deanes en el reino de Granada. Su archivero encontró una bula de 1493 que le daba la razón, y Felipe envió, con aires de suficiencia, una copia a su embajador en Roma. En 1586, cuando llegaron a Madrid noticias del saco de Cartagena de Indias por sir Francis Drake, el Consejo de Indias quiso «traer del archivo de Simancas al Consejo las informaciones que se hizieron sobre la toma y robo de Cartagena que se hizo por ciertos franceses, que están en el archivo en el caxón 41, arca 13».[761] [⇒]

El último elemento que indujo a Felipe a creer en su omnisciencia fue el magnífico servicio de correos que tenía a su disposición. El contrato firmado por su padre con la familia Thurn und Taxis estableció una cadena de estaciones postales que unían España con Alemania, Italia y los Países Bajos; cada semana, decenas de mensajes oficiales recorrían sin problemas esas cadenas. Esta red podía expandirse siempre que fuera necesario. La mayoría de las cartas de todas las rutas postales salían con el correo «ordinario» que partía de cada ciudad importante una o dos veces al mes, pero también se recurría a correos «extraordinarios» cuando se requerían. Como observó Giovanni Ugolini, en la época de Felipe una carta podía viajar más rápido que cualquier otra cosa.[762] En 1566, cuando estalló la rebelión en los Países Bajos, algunos mensajeros consiguieron transportar los mensajes entre Bruselas y la corte española en once, diez y, en un caso, solo nueve días (lo que supone una media de 150 kilómetros a caballo cada día). Cinco años más tarde, la noticia de la victoria de Lepanto viajó una distancia de 3.500 kilómetros en algo menos de veinticuatro días (de nuevo a una velocidad media de 150 kilómetros diarios); un barco que portaba noticias de la tentativa francesa de capturar Amberes en 1583 llegó a Lisboa en ocho días; otro con información de los preparativos de Parma para la invasión de Inglaterra en 1588

arribó en solo cinco.

La excelente red de información creada por Felipe conseguía que, a menudo, los embajadores extranjeros en la corte española estuvieran en desventaja porque el rey conocía el devenir de los acontecimientos antes que ellos. El 15 de octubre de 1569, por ejemplo, Felipe convocó al embajador francés Fourquevaux a una audiencia y le anunció, «con una sonrisa en la cara», que el ejército de su amo había obtenido una importante victoria sobre los protestantes en Moncontour, cerca de Poitiers: un mensajero especial de su agente en Lyon acababa de llegar con la noticia. La confirmación de la misma llegó el día 21 con un correo urgente enviado por el embajador español en Francia, mientras que Fourquevaux solo fue informado por su propio gobierno unos días después.[763] El rey llegó incluso a avergonzar a los embajadores de la República de Venecia, cuyo servicio de información fue la envidia de toda Europa. El 6 de junio de 1571, un mensajero real procedente de Roma trajo la noticia de que los representantes de España, Venecia y el papa habían formado una Liga para acabar con los turcos otomanos dieciocho días antes; un correo papal llegó con la confirmación el día 10; pero el embajador de Venecia, Leonardo Donà, no recibió la noticia de su propio gobierno hasta el día 28. Ese mismo año, aunque Donà fue el primer embajador que recibió un informe completo sobre la victoria de Lepanto, cuando intentó comunicar la noticia al rey descubrió que Felipe ya había sido avisado media hora antes.

Pero el sistema no funcionó siempre así. Como Felipe rezongaba en una ocasión, «los correos corren de manera o duermen».[764] Por ejemplo, de las treinta y dos cartas procedentes de Madrid recibidas por el embajador español en París durante 1578, la más rápida tardó solo siete días; la mitad del total, entre diez y catorce días; y una de ellas cuarenta y nueve días —lo que supone un rango de entre una y seis

semanas—, y, lamentablemente para Felipe, no existía correlación entre la urgencia del mensaje y la velocidad de su llegada. En 1558, la noticia de la muerte de Carlos V en Yuste el 21 de septiembre no le llegó a Felipe en los Países Bajos hasta el 1 de diciembre; la de la muerte de su esposa María en Londres el 17 de noviembre no la recibió hasta el 7 de diciembre. Durante la furia iconoclasta de 1566, el gobernador de la distante provincia de Frisia, tratando de conseguir ayuda del gobierno central de Bruselas, descubrió que los «mensajeros a pie iban más rápido»; y, de vez en cuando, la inseguridad crónica de las carreteras del sur de Francia obligó de igual modo al embajador español en París a confiar los despachos a viajeros normales que iban a pie, porque era menos probable que les detuvieran y registraran.[765] De manera que el sistema de información y de mando de la Monarquía española marchaba, literalmente, al paso.

Como todos los hombres de Estado, Felipe se asemejaba al capitán de un barco: solo podía mantener el rumbo si su embarcación se desplazaba más rápido que la corriente. A medida que el volumen de información del que disponía aumentaba, las resoluciones se producían inevitablemente más despacio. La insistencia en recopilar cada vez más datos y la ilusión de creer que esto le capacitaba —y le daba derecho— a microgestionar las operaciones en todo su imperio mundial, produjo, paradójicamente, una disminución del control. Al parecer, Felipe fue consciente de ello durante la primera mitad de su reinado. Por una parte, solía transmitir sus órdenes a sus principales lugartenientes en persona o bien utilizando a un mensajero capaz de explicar sus intenciones con todo detalle. Eraso y Ruy Gómez fueron portadores de despachos e instrucciones importantes en la década de 1550. Por otra parte, el rey estaba dispuesto a delegar la decisión definitiva sobre temas operativos clave en los encargados de llevarlos a la

práctica. En 1557, durante el asedio de San Quintín, escribió a Manuel Filiberto de Saboya, comandante de su ejército: «Porque estas cosas no se pueden ordenar de acá puntualmente, porque las occasiones y suçessos las alteran cada ora, os le remitimos para que lo veáys y, tractado y platicado con quien os paresciere, eligáys y pongáis en efecto lo que viéredes ser más útil y neçessario al bien desta empresa». Una década más tarde, envió instrucciones extremadamente detalladas al duque de Alba sobre las medidas que debía tomar en los Países Bajos, pero a continuación añadía una concesión vital: «Yo os remito todo esto, como a quien estará sobre el negocio y tendrá mejor entendidos los inconvenientes o conbenientes que podrá aver en todo». Y, en 1574, concedió a don Luis de Requesens similares libertades: «Esto es lo que occurre, y a lo que yo más me inclino; pero vos, que tenéis el negocio presente, haréis lo que viéredes más convenir a mi servicio, y a la buena dirección de lo que tenéis entre manos».[766]

En 1585, Mateo Vázquez explicó a un colega que en la toma de decisiones debía imitar lo «que se suele dezirse a los embaxadores», a saber, «Vos que estáis a la mira y las manos sobre la obra, veréis y haréis lo que entendiéredes más convenir», aunque la palabra clave era «suele». Ese no era el estilo de Felipe por aquel entonces. En su lugar redactó en Madrid o en El Escorial documentos que explicaban la Empresa de Inglaterra a Santa Cruz y Medina Sidonia en Lisboa y a Parma en Bruselas, y se los envió por correo. Lo que es peor, instaba a sus almirantes y generales a que lo creyesen «como a quien tiene entera noticia del estado en que se hallan al presente las cosas en todas partes»; y cuando estos protestaban diciendo que sus órdenes eran imposibles de ejecutar, el rey les hacía callar, irritado: «No ay que gastar tiempo en consultas y respuestas».[767] Esto era, por supuesto, ridículo. Incluso aunque el rey hubiese tenido «entera noticia

del estado en que se hallan al presente las cosas en todas partes», habría sido de escasa utilidad porque, para cuando sus instrucciones llegaran a su destino, «el estado en que se hallan al presente las cosas» ya habría cambiado.

Felipe nunca llegó a comprender, al parecer, la necesidad de reconocer sus propias limitaciones, sobre todo durante cualquiera de las crisis que multiplicaba enormemente el número de decisiones urgentes que debían tomarse, porque (en palabras de un eminente analista estratégico contemporáneo):

> Un ser humano solo puede absorber y digerir información hasta ciertos límites, y actuar en consecuencia, durante un periodo determinado. A medida que aumenta la tensión, la mayoría de los individuos ignora o tergiversa los datos, confunde y malinterpreta la información, y aumentan la confusión, la desorientación y la sorpresa.

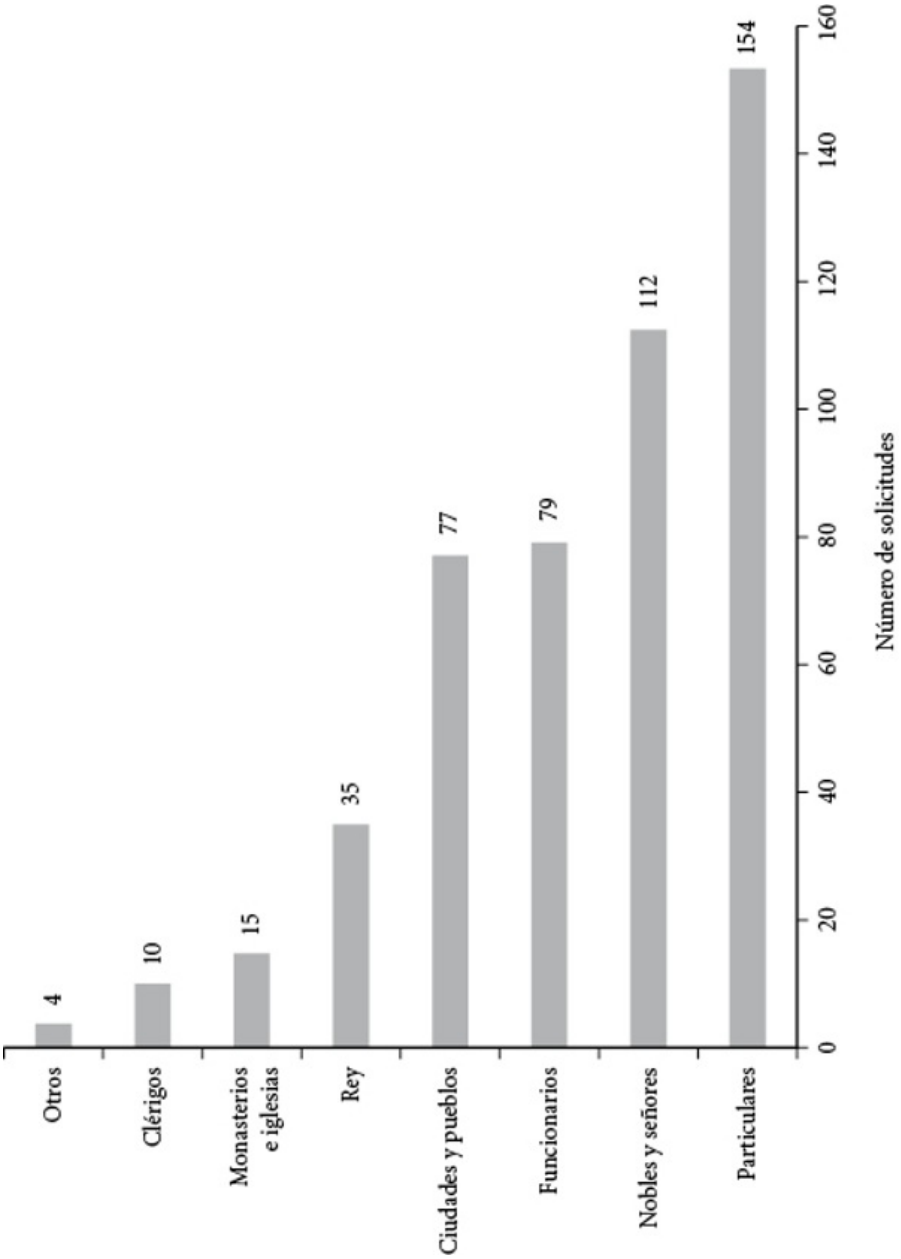
En resumen, «una mayor información procedente de más fuentes, y disponible con mayor rapidez que nunca, conduce a la sobrecarga del sistema». Tanto en el siglo XVI como en el XXI, «las tecnologías de procesamiento y transmisión superan con creces nuestra capacidad de asimilar, clasificar y distribuir información».[768] Incluso aunque, como don Juan de Silva especuló irreverentemente en 1589, «la cabeça de su Magestad […] deue ser la mayor del mundo», resultaba demasiado pequeña para microgestionar un imperio en el que nunca se ponía el sol.

Dinero recibido de Castilla (en ducados)

ño	Para la flota mediterránea	Para el ejército de Flandes
571	793 ,000	119,000
572	1,463 ,000	1,776,000
573	1, 102,000	1,813,000
574	1,252,000	3,737,000
575	711,000	2,518,000
576	1,069,000	872,000
577	673 ,000	857,000
otal	7,063,000	11,692,000

El coste de la guerra en dos frentes, 1571-1577. El coste para España de la derrota de los turcos en Lepanto en 1571 fue relativamente bajo, gracias a las contribuciones de los dominios italianos de Felipe así como de sus aliados, pero la campaña del año siguiente, a pesar de que fue infructuosa, costó el doble. Después de que Venecia firmara la paz por separado con los turcos en 1573, los súbditos de Felipe tuvieron que cargar con casi todo el peso de la defensa del Mediterráneo. Al mismo tiempo, los costes derivados de la represión de la revuelta holandesa se dispararon. Como los ingresos totales de la Corona de Castilla apenas superaban los seis millones de ducados, de los cuales la mitad se invertía en devolver los préstamos solicitados anteriormente, la Real Hacienda incurrió rápidamente en enormes deudas. El 1 de septiembre de 1575 Felipe emitió un decreto de suspensión por el que se bloqueaban todos los pagos.

<<



Solicitudes de copias de documentos recibidas por el Archivo de Simancas, 1548-1599. En esa segunda mitad del siglo, el Real Archivo de Simancas recibió peticiones de copias de uno o más documentos referentes —de mayor a menor número— a juros, cartas de naturaleza, legitimaciones, beneficios eclesiásticos, hidalguías, mayorazgos, sueldos atrasados, mercedes y privilegios, y oficios. En torno a un tercio de las solicitudes correspondía a documentos producidos por el Consejo de Castilla, mientras que una quinta parte estaba relacionada con América. La mitad de las peticiones, aproximadamente, llegó en el decenio de 1583-1593.

QUINTA PARTE

El rey vencido

17. La Empresa de Inglaterra, 1585-1588

España, atacada

Poco después de su elección como papa en abril de 1585, Sixto V mencionó al embajador español en Roma su deseo de encargar «alguna empresa famosa», especificando que podía ser la reconquista del bastión musulmán de Argel o la invasión de Inglaterra. El embajador informó puntualmente de ello a su señor, pero Felipe garabateó sobre la carta con enojo, «¿no les deve parecer famosa lo de Flandes, ni deven pensar lo que se gasta en ella? Poco fundamento tiene lo de Inglaterra».[769]

Durante algún tiempo, Sixto desvió amablemente su atención hacia otras posibilidades, pero en agosto de 1585 volvió a hacer un llamamiento a Felipe para que invadiera Inglaterra. Una vez más, Felipe rechazó la idea. Tras hacer hincapié en el coste y la larga duración de la guerra en los Países Bajos —«todo por no quebrar [yo] un punto en lo de la religión»—, el rey instaba al embajador Olivares a recalcarle al papa el dilema estratégico al que se enfrentaba:

> Encargarme de empresas nuevas, teniendo esta [guerra de Flandes] en el punto en que está, y consumiendo tanta hazienda, juzgue agora Su Santidad si es cosa que yo pueda hazerla […], pues a un tiempo mal se puede acudir gallardamente a más de una parte; y alçar la mano desta por otra ninguna cosa, ya se vee si sería justo ni servicio de Nuestro Señor […] pues es contra herejes, que es lo que el papa dessea. No le parezca que estoy ocioso mientras esto se haze.

Solamente, concedía, «si Dios es servido que se acaba [la guerra de Flandes], como puede esperarse con su favor, entonces auría dispusición para poder en otras partes satisfacer a su santo zelo, y mi desseo»[770].

Las noticias de que sir Francis Drake y su fuerza expedicionaria inglesa habían saqueado Galicia *(véase capítulo 15)* hicieron que el rey cambiara de opinión; en octubre de

1585 el embajador imperial en Madrid afirmó: «Con este acto, los ingleses se han quitado la máscara respecto a España». Aunque al principio el rey se encontró impotente —«veis que ha sido el casso tan sin pensar que de acá no puede proveerse ningún remedio», se quejaba a sus oficiales de Galicia—, la cuestión ahora no era si contraatacar o no, sino cómo se llevaría a cabo el contraataque. Felipe encargó a don Juan de Zúñiga que preparara una revisión exhaustiva de las prioridades de España en materia de seguridad a la luz del ataque de Drake.[771]

El análisis de Zúñiga representaba lo mejor del estilo estratégico de España. Al comienzo, identificaba cuatro principales enemigos —los turcos, los franceses, los holandeses y los ingleses—, y argumentaba que los turcos, pese a haber sido anteriormente los antagonistas más importantes, habían invertido tantos recursos en su lucha contra Persia que bastaba con que Felipe mantuviera una postura defensiva en el Mediterráneo. Por su parte, los franceses, que también antaño constituyeron una grave amenaza, parecían en aquel momento tan enredados en sus propias disputas civiles que, aunque en algún momento pudiera ser necesario intervenir para prolongarlas, probablemente el coste para Felipe no sería muy alto. Quedaban solo los holandeses y los ingleses. Los primeros habían sido para España como una piedra en el zapato desde la rebelión de 1572, dado que cada éxito español parecía ir seguido de algún revés para compensarlo; pero al menos este problema, si bien costoso y humillante, solo se circunscribía a los Países Bajos. La amenaza inglesa era muy distinta: había surgido en fecha reciente y afectaba a todo el mundo hispano, dado que Isabel apoyaba abiertamente a los holandeses y al pretendiente portugués don Antonio, y también a Drake. Zúñiga sostenía que ahora Inglaterra había roto la paz con España y que «estar en esta guerra solo a la defensa es obligarse Su Magestad a un gasto grandíssimo y perpetuo, pues ha de

guardar todas las Indias y la carrera de las occidentales y orientales, lo qual no se puede hazer sino con muchas Armadas». Una invasión anfibia de una fuerza aplastante, razonaba, representaba por tanto la forma más efectiva de defensa, y también la más barata. El desvío inmediato de recursos para la Empresa de Inglaterra podría detener al menos durante un tiempo la reconquista de los Países Bajos y tal vez comprometer la seguridad de la América hispana; pero Zúñiga opinaba que había que asumir el riesgo, porque, mientras Inglaterra continuara con las hostilidades, ninguna parte de la monarquía de Felipe estaría a salvo.[772]

Los hechos pronto le dieron la razón. Tropas inglesas pagadas por Isabel Tudor llegaron a Holanda, lideradas por el conde de Leicester, privado de la reina, para actuar como gobernador general de las provincias rebeldes. Además, a España no dejaban de llegar noticias de los destructivos avances de Drake en las islas Canarias, en las de Cabo Verde y, por último, en el Caribe. En Madrid, Granvela lamentaba que «la reina de Inglaterra nos haga la guerra de forma tan descarada y deshonesta, y que nosotros no podamos vengarnos»; mientras que en Lisboa el marqués de Santa Cruz redactó un *Discurso* en el que repasaba las medidas defensivas esenciales para protegerse contra la posibilidad de más ataques de Drake.[773] En cambio, el arzobispo de Sevilla, don Rodrigo de Castro, que había trabajado con el rey en la recatolización de Inglaterra en la década de 1550, fue duramente criticado por su cobardía y sus respuestas pusilánimes. ¿Qué sentido tenía perseguir a Drake?, preguntaba, ¿porque era gran marinero e iba bien pertrechado de todo lo necesario? Sin duda, la mejor manera de acabar con la amenaza inglesa era atacar Inglaterra mientras su más destacado almirante estaba lejos de sus aguas. «Si la jornada se huviesse de hazer», fulminó, «nunca pudo haver mejor ocasión». El rey se mostró de acuerdo: «Como havréis visto, y

veréis agora», escribió en la cubierta de la carta de Castro, «está en esto dado la orden que ha parecido convenir».[774]

Y, en efecto, así fue: el 24 de octubre de 1585, dos semanas después de que las fuerzas de Drake desembarcaran en Galicia, Felipe firmó unas cartas informando a Sixto de que aceptaba con entusiasmo su invitación a acometer la conquista de Inglaterra. El rey hacía solo dos llamadas a la cautela: primero, «que por más que Su Sanctidad y Su Magestad concurran a esta empresa de voluntades, la misma brevedad del tiempo (pidiendo el effecto del negocio tan grandes preparaciones) excluye el poderse hazer el año de 86, y así aurá de quedar para el de 87». Y, segundo, que dado que el coste total de la empresa probablemente superaría los tres millones de ducados, en un momento en que la guerra en los Países Bajos ya tenía las finanzas españolas al límite, «por no faltar en nada se contenta de poner lo que pudiere, declarando que no podrá ser más de la tercia parte del gasto, o a lo summo la mitad, y que lo demás se ha de proveer allá [en Roma]».[775] Una vez que Felipe recibió, en diciembre de 1585, la confirmación del apoyo de Sixto a este respecto, se comprometió a llevar a cabo la conquista de Inglaterra e invitó al príncipe de Parma, orgulloso de su triunfante reconquista de la mayor parte de Flandes y Brabante, a diseñar una estrategia adecuada para la invasión.

«La traza acordada»

El rey sabía, tanto de sus lecciones de historia como de su experiencia como consorte de María Tudor, que las invasiones por mar habían derrocado o minado gravemente a nueve gobiernos ingleses a lo largo de los cinco siglos anteriores, y concluyó que tres de las estrategias del pasado ofrecían razonables visos de éxito. La primera consistía en una flota lo bastante fuerte para derrotar a la marina inglesa y capaz de conducir al otro lado del canal de la Mancha a un ejército

suficientemente numeroso para llevar a cabo la conquista, como Guillermo I había hecho en 1066 con un éxito espectacular. Otra estrategia incluía un asalto por sorpresa, como el que Enrique VII, abuelo de Isabel, había realizado en 1485. Por último, se podía reunir en secreto un ejército cerca del canal mientras, para desviar la atención, se lanzaba un ataque sobre Irlanda que arrastraría hacia allí a la mayoría de las fuerzas inglesas, dejando a Inglaterra relativamente desprotegida frente a la invasión por parte del contingente principal, como más adelante intentaría Napoleón. El hecho de que todas estas posibilidades fueran tenidas en cuenta en 1586-1588 acredita la visión y la competencia de Felipe y sus ministros; que el rey finalmente tratara de acometer las tres a la vez, no.

La confusión comenzó en febrero de 1586, cuando el marqués de Santa Cruz envió al rey un elocuente alegato acerca de que la mejor manera de defender la península sería atacar Inglaterra con una fuerza anfibia bajo su mando. Felipe recibió con agrado la sugerencia y ordenó al marqués que preparara y enviara «un papel del modo con que le parece que aquello se podría ejecutar, dando lugar a ello las cosas».[776] Santa Cruz cumplió en marzo de 1586 con una propuesta titulada *El Armada y Ejército que pareció se havía de juntar para la conquista de Inglaterra*. Aunque el marqués jamás trasladó al papel ni la estrategia ni el objetivo concretos que contemplaba, porque «el negocio es tal que no se puede del todo tratar ni conferir por escrito», es posible deducir sus intenciones a través de la extraordinaria cantidad y la naturaleza del material especificado: 510 barcos que debían transportar 55.000 efectivos de infantería y 1.600 de caballería, con todo el equipamiento, munición y artillería. Era la estrategia de Guillermo el Conquistador: una invasión con unas fuerzas abrumadoras.

Antes de que pudiera comenzar con sus preparativos, llegaron noticias de que Drake había capturado y saqueado

Santo Domingo, la capital del Caribe español. El rey ordenó entonces que Santa Cruz se olvidara de «la otra plática movida» (la invasión de Inglaterra) y se dedicara a perseguir y destruir a Drake. El marqués debía partir de inmediato con todas las naves de guerra disponibles hacia el Caribe; «en la brevedad de vuestra salida consiste todo lo que se pretende», insistía Felipe en una carta fechada el 20 de abril de 1586.[777]

Aquel mismo día, en Bruselas, el duque de Parma completó y envió su propio y detallado plan para invadir Inglaterra, como el rey le había solicitado. El documento, de veintiocho páginas, comenzaba lamentando el poco secreto que rodeaba las intenciones del rey, afirmando que incluso soldados de a pie y civiles de los Países Bajos debatían abiertamente sobre la mejor forma de invadir Inglaterra. No obstante, el príncipe pensaba que el éxito todavía podía garantizarse si se mantenían tres premisas básicas. La primera, que Felipe debía ser el único responsable, «no haziendo caso de los propios del payś [Inglaterra] ni de la assistencia de otros coligados». La segunda, que debía impedirse que los franceses interfirieran, ya fuera a través del envío de ayuda a Isabel o de su intervención en los Países Bajos. Y, la tercera, que debían quedar suficientes tropas para defender las provincias de los Países Bajos recientemente recuperadas, una vez la fuerza de asalto hubiera partido. Parma se ofreció a conducir un contingente de treinta mil soldados de infantería y quinientos de caballería desde Flandes a través del canal a bordo de una flotilla de barcazas y lanzar un ataque sorpresa sobre Inglaterra. Siempre que sus intenciones concretas se mantuvieran en secreto, «con la comodidad que aquí ay y facilidad de juntar la gente de guerra y embarcalla en los navíos que se dize, y pudiéndose con brevedad cada momento saber las fuerzas que la dicha reyna tiene, y pudiere tener en mar y tierra, siendo un pasaje de 10 u 12 horas quando no aya viento y 8 quando le aya», el príncipe se mostraba seguro de que la

invasión podía llevarse a cabo con grandes probabilidades de éxito. «La costa y desembarcadero para ganar tierra parece el más apropósito, breve y fácil desde Dobra [Dover] hasta Margat [Margate], que está a la boca del río Tamesis». Y continuaba: «Es también de grande consideración el poder llegar tan brevemente a la dicha Londres y cogella, por consiguiente, desapercivida». Solo en dos párrafos de la carta se contemplaba la posibilidad de apoyo naval desde España y, aun así, solo en el contexto del «peor escenario posible»: es decir, si Inglaterra llegaba a enterarse de algún modo de los detalles del plan. En tal caso, sugería Parma, dado que las hazañas de Drake habían obligado al rey a enviar una flota para proteger el Atlántico, tal vez esta nueva Armada podría «servir de diversión para traerlos [a los ingleses] fuera de su canal». Esto se correspondía con la tercera estrategia alternativa para invadir Inglaterra, la versión napoleónica: la utilización de un señuelo naval para facilitar el ataque por parte de un ejército de invasión relativamente desprotegido.[778]

Parma confió sus planes a un mensajero especial, a quien (al parecer, en beneficio del secreto) dio instrucciones de seguir el Camino de los Españoles desde Bruselas hasta Génova, embarcar hacia Barcelona y, desde allí, dirigirse a Madrid. Su plan, por tanto, no llegó a la corte hasta finales de junio y, para entonces, las andanzas de Drake habían sembrado la confusión en la capital española. Mateo Vázquez se quejó ante el conde de Barajas, presidente del Consejo Real, de que en Madrid

> se habla muy sueltamente sobre los daños que ha hecho el inglés Francisco Draque y con palabras tan descompuestas y desordenadas, dando a entender que no se ha puesto el remedio que se pudiere, que hazen sospechar se lleva fin a poner mal ánimo a los vassallos, no mirando en la gran prudencia y consideración con que Su Magestad ha attendido y attiende a prevenir todo lo posible.

El conde respondió en términos hábiles (y reveladores):

> Aunque en todas partes ay personas malas y de inquietas intenciones, no creo que

todos los que hablan en este es porque las tengan, sino porque tanbién algunos se mueven con zelo de dessear ver a sus ojos lo que Su Magestad provee en secreto para las cosas de su servicio y bien destos reinos, y que así de mano en mano se va cundiendo esta materia por ser tan pública y de tanta importancia la que públicamente se vee que depende de Inglaterra y del inglés Francisco Draque.

Hizo hincapié en que, «pues esto de los ingleses y de las Indias es tan extraordinario y tan público», el rey debía crear una junta especial para discutir (y dejarse ver haciéndolo) «todas las cossas de estado y guerra y galeras en que entra lo de los ingleses».[779] Pero este «gobierno transparente» no se ajustaba al estilo del rey. En su lugar, envió la propuesta del duque de Parma a don Juan de Zúñiga, que ya servía de coordinador para la empresa propuesta por Santa Cruz.

Zúñiga recomendó una estrategia combinada. Una Armada de 120 galeones, galeazas, galeras, mercantes y pinazas, junto con un ejército de treinta mil soldados de infantería y dos mil de caballería, debía concentrarse en Lisboa y zarpar hacia Irlanda. Al mismo tiempo, el Ejército de Flandes debía reforzarse, primero para contener a las fuerzas holandesas e inglesas en Holanda y, después, para cruzar el canal en pequeñas embarcaciones, preparándose para emprender una marcha sorpresa sobre Londres mientras Isabel enviaba sus fuerzas a destruir la lejana posición de avanzada establecida por la Armada. Puesto que España no obtendría ningún provecho de la anexión directa de Inglaterra («por lo que costaría conservarle»), Zúñiga insistió en que el recién conquistado reino debía dejarse en manos de un soberano católico aliado. Él proponía a María Estuardo, aunque recomendaba que esta debería casarse con un príncipe católico de confianza, como Alejandro Farnesio, duque de Parma.[780]

Estas sugerencias constituían la base del plan que, a partir de entonces, se llamaría (por motivos de seguridad) «la traza acordada», el cual Felipe envió en julio de 1586 tanto a Parma, en Bruselas, como a Santa Cruz, en Lisboa, y, aunque este

documento aún no ha salido a la luz, su contenido se deduce de la correspondencia posterior. El marqués comandaría una Armada desde Lisboa en el verano de 1587 —un año más tarde — llevando con él todas las tropas disponibles así como el pesado equipamiento (especialmente, una poderosa artillería de asedio) necesario para que el ataque sobre Londres se saldara con éxito. Primero, debía conducirla hasta Irlanda, donde actuaría de cabeza de playa para distraer a las fuerzas navales de Isabel y neutralizar su potencial de resistencia, de manera que, pasados unos dos meses, la Armada podría abandonar Irlanda y poner rumbo al canal. Llegado ese momento, y no antes, Parma ordenaría el embarque de la principal fuerza de invasión, compuesta por treinta mil veteranos, en una flotilla de pequeños barcos reunida en secreto en los puertos de Flandes, y cruzaría la costa de Kent mientras la Gran Armada mantenía el control local del mar. Los hombres de Parma, junto con los refuerzos y el tren de asedio de la flota, desembarcarían entonces cerca de Margate, saldrían como una exhalación hacia Londres y lo capturarían, preferiblemente con Isabel y sus ministros todavía allí.

¿Cabe preguntarse si Felipe era consciente de los enormes riesgos inherentes a esta traza híbrida? La propuesta de Santa Cruz tenía mucho mérito: la campaña de 1588 demostró que, una vez que la Armada saliera al mar, los españoles podrían desplazar sesenta mil toneladas de carga desde un extremo del canal al otro, a pesar de los reiterados ataques. Y el exitoso desembarco de tropas españolas en Kinsale en 1601 evidenció lo fácil que era establecer y fortificar una cabeza de playa en el sur de Irlanda. La contrapropuesta de Parma de un desembarco por sorpresa en Kent también ofrecía muchos puntos a su favor: una y otra vez, sus tropas habían demostrado su valor bajo su mando, y las en gran medida desentrenadas fuerzas inglesas, tomadas por sorpresa, quizá no conseguirían repeler al

Ejército de Flandes una vez hubiese tomado tierra. El fracaso de la Empresa de Inglaterra se debió, en última instancia, a la decisión de unir la flota de España con el ejército procedente de los Países Bajos como preludio esencial al lanzamiento de la invasión.

¿Por qué cometió este error crucial? Felipe había participado en dos campañas victoriosas en el comienzo de su reinado *(véase capítulo 3),* y en los primeros años de la década de 1580 había aprobado el audaz traslado de un gran ejército y su equipo de Setúbal a Cascais, una travesía de doscientos kilómetros, y el envío de dos fuerzas anfibias para capturar islas a más de 1.800 kilómetros de la península ibérica *(véase capítulo 15)*. También poseía un conocimiento directo de la ruta que seguirían sus fuerzas de invasión: en 1554 había navegado desde La Coruña a Southampton, un viaje que completó en solo una semana, y en los tres años siguientes cruzó el canal de la Mancha en tres ocasiones. No obstante, Felipe seguía siendo básicamente un estratega de salón: las consideraciones de tipo técnico, táctico y operativo eran para él como un libro cerrado. Además, no hizo caso a las sugerencias de que volviera a Lisboa para supervisar personalmente la congregación de la flota, por lo que Santa Cruz tardó al menos una semana en recibir una respuesta a cada uno de los problemas que le había referido al rey. Parma tenía que esperar al menos un mes, y a veces más. Y lo que era aún más grave, Felipe declinó consultar con sus comandantes como era debido: ambos recibieron la «traza acordada» por correo, con lo cual no podían pedirle a Felipe que explicara con precisión cómo dos fuerzas tan numerosas, con sus bases operativas a una distancia de más de mil kilómetros por mar la una de la otra, podían alcanzar la exactitud necesaria en cuanto a tiempo y lugar para llevar a cabo su confluencia, o cómo las vulnerables y escasamente armadas embarcaciones reunidas en Flandes para el transporte

de las tropas podían escapar de los barcos de guerra holandeses e ingleses situados *ex profeso* a cierta distancia de la costa para interceptarlos y destruirlos. Por último, dado que tanto Zúñiga como el cardenal Granvela, los únicos ministros en Madrid que poseían la autoridad y el conocimiento suficientes para presentar objeciones, murieron en el otoño de 1586, nadie podía insistir en la conveniencia de que Felipe diseñara un plan alternativo.

En lugar de ello, el rey firmó una larga sucesión de órdenes movilizando los recursos de su monarquía para llevar a efecto su «traza acordada». Las autoridades de todos los puertos sometidos a Felipe debían retener los barcos mercantes que consideraran adecuados para el transporte de tropas y municiones y enviarlos a Lisboa; muchos capitanes en España empezaron a reclutar tropas españolas para tripular la Gran Flota; los virreyes de Nápoles y Sicilia debían enviar tropas a través del Camino de los Españoles para reforzar a Parma, y soldados, suministros y barcos a Lisboa para unirse a Santa Cruz.

La Armada toma forma

El enorme coste de los preparativos para la invasión de Inglaterra condujo al rey a economizar en todo lo demás. En 1586 rechazó una propuesta del Consejo de Indias para mejorar las defensas del Caribe a la vista de los estragos causados por Drake. «Nadie sentirá más que yo estos daños, ni desseara tanto el remedio, hauiendo forma de ponerle en obra como se querría», informó al consejo; no obstante, «aquella empresa tiene muchas dificultades y la mayor parte es la falta de dinero con que se ha de echar la quenta, que si no fuesse por esta se podría sperar de allanar fácilmente todo lo demás, con ayuda de Nuestro Señor». Igualmente, suspendió un ataque previsto contra el sultán de Aceh, en Sumatra, explicando que «el gran

número de barcos de todo tipo, tropas, municiones y equipamiento militar» reunido para la Gran Armada «consumía tanto que era imposible de todo punto (por más que lo habían intentado afanosamente)» enviar fuerzas al Índico. Igualmente, vetó la propuesta de construir una fortaleza en Mombasa, en África oriental, e ignoró un llamamiento de los colonos de Filipinas para invadir China: la razón dada en cada caso fue la necesidad de concentrar todos los recursos en lo que sus funcionarios llamaban entonces, en su correspondencia, «la materia principal» o «la Empresa».[781]

El rey también se esforzaba al máximo por debilitar a Isabel y sus aliados. Prohibió todo comercio de Inglaterra a España y Portugal: los productos ingleses que llegaran, incluso en embarcaciones neutrales, serían considerados contrabando. Felipe también aprobó otra conspiración de un grupo de católicos ingleses, encabezados por Anthony Babington, para asesinar a Isabel y reemplazarla por María Estuardo, y prometió «acudirse» a los conspiradores «con la mayor presteza que se puede» de España y de los Países Bajos «en sabiendo que se ha hecho en Inglaterra la principal execución» del complot. Aunque reconocía que la implicación de tantas personas podía poner en riesgo la empresa, seguía mostrándose confiado en que «se sirviere Dios de dar él que se pretende, y quiçá es llegado el tiempo en que Él responda por su causa».[782] De hecho, Isabel estaba al tanto de la conspiración y, en cuanto tuvo suficientes pruebas para incriminar a todos los participantes (incluida María), les hizo arrestar, torturar y ejecutar. María Estuardo fue juzgada y encontrada culpable de alta traición; murió en el cadalso en febrero de 1587.

La implicación de Felipe en el complot de Babington enfureció a Isabel, quien ordenó a Drake que atacase los puertos donde se congregaba la Armada de Felipe y causara todo el daño posible a fin de evitar que sus distintas partes se

uniesen. El 29 de abril, mientras la población de Cádiz asistía a un espectáculo acrobático en la plaza Mayor, Drake entró con una poderosa flota en el puerto, donde capturó o destruyó unas veinticuatro naves, así como suministros y reservas de alimentos almacenados para la Armada. Dado que la Europa del siglo XVI disponía de escasos excedentes de alimentos, resultaba muy difícil o incluso imposible obtener grandes cantidades de ellos a corto plazo. Las provisiones destruidas en Cádiz fueron difíciles de sustituir. Peor aún, tras haber «chamuscado las barbas del rey de España» (según sus propias palabras), Drake estuvo merodeando por el cabo de San Vicente durante un mes, y después abandonó la costa española en dirección a las Azores, donde tenía previsto interceptar la flota que regresaba de América y de la India. Para impedir este desastre, Felipe ordenó a Santa Cruz que saliera de Lisboa hacia las Azores para esperar y asegurar la flota, que transportaba tesoros y mercancías por valor de dieciséis millones de ducados, y, aunque lograron su objetivo, no pudieron regresar a Lisboa antes del 28 de septiembre de 1587.

Este cúmulo de tensiones acabó minando la salud de Felipe. En mayo de 1587, un ayuda de cámara lamentaba que «los ojos de su Magestad están con su corrimiento, y los pies temerosos y la mano convaleciente, y el mundo suspenso». Como se quejaba el secretario del Consejo de Guerra, que trataba de coordinar toda la logística de la Armada en la península, «se gasta mucho tiempo en consultar y su Magestad tarda en responder y assí se pierde lo que no se podrá cobrar».[783] La raíz del problema residía en el empeño de Felipe de supervisar todas las decisiones personalmente, por lo que su enfermedad produjo un vacío en el núcleo del poder que nadie podía llenar; y cuando retomó el control en septiembre, abandonó el plan establecido y firmó instrucciones detalladas en las que ordenaba a Santa Cruz y Parma que siguiesen una estrategia totalmente diferente (que

resultaría fatal).

Felipe mandó entonces al marqués que, cuando regresara de las Azores, «en el nombre de Dios vaya derecho al canal de Inglaterra y suba por él adelante hasta dar fondo en el cabo de Margata, auiendo primero embiado auiso al duque de Parma de cómo se le va acercando». A continuación se planteaba una ambigüedad que resultaría de crucial importancia: «El qual duque (como se le ordena) en viendo assí asegurado el passo, con el Armada puesta sobre el dicho cabo, o andando sobre las bueltas del río de Londres si el tiempo lo sufriere, pasará de presto todo el campo que tiene de navíos chicos de que para solo tránsito aurá abundancia en aquellos puertos». El rey proseguía insistiendo en que, hasta que Parma y sus hombres hubieran realizado su travesía, la Armada «no se divierta a más que asegurarle el paso y romper qualquier Armada enemiga que saliese a estorbarlo».[784] Esto dejaba algunas cuestiones clave sin respuesta, sobre todo la de si la Armada pasaría por los puertos de Flandes para cubrir el embarque del ejército de Parma o si esperaría a que las barcazas encargadas de la invasión zarparan para reunirse con la flota en mar abierto. En el primer caso, ¿cómo sortearían los buques de gran calado de la Armada las aguas poco profundas y los bancos de arena que jalonaban la costa flamenca? Y, en el segundo, ¿cómo podía una flota que navegaba a distancia de la costa proteger las barcazas del peligro de ser bloqueadas por los barcos holandeses o ingleses que las estaban esperando?

El conjunto de instrucciones paralelas enviadas al duque de Parma tampoco arrojaba ninguna luz sobre estos cruciales interrogantes. «He resuelto», anunciaba el rey a su sobrino, «que el marqués de Santa Cruz, en llegando con las flotas al cabo de San Vicente (que se espera será de hora en hora) […] vaya en el nombre de Dios derecho al canal de Inglaterra y suba por el adelante hasta dar fondo en el cabo de Margata». El rey

prometía a Parma que la flota avisaría con antelación cuando se estuviera aproximando y, continuaba, «vos estéys tan apunto que en viendo assí assegurado el passo con el Armada puesta sobre el dicho cabo, o andando sobre las bueltas del Temis [Támesis] si el tiempo le diere lugar, passéys de presto todo el campo en las barcas que ternéys prevenidas». Pero sobre cómo podría recorrer Parma los cruciales sesenta y cinco kilómetros que separaban Dunquerque del «cabo de Margata», el rey no decía ni una sola palabra.[785] Se trataba, como mínimo, de un descuido lamentable.

Ahora que el rey había vuelto a decidirse de nuevo, no toleraría más demoras ni objeciones, ni tan siquiera preguntas. Una vez más, envió sus detalladas e inflexibles instrucciones tanto a Lisboa como a Bruselas por medio de correos en lugar de a través de un mensajero de confianza capaz de informar más detalladamente a sus comandantes sobre el papel que debían desempeñar, responder a sus preguntas y transmitirle a su vez al rey su grado de disposición y su moral. Instaba a Parma a terminar con sus quejas:

> No puedo dexar de acordaros que, fuera de la resolución de la empressa y la elección que hize de vuestra persona (que es lo que salió de mí), todo lo demás que se ha dispuesto en lo de por allá, y los medios y forma della, ha sido pura traza vuestra, de que vos solo soys auctor. Y que para prevenirla y executarla, os he dado en gran abundancia todo lo que se me ha pedido y ha sido menester.

Parma debía proceder a la ejecución del plan sin más preguntas ni demoras.[786] Cuando Santa Cruz regresó a Lisboa con su flota maltrecha por las tormentas, el rey le ordenó también que dejara de quejarse y zarpara hacia Flandes: «No ay que gastar tiempo en consultas y respuestas, sino apresurar la execución y avisarme si podrían ganarse algunos días». A medida que el tiempo pasaba, el rey se lamentaba de que «ver perder una hora […] me lastima lo que no podréys creer. Y así os encargo y mando expresamente que partáys en todo este mes». Del despacho del rey salían casi todos los días cartas para

Lisboa, en tono primero exhortativo, luego persuasivo y finalmente intimidatorio.[787]

El embajador veneciano en la corte consiguió una copia de la comedida refutación de Santa Cruz de una de estas poco realistas diatribas y especulaba sobre por qué el rey se negaba a creer a su más experimentado almirante. Concluía que las razones eran tres, todas ellas ligadas al temperamento y al estilo de gobierno de Felipe. La primera, que era «difícil para él cambiar de planes una vez había tomado una decisión». La segunda, que la absoluta confianza de Felipe «en su buena suerte» le llevaba a asumir que Dios recompensaría sus esfuerzos si él cumplía debidamente con su labor. Y, finalmente, que el conocimiento del rey acerca de los asuntos internacionales le llevaba a considerar las operaciones de cada escenario como parte de un contexto más amplio, lo que aumentaba su ansiedad por actuar antes de que la situación, en ese momento favorable, cambiara.[788]

Aunque Felipe nunca leyó este análisis, no hay duda de que habría estado de acuerdo con él, pero habría añadido una cuarta razón para explicar su exasperación cuando Santa Cruz y Parma no ejecutaban sus órdenes con prontitud: la magnitud del coste. Cada día que la Armada continuara inactiva suponía un coste de treinta mil ducados para la flota y otros quince mil para el ejército de Parma. Los fondos disponibles, incluso para las tareas más básicas de gobierno, estaban tan bajos que Felipe pedía estados de cuentas semanales del dinero que quedaba en el tesoro y decidía en persona a qué obligaciones podía hacer frente y cuáles debían esperar [véase lámina 41]. Incluso tuvo que vender las joyas de su difunta esposa Ana para conseguir fondos, y no dejaba de repetir a sus consejeros que «a la verdad ay mucho que hazer agora en hauer dinero, que importa tanto, que todos havríamos de entender solamente en ello y no en otra cosa ninguna; y por buenos successos que aya, sin dinero no sé

que ha de ser de todo aquello, para que es tanto menester, si Dios no haze milagro».[789]

La extraordinaria falta de coherencia del plan de Felipe tenía confundidos y frustrados no solo a sus ministros, sino también a sus enemigos. En distintos momentos, el rey se había planteado seriamente un desembarco en Escocia; un ataque sorpresa sobre Irlanda o la isla de Wight; un repentino asalto del ejército de Parma a la costa de Kent; y un ataque anfibio desde Lisboa contra Argel o Larache en lugar de Inglaterra. Los diversos embajadores y espías destinados en la corte española detectaban cada propuesta y contrapropuesta, y se la comunicaban puntualmente a sus superiores, creando una cacofonía, un «ruido» de fondo que disfrazaba las verdaderas intenciones del rey. Pocos podían aceptar que el monarca más poderoso de la cristiandad fuera tan indeciso; y menos aún que, después de tanta vacilación, adoptaría la estrategia más obvia de todas, aquella de la que todos llevaban hablando varios meses, y elegiría para el desembarco la zona más evidente, la misma donde romanos, sajones y otros ya habían arribado antes.

La decisión de Felipe también consiguió el aislamiento diplomático de Isabel. La clave de su política fue la parálisis de Francia, donde los representantes de Felipe continuaban pagando los subsidios prometidos al duque de Guisa, quien se comprometió a organizar una rebelión general por parte de la Liga Católica en el momento en que se enteró de la salida de la Armada. Los católicos de París comenzaron a adueñarse de la ciudad en mayo de 1588 y, cuando el rey Enrique III desplegó a sus guardias para mantener el orden, la capital entera reaccionó violentamente, levantando barricadas y obligándole a huir. El Día de las Barricadas convirtió a Guisa en el dueño de París y, poco después, se erigió en «teniente general del reino». En Madrid, el embajador imperial observaba con admiración que

en este momento, el Rey Católico [Felipe] está a salvo: Francia no puede amenazarle, y los turcos poco pueden hacer; tampoco el rey de Escocia, que está ofendido con la reina Isabel debido a la muerte de su madre [María Estuardo] […]. Al mismo tiempo, España puede estar segura de que los cantones suizos no actuarán en su contra ni permitirá que otros lo hagan, dado que ahora son sus aliados.

En resumen, concluía, ninguna potencia extranjera podía impedir que Felipe llevara a cabo su empresa.[790]

Sin embargo, no dejaban de surgir nuevos obstáculos, entre ellos la mala salud del propio rey. Felipe tenía entonces sesenta años y en las navidades de 1587 cayó enfermo y guardó cama. Durante cuatro semanas, no pudo gobernar su imperio ni su Armada. Pero esas cuatro semanas de convalecencia parece que influyeron de alguna manera en que el rey recuperara su legendaria prudencia, y, a continuación, tomó medidas más racionales para salvar la Armada y la empresa para la que había sido concebida. A fin de conocer el verdadero estado de la flota, envió a Lisboa un emisario especial y, cuando este llegó, el 30 de enero de 1588, se encontró con una situación de caos absoluto. Santa Cruz estaba gravemente enfermo, y a la vez mentalmente trastornado, tratando a duras penas de dirigir los preparativos de la flota desde su lecho. La empresa entera estaba al borde del colapso y el panorama era desastroso. Ninguno de los barcos estaba listo para navegar, los suministros se pudrían y, lo que era más grave por ser a la vez más difícil de remediar, los oficiales estaban desmoralizados y desilusionados. La fuerza de las tropas reunidas en Lisboa descendía a razón de 500 hombres al mes; y casi la mitad de los marineros había perecido o desaparecido. Estaba claro que Santa Cruz no era capaz de asumir el mando.

«La mayor flota jamás vista desde la creación del mundo»

El rey tomó entonces una decisión que retrospectivamente ha

sido muy criticada pero que, en su momento, tenía sentido. Lo que la Armada necesitaba, si es que alguna vez se hacía al mar, no era otro almirante de guerra, sino un hombre decidido y práctico, con las cualidades personales y las capacidades administrativas necesarias para convertir el caos de Lisboa en una sólida fuerza de combate. Este hombre era don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, séptimo duque de Medina Sidonia.

El currículum de Medina Sidonia para suceder a Santa Cruz era impecable. Sus aptitudes administrativas habían quedado sobradamente demostradas en la supervisión del envío de las flotas que partían cada año de Andalucía hacia América; y en fecha reciente había dirigido con gran eficacia la preparación y el envío de los barcos y suministros reunidos para la Armada en Andalucía. Aunque carecía de experiencia de combate, el duque había comandado un ejército durante la campaña portuguesa de 1580, así como las tropas de relevo que se habían enfrentado en Cádiz a Drake en 1587. Además, el duque conocía los objetivos estratégicos de la Armada al haber pasado varias semanas en la corte debatiendo con los ministros sobre la manera de llevar a cabo la inminente guerra contra Inglaterra. Por último, pero no menos importante, era un grande de Castilla, por lo que ninguno de los oficiales que prestaba servicio en la Armada (varios de los cuales se habían propuesto a Felipe como candidatos a suceder a Santa Cruz) podía sentirse resentido o injustamente tratado por servir a las órdenes del séptimo duque de Medina Sidonia.

El duque se encontraba en su palacio de Sanlúcar cuando recibió sin previo aviso una carta firmada por Felipe el 11 de febrero de 1588 en la que se le comunicaba que, dado que Santa Cruz se encontraba en esos momentos demasiado enfermo para comandar la Armada, el rey deseaba que él se hiciera cargo. Comprensiblemente, y teniendo en cuenta el estado de la Armada en aquellos momentos —y nadie mejor

que el duque sabía lo caótico de la situación—, Medina Sidonia hizo todo lo posible por excusarse. Alegó falta de salud, de recursos económicos y de experiencia. El rey desestimó todas estas excusas achacándolas a una modestia equivocada y se negó a tenerlas en cuenta; pero tal vez habría prestado más atención si hubiese leído una segunda carta escrita por el duque. En ella, Medina Sidonia afirmaba: «Propuse a Vuestra Majestad muchas causas propias de su servicio por do no convenía a él que yo lo hiciese, no por rehusar el trabajo sino por ver que se iba a la empresa de un reino tan grande y tan ayudado de los vecinos; y que, para ello, hera menester mucha más fuerza de la que Vuestra Magestad tenía junta en Lisboa». Es evidente que el duque había llegado a la misma conclusión que Parma y Santa Cruz —es decir, que la Empresa de Inglaterra, tal y como se concebía en ese momento, estaba condenada al fracaso—, pero su convincente argumentación nunca llegó al rey.[791]

Don Juan de Idiáquez y don Cristóbal de Moura, que trabajaban con el rey a diario, manejaban la inmensa cantidad de papeleo generado por la Empresa de Inglaterra, y todo lo que tenía que ver con la Armada pasaba por sus manos. Cuando en el cumplimiento de su tarea abrieron la sincera carta de Medina Sidonia, quedaron espantados. «No nos hemos atrevido a dar quenta a Su Magestad de lo que vuestra señoría agora escrive», le reprendieron, añadiendo: «No nos desconsuele con temores del sucesso del Armada, que en tal causa le dará Dios muy bueno». He aquí otro llamativo ejemplo del «pensamiento grupal» de la corte española: los responsables políticos subestimaban o directamente rechazaban todos los puntos de vista discordantes. Sin embargo, en esta ocasión, esos responsables lanzaban también una clara amenaza. Todo el mundo sabía, recordaban a Medina Sidonia, que el ofrecimiento estaba hecho; rechazarlo le llevaría en aquel momento a ser acusado de ingratitud, egoísmo e incluso

cobardía: «Mire Vuestra Señoría que de aquí cuelga conservar la reputación y opinión que el mundo oy tiene de su valor y prudencia, y que todo esto se aventura con saberse lo que nos escrive (de que nos guardaremos bien) quanto más con passar adelante con tal determinación».[792]

Consternado ante esta combinación de presión moral y crudo chantaje, Medina Sidonia solicitó una audiencia, pero —como de costumbre— Felipe se negó. El nuevo capitán general del mar trató de arrancarle concesiones sustanciales antes de partir de mala gana hacia Lisboa, donde se encontró con una desenfadada carta del rey en la que le aseguraba: «Creed que de tal manera considero la importancia desta jornada, que si yo no fuera menester tanto acá, para acudir a lo que para ella y otras muchas cosas es menester, holgara mucho de hallarme en ella; y lo hiziera con gran confiança que me havía de suceder muy bien».[793]

La reacción del duque a esta opinión del monarca no ha llegado hasta nosotros, pero un destacado oficial de la Armada, Martín de Bertendona, escribió a Felipe agriamente: «Mucho quisiera que Vuestra Magestad se allara presente a estas pláticas, porque ay diferencia grande de tratarles ante Vuestra Magestad, donde no puede dexarse de entender la verdad, a tratarlo acá, donde los que lo entienden y los que no dan parecer, y a bezes el indigno es oído». Pero Bertendona terminaba afirmando serena aunque, sin duda, sarcásticamente: «Pues que Vuestra Magestad lo tiene determinado, es de creer que es boluntad divina».[794]

No obstante, bajo la eficaz y comedida dirección de Medina Sidonia, ayudada por su buena disposición a pedir la opinión de sus subordinados de más experiencia, ocurrió un pequeño milagro. Los barcos que ya se encontraban en Lisboa fueron reparados y a estos se añadieron algunos nuevos, mientras que

los soldados y marineros enfermos recobraron la salud, de modo que, de los 104 barcos y apenas 10.000 efectivos que había en febrero de 1588, se pasó a 130 naves y 19.000 soldados en mayo. Las provisiones y el agua fueron estibadas según un sistema de rotación cuidadosamente diseñado y cada barco recibió un juego impreso de instrucciones de navegación. El 28 de mayo de 1588 el duque de Medina Sidonia condujo su Gran Armada a través del Tajo hacia el mar abierto. Por aquel entonces, Parma había reunido otros 300 barcos pequeños y 30.000 veteranos, que esperaban en Flandes. Las fuerzas de Felipe superaban con mucho a las de sus enemigos.

Tanto el rey como sus ministros tenían absoluta confianza en que la Armada resolvería todos los problemas estratégicos a los que se enfrentaba. En un mensaje dirigido a las Cortes de Castilla en enero de 1588, escrito de su puño y letra, el rey recordaba a los procuradores que «ya todos tenéis entendida la empresa en que me he puesto por el servicio de Dios y augmento de nuestra sancta fe cathólica, y beneficio destos reynos, con ser causa tan común». Un mes después, Idiáquez y Moura aseguraban a Medina Sidonia que «auiéndose reducido todas las guerras y empresas a este», la Empresa de Inglaterra resolvería todos los problemas de España.[795]

A pesar de esta retórica enardecedora, una vez se pasó de la teoría a la práctica, Felipe y sus asesores se mostraron más imprecisos. Sobre todo, las instrucciones redactadas para Medina Sidonia el 1 de abril de 1588 no dejaban claro de qué modo alcanzar los trascendentales objetivos. En parte, el documento repetía las órdenes emitidas para Santa Cruz en el mes de septiembre anterior, en las que se instaba al capitán general a conducir su flota directamente a «la plaza acordada» (casi con toda seguridad el fondeadero de Las Dunas, cerca de Dover), y de allí a «darse la mano» con Parma y su ejército; pero precisamente cómo debía hacerse esta reunión quedaba

difuminado entre las medidas para refrenar la inmoralidad del pecaminoso cargamento humano de la flota en tan santa empresa. El rey especificaba todos los pasos necesarios para garantizar que a bordo de sus barcos no se blasfemara, ni se bebiera, jugara, peleara y se evitara la sodomía, pero mantenía un abrumador silencio respecto a las tácticas. ¿Cómo, exactamente, se efectuaría el encuentro y cómo, concretamente, podría la Armada conseguir el control local del mar mientras Parma y sus vulnerables transportes de tropas cruzaban el canal? Algunas frases se refieren ciertamente al primero de estos puntos, pero sus implicaciones resultaban más alarmantes que esclarecedoras:

> Para el día de la batalla hay poco que advertiros en la forma de ordenar vuestra Armada ni el modo de combatir, pues esto se ha de ver sobre el hecho y cuelga del tiempo y ocasiones. Solo os […] advertid que el designo del enemigo será pelear de fuera por la ventaja que tiene de artillería y los muchos fuegos artificiales de que verná prevenido, y que al contrario la mira de los nuestros ha de ser envestir y aferrar por lo que les tienen en las manos, a que es menester que vays muy atento para hazerlo executar.

En todo esto, concluyó el rey, «procuraréys prevenir lo que viéredes ser necessario». La visión táctica del rey respecto a este problema puede resultar admirable, pero, al mismo tiempo, debemos censurar —como sin duda sus desafortunados comandantes hicieron en privado— su completa incapacidad a la hora de sugerir una solución.[796]

Durante tres meses, estos errores no pasaron de ser teóricos, dado el lento avance de la Armada. A pesar de todos los preparativos llevados a cabo por el duque en Lisboa, las provisiones comenzaron a escasear. Parte de la comida estaba podrida y probablemente lo había estado desde el principio; y el éxito de Medina Sidonia a la hora de aumentar el tamaño de la flota significaba que la cantidad restante era inadecuada. De modo que el duque redujo la ración diaria de bizcocho a una libra y también la carne. El inesperadamente lento avance

intensificó el problema aún más. El 20 de junio, como la flota tan solo había llegado hasta el cabo de Finisterre, Medina Sidonia no vio otra alternativa que recalar en La Coruña para adquirir nuevos suministros, pero una repentina y fuerte tormenta alcanzó a una parte de ella cuando intentaba entrar en el puerto, dispersando algunas naves y arrastrándolas incluso hasta las islas Sorlingas (Scilly).

Este desastre hundió el ánimo del duque, que redactó dos largos y minuciosos llamamientos al rey en los que volvía a reafirmar sin ambages las amplias objeciones que había expresado ya en el momento de su nombramiento, «por ver que se iba a la empresa de un reino tan grande y tan ayudado de los vecinos; y que, para ello, era menester mucha más fuerza de la que Vuestra Magestad tenía junta en Lisboa». Desde ese momento, la situación había empeorado: aunque la Armada entonces «queda con tan poca fuerça que es inferior a la del enemigo», el destino de la monarquía «depende del acertamiento o yerro desta jornada, en la qual Vuestra Magestad tiene juntas todas sus fuerças assí de naves como de artillería y pertrechos». Si estos bienes se perdían, llevaría «tiempo y mucho» sustituirlos. Por otra parte, en el momento de hacerse al mar, Medina Sidonia había encontrado a «la jente [de guerra] no tan plática como conviene» y a oficiales de los cuales «veo pocos o casi ninguno que entienda y sepa cumplir con las obligaciones de sus oficios. Y esto he lo experimentado», añadía, tal vez lanzando una andanada a Idiáquez y Moura: «No engañe a Vuestra Magestad nadie con dezirle otra cosa». [797]

El rey se enteró de este percance mientras atravesaba otra crisis en su estado de salud. «El cuydado que con tanta razon traygo», se lamentaba, «creo que me haze no andar bueno», y pedía a sus ministros «que se tiemplen por algunos días en embiar papeles». No obstante, sabía qué debía hacer, pues le

dijo a Vázquez que era

> menester mucho tiempo y ocupación para buscar tanto dinero como se ha gastado, y forzosamente se ha de gastar, para que no quede nada por hazer de my parte en lo que se ha començado. Y va tanto por llevarlo adelante que da poco lugar para poderse agora tratar ni pensar en otra cosa sino en esta.[798]

Por eso, las cartas pesimistas de Medina Sidonia recibieron su inmediata y entera consideración.

Cuando el duque abrió la respuesta del monarca, debió de palidecer:

> Duque primo. La carta de vuestra mano de 24 [de junio] he recibido y por lo que de vos conozco creo muy bien que todo aquello que allí me acordáys nace del zelo de mi servicio y desseo del acertamiento puramente. El estar tan seguro desto me haze declararme con vos mucho más que hiziera con otro […].

Tras este alarmante comienzo, el tono del resto de la misiva, aunque firme, era considerado y afable. Después de reafirmarse en las razones originales de la Empresa, Felipe echaba por tierra las objeciones y dudas del duque basándose en su propia y perversa lógica: «Que a ser esta una guerra injusta, pudiera tomarse esta tormenta por señal de la voluntad de nuestro Señor para desistir de su offensa; mas siendo tan justa como es, no se deve creer que le ha de desamparar, si no de favorescer mejor que se puede dessear». Los ingleses no tenían aliados, y sus fuerzas, recordaba el rey a su escéptico comandante, eran inferiores a las españolas. Si el viento era favorable, la flota podía llegar al canal de la Mancha en una semana, mientras que si permanecía en La Coruña constituiría un objetivo fácil, susceptible de ser destruida en su lugar de amarre o bloqueada en puerto mientras los ingleses asolaban las desprotegidas costas ibéricas y capturaban las próximas flotas procedentes de América y de India. «Yo tengo ofrecido a Dios este servicio», concluía Felipe en un tono que no dejaba lugar a más discrepancias: «Alentaos, pues, a lo que os toca».[799]

Esta vez, el instinto estratégico del rey era acertado. Disolver la flota, que tantos recursos había consumido, antes de

que hubiera conseguido ninguno de sus objetivos socavaría la reputación de España. Además, la marina inglesa podría, en efecto, llegar con facilidad a La Coruña, como había hecho el año anterior en Cádiz, y causar estragos mientras la flota permanecía anclada en puerto. Hasta aquí, de acuerdo; pero, desgraciadamente para sus planes, Felipe aprovechó la oportunidad que le ofrecía la demora para ejercer su característica supervisión minuciosa. Había recibido una copia de una carta a Parma, escrita por Medina Sidonia justo antes de zarpar de Lisboa, en la que este informaba de que «yo he hecho juntar a los pilotos y hombres pláticos desta Armada, que también lo son de toda la costa de Inglaterra, y propuéstoles que resuelvan en que puerto podría arribar esta Armada en aquella costa que estuviesse segura de los temporales», mientras aguardaba la noticia de que Parma ya tenía a sus fuerzas dispuestas. Los acontecimientos revelarían lo acertado de este plan alternativo, pero Felipe lo prohibió. «La sustancia sería llegar hasta daros la mano con el duque mi sobrino», le recordaba a Medina Sidonia, y «[asegurar] al duque el tránsito, pues no son los nauíos que tiene de calidad que sin auer limpiado de enemigos aquel passo pueda él saliros a buscar más lexos, pues son baxeles de tránsito y no de pelea».[800] La Armada no debía «arribar» a ningún puerto mientras iba de camino a recoger a las tropas de Parma. De modo que el principal punto débil de la «traza acordada» se mantuvo intacto.

No obstante, parece ser que Medina Sidonia recobró la confianza. El 21 de julio, exultante de alegría, volvía a hacerse al mar, y el día 30, con la costa inglesa a la vista, ordenó a los 130 barcos que tenía bajo su mando que se desplegaran en un orden de batalla en forma de media luna que medía cinco kilómetros de largo de un extremo al otro. Incluso los enemigos de España reconocieron que aquella constituía «la mayor flota

que jamás hayan visto los mares desde la creación del mundo» y «la combinación mayor y más poderosa que nunca se haya reunido en toda la cristiandad». El rey ya no podía hacer otra cosa aparte de rezar, y (según los frailes) toda la familia real pasaba tres horas diarias relevándose ante el Santísimo Sacramento en San Lorenzo para conseguir el éxito de la Gran Armada. Después de todas las crisis y pruebas enviadas por Dios, Felipe se sentía tranquilo y confiado en que «no queda nada por hazer de mi parte». Escribió a Idiáquez: «Están [las cosas] en balança, y no solo lo de allí sino de todas partes», porque «mucho cuelga agora de lo de allí».[801]

Al principio, parecía que «la balança» se inclinaba a su favor: los repetidos intentos de los ingleses por romper la formación de la Armada fracasaron y, el 6 de agosto de 1588, llegó cerca de Calais, solo a cuarenta kilómetros de Dunquerque, donde Parma tenía reunidas a sus tropas, y con el fondeadero designado de Las Dunas a la vista. La Armada permaneció allí durante treinta y seis horas. Después de todo, Medina Sidonia podía estar justificadamente tranquilo por haber cumplido con «lo que os toca». Para desgracia de los tripulantes y del plan de Felipe, treinta y seis horas no fueron suficientes.

Al parecer, tanto Medina Sidonia como Felipe esperaban poder establecer una comunicación rápida y fiable con el duque de Parma en cuanto la Armada se hiciera al mar, una suposición que revela una absoluta falta de familiaridad con la realidad de la guerra naval: resulta difícil imaginar que Santa Cruz hubiese cometido un error tan elemental. Al parecer, en ningún momento se le ocurrió a Medina Sidonia que sus mensajeros tenían que sufrir el acoso de los barcos hostiles que merodeaban por el canal o bien dirigirse a la costa francesa con la esperanza de encontrar un relevo de caballos que les transportara por tierra hasta Flandes. Era absurdo asumir que

llegarían —y menos aún que regresarían con una respuesta— mucho antes de que él alcanzara «la plaza acordada». Al final, ninguno de los mensajeros enviados para avisar a Parma de su avance llegó a Flandes a tiempo de conseguir gran cosa. El enviado despachado el 31 de julio, cuando la flota estaba llegando a la altura de Plymouth, no alcanzó el cuartel general de Parma hasta primera hora del 6 de agosto. Más avanzado aquel mismo día, llegó también el mensajero enviado desde la isla de Wight el 4 de agosto. Sin embargo, para entonces la Armada estaba anclada frente a Calais, poco más allá de su horizonte, aunque Parma tardó otro día más en tener conocimiento de ello. De modo que, aunque Medina Sidonia se quejaba reiteradamente de la lentitud de su avance, y trataba de aumentar la velocidad tal y como Felipe le había exigido, desde la perspectiva de Parma había llegado demasiado pronto.

Dado este fallo en las comunicaciones, Parma no podía en ningún caso embarcar a sus hombres a bordo de sus pequeñas embarcaciones el 6 de agosto para «darse la mano» con Medina Sidonia, porque no sabía que ese mismo día la Armada había entrado en el canal, y menos aún que había llegado a Calais. No obstante, Parma había preparado un meticuloso plan de embarque, y en esa fecha todas sus unidades comenzaron a dirigirse hacia los puertos. En el transcurso de las treinta y seis horas siguientes, casi veintisiete mil hombres lograron embarcar sin percances, una hazaña nada desdeñable para un ejército en cualquier época. Pero para entonces, como un historiador holandés contemporáneo expresó sin contemplaciones, «la Armada ya se había ido en humo».[802]

La noche del 7 de agosto, los ingleses lanzaron ocho brulotes contra la Armada y la mayoría de los capitanes cortaron sus amarras y huyeron, para descubrir, inmediatamente, que las fuertes corrientes que dominaban el canal de la Mancha hacían casi imposible recuperar su posición.

De golpe, la Armada había pasado de ser una fuerza de combate compacta e impresionante a ser una desbandada de naves presas del pánico. A la mañana siguiente, los barcos de guerra ingleses consiguieron romper el perfecto orden de formación de la Armada y causar daños irreparables en varios navíos. Al día siguiente, Medina Sidonia dio orden de que la flota zarpara de regreso a España rodeando Escocia e Irlanda, un recorrido de al menos cinco mil kilómetros que uno de sus oficiales calificó apesadumbrado como un «viaje de Magellanes».[803]

Evaluación de los costes

La primera noticia cierta del fracaso del «darse la mano» entre la Armada y el Ejército de Flandes llegó a la corte el 31 de agosto e, inmediatamente, Felipe trató de retomar el control de la situación con su pluma: a Medina Sidonia, dondequiera que se encontrase, le escribió que la nueva de la derrota que «sobre Calés la forzó a tomar el temporal […] me tiene con más cuydado que se puede encarecer», pero mandó a Idiáquez que redactara un extenso parecer de lo que el duque debía hacer en caso de que la Armada se hubiera ido a refugiar, bien a Escocia o a Emden (rehacerse en Irlanda y debatir la forma de llevar a cabo la invasión al año siguiente), o en caso de que hubiera emprendido el viaje de vuelta a España (desembarcar algunas tropas en Irlanda, a fin de crear una cabeza de puente para las operaciones del año próximo). El 15 de septiembre, emitió unas órdenes aún menos realistas: Medina Sidonia debía desembarcar en Escocia, aliarse con los católicos de aquel lugar y pasar allí el invierno.[804] Finalmente, Felipe había reconocido la necesidad de un plan alternativo.

Esta insólita disposición a permitir estrategias alternativas revela, tal vez con más elocuencia que ninguna otra cosa, que la autoconfianza del rey había recibido un fuerte varapalo. Cuando leyó el borrador de una respuesta a Parma, expresando

la esperanza «que se consiga el servicio que se ha pretendido hazer a Dios, y el reparo de la reputación de todos que está tan empeñado», el rey subrayó este pasaje. «Mýrese si sería bien quitar esto», le dijo a su secretario, «pues en lo que Dios haze y es servido no ay perder ni ganar reputación. Y es mejor no hablar en ello».[805] El 3 de septiembre, llegó un correo procedente de Francia con más noticias concretas sobre la derrota de la Armada y su huida hacia el norte. Los desconsolados encargados de descifrar los mensajes y los ministros del rey se pusieron a debatir quién de ellos debía transmitirle las noticias al rey. La elección recayó sobre Mateo Vázquez, su secretario y capellán con tantos años de servicio al monarca, pero incluso él lo hizo con gran turbación y de forma indirecta, ya que optó por citar el paralelismo desgraciado sugerido por un cortesano. «Quien vio al rey Luis de Francia, siendo santo, y en una empresa tan santa [la séptima cruzada, en 1250], morírsele su exército de pestilencia, ser vencido y captivado, cierto que no puede dejar de temerse mucho este sucesso [de la Armada]», y Vázquez sugirió que debían rezarse más oraciones para evitar un desastre aún peor. Esto fue demasiado para el rey: «Yo espero en Dios que no habrá permitido tanto mal como algunos deven temer», garabateó irritado sobre la misma carta, «pues todo se ha hecho por su servicio».[806]

En octubre, tras leer un doloroso relato del viaje de su Armada, Felipe escribió sobre la cubierta: «Todo esto he visto, aunque creo que fuera mejor no averlo visto, según lo que duele». En noviembre, cuando llegaron noticias de más pérdidas, temía que «muy presto nos habremos de ver en cosa que no querríamos ser nacidos. Yo a lo menos por no verla», y expresaba la ilusión de que «me ha de llevar para sí, como yo se lo pido, por no ver tanta mala ventura y desdicha».[807]Al fin y al cabo, unos quince mil hombres —casi la mitad de los

marineros y soldados que zarparon— perecieron en la Empresa de Inglaterra; al menos un tercio de los barcos nunca regresó a España; Felipe perdió a casi todos sus comandantes navales experimentados; y, como el propio rey calculó, la empresa había consumido diez millones de ducados.

Además de estas pérdidas materiales, Felipe había sufrido un gran fracaso moral. Tan pronto como, en julio de 1588, las tormentas dispersaron a la Armada, el nuncio en Madrid preguntaba (al igual que había hecho Medina Sidonia) si «estos impedimentos lo cual el diablo crea» quizá fueron una señal de que «Dios no aprueba de la empresa». En noviembre anotó que la pérdida de tantos navíos y hombres, junto con la falta de éxito, había «perturbado todos, porque se puede ver casi abiertamente la mano de Dios extendida contra nosotros».[808] Hasta los monjes de El Escorial, normalmente los mayores admiradores de Felipe, se sentían desanimados. Fray Jerónimo de Sepúlveda lo consideró «una de la más bravas y desdichadas desgracias que han sucedido en España y digna de llorar toda la vida […]. Casi toda España se cubrió de luto, porque muy pocos hubo que no les cupiese algo dello […]. No se oía otra cosa». Según su colega fray José de Sigüenza, fue «la mayor pérdida que ha padecido España en más de 600 años», porque, aparte de la destrucción humana, material y moral, el rey había colocado a España en una guerra abierta con Inglaterra y sus aliados que duraría aun después de su muerte.[809]

18. Felipe acorralado, 1589-1592

Poco después de que se conociera en España la suerte de la Gran Armada, tras «alguna oración y mucha consideración», el jesuita Pedro de Ribadeneira, uno de los más significados partidarios de la Empresa de Inglaterra, envió un análisis del fracaso a un consejero real. Aunque admitía «la necesidad precisa de lleuar la guerra adelante y buscar el enemigo, si no queremos que él nos busque y nos haga guerra en nuestras casas», sostenía que el rey debía abordar primero ciertos asuntos más generales:

> No podemos ciertamente saber el intento que su diuina Magestad ha tenido en el tan extraordinario succeso que ha dado a la armada tan poderosa de su Magestad, todavía el ver que en vna causa tan suya y tomada con tan sancta intención, y tan encomendada en todos estos reynos, y tan desseada y procurada de toda la Yglesia cathólica, no ha sido seruido de acudir a los piadosos ruegos y lágrimas de tantos y tan grandes sieruos suyos, nos haçe temer que ay graues causas por las quales Dios Nuestro Señor nos ha embiado este trabajo, y que por ventura él durará mientras que ellas duren.

Ribadeneira sugirió razones concretas por las que Dios había permitido a «las ánimas perdidas de los ingleses» asestar tamaño «açote y castigo universal» a Felipe e invitaba a Juan de Idiáquez, uno de los miembros de la Junta de Noche, el círculo más íntimo de consejeros del rey, a que «las represente a Su Magestad de la manera que juzgare más conuiene». La más notable era «que se ponga mayor cuydado en quitar peccados y escándalos públicos, specialmente si hubiesse algunos de personas grandes que tienen obligación de dar exemplo». Por otra parte, dado que Felipe «puede con tanta facilitad y con sola vna demostración de su voluntad emendar y corregir los excessos, paresce que Nuestro Señor le podrá pedir cuenta de lo que en esto no hiciere».[810] Felipe no perdió tiempo en llevar a cabo una «demostración» para «quitar peccados y escándalos públicos»: ordenó a sus jueces que abrieran un proceso contra Antonio Pérez por el asesinato de Juan de Escobedo.

El proceso de Antonio Pérez

En 1582, el rey había condenado a la princesa de Éboli a la muerte civil, confinándola en Pastrana bajo una estrecha guardia, y autorizado la recopilación de testimonios contra Pérez por dos visitadores: Rodrigo Vázquez de Arce, en Lisboa, y Tomás de Salazar, en Madrid *(véase capítulo 15)*. Como en todas las visitas, los jueces reunieron las pruebas en secreto. En junio de 1584, Salazar presentó a Pérez una lista de cuarenta y un cargos distintos en relación con sus actividades públicas entre 1571 y 1584, y exigió que respondiera a ellos bajo juramento. Treinta y nueve de los cargos requerían que explicara de qué forma había adquirido determinadas sumas de dinero o algunos artículos concretos. Pérez comenzaba sus descargos agradeciendo la oportunidad de demostrar su inocencia, después de «cinco años ha sin ser oydo», y a continuación señalaba la irrelevancia de todas las alegaciones relativas a los hechos posteriores a su arresto en 1579 —dado que ya no se ocupaba de asuntos oficiales—, y para todas las demás tenía fácil respuesta. Pero los cargos 40 y 41 le resultaron más difíciles de rebatir, dado que «tratan del secreto y fidelidad del offiçio»:

> Que el dicho Antonio Pérez no guardó el secreto, como lo hauía jurado, antes le rebeló, por diferentes vías, a algunas personas, y escriuiendo cartas con particularidades del dicho secreto; y que en cartas para Su Magestad, por particulares respectos, añadía, mudaua, y quitaua en el descifrado dellas.

En su descargo, Pérez siguió los pasos de Bartolomé de Carranza una generación antes *(véase capítulo 7)*: lo negó todo y pidió a los hombres más eminentes del reino que declararan en su defensa, comenzando por el rey.

> Presenta por testigo en descargo y abono suyo a Su Magestad del rey don Phelippe nuestro señor; a don Gaspar de Quiroga, cardenal de Toledo, primado de las Españas, chanciller y inquisidor mayor, y del consejo de Estado de su Magestad; y al padre nuestro fray Diego de Chaves, confesor de Su Magestad y de su consejo. Los quales pide se ayan por presentados y sean examinados, en forma de derecho, dentro de los 15 días.[811]

En este punto, si no antes, «Su Magestad del Rey don Phelippe» debió de darse cuenta de que, para defenderse de tan graves alegaciones, Pérez trataría de incriminarle a él; y, en caso de que todavía no lo hubiera entendido, poco después Antonio Enríquez, cabecilla de los asesinos, escribió directamente al rey para explicarle cómo

> haber[me] Antonio Pérez engañado tan malamente, diçiendo que Vuestra Magestad mandaba matásemos a Escobedo, lo cual he visto después muy al contrario, sino que él nos lo mandó haçer por algún su particular designio, pues jamás me determinara a hacerlo si no fuera engañado de que Vuestra Magestad lo mandaba.[812]

Por primera vez, alguien acusaba explícitamente al rey de complicidad en el asesinato.

No obstante, en lugar de indagar en esta información, Felipe firmó una cédula que autorizaba el pago a Pérez de 200.000 maravedíes «por tantos de que se lo hizo merced en cada un año con el título de secretario de estado» y 150.000 más «que se le hizo merced de ayuda de costa para ayuda a su entretenimiento, entretanto que fuese la voluntad de Vuestra Majestad o se le hiciese otra merced equibalente».[813] ¡La generosidad de Felipe con un ministro acusado de treinta y nueve cargos de aceptar dádivas, dos de traicionar secretos de Estado y, ahora, uno de orquestar el asesinato de un eminente ministro real resulta como poco pasmosa! Pero, según parece, la intención del rey era infundir al exsecretario una falsa sensación de seguridad para que no esperara ningún castigo. Un mes después, los alcaldes de Casa y Corte se presentaron en el domicilio de Pérez, le pusieron grillos en los pies y esposas en las manos y le trasladaron ignominiosamente a la fortaleza de Turégano (Segovia). Felipe aprobó entonces la sentencia contra Pérez dictada por los visitadores: dos años de prisión, diez años más de destierro de la corte, la devolución de las dádivas que figuraban en los cargos y una multa de veinte mil ducados.

Con ello concluyó el primer acto del proceso contra Pérez. Casi inmediatamente, comenzó el segundo. Rodrigo Vázquez se reunió por fin con Enríquez, quien repitió bajo juramento su detallado relato de cómo y cuándo Pérez, afirmando obedecer órdenes del rey, había orquestado el asesinato de Escobedo. La verdad ya no podía ocultarse por mucho tiempo más, y tanto Pérez como Felipe tomaron medidas para protegerse a sí mismos. El exsecretario, afirmando que uno de sus captores «tenía orden de darle un bocado por mandado de Su Magestad», trató de escapar de Turégano a Aragón, pero no lo consiguió. Esto desencadenó varias medidas. Se subastaron muchos de sus bienes, se encarceló a su esposa y a su familia (que había planeado la huida) y se recuperó parte de los documentos comprometedores que tenía.[814] Como este último punto resultaba difícil, Felipe autorizó al presidente del Consejo Real para que ofreciera la libertad a la esposa de Pérez, doña Juana Coello, a condición de que esta entregara todos los billetes reales en su poder. Doña Juana se percató inmediatamente del peligro: «Señor», preguntó al presidente, «si en estos negros papeles consiste el descargo de mi marido en las cosas de Escobedo, que Su Magestad mandó a Antonio Pérez que hiziese lo que se sabe, ¿qué haremos nosotros sin ellos y sin más resguardo de Su Magestad para tantos enemigos como tenemos?». Fray Diego de Chaves, confesor real y también pariente de doña Juana, la tranquilizó diciéndole que tan pronto como diese los billetes el rey mejoraría sus condiciones y las de su marido. Tras pensarlo durante varios días, doña Juana entregó «dos baúles de papeles cubiertos de lienzo ençerado con sus sellos»[815].

Con su posición aparentemente salvaguardada, Felipe cumplió con su palabra: permitió que Pérez se reuniera con su familia y volviese a vivir con relativa libertad en Madrid, y en septiembre de 1587 ordenó que se le pagaran «todos sus salarios

asta fin del año de 84». Esta muestra de la continuación del favor real enfureció a Pedro de Escobedo, hijo mayor del asesinado Juan, quien tomó la justicia por su mano y envió a varios «hombres en busca o a matar» a los que mataron a su padre.[816] Esta vez, en marcado contraste con su actuación en 1578, Felipe dio orden de que se hiciera justicia con aquellos que «en desacato nuestro y sin temor de la justiçia, en esta mi corte y villa de Madrid mataron alevosamente a Juan de Escobedo, mi secretario». También autorizó a Rodrigo Vázquez el uso de «las diligencias que habéis hecho en este caso» —esto es, los testimonios secretos tomados en 1582— «no embargante que no hayáis tenido comisión nuestra en forma para poderlos haçer, por haberla tenido secreta». Además, otorgó poderes a Vázquez de Arce para que arrestara e interrogara a todos y cada uno de los sospechosos, y, «siendo neçesario para mayor averiguación, daréis el tormento o tormentos que el derecho dispone a la persona o personas que os pareçiese».[817]

El 30 de agosto de 1588, Vázquez de Arce hizo llamar a Pérez, por primera vez, para que respondiera bajo juramento a un detallado cuestionario sobre su papel en el asesinato de Escobedo, pero, pese a este espectacular principio, el caso volvió a quedar una vez más en punto muerto, quizá porque Felipe todavía esperaba poder evitar un proceso público en que su implicación llegara a ser conocida. Esta esperanza desapareció el 2 de septiembre de 1589, cuando Pedro de Escobedo acusó formalmente a Pérez de complicidad en el asesinato de su padre, cargo que hacía inevitable un juicio público.

El rey protagonizó entonces lo que parece un flagrante intento de incitación al delito. Chaves, al lado del rey en El Escorial, envió a Pérez una carta de consejo («he andado pensando conmigo si será bien, por lo que la caridad pide, dar consejo a quien no me lo pide») en la que sugería que «para

librarse vuestra merced de prisión tan apretada y tantos trabajos como ha padeçido sin propósito a lo que pareçe, ningún camino más llano veo que declarar la verdad de lo que pasó, cuanto al haber intervenido en la muerte que le piden, y por cúyo mandado», una clara referencia a la implicación del rey. Pero ¡Pérez no debía decir nada más!, continuaba sugiriendo el confesor. El secretario debía admitir su participación en el asesinato «sin decir las causas que hubo para que se lo mandasen: que a esto no se ha de llegar en particular, ni dar general a ninguna de ellas». Chaves concluía esta sorprendente carta refiriéndose a una preocupación concreta expresada por Pérez: si debía tratar de llegar a un acuerdo con Pedro de Escobedo fuera de los tribunales. Chaves lo aprobó, pero solo con la condición de que «esto había de ser sin meter en ello a Su Magestad». Puede que la prisión hubiera embotado el entendimiento de Pérez, porque, pese al evidente peligro, siguió el consejo de Chaves. Pocos días después, «por quanto entre my y Pedro de Escobedo» se ha «tenido algunos dares y tomares», el secretario firmó un «concierto» en que prometía pagar veinte mil ducados al hijo de su víctima, y, a cambio, Escobedo retiraba su acusación, afirmando que «a todos los perdonaba por hacer servicio a Dios quitarse de pleitos y diferencias y por habérselo pedido personas graves que se habían interpuesto».[818] El secretario admitía, por tanto, su culpa en el asesinato de Juan de Escobedo, pero a cambio solo recibía el perdón del demandante, no del rey ni de sus jueces.

Pérez no tardó en darse cuenta de su error. En diciembre de 1589, Felipe ordenó que su exsecretario declarase «las causas de la muerte de Escobedo» —precisamente lo que Chaves le había mandado no hacer— y Vázquez de Arce anunció que

> habiendo hecho relaçión al rey nuestro señor [de] que pareçía haber sido Antonio Pérez en ordenar la muerte a Juan de Escobedo con voluntad y consentimiento de Su Magestad, y que pareçía conveniente que constase este consentimiento en el proçeso para descargo del dicho Antonio Pérez […]. [Felipe] mandó que se

supiesen del dicho Antonio Pérez las dichas causas con lo que había en averiguación y probanza de ellos, pues él era él que las sabía y había dado notiçia de ellas a Su Magestad.

A partir de ese momento, los alguaciles que vigilaban a Pérez recibieron instrucciones de que «no le dejasen hablar ni comunicar con nadie, ni ellos propios hablasen, so pena de la vida».[819]

Pérez se atuvo al consejo de Chaves y afirmó que debía preservar «los secretos de su oficio» pese a la insistencia del rey en que los divulgara, hasta el 23 de febrero de 1590, cuando «teniendo ya ocho vueltas a los brazos» en el potro, confirmó todo lo que Antonio Enríquez había dicho. Tres meses más tarde, Vázquez de Arce leyó la sentencia: «Arrastrar y ahorcar y hacerle cuartos y secuestro de hacienda» por los crímenes de asesinato, «revelar el secreto de las materias y cosas de Estado de que fue secretario, y desçifrar falsamente las cartas que se enviaban por su mano a Su Magestad».[820] Anunció la sentencia en vano. El 19 de abril de 1590, Pérez escapó de su prisión y cruzó la frontera con Aragón, donde los jueces de Castilla no tenían jurisdicción.

La huida de Pérez destruyó a la princesa de Éboli. Temiendo que ella también pudiera huir, Felipe envió órdenes de poner fuertes rejas en todos los huecos y ventanas de su aposento. Ana protestó que «no es posible que Su Magestad tal quiera ni permita», pero se equivocó: Felipe la dejó en su «cárcel de la Inquisición» en Pastrana hasta que murió en 1592.[821]

El destino radicalmente distinto de las dos personas a quien Felipe arrestó el 28 de julio de 1579 dejó perplejos a sus contemporáneos y continúa asombrando a los historiadores. ¿Por qué rehusó el rey procesar a Pérez y a los seis asesinos que «en desacato nuestro y sin temor de la justiçia, en esta mi corte y villa de Madrid mataron alevosamente a Juan de Escobedo»?

Chaves ofreció un razonamiento general para un juicio secreto en la carta a Pérez pidiéndole que admitiera que había planeado la muerte de Escobedo. «Según lo que yo entiendo de las leyes», explicaba el confesor,

> el príncipe seglar, que tiene poder sobre la vida de sus súbditos y vasallos, cómo se la puede quitar por justa causa, por juiçio formado, lo puede hacer sin él, teniendo testigos […]. Y cuando él tenga alguna culpa en proçeder sin orden, no la tiene el vasallo que por su mandado matase a otro que también fuese vasallo suyo; porque ha de pensar que lo manda con justa causa, como el derecho presume que la hay en todas las acçiones del príncipe supremo; y si no hay culpa, no puede haber pena y castigo.[822]

Según este razonamiento, Felipe podría haberse persuadido de que era justo dar su «consentimiento» a un asesinato que Pérez afirmaba era necesario, pero solo si existía «justa causa, como el derecho presume que la hay en todas las acçiones del príncipe supremo».

Cabe suponer que el rey ya se había preocupado en 1580, cuando inició la visita sobre el comportamiento de Pérez, e incluso más en 1581, cuando él personalmente elaboró una lista de testigos señalados para que declararan contra su exsecretario. Pero cuando Vázquez de Arce le informó, el año siguiente, que se había «acabado este negocio de la princesa y Antonio Pérez», aunque Felipe sentenció a la primera a la muerte civil, prohibió un juicio público contra el segundo *(véase capítulo 15)*. Quizá Felipe había decidido alternar recompensas y castigos porque (como Henar Pizarro Llorente señalaba en su perspicaz biografía del cardenal Quiroga) era cierto que «otras personas cercanas a Antonio Pérez conociesen los planes para asesinar a Escobedo», entre ellos la esposa del secretario y «los Dos»: el marqués de Los Vélez y Quiroga.[823] No estaban solos. Los seis asesinos habían sido informados de los planes por el mayordomo de Pérez; y, sin duda, Chaves lo había sabido por boca del propio rey en confesión. Probablemente la princesa de Éboli también los conociera por

Pérez, quien, al parecer, compartía todos sus secretos con ella. Por otra parte, varios de estos protagonistas contaban con un nutrido número de sirvientes, de modo que alguno de ellos pudo escuchar alguna indiscreción y cotillear sobre ella. El amplio y cada vez más numeroso círculo de personas que sabían la verdad hacía imposible al rey utilizar contra Pérez el mismo «poder sobre la vida de sus súbditos» que había usado contra Escobedo y ajusticiarle en secreto.

Quizá Felipe esperaba que la muerte de su molesto prisionero acabara con el problema: después de todo, ese había sido el destino de muchos presos, y entonces Pérez se llevaría la verdad sobre el caso de Escobedo a la tumba, y nadie más tendría por qué saberla jamás. Pero si Felipe albergaba tales esperanzas, tuvo que abandonarlas en 1588, cuando permitió a Vázquez de Arce abrir un proceso, admitir pruebas conseguidas años antes y recurrir al tormento para obtener más. Pero ¿por qué precisamente entonces? Aunque el rey no dejó a la posteridad la explicación a esta extraña conducta, quizá la sucesión de reveses a la hora de preparar la Empresa de Inglaterra le condujera a llevar a cabo anticipadamente el consejo de Ribadeneira de poner «mayor cuydado en quitar peccados y escándolos públicos, specialmente si hubiesse algunos de personas grandes que tienen obligación de dar exemplo». ¿Era coincidencia que Vázquez empezase a interrogar a Pérez acerca del asesinato casi el mismo día en que llegó a Madrid la noticia de que la Armada no había podido «darse la mano» con el Ejército de Flandes? ¿Acaso la decisión de animar a Pérez a confesar su culpabilidad en septiembre de 1589 reflejaba la reputación perdida tras el fracaso del rey en impedir el desembarco de tropas inglesas en España y Portugal?

«La guerra queda abierta»

Felipe hizo todo lo posible para proteger la península. Cuando

el Consejo de Estado le recomendaba una nueva expedición para «ir derecho a Inglaterra y procurar conquistarla», el rey contestó:

> He holgado mucho de ver y entender todo lo que se dice en estos papeles, que es muy conforme a lo que se podía esperar de los que lo dicen, y a la intinción con que yo me moví desde el principio a la Jornada por servicio de Nuestro Señor y defensa de su causa y beneficio destos reynos […]. Yo nunca faltaré por my parte a boluer por la causa de Dios y bien destos reynos en quanto me fuere posible. [824]

Poco después, Felipe convocó a una delegación de procuradores de las Cortes de Castilla a El Escorial, donde pronunció un breve discurso. «Lo que me movió a hazer esta Jornada», les recordó, «fue el servicio de Dios, y bien y seguridad de la cristiandad y destos reynos». Ahora, continuaba el rey, «la guerra queda abierta» y «los enemigos quedauan muy fortificados con lo que hauían hecho para su defensa, y se podía temer viniesen a hazer algún daño». Y concluía diciendo: «Esto obliga a muy grandes y excesivos gastos, o dexarlo a terribles daños». Felipe envió a la delegación de vuelta a Madrid con un memorial, «todo escripto de letra de Su Magestad», en el que volvía a reiterar estos detalles.[825] En diciembre de 1588, las Cortes recibieron otro mensaje personal del rey en el que este afirmaba que «holgara de poder comunicarles y dezirles la cantidad cierta con qué se podría salir con el intento que se tiene; mas no sabe, precisamente, qué suma poder señalar». No obstante, dado que la fallida empresa había costado diez millones de ducados, «con lo mucho que es menester para el reparo de lo que falta, y la prosecución de la guerra ofensiva, pues no será menester menos para la defensa, siendo de mucho más daño y costa atender a solo ello».[826]

La decisión del rey de comunicarse con los procuradores «de palabra y por escripto, de su propia mano (cosa tan extraordinaria y nunca oída)», causó una impresión favorable y estos acordaron proporcionar a Felipe impuestos por valor de

ocho millones de ducados, pronto conocidos como «los Millones», «para la defensa de la religión y de sus reynos». Los procuradores compartían la opinión del Consejo de Estado de que la mejor manera de lograr estos objetivos era mediante una invasión de Inglaterra, porque, «derriuando este enemigo, se podrían tener por acauadas las guerras de Flandes, que tan costosas han sido y son a Su Magestad y a estos reynos, pues Inglaterra les da el favor para que se sustenten». Así pues, esperaban «que el exército y armada que se enviare a esta jornada sea para poder acometer y vencer, y poder recuperar la pérdida pasada y la reputación de nuestra nación y conseguir lo que se pretende».[827] Pero antes Inglaterra dio otro golpe a «la reputación de nuestra nación».

En mayo de 1589, sir Francis Drake volvió a las costas de Galicia al mando de una numerosa flota angloholandesa e hizo desembarcar una fuerza expedicionaria, algo que la Armada española no había conseguido hacer en Inglaterra. Tras saquear La Coruña y quemar algunos galeones, Drake atracó cerca de la desembocadura del Tajo y sus tropas iniciaron la marcha hacia Lisboa. Aunque se retiraron antes de llegar, esta audacia enfureció al rey, que el 23 de junio pidió más dinero a las Cortes, dado «quanto importava al servicio de Dios y suyo acudir a castigar el atrevamiento del enemigo». Pero ese mismo día también demostró lo poco que había aprendido de sus anteriores fracasos respecto a cómo ganar una guerra. Martín de Bertendona, el almirante de mayor rango que quedaba en España, había acudido a la corte para ofrecer algún consejo a su soberano «en caso que se huviese de hazer jornada el año que viene para Inglaterra», pero, fiel a su costumbre, Felipe replicó: «Me las avissaréis por scripto, no aviendo lugar para poderlo hazer en persona».[828]

El escenario estratégico empeoró de nuevo dos meses más tarde, con el asesinato del rey de Francia. En muchos aspectos,

Enrique III había sido muy útil a los propósitos de Felipe. Aunque fundamentalmente hostil a España, Enrique carecía de los recursos necesarios para causar grandes daños: tanto sus súbditos protestantes como los católicos le despreciaban y desconfiaban de él casi por igual, y las arcas reales estaban vacías. Dado que Enrique, al igual que sus hermanos, no tenía hijos varones legítimos, a su muerte muchos de sus súbditos franceses, y todos sus vecinos protestantes, reconocieron a su pariente varón más cercano, el líder hugonote Enrique de Borbón, como el rey Enrique IV. Felipe no podía admitirlo. «Mi fin es procurar principalmente el bien de la religión, y que permanezca en Francia la cathólica y se excluyen los herejes», recordó al duque de Parma. «Y assí, para asegurar su exclusión y ayudar a los cathólicos para que prevalezcan, viéredes que será menester entrar en Francia fuerzas mías abiertamente», debía llevar a cabo una invasión. Felipe asumía las consecuencias estratégicas de esta decisión:

> Con estas obligaciones en que pone las cosas de Francia (a que no se puede faltar por yr tanto en ellas como va) parece que pues no se puede atender a muchas cosas juntas sin que los padezcan todas, demás de que la hazienda no sufre, conviene necesariamente tomar forma en la de la guerra dessos estados [de Flandes], reduziéndola a deffensiva.[829]

Mateo Vázquez, entre otros, adelantó que esas economías serían insuficientes. El invierno de 1589-1590 había sido largo y duro, seguido por una mala cosecha. En febrero de 1591, Vázquez recibió un lamento más de su amo en el que Felipe se quejaba de «melancolia, que es muy mala cosa, aunque los tiempos la traen consigo y lo que pasa por el mundo, de que me cabe también su parte, porque me duele mucho ver el estado en que está la christiandad». Incurablemente enfermo y quizá por esa razón aún más franco, Vázquez contraatacó y advirtió al rey de que no podía «llevar adelante los gastos» de todas sus guerras ni ignorar «en que acá se va la gente acabando, y de manera que muchas personas de crédito que han venido de diversas partes

deste reyno dizen que por maravilla se topa con un hombre por los lugares pequeños, con que se va muy a priessa acabando la labrança y crianza». Según Vázquez, a menos que Felipe encontrara fuentes alternativas de ingresos, «se podrá temer por aquí el caerse todo de golpe, y por falta de hazienda»:

> Crea Vuestra Magestad que si Dios quisiera que todos los perniquebrados que acudieron por salud a Vuestra Magestad los sanara Vuestra Magestad, que diera a Vuestra Magestad virtud para ello; y que si quisiera obligar a Vuestra Magestad a acudir a remediar los trabajos del mundo, que diera a Vuestra Magestad hazienda y fuerzas para ello.

Felipe trató esta queja apasionada con notable ecuanimidad, aunque, por supuesto, la rechazó:

> Yo creo muy bien que os mueve el zelo grande que tenéis a my servicio a decir todo lo que decís, mas también podéis vos entender que no son materias estas para poder descuydar dellas quién tiene el cuydado que vos sabéis de lo que está a mi cargo, pues a nadie le duelen más ni va tanto en ellas como a my. Pero juntamente tienen mucho más dificultad de la que las gentes piensan […], demás de ir lo que va de la religión en ello, que se ha de posponer a todo.[830]

Felipe no cuestionó la prueba material del inminente desastre; en su lugar, su visión política basada en la fe lo llevó a ignorarla. El temor de Vázquez de que «por aquí el caerse todo de golpe» casi llegó a hacerse realidad, pues estallaron conflictos tanto en Castilla como en Sicilia y en Aragón.

Revueltas en Castilla, Sicilia y Aragón

El problema comenzó en marzo de 1591 en Madrid, donde la Junta de Policía, creada por el rey para el «benefficio y aumento desta villa de Madrid, y para que en ella aya la limpieza, hornato y policía que conviene», promulgó un decreto en virtud del cual se imponía una multa de tres ducados a todos los «carpinteros, silleros, ensambladores, entalladores, cocheros, carreteros y herreros» que saquen «sus oficiales, materiales, herramientas, bancos de sus oficios» a las calles, «ni salgan a trabajar a ellas fuera de sus tiendas». Tres ducados representaba una suma sustancial para un artesano, y, dado que «desta junta no hay recurso para ningún tribunal», un grupo de entalladores

y ensambladores de la Corte envió una petición directamente al rey rogándole que suspendiera el decreto. Felipe estaba en El Escorial, y así «no podían ellos hablar al rey», por lo que casi dos mil «ofiziales, zapateros, carpinteros e torneros, sombrereros, caldereros y de todos los demás ofizios» desfilaron por las calles de la capital clamando «Misericordia y justicia». Un grupo de ellos, con «bandera y atambor», se dirigió al Alcázar Real. Afortunadamente para Felipe, cuando don Cristóbal de Moura «dixo daría cuenta dello al rey en buena ocasión», la muchedumbre se dispersó, permitiendo de este modo a los alcaldes arrestar y encarcelar a unos diez oficiales y maestros, sentenciando a cuatro de los cuales a recibir doscientos azotes «por las calles públicas desta corte» y a continuación pasar cuatro años remando en galeras. Los demás fueron condenados a seis años de destierro.[831]

En palabras del conde de Chinchón, miembro de la Junta de Noche, «los castellanos no se conformarán con airear su descontento con los impuestos y tributos que les han sido cargados estos últimos años», y poco tiempo después de que se hubiera restablecido el orden en las calles de Madrid, las protestas contra las exigencias del rey afloraron en otras ciudades de Castilla, como Toledo, Sevilla y Ávila.[832] Mientras tanto, en Sicilia, donde la mala cosecha había provocado una situación especialmente inestable, los nobles del Parlamento se negaron a consentir ningún impuesto más. Sin embargo, puesto que carecían del apoyo del clero y las ciudades, tras algunas negociaciones y amenazas (entre las que se incluía la de movilizar un regimiento de caballería y llevarlo a las afueras de la capital), los líderes del movimiento quedaron aislados y fueron arrestados. La revuelta terminó en cuestión de semanas. En cambio, las Alteraciones de Aragón duraron casi un año y su supresión obligó al rey a desplegar catorce mil efectivos y le costó un millón y medio de ducados.

Las Alteraciones eran fruto de dos conflictos distintos. El primero, entre moriscos, la mayoría de ellos agricultores, y cristianos viejos, dedicados al pastoreo de ovejas y conocidos por *muntanyeses*. Sus enfrentamientos periódicos culminaron en 1588 con una serie de masacres llevadas a cabo en varias comunidades moriscas del condado de Ribagorza, un feudo de doscientas comunidades gobernado por los duques de Villahermosa, por parte de los *muntanyeses*, reforzados por el carismático Lupercio Latrás, jefe de un grupo de bandidos que llevaba casi dos décadas desafiando la autoridad de la corona. Felipe respondió enviando tropas a Ribagorza, tanto para proteger a los moriscos como para castigar sus enemigos. Latrás huyó a Inglaterra, pero, imprudentemente, se fue a Santander, donde los oficiales reales le capturaron y, pese a su reivindicación de que como aragonés no estaba sujeto a las leyes de Castilla, el rey le hizo encarcelar en el Alcázar de Segovia. Tras una investigación sumaria por parte de un juez castellano, fue ejecutado en secreto por traición.

El segundo conflicto se originó en 1589, cuando Felipe envió a don Íñigo López de Mendoza, marqués de Almenara, para convencer a la élite local de que aceptara un virrey no nacido en la provincia, con la esperanza de que un funcionario sin vínculos locales resultara más eficaz. Los aragoneses objetaron de inmediato que aquello era contrario al fuero. Muchos aragoneses consideraron que el intento de nombrar a un forastero como virrey —junto con la campaña contra Ribagorza, la ejecución sumaria de Latrás y la provocadora utilización de la Inquisición— formaba parte de un ataque global. El duque de Villahermosa redactó entonces un cartel invitando a los otros «señores de título» de Aragón a que «hagamos juntos un cuerpo para que atendamos al servicio de Su Majestad y bien universal de este reyno».[833]

Felipe y sus vasallos aragoneses, igualmente convencidos de

la justicia de su causa, ya estaban enfrentados cuando, en abril de 1590, Antonio Pérez cruzó la frontera desde Castilla. Dado que su padre había conseguido una declaración «de cómo era natural de Aragón», el exsecretario sabía que el proceso legal conocido como manifestación le proporcionaba cierta protección. Un súbdito aragonés que «manifestara» ser víctima de una arbitraria persecución de Estado podía exigir una vista en la corte del justicia mayor de Aragón, defensor de los fueros del reino («esencialmente un defensor del pueblo», según la afortunada expresión de Teófilo Ruiz, que «era el más celoso defensor de las libertades y privilegios aragoneses»).[834] Hasta que la corte llegara a un veredicto, este garantizaba la seguridad del acusado. Por otra parte, el manifestado podía exigir que sus acusadores presentaran ante la corte bienes confiscados, incluidos papeles. De modo que Pérez se personó en la cárcel de los Manifestados de Zaragoza para reclamar una vista ante el justicia mayor y exigir la devolución de los «dos baúles» de documentos entregados a fray Diego de Chaves cinco años antes, afirmando que estos probarían su inocencia.

Felipe ordenó a su fiscal en Aragón que acusara a Pérez ante el justicia mayor de los mismos cargos por los que había sido declarado culpable en Castilla, y envió una copia de los principales documentos que habían conducido a esta condena; pero Pérez respondió presentando varios billetes intercambiados con Felipe que parecían revelar la complicidad de su señor en la muerte de Escobedo, y pretendía publicarlos en un memorial redactado en su defensa. Cuando todas las imprentas de Zaragoza se negaron a aceptar el trabajo, Pérez llevó a un equipo de escribanos a su cárcel, donde hicieron treinta copias manuscritas que Pérez distribuyó a «muchos jueces, caballeros y personas» de España e Italia.[835]

Felipe se dio por vencido por el momento y ordenó a su fiscal que retirara todos los cargos relacionados con la muerte

de Escobedo, basándose en que hacían referencia a «secretos que no conviene que anden en ellos». En su lugar, cargó contra Pérez por «revelar el secreto de las materias y cosas de Estado de que fue secretario, y desçifrar falsamente las cartas».[836] Este acontecimiento llevó al exsecretario a intentar huir a Béarn (Bearne), el bastión protestante de Enrique de Borbón, archienemigo de Felipe. Pese a que no lo logró, su tentativa permitió a la Suprema acusar a Pérez de herejía y ordenar al tribunal de Zaragoza que le sacara de la cárcel de los Manifestados y le trasladara a las cárceles secretas que la Inquisición tenía en la Aljafería. Felipe instó al marqués de Almenara a que ayudara en el proceso. El justicia mayor aprobó a regañadientes el traslado, que los agentes de la Inquisición efectuaron el 24 de mayo de 1591.

Casi inmediatamente, Zaragoza estalló en violencia. Un ciudadano corría «con su espada desembainada, apellidando "Libertad" a sacar a Antonio Pérez», y, pronto, una multitud de tres mil enfurecidos ciudadanos rodearon la Aljafería y amenazaron con quemarla a menos que los inquisidores no solo permitieran a Pérez volver a la cárcel de los Manifestados, sino que liberaran también a los demás prisioneros. Entre tanto, otra multitud atacó a Almenara, causándole heridas tan graves que murió dos semanas después.[837] «Movidos algunos de sus pasiones», advertía un partidario del rey en Aragón, la liga de caballeros «tomaron el apellido de "libertad" para mover más a la gente común. […] Toda ha procedido de la oficina de los que saben mucha historia de los motines presentes y pasados de Flandes y de Italia para vengarse desta manera de la injusticia que dice le[s] hace el rey». Y concluía: «Vuelvo a decir que tengo vehementísima sospecha, no fundada en la imaginación, que si luego no se acude con mano poderosa y castigo apresurado, que ha de ser como lo de Flandes». Poco después, otro monárquico se hacía eco de los mismos sentimientos: «El

respeto que se debe a las Majestades divina y humana se va perdiendo, y si Su Majestad no pone sin dilación remedio en ello, tendremos otro Flandes».[838]

Algunos temían que la alteración diera ejemplo a otros. El duque de Gandía, hijo mayor del padre Francisco de Borja, pidió que el rey pensase «si esto de Aragón pasare adelante por vía de rompimiento»:

> ¿Qué seguridad habrá de que estarán muy quietos los portugueses, y cómo pueden ir las cosas de Italia, viéndonos acá turbados y embarazados con las guerras dentro de nuestras casas? Las demás cosas de Flandes, Francia e Inglaterra, Vuestra Señoría las sabe, y ellas mismas dicen cuán poco ha menester el rey buscar más guerra, estando tan cansado y gastado el Real Patrimonio de las muchas que ha tenido y tiene.

Los consejeros reales en Madrid estaban de acuerdo: «Se deue escusar con el prudente gouierno todas dissenciones dentro de casa», recordaban al rey, «pues con tener quietud en ella, y las armas fuera y lexos, ha crescido tanto este Imperio». Pero todos estos ministros pasaban por alto lo que Felipe consideraba la clave del asunto: los alborotadores se habían negado «a obedecer y respectar al Santo Oficio», y esto le parecía intolerable. Tenía que responder con la fuerza.[839]

Por casualidad, Felipe pudo desplegar inmediatamente una fuerza aplastante para restaurar la obediencia. Ya había empezado a movilizar un ejército en Castilla para la invasión del sur de Francia, y podía destinar fácilmente algunas unidades a acabar con los problemas en Aragón mientras marchaban hacia los Pirineos. De modo que, en julio de 1591, Felipe informó a sus ministros de que estaba «resuelto» a tomar todas las medidas necesarias para pacificar Aragón, «aunque sea poniendo en ello my persona, y lo que más fuere menester, y tomar el negocio con las veras que se deue; pues si por la religión se ha pasado y hecho en Flandes lo que se ha visto, y después en Francia, no siendo mýa, mírese quanto más obligación ay de acudir a lo proprio y tan vecino»; y ordenó al

justicia mayor que enviara a Pérez de vuelta a la Aljafería antes del 24 de septiembre de 1591. Una vez más, cuando los funcionarios del Santo Oficio trataron de sacar a Pérez de la cárcel de los Manifestados, una multitud invadió las calles y atacó a los soldados del rey. A consecuencia de estos violentos hechos, treinta personas murieron y muchas más resultaron heridas.[840]

Enseguida, Felipe envió una amenazadora carta a las ciudades de Aragón en la que les recordaba que, «hallándose con el ejército que había juntado para entrar en Francia, para efectos del servicio de Dios y bien de la Cristiandad, aunque con sentimiento, se veía obligado a no enviar aquel ejército a reinos extraños, y a emplearle en aquietar los suyos». Mientras tanto, el justicia mayor, Juan de Lanuza, invocó un fuero otorgado por el rey Juan II en 1461: «Que los aragoneses pudiesen y pueden tomar las armas contra cualesquier fuerzas extranjeras que entrasen en su reino en ofensa suya, aunque sea contra su mismo rey y príncipe heredero si en tal forma entrare». Felipe respondió, tratando de tranquilizar a sus súbditos aragoneses, asegurándoles que «mi ejército no entra a ejercer jurisdicción, sino que, yendo a su jornada de Francia, haría alto a dar fuerzas y calor de justicia, para que se puede ejercitar por mano de los ministros de la naturaleza de ese reino», ignorante de que el día anterior, el justicia mayor, tras declarar que Felipe había actuado contra el fuero, había llamado a las ciudades y pueblos del reino a reclutar y enviar tropas hacia Zaragoza, lista para el combate, para el 5 de noviembre. También solicitó la ayuda de Valencia y Cataluña.[841]

Pero Lanuza también actuaba desde la ignorancia: Felipe acababa de ordenar el desplazamiento de 17.000 efectivos hasta la frontera con Aragón. El 6 de noviembre de 1591, el ejército entró en el reino aragonés y comenzó su marcha hacia

Zaragoza. Solo Teruel, Jaca y algunas otras poblaciones respondieron a la llamada de Lanuza, dejándole con solo dos mil hombres. Absurdamente, en lugar de utilizar a sus hombres para asegurar que Zaragoza pudiese resistir un asedio hasta que llegaran fuerzas de socorro, Lanuza optó por oponerse al avance de las tropas reales en batalla. En cuanto sus partidarios se dieron cuenta de su enorme desventaja numérica, la mayoría huyó. Pérez, que había permanecido escondido en la capital desde los disturbios de septiembre, intentó de nuevo escapar a Béarn; en esta ocasión lo consiguió, afortunadamente para él, dado que Zaragoza pronto se rindió sin luchar. Un reducido grupo de rebeldes, entre ellos Lanuza y el duque de Villahermosa, se refugió en un pueblo fortificado cercano, pero, tranquilizados por la moderación del ejército real, enseguida se rindieron. Hicieron mal: Felipe ordenó el arresto del justicia mayor y de sus principales socios, y, el 20 de diciembre, un destacamento de tropas castellanas condujo a Lanuza a un cadalso en la plaza del Mercado de Zaragoza, donde fue decapitado en público, mientras que otro destacamento condujo a Villahermosa a una cárcel castellana. Felipe también autorizó el arresto de aquellos implicados en el asesinato de Almenara y de todos los que hubieran sido denunciados por desafiar la autoridad de la Inquisición.

En Madrid, la Junta de Aragón creada por el rey y compuesta tanto de inquisidores como de miembros de los consejos de Castilla y Aragón, presentó una larga lista de delitos, sospechosos y castigos. Pero Felipe rechazó este plan global de venganza, y, en lugar de ello, promovió una política de clemencia que «aquietará los ánimos de todos los de aquel reyno, que tan sospechosos y recatados deven estar de que por medio de mys ministros, y de los del Santo Oficio, se ha de proceder contra ellos».[842] Pero, al igual que en los Países Bajos y Portugal, la definición de «clemencia» para Felipe resultaba

bastante restringida: su indulto, emitido el 17 de enero de 1592, exceptuó a 150 conocidos participantes (encabezados por Pérez), cualquier clérigo o fraile que hubiera tomado parte en el motín, cualquier letrado que hubiera aconsejado la resistencia y los capitanes de las tropas que habían marchado con Lanuza contra el ejército real. Felipe nombró a Rodrigo Vázquez de Arce, enemigo capital de Pérez, para que juzgara y castigara a todos los infractores que en ese momento se encontraban en Castilla; envió jueces especiales desde Madrid a Zaragoza para juzgar a los de allí; creó un tribunal especial para que se ocupara de las ciudades que habían apoyado a Lanuza; y ofreció una recompensa por la captura de las «principales cabezas» que habían huido, sobre todo la de Pérez.

En marzo de 1592, el conde de Chinchón, ministro principal para los asuntos aragoneses, informó a su sobrino don Francisco de Bobadilla, comandante del ejército de ocupación, que el rey «dice que le hará Vuestra Merced muy gran servicio en procurar por las vías que pudiese se prenda o mate a Antonio Pérez. Y que al que le diere vivo, podrá Vuestra Merced ofrecer catorce, diez y seis, y aún veinte mil ducados; y hasta ocho mil al que diere su cabeza».[843] Pero aparte de Pérez y algunos otros cabecillas, Bobadilla instaba a Felipe a ser clemente, citando el evidente paralelismo: «No tendré que traer ejemplo de griegos y romanos sino el que a Vuestra Magestad tiene puesto en tanta necesidad, que es el de Flandes». Incluso «tan gran capitán como el duque de Alba, y un ejército tan poderoso» no habían conseguido intimidar a «los flamencos, de su natural humildes y gente llana». De modo que Bobadilla inquiría retóricamente al rey: ¿qué pasaría si provocaba a los «aragoneses, gente de su natural alterada, colérica y arrojada, y que se inclinan a las armas, y las traen y usan desde que la edad les concede fuerza para ello»? Don Francisco acompañó esta sincera carta con una nota aún más directa a Chinchón: «Los

estados de Flandes están como se ve por la codicia de la décima» —la alcabala que Felipe había obligado a Alba a imponer pese a la opinión contraria de este *(véase capítulo 11)* — «y si ahora se sigue este camino en Aragón, que no lo puedo creer, sin duda se va por derecho a lo que ha sucedido en Flandes».[844]

La Jornada de Tarazona

Puede que la analogía de don Francisco diera en el blanco porque, poco después, Felipe adoptó el camino que había seguido con éxito en Granada y Portugal: decidió visitar personalmente la pacificada región. Al igual que en Flandes y Portugal, Felipe quiso que el castigo de los culpables de rebelión se ejecutara antes de su llegada y, como siempre, insistía en microgestionar la operación, especialmente en «aquella materia de Antonio Pérez, porque Su Magestad tiene mucha seguridad de que se le han de entregar vibo, converna cessen las pláticas que huviere para solo matalle», es decir, Felipe solo trataría con quienes se habían ofrecido a entregarle vivo.[845] Era un gran error. Hubiese sido bastante fácil asesinar a Pérez (algunas personas se ofrecían a hacerlo), pero su insistencia en asegurar la persona de su enemigo permitió a Pérez, como a Guillermo de Orange y a don Antonio antes que él, escabullirse entre los dedos de Felipe. Por eso el exsecretario quedaba libre para lanzar sus ataques, tanto por medios militares como propagando una imagen poco favorecedora del rey en sus escabrosas publicaciones, que ofrecían un retrato demoledor de Felipe como tirano caprichoso, mendaz, mezquino, vengativo y bastante obtuso.

Aun sin Pérez, las cárceles de Zaragoza se llenaron hasta tal punto que tanto la Inquisición como los jueces tuvieron que liberar «en fiado» al «menos culpado» para poder concentrarse en interrogar al resto (a menudo bajo tortura) a fin de que,

según las palabras del rey, «mejor se acierte todo, y saque en limpio la verdad». El rey revisó los interrogatorios con vivo interés. Así, después de que sus agentes capturaran a Miguel Donlope, un «exceptuado» que había huido a Béarn y luego había vuelto a entrar precipitadamente en el reino, Felipe escribió: «He holgado mucho de saver de esta prisión», y ordenó a sus captores «le tengan muy a recado y procuren sacar dél todo lo que supiere». Dos meses más tarde, tras estudiar la transcripción del interrogatorio de Donlope, el rey quiso saber más: «Que se aprieten al Miguel Donlope para que declare a qué personas ha embiado aý algunos cuerpos del libro que refiere en el 17 capítulo; y con quienes se escrive, porque en el 20 [capítulo] dice que vienen cartas para otros que para él». Poco después, Felipe siguió con similar interés el caso de Rodrigo de Mur, líder de una cuadrilla en Ribagorza arrestado en Toledo. «Muy buena prisión ha sido esta, y de mucha importancia», declaró; y cuando, al poco tiempo, Mur escribió una apelación, Felipe determinó: «Será lo más seguro no consentirle escrivir ninguna cosa».[846]

El rey esperaba encontrar testimonios que incriminaran a los nobles aragoneses encarcelados, especialmente a Villahermosa. Había enviado al duque al castillo de Burgos, pero, mientras viajaba camino de Aragón, Felipe decidió alojarse allí él mismo. Dado que el protocolo prohibía que el rey permaneciera bajo el mismo techo que un grande caído en desgracia, hizo trasladar a Villahermosa a la fortaleza de Miranda de Ebro, donde tan solo unos días después «murió de enfermedad breve». El hermano de Villahermosa, el conde de Luna, señaló recelosamente que esto sucedió «sin entender que estaba enfermo sus deudos», de manera que «primero se supo la muerte que la enfermedad». Aunque no llegó a acusar a Felipe de asesinato judicial, Luna manifestó que «a lo menos» la muerte de su hermano «fuese de propósito». Los apologistas del

rey no hicieron nada por disipar esta sospecha, argumentando que el duque era culpable de traición y «bien claro es que de haberse de ejecutar por una justicia, no había por qué se encubriesen».[847] Este era el mismo argumento que Chaves había utilizado tres años antes respecto al caso de Escobedo: «El príncipe seglar, que tiene poder sobre la vida de sus súbditos y vasallos, cómo se la puede quitar por justa causa, por juiçio formado, lo puede hacer sin él, teniendo testigos»; y numerosos testigos habían incriminado a Villahermosa. Aunque Felipe afirmó que el duque había muerto de causas naturales, dos décadas antes había afirmado igualmente que el barón de Montigny había fallecido tras una «enfermedad breve», aun cuando, bajo el hábito franciscano con el que fue apresuradamente enterrado en la iglesia de Simancas, su cuello mostraba las marcas del garrote que le había sido aplicado por orden expresa del rey *(véase capítulo 11)*.

En total, tanto la Inquisición como los tribunales del rey privaron de la vida al menos a cuarenta aragoneses por la rebelión, e impusieron castigos corporales o destierro a otros sesenta. Muchos de ellos sufrieron la ignominia añadida de que sus casas fueran arrasadas y sus bienes confiscados. Con ello Felipe quedó satisfecho. Cuando la Suprema pidió permiso para juzgar a once culpados más «en ausencia», el rey se negó. «Aunque es así que todos los XI contenidos en este memorial han sido muy culpados, me pareció suspender la respuesta» hasta «saber el estado de lo de allá y lo que más convernía para su buen fin, de que espero que ha de resultar mucho servicio a Nuestro Señor».[848]

Tras una tranquila marcha por Castilla la Vieja y Navarra, Felipe hizo su sexta visita al reino de Aragón [véase lámina 42]. En noviembre de 1592, por última vez, Felipe «salió de su coche de caballos y se montó en un corçel que era completamente blanco» para hacer su entrada en Tarazona, donde las Cortes le

estaban esperando. Este majestuoso gesto dejó atónito al séquito real:

> Nos regocijamos que se produjera una entrada como esta, pues era poco usual ver aparecer al rey montado a caballo a la provecta edad de 66 años después de haber pasado muchas enfermedades y haber tenido tantas recaídas, todo lo cual nos pareció ciertamente cosa de gran admiración; pero el grande y magnánimo corazón que tenía nuestro monarca le permitió soportar airosamente todos estos trabajos y fatigas, por las ganas que tenía de restaurar y apaciguar a este pueblo que hasta hace muy poco tiempo había sufrido tantos trastornos.[849]

Las Cortes de Aragón llevaban varias semanas de sesiones y ya habían complacido los deseos del rey acordando que la legislación necesitara solo de una aprobación por mayoría, y no por unanimidad, incorporando el condado de Ribagorza al realengo y modificando los fueros con el fin de que resultara más difícil para un sospechoso de traición ampararse en ellos, como había hecho Pérez. También reconocieron entonces el derecho real a nombrar a un «forastero» como virrey y juraron obediencia al príncipe como futuro soberano. El rey, por su parte, declaró un perdón general, pese a una nueva demanda de la Suprema para condenar a otros culpables de haber desafiado su autoridad. Felipe explicó a los inquisidores:

> No se podía escusar, y la forma ha sido buena y el termino bastante; y por lo que convenía escusar la dilación de los nuevos edictos, me resolví que se publícase a Çaragoça el perdón del Santo Oficio y en que no se llamasen nuevas personas. Y así hizo. Y con esto, y con el castigo pasado, y buenas leyes que parece que quedan en aquel reyno, espero en Nuestro Señor ha de quedar la gente dél escarmentada y con mucho cuydado a obedecer y repectar al Santo Oficio.

El rey sostenía que mantener la autoridad de los inquisidores era «la principal causa que me ha movido a tomar estos negocios con las veras que se ha visto». Y así lo había hecho; ya era hora de mirar hacia delante.[850] Sin embargo, el ejército del monarca permaneció en el reino un año más a fin de llevar a cabo otras medidas encaminadas a garantizar la obediencia. Así, el ejército hizo un censo de los moriscos, confiscándoles ocho mil arcabuces y numerosas armas de pequeño tamaño; ayudó a los ingenieros a construir una serie

de fortalezas, castillos y torres en los Pirineos para impedir otra «entrada de los luteranos por las fronteras de ese reino»; y supervisó la construcción de una enorme ciudadela alrededor de la Aljafería para proteger las cárceles secretas de la Inquisición.

Durante su viaje de regreso de Tarazona a Madrid, y pese a las temperaturas extremadamente bajas («me atreveré decir», escribió Jehan Lhermite, «que ni en los Países Bajos ni en Alemania puede haber mayores fríos que los que sentimos aquí»), el rey tenía buenas razones para sentirse satisfecho. Su firme reacción a las Alteraciones de Aragón puso fin a la peligrosa oleada de rebeliones en España: no solo no se producirían más motines durante su reinado, sino que tampoco los habría durante toda una generación. Es más, cuando en 1640 Cataluña se rebeló y pidió ayuda a sus vecinos, Aragón se mantuvo leal al rey.

Según el meticuloso cálculo de Lhermite, el rey y su séquito habían recorrido ochocientos kilómetros durante los ocho meses anteriores y, el 30 de diciembre, llegaron sanos y salvos a la capital. Nada más llegar, Felipe pasó «por el monasterio que llaman de las Descalças para ver allí y saludar a su hermana la emperatriz y a su hija la infanta doña Margarita» para luego permanecer el resto del invierno en el Alcázar, como era habitual.[851] Pese a estos indicios de normalidad, la Jornada de Tarazona marcó un hito en el reinado de Felipe. El largo viaje dejó agotado al rey. Ya no era cuestión de hacerle entrar en Madrid a lomos de un «corçel que era completamente blanco»; en lugar de ello, Felipe entró en su capital desplomado en la trasera de su carro, con las persianas echadas. Nunca más se haría cargo personalmente de una crisis, y rara vez volvería a someter los papeles que recibía al mismo intenso y continuo escrutinio. Cuando ya se aproximaba a su sexagésimo séptimo cumpleaños, el control del rey sobre el poder empezó a flaquear.

19. Camino de la tumba y más allá, 1593-1603

Un endurecimiento de las arterias

En 1590 el marqués de Velada, ayo del príncipe de Asturias, resumía la vida del viejo monarca como poco más que «caza, trazas, jardines»; y los monjes jerónimos de San Lorenzo de El Escorial prestaron un considerable apoyo a esta desdeñosa opinión en sus crónicas, concentrándose en cómo y cuándo el rey cazaba, revisaba planos arquitectónicos y disfrutaba de sus jardines. Pero fuera del recinto del monasterio, circulaba una oleada de críticas más ásperas contra el rey y sus políticas. Según el cronista real Antonio de Herrera, las revueltas en Castilla, Sicilia y Aragón en 1591 dieron lugar a

> varios juyzios llenos de duda y de temor. Los buenos sentían los trabajos y desventuras; los otros en odio del estado presente, que tenían por miserable, se alegravan, haziendo cargo al rey, de que en tanto peligro se estava gastando el tiempo en cosas y negocios de menos importancia, afirmando que si se moviera con su presencia, se quietara todo.

En 1595 comenzó a circular un amargo calambur: «Si el rey no acaba, el reino acaba».[852]

Las especulaciones sobre si el rey estaba a punto de «acabar» habían comenzado algunos años antes. En julio de 1586, el diplomático francés Longlée informó de que Felipe «parecía envejecido y más pensativo» porque «la gota le causa dolor»; en efecto, el rey estuvo incapacitado en la cama durante varias semanas ese verano. Un año después, Felipe contó a su hija Catalina que el dolor

> no me deja andar, sino con ayuda y esto no siempre; y ahora me ha tenido cinco o seis días sin andar y aun en la cama por haberme buelto a una rodilla. Y lo que más me ha durado es en esta mano, que no me ha dejado escribir ni hacer nada con ella hartos días y por esto no os he escrito en ellos; y también los ojos he tenido no muy buenos.[853]

En marzo de 1588, Felipe volvía a disculparse de nuevo con

Catalina de «no haberos escrito antes»: la causa «ha sido habérseme anticipado la gota más que solía, y así ha dos meses que me dio». Además, «fue menester sangrarme una vez y purgarme otra, y tuve mucho hastío y mucha sed, que todo me ha tenido harto flaco y así voy volviendo despacio», aunque «todavía ando con palo». Al mes siguiente, Longlée advirtió que «Su Majestad está muy delgado», y algunos retratos regios en aquella época le muestran con las mejillas hundidas y los ojos cansados [véase lámina 43]. Pese a una asombrosa variedad de instrumentos y polvos para el cuidado de su dentadura, perdió todos sus dientes uno por uno. En 1587 pasó por una experiencia especialmente dolorosa: «Le han dexado escandalizada la dentadura, y con pérdida de uno que lo ha sentido harto».[854]

«Sentido harto»: no debemos olvidar que, al igual que todos sus contemporáneos, Felipe no contaba con analgésicos o antibióticos. Para reducir el dolor constante de sus extremidades, recurrió a una «silla especial para la gota», adaptable a varias posiciones, desde la casi vertical a la horizontal. Esta silla «le servía para descansar y distender todos los miembros de su cuerpo cuando salía de su lecho de enfermo». A partir de 1595, Felipe pasaba muchos días

> sentado en ella desde la mañana cuando se levantaba hasta la noche cuando se acostaba. Entonces el rey se vestía con ropas más ligeras, esto es, con un jubón, calzas sencillas […] con su casaca de tafetán y su ropa de noche. Se acostaba allí como si estuviera en su propia cama, pues la silla era ancha y amplia [véase lámina 44].[855]

La mente del rey, al igual que su cuerpo, fue deteriorándose durante su última década. Parece que un endurecimiento de las arterias había hecho mella en él, y se quejaba no solo de no tener tiempo para tomar decisiones (lo que siempre había hecho), sino también para pensar incluso en tomarlas. Cuando Mateo Vázquez le hizo la excelente sugerencia de que el presidente del Consejo Real solo debía permanecer en el cargo

durante tres años, al igual que los virreyes, el rey replicó con cansancio: «Todo esto es para myrar mucho en ello, y así yré pensando en ello, aunque ay agora tantas otras cosas que pensar que no sé cómo queda juyzio en la cabeza. Dios nos ayude». Sin embargo, se negaba a delegar poder. Como el nuncio Camillo Caetani refería en 1594, aunque «el rey es viejo, continuamente enfermo», no obstante «quiere dar la mano en todos asuntos, y según su viejo estilo y costumbre de aprovecharse del beneficio del tiempo, fiándose de pocos, se encarga de negociaciones largas, difíciles y peligrosas».[856]

Los despachos de Caetani, el único diplomático que por entonces era recibido en audiencias personales, revelan un cierto patrón de altibajos que caracterizó la salud del rey durante sus últimos años. Por ejemplo, en abril de 1596, el nuncio informó de que algunos días Felipe «hacía la fatiga normal de escribir y leer» e incluso «escribió de su puño a Su Santidad» una carta, en tanto que en junio asistió a las corridas de toros y juegos de cañas, y «todo el pueblo le ha visto en un palco, caminando a pie sin ayuda o bastón, levantado y sentido, con su espada y traje ordinario, para cinco horas». Pero, al acudir al mes siguiente a una audiencia, Caetani encontró a «Su Majestad mucho más caído y débil de lo acostumbrado, más de lo que yo he visto jamás». Mostraba «gran debilidad en el hablar y el mover las manos, si bien en lo demás actúa con la acostumbrada memoria y prontitud de sentimientos».[857]

Este patrón de altibajos encierra la clave para comprender los últimos años del reinado. Por un lado, los intervalos de relativa buena salud permitían a Felipe mantener en última instancia el control de las políticas llevadas a cabo por sus ministros; por otro, la conciencia de que la enfermedad podía dejarle incapacitado en cualquier momento dio lugar a cambios administrativos dirigidos a garantizar que el gobierno central funcionara sin problemas pese a que él no pudiera participar

directamente. En Madrid, un nuevo comité de ministros de máxima experiencia, llamado la Junta Grande, desempeñó un papel vital a la hora de resumir y evaluar las consultas enviadas por cada consejo central antes de enviar el informe a la Junta de Noche, que (al igual que antes) acompañaba al rey y añadía sus propias recomendaciones antes de someterlo a la decisión de Felipe. Este procedimiento reducía una consulta de varias páginas a una sola línea y veinte consultas a una sola página. Jerónimo Gassol, que se convirtió en secretario de la Junta de Noche tras la muerte de su cuñado Mateo Vázquez en 1591, se ocupaba tanto de las cartas como de los memoriales dirigidos «al rey en su mano» *(véase capítulo 4)*. Normalmente, el rey dictaba su rescripto, que Gassol escribía, y luego añadía su rúbrica; pero a veces Felipe demandaba más información o consejo antes de llegar a una decisión. «Comunicad esto con los tres que estaban antes en la Junta que tienen más noticias de esto, esta noche o a la mañana», le ordenó Felipe a Gassol acerca de una consulta, «de manera que antes que yo me levante me diga don Cristóbal [de Moura] lo que les pareciere para que, entendiéndose yo entonces, me pueda resolver».[858]

En 1593 Felipe decidió duplicar el tamaño de la Junta de Noche, conocida a partir de entonces como Junta de Gobierno. Primero incorporó a su sobrino, el cardenal archiduque Alberto, quien había servido como virrey de Portugal desde la partida del rey una década antes. Alberto regresó a Madrid, donde dio audiencias y recibió a embajadores en nombre de Felipe, pero no presidió la Junta. El rey otorgó este honor al príncipe de Asturias, si bien acompañado siempre de su ayo, el marqués de Velada. Felipe decretó entonces que en todos los asuntos «en que poco más o menos se entiende mi voluntad (inquirir culpas, apresurar executiones de cosas resueltas, dar algunos premios y ventajas moderadas, y algunos oficios menudos)», la Junta de Gobierno podía «despachar luego

asentando las respuestas por escrito en las márgenes o encima de las consultas, y se me enviarán a señalar». El rey mantenía un control mayor sobre «otros negocios más graves, como son los que tocaren en administraçión de haçienda, assientos de dinero» y defensa: con estos, «se me imbiará por escripto en papel aparte el paresçer de la junta para que yo ponga o haga poner en el mismo papel las resoluçiones que yo tomare, y hecho esto luego en bolviendo los papeles y entendida por ellos mi voluntad en cada negoçio destos se assentará la respuesta y resolución en las mismas consultas y retornará a ymbiar, y yo las haré señalar del prínçipe mi hijo». Gassol devolvería luego cada consulta al órgano que la había remitido para que se procediera a su cumplimiento.[859]

Más adelante, Felipe retocaría este sistema. En primer lugar, tras la muerte de fray Diego de Chaves en 1592, los ministros del rey le rogaron que «mandase nombrar confesor, porque estaban muchas cosas de conciencia detenidas y no se determinaban a quién darlas»: finalmente eligió a fray Diego de Yepes (el candidato de Cristóbal de Moura), y, hasta la muerte del rey, Yepes no solo escuchó sus confesiones, sino que también determinó si ciertos proyectos concretos eran «lícitos en conciencia» y envió papeles de asesoramiento a su amo. En segundo lugar, el rey fue comunicando cada vez más sus órdenes a través de Moura, aunque al principio lo hizo clandestinamente: así, en 1594, encargó a Moura que le dijese «a Gasol que ponga en esa consulta una respuesta conforme a ese papel vuestro, y sin que parezca que lo es, sino mýo. Y me lo embie a señalar».[860]

Estos cambios administrativos consiguieron tres objetivos. El primero, que, aunque Felipe siguiera teniendo la última palabra en las decisiones referentes a los «negocios más graves», cuando caía enfermo, Moura le representaba: era el privado real en todo menos en el nombre. Por otra parte, cualquiera que

fuese el estado de salud del rey, la Junta podía ocuparse de los asuntos rutinarios de gobierno de una forma ordenada, y, si Felipe fallecía repentinamente, se encargaría de supervisar la transferencia de poder. Sobre todo, según la acertada frase de Antonio Feros, la Junta servía «como tutor colectivo del príncipe Felipe»: exactamente igual que su padre a su misma edad, al presidir las reuniones diarias de los principales ministros, había ido aprendiendo a gobernar una monarquía que pronto sería la suya.[861]

Mientras tanto, a pesar de sus múltiples fracasos, Felipe proseguía la misma política desastrosa contra Inglaterra y Francia. En octubre de 1596, ordenó a su almirante, don Martín de Padilla, que sacara una fuerza expedicionaria reunida en los puertos de Galicia para ir a Irlanda. Cuando Padilla objetó que emprender la travesía en fechas tan avanzadas del año ponía en riesgo la pérdida de toda la flota, Felipe recurrió al mismo tipo de chantaje espiritual que ya había utilizado en el pasado contra Alba, Santa Cruz y Medina Sidonia. «Torno a dezir y mandaros expressamente», bramaba,

> que sin esperar a otra cosa más os partáys en el nombre de Dios y hagáys lo que os tengo ordenado en el viaje y en toda la jornada. Que aunque veo que tan adelante está el tiempo y lo que se aventurara en él, esto se ha de fiar de Dios, que tanta merced nos haze; y parar con lo començado fuera afloxar en Su servicio y hazer los gastos sin provecho y hallarnos sin gente al tiempo del menester.[862]

Padilla cumplió la orden, pero, como él había predicho, las tormentas descargaron sobre la flota nada más abandonar puerto, causando la pérdida de muchos barcos y unos dos mil hombres.

Aunque Felipe fracasó en sus intentos de atacar a Isabel en 1596, esta en cambio le infligió graves daños. Durante dos semanas de julio, una fuerza angloholandesa ocupó Cádiz y luego incendió la ciudad, llevándose consigo numerosos rehenes y dos galeones reales, además de destruir otros barcos y

propiedades por valor de cuatro millones de ducados antes de continuar hacia el norte, aparentemente con la intención de atacar Lisboa. Como don Juan de Silva, capitán general de Portugal, observó amargamente: «La reputación de un rey de España se puede mantener sin ganar a Londres», pero «no se puede conservar ni recuperar perdiendo a Lisboa en la forma que se perdió a Cádiz». Silva se apresuró a organizar la defensa de la capital lusa, pero, aunque los nobles portugueses estuvieron de acuerdo en movilizarse, se negaron a servir a las órdenes de un comandante castellano nombrado por el rey. Afortunadamente para Felipe, los ingleses zarparon de vuelta a casa sin poner a prueba su popularidad en Portugal.[863]

El rey y las Cortes

Como de costumbre, todas estas derrotas no hicieron la más mínima mella en la determinación de Felipe «de fiar en Dios» y continuar combatiendo contra sus múltiples enemigos en múltiples frentes, pero sí le obligaron a buscar nuevas fuentes de ingresos, dado que sus guerras le suponían un gasto de alrededor del doble de sus ingresos totales. Volvió a convocar a las Cortes de Castilla y les pidió todavía más impuestos, pero la asamblea iniciada en mayo de 1592 duró el doble que las Cortes anteriores, en gran medida debido a que algunos procuradores se opusieron a todas las propuestas fiscales del gobierno. Los ministros de Felipe empezaron recordando a las Cortes que, «demás de tener Su Magestad acauado y consumido todo su real patrimonio, deue trece millones de deudas sueltas» y «se puede muy bien decir que son acauados todos los medios y arbitrios de que su Magestad se podía prevaler para el sostenimiento y defensa destos reynos»; pero estaban perdiendo el tiempo. «Casi todos los procuradores se inclinarán a suplicar a vuestra magestad con mucha instancia antes de tratar a otra cosa, se sirva de mandar moderar los

gastos de la guerra, así en Flandes como en otras partes».[864] En abril de 1593, un procurador declaró abiertamente «que aunque las guerras de Flandes, e Inglaterra y Francia son santas y justas, se debe suplicar a vuestra magestad que cesen en la forma que se pudiere», mientras que otro imploró «que Su Magestad […] suspenda por ahora las dichas guerras, dexándolas en el estado que mexor se pueda».[865]

A Felipe siempre le habían molestado las críticas, y, en esta ocasión, ordenó a sus ministros que reprendieran a los procuradores por cuestionar su política exterior impulsada por la fe: «Darles a entender cuán forzosos e inexcusables han sido los dichos gastos y guerra para alejarla destos reynos, que no sienten en ellos las miserias que se padecen en otros de la christiandad». Los procuradores «pueden y deben fiar de mí, y del amor que tengo a estos reynos, y larga experiencia del gobierno de ellos, que siempre hago lo que más conviene al beneficio de ellos y en esta conformidad les hable largo» y «aconsejarles que por ningún caso traten de venirme con semejante respuesta».[866] Felipe también trató de ganarse a algunos procuradores ofreciéndoles sobornos, mientras que a otros los intimidó con arrestos sumarios y registros domiciliarios. Incluso recurrió al apoyo de «poderes más altos». «Es menester», declaró, que «los teólogos de Madrid estén prevenidos, para que acudiendo los procuradores del reyno a informarse, en siendo respondidos, los hallen enterados del caso y justificaciones que hay para acudir al remedio de las necesidades que se padecen» (y exigió que los teólogos compartieran con él lo que averiguaran).[867]

En lugar de ganarse a «los dificultosos» (como el gobierno llamaba a sus críticos), la intransigencia real fomentó en las Cortes —quizá por primera vez en la historia— «una oposición organizada con un proyecto político coherente»: un proyecto que I. A. A. Thompson ha denominado «Primero Castilla».

Para la primavera de 1596, esa oposición se había vuelto ya tan articulada e inflexible que algunos ministros se mostraron a favor de disolver las Cortes para que «vinieran otras que no estuvieran aquí tan prendados de sus pretensiones, ni tan pláticos con quien lo tratáramos».[868] Entonces se produjo el asalto angloholandés a Cádiz, que Guillermo Céspedes del Castillo consideró la «culminación de la técnica de operaciones militares anfibias practicadas durante tanto tiempo contra la Monarquía». Según este historiador, «el episodio fue percibido en España como una vergüenza nacional y una irreparable humillación, originando una ola de pesimismo y tristeza».[869]

Poco después de enterarse de la noticia, Felipe redactó para las Cortes una dura reprimenda en la que enfatizaba:

> La experiencia de lo que empieza ya a probar en casa nuestra, cuán conveniente ha sido tener ocupado al enemigo en su tierra cuando se ha podido, y cuán importante fuera haber hecho agora lo mismo si los medios no hubieran faltado […]. Ninguna defensa se puede hallar para la casa propia como hacer la guerra en la ajena: quedará bien claro y entendido que quantas guerras yo he traído por allá fuera han sido por mantener el sosiego, paz y quietud en estos reynos y alejar dellos los trabaxos que trae consigo la guerra.[870]

Convenientemente escarmentados, los procuradores votaron un nuevo y elevado impuesto, pero añadieron numerosas condiciones: que el dinero solo podía utilizarse para pagar la defensa de España, no para ninguna guerra extranjera; que las propias Cortes debían supervisar la recaudación y el desembolso de los fondos; que tanto el rey como el príncipe «prometan y aseguren por sí y sus sucesores la inviolable observancia dél, y de cada cosa en particular»; y que cualquier incumplimiento de estas y otras condiciones invalidaría el voto. El rey rehusó: «Algunas condiciones ay que, aunque mis sucesores las quieran cumplir, y yo, no sea posible».[871]

Mientras el rey andaba en estos regateos, sus guerras continuaban agotando sus recursos. Incluso antes del saqueo de Cádiz, el marqués de Poza, presidente del Consejo de

Hacienda, describió a Moura la insostenible situación financiera del rey con la misma franqueza que los «dificultosos» en las Cortes:

> Mire Su Magestad que es ynposible tenerse en pie esta máquina, pues estando consumido quanto su Magestad tiene de todas maneras asta fin del año de [15]99, se continúan y aun acreçientan los gastos de manera que quando tuviera su hazienda libre, no hera posible sustentarse. Y para esto no es menester saber sino lo que yo sé: Que Su Magestad a de moderar sus gastos asta reforçarse algo.

Unos días más tarde, añadía estoicamente: «Aunque salgamos de este barranco, es fuerça mañana dar en otro pues caminamos cada día sobre más ynposibilidad».[872]

El camino hacia la bancarrota… de nuevo

Para cualquiera que hubiera vivido la crisis fiscal de 1574-1575, este lenguaje solo podía significar una cosa: otra bancarrota. Dado que «acá nos aogamos en dos de dos en agua» (según la descriptiva frase de Moura), el 13 de noviembre de 1596, «como el crédito está ya tan apurado y la carga de lo que se les debe [a los asentistas] es tan grande que monta 14.032.000 ducados», Felipe firmó por cuarta vez un decreto en virtud del cual confiscaba el capital de todos los prestamos pendientes y suspendía todos los pagos por intereses. Castilla se había convertido en la primera morosa en serie de la historia en deuda soberana.[873]

El decreto ocasionó el caos esperable. En España «se cerraron los cambios y cesó toda la contratación y se teme que había de estar la ruina de muchas casas de mercaderes»; mientras que, en los Países Bajos, los comandantes de Felipe recibieron nuevas órdenes:

> Si los [holandeses] rebeldes atacan, vos y los oficiales y soldados a vuestro cargo debéis hacer lo que se espera de hombres de honor; pero si os enfrentáis a una presión insoportable antes de que llegue el auxilio, os encargo y mando que, antes de sacrificaros vos mismo, aceptéis los mejores términos posibles.[874]

Cuando las Cortes enviaron una delegación para quejarse por esas injusticias, el rey volvió a responder con una

reprimenda:

> Su Magestad había respondido que le pesaba más que a nadie que sus necesidades hubiesen sido causa del dicho decreto sin poderlo excusar, y que si Su Magestad pudiera defender estos reynos con sola su persona, la aventurara; pero que, no siendo posible hacerse sin hacienda, y hallándose sin ninguna, había sido forzoso hacer el dicho decreto, y que también había sido alguna causa dello la dilación que el Reyno había tenido en lo que trataba de su servicio.[875]

Si Felipe esperaba que este reproche sirviera para persuadir a los procuradores «dificultosos» de que abandonaran las «condiciones indecentes» asociadas a su oferta de nuevos impuestos, se equivocaba, ya que estos se mantuvieron firmes. De modo que, en enero de 1597, el rey se vio obligado a conceder los restrictivos términos que le pedían. Pero todavía no fue bastante, porque las guerras seguían costando el doble de los ingresos. En las palabras expresivas de Moura, «quanto más tomamos, más tenemos que defender y más nos desean tomar», y mientras que Felipe volcaba sus recursos en Francia, un pequeño pero bien entrenado ejército holandés reconquistaba el noreste de los Países Bajos.[876]

Las dificultades de Felipe en la década de 1590 a la hora de conseguir tropas, barcos y los fondos para sostenerlos no eran del todo achacables a él. Un episodio de enfriamiento global trajo consigo un fuerte cambio climatológico. Según James Casey, «los años 1590 fueron una década de pésimo mal tiempo en España» y «las crónicas y registros de diezmos de Valencia y Murcia durante el periodo 1580-1630» revelaban «una serie excepcional de años lluviosos entre 1589 y 1598».[877] Andalucía también sufrió una secuencia inaudita de años extremadamente lluviosos entre 1590 y 1593, y de nuevo entre 1595 y 1597. Por contraste, Castilla sufría una sequía prolongada: los datos de los anillos de árboles de Navacerrada durante la década de 1590 revelan las precipitaciones anuales más bajas del pasado milenio. Simultáneamente, una epidemia de peste bubónica se propagó hacia el sur desde las ciudades

portuarias de Cantabria. Empezaron a circular refranes populares prediciendo el desastre —«Año de siete [1597], deja a España y vete»— y algunos súbditos de Felipe lamentaron abiertamente que «las cosas de España del todo van a rrebés de lo que solían […] consumiendo honrra y hazienda».[878]

La pobreza generalizada llevó a fray Diego de Yepes a enviarle a Felipe un contundente análisis de la situación que rozaba el chantaje espiritual, pues «las indisposiciones de Vuestra Magestad no dan lugar a que pueda io por presencia dezir algunas cosas», empezó el confesor, que «no puedo escusar de dezirlas por escrito, porque son las que deven dar más cuidado en tiempos semeiantes». Tras detallar ejemplos concretos de negligencia y corrupción en el gobierno, concluía:

> Considere Vuestra Magestad al trabaio, vigilancia y cuidado continuo que le a costado el gouierno dessos reinos para conservarlos en paz y justicia, y que todo a sido menester; y luego lo que se puede padecer de presente con los intervalos de sus enfermedades, y lo que sucederá destos intervalos, y quando estos reinos se vean del todo privados de la providencia de Vuestra Magestad. Y pues del gouierno, justicia y prosperidad dessos reinos depende la conservación de la fe católica y el augmento de la religión cristiana, lo qual todo fio y depositó Dios en las manos de Vuestra Magestad, sea servido de disponer las cosas de manera que el día de la quenta (que será presto) pueda con seguridad parecer en la presencia de Dios aviendo hecho todo lo que es de su parte.

Cuando, diez meses después, nada había mejorado, Yepes envió una severa advertencia en los mismos términos a Moura, avisándole de que entablar guerras y subir los impuestos en una época de escasez como aquella «es asolar el mundo»:

> Io no sé qué me haga. Dios por su clemencia me tenga de su mano, y guarde a V. S., a quien el mundo echa tanta culpa, como a mí. Io tenía pensado de escrevir a Su M[agesta]d suplicándole fuese servido de no dar lugar a esto de los millones, porque las violencias con que [el gobierno] los a procurado no justifican el servicio, especialmente que después de los sobornos, las prisiones, los destierros y los votos comprados a dicho que las condiciones con que se conceden no se an de cumplir […]. Suplico a Vuestra Señoría mire mucho en esto y lo advierta a Su Magestad, pues io no tengo dicha de podérselo decir ni escrevir.[879]

Tal derrotismo, junto con la noticia de que Isabel, Enrique IV y los holandeses habían firmado una triple alianza contra

España y buscaban coordinar sus ataques, convenció a Felipe y a sus ministros de confianza de que debían buscar la paz con sus enemigos. En primer lugar, acordaron un Medio General con los «decretados» (los banqueros afectados por el decreto de suspensión de pagos) en virtud del cual, a cambio de la reanudación de los intereses sobre el capital confiscado de sus anteriores préstamos, un consorcio de hombres de negocios firmó asientos por valor de siete millones de ducados para financiar una última campaña. También urgían a Alberto, gobernador general en los Países Bajos, para que iniciara negociaciones indirectas por la paz con Inglaterra. Primero, el rey ató de sus manos a su sobrino —«vos os governeys en la materia no çerrando la puerta a ella [la paz] ni tampoco abriéndola»—; pero más tarde le concedió amplios poderes, como había hecho en la primera mitad de su reinado: «Vos que teneys notiçia de todo sabreys sacar de cada uno el fructo que se pudiere, y pues todo os lo tengo remitido no ay más que dezir sino esperar aviso de lo que passare y se hiziere».[880] Felipe también aceptó una oferta papal de mediación para llegar a un acuerdo con Enrique IV de Francia, quien aceptó que la paz con España era la única forma de terminar con la guerra civil francesa y consolidar su posición. La Paz de Vervins, firmada el 2 de mayo de 1598, confirmó en gran parte los términos acordados en Cateau-Cambrésis treinta y nueve años antes, de manera que Felipe y sus ministros pudieron presentarlo como un éxito, dado que España perdía poco territorio.

El 6 de mayo, poco antes de que la noticia de la paz llegara a la corte, el rey aprobó las capitulaciones matrimoniales entre su hija mayor, Isabel Clara Eugenia, y su sobrino Alberto. Dos días más tarde, el rey y sus dos hijos supervivientes (Catalina Micaela había muerto el año anterior) firmaron un acta especial de cesión que limitaba el papel de España en los Países Bajos a la política exterior y la defensa, así como a los asuntos

matrimoniales: si Isabel Clara Eugenia moría sin descendencia antes que su hermano, este la sucedería; si Isabel tenía una hija, esta se casaría con el rey o príncipe de España; los herederos de los archiduques no podían celebrar matrimonio alguno sin el consentimiento de España. En agosto de 1598, en Bruselas, Alberto asumió el poder soberano de los Países Bajos en nombre de Isabel Clara Eugenia y partió hacia España para casarse con ella. De camino, se reunió con la esposa que el rey había elegido para su hijo y juntos llegaron a España. El rey siguió finalmente el consejo de su padre y repartió su herencia.

Para esposa de su único hijo y heredero, el rey solo se paró a considerar, como de costumbre, a otros miembros de la Casa de Austria. Por fin, eligió a las tres hijas casaderas de su primo el archiduque Carlos de Estiria, y solicitó los retratos de las tres (¡casi imposibles de distinguir entre sí!). Su primera elección, la mayor, murió casi inmediatamente, pero su madre se ofreció gustosa a enviar a las restantes a España para que Felipe pudiera elegir a una de ellas como su nuera y dejar a la otra en las Descalzas Reales. Para evitar más retrasos, Felipe eligió a la segunda, la archiduquesa Gregoria Maximiliana, y solicitó la dispensa papal necesaria «debido a la múltiple consanguinidad y grados de afinidad» existentes entre la pareja (ambos eran primos por parte de madre y de padre). El papa se la concedió, junto con otra dispensa para que Isabel Clara Eugenia se casara con su primo Alberto. Pero entonces la archiduquesa también murió, y Felipe tuvo que solicitar otra dispensa idéntica para que su hijo pudiera casarse finalmente con la única hermana que quedaba, Margarita, que entonces tenía trece años de edad. El papa volvió a acceder; Margarita se casó en 1599, y viviría lo bastante para ser madre de cinco hijos que llegaron a la edad adulta.[881]

«Mis hijos y mis nietos»

Aunque Felipe murió antes de la boda de su hijo, ya tenía nietos. En abril de 1588, Felipe felicitó a su hija Catalina porque «bueno ha sido haber tenido tres y tan buenos [hijos] en tres años, que hizo ayer que os velastéis y esta noche pasada que comenzastéis aquel oficio que debéis saber tan bien como se ve por la experiencia que hay de ello», una referencia sorprendentemente vulgar a la vida sexual de su hija. Al año siguiente, Felipe recibió no solo las descripciones de los nuevos miembros de su familia, sino también sus retratos. «Con lo que me decís de mis nietos he holgado mucho», aunque «más holgaría de veros a vos y a ellos, que no podrían dejar de darme mucho gusto con sus travesuras», un comentario que no deja de resultar curioso, teniendo en cuenta el poco interés que Felipe parece haber mostrado en las «travesuras» de sus propios hijos. Pero su amor por Catalina era sincero y profundo, y, cuando en 1597 llegó la noticia de que había muerto al dar a luz, lloró, gritó y se entristeció tanto que uno de los monjes de El Escorial creía que «ansí le quitó muchos días de vida y salud».[882]

El amor del rey por Isabel, su hija mayor, era idéntico. A partir de 1585, después de que Catalina abandonara España, ella estaba «muy de ordinario con Su Magestad», visitándolo «todos los días después de comer», viajando con él y, en algunas ocasiones, firmando cartas en su nombre cuando la artritis le impedía hacerlo de su propia mano.[883] Resultó curioso, entonces, el cruel destino que el rey planeaba para su hija mayor «si no se hallare casada al tiempo de mi fallezçimiento». Según un codicilo secreto a su testamento de marzo de 1594, «declaro y ordeno que en tal caso ella pueda eligir para su habitación, hasta tanto que se case, o el Alcáçar de Segovia o la casa de Tordesillas como más fuere su voluntad». Aunque el rey pasaba a continuación a alabar la «gran virtud y partes de que Dios le ha dotado», y afirmaba que su matrimonio era «cosa que yo tanto he deseado y procurado, y en que continuamente

entiendo con el cuydado y amor que a tal hija tengo y devo», había decidido exiliarla de Madrid, donde vivían sus únicos parientes (su hermano Felipe en la corte, y su tía María y su prima Margarita en las Descalzas Reales). Sus únicas opciones eran el alcázar donde Lupercio Latrás (y otros muchos) habían sido encarcelados y ejecutados, o la casa donde su bisabuela Juana había languidecido bajo guardia durante medio siglo. Aunque el hecho de que Felipe viviera cuatro años más salvó a Isabel de este destino, el decreto mostraba una extraordinaria falta de sensibilidad hacia una hija «a quien tan tiernamente quiero por lo mucho que merece y la gran compañía que me ha hecho».[884]

Los planes de Felipe para el príncipe de Asturias eran más convencionales y reflejaban su experiencia con su primer heredero, don Carlos. Cuando en 1585 creó una Casa para el príncipe Felipe, entonces de siete años, el nuevo ayo, don Juan de Zúñiga —hijo menor y homónimo del exigente ayo del rey —, recordó al rey «que he visto el daño que ha resultado de los bandos que se ha levantado en casa de los príncipes» pasados, por lo que «conviene que los criados de Su Alteza fuesen muy conjuntos con su ayo en amistad, que no pudiese haber en esto peligro».[885] Por eso el rey insistía en que, en la elección de los sirvientes del príncipe, la lealtad debía anteponerse al talento. El maestro del príncipe, García de Loaysa Girón, ejemplificaba la leal mediocridad que prefería Felipe para su heredero. Al enterarse de su nombramiento, alguien que decía haber sido «íntimo y aficcionado seruidor» de Loaysa durante treinta años se lamentó de que «aunque son muchas cosas las que sabe, no son pocas las que ignora». Entre las primeras incluía las

> lenguas, mathemáticas, astrología, lógica, philosophía, methafísica, theología de la Complutense; mas juntamente con esto, ignora mill cossas. Jamás supo hablar con muger en buena ni en mala parte, ni tomar los naypes en las manos, ni cerrar la bolsa ni la puerta de su casa a los pobres […] ni sauía en Alcalá más calles que de su cassa hasta la yglesia y escuelas.[886]

¡El autor no podía haber identificado mejor las habilidades que Felipe no quería que aprendiera su heredero! Hablar con mujeres, jugar a los naipes y ser espabilado (especialmente en Alcalá) eran precisamente los vicios que, a juicio del rey, habían llevado a la perdición a don Carlos.

Pero ¿tal vez erraba Felipe? El hecho de rodear a su hijo de criados valiosos pero aburridos, y leales al rey por encima de todo, jugó unos años más tarde a favor de un cortesano que, a la vez que brillante, parecía profesar verdadera lealtad por él: don Francisco de Sandoval y Rojas, conde de Lerma y marqués de Denia; pero esto sucedería años después. Por el momento, la pedagogía de Loaysa producía admirables resultados. En 1594, el príncipe empezó a firmar, «Yo el príncipe» y debajo firmaba el secretario, «Por mandado de Su Magestad, y Su Alteza en su nombre» en cédulas y cartas de todo tipo. Tres años más tarde, según el nuncio, «el príncipe está ya introducido en el gobierno» y «cada día da mayores muestras de discreción y valor». Todo esto, concluyó, «promete un gran nuevo siglo de oro». No obstante, apuntaba el nuncio agudamente, aunque el príncipe firmara los despachos, «todos serán por orden de Su Majestad, de modo que habrá poca o ninguna alteración o diferencia de la firma del príncipe a la estampilla que se usaba con el nombre del rey»; y cuando el rey estaba enfermo, Moura actuaba como el «árbitro de los negocios de todos sus reinos, de sus consejos, de sus ejércitos, de sus armadas, de sus ministros, de su Hacienda».[887]

Felipe hizo todo lo posible por asegurar la continuidad después de su muerte. «Yo me hallo bien con don Cristóbal de Moura», le escribió a su hijo durante su última enfermedad, «y con los demás que traigo a mi lado en negocios», esto es, la Junta de Gobierno. También repitió el consejo que él había recibido de su propio padre:

> Un príncipe como vos se ha de servir de todos y de cada uno en su oficio, sin

sujetaros a nadie ni dejaros gobernar conocidamente de ninguno, sino oíd a muchos y reservar el secreto necesario a cada uno, para hacer elección de lo mejor con libertad, como dueño y cabeza de todos; y esto os dará reputación, y lo contrario os la quitará; pues en lugar de mandar, que es vuestro oficio, seréis mandado por falta de resistencia para haceros respetar. Y tomad de mí este consejo, y tened por cierto que cada día iréis echando de ver cuán bien os irá con él.[888]

Como de costumbre, el rey prefería escribir a hablar, por lo que ya había redactado dos papeles de consejos para su hijo. Uno era «una plática que san Luys [rey] de Francia hizo a la hora de su muerte a su hijo» tres siglos antes: Felipe lo transcribió de su puño y letra y se lo dio a su confesor, con orden de entregárselo a su hijo después de su muerte. La mayoría de los consejos se referían a la fe (amar a Dios y evitar el pecado; confesarse con frecuencia; promover la fe católica y obedecer al papa; asistir a misa y escuchar los sermones con regularidad) y a la justicia (el príncipe no debía hablar ni dejar que le hablaran mal de otros, permitir ninguna blasfemia y sí mantener la ley y favorecer a los pobres). Muchos de los demás mandamientos de san Luis coincidían con la visión basada en la fe del propio Felipe: «Si pensaredes de hazer alguna cosa de importancia, reveladla a vuestro confessor o a algún varón docto y de buena vida, para que veáys lo que conuiene hazer»; «cuando os sucedieren aduersidades, sufrildas con buen ánimo y pensad que los tenéys bien merecidas, y assí os serán gran ganancia»; «no haréys guerra, especialmente contra cristianos, sin gran consejo y causa»; «procurad, quanto en vos fuere, los medios de paz».[889]

Felipe guardaba su segundo papel de consejos, junto con el crucifijo de sus padres y algunos otros objetos de devoción, en un «cofrecito» especial. Poco antes de morir sacó un «papel que allí avía y dándosele al príncipe le dixo: "Aí verás el modo con que ayas de gobernar tu reyno"». Este documento empezaba refiriéndose a las especiales necesidades de sus súbditos

portugueses y a los nuevos procedimientos seguidos por la Cámara de Castilla; pero sus cláusulas principales trataban de atarle las manos a su hijo, aunque tenía veinte años, recordándole:

> Que con el amor de padre que tanto le ama y tanto dessea que açierte, y la experiençia que tengo de todos los hombres que le queden, le he declarado de palabra, entre otras cosas, qué personas hallo yo dignas de hinchir este lugar, de quien pueda fiarse, y servirse y ayudarse para el bien destos reynos. Le acuerdo y advierto aquí que tenga muy en la memoria lo que assí le he dicho de palabra, y crea que se hallara bien dello.[890]

Ninguno de los papeles de Felipe de cómo «ayas de gobernar tu reyno» contenían el tipo de instrucción que medio siglo antes Carlos V le había dado a él; pero esto no resulta sorprendente porque, tanto en 1543 como en 1548, Carlos los escribió cuando se encontraba lejos y temía morir pronto. Felipe y su hijo, en cambio, vivían bajo el mismo techo, y el rey se refería explícitamente a «lo que assí le he dicho de palabra»; y sin duda contaba con darle más consejos de palabra más adelante. No necesitaba decírselo todo por escrito.

De Madrid al purgatorio, pasando por San Lorenzo

En mayo de 1597 Felipe cumplió setenta años y, como la mayoría de los septuagenarios, pasaba la mayor parte del tiempo enfermo o durmiendo, y en cualquier cosa invertía mucho más tiempo que hasta entonces. «Su Majestad se levanta cada día antes de comer y se acuesta después de cenar», comentaba el marqués de Velada. En 1597 el viaje desde Madrid a El Escorial, que antes había hecho a caballo en un solo día, le llevó casi un mes, debido a varias paradas de «algunos días», y, nada más llegar, el rey «hubo de ir directamente al lecho de enfermo».[891]

Cualquier contratiempo en la salud del viejo monarca sembraba la alarma en la corte, porque, en palabras de un cortesano, en cuanto él muriera todos se encontrarían ante un

nuevo escenario y «los personajes de esta comedia serán completamente nuevos». Cuando Felipe «nos deje», continuaba, «otra era comenzará y nosotros no sabemos qué pasará». El príncipe de Asturias no dejaba ninguna duda al respecto. Durante la fiesta de San Juan de 1598, llevó al futuro duque de Lerma con él «a ver correr los toros en la plaça mayor desta villa» de Madrid y juntos asistieron a la corrida desde «las ventanas de la Casa Nueba de la Panadería que se ha hecho en esta villa». Todos pudieron ver que Lerma «estubo arrimado a la silla de Su Alteza» durante todo «el tiempo que duró el correr de los toros», dejando «a los demás grandes en las ventanas».[892] La incertidumbre entre los demás ministros ante el futuro paralizaba los asuntos de la monarquía. Como señaló el marqués de Velada, «como en consejo les pareçe que aora no se le puede dar quenta de todo [al rey], procúranlo todo entretener y dilatar»; además, «el príncipe nuestro señor manda y resuelve lo que se ha de hazer, pero en vida de su padre va con mucho respeto y moderaçión».[893]

Pero ¿cuánto tiempo continuaría esta incertidumbre? Pocos días después de la fiesta de San Juan, aunque sus médicos le aconsejaron descansar, Felipe salió por última vez de Madrid, «muy apercebido y prevenido para irse a morir a su Real Casa de San Lorenzo», donde, según afirmaba fray José de Sigüenza, hacía mucho tiempo había decidido que estaría «su gloriosa sepultura». El rey se desplazó hasta allí «en silla, como le trahen por palacio, la cual llevavan quatro lacayos, uno de cada parte», y, para evitar el intenso calor, solo viajaban a partir del atardecer. Esta vez, en lugar de descansar después de su llegada, Felipe pidió inmediatamente que le llevaran «en su silla [por] toda la casa y monasterio de arriba abaxo sin dexar de ver cosa ninguna, lo qual espanta de ver tan repentinas mudanças en su salud trahe a los médicos desalumbrados».[894] Poco después, el 22 de julio de 1598, Felipe quedó ya postrado en cama, pero

siguió por algunas semanas despachando asuntos. Nombró a varios prelados para los cargos vacantes; concedió generosas recompensas a sus fieles criados; cubrió varios de los puestos de la casa de su futura nuera, Margarita; perdonó a algunos presos; hizo algunos actos caritativos relacionados con las Alteraciones de Aragón e, incluso (sorprendentemente), ordenó que «a la muger de Antonio Pérez, con que se meta recojida en un monasterio, la suelten [del cárcel], y se le vuelva la hazienda que le toca, y sus hijos hereden la parte della».[895]

El 17 de agosto, aunque con gran dolor e incontinencia, Felipe incluso concedió una audiencia al nuncio Caetani: «Le encontré en el lecho, inmóvil y con extrema flaqueza, pero con los sentidos vivacísimos y con una serenidad de rostro y compostura de ánimo admirable». El nuncio invitó primero a Felipe a «pedir perdón de todas sus faltas, culpas e imperfecciones en las que como hombre hubiese incurrido, por malas y falsas informaciones y consejos» (¿una referencia tal vez al asesinato de Escobedo?). Luego, se aprovechó descaradamente de su ventaja para ofrecerle, como rey, importantes beneficios espirituales a cambio de que cediera respecto a la disputa sobre la jurisdicción papal en sus dominios *(véase capítulo 5)*:

> Suplicaba a su Majestad solamente una cosa para quitar todos los impedimentos y escrúpulos que pudiese albergar: y es que hiciese propósito firme de querer asentar y dejar resuelto este negocio de la jurisdicción en todos sus reinos y estados, y que se diese a la Iglesia aquello que verdaderamente era suyo, y comunicase este propósito a su hijo el príncipe.

Pese al dolor, su temor al purgatorio y la ignominia de yacer en un lecho entre sus propios excrementos, Felipe rechazó tajantemente este claro intento de chantaje por parte del nuncio:

> Me respondió su Majestad con rostro riente y ánimo intrépido, que se había alegrado grandísimamente de mi venida; que su mal era grave y estaba dispuestísimo a morir y a entregarse a la voluntad de Dios sobre vida o muerte, y no pretendía otra cosa sino morir en su gracia e impetrar perdón de sus pecados

[…]. Que estaba resuelto a asentar estos asuntos de jurisdicción, que su intención había sido siempre que se tuviese respecto y reverencia a la Iglesia y a la Sede Apostólica, y lo mismo haría el príncipe, y que se lo recordaría.

«Hasta este momento», seguía relatando el nuncio, «entendí todas sus palabras, porque se esforzó en hablar fuerte y claro». Pero, poco a poco, a Felipe se le fueron acabando las fuerzas: «Añadió a este último punto muchas otras palabras, que yo perdí porque le faltó vigor y las dijo con un son confuso y oscuro». Pero Felipe seguía consciente, y dos días después de la audiencia firmó un papel en el que expresaba su deseo de «ver bien compuesto» las «competencias entre las jurisdiçiones eclesiásticas y seglar». Sin embargo, en lugar de ceder terreno, como el nuncio había pedido, proponía que el papa y él pusieran «cada cosa en su lugar por medio de personas graves de sçiençia y conçiençia que desapassionadamente aclaren lo que a cada una de las partes pertenece». Y, «si Nuestro Señor dispusiere de mi antes que lo pueda executar, encreçidamente encargo y mando al príncipe mi hijo que lo lleve adelante, advertiendo a no consentir que sea perjudicada la jurisdición real en lo que de verdad le toca». De este modo Felipe se atenía fielmente a las instrucciones de su padre, recibidas justo cincuenta años antes: aunque cumplía con «la sumisión que un buen hijo de la Iglesia lo debe hacer, y sin dar a los papas justa causa de mal contentamiento vuestro […] no se haga ni intente cosa prejudicial a las preeminencias y común bien y quietud de los dichos reinos».[896] Su reacción constituye una contundente muestra de la férrea determinación de Felipe aun en sus últimos momentos.

El 1 de septiembre, Felipe firmó un documento concediendo permiso para el desposorio de Isabel Clara Eugenia; ese sería su último acto como rey. Continuó postrado en el lecho y sufriendo incontinencia en su pequeño estudio de El Escorial, incapaz de moverse y de soportar que le tocaran,

porque se le desarrollaron terribles llagas. A veces los médicos le causaban tan grandes dolores mientras las curaban que «dijo en voz alta que no lo podía soportar de ninguna de las maneras del mundo». También pedía «que se parasen un poco, y otras veces que le trataran con mayor delicadeza, y acomodaran sus acciones al sufrimiento que soportaba y a todos sus demás padecimientos y dolores». En cierto momento anunció «que iba a morir en sus manos, y "esto os lo digo —añadió— para que estéis advertido"». Lhermite consideraba todo ello «signo muy evidente del insoportable tormento que sufría», y añadía:

> Los malos olores que despedían estas llagas eran para él otra especie de tormento, y ciertamente no de los más livianos, dadas la pulcritud y limpieza con las que siempre había vivido este príncipe, tormento agravado además por tener toda la espalda y los costados abiertos y ulcerosos, debido a no haber podido volverse de un lado en ningún momento de su enfermedad.[897]

Aunque no podía moverse, el rey aún podía ver y escuchar, y sus devociones durante sus últimos días resultan altamente reveladoras respecto a su fe personal. Guiado por su confesor, Felipe estudió ciertos pasajes de la Biblia (especialmente los Salmos y algunos fragmentos del Evangelio que enfatizaban el perdón: la redención de María Magdalena, el regreso del Hijo Pródigo, el perdón del Buen Ladrón en la cruz) y las obras espirituales de dos vasallos suyos: el español fray Luis de Granada y el flamenco Ludovico Blosio. Tanto Isabel como Yepes le leían extractos de las obras de Blosio, y el rey los repetía, a menudo hasta tres veces seguidas, principalmente los pasajes sobre cómo el sufrimiento humano y la pasión de Cristo pueden redimir a los pecadores penitentes. El sufrimiento en la vida terrena, sugería Blosio, no solo reducía las ocasiones de pecar, sino también los castigos a los pecadores en la vida eterna. Tal vez la intensa y repetida meditación sobre estos pasajes ayudara al rey a sobrellevar los constantes dolores.

Felipe también encontró consuelo espiritual en las imágenes. Aunque hoy en día su aposento de San Lorenzo está

desnudo, durante su última enfermedad, el rey «tenía a todos los lados de la cama y por las paredes de su dormitorio crucifijos e imágenes». Su devoción por ellas queda puesta de manifiesto por una anécdota relatada por Lhermite: «Estando Su Majestad un día enfermo en la cama y entrándole ganas de hacer sus necesidades, antes de coger el orinal, me mandó cubrir con una cortina una imagen muy devota de un Ecce Homo y otra de Nuestra Señora que estaban colgadas cerca de su cama». La preocupación de Felipe revelaba su creencia en que estas imágenes eran capaces de experimentar lo que acontecía en torno a ellas; como Carlos Eire ha señalado: «Para él eran testigos y compañeros callados y sobrenaturales».[898] Lo mismo puede decirse, *a fortiori*, de las 7.422 reliquias que el rey había llegado a reunir en El Escorial, de las cuales Sigüenza y sus colegas cada día hacían una selección diferente para llevarlas junto a su lecho, desde donde él las veneraba y besaba y hacía que se las colocaran sobre sus llagas. Un día, tras haber pedido «un gran aparador de estos vasos del cielo», el guardián «pieza por pieza se las llevó todas para que las adorase y besase. Entendió que ya no faltaba ninguna, y quería tornarlas a su lugar y relicario, y díjole: "¡Mirad que la reliquia de tal santo se os olvida, que no me habéis dado a besar!"». Cuando el dolor o el agotamiento le hacían perder el conocimiento, la infanta descubrió que la única forma de despertar a su padre era diciendo en voz alta «"¡No toquéis en las reliquias!", fingiendo que llegaba a ellas alguno, y luego el Rey abría los ojos».[899]

Además de esto, el rey continuaba con sus habituales devociones. Desde su lecho de enfermo seguía los oficios religiosos celebrados en el altar mayor de la basílica y pedía que le rociaran con agua bendita la cara y el cuerpo, confiado en la doctrina de la Iglesia de que así podían lavarse los pecados veniales. También pasaba mucho tiempo escuchando a sus predicadores preferidos (y, cuando estos se cansaban, les

ordenaba: «Padres, ¡decidme más!»). Por otra parte, se confesaba regularmente (en cierta ocasión pasó tres días repasando, al parecer, los pecados de toda su vida); recibió la extremaunción dos veces; y tomó la comunión hasta que sus médicos le advirtieron de que ya no podía tragar la Sagrada Hostia.

Felipe había rezado para estar plenamente consciente en los últimos momentos de su vida, y sus plegarias fueron escuchadas. En la noche del 12 de septiembre, sufrió un paroxismo tan fuerte que los que se encontraban junto a su lecho dijeron que «como muerto lo tuvimos, pero repentinamente abrió los ojos con una vivacidad desacostumbrada». Entonces empezó a reírse bajito, dándose cuenta de que iba a morir completamente consciente. Pidió el crucifijo de sus padres «y lo cogió con tal fervor y devoción» que todos quedaron sorprendidos. Luego, «lo besó varias veces y después cogió también un cirio bendito de Nuestra Señora de Montserrat en cuyo extremo estaba la imagen de esta misma virgen, y lo besó también». Durante dos horas «se fue acabando poco a poco» mientras permanecía concentrado en el crucifijo y la vela. A las cinco de la mañana del 13 de septiembre de 1598, «cuando el alba rompía por el Oriente» y «estando cantando misa del alba los niños del seminario», Lhermite, Sigüenza y las demás personas que se hallaban presentes vieron cómo «con un pequeño movimiento, dando dos o tres boqueadas, salió aquella santa alma y se fue, según lo dicen tantas pruebas, a gozar del Reino soberano».[900]

A rey muerto, rey puesto

Rememorando en 1605 la muerte del rey, Sigüenza invocaba la ya popular afirmación de que Felipe había gobernado un «imperio en que no se ponía el sol»:

> Con la nueva venida de la luz en el felicísimo día en que ella comenzó, que fue domingo, comenzó también el nuevo rey; y entró gobernando el más extendido

Imperio que el sol ha visto, pues si pudiera llevar las carta y el aviso, desde el punto por donde descubrió sus rayos hasta que rematara el círculo volviendo al mismo punto, hallara vasallos propios a quien darlas.[901]

En todas partes los «vasallos propios» del difunto rey se vistieron de luto. En Bruselas las honras fúnebres tuvieron lugar el 29 de diciembre, fecha en que se cumplía el cuarenta aniversario de las celebradas allí también en honor de Carlos V; en Nueva España y Filipinas (como no podía ser menos, dado el apoyo que Felipe había prestado durante toda su vida al Santo Oficio), la Inquisición se encargó de organizar las exequias reales. Muchos de los aliados de España celebraron a su vez espléndidas conmemoraciones. En Florencia, el gran duque encargó a un grupo de pintores un impresionante programa iconográfico, que incluía veinticuatro lienzos en los que se narraban diferentes episodios de la vida del rey; mientras que, en Roma, Clemente VIII elogió que el difunto rey jamás hubiese querido consentir la libertad de conciencia.

Y porque quiso reduzir a la fe cathólica, y a la obediencia de esta santa silla, los vassallos también de otros, empeñó todo su patrimonio real, y gastó en esta obra los grandes tesoros que de las Indias le traýan, y tantas dádiuas que sacó de los reynos de Castilla en tantos años que reynó. De donde se puede dezir, que toda la vida del rey fue vna continua pelea contra los enemigos de la santa fe.[902]

En los reinos de Castilla, algunos no sentían tanto entusiasmo por la «continua pelea» sufragada con «tantas dádiuas». Incluso, a muchos madrileños les preocupaba el coste que la muerte de Felipe les podría acarrear —«con la muerte de Su Magestad, que se dice por muy cierta, haremos lutos que nos costarán los ojos»— y, como cabía esperar, nada más conocerse la noticia del fallecimiento del rey, tan solo seis horas después de producirse el hecho, el ayuntamiento ordenó

que todas las personas, de cualquier estado y calidad que sean, se pongan lutos por la muerte del rey nuestro señor, que está en gloria, dentro de tercero día, y las mujeres se pongan tocas negras, y no traigan vestido de seda; y él que no pudiese traer luto ni caperuza se ponga sombrero sin toquela, en señal de tristeza.[903]

Dado que Felipe III ya era príncipe jurado, su sucesión fue

automática, y el 11 de octubre en Madrid «se alçó el pendón en esta villa por el rey». Una semana después, el flamante soberano, vestido de negro y encapuchado, presidió durante dos días las honras fúnebres celebradas en San Jerónimo en torno al enorme túmulo erigido de forma similar al de San Lorenzo de El Escorial e iluminado por un millar de cirios de gran tamaño.

Según Carlos Eire, «la muerte de ningún otro monarca o figura pública de principios de la historia moderna europea despertó nunca tanta atención como la de Felipe II», afirmación para la que se basó en la supervivencia de más de cuarenta sermones funerarios impresos y en las descripciones de las honras fúnebres locales. Salamanca celebró «justas poéticas» para conmemorar la muerte del rey, con premios para el epigrama en latín y el soneto en español que mejor ensalzaran los logros del difunto rey.[904] Pero pocas ciudades podían permitirse semejante boato. En Palencia, el consistorio se enteró de la muerte del rey el 25 de septiembre, y decidió que todos sus ciudadanos debían guardar luto. Al igual que en Madrid, «los que no pudieren, ny tuvieren posibilidad, traygan sombrero sin toquilla», pero, en vista de la pobreza generalizada, los regidores de Palencia añadieron una categoría adicional: aquellos que no pudieran pagarse un sombrero «traygan tocas negras sobre su cabeza».[905] En Cádiz, que todavía estaba recuperándose del «estrago y daño que el armada ynglesa» hizo, el ayuntamiento trataba «de donde se puede proveer de dinero para cumplir con la obligación que se tiene de poner lutos y hazer las onras», y se esforzó en buscar dinero para comprar el damasco con el que confeccionar «el estandarte que se a de hazer por la nueva asessión del reyno». Resolvió reciclar «la madera del túmulo que se hizo […] para el teatro que se hizo […] para alçar el pendón» de su sucesor. Pero cuando la madera «se ponga en pregón, para que si alguna

persona quisiere hazer beneficio en ella […] no a parecido perssona que lo ponga». Como último recurso, «se a hecho instancia con unos carpinteros para que lo compren», pero era tal la pobreza imperante que «no an querido dar un maravedí para él».[906]

Solo Sevilla hizo honras fúnebres que rivalizaban con las de Madrid. Cuando llegó la noticia de la muerte de Felipe, el ayuntamiento determinó «hacer la mayor demostración que jamás se haya hecho en los lutos y en las honras»; y la ciudad se llenó de reposteros, flámulas y banderas negras, elevándose de tal modo el precio de la bayeta negra que los regidores tuvieron que tasar estas mercaderías. Un magnífico túmulo, a semejanza —como se hizo en Madrid— del de San Lorenzo de El Escorial e iluminado con 2.320 velas, se instaló en la nave central de la catedral, oscurecida a fin de concentrar la atención sobre él, cuando el 26 de noviembre el clero, los regidores, jueces e inquisidores de la ciudad desfilaron ante él para participar en las honras. A medida que sus ojos fueron acostumbrándose a la luz, los diferentes grupos de dignatarios apreciaron sutiles diferencias en la calidad y cantidad del paño asignado a cada banco. Las discusiones sobre la asignación de los asientos fueron subiendo de tono hasta que, en mitad de la solemne misa de réquiem, los inquisidores excomulgaron a los regidores por no consentir en abandonar sus asientos, de superior categoría. La ceremonia concluyó en un caos. Al final, el Consejo Real tuvo que dirimir las disputas sobre las precedencias para que Sevilla pudiera repetir, con la solemnidad requerida, su conmemoración a finales de diciembre. Esta vez todo transcurría sin incidentes hasta que un «poeta fanfarrón» de la localidad recitó un soneto con estrambote, *Al túmulo del rey Felipe II en Sevilla*, que escandalizó a los asistentes:

¡Voto a Dios! que me espanta esta grandeza
y que diera un doblón por describilla;
porque ¿a quién no sorprende y maravilla
esta máquina insigne, esta riqueza?
¡Por Jesucristo vivo! cada pieza
vale más de un millón, y que es mancilla
que esto no dure un siglo, ¡oh gran Sevilla!,
Roma triunfante en ánimo y nobleza.
Apostaré que el ánima del muerto
por gozar este sitio hoy ha dejado
la gloria donde vive eternamente.
Esto oyó un valentón, y dijo: «Es cierto
cuanto dice voacé, señor soldado.
Y él que dijere lo contrario, miente».
Y luego, incontinente,
caló el chapeo, requirió la espada,
miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.[907]

El escándalo obedecía no solo a la blasfemia que suponía jurar dentro de un templo, sino al sarcasmo general sobre la cantidad de dinero gastado en estos fastos: «Me espanta esta grandeza», «diera un doblón por describilla», la sugerencia de que «cada pieza» del efímero túmulo de madera y cartón «vale más de un millón». Y, por si fuera poco, el poema era escatológico: el término «incontinente» recordaba a todos las evacuaciones del rey, descritas en todas las crónicas sobre su agonía final.[908] Sin embargo, el «poeta fanfarrón» sabía por experiencia lo que significaba ser un «señor soldado» del difunto rey: se trataba de Miguel de Cervantes.

Muchos otros españoles, hombres y mujeres, criticaron amargamente al difunto rey. Dos días después de su muerte, la piadosa Luisa de Carvajal y Mendoza le explicaba a un amigo:

«El rey murió ayer. Hartas novedades habrá con el nuevo. Dios le dé su gracia para bien de su Iglesia, y para que no dé con todo al traste; que son los tiempos peligrosos». Al mes siguiente, Íñigo Ibáñez de Santa Cruz, secretario del marqués de Denia (por entonces privado del rey, y que pronto se convertiría en duque de Lerma), escribió una completa guía de «las causas de que resultó el ignorante y confuso gouierno que hubo en el tiempo del rey nuestro señor, el señor don Phelipe II, que sea en gloria». Ibáñez no solo arremetía contra el excesivo coste de la política exterior de Felipe («30 millones en los pantanos de Flandes» y «otra tanta cantidad» en las infructuosas guerras contra Francia e Inglaterra), sino también contra su adicción a las «menudencias»: era uno de «los hombres [que] sepan mucho en lo poco y que totalmente ignoren lo mucho». También ridiculizaba los hábitos personales del difunto rey —«amigo de mugeres y pinturas, jardines sumptuosos, grandes edificios, aposentos curiosos» y con «mucha voluntad a perfumes y olores aromáticos y otros femeninos adornos»— y su supuesta dependencia de ministros mediocres, como Mateo Vázquez y don Cristóbal de Moura. «Oh desdichada España y desdichada monarquía», concluía Ibáñez, «pues así se ha perdido, acabado y consumido con este tan ciego gobierno».[909]

Aquel mismo mes, Baltasar Álamos de Barrientos, un aliado de Antonio Pérez, redactó un devastador *Discurso al rey nuestro señor del estado que tienen sus reynos* en el que casi parodiaba el testamento político de Carlos V, escrito justo medio siglo antes *(véase capítulo 2)*. Álamos de Barrientos ponía de manifiesto la hostilidad de casi todos los vecinos de la monarquía. Francia, aunque ahora estuviera en paz, contaba con un monarca poderoso que gobernaba sobre un Estado unificado y trataba de aprovechar cualquier ocasión para promover una guerra en Italia que debilitara aún más a España. El inveterado odio de Inglaterra le había llevado a apoyar a los rebeldes contra

España, entrometerse en las Américas e incluso lanzar ataques directos sobre la península. A los Estados independientes de Italia y al papa les molestaba el dominio de España y deseaban que llegara su fin. A continuación, Álamos describía pormenorizadamente el descontento de los propios súbditos del nuevo rey, así como la abierta rebelión en el norte de los Países Bajos, el vehemente sentimiento antiespañol en el sur, y el malestar en Portugal, la Italia española, Aragón y las Américas. De este modo, Castilla tenía que cargar con todo, pero «las ciudades y villas grandes de estos reinos están faltas de gente, y las aldeas menores despoblados del todo, y los campos sin hallar apenas ya quien los labre; y para cobrar un real de tributo, se pierden y gastan ciento en los cobradores y modo con que lo hacen». Así pues, proseguía Álamos, «no hay lugar que esté libre desta miseria, y con la riqueza y abundancia que solían, procediendo este daño principalmente de la grandeza y paga de los tributos, y de gastarse lo procedido de estos en guerras extranjeras».[910]

En el coro de voces críticas no faltaban las de ciertos clérigos, empezando con algunos sermones pronunciados durante las honras fúnebres del difunto monarca. En noviembre de 1598, fray Lorenzo de Ayala, al predicar en Valladolid, lugar de nacimiento del difunto monarca, notaba:

> Murió el Católico Rey don Felipe: esto amenazaua la sequedad larga de casi nueve meses continuos; esto pronosticaua el auer la tierra quebrado, como mal mercader, y alçádose con los necessarios mantenimientos, de que ay tanta falta en Castilla; esto profetizaua el auer rompido banco de salud de tantas partes del reyno, y auer dado passo franco a la pestilencia en tantos lugares.

«Todos estos sucesos», continuaba, eran «aposentadores que con vara alçada apercebían posada al mayor de los daños, que desde que nuestro patriarca Túbal, nieto de Noé, pobló las Españas, en ellas se ha recibido». Unos meses más tarde, el jesuita Juan de Mariana publicó un tratado político que incluía una notable sección en la que, explícitamente, atribuía el

fracaso de la Armada a los pecados de su creador:

> Sufrimos la gran pérdida de una numerosa armada en las aguas inglesas, recibiendo tal castigo e ignominia, que en mucho tiempo no pudimos perder la memoria de ella: semejante venganza solo tiene por causa los delitos graves y crímenes que había cometido nuestro pueblo: y si el entendimiento no me engaña, las mal ocultas liviandades de cierto príncipe también irritaron al cielo, porque entonces la fama divulgaba que el príncipe, olvidado de su persona sagrada, y no acordándose de su edad avanzada, y que pisaba ya los bordes de la tumba, se había entregado desordenadamente y sin pudor al vicio de la lascivia.

En 1600, Martín González de Cellorigo, un abogado que trabajaba para la Inquisición, publicó un *Memorial de la política necesaria y útil restauración a la República de España*, en el que sostenía que la Monarquía española «ha llegado al tiempo que todos juzgamos por de peor condición que los pasados», y, quizá por primera vez, se refería explícitamente a su «declinación».[911]

Incluso algunos de los más estrechos colaboradores del difunto rey se mostraron entonces críticos. Dos semanas después de la muerte de Felipe, el embajador de Venecia afirmaba que el adelantado mayor de Castilla, don Martín de Padilla, capitán general del mar, «declara que el mundo vería lo que los españoles eran capaces de hacer, ahora que tenían las manos libres y ya no estaban supeditados a una sola cabeza que creía saberlo todo y trataba a todos los demás como si fueran unos torpes». Padilla adoptaba prácticamente el mismo tono cuando compartía sus críticas directamente con el nuevo rey:

> Me lastima ver que, respecto de no hazer gastos, se emprenden jornadas con tan poca fuerza que sirve más de yrritar los enemigos que de castigarlos; y lo peor es que, por bien que diga, se perpetuan las guerras y viene a ser el gasto ynumerable, y los travajos que proceden de guerras largas, sin quenta.

La sensación de desengaño parecía tan generalizada que, según Henry Kamen, «podemos, creo yo, con buena razón hablar de una "generación de 1598"».[912]

Del purgatorio al paraíso

Sin embargo, no todos los españoles compartían ese pesimismo.

El marqués de Velada, uno de los testigos presenciales, no albergaba ninguna duda de que «Su Majestad acavó como un santo esta mañana»; mientras que otro testigo escribió que «es muy de creer que con tal vida y tal muerte podemos contar a su Majestad por un santo».[913] Poco después, «algunos varones santos, por revelación diuina, vieron entrar en el cielo el alma del prudentísimo rey después de aver estado en el purgatorio», pero, lamentablemente, los varones santos no coincidían en cuanto al momento en que ocurrió. Un carmelita de noble cuna afirmaba que sucedió solo a los ocho días; mientras que una doncella de Manresa dijo haber visto la ascensión del alma del rey exactamente catorce días después de su muerte. Cinco años más tarde, en Marchena, sor María de la Antigua tuvo una visión durante tres domingos consecutivos en la que aparecía un «fuego» en el cielo que, según afirmaba, «todo el mundo vio»; pero no supo su significado hasta más tarde, al conocer la visión de fray Julián de San Agustín (o Alcalá), un beato franciscano, quien, para entonces, contaba con más de seiscientos milagros en su haber.[914] Cerca del pueblo de Paracuellos de Jarama,

> un día por el fin de septiembre, del año de 1603, [fray Julián] dixo delante de cinco testigos que a las nueve de la noche, poco más, aparecerían en el cielo dos nubes coloradas, una en la parte de Oriente y otra en la de Occidente, y se juntarían en una; y al tiempo que se juntassen, saldria del Purgatorio y entraría en la Gloria el ánima del Católico Rey don Felipe II de gloriosa memoria.

Una vez hecha esta profecía, según fray Antonio de Daza —quien escribió una breve biografía sobre su compañero franciscano—, fray Julián se retiró a rezar.

> Y afirman los sobredichos testigos que quando les dixo estas cosas, estaua el cielo raso y sereno, y lo estuvo hasta las nueve de la noche, poco más, que de las partes de Oriente y Occidente se levantaron dos nubes coloradas, tan resplandecientes que la noche parecía día porque se vian las casas y las calles tan claramente como si huuiera sol en las nubes.[915]

Esta visión fue tan celebrada que, en la década de 1640, el pintor Bartolomé Esteban Murillo la conmemoró en un lienzo

para un convento franciscano en Sevilla. Aparecían en él fray Julián, los cinco testigos y las calles iluminadas de Paracuellos, mientras Felipe se reunía con sus padres y hermanos en el paraíso [véase lámina 45].

Sin embargo, una sorprendente anomalía traía preocupado a Daza. Aunque el difunto rey «procuró siempre la exaltación de la fe, y extirpación de los herejías», y pese a haber sufrido una terrible agonía durante su última enfermedad,

> desde que murió hasta que el santo fray Julián tuvo esta revelación, y dixo esta profecía, passaron cuatro años, tiempo bastante a nuestro parecer, junto con los muchos sufragios y missas que por su alma se dixeron en todos sus reynos para purificarla en el Purgatorio, y para que purificada en él, fuesse a gozar de Dios para siempre.

En su relato de una visión similar referida por otro franciscano, en la que esta vez era el ánima de Carlos V la que ascendía a la Gloria «cuatro años después de su muerte», Daza no albergaba ninguna duda sobre la causa de la demora: el «no auer castigado a Lutero, quando le pudo prender».[916] Pero ¿por qué el hijo de Carlos, que no había vacilado a la hora de enviar a herejes a la hoguera y casi nunca había transigido con la herejía, había pasado más tiempo aún en el purgatorio? Daza no podía contestar su propia pregunta, y no fue el único. Muchas otras personas han intentado establecer el lugar de Felipe II en la historia, algunos como un santo y un héroe, otros como un pecador y un bellaco.

Epílogo

En su sermón fúnebre por Felipe II en San Jerónimo el Real, en Madrid, el doctor Aguilar de Terrones recurrió a un elaborado símil para recordar a sus oyentes la magnitud de las tareas a las que se enfrentó el gobernante del primer imperio global de la historia:

> Es la vida de un rey como la de un texedor y su muerte como cuando se corta la tela del telar. Pensaréys que es descansada vida la del texedor, porque se está en su casa y con su abrigo, arrimado y encaxado en su telar; y verdaderamente es oficio trabajosísimo. El trabaja con los braços, miradle a los pies y veréys qué trabajo trae con ellos, sobre las premideras, los ojos enclauados en la tela, so pena de enmarañársele toda. La atención tan partida a tantos hilos, uno hazía aquí, otro hazía allí; el ojo a qualquiera que se quiebra para atarle luego… Esta es la vida de un rey, con las manos escriuiendo, con los pies caminando, el coraçón repartido en hilos; un hilo en Flandes, otro en Italia, otro en África, otro en el Perú, otro en Nueva España, otro en los ingleses católicos, otro en la paz de los príncipes cristianos, otro en las aflicciones del Imperio. ¡Qué atención tan grande a diversos gouiernos y peligros![917]

Quizá porque su audiencia incluía al nuevo rey, Felipe III, Aguilar de Terrones acentuó lo positivo en su sermón y omitió que el difunto tejedor había dejado su imperio empeñado en dos costosas guerras en el extranjero sin acabar, una grave crisis económica en el interior y siete provincias de los Países Bajos todavía en rebelión. Muchos pensaban que había dejado su monarquía en un estado mucho más débil que cuando retornó victorioso a España en 1559 y propusieron dos explicaciones al respecto:

> Una herencia problemática. Algunos echaban la culpa al tamaño y la composición de la monarquía: había llegado a ser demasiado grande para su propio bien e imposible de defender. Los fracasos eran, pues, debidos a elementos estructurales: ni Felipe ni ningún otro gobernante habría podido mantener unida su herencia.

Un rey problemático. Otros argumentaban que el problema no era que Felipe careciera de suficientes activos, sino que los había empleado ineficazmente. Un monarca con superiores aptitudes políticas podría haber tenido éxito donde fracasó Felipe (o, por decirlo en términos actuales, echaban la culpa al agente en vez de a la estructura).

Una herencia problemática

En un principio, la primera explicación resulta la más verosímil. Según un aforismo de la época, *bella gerant alii. Tu, felix Austria, nube* («que otros hagan las guerras; tú, feliz Casa de Austria, cásate»); con el tiempo, esta estrategia de «imperialismo matrimonial» creó una estructura que era, en términos tanto territoriales como políticos, insostenible. Con la unión por matrimonio de Austria con Borgoña, y de Castilla con Aragón (con extensiones en Cerdeña, Sicilia y Nápoles), más la adición del Sacro Imperio Romano, se creó un Estado que abarcaba la mitad de Europa y, poco después, también gran parte de América central. Carlos V era el único común denominador de estas vastas y diversas posesiones: su imperio no tenía ni una lengua ni una moneda compartidas, ni leyes ni instituciones comunes, ni un plan de defensa conjunta, ni un sistema económico integrado. Era, quizás, una ingenuidad esperar que un solo monarca pudiera llegar a gobernar todos estos territorios eficientemente, sobre todo cuando el mismo «imperialismo matrimonial» que creó esta vasta herencia produjo también una reserva genética disminuida que perjudicó la capacidad de los soberanos para engendrar sucesores competentes *(véase capítulo 10)*.

De vez en cuando, Carlos consideraba una partición de sus posesiones, con la separación de Alemania y los Países Bajos respecto a España e Italia; pero no la llevó a cabo hasta 1555,

cuando permitió a su hijo Felipe, en aquel entonces rey de Inglaterra y poco después también de España, renunciar a sus derechos de sucesión sobre el Imperio porque, según suponía, Inglaterra podría garantizar de allí en adelante la seguridad de los Países Bajos. Sin embargo, la muerte de María Tudor en 1558, sumada a la abdicación por parte de Carlos de sus derechos sucesorios al Imperio en su hermano Fernando ese mismo año, dejó a Flandes en un peligroso aislamiento. En 1566, el embajador francés en Madrid observó que «el rey tiene tantas regiones por las que preocuparse que no puede ocuparse de todas ellas»; esa «preocupación» de Felipe creció todavía más cuando subió al trono de Portugal en 1580. La concentración de tantos territorios bajo un solo cetro destruyó el equilibrio de poder en Europa y provocó que Francia, Inglaterra y la República Holandesa formaran una alianza común contra Felipe.[918]

Cuatro años después de la muerte de Felipe, un eminente diplomático español, el duque de Sessa, expresaba su desesperación por la situación estratégica subyacente en una carta confidencial a su colega don Baltasar de Zúñiga:

> Verdaderamente, señor, me parece que poco a poco nos vamos haziendo terreno adonde todo el mundo quiere tirar sus flechas, i Vuestra Señoría sabe que ningún imperio, por grande que aya sido, a podido sustentar largo tiempo muchas guerras juntas en diferentes partes […]. Yo me puedo engañar, pero dudo de que con solo tratar de defendernos se pueda sustentar imperio tan derramado como el nuestro.

Para estos veteranos ministros de Felipe, «el imperio donde no se ponía nunca el sol» se había convertido en el blanco donde todo eran tinieblas. A pesar de ello, en otra carta confidencial escrita dos años más tarde, Sessa compartía con Zúñiga un análisis muy diferente de la situación estratégica de la monarquía hispánica. «Lo que siento es que quisiera que no salpicáramos en tantas partes, sino hazer grande esfuerço en una, i acabado aquello en otra», lamentaba el duque:

> No sé para qué son tantas meriendas i almuerços i ninguna buena comida. Yo juntáralo todo, con que quizá se pudiera hazer algun efetto de consideración: o en Irlanda o en Berbería. I recelo mucho que en ambas partes no haremos más que perder el tiempo, la gente, i dinero, i reputación, como solemos.[919]

Sessa distaba de ser el primero en señalar que el principal problema de Felipe no era la falta de recursos, sino más bien su incapacidad para movilizar eficazmente los recursos existentes. Tras el fracaso de la Gran Armada, el jesuita Pedro de Ribadeneira se preguntó cómo era posible que «tanta y tan gruessa hacienda como tiene Su Magestad luzga tan poco y se hunda». Tres años después, Mateo Vázquez intentaba convencer a Felipe de que si Dios «quisiera obligar a Vuestra Magestad a acudir a remediar los trabajos del mundo, que diera a Vuestra Magestad hazienda y fuerzas para ello». Las Cortes de Castilla llegaron prácticamente a la misma conclusión: «Casi todos los procuradores se inclinaran a suplicar a Vuestra Magestad con mucha instancia antes de tratar a otra cosa, se sirva de mandar moderar los gastos de la guerra, así en Flandes como en otras partes».[920] ¿Por qué se negó el rey una y otra vez, sin excepción, a escuchar tales consejos?

Un rey problemático

¿Acaso sus triunfos iniciales —las aplastantes victorias de San Quintín y Gravelinas; la paz favorable de Cateau-Cambrésis— convencieron al joven rey de que era invencible cuando realizaba lo que entendía como la obra de Dios? Es cierto que le persuadieron de que debía romper las negociaciones en curso para una tregua con el sultán otomano: «Habiendo sucedido la paz entre mi y el serenísimo rey de Francia», informó a sus ministros pocos días después de firmar, «me ha parecido que por agora no me conviene tratar ni tener tregua con él» *(véase capítulo 7)*. Resultó ser un error de cálculo catastrófico: una paz o tregua en 1559 habría dejado el Mediterráneo occidental prácticamente como un «lago cristiano», mientras que en 1577,

cuando Felipe se aseguró finalmente un cese de las hostilidades, el sultán se había apoderado tanto de Túnez como de La Goleta y había atraído Marruecos a su órbita.

La creencia de que estaba haciendo la voluntad de Dios también llevó a Felipe a persistir en sus fallidos intentos de «matar o prender» a Isabel Tudor, a pesar de invertir inmensos recursos en ello y de que los ingleses capturaron o hundieron embarcaciones y mercancías españolas cada año y dañaron diversas posesiones de Felipe, culminando con la toma y saqueo de Cádiz en 1596. Cuando por fin llegó la paz en 1603-1604, después de tantos años de sufrimientos y sacrificios, el sucesor de Isabel, Jacobo Estuardo, se negó a satisfacer los tres principales objetivos de la guerra de Felipe: retirar las guarniciones inglesas de las ciudades holandesas rebeldes; conceder tolerancia a los católicos ingleses; y reconocer el derecho exclusivo de España a comerciar con América. Los recursos que gastó en Francia tampoco le produjeron a Felipe beneficios permanentes, aunque la sucesión de guerras civiles debilitara a su heredado rival y le confiriera a él mismo una enorme ventaja. Es verdad que al líder protestante, Enrique de Borbón, le resultaba conveniente convertirse al catolicismo para ganar un apoyo más amplio, tanto en Francia como en el extranjero; pero pocos días después de firmar la paz con España en 1598, otorgó a sus súbditos franceses libertad de culto, garantizada por numerosas guarniciones pagadas por su tesorería.

El día en que murió Felipe, el nuncio en Madrid hizo una lista de los logros del rey y destacó como especialmente digna de elogio su «ayuda a los católicos […] sin mirar a sus intereses», no solo en Inglaterra y Francia, sino también en los Países Bajos, donde el difunto rey había «gastado enorme tesoro en la reducción de sus rebeldes y en la conservación de la fe católica en Flandes por no haber querido paz con sus súbditos,

pudiendo haberla con condiciones inicuas para la fe católica». Estaba en lo cierto. Según las propias palabras del rey en 1566, «antes que sufrir la menor quiebra del mundo en lo de la religión, y del servicio de Dios, perderé todos mis estados y cien vidas que tuviesse». En Breda, en 1575, el rey puso fin a unas negociaciones que habrían resuelto casi todos los demás temas pendientes porque no estaba dispuesto a conceder la tolerancia religiosa pedida por sus súbditos rebeldes en dos provincias. Dos años más tarde, rechazó el Edicto Perpetuo ya alcanzado con sus vasallos rebeldes y rompió las conversaciones de paz con ellos en 1579, y de nuevo en 1589, para mantener intacta «la professión que Su Magestad ha hecho y opinión que ha ganado a costa de tantos tesoros y vidas de no consentir un tilde torçido en cosa de religión». No se trata de una exageración: un contemporáneo afirmó que «todas las [guerras] que España ha hecho dentro y fuera, desde el rey don Pelayo acá, no pudieran haber hecho tanto gasto» como el coste total de las guerras de Felipe «en 40 años que gobernó».[921]

Puede parecer extraño que tantos reveses, pese a la movilización de tantos recursos, no condujeran a Felipe a cambiar sus políticas. Para explicarlo, un observador inglés en los Países Bajos daba dos razones: «El orgullo del gobierno español y la causa de la religión», una suma de motivos que Felipe habría denominado «religión y reputación». Era un juicio acertado: los estadistas siempre detestan admitir la derrota y con ello perder «reputación», y cuanto mayores son los recursos dedicados a una lucha, más difícil es desvincularse de ella. Felipe no fue ninguna excepción. Como observó él mismo: «Yo no dudo de que, si uviese de durar el gasto de allí como agora va, no se podría llevar adelante; pero es gran lástima que, aviéndose gastado tanto, y ofreçiéndose ocasiones que con poco más podría ser remediarse todo, los ayamos de perder».[922]

Además, y de nuevo al igual que otros estadistas, Felipe siempre pareció dispuesto a correr más y mayores riesgos para evitar pérdidas que para alcanzar ganancias. Le fue relativamente fácil retirar sus fuerzas de Finale Ligure en 1573, porque —como le recordó perspicazmente su hermana María: «Mire que [esta] negra reputación nos haze salir de seso, y aun a las vezes del mundo»— ese territorio no había pertenecido nunca a Felipe.[923] Estaba en juego mucho más que la «reputación» con los territorios que había heredado. En 1566 sus ministros le recordaron que no lograr restaurar el control real sobre los Países Bajos no solo «aventuraba la reputación de España» en toda Europa, sino también que «si el alboroto de Flandes pasa adelante, seguirá Milán y Nápoles». Una década después, argumentaban que la blandura hacia los flamencos pondría en peligro «la obediencia para con otros vasallos, que es mucho de temer lo tomarían por exemplo para se levantar, a lo menos los de conquista como Nápoles y Milán», y que reanudar la guerra en los Países Bajos era la única manera de mantener «la honra y reputación de Vuestra Magestad, que es la mayor pieça de su arnés» cuando se trata de potencias extranjeras.[924]

Sacar fuerza moral del fracaso

Felipe no fue, por supuesto, el único estadista reacio a aceptar la derrota, pero su profunda fe religiosa lo llevaba a reaccionar ante los reveses de un modo inusual. El escritor Primo Levi, superviviente del Holocausto y un agudo observador de la naturaleza humana, afirmó que «los hombres que de una caída sacan fuerza moral son pocos»;[925] sin duda, Felipe era uno de ellos. Su inquebrantable piedad lo llevó en varias ocasiones a ver el fracaso e incluso la derrota como una señal de que Dios lo estaba poniendo a prueba: convencido de que debía perseverar a lo largo del camino recto que había elegido, el rey

estaba seguro de que un milagro salvaría la distancia entre su interpretación de los designios de Dios y los recursos de que disponía para alcanzarlos. Su confianza en este punto jamás vaciló. Ya en 1559 declaró que, dado que todo depende «de la voluntad de Dios, no hay que hazer sino esperar lo que Él será más servido. Y yo espero en Él que, pues me ha sacado de otros barrancos mayores, me sacará también deste, y me dará forma para que yo entretenga mis estados y no se me pierdan por no tener forma para entretenellos» *(véase capítulo 7)*. Aunque podía quedar abatido temporalmente por una derrota inesperada, como el desastre de la Gran Armada, pronto se las arreglaba para ver un hilo de esperanza. Así, poco después de haber dicho a un ministro, en otoño de 1588, que «yo espero en Dios que no habrá permitido tanto mal como algunos deven temer, pues todo se ha hecho por su servicio» y «si Dios no haze milagro (que así espero en el) que antes que esto sea, me ha de llevar para sí, como yo se lo pido, por no ver tanta mala ventura y desdicha», aseguraba a otros que «nunca faltaré por my parte a boluer por la causa de Dios y bien destos reynos en quanto me fuere posible», y comenzó a planear una nueva invasión de Inglaterra *(véase capítulo 18)*.

Esta confianza llevó a Felipe a adoptar iniciativas poco realistas y a rechazar las presiones para cambiarlas cuando empezaban a fracasar. En septiembre de 1571, por ejemplo, después de dieciocho meses de coléricos intercambios durante los cuales Felipe bombardeó al duque de Alba con largas cartas exhortativas que le instaban a derrocar a Isabel Tudor, el obstruccionismo metódico de Alba finalmente hizo mella. ¡Felipe argumentaba ahora que, incluso si el duque estaba en lo cierto desde un punto de vista logístico, sus consideraciones resultaban irrelevantes!

> Con ser vuestra autoridad acerca de Nos tanta, y tener el crédito que tengo en vuestra persona y prudencia en todo, y especialmente en esto que lo habéis

tratado y estáis tan sobre ello, y con ser las razones que Nos proponéis tan eficaces, deseo tan de veras el efecto de este negocio, y estoy así tocado en el alma dél, y he entrado en una confianza tal, que Dios Nuestro Señor lo ha de guiar como causa suya, que no me puedo satisfacer ni aquietar de lo contrario. Y de aquí procede entenderlo yo diferentemente, y hacérseme muy menores las dificultades y inconvenientes que se pone delante, me haga menos embarazo del que paresce que pudiera hacer.

Felipe argumentaba que la logística (el área en que Alba era especialista) solo constituía una pieza de la Empresa de Inglaterra:

No paresce que en un negocio tan grande como este, se debe en tal manera entrar en la consideración de los inconvenientes que resultarían errándose y no succediendo bien, que juntamente no se pongan en la otra balanza los beneficios y provechos que se conseguirían del buen suceso, los cuales ni se puede negar ni dubdar que en lo de la religión y del Estado y de la reputación y a todos los otros fines a que yo puedo y debo entender, no sean así grandes y evidentes que no solo justamente me inclinen y aficionen a la causa, mas aún me obliguen y casi fuercen a asistir a ella.

Para la mentalidad de Felipe, religión y reputación dictaban por igual que «aunque no se puede negar que no se corran algunos inconvenientes y dificultades, preponderan a esto otras muchas consideraciones del cielo arriba y del cielo abajo, que obligan a aventurar esto y más».[926]

Felipe sometió al duque de Medina Sidonia a un chantaje espiritual parecido cuando, en junio de 1588, este intentó utilizar la tormenta que acababa de dispersar a la Gran Armada como excusa para abandonar la Empresa de Inglaterra: «Que a ser esta una guerra injusta, pudiera tomarse esta tormenta por señal de la voluntad de nuestro Señor para desistir de su offensa; mas siendo tan justa como es, no se deve creer que le ha de desamparar, sino de favorescer mejor que se puede dessear». Al llegar a este punto, el duque abandonó toda resistencia y condujo la Armada al desastre. No sabemos si llegó a escribir a Felipe para recordárselo, pero uno de sus adversarios ingleses sí lo haría más tarde. Sir Walter Raleigh, quien había contribuido a derrotar a la Armada, indicó que «invadir desde

el mar una costa peligrosa, sin estar en posesión de ningún puerto ni ayudado por ninguna fuerza, parece más propio de un príncipe confiado de su suerte que dotado de entendimiento».[927]

Habla el doctor Freud

Pero ¿por qué exactamente Felipe no solo estaba «confiado de su suerte», sino que, además, sacaba fuerza moral de sus fracasos, de modo que a menudo lograba repetirlos? Si bien su providencialismo tenía claramente un papel, la intransigencia y la disonancia cognitiva del rey también se derivaban de su personalidad. Aunque en general resulte arriesgado para los historiadores psicoanalizar a hombres y mujeres muertos largo tiempo atrás, Felipe ofrece un ejemplo llamativo de personalidad obsesiva u obsesiva-compulsiva (de hecho, una de las más fáciles de identificar). Los individuos obsesivos (y son muchos) presentan en mayor o menor grado las siguientes características:

- tercos y obstinados, pero indecisos;
- intransigentes y con excesivo control emocional;
- absortos por los detalles e incapaces de delegar;
- aplicados y trabajadores, pero no necesariamente muy eficientes;
- religiosos y austeros;
- entregados a la imparcialidad y la justicia, a menudo con una actitud rígida;
- faltos de humor y opuestos al cambio.

Esta biografía ofrece incontables ejemplos en los que Felipe presenta todas estas características, y se podrían proporcionar muchos más. Todo ayudaba a programar al rey para que permaneciese inflexible al enfrentarse con el fracaso.

Los individuos obsesivos comparten también rasgos personales más difíciles de documentar. Suelen:

- odiar la suciedad y mantenerse muy limpios;
- adorar la rutina, el orden y la puntualidad;
- disfrutar coleccionando y ser a menudo mezquinos y reacios a desprenderse de sus posesiones;
- tener un reducido impulso sexual y sentirse poco atraídos por el sexo opuesto.

En el caso de Felipe, las pruebas sobre estos atributos subjetivos son también abundantes. Acerca del primero, Jehan Lhermite observó que Felipe «era por naturaleza el hombre más limpio, aseado y cuidadoso para con su persona que jamás ha habido en la tierra, y lo era en tal extremo que no podía tolerar sin molestia una sola mancha pequeña en la pared y suelo de sus habitaciones». Respecto al segundo, el mismo Lhermite comentó que los relojes «gobernaban totalmente a este buen monarca, pues regulaban y escandían su vida, dividiéndola en minutos que, contados y ordenados, medían sus acciones y ocupaciones diarias» *(véase capítulo 6)*. Una buena muestra de la tercera característica —la mezquindad— pudo verse en 1571, cuando buscaba «Su Magestad una sortija para la reyna de Escocia». En vez de regalarle una de las piedras preciosas que había coleccionado él mismo, Felipe ordenó a un oficial que «imbie aquí para mañana después de comer las que tiene del príncipe nuestro señor». A continuación, después de inspeccionar la colección de joyas dejadas por el malogrado don Carlos, Felipe escogió un magnífico rubí engastado en un anillo y se lo envió a María Estuardo.[928] Por último, aunque el rey mantuvo al menos una relación sexual ilícita en sus años mozos, después de cumplir los veinte demostró, aparentemente, un interés limitado por el sexo.

Las causas de la personalidad obsesiva siguen siendo poco claras. Sigmund Freud la atribuyó a una enseñanza demasiado severa para el niño sobre cómo controlar higiénicamente sus necesidades —y, por tanto, la denominó «personalidad anal»—, pero es más probable que se deba a una educación demasiado estricta, y la infancia de Felipe estuvo rigurosamente reglamentada. Como único heredero varón, sus padres apenas podían evitar adoptar una actitud protectora respecto a él, sobre todo después de la muerte de sus dos hermanos en la niñez. A la emperatriz le entraba pánico cada vez que sus restantes hijos, especialmente Felipe, sufrían la menor enfermedad y, aunque ella murió en 1539 y Carlos se ausentaba a menudo, el ayo don Juan de Zúñiga controlaba hasta el más mínimo detalle cada momento de la vida del príncipe, determinando con exactitud lo que podía y no podía hacer (incluso, después de su casamiento, controlaba cuándo podía o no dormir con su esposa).

Además, aun cuando se hallaba ausente, Carlos representaba un modelo excepcional a cuya altura debía estar su hijo: un hombre de acción y vencedor en numerosas batallas, un dirigente por instinto y un viajero cosmopolita que dominaba cinco idiomas, un maestro de la frase y el gesto desenvuelto igualmente a gusto en el brillo deslumbrador de las ceremonias públicas que en la despreocupada compañía de sus amigos íntimos. Sin embargo, este soberano heroico tenía solo un heredero legítimo, y el largo aprendizaje de Felipe, que se prolongó desde 1543 hasta la muerte de Carlos en 1558, acentuó en el joven la conciencia de la necesidad del éxito y la desgracia del fracaso. Estaba, por tanto, abrumado con una aplastante carga psicológica de expectativas de sí mismo y una compulsión sobrecogedora de demostrarse que era digno de su padre y de su misión. Con buena razón, John H. Elliott veía «la pesada carga, no solo política sino también psicológica y

espiritual, de su herencia dinástica» como la llave a la personalidad regia.[929]

No es extraño que Felipe llegara a albergar una profunda inseguridad sobre su capacidad de desempeñar el papel público que esperaban de él la sociedad, su familia y él mismo, ni que, mucho después de la muerte de su padre, volviera a surgir inesperadamente su falta de autoestima. En 1563, a la edad de treinta y cinco años, cuando su plan de poner la primera piedra de San Lorenzo de El Escorial tropezó con dificultades, Felipe manifestó que «estoy confuso en todo» y «estoy por encomendar al nuncio que lo haga y no ir yo». Aunque en esta ocasión acabó participando, más tarde, cuando nació su primera hija, fue presa de los nervios ante el brete de llevar en brazos a la criatura a la pila bautismal y se puso a practicar «paseándose con un gran muñeco en brazos de un lado a otro de la habitación». Esta vez, «al final no consiguió hacerlo bien, por lo que tuvo que dejar que fuera don Juan quien llevara en brazos a la infanta».[930]

Cualesquiera que sean sus causas, la personalidad obsesiva está particularmente mal preparada para la dirección de la guerra, pues dirigir hostilidades exige un esfuerzo de tal magnitud que deja pocas reservas de energía e intelectuales para ocuparse de otros problemas. Se trata de una consideración importante en el caso de Felipe, puesto que pasó todo su reinado excepto seis meses combatiendo a sus enemigos, en ocasiones simultáneamente. En los primeros años de su reinado, el rey permitía a sus lugartenientes cierta discreción. «Abemos acordado de os remitir esto para que vos, como persona que tenéis la cosa presente, y veréis lo que converna hazerse para el servicio de dios nuestro señor y nuestro», informaba a su virrey de Nueva España en 1557, refiriéndose a la colonización de La Florida. Incluso delegó (aunque a regañadientes) en el escéptico duque de Alba la decisión de si

había que invadir o no Inglaterra en 1571: «Vos lo guiéis y encaminéis, como viéredes que más conviene al servicio de Dios y nuestro: que yo lo pongo en vuestras manos, quedando muy confiado que vos procederéis con el celo, cuidado y prudencia que negocio tan grande requiere».[931] Esta flexibilidad desapareció en la década de 1580. En su lugar, Felipe prohibió al marqués de Santa Cruz, un almirante con amplia experiencia, apartarse de las detalladas instrucciones que acababa de redactar para la Empresa de Inglaterra. El marqués debía seguir las órdenes sin dudar del conocimiento del rey —«creedme, como a quien tiene entera noticia del estado en que se hallan al presente las cosas en todas partes»— ni desviarse de ellas.

El rey se engañaba a sí mismo. Pese a que su red de información era la mejor que existía, cuando una noticia llegaba a su escritorio, «el estado en que se hallan al presente las cosas» ya había cambiado. Esta ilusión mostraba de forma alarmante que seguía sin entender la enorme complejidad que implicaba cualquier operación combinada de gran envergadura. La actitud de Felipe recibió un complemento fatal cuando Santa Cruz objetó que «es harto aventurar navegar con gran armada de invierno, y más por aquel canal y sin tener puerto cierto». El rey respondió con altivez: «El tiempo, Dios (cuya es la causa) se hará de esperar que le dará bueno de Su mano».[932] De hecho, esta era la expectativa —como dijo sir Walter Raleigh— de «un príncipe confiado de su suerte», más que la de alguien «dotado de entendimiento».

Contingencia y casualidad

Por supuesto, no hay hegemonía que dure para siempre: las circunstancias son altamente desfavorables a la conservación de los imperios globales, en especial si se da la distancia y fragmentación, la sobrecarga de información y la carencia de

instituciones, lengua, leyes y objetivos comunes que caracterizaban la monarquía de Felipe. Aun así, difícil no es lo mismo que imposible. Hacia 1590, el teórico político Giovanni Botero argumentó que los diversos dominios del rey, aunque separados unos de otros, «no por eso deben estimarse discontinuos». Por el contrario, «están unidos por medio del mar, y no hay estado, por más lejano que esté, que no pueda ser ayudado por armas marítimas».[933] A pesar de todos los problemas estructurales, y de la personalidad obsesiva del rey, Felipe estuvo extraordinariamente cerca de alcanzar el éxito en sus principales empresas. Con solo una mínima reescritura de la historia (o, en términos de Felipe, «un pequeño milagro»), el resultado podría haber sido muy distinto. En el caso de Inglaterra:

- Si María Tudor hubiera muerto en 1571, a los cincuenta y cinco años como su padre Enrique VIII (por no decir en 1585, a los sesenta y nueve, como su hermanastra Isabel), en lugar de en 1558, a los cuarenta y dos, Inglaterra seguramente habría continuado siendo católica y de los Austrias.
- Si Felipe hubiera conseguido hacer otro viaje más de Bruselas a Londres en 1558 (una proeza que algunos correos lograban en dos días) y persuadir tanto a María como al Parlamento para que reconocieran como siguiente soberana a Isabel, quizá casada con Manuel Filiberto de Saboya, Inglaterra hubiera seguido siendo católica y favorable a los Austrias.
- Por último, si Felipe hubiese adoptado una estrategia (cualquiera) para la conquista de Inglaterra en 1588 que no hubiera requerido que la Armada se uniese por adelantado al ejército de Parma y, además, hubiera habido

al mando un almirante con experiencia de combate, como Santa Cruz, podría haberse asegurado una cabeza de puente en el sur de Inglaterra o Irlanda que habría forzado a Isabel a abandonar a los holandeses y permitido a Parma terminar con la rebelión. Felipe hubiera dispuesto entonces de abundantes recursos que movilizar en Francia después del asesinato de Enrique III.

De modo semejante, en el caso de los Países Bajos:

- Si Felipe hubiera regresado en cualquier momento entre 1561 (cuando la oposición al plan de los nuevos obispados unió a sus adversarios) y 1571 (cuando la recesión económica y el régimen opresor de Alba hicieron altamente probable una nueva rebelión), la guerra de los Países Bajos podría haberse evitado por completo.
- Si Alba hubiera aceptado los términos ofrecidos por Haarlem a finales de 1572, en vez de insistir en la rendición incondicional, las demás ciudades rebeldes podrían haber procurado entablar negociaciones y se habría puesto fin a la revuelta (un resultado que incluso Guillermo de Orange consideraba inevitable).

En ambos guiones contrafactuales, evitar la sangría que significó la guerra para la hacienda de Felipe le habría permitido intervenir con mayor eficacia en otras partes o utilizar sus ingentes recursos para desarrollar la vida económica y cultural de España.

Otras muchas «reescrituras mínimas» de la historia habrían permitido a Felipe alcanzar más objetivos políticos suyos. Sobre todo, si Sebastián de Portugal y Enrique III de Francia no hubieran encontrado una muerte violenta sin haber engendrado

descendientes, Felipe habría seguido beneficiándose de su constante incompetencia, en caso de seguir vivos, o bien se habría aprovechado de la debilidad de otra minoría de edad real, de haber dejado un joven heredero. Cualquiera de esos resultados habría conservado el equilibrio de poder existente en Europa y, por tanto, mejorado la seguridad de la monarquía de Felipe. Sus enemigos habrían carecido de alicientes para formar una coalición contra lo que veían como un intento español de alcanzar el dominio de Europa.

Cada variación habría podido tener consecuencias espectaculares, dado que Felipe reunía ya tantas ventajas. Los recursos a su disposición, tanto humanos como materiales, crecieron prodigiosamente en Europa y en América a lo largo de su reinado, y también lo hizo su capacidad para movilizarlos, mientras que los recursos de sus adversarios se fueron reduciendo. Inglaterra era gobernada por una mujer que, a pesar de ser una hábil política, carecía de un sucesor claro, disponía de rentas limitadas y tenía que tomar en cuenta a una minoría religiosa numerosa y descontenta. Los gobernantes protestantes y católicos alemanes se negaban a cooperar entre sí, lo que ocasionó una parálisis constitucional en el Sacro Imperio Romano. Francia disipó sus vastos recursos con las guerras de religión. Los sultanes otomanos se vieron inmersos en su propia guerra religiosa contra Persia. Por añadidura, raras veces se veían del todo negras las cosas desde El Escorial: el fracaso de una de las empresas de Felipe solía coincidir con el éxito de otra. Así, al fallo de su plan de «matar o prender a la Isabel», su humillante retirada de Finale y el resurgimiento de la revuelta en los Países Bajos en los años 1571 y 1572, Felipe podía contraponer la resonante victoria de Lepanto, el nacimiento de un heredero y la masacre de San Bartolomé. A las pérdidas de Flandes podía contraponer la anexión de Portugal y la expansión de su poder en América y las Filipinas.

La fortuna (o, como habría dicho él, Dios) sonrió a menudo a Felipe y convirtió inesperadamente un fracaso en una victoria. Así, en 1565, antes de saber que los hugonotes franceses habían fundado una colonia en La Florida, Felipe había firmado ya un contrato con Pedro Menéndez de Avilés que le permitió desplegar fuerzas masivas antes de que los colonizadores pudieran establecer una base defensiva. Entre 1577 y 1584, el sultán otomano renovó la tregua en el Mediterráneo cuatro veces, lo que permitió a Felipe movilizar los recursos necesarios para anexionar Portugal y las Azores, y reconquistar los Países Bajos meridionales, sin el temor de ser atacado por la espalda. Por último, en 1591, las Alteraciones de Aragón estallaron en el preciso momento en que Felipe estaba reclutando un ejército para intervenir en el sur de Francia, y esta fuerza le permitió aplastar el levantamiento en menos de una semana.

El enigma de Felipe II

Estas «historias alternativas» nos llevan al centro del enigma de Felipe. Por volver al prolongado símil del doctor Aguilar de Terrones: si realmente «es la vida de un rey como la de un texedor», el fracaso de Felipe a la hora de alcanzar un mayor número de sus objetivos dinásticos y confesionales no fue consecuencia de la estructura de su telar, la configuración de su tela o la debilidad de sus hilos individuales, sino de las limitaciones del tejedor. El éxito exigía «una vida tan atenta y tan divertida en tantos hilos», algo que Felipe parecía incapaz de proporcionar. Quizás una última y breve visita a San Lorenzo el Real de El Escorial ayude a explicar el porqué. El rey se enorgullecía de su construcción más allá de toda medida, por lo cual al utilizarlo para evaluar sus logros estamos eligiendo una escala que el mismo Felipe habría acogido con los brazos abiertos.

Para empezar, hay que rendir homenaje al asombroso logro en general. Es uno de los mayores edificios de Europa, concebido, construido y completado en solo treinta y cinco años, de modo que, como alardeaba fray José de Sigüenza, autor de la primera historia de El Escorial, «no pareciese todo el templo hecho de diversas piezas, sino que se había acabado dentro de una peña, por la grande uniformidad del color, grano y junta de sus piedras». Incluso los extranjeros consideraban la estructura en su conjunto «el palacio más magnífico de toda Europa» (John Eliot en 1593), «superior a cualquier otro edificio hoy existente en el mundo» (el embajador de Venecia en 1602) y «la fábrica mayor y mejor dispuesta de Europa» (el embajador de Lucca en 1618).[934] Sin embargo, tal perfección tuvo un precio muy alto. El mismo embajador veneciano notaba que «ha costado construirlo treinta cinco años de continuo trabajo y diez millones en oro». No obstante, como Sigüenza —que afirmaba con vehemencia que el coste «no llega a seis millones»— cuestionaba intencionadamente, ¿acaso tantos ducados «resolviéronse en humo o lleváronselos fuera de España? No». Por el contrario, apuntó el fraile, muchos de ellos fueron a parar al «oficial de Toledo, y allí mantiene su casa y sus hijos con ello» y «el labrador de Galapagar, el de Robledo, el de Valdemorillo» que «picaba una piedra, traía unos cantos, hacía unos ladrillos, cavaba un terreno, se lo llevaron» a El Escorial. El goteo de beneficios económicos llevaba a Sigüenza a desear, con cierta picardía, «que los reyes emprendiesen mayores fábricas que estas» en vez de gastar tanto dinero en el extranjero.[935]

Con todo, el impresionante análisis económico keynesiano de Sigüenza omitía un detalle crucial: los costes de oportunidad que representaban las horas que Felipe dedicó al proyecto. Este libro abunda en ejemplos: la utilización de sus propias tijeras para recortar la descripción de un pecado cometido por un

novicio en 1571; la asignación por él mismo de la celda que había de ocupar cada fraile en 1572; la visita a «las canteras donde se sacaban las dichas piedras para ver cargar y descargar las dichas piezas» en persona, para «verlo todo a vista de ojo», en 1576; o su demanda de que se llevara un «modelo de las sillas» del coro hasta Badajoz para que él pudiera seleccionar el diseño que deseaba en 1580. Nunca renunció a su control microscópico: en 1590 «a costado a Su Magestad el poner el crucifixo subir i bajar más de dos mil escalones en vezes»; el proceso le llevó seis días.[936] Cada hora que Felipe destinaba a estos detalles mientras estaba sentado a su «telar del Estado» comprometía su capacidad de «correr a atajar» cualquier hilo que se quebrara.

Como el nuncio en Madrid se quejaba en 1587: «Su Magestad quiere verlo y hacerlo todo él mismo, y eso no sería posible ni aunque tuviera diez manos y el mismo número de cabezas». De modo que, aunque su fe inflexible tuvo un papel importante en impedirle alcanzar sus objetivos, también le perjudicaron mucho los complejos obsesivos derivados de su educación y su incapacidad (en palabras de don Juan de Silva) de «hazer división de los [negocios] que conviene tomar para sý, y de los que no puede escusar de encargar a otros».[937] Esta combinación socavó la capacidad de Felipe para afrontar la avalancha de problemas que, inevitablemente, acuciaban al gobernante de decenas de millones de súbditos en una monarquía global casi permanentemente en guerra. Muy pocos hombres pueden sobresalir a la vez como inspectores de obras y estadistas de superpotencias. El mismo conjunto de aptitudes que le preparó tan magníficamente para la primera tarea, y produjo con ello «la octava maravilla del mundo», comprometió su capacidad para lograrlo en la segunda, como gobernante del primer imperio donde no se ponía el sol.

Cronología

España y Portugal

1504 Muere Isabel la Católica, reina de Castilla; le suceden su hija Juana y su yerno Felipe I.

1506 Muere Felipe I de España; sus partidarios escapan a Bruselas para unirse a Carlos V; se recluye a Juana en Tordesillas (hasta su muerte en 1555).

1516 Muere Fernando el Católico, rey de Aragón y regente de Castilla; le sucede el archiduque Carlos (que gobierna junto con su madre Juana, reclusa en Tordesillas).

1520 Revuelta de las Comunidades contra Carlos V en Castilla; germanías en Valencia.

1526 Carlos se casa con Isabel de Portugal en Sevilla; el futuro Felipe II es engendrado en Granada; Carlos aprueba veinticinco mandatos contra los moriscos, pero acuerda suspenderlos durante cuarenta años.

1527 **Nacimiento y bautismo de Felipe**.

1528 Felipe es jurado príncipe heredero; nace la infanta María.

1529 **Carlos hace las paces con sus enemigos** y se ausenta de España (hasta 1533); coronado emperador (hasta 1558).

1531 La emperatriz viste de varón a Felipe por primera vez.

1533 Carlos regresa a España y otorga a Felipe el Toisón de Oro.

1534 **Silíceo es designado maestro del príncipe**; Ignacio de Loyola funda la Compañía de Jesús (se encuentra con el príncipe Felipe en 1535).

1535 Nace la infanta Juana; **se crea la Casa del Príncipe con don Juan de Zúñiga como ayo**; Carlos se ausenta de

España (hasta 1537).

1539 **Muere la emperatriz Isabel de Portugal;** Carlos se ausenta de España (hasta 1541) y proporciona a Felipe su primer juego de Instrucciones.

1540 **Se asignan al príncipe nuevos preceptores (Calvete de Estrella, Juan Ginés de Sepúlveda)**; nacen Antonio Pérez y Ana de Mendoza.

1541 Gonzalo Pérez es designado secretario particular de Felipe.

1542 Carlos lleva a Felipe a Navarra y Aragón, donde es jurado príncipe.

1543 **Carlos se ausenta de España (hasta 1556) con Felipe como regente y le envía nuevos juegos de Instrucciones; Felipe se casa con María Manuela de Portugal.**

1544 Felipe, con armadura, interviene por primera vez en una justa en público; Carlos consulta a Felipe sobre la alternativa estipulada por la Paz de Crépy, pero rechaza sus consejos.

1545 Nace el infante don Carlos; muere la princesa María Manuela de Portugal.

1546 Carlos envía a Felipe su carta de emancipación.

1547 Felipe visita Aragón.

1548 **Carlos envía su «testamento político» y ordena la adopción de la etiqueta de Borgoña en la Casa Real. Felipe parte de España para el *Felicíssimo Viaje*;** Maximiliano y María son designados regentes.

1549 **Nace la archiduquesa Ana de Austria en Cigales.**

1551 Felipe regresa a España (hasta 1554); **Francia y los turcos declaran la guerra.**

1553 La infanta Juana se casa con el príncipe Juan de Portugal (muerto en 1554).

Portugal (muerto en 1554).

1554 **Felipe parte de España hacia Inglaterra;** Juana se convierte en regente (hasta 1559).

1555 Muere en Tordesillas la reina Juana, abuela de Felipe.

1556 **Carlos abdica como rey de Castilla, de Aragón y de sus posesiones de ultramar en favor de Felipe.**

1557 Felipe hace testamento; la Hacienda de Castilla declara su primer decreto de suspensión; muerte de Juan III de Portugal, a quien sucede su nieto, Sebastián (hasta su muerte en 1578).

1558 Felipe nombra arzobispo de Toledo a Bartolomé Carranza; se descubren células protestantes en España; **muere Carlos V.**

1559 **Paz de Cateau-Cambrésis**; muere Enrique II de Francia; **Felipe regresa a España y se encuentra con su medio hermano, que adopta el nombre de Juan de Austria;** autos de fe en Sevilla y Valladolid (uno con asistencia de Felipe); arresto y encarcelamiento del arzobispo Carranza (hasta 1576).

1560 **Felipe se casa con Isabel de Valois**; la Hacienda de Castilla declara el segundo decreto de suspensión; don Carlos es jurado príncipe heredero; la familia real asiste a un auto de fe en Toledo.

1561 Felipe traslada la corte a Madrid y visita El Escorial.

1562 Don Carlos es enviado a Alcalá de Henares para que mejore su salud; en una caída, sufre graves heridas en la cabeza.

1563 Felipe parte hacia la Corona de Aragón (hasta 1564); se pone la primera piedra de San Lorenzo de El Escorial.

1564 Felipe acepta los decretos de Trento y convoca concilios diocesanos, cada uno presidido por un real comisario; Felipe asiste a un auto de fe en Barcelona; los

archiduques Rodolfo y Ernesto llegan a España (hasta 1571).

565 Felipe consigue la devolución de las reliquias de san Eugenio y las escolta a Toledo; Diego de Espinosa es nombrado presidente del Consejo Real (hasta 1572).

566 Espinosa es designado inquisidor general (hasta 1572); Gonzalo Pérez muere y es sucedido como secretario de Estado por su hijo Antonio y su oficial mayor, Gabriel de Zayas, conjuntamente; nace la infanta Isabel Clara Eugenia (muerta en 1633).

567 El duque de Alba parte de España para restablecer el control real en los Países Bajos; Carranza es enviado a Roma; nace la infanta Catalina Micaela (muerta en 1597).

568 Don Juan de Austria es nombrado capitán general de la mar; **Felipe arresta al príncipe don Carlos, que muere en prisión; Isabel de Valois muere; revuelta de los moriscos de Granada (hasta 1571).**

569 Se extiende la revuelta de los moriscos; se publica la *Nueva Recopilación.*

570 Felipe visita Andalucía; **Felipe se casa con su sobrina Ana de Austria** (muerta en 1580), que llega con sus hermanos Alberto (muerto en 1621) y Wenceslao (muerto en 1578).

571 Don Juan de Austria es nombrado capitán general de la Santa Liga; termina la guerra de Granada; nace el príncipe Fernando (muerto en 1578); los monjes jerónimos se instalan en El Escorial.

572 Muere Espinosa; la Inquisición arresta y encarcela a fray Luis de León (hasta 1576).

573 Mueren la princesa Juana y Ruy Gómez de Silva; Mateo

Vázquez es designado secretario privado de Felipe; traslado de los primeros cuerpos reales a San Lorenzo de El Escorial.

1574 El duque de Alba regresa a España.

1575 **La Hacienda de Castilla declara el tercer decreto de suspensión**; *Relaciones topográficas* compiladas en Castilla; nace Diego Félix, príncipe heredero en 1580-1582.

1576 Felipe se encuentra con Sebastián I de Portugal en Guadalupe.

1577 Felipe sofoca un «motín» entre los obreros de El Escorial; Felipe estudia las profecías de Miguel de Piedrola y Beamonte (que se traslada de Nápoles a Madrid en 1578).

1578 **Asesinato de Juan de Escobedo; Sebastián de Portugal invade Marruecos y muere en la batalla de Alcazarquivir**, donde la flor y nata de la aristocracia portuguesa perece o es hecha prisionera; el cardenal Enrique le sucede (hasta 1580); mueren el príncipe Fernando, el archiduque Wenceslao y don Juan de Austria; nace el futuro Felipe III; fray Diego de Chaves es designado confesor real (hasta 1592).

1579 Caída en desgracia del duque de Alba; la rivalidad entre Mateo Vázquez y Antonio Pérez paraliza el gobierno de Felipe; el cardenal Granvela llega a Madrid para servir como principal consejero de Felipe; **Felipe hace arrestar a Antonio Pérez y a la princesa de Éboli.**

1580 **El rey Enrique de Portugal muere y Felipe reclama la sucesión**; Diego Félix es jurado príncipe; Felipe hace un nuevo testamento, parte de Madrid hacia Extremadura, vuelve a llamar a Alba y dirige la conquista de Portugal;

don Antonio (pretendiente al trono portugués) es derrotado y huye a Francia en busca de apoyo; **muere Ana de Austria.**

581 **Felipe es jurado rey de Portugal en las Cortes de Tomar.**

582 Muere el príncipe Diego Félix; la emperatriz María se reúne con Felipe y le lleva a su hija Margarita (a quien desea casar con este); Santa Cruz conquista las Azores; Felipe condena a la princesa de Éboli a la muerte civil; Juan de Herrera funda la Academia de Matemáticas en Madrid; Felipe y su familia asisten a un auto de fe en Lisboa.

583 Felipe regresa a Castilla, tras dejar al archiduque Alberto como virrey de Portugal (hasta 1593); el futuro Felipe III es jurado príncipe heredero; Santa Cruz conquista la isla Terceira para Felipe.

584 Es consagrada la basílica de San Lorenzo de El Escorial y Felipe encarga frescos para la Sala de Batallas; Piedrola regresa a Madrid.

585 Don Juan de Zúñiga se convierte en el principal consejero de Felipe; el duque de Saboya se casa con la infanta Catalina; Felipe visita la Corona de Aragón (hasta 1586); embargo de todos los navíos extranjeros en los puertos hispánicos; **Drake saquea Galicia, las Canarias y las islas de Cabo Verde**; Antonio Pérez, condenado tras el proceso de visita, es encarcelado en Turégano.

586 Mueren don Juan de Zúñiga y el cardenal Granvela; **Felipe pide a Santa Cruz y a Parma que preparen planes para la Empresa de Inglaterra**; Catalina da a luz al primer nieto de Felipe; Antonio Pérez y su familia regresan a Madrid.

587 El ataque de Drake contra Cádiz interrumpe la Empresa de Inglaterra, pero Santa Cruz escolta las flotas de vuelta a salvo; la Inquisición arresta a Piedrola; Felipe da la bienvenida en Toledo a las reliquias de santa Leocadia.

588 **La Gran Armada intenta invadir Inglaterra, pero fracasa**; comienza el proceso contra Antonio Pérez; la Inquisición condena a Piedrola.

589 Los ingleses atacan La Coruña y la costa de Portugal; Felipe abandona los planes para una investigación (visita) a la Compañía de Jesús en España.

590 Las Cortes de Castilla votan el servicio de millones, un nuevo impuesto sobre los alimentos; Antonio Pérez escapa de prisión y huye a Aragón; Felipe ordena el confinamiento riguroso de la princesa de Éboli y de la familia de Pérez.

591 Motines populares en varias ciudades de Castilla; muere Mateo Vázquez; **Alteraciones de Aragón**, invasión del ejército real y ejecución de los cabecillas; Antonio Pérez huye a Béarn.

592 Mueren la princesa de Éboli y fray Diego de Chaves; **Jornada de Tarazona** (Felipe visita Castilla la Vieja, Navarra y Aragón).

593 Alteraciones en Portugal (Alentejo, Beja); **Felipe crea la Junta de Gobierno.**

594 Se descubre la conspiración de Gabriel de Espinosa, el pastelero de Madrigal; Felipe hace un nuevo testamento.

596 **La flota angloholandesa toma y saquea Cádiz**; Felipe promete ayuda a los rebeldes irlandeses; la Armada española se hace a la mar para atacar Inglaterra, pero ha de retirarse; **la Hacienda de Castilla declara un nuevo decreto de suspensión**; Felipe dispone que el príncipe

decreto de suspensión; Felipe dispone que el príncipe se case con la archiduquesa Catalina Renata, pero esta muere antes.

597 Las Cortes de Castilla votan el servicio de quinientos cuentos; la tercera Armada española, contra Inglaterra, se hace a la mar sin éxito; Felipe dispone que el príncipe se case con la archiduquesa Gregoria Maximiliana, pero esta muere antes; mueren la infanta Catalina Micaela y Juan de Herrera.

598 **La Paz de Vervins pone fin a la guerra con Francia; partición de la Monarquía entre Isabel y Felipe III; Felipe II firma sus disposiciones testamentarias finales y muere.**

599 Felipe III se casa con la archiduquesa Margarita, mientras que Alberto se desposa con Isabel, que abandona España para gobernar los Países Bajos (hasta 1621).

603 En Paracuellos de Jarama algunos testigos, avisados por fray Julián de Alcalá, ven el alma de Felipe ascender del purgatorio al cielo.

Francia, Alemania, los Países Bajos, Italia y el Mediterráneo

500 Carlos, futuro rey de España y sacro emperador romano, nace en Gante.

517 Martín Lutero desafía al papa por la venta de indulgencias.

519 Carlos es elegido sacro emperador romano (coronado en 1529).

520 Carlos V en Alemania; coronado rey de romanos; escucha a Lutero, pero le pone en libertad; Solimán el

Magnífico se convierte en sultán otomano (hasta 1566).

521 Francisco I crea una alianza contra los Habsburgo y declara la guerra a Carlos V; Solimán toma Belgrado.

525 Victoria imperial en Pavía; Francisco I es capturado y enviado a España como prisionero.

526 Francisco I es obligado a firmar el Tratado de Madrid, por el que hace amplias concesiones a Carlos y deja como rehenes a dos hijos (incluido el futuro Enrique II), pero más tarde reniega de él y reanuda la guerra; Solimán derrota a Hungría y toma Buda; Carlos concede tolerancia a los luteranos alemanes a cambio de su apoyo contra los turcos.

527 Saqueo de Roma por las tropas imperiales.

529 **Carlos firma la paz** con Francia, el papa, Venecia y otros enemigos en Europa; sitio de Viena por Solimán; Carlos renueva la tolerancia hacia los luteranos alemanes.

530 Dieta de Augsburgo; Carlos designa como su regente en los Países Bajos a su hermana María de Hungría (hasta 1555).

531 El infante Fernando, hermano de Carlos, elegido rey de romanos.

532 Carlos V se enfrenta a Solimán en Hungría y renueva la tolerancia hacia los luteranos alemanes a cambio de su ayuda contra los turcos.

535 Muere el último Sforza, duque de Milán, territorio que revierte a Carlos; campaña en África de Carlos, que toma Túnez.

540 Carlos V pasa por Francia hacia los Países Bajos para sofocar la revuelta de Gante; Carlos designa en secreto a Felipe duque de Milán.

541 Campaña africana de Carlos, que no logra tomar Argel.

542 Francisco I y el duque de Güeldres (Gelderland) declaran la guerra a Carlos V.

543 Anexión de Güeldres por el duque de Alba a los territorios de Carlos V.

544 Carlos V invade Francia, pero la Paz de Crépy le obliga a ceder Milán o bien Flandes, una elección que evita.

545 Nace don Juan de Austria; comienza el Concilio de Trento (hasta 1547).

547 Muere Francisco I, le sucede Enrique II; Carlos V derrota a los protestantes alemanes en Mühlberg; Carlos llama a Felipe y a María para que se reúnan con él en Alemania.

548 La Dieta de Augsburgo convierte los Países Bajos en un *Reichskreis* separado; Carlos redacta su «testamento político» para Felipe, quien parte de España hacia Italia.

549 Felipe atraviesa Alemania y se reúne con Carlos en Bruselas; **las provincias de los Países Bajos reconocen a Felipe como príncipe heredero al visitar cada una de ellas.**

550 Felipe y Carlos viajan a Alemania; **disputa familiar de los Habsburgo y pacto de sucesión en Augsburgo**; Felipe se encuentra con Tiziano.

551 Felipe abandona Alemania y regresa a España tras asistir al Concilio de Trento (reanudado en 1551-1552); **Enrique II, Solimán y los protestantes alemanes declaran la guerra a Carlos V;** Enrique toma Metz.

552 **El alzamiento de los alemanes protestantes obliga a huir a Carlos**; Carlos no logra reconquistar Metz.

554 Carlos V abdica como rey de Nápoles en favor de Felipe y lucha en su última campaña (para rechazar la invasión

y lucha en su última campaña (para rechazar la invasión francesa de los Países Bajos).

555 Paulo IV es elegido papa (hasta 1559); **Carlos V abdica como soberano de los Países Bajos en Bruselas**, que se convierte en capital de Felipe (hasta 1559); Manuel Filiberto, regente de los Países Bajos (hasta 1559); Fernando negocia la Paz Religiosa de Augsburgo, que garantiza la tolerancia a los luteranos en el Imperio.

556 Tregua (febrero) y guerra (julio) con Francia; Carlos abdica como rey de Sicilia; Carlos y sus hermanas parten de los Países Bajos hacia España; Paulo IV declara la guerra (hasta 1557).

557 **Los franceses invaden Italia, pero el duque de Alba fuerza a Paulo IV a firmar la paz; Felipe «en la guerra»: sus tropas vencen en San Quintín** (Saint-Quentin).

558 Los franceses toman Calais a los ingleses; **Felipe otra vez «en la guerra»: sus tropas vencen en Gravelinas** (Grevelingen); Francisco, delfín de Francia, se casa con María Estuardo, reina de Escocia; Carlos abdica como sacro emperador romano, le sucede su hermano Fernando (hasta 1564); **Felipe considera una tregua con el sultán otomano, pero finalmente la rechaza.**

559 **Paz de Cateau-Cambrésis**; muerte de Enrique II de Francia, le sucede Francisco II; Felipe parte de los Países Bajos hacia España y deja a su medio hermana Margarita de Parma como regente (hasta 1567); Felipe autoriza al duque de Medinaceli, virrey de Sicilia, a atacar Los Gelves (Djerba); Pío IV es elegido papa (hasta 1565).

560 Felipe se casa con Isabel de Valois; muere Francisco de Francia, le sucede Carlos IX (Catalina de Médicis,

regente); fracaso de la expedición de Los Gelves.

561 Felipe retira los tercios de los Países Bajos y anuncia su plan de los nuevos obispados.

562 Primera guerra civil francesa (hasta 1563); se reanuda el Concilio de Trento (hasta 1563).

563 Las tropas españolas ayudan a la Corona francesa contra sus súbditos protestantes (hugonotes); guerra comercial inglesa con los Países Bajos (hasta 1565); los turcos sitian Orán.

564 Granvela abandona los Países Bajos; Maximiliano II, elegido sacro emperador romano (hasta 1576), envía a sus dos hijos mayores a España (hasta 1571); expedición del Peñón de Vélez.

565 Las fuerzas de Felipe rompen el asedio otomano de Malta; Pío V es elegido papa (hasta 1572); Isabel de Valois, en compañía del duque de Alba, se encuentra con Catalina de Médicis en Bayona; **Felipe se niega a hacer concesiones en los Países Bajos y los nobles flamencos firman el** *Compromiso*.

566 **La *Petición*, la *Moderación* y furia iconoclasta en los Países Bajos**; Margarita de Parma envía a Montigny y Bergen para asegurarse de que Felipe aprueba la *Moderación*; Felipe decide enviar al duque de Alba con un ejército para restablecer el orden; Solimán muere en la campaña de Hungría y le sucede Selim II (hasta 1578).

567 Segunda guerra civil francesa (hasta 1568); **Alba y su ejército llegan a Bruselas**, Alba sustituye a Margarita de Parma como gobernador general de los Países Bajos, instituye el Consejo de Trublas y arresta a Egmont, Horne y muchos más; en España Felipe arresta al heredero

Hornes y muchos más; en España Felipe arresta al barón de Montigny.

1568 Tercera guerra civil francesa (hasta 1570); Guillermo de Orange y sus hermanos invaden sin éxito los Países Bajos; Alba ejecuta a Egmont, Hornes y otros muchos rebeldes.

1569 Las tropas españolas intervienen a favor de la Corona francesa en su lucha contra los hugonotes; comienza la guerra comercial entre Felipe e Inglaterra (hasta 1573); Felipe exige a Alba que imponga nuevas tasas en los Países Bajos; el taller de Plantino comienza a imprimir la *Biblia Regia.*

1570 Chipre, en poder de Venecia, es invadido por los otomanos; los vasallos de estos toman Túnez; Felipe hace estrangular a Montigny en Simancas; el duque de Alba reforma el sistema legal de los Países Bajos.

1571 El duque de Alba decreta la alcabala en los Países Bajos; España ocupa Finale Ligure y firma la Liga Santa (con Venecia y el papa); los otomanos completan la conquista de Chipre; **don Juan de Austria lleva a la flota de la Liga a la victoria en Lepanto**; Felipe designa al duque de Medinaceli para suceder al duque de Alba como gobernador general de los Países Bajos.

1572 Guillermo de Orange y sus hermanos invaden los Países Bajos y crean una base permanente para los rebeldes en Holanda y Zelanda; Medinaceli llega a los Países Bajos comenzada la revuelta, por lo que Alba continúa en el cargo; **masacre de los hugonotes** en París (Noche de San Bartolomé) y otras ciudades francesas; cuarta guerra civil francesa (hasta 1573); Gregorio XIII es elegido nuevo pontífice (hasta 1585).

1573 Venecia llega a una paz por separado con los otomanos; los españoles toman Haarlem, pero fracasan contra

los españoles toman Haarlem, pero fracasan contra Alkmaar; el duque de Alba, sustituido por don Luis de Requesens (hasta 1576); España vuelve a tomar Túnez, pero rinde Finale Ligure a los comisionados imperiales.

1574 Las tropas españolas no logran tomar Leiden y se amotinan; los otomanos toman Túnez y La Goleta; Carlos IX proporciona apoyo financiero a los holandeses, pero muere y le sucede Enrique III; quinta guerra civil francesa (hasta 1576).

1575 Negociaciones de paz malogradas en Breda entre Felipe y los holandeses; el decreto de suspensión en Castilla deja sin fondos al ejército español de Flandes.

1576 Muere Requesens; **el ejército español en los Países Bajos se amotina y saquea Amberes; la mayoría de las provincias de los Países Bajos firman la Pacificación de Gante con Holanda y Zelanda; se convocan Estados Generales independientes**; don Juan de Austria llega para gobernar los Países Bajos (hasta 1578); Maximiliano II muere y Rodolfo II es elegido sacro emperador romano (hasta 1612); el juicio a Carranza concluye cuando el papa decreta una suspensión de cinco años, para indignación de Felipe, pero Carranza muere poco después.

1577 Don Juan llega a una paz con los Estados Generales, pero después la rompe (las hostilidades se prolongan hasta 1607); **Martín de Acuña llega a una tregua informal de un año con los otomanos**; don Juan envía a Juan de Escobedo a Madrid para conseguir fondos; sexta guerra civil francesa (hasta 1578).

1578 El duque de Anjou, hermano de Enrique III, manda la ayuda francesa a los Estados Generales; muerte de don Juan; el príncipe de Parma gobierna los Países Bajos en

nombre del rey (hasta 1592); **Juan de Mariiano firma una tregua de un año con los otomanos (prorrogada hasta 1580).**

1579 Negociaciones de paz frustradas en Colonia entre Felipe y los holandeses.

1580 Séptima guerra civil francesa (hasta 1581); Felipe emite el edicto de proscripción contra Guillermo de Orange; tregua de un año con los otomanos.

1581 Tregua de tres años con los otomanos; **los Estados Generales deponen a Felipe y proclaman a Anjou «príncipe y señor de los Países Bajos»**; Anjou, prometido con Isabel de Inglaterra.

1582 Ayuda francesa para la campaña de don Antonio en las Azores.

1583 Parma reconquista los puertos marítimos de Flandes.

1584 Tregua de un año con los otomanos (la última); **Anjou muere** y deja a Enrique de Navarra como presunto sucesor a la Corona francesa, mientras los rebeldes holandeses constituyen una república; **Guillermo de Orange es asesinado**; los católicos franceses, encabezados por Enrique de Guisa, forman una Liga y firman el Tratado de Joinville con España; Parma reconquista la mayor parte de Flandes.

1585 Tratado de Nemours entre Enrique III y la Liga de católicos franceses; Parma reconquista Amberes y la mayor parte de Brabante; Isabel de Inglaterra firma el Tratado de Nonsuch con los Estados Generales; revuelta de Nápoles; Sixto V es elegido papa (hasta 1590).

1586 Octava guerra civil francesa (hasta 1598).

1587 Parma se prepara para invadir Inglaterra.

1588 Parma, listo para invadir Inglaterra; Enrique III huye de

París y la Liga toma el control (hasta 1594); asesinato de Enrique de Guisa; anexión de Saluzzo por el duque de Saboya.

589 **Enrique III es asesinado;** el dirigente hugonote Enrique de Navarra reclama el trono, pero no es reconocido por los católicos; Enrique derrota a la Liga Católica en Arques; Parma propone conversaciones de paz con los holandeses.

590 Enrique derrota a la Liga Católica en Ivry y sitia París; una fuerza expedicionaria española desembarca en Bretaña; Parma rompe el cerco de París; los holandeses, bajo Mauricio de Nassau, comienzan a reconquistar los Países Bajos septentrionales; el duque de Saboya invade Provenza.

591 Revuelta de Sicilia; Parma no cumple las órdenes de Felipe de invadir Francia; negociaciones de paz frustradas en Colonia entre Felipe y los holandeses; Antonio Pérez publica en Pau (Béarn) la primera versión de sus *Relaciones* (revisadas en 1592 y 1598).

592 Fuerza expedicionaria inglesa a Normandía; Parma rompe el sitio de Ruán por Enrique de Navarra, pero muere poco después; Clemente VIII es elegido papa (hasta 1605).

593 Enrique de Navarra se reconvierte al catolicismo.

594 Enrique de Navarra es coronado como rey Enrique IV de Francia y entra en París.

595 Enrique IV declara la guerra a Felipe (hasta 1598) y rechaza a una fuerza española invasora desde Milán.

596 El archiduque Alberto es nombrado gobernador de los Países Bajos españoles (hasta 1599) y toma Calais a los franceses; **Triple Alianza entre Francia, Inglaterra y**

los holandeses contra Felipe.

1597 Felipe expulsa a los judíos de Lombardía.

1598 Enrique IV firma el Edicto de Nantes para acabar con las guerras civiles francesas y la Paz de Vervins para terminar la guerra con España; los españoles abandonan Bretaña y Calais; **Felipe confía la soberanía de los Países Bajos conjuntamente a Alberto e Isabel**; Antonio Pérez publica en París una edición revisada de sus *Relaciones.*

1599 Alberto e Isabel asumen el gobierno en Bruselas (hasta 1621).

1607 Felipe III aprueba un armisticio con los rebeldes holandeses (la Tregua de los Doce Años se acuerda en 1609).

Inglaterra, Escocia y las Américas

1521 Hernán Cortés toma Tenochtitlán y destruye el Imperio azteca.

1522 Carlos V llega al acuerdo de casarse con María Tudor (roto en 1525).

1533 Francisco Pizarro toma Cuzco y destruye el Imperio inca; Enrique VIII repudia a Catalina de Aragón y se casa con Ana Bolena; nace Isabel Tudor.

1534 Enrique VIII pone fin a la obediencia inglesa a Roma (hasta 1554).

1542 Las Leyes Nuevas suprimen las encomiendas en América; Carlos se alía con Enrique VIII para atacar Francia y Escocia; los ingleses derrotan a los escoceses en Solway Moss; Jacobo V muere y su heredera María Estuardo huye a Francia (hasta 1561).

545 Llegan a España noticias de la rebelión pizarrista en Perú.

546 Pedro de la Gasca zarpa desde España para restablecer el orden en Perú.

547 Muere Enrique VIII; Eduardo VI le sucede y promueve el protestantismo en Inglaterra (hasta 1553).

551 De la Gasca regresa a Europa e impresiona a Felipe.

553 Muere Eduardo VI de Inglaterra; **María Tudor le sucede** (hasta 1558) y acaba con la conspiración de la familia Dudley.

554 María aplasta la rebelión de Wyatt y encarcela a su hermana Isabel; **Felipe se casa con María Tudor y reside en Inglaterra (hasta 1555)**; Inglaterra se reconcilia con Roma (hasta 1559); Felipe dispone la liberación de prisión de Robert Dudley e Isabel Tudor; rebelión de Hernández Girón en Perú.

555 Felipe regresa a los Países Bajos (hasta 1557).

557 Felipe regresa brevemente a Inglaterra, hasta la declaración de guerra a Francia y Escocia.

558 Inglaterra pierde Calais; **muere María Tudor y la sucede Isabel (hasta 1603);** María Estuardo se casa con el príncipe heredero francés Francisco.

559 Felipe hace una proposición de matrimonio a Isabel, pero esta la rechaza; **Paz de Cateau-Cambrésis**; Francisco II y María Estuardo se convierten en soberanos conjuntos de Escocia y Francia (hasta 1560), con reclamaciones sobre Inglaterra e Irlanda.

560 El ejército inglés entra en Escocia, consigue la retirada de los franceses (Tratado de Leith) e instaura un régimen protestante; Lope de Aguirre se rebela y pretende el título de rey del Perú (hasta 1561).

561 María Estuardo regresa a Escocia; fracasan las expediciones desde México para colonizar La Florida.

563 Guerra comercial entre Inglaterra y los Países Bajos (hasta 1565).

564 Colonos protestantes franceses se establecen en La Florida.

565 Pedro Menéndez de Avilés captura a los colonos franceses en La Florida, ejecuta a casi todos los hombres, y funda San Agustín; Miguel López de Legazpi reclama las Filipinas para España.

566 Sofocada la conjuración de don Martín Cortés en Nueva España.

567 María Estuardo es derrocada y encarcelada.

568 **María Estuardo escapa y busca refugio en Inglaterra, donde Isabel la encarcela (hasta 1587); la Junta Magna establece nuevas directrices para las posesiones americanas;** nombramiento de los virreyes don Martín Enríquez (Nueva España) y don Francisco de Toledo (Perú); John Hawkins y Francis Drake son derrotados en San Juan de Ulúa; Felipe ordena la retirada del embajador inglés John Man; Isabel captura barcos del tesoro que navegan de España a Flandes.

569 Nueva guerra comercial entre Inglaterra y Felipe (hasta 1573); «rebelión del norte» contra Isabel.

570 Una bula papal declara a Isabel depuesta y excomulgada; Felipe decide aplicarla.

571 **Felipe apoya la «conspiración de Ridolfi» para «matar o prender a la Isabel»**; Legazpi toma Manila; intento de imponer la alcabala en México.

572 Isabel expulsa al embajador español y envía ayuda a los rebeldes holandeses; el virrey don Pedro de Toledo

rebeldes holandeses, el virrey don Pedro de Toledo comienza una campaña contra los últimos reductos incas en Perú.

1573 Restablecimiento parcial del comercio entre Felipe e Isabel.

1574 Paz de Bristol entre Isabel y Felipe.

1575 Felipe acepta el consejo de la Suprema de no permitir a Isabel reabrir la embajada inglesa en España.

1577 Comienza la «circunnavegación» de Drake (hasta 1581); se ordenan las *Relaciones topográficas* para la América española.

1578 El embajador español, Bernardino de Mendoza, regresa a Inglaterra (hasta 1584).

1579 Felipe financia encubiertamente la expedición de Smerwick (Irlanda).

1580 La guarnición de Smerwick se rinde y es ejecutada.

1581 Todas las posesiones portuguesas en América, África y Asia reconocen a Felipe como rey legítimo.

1583 Felipe apoya encubiertamente la conspiración contra Isabel tramada por Throckmorton.

1584 Descubierta la conspiración de Throckmorton; expulsado el embajador Mendoza; se establece una colonia inglesa en Roanoke (hasta 1585); expertos españoles intentan calcular la longitud con observaciones simultáneas de un eclipse lunar en Europa, México, Manila y Macao.

1585 Felipe decreta el embargo de todas las naves inglesas en puertos ibéricos; Drake ataca las posesiones de Felipe en España, las Canarias, Cabo Verde y (en 1586) el Caribe; Isabel firma el Tratado de Nonsuch con los holandeses y envía a Robert Dudley, conde de

Leicester, como gobernador general (hasta 1588); las hostilidades con España se prolongan hasta 1603.

586 La flota inglesa bloquea la costa española; Felipe apoya la conspiración de Babington contra Isabel.

587 Isabel hace ejecutar a María Estuardo; Drake ataca Cádiz y captura un galeón portugués.

588 Isabel y Felipe mandan enviados para negociar la paz en Bourbourg; **la Gran Armada para la Empresa de Inglaterra.**

589 Los ingleses saquean La Coruña y desembarcan tropas en Portugal.

591 La flota inglesa navega por las Azores, se pierde el Revenge; fuerza expedicionaria inglesa a Bretaña (hasta 1595).

592 Fuerza expedicionaria inglesa a Normandía (hasta 1593).

594 Estallido de la rebelión de Tyrone en Irlanda (hasta 1603).

595 Drake y Hawkins dirigen expediciones de envergadura en el Caribe (hasta 1596); la primera flota holandesa zarpa hacia las Indias orientales.

596 **Una expedición angloholandesa captura y saquea Cádiz;** Felipe promete ayuda a la rebelión de Tyrone en Irlanda, pero su flota se ha de retirar por las tormentas.

597 Expedición inglesa a las Azores.

598 Asalto inglés a Puerto Rico; las flotas holandesas navegan hacia las Indias orientales; João de Teixeira compone *La Anatomia de Espanna.*

601 Una fuerza expedicionaria española desembarca en Kinsale (tras rendirse en 1602, los supervivientes

regresaron a La Coruña).

1603 Acaba la rebelión irlandesa; **Isabel I muere; Jacobo VI de Escocia la sucede y ordena el cese de las hostilidades en la guerra contra España.**

1604 **Paz de Londres.**

Abreviaturas utilizadas en este libro

AA: Archivo de la Casa de los Duques de Alba, Biblioteca de Liria, Madrid, con caja y folio

ACA: Arxiu de la Corona d'Aragó, Barcelona

CA: Consell d'Aragó

ACC: Actas de las Cortes de Castilla, 17 vols. (Madrid, 1861-1891)

ACP: Archivo de los Condes de Puñonrostro, Carmona Bobadilla: Papeles de don Francisco de Bobadilla

AGI: Archivo General de Indias, Sevilla

IG: Indiferente General

AGNM: Archivo General de la Nación, México

CRD: Cédulas reales duplicadas

AGPM: Archivo General del Palacio Real, Sección Administrativa, Madrid

CR: Cédulas reales

AGRB: Archives Générales du Royaume/Algemeen Rijksarchief, Bruselas

Audience: Papiers d'État et d'Audience

Gachard: Collection Gachard

AGS: Archivo General de Simancas

CC: Cámara de Castilla

CJH: Consejos y Juntas de Hacienda

CSR: Casas y Sitios Reales

DGT Inv: Dirección General del Tesoro, Inventario Estado: Negociación de Estado

GA: Guerra Antigua

PR: Patronato Real

AHN: Archivo Histórico Nacional, Madrid

AEESS: Archivo de la Embajada española sobre la Santa Sede

Consejos: Consejos Suprimidos

Inq: Inquisición (con legajo o libro y folio)

OM: Órdenes Militares

AHPM: Archivo Histórico de Protocolos, Madrid

Álava: Don Francés de Álava y Beamonte. Correspondencia inédita de Felipe II con su embajador en París (1564-1570), ed. P. y J. Rodríguez (San Sebastián, 1991)

MDFDE: Mémoires et documents: Fonds divers, Espagne

APO: Archivo Portuguez-Oriental, ed. J. H. de Cunha Rivara, 6 vols. (Nova Goa, 1857-1876)

ARA: Algemene Rijksarchief, La Haya

ARSI: Archivum Romanum Societatis Iesu, Roma

ASC: Archivo de los marqueses de Santa Cruz, Madrid, con caja y expediente

ASF: Archivio di Stato, Florencia

DU: Ducato di Urbino, Clase I

MP: Mediceo del Principato

ASG: Archivio di Stato, Génova

AS: Archivio Segreto

ASMa: Archivio di Stato, Mantua

AG: Archivio Gonzaga

ASMo: Archivio di Stato, Módena

CD AS: Cancellaria ducale, sezione estero, Ambasciatore Spagna

AST: Archivio di Stato, Turín

LM: Lettere Ministri

ASV: Archivio Segreto Vaticano, Roma

LP: Lettere principi

NS: Nunziatura Spagna

ASVe: Archivio di Stato, Venecia

SDS: Senato: Dispacci Spagna

BAV: Biblioteca Apostólica Vaticana, Roma

UL: Urbinates Latini

VL: Vaticani Latini

BCR: Biblioteca Casanatense, Roma

BCRH: Bulletin de la Commission royale d'Histoire

BL: British Library, Department of Western Manuscripts, Londres

Addl: Additional Manuscripts

Cott: Cotton Manuscripts

Eg: Egerton Manuscripts

BMB: Bibliothèque Municipale, Besançon

Ms Granvelle: Cabinet des Manuscrits, Collection de Granvelle

BMO: La batalla del Mar Océano, ed. J. Calvar Gross, J. I. González-Aller Hierro, M. de Dueñas Fontán y M. del C. Mérida Valverde, 3 vols. (Madrid, 1988-93)

BNE *Ms:* Biblioteca Nacional de España, Sección de Manuscritos, Madrid

BNF: Bibliothèque Nationale de France, Sección de Manuscritos, París

f. f.: Fonds français

Ms. Esp.: Manuscrit espagnol

Bouza, *Cartas: Cartas de Felipe II a sus hijas*, ed. F. J. Bouza Álvarez (2.ª edición, Madrid, 1998)

BPU: Bibliothèque Publique et Universitaire, Ginebra

Favre: Collection Manuscrite Édouard Favre

BR *Ms:* Biblioteca Real, Sección de Manuscritos, Madrid

BRB *Ms:* Bibliothèque Royale/Koninklijke Bibliotheek, Sección de Manuscritos, Bruselas

BSLE *Ms:* Biblioteca del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, Manuscritos

BZ: Biblioteca de Zabálburu, Manuscritos, Madrid, con carpeta y folio

CCG: Correspondance du Cardinal de Granvelle 1565-1586, ed. E. Poullet y C. Piot, 12 vols. (Bruselas, 1877-1896)

CDCV: Corpus Documental Carlos V, ed. M. Fernández Álvarez, 5 vols. (Salamanca, 1974-1981)

CMPG: Correspondance de Marguerite d'Autriche, duchesse de Parme, avec Philippe II, ed. L. P. Gachard, 3 vols. (Bruselas, 1867-1881)

CMPT: Correspondance française de Marguerite d'Autriche avec Philippe II, ed. J. S. Theissen y H. A. Enno van Gelder, 3 vols. (Utrecht, 1925-1942)

CODOIN: Colección de documentos inéditos para la historia de España, 112 vols. (Madrid, 1842-1895)

CODOIN América: Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas en América y Oceanía (42 vols., Madrid, 1864-1884)

CSPSp: Calendar of State Papers: Spanish, ed. J. A. Bergenroth y otros, 19 vols. (Londres, 1862-1954); y *Calendar of Letters and State Papers relating to English affairs preserved in, or originally belonging to, the archives of Simancas: Elizabeth*, ed. M. A. S. Hume, 4 vols. (Londres, 1892-1899)

CSPV: Calendar of State papers and manuscripts relating to

English Affairs existing in the archives and collections of Venice, ed. H. F. Brown y otros, 38 vols. (Londres, 1864-1947)

DH: Fray Bartolomé Carranza. Documentos históricos, ed. J. I. Tellechea Idígoras, 7 vols. (Madrid, 1962-1994)

DHME: Documentos para la historia del monasterio de San Lorenzo El Real de El Escorial, ed. J. Zarco Cuevas, G. de Andrés y otros, 8 vols. (Madrid, 1917-1962)

Donà: *La corrispondenza da Madrid dell'ambasciatore Leonardo Donà (1570-1573)*, ed. M. Brunetti y E. Vitale, 2 vols. (Venecia-Roma, 1963)

Douais: *Dépêches de M. de Fourquevaux, ambassadeur du roi Charles IX en Espagne, 1565-1572*, ed. C. Douais, 3 vols. (París, 1896-1904)

EHR: English Historical Review

Encinas: *Cedulario indiano recopilado por Diego de Encinas* (1596: ed. A. García Gallo, 4 vols., Madrid, 1945-1946)

Epistolario: Epistolario del III duque de Alba, 3 vols., ed. Duque de Berwick y Alba (Madrid, 1952)

FBD: G. Parker, *Felipe II. La biografía definitiva* (Barcelona, 2010)

FCDM AH: Fundación Casa Ducal de Medinaceli, Archivo Histórico, Toledo

GCP: Correspondance de Philippe II sur les affaires des Pays-Bas, ed. L. P. Gachard, 5 vols., (Bruselas, 1848-1879)

GPGP: A. González Palencia, *Gonzalo Pérez, secretario de Felipe II*, 2 vols. (Madrid, 1946)

GRM: Retraite et mort de Charles-Quint au monastère de Yuste. Lettres inédites, ed. L. P. Gachard, 3 vols. (Bruselas, 1854-1856)

Gachard, *Voyages: Collection des voyages des souverains des Pays-*

Bas, ed. L. P. Gachard, IV (Bruselas, 1882)

Groen van Prinsterer: *Archives ou correspondance inédite de la maison d'Orange-Nassau*, ed. G. Groen van Prinsterer (1.ª serie, 8 vols. y supl., Leiden, 1835-1847; 2.ª serie, I, Utrecht, 1857)

HHStA: Haus-, Hof- und Staatsarchiv, Viena

HSA *Altamira*: Hispanic Society of America, Altamira Manuscript Collection (con caja, pliego y documento), Nueva York

IANTT: Instituto dos Arquivos Nacionais, Torre do Tombo, Lisboa

TSO: CG: Tribunal do Santo Oficio: Conselho Geral

IVdeDJ: Instituto de Valencia de Don Juan, Colección de manuscritos (con «envío», carpeta y folio), Madrid

KB HS: Koninklijke Bibliotheek, Afdeling Handschriften (Colección de manuscritos), La Haya

KML: Karpeles Manuscript Library, Santa Barbara, California

MSP: CR: Medina Sidonia Papers: Cartas de reyes

Lhermite, *Pasatiempos*: Lhermite, Jehan, *Le Passetemps* (publicado por primera vez en Amberes, 1890-1896; trad. española, *Los Pasatiempos*, ed. J. Sáenz de Miera, Aranjuez, 2005)

Longlée: *Dépêches diplomatiques de M. de Longlée, résident de France en Espagne, 1582-90*, ed. A. Mousset (París, 1912)

Maura: *El designio de Felipe II y el episodio de la Armada Invencible*, ed. G. Maura Gamazo, duque de Maura (Madrid, 1957)

MHSI: Monumenta Historica Societatis Iesu

NA: National Archives (antes Public Record Office), Kew, Inglaterra

SP: State Papers

NMM: National Maritime Museum, Colección de Manuscritos, Greenwich, Inglaterra

OÖLA: Oberösterreichisches Landesarchiv, Linz

KB: Khevenhüller Briefbücher

Oria: *La Armada Invencible. Documentos procedentes del Archivo General de Simancas*, ed. E. Herrera Oria (Archivo Histórico Español, II; Valladolid, 1929)

PEG: Papiers d'État du Cardinal de Granvelle, ed. C. Weiss, 9 vols. (París, 1841-1852)

RAG AB: Rijksarchief Gelderland, *Archief van het Huis Berg*, Arnhem

RAH: Real Academia de la Historia, Colección de Manuscritos, Madrid

Riba: *Correspondencia privada de Felipe II con su secretario Mateo Vázquez 1567-1791*, ed. C. Riba García (Madrid, 1959)

Serrano: *Correspondencia diplomática entre España y la Santa Sede durante el pontificado de san Pío V*, ed. L. Serrano, 4 vols. (Madrid, 1914)

Sigüenza: José de Sigüenza, *La fundación del Monasterio de El Escorial* (1605: Madrid, 1988)

TMLM Ms: The Morgan Library and Museum, Nueva York, con manuscrito o número de registro

TR: El Arzobispo Carranza. «Tiempos Recios», ed. J. I. Tellechea Idígoras, 4 vols. (Salamanca, 2003-2007)

UB Leiden *HS Pap*: Universiteitsbibliotheek, *Afdeling Handschriften Papieren* (Colección de manuscritos), Leiden

Fuentes y bibliografía

Esta biografía hace abundante uso de seis grandes categorías de fuentes primarias, algunas impresas pero la mayoría todavía disponible únicamente en formato manuscrito.

1. La Colección Altamira

Hacia 1860, José María Osorio de Moscoso, decimosexto conde de Altamira, heredó los archivos de varias familias nobles españolas, con lo que se creó la que quizá sea la más rica colección privada de documentos del reinado de Felipe II. Esta incluye los documentos de los secretarios privados de Felipe: Antonio Gracián y Dantisco (1571-1576), Mateo Vázquez de Leca (1573-1591) y Jerónimo Gassol (m. 1605). Los secretarios privados manejaron tres tipos distintos de documentos para el rey: su correspondencia con sus ministros sobre una amplia variedad de asuntos; cartas y memoriales dirigidos «al rey en su mano»; y archivos dejados por otros ministros al morir, comenzando por los del cardenal Espinosa, a quien Vázquez había servido como secretario. En algún momento, el conde duque de Olivares (valido de Felipe IV) se dio cuenta de la importancia de estos documentos y se apropió de ellos. Los papeles pasaron más tarde a los condes de Altamira, incluidos los archivos de muchos de los ministros de Felipe II, incluidos don Luis de Requesens, don Juan de Zúñiga, el marqués de Velada y el duque de Sessa.

El desastre tuvo lugar en 1869: con el fin de pagar las deudas del último conde de Altamira, sus testamentarios celebraron una almoneda de su colección de pinturas, armaduras, reliquias y libros, así como de su archivo. Afortunadamente, el bibliófilo madrileño José Sancho Rayón salvó todos los papeles que pudo. Convenció a los banqueros vascos Mariano y Francisco de Zabálburu para que adquirieran

miles de documentos y, hoy en día, toda la colección conservada en la Biblioteca Francisco de Zabálburu ha sido digitalizada, de modo que cada uno de sus folios puede ser consultado, ampliado, retocado y, si se desea, impreso en la sala de lectura anexa a la biblioteca.[938] Por su parte, Guillermo de Osma también adquirió varios miles de documentos del archivo de Altamira, que depositó en el Instituto de Valencia de Don Juan, que él mismo había fundado en Madrid. Esta colección también ha sido digitalizada y ahora es posible hacer búsquedas en toda ella por nombres, temas y fechas.[939] Otras dos personas adquirieron partes significativas de la Colección Altamira en 1870, aunque las enviaron enseguida al extranjero. Frédéric Disdier, cuñado del último conde, vendió más de doscientos volúmenes a la British Library (que entonces era la biblioteca del Museo Británico), donde se catalogaron como *Additional Manuscripts* 28.334-28.503 y 28.262-28.264. Paul Chapuys, bibliotecario del último conde de Altamira, se llevó consigo varios miles de documentos más a su Ginebra natal y, cuando murió, estos pasaron a un amigo, quien los donó a la Bibliothèque Publique et Universitaire de la ciudad.[940]

Hasta hace muy poco, se creía que estas cuatro colecciones contenían el grueso de los papeles de Altamira. Sin embargo, Sancho Rayón se guardó más de tres mil documentos y, al morir en 1900, el marqués de Jerez de los Caballeros no solo adquirió la magnífica colección de libros antiguos de Sancho Rayón, sino también «varios paquetes de papeles viejos». Dos años después, el marqués vendió los libros y esos «papeles viejos» al conocido hispanista estadounidense Archer M. Huntington, quien los depositó en su caja fuerte en la Hispanic Society of America, que había fundado en Nueva York. Tras la muerte de Huntington, esos fondos pasaron a formar parte de la colección de la Hispanic Society, aunque permanecieron sin catalogar hasta 2012, cuando un importante donativo de la

Andrew Mellon Foundation permitió a Bethany Aram, Rachael Ball, y a mí mismo, clasificar, identificar y catalogar las treinta y dos cajas con los papeles de Altamira conservadas en la Hispanic Society.[941]

La dispersión de los papeles de Altamira significó que algunos documentos hayan desaparecido, quizá para siempre, mientras que el resto está esparcido entre varios lugares y países. Esto crea dos problemas. En primer lugar, el volumen de la colección que ha sobrevivido sigue siendo prodigiosa: Carlos Riba García editó aproximadamente la mitad de los billetes intercambiados entre Felipe II y Mateo Vázquez contenidos en un solo volumen de los doscientos que ocupa la Colección Altamira en la British Library, lo que proporciona únicamente una pincelada de la colección, y aun así ocupó 436 páginas impresas. La publicación de toda la Colección Altamira ocuparía, a buen seguro, más de un millar de volúmenes.[942] En segundo lugar, la dispersión implica que los diversos billetes escritos por Felipe a sus ministros en un mismo día pueden encontrarse repartidos en, como mínimo, cinco archivos, aunque, con frecuencia, unos documentos se refieran a otros. Por tanto, una carta o consulta dirigida al rey puede hallarse hoy en Ginebra, mientras que el billete de Mateo Vázquez está en Londres y la respuesta de Felipe en Madrid o Nueva York. La redacción de unas concordancias modernas de la Colección Altamira es una de las necesidades más urgentes a las que se enfrentan los historiadores de Felipe II en la actualidad.

2. Los archivos de los consejos centrales

La Colección Altamira reúne sobre todo documentos intercambiados entre Felipe y sus consejeros sobre asuntos importantes para él: los historiadores deben buscar en otras partes los papeles intercambiados sobre otros temas. La mayoría de las consultas enviadas por los catorce consejos centrales para

informarle, así como las cartas e informes enviados al rey por sus ministros desde cualquier lugar del mundo, se conservan actualmente tal y como, de acuerdo con el tema, se detalla a continuación:

- *Consejo de Estado* (AGS *Estado*). Esta sección está organizada geógraficamente, con una subsección para cada país europeo gobernado por el rey (Aragón, Castilla, Países Bajos, Milán, Nápoles, Sicilia, etcétera) o por otros (Inglaterra, Francia, Alemania, Portugal, Roma, Saboya, etcétera), además de «Armadas y Galeras» (sobre la flota mediterránea) y «Despachos diversos» (que incluyen numerosos registros de la correspondencia expedida por el secretario real).
- *Consejos de Italia* (Nápoles, Sicilia, Milán, Cerdeña) desde 1554-1555, *Portugal* desde 1582 y Países Bajos (*Flandes*) desde 1588; todos los documentos correpondientes a estos territorios se encuentran hoy en el AGS, en la sección *Secretarías Provinciales*, que reúne la correspondencia administrativa regular.
- *Consejo de Guerra:* la sección *Guerra Antigua*, en el AGS, contiene los papeles relacionados con la defensa de España por tierra y mar, incluidos los relativos a los presidios del norte de África y, después de 1580, a la defensa de Portugal.
- *Consejo de Hacienda*: las cartas y papeles dirigidos al rey «en manos del secretario de Hacienda», y las consultas sobre estos, forman las secciones del AGS *Consejos y Juntas de Hacienda*. Las cuentas revisadas de aquellos que desembolsaron fondos gubernamentales o que hicieron préstamos al gobierno se encuentran en cuatro secciones del AGS: *Contaduría Mayor de Cuentas, Contaduría del*

Sueldo, Contadurías Generales y Dirección General del Tesoro.

- *Consejo de Indias*: la sección *Indiferente General* del AGI, en Sevilla, custodia muchas de las consultas de este consejo al rey.[943] La correspondencia del consejo con los virreyes y otros funcionarios en América está organizada geográficamente (AGI *México, Perú*, etcétera); los documentos sobre sus responsabilidades judiciales forman la sección del AGI *Justicia*.
- *Consejo de Castilla* (Consejo Real): los papeles y cartas referentes a asuntos internos de Castilla se encuentran hoy divididos entre las secciones AHN (Madrid) *Consejos Suprimidos*, AGS *Patronato Real*, AGS *Patronato Eclesiástico* y AGS *Cámara de Castilla* (estas tres últimas guardan también muchos papeles importantes sin relación con el consejo, como los testamentos de la familia real).
- *Consejo de Aragón*: ACA (Barcelona) *Consejo de Aragón*.
- *Consejo de las Órdenes*: AHN *Órdenes Militares*.
- *Consejo de la Inquisición*: AHN *Inquisición*.[944]
- *Junta de Obras y Bosques*: sus papeles están repartidos entre AGS *Casas y Sitios Reales* y AGP *Sección histórica* (*Cédulas reales*, 2-9, contiene diez mil páginas de copias de cédulas reales emitidas por esta Junta entre 1548 y 1598). La sección AGS *CSR* custodia también las cuentas de las casas de los miembros de la familia real, empezando en 1535 con los registros (AGS *CSR* 36) de la Casa del Príncipe Felipe.

Ninguna de estas secciones está completa. En 1559 se hundió el barco que llevaba a España, desde los Países Bajos, los registros administrativos del rey desde que abandonó la península cinco años antes; muchos documentos importantes

posteriores a 1559 forman parte de la Colección Altamira; otros muchos han acabado en secciones equivocadas.[945] Algunos documentos fueron saqueados por los franceses en el siglo XIX (aunque, por orden expresa de Adolf Hitler, las autoridades devolvieron, durante la ocupación alemana, la mayor parte a Simancas en 1942).[946] Finalmente, por más que Felipe y los archiveros de Simancas se esforzaron por reunir los documentos oficiales de sus consejeros cuando estos morían, no siempre lo consiguieron *(véase sección 4 más abajo).*

El Portal de Archivos Españoles (PARES), creado en 1992 con el nombre de Archivos Españoles en Red (AER), proporciona acceso por Internet a miles de documentos del reinado de Felipe II conservados en diversos archivos públicos de España. Gracias a un proceso de digitalización, es posible acceder a ellos desde cualquier lugar, por ejemplo, Columbus (Ohio), y leerlos o imprimirlos, sin necesidad de una tarjeta de identificación, y de manera gratuita, incluso cuando el archivo que custodia los originales está cerrado.[947]

Cada territorio de ultramar gobernado por Felipe poseía sus propias instituciones y generaba su propio archivo, lo que permite a los historiadores estudiar la aplicación de las directrices del rey en la periferia, pero, por desgracia, en este caso las pérdidas también ha sido enormes. Los archivos de varias instituciones en Nápoles y Milán que guardaban correspondencia con Felipe fueron destruidos, total o parcialmente, durante la Segunda Guerra Mundial; por su parte, las instituciones españolas creadas en los Países Bajos por el duque de Alba y sus sucesores apenas han dejado ningún rastro en los archivos anterior a 1596, excepto en el caso del Consejo de Trublas (AGRB *Raad van Beroerten*). En México, por el contrario, dos fondos documentales conservados en el AHNM muestran cómo actuaba el poder real en una de las principales avanzadas de la monarquía de Felipe. Los nueve

volúmenes iniciales de la sección *Mercedes* (llamados apropiadamente *Libros de Gobierno*) contienen copias certificadas de, al parecer, todas las órdenes al virrey anteriores a 1570, muchas de las cuales repiten una carta o cédula real en la que se pide la adopción de medidas. Por otra parte, los tres primeros volúmenes de la sección *Cédulas reales duplicadas* listan cientos de órdenes enviadas por Felipe II a sus oficiales, sobre todo al virrey a la Audiencia, a veces con una nota sobre la medida adoptada. El Historical Archive de Goa, capital de la India portuguesa, guarda asimismo prácticamente todas las cartas recibidas de Felipe en las décadas de 1580 y 1590 (archivadas en los *Livros das Monções*); sin embargo, los documentos conservados arrojan poca luz tanto sobre la ejecución de sus órdenes como sobre los debates políticos en Goa relativos al modo de gobernar enclaves que, durante su reinado, abarcaban desde Sofala hasta Nagasaki.

3. La correspondencia del rey con su familia

Carlos V y su hijo intercambiaron muchas cartas entre 1543, cuando Felipe (según dijo él mismo más tarde) comenzó a gobernar, y la muerte del emperador en 1558; pero la mayor parte se ocupaban únicamente de asuntos oficiales. En ocasiones Carlos escribía de su propia mano, y a menudo añadía una posdata ológrafa, pero los temas tratados raramente incluían detalles personales. En *CDCV* se publicó la mayor parte de estos intercambios, mientras que los de 1556-1558 se hallan en *GRM*. Hay una sola excepción importante: las instrucciones secretas de Carlos a su hijo en mayo de 1543. El manuscrito Ms B 2955 de la Hispanic Society of America, en Nueva York, contiene los originales de ambas partes, con una extensión total de 48 folios, todos ellos escritos (y concienzudamente corregidos) del puño y letra del emperador, de modo que es el documento más largo que jamás redactó.

Ball y Parker, *Cómo ser rey*, han realizado una edición crítica de este importante documento.

Los detalles personales abundan en las cartas ológrafas de Felipe a su tía María de Hungría, a su hermana María y al marido de esta, Maximiliano, todas las cuales se conservan en Viena; en las cartas ológrafas de María a su hermano Felipe (que este anotó), custodiadas en la biblioteca del palacio de Liria, en Madrid; en su correspondencia con su primo Manuel Filiberto de Saboya y, en menor medida, con su yerno Carlos Manuel de Saboya.[948] Aunque Felipe hizo referencias a las cartas que intercambiaba con sus esposas, prácticamente todas se han perdido. Sabemos que, después de morir María Tudor, el rey felicitó a su agente en Inglaterra por haber «quemado las [cartas] que la reyna tenía mías», y probablemente también ordenó lo mismo cuando murieron las demás. Solo han sobrevivido dos cartas personales de una de sus esposas, sendos borradores escritos por María Tudor. Felipe también escribió a menudo a sus suegras, Catalina de Portugal y Catalina de Médicis, pero aún no disponemos de una recopilación de estas cartas, como tampoco de las que dirigió a otros soberanos. Rayne Allinson dató y estudió las cartas de Felipe a su cuñada, Isabel Tudor, dos de ellas ológrafas.[949]

Las cartas más reveladoras dirigidas por el rey a su familia son las que envió a sus hijas, Isabel Clara Eugenia (nacida en 1566) y Catalina Micaela (nacida en 1567). Fernando Bouza publicó las 133 cartas conservadas, que Felipe escribió mientras estaba separado de sus hijas; y aunque el rey quemó las cartas que le enviaron sus hijas durante su estancia en Portugal, conservó cuidadosamente las que recibió de Catalina cuando esta abandonó España en 1585, así como los borradores de muchas de sus respuestas.[950]

J. I. Tellechea Idígoras publicó toda la correspondencia

personal de Felipe con su «padre espiritual», el papa, en dos series: *Felipe II y el Papado*, que contiene casi quinientas cartas escritas por el rey durante su reinado, muchas de ellas ológrafas, y *El Papado y Felipe II*, con casi 550 breves papales ológrafos dirigidos al rey, la mayoría de ellos en latín y algunos (posteriores a 1566) en italiano.

4. Papeles de los principales ministros

Varios de los ministros de Felipe guardaron su correspondencia con el rey.

- *Don Juan de Zúñiga y don Luis de Requesens*. Aunque los testamentarios de ambos hermanos cumplieron sus órdenes de quemar a su muerte los documentos confidenciales, han dejado la mayor colección privada de «papeles de estado» del reinado: más de ochocientos legajos y libros de documentos. Muchos de los documentos de los hermanos pasaron a formar parte de la colección Altamira *(véase sección 1 más arriba)*.[951] Además, la mayoría de sus documentos familiares, incluidos los de su padre, el mayordomo real don Juan de Zúñiga y Avellaneda, se encuentra en la actualidad en el Arxiu del Palau dels Requesens, en Molins de Rei (Barcelona).[952]
- *Cardenal Granvela*. El cardenal murió en Madrid en 1586 y dejó un extenso archivo. Muchos de sus documentos están divididos hoy entre la BMB y la BR Madrid, aunque otros muchos archivos (sobre todo AGS y las diferentes partes de la colección Altamira) guardan importantes lotes de las cartas del cardenal, mientras que AGRB *Manuscrits divers* 5459 y 5460 custodian centenares de billetes de Granvela al rey y a los miembros de la Junta de Noche entre 1579 y 1584.[953]

- *El tercer duque de Alba*. La casi totalidad del amplio archivo del duque, del que solo se ha publicado una parte, se conserva en la biblioteca de sus descendientes en la biblioteca del palacio de Liria, en Madrid.[954]
- *El séptimo duque de Medina Sidonia*. Aunque la mayoría de las cartas y papeles del séptimo duque se guarda en el archivo ducal de Sanlúcar de Barrameda, la Karpeles Manuscript Library, en Santa Barbara (California), custodia tres volúmenes de *Cartas Regias* comprendidas entre 1587 y 1593, junto con otro mucho material de esos años.[955]
- *El primer duque de Feria.* Veintinueve cartas escritas completamente de puño y letra de Felipe al conde de Feria entre enero de 1558 y mayo de 1559, que constituyen el ejemplo más temprano de la costumbre de Felipe de desahogarse en cartas dirigidas a sus confidentes, se encuentran en la Fundación Casa Ducal de Medinaceli, Toledo, *Archivo Histórico* 166 R-7.
- *Margarita de Parma y su hijo Alejandro Farnesio.* Los archivos dejados por la hermana y el sobrino de Felipe han sido víctimas de una doble tragedia: una gran parte de la correspondencia acabó en el Archivio di Stato en Nápoles, donde la mayoría fue quemada por soldados alemanes en 1943; sin embargo, las transcripciones hechas por los historiadores belgas Louis-Prosper Gachard y Léon van der Essen aún se conservan. El resto de los documentos, en el Archivio di Stato, en Parma, ha sufrido graves daños a causa de la humedad y hoy muchos de ellos resultan difícilmente legibles.[956]
- *Andrea y Juan Andrea Doria.* Vargas-Hidalgo, *Guerra y diplomacia*, reúne cientos de cartas enviadas por el rey y

sus ministros a sus principales almirantes en el Mediterráneo entre 1552 y 1598 (Vargas-Hidalgo imprimió también otras cartas y documentos enviados por los Doria al rey hasta 1573).

- Felipe ordenó a sus testamentarios que quemaran los billetes de sus confesores, fray Diego de Chaves y Diego de Yepes, «escritos de ellos para mí, y de mí para ellos»; aparentemente, solo se han conservado tres originales (uno de Chaves y dos de Yepes), pero su tono agresivo es muy revelador (y explica por qué el rey se preocupó de destruir el resto).[957]

Tres de los ministros del rey escribieron obras autobiográficas, todas ellas impresas, que ofrecen valiosas perspectivas sobre cómo trabajaba Felipe II.

- Poco después de partir al exilio tras el fracaso de la revuelta de Aragón en 1591, *Antonio Pérez* publicó *Un pedazo de historia de lo sucedido en Zaragoza* en Pau, cuartel general de Enrique IV. La volvió a publicar con adiciones en 1592, con el título *Pedazos de historia o relaciones*. En 1598, en París, poco después de conocer la muerte de Felipe, publicó otra versión más extensa, *Relaciones de Antonio Pérez*, junto con un segundo volumen titulado *Cartas de Antonio Pérez*. Ambos disfrutaron de gran éxito, sin duda porque incluían el contenido de muchas consultas intercambiadas con Felipe, en las que el rey aparecía como un tirano caprichoso, embustero, mezquino, vengativo y bastante obtuso. Por desgracia para los historiadores, todas las ediciones presentan el mismo defecto: Pérez «editó» muchos de los documentos que publicó con el fin de que

corroborasen su afirmación de que Felipe lo había incriminado en el asesinato de Juan de Escobedo. Nada de lo publicado por Pérez es fiable a no ser que se pueda comprobar independientemente.[958]

- *Don Luis de Requesens* escribió o dictó una *Vida* que proporciona un autorretrato sincero, que comienza con sus recuerdos de haber crecido como compañero de juegos y paje del príncipe, que acaba en 1570.[959]
- *Diego de Simancas*, en su *Vida y cosas notables*, escrito entre 1577 y 1583 (año de su muerte), muestra tres aspectos del mundo de Felipe II: primero, revela inconscientemente la vanidad, los prejuicios y las facciones que emponzoñaban la corte; segundo, cuenta «desde dentro» detalles de las reuniones (dónde se sentaba cada consejero y cómo emitían sus votos); finalmente, reproduce los pormenores de sus conversaciones con el rey.[960]

Además, Bartolomé de Carranza colaboró estrechamente con Felipe en Inglaterra y los Países Bajos entre 1554 y 1558, año en que regresó a España como arzobispo de Toledo. Al año siguiente la Inquisición arrestó a Carranza acusado de herejía, y fue sometido a un largo proceso del que se hizo una completa transcripción entre 1559 y 1567, cuando el papa Pío V remitió el caso a Roma. El difunto profesor José Ignacio Tellechea Idígoras publicó 334 documentos de esa transcripción escritos hasta la primavera de 1563. Aunque el propio rey y unos sesenta de sus cortesanos habían jurado no revelar la lucha entre facciones que había causado la caída de Carranza, estos documentos proporcionan detalles sobre la vida en la corte de Felipe en Inglaterra y en los Países Bajos, un periodo en el que faltaron documentos oficiales.[961]

5. Correspondencia diplomática

Doce gobiernos mantuvieron embajadores residentes en la corte de España durante todo el reinado: el emperador, el papa, Ferrara, Francia, Génova, Lucca, Mantua, Parma, Saboya, Toscana, Urbino y Venecia. Además, Inglaterra tuvo un enviado residente hasta 1568, así como Portugal hasta 1580. Los despachos e informes de estos diplomáticos subsanan los vacíos en los archivos gubernamentales que se conservan y también proporcionan vívidos detalles sobre aquellos que tomaban las decisiones. Los despachos de unos pocos embajadores se han publicado por extenso: en el caso de Francia, los de Laubespine (1559-1562), Saint-Sulpice (1562-1565), Fourquevaux (1565-1572) y Longlée (1582-1591); en cuanto a Venecia, los de Donà (1570-1573).[962] Además, los resúmenes de todas las cartas de los agentes ingleses en la corte de Felipe anteriores a 1558 están disponibles en *Calendar of State Papers Foreign: Elizabeth* (15 volúmenes, hasta 1585, año en que el estallido de la guerra cerró prácticamente la península a los diplomáticos de Isabel);[963] mientras que las cartas de los enviados venecianos en el extranjero (así como las deliberaciones del Senado) que incluyen materiales relacionados con la Inglaterra isabelina ocupan los volúmenes VI a IX de los *Calendar of State Papers Venetian*.

Otras muchas fuentes diplomáticas están disponibles en formato impreso. Las relaciones finales entregadas al Senado por cada embajador veneciano tras su regreso del extranjero, algunas de las cuales ocupan más de un centenar de páginas impresas, han sido publicadas en dos ocasiones: una, de forma caprichosa e incompleta, en el siglo XIX, y otra en una edición completa de *Relazioni*, a cargo de Luigi Firpo, organizada por países: el volumen VIII de la colección de Firpo recoge las relaciones entregadas por todos los enviados venecianos a la

corte de Felipe entre 1557 y 1598. Luciano Serrano imprimió toda la correspondencia diplomática entre Roma y Madrid del periodo 1565-1572; Anna Maria Voci editó numerosos despachos del nuncio Niccolò Ormanetto (1572-1577) relativos a don Juan de Austria y la Empresa de Inglaterra; Natale Mosconi hizo lo propio con otros muchos del nuncio Cesare Specciano (1586-1588), mientras que Tellechea Idígoras publicó los de Camillo Caetani (1594-1598).[964]

La publicación de los despachos del longevo embajador imperial de ese periodo, Adam Dietrichstein (1563-1573) —conservados en el Haus-, Hof-, und Staatsarchiv de Viena, con material adicional del Rodinný Archiv Ditrichšteinu custodiado en los archivos estatales moravos de Brno—, comenzó en fechas recientes. Strohmayer, *Korrespondenz*, ofrece las 126 cartas conservadas (la mayoría en alemán, aunque algunas están escritas en español o latín) de la correspondencia entre Dietrichstein y la corte imperial entre 1563 y 1565. Dado que Dietrichstein ejerció no solo como embajador sino también como ayo de los archiduques Rodolfo y Ernesto en la corte de España, sus despachos son inusualmente personales e interesantes. Los de su sucesor, Hans Khevenhüller (1574-1606), siguen inéditos (mientras que la mayoría de los originales se conserva en Viena, sus propios registros de las cartas enviadas se guardan en el Oberösterreichisches Landesarchiv de Linz); pero su detallado diario ha sido impreso tanto en alemán como en su traducción española.[965]

En cuanto al resto, los despachos diplomáticos de los archivos de Florencia (relativos a Toscana y en parte a Urbino), Génova, Lucca, Mantua, Módena (relativos a Ferrara), Parma, Turín (relativos a Saboya), el Vaticano (relativos a los nuncios y también en parte a Urbino) y Venecia continúan inéditos. También lo están los del embajador francés Jehan de Vivonne, señor de Saint-Gouard (1572-1582) y los del portugués

Francisco Pereira, que, quizá por ser tío de Ruy Gómez, parece tener mejor información que cualquier otro diplomático en la corte de España.[966]

6. Testimonios directos

El rey se negó a escribir sus propias memorias y, después de 1559, no encargó biografías, dos cosas que su padre sí hizo, aunque permitió que tres testigos directos de sus primeros viajes publicaran otras tantas relaciones:

- El viaje de Felipe desde España a los Países Bajos, a través de Italia y Alemania, en 1548-1549 fue descrito minuciosamente por Vicente Álvarez (la primera edición es de 1551) y Juan Cristóbal Calvete de Estrella (1552). Calvete de Estrella, *El felicíssimo viaje* (ed. P. Cuenca, Madrid, 2001) incluye ambas relaciones y también reproducciones en color de los arcos triunfales erigidos en Amberes para dar la bienvenida al príncipe, así como de otras obras de arte encargadas para celebrar el viaje.
- Andrés Muñoz, *Viaje de Felipe II a Inglaterra*, un breve folleto publicado originalmente en Zaragoza en 1554, fue reimpreso por Pascual de Gayangos (Madrid, 1877) junto con otros documentos relacionados con el reinado de Felipe I de Inglaterra.

Once personas más que conocieron a Felipe directamente recogieron numerosos detalles personales y anécdotas sobre él, aunque ninguna de ellas los publicó en vida del rey.[967] Siete fueron legos —tres historiadores, tres funcionarios de la corte y un diplomático— y el resto, monjes de El Escorial:

1. Juan Ginés de Sepúlveda, preceptor de Felipe, compiló la *Historia de Felipe II, rey de España*, que abarcaba desde

1556 a 1564 (la primera edición se publicó en 1780); el original latino y su traducción española se incluyeron en sus *Obras Completas*, IV (Pozoblanco, 1998).

2. Juan de Verzosa, responsable de los archivos españoles en Roma, escribió *Anales del reinado de Felipe II*, que abarca desde 1554 a 1565, publicado por J. M. Maestre Maestre (Madrid, 2002).
3. En 1585 Felipe invitó a Antonio Herrera y Tordesillas a «que fuese mirando cómo se podría escribir su gloriosa vida, y después de varias réplicas pareció que por mayor modestia se hiciese mediante una historia general del mundo que comienza en el año 1559». La *Historia general del mundo del tiempo del señor rey don Felipe II, el Prudente* de Herrera, que comienza efectivamente en 1559 y dedica más de mil páginas al resto del reinado, se publicó en tres volúmenes entre 1601 y 1606. El epíteto «el Prudente» lo sugirió Herrera.[968]
4. Jehan Lhermite, ayuda de cámara de Amberes, escribió *Le Passetemps*, que abarcaba de 1587 a 1602, con varias ilustraciones de la vida cortesana tal como la veía [véase lámina 24] y [véase lámina 42].
5. Luis Cabrera de Córdoba creció en la corte, donde también había servido su padre, y después de 1585 participó en algunos de los hechos que describe en su *Historia de Felipe II* (Madrid, 1619, para el periodo anterior a 1583; 4 vols., Madrid, 1876, con la segunda parte reproducida de una copia; la obra completa se reimprimió en 3 vols., Salamanca, 1998).
6. Cristóbal Pérez de Herrera, uno de los médicos del rey, hizo imprimir en 1604 su *Elogio a las esclarecidas virtudes*, que ocupaba casi trescientas páginas e incluía varios

poemas (entre ellos un soneto de Lope de Vega).

La única historia del rey escrita por un diplomático que lo conoció personalmente todavía sigue inédita:

7. En 1600 Orazio della Rena, secretario de la embajada toscana en Madrid, completó un elogioso *Compendio della vita di Filippo Secondo Re di Spagna*. Su manuscrito, de setecientas páginas, fue la primera historia completa del Rey Prudente: su amo, el Gran Duque, prohibió su publicación.[969]

Los cuatro monjes de El Escorial que dejaron relaciones escritas de todo el tiempo pasado con Felipe fueron:

8. Fray Juan de San Jerónimo, *Memorias*, que abarcan de 1563 a 1592. Fueron publicadas, aunque sin muchas de las ilustraciones del original, en *CODOIN*, VII.
9. Fray Antonio de Villacastín, *Memorias*, que van de 1562 a 1594: una breve relación del maestro de obras de San Lorenzo de El Escorial, que habló regularmente con el rey cara a cara, publicada en *DHME*, I, 11-96.
10. Fray Juan de Sepúlveda, *Historia de varios sucesos y de las cosas notables que han acaecido en España, y otras naciones, desde el año de 1584 hasta el de 1603*, publicada en *DHME*, IV. Dado que el manuscrito conservado está desordenado y lleno de errores, Julián Zarco Cuevas, su editor, lo reorganizó según un orden estrictamente cronológico. Aunque es repetitivo en ocasiones, Sepúlveda

proporcionó un retrato de Felipe más humano que el de cualquier otro trestigo directo (salvo, quizá, Lhermite): en su relación, el rey caza, ríe, asiste a comedias, come con los monjes y siempre muestra una «extraña curiosidad» por las personas y las cosas.

11. Fray José de Sigüenza, *La fundación del Monasterio de El Escorial* (volumen III de su *Historia del Orden de San Gerónimo*, 1605), trata la relación del rey con El Escorial a lo largo de su reinado, aunque él solo fue testigo directo de los hechos que narra a partir de 1575. Sigüenza tuvo acceso, sin duda, a las relaciones escritas por los otros tres frailes, a los que en ocasiones cita literalmente (aunque sin mencionarlos).

Bibliografía

Dado que se ha escrito sobre Felipe II más que sobre cualquier otro gobernante europeo, salvo Napoleón Bonaparte y Adolf Hitler, una bibliografía exhaustiva de textos sobre él exigiría un libro para sí sola. La siguiente lista proporciona únicamente datos sobre las obras impresas citadas en las notas y emplea las mismas abreviaturas.

A. Fuentes impresas

Abril Castelló, V. y M. J. Abril Stoffels, *Francisco de la Cruz. Inquisición: Actas*, 3 vols. (Madrid, 1992-1997). Actas de las Cortes de Castilla, 17 vols. (Madrid, 1861-1891).

Adams, G. B. y H. M. Stephens, eds., *Select Documents of English Constitutional History* (London, 1930).

Álamos de Barrientos, B., *Discurso político al rey Felipe III al comienzo de su reinado* (1998; ed. M. Sánchez, Madrid, 1990).

Álava, *véase* Rodríguez, P.

Alemán, Mateo, *De la Vida del Pícaro Guzmán de Alfarache, atalaya de la vida humana* (2 partes: Madrid, 1599-1604).

Altadonna, G., «Cartas de Felipe II a Carlos Manuel II Duque de Saboya (1583-1596)», *Cuadernos de investigación histórica*, IX (1986), pp. 137-190.

Álvarez, Vicente, *Relación del camino y buen biaje que hizo el príncipe de España don Phelipe* (1552; reimpr. en Calvete de Estrella), *El felicíssimo viaje* (ed. 2001), pp. 595-681.

Andrés, G. de, «"Diurnal" de Antonio Gracián», en *DHME*, V, pp. 19-127 (para 1572-1573), y VIII, pp. 11-63 (para 1571 y 1574).

Anónimo, *Diogenes, ou du moyen d'establir après tant de misères et calamitez une bonne et asseurée paix en France, et la rendre plus florissante qu'elle ne fust jamais* (Lieja, 1581).

Anónimo, «Memorial al rey don Felipe II sobre la formación de una librería, por el doctor Juan Páez de Castro», *Revista de archivos, bibliotecas y museos*, 2.ª serie, IX (1883), pp. 165-178.

Antigua, Sor María de la, *Desengaño de religiosos, y de almas que tratan de virtud* (1678; 3.ª impresión, Barcelona, 1697).

Atarés, conde de, «Consejos de Felipe II a Felipe III», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CXLI (1957), pp. 659-719.

Ball, R. y G. Parker, eds., *Cómo ser rey. Instrucciones del emperador Carlos V a su hijo Felipe. Mayo de 1543* (Madrid, 2014).

Belda y Pérez de Nuera, F., «Carta de don Juan de Zúñiga, embajador en Roma, al rey don Felipe II, fechada a 3 de diciembre de 1578», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LXXXI (1923), pp. 474-478.

Berwick y Alba, duque de, *Epistolario del III duque de Alba* (3 vols., Madrid, 1952).

Berwick y Alba, duquesa de, *Documentos escogidos del Archivo de la Casa de Alba* (Madrid, 1891).

BMO, véase Calvar Gross.

Bouza Álvarez, F. J., «Guardar papeles —y quemarlos— en tiempos de Felipe II. La documentación de Juan de Zúñiga», *Reales Sitios*, CXXIX (1996), pp. 2-15, y CXXX (1997), pp. 18-33.

Bouza Álvarez, F. J., ed., *Cartas de Felipe II a sus hijas* (2.ª ed., Madrid, 1998).

Brantôme, *Oeuvres complètes de Pierre de la Bourdeille, abbé séculier de Brantôme*, ed. J. A. C. Buchon, I (París, 1848).

Brewer, J. S., J. Gairdner y R. H. Brodie, *Letters and papers, foreign and domestic, of the reign of Henry VIII*, 21 vols. (Londres, 1872-1920).

Brunelli, E., *Emanuele Filiberto, duca di Savoia. I Diari delle campagne di Fiandra* (Biblioteca della Società Storica Subalpina, CXII: Turín, 1928).

Brunetti, M. y E. Vitale, *La corrispondenza da Madrid dell' ambasciatore Leonardo Donà (1570-1573)*, 2 vols. (Venecia-Roma, 1963).

Cabié, E., *Ambassade en Espagne de Jean Ebrard, seigneur de Saint-Sulpice de 1562 à 1565, et mission de ce diplomate dans le même pays en 1566* (Albi, 1903).

Cabrera de Córdoba, Luis, *Historia de Felipe II, rey de España*, 3 vols. (Salamanca, 1998).

Calendar of Letters and state papers relating to English affairs preserved in, or originally belonging to, the archives of Simancas: Elizabeth, ed. M. A. S. Hume, 4 vols. (Londres, 1892-1899).

Calendar of State Papers and Manuscripts relating to English Affairs existing in the archives and collections of Venice, ed.

H. F. Brown y otros, 38 vols. (Londres, 1864-1947).

Calendar of State Papers: Spanish, 19 vols., ed. J. A. Bergenroth y otros (Londres, 1862-1954).

Calvar Gross, J., J. I. González-Aller Hierro, M. de Dueñas Fontán y M. del C. Mérida Valverde, *La batalla del Mar Océano*, 3 vols. (Madrid, 1988-1993).

Calvete de Estrella, Juan Cristóbal, *El felicíssimo viaje del muy alto y muy poderoso Príncipe don Phelippe* (Amberes, 1552; ed. P. Cuenca, Madrid, 2001).

Camden, William, *The historie of the most renowned and victorious Princesse Elizabeth* (1615; Londres, 1630).

Campanella, Tommaso, *Monarchie d'Espagne; Monarchie de France* (ed. G. Ernst, París, 1997).

Canestrini, G. y A. Desjardins, eds., *Négociations diplomatiques de la France avec la Toscane,* IV (París, 1872).

Carvajal y Mendoza, Luisa, *Epistolario y poesías*, ed. C. M. Abad (Madrid, 1965).

CCG, véase Poullet.

CDCV, véase Fernández Álvarez, *Corpus.*

CMPG, véase Gachard*, Correspondance.*

CMPT, véase Theissen, *Correspondance.*

Cervantes Saavedra, Miguel de, *Novelas Exemplares* (Madrid, 1613).

Cervera de la Torre, Antonio, *Testimonio Auténtico y verdadero de las cosas notables que passaron en la dichosa muerte del rey nuestro señor don Phelipe II* (Valencia, 1599).

Cock, Enrique, *Relación del viaje hecho por Felipe II en 1585 a Zaragoza, Barcelona y Valencia*, ed. A. Morel-Fatio y A. Rodríguez Villa (Madrid, 1876).

Cock, Enrique, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en*

1592, ed. A. Morel-Fatio y A. Rodríguez Villa (Madrid, 1879).

Colección de documentos inéditos para la historia de España, 112 vols. (Madrid, 1842-1895).

Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas en América y Oceanía, 42 vols. (Madrid, 1864-1884).

CSPSp, véase Calendar of State Papers. Spain.

CSPV, véase Calendar of State Papers. Venice.

Cunha Rivara, J. de, *Archivo Portuguez-Oriental*, 6 vols. (Nova Goa, 1857-1876).

Dadson, T. J. y H. H. Reed, *Epistolario e historia documental de Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa de Éboli* (Madrid, 2013).

Daumet, G., «Inventaire de la Collection Tirán», *Bulletin Hispanique*, XIX (1917), pp. 189-199, XX (1918), pp. 36-42 y 233-248, y XXI (1919), pp. 218-230 y 282-295.

Daza, Antonio, *Quarta parte de la chrónica general de nuestro padre San Francisco y su apostólica orden* (Valladolid, 1611).

DH, *véase* Tellechea Idígoras, *Documentos.*

Dierickx, M., «Les "Carte Farnesiane" de Naples par rapport à l'histoire des anciens Pays-Bas, d'après l'incendie du 30 septembre 1943», *Bulletin de la Commission Royale d'Histoire*, CXII (1947), pp. 111-126.

Documentos para la historia del monasterio de San Lorenzo El Real de El Escorial, ed. J. Zarco Cuevas, G. de Andrés y otros, 8 vols. (Madrid, 1917-1962).

Donà, *véase* Brunetti, M.

Douais, C., *Dépêches de M. de Fourquevaux, ambassadeur du roi Charles IX en Espagne, 1565-1572*, 3 vols. (París, 1896-1904).

Duke, A. C., «William of Orange's *Apologie*», *Dutch crossing*, XXII/1 (1998), pp. 3-96.

Elder, John, *Copie of a letter sent into Scotland* (1555; Ámsterdam, 1971).

[Eliot, John], *Ortho-epia Gallica: Eliot's fruits for the French* (Londres, 1593).

Encinas, Diego de, *Cedulario indiano recopilado por Diego de Encinas* (1596: ed. A. García Gallo, 4 vols., Madrid, 1945-1946).

Enno van Gelder, H. A., *Correspondance française de Marguerite d'Autriche duchesse de Parme. Supplément*, 2 vols. (Utrecht, 1942).

Epistolario, véase Berwick y Alba.

Feltham, O., *A brief character of the Low-Countries under the States* (Londres, 1652; 2.ª ed., 1662).

Fernández, A., *Historia y anales de la ciudad y obispado de Plasencia* (Madrid, 1627).

Fernández Álvarez, M., ed., *Corpus documental de Carlos V*, 5 vols. (Salamanca, 1974-1981).

Fernández Álvarez, M., *Testamento de Felipe II* (Madrid, 1982).

Fernández de Oviedo, Gonzalo, *Libro de la Cámara Real del Prinçipe Don Juan e offiçios de su casa y serviçio ordinario* (ed. S. Fabregat Barrios, Valencia, 2006).

Firpo, L., *Relazioni di ambasciatori veneti al Senato*. VIII. *Spagna* (Turín, 1981).

Foxe, John, *Actes and Monuments of these Latter and Perillous Days, Touching Matters of the Church* (Londres, 1563) [http://www.hrionline.shef.ac.uk/foxe/].

Gachard, L. P., *Correspondance de Philippe II sur les affaires des Pays-Bas*, 5 vols. (Bruselas, 1848-1879).

Gachard, L. P., *Correspondance de Guillaume le Taciturne*, 6

vols. (Bruselas, 1849-1857).

Gachard, L. P., *Retraite et mort de Charles-Quint au monastère de Yuste. Lettres inédites*, 3 vols. (Bruselas, 1854-1856).

Gachard, L. P., *Correspondance de Marguerite d'Autriche, duchesse de Parme, avec Philippe II*, 3 vols. (Bruselas, 1867-1881).

Gachard, L. P., *La Bibliothèque Nationale à Paris. Notice et extraits des manuscrits qui concernent l'histoire de la Belgique*, 2 vols. (Bruselas, 1877).

Gachard, L. P., *Collection des voyages des souverains des Pays-Bas*, IV (Bruselas, 1882).

Galende Díaz, J. C. y M. Salamanca López, *Epistolario de la Emperatriz María de Austria. Textos inéditos de la Casa de Alba* (Madrid, 2004).

Gayangos, Pascual de, *Catalogue of the manuscripts in the Spanish language in the British Museum*, 4 vols. (Londres, 1875-1893).

GCP, véase Gachard, *Correspondance.*

Gilles de Pélichy, C., «Contribution à l'histoire des troubles politiques-religieuses des Pays-Bas au XVIe siècle», *Bulletin de l'Association de la Société d'Émulation de Bruges*, LXXXVI (1949), pp. 90-144.

Glorias efímeras. Las exequias florentinas por Felipe II y Margarita de Austria (Valladolid, 1999).

González, T., «Apuntamientos para la historia del rey D. Felipe II, por lo tocante a sus relaciones con le Reina Isabel de Inglaterra», *Memorias de la Real Academia de la Historia*, VII (1832), pp. 249-467.

González Dávila, Gil, *Teatro de las grandezas de la villa de Madrid* (Madrid, 1623).

González Dávila, Gil, *Historia de la vida y hechos del ínclito*

monarca, amado y santo, Don Felipe III (Madrid, 1771).

González de Cellorigo, Martín, *Memorial de la política necessaria y útil restauración a la República de España* (Valladolid, 1600; ed. J. Pérez de Ayala, Madrid, 1991).

González Palencia, A., *Gonzalo Pérez, secretario de Felipe II*, 2 vols. (Madrid, 1946).

González Palencia, A., *Fragmentos del archivo particular de Antonio Pérez, secretario de Felipe II* (Madrid, 1922).

Gonzalo Sánchez-Molero, J. L., *La «Librería rica» de Felipe II. Estudio histórico y catalogación* (San Lorenzo de El Escorial, 1998).

GPGP, véase González Palencia, *Gonzalo Pérez.*

GRM, véase Gachard, *Retraite.*

Griffiths, G., *Representative government in Western Europe in the Sixteenth Century* (Oxford, 1986).

Groen van Prinsterer, G., *Archives ou correspondance inédite de la maison d'Orange-Nassau, 1552-1789* (1.ª serie, 8 vols. y supl., Leiden, 1835-1847; 2.ª serie, I, Utrecht, 1857).

Heredia Herrera, A., *Catálogo de las consultas del Consejo de Indias*, vols. 1-2 (Madrid, 1972).

Herrera, Juan de, *Institución de la Academia Real Mathemática* (Madrid, 1584; ed. facsímil, Madrid, 1995).

Herrera Oria, E., *La Armada Invencible. Documentos procedentes del Archivo General de Simancas* (Archivo Histórico Español, II: Valladolid, 1929).

Herrera y Tordesillas, Antonio, *Historia general del mundo del tiempo del rey Felipe II, el Prudente*, 3 vols. (1600-1606; 2.ª ed., Valladolid, 1606-1612).

Howell, James, *Epistolae Ho-elianae. Familiar Letters, Domestic & Forren* (Londres, 1645).

Íñiguez de Lequerica, Juan, *Sermones funerales, en las honras del*

rey nuestro señor don Felipe II (Madrid, 1599).

Japikse, N., *Correspondentie van Willem van Oranje* (Haarlem, 1933).

Keeler, M. F., *Sir Francis Drake's West Indian Voyage, 1585-1586* (Hakluyt Society, 2.ª serie, CXLVIII: Londres, 1981).

Kervijn de Lettenhove, B., *Relations politiques des Pays-Bas et de l'Angleterre sous le règne de Philippe II*, 11 vols. (Bruselas, 1882-1900).

Khevenhüller, Hans, *Diario de Hans Khevenhüller, embajador imperial en la corte de Felipe II*, ed. Sara Veronelli y Félix Labrador Arroyo (Madrid, 2001).

Khevenhüller-Metsch, H. y G. Probst-Ohstorff, *Hans Khevenhüller: kaiserliche Botschafter bei Philipp II. Geheimes Tagebuch, 1548-1605* (Graz, 1971).

Koch, M., *Quellen zur Geschichte des Kaisers Maximilian II. in Archiven gesammelt und erläutert* (Leipzig, 1857).

La Roca, Juan Antonio de Vera y Figueroa, conde de, *Resultas de la vida de don Fernando Álvarez de Toledo, tercero duque de Alva* (Milán, 1643).

Lanz, K., *Korrespondenz des Kaisers Karl V*, 3 vols. (Leipzig, 1846).

Laughton, J. K., *State Papers concerning the Defeat of the Spanish Armada*, 2 vols. (Londres, 1895-1900).

Lhermite, Jehan, *Le Passetemps* (ed. C. Ruelens, E. Ouverleaux y J. Petit, 2 vols., Amberes, 1890-1896; trad. esp., *Los Pasatiempos*, ed. J. Sáenz de Miera, Aranjuez, 2005).

Longlée, *véase* Mousset, A.

López de Hoyos, Juan, *Real apparato y sumptuoso recebimiento con que Madrid recibió a la sereníssima doña Ana de Austria* (Madrid, 1572; ed. facsímil, Madrid, 1976).

Luna, Francisco de Gurrea y Aragón, conde de, *Comentarios de*

los sucesos de Aragón en los años 1591 y 1592 (Madrid, 1888).

Malfatti, C. V., *The accession, coronation and marriage of Mary Tudor as related in four manuscripts of the Escorial* (Barcelona, 1956).

Marañón, G., *Los procesos de Castilla contra Antonio Pérez* (Madrid, 1947).

March, J. M., *Niñez y juventud de Felipe II: documentos inéditos sobre su educación civil, literaria y religiosa y su iniciación al gobierno (1527-1547)*, 2 vols. (Madrid, 1941-1942).

Mariana, Juan de, *De rege et regis instructione, libri* III (Toledo, 1599).

Maura Gamazo, G., duque de Maura, *El designio de Felipe II y el episodio de la Armada Invencible* (Madrid, 1957).

Mayer, T. F. y otros, eds., *The Correspondence of Reginald Pole. A Calendar*, 4 vols. (Aldershot, 2002-2007).

Micheli, L., *Inventaire de la Collection Édouard Favre (Archives de la Maison d'Altamira)* (París, 1914).

Monumenta historica societatis Iesu, XXXV: *Sanctus Franciscus Borgia*, III (Madrid, 1908).

Monumenta historica societatis Iesu, XXXVIII: *Sanctus Franciscus Borgia*, IV (Madrid, 1910).

Monumenta historica societatis Iesu, LX: *Ribadeneira*, 2 vols. (Madrid, 1923).

Monzón, Francisco de, *Libro primero del espejo del príncipe christiano* (Lisboa, 1544).

Morel-Fatio, A., *L'Espagne au XVIe et au XVIIe siècle* (Heilbronn, 1878).

Morel-Fatio, A., «La vie de D. Luis de Requesens y Zúñiga, Grand Commandeur de Castille (1528-1576)», *Bulletin hispanique*, VI (1904), pp. 195-233 y 276-308, y VII (1905),

pp. 235-273.

Mosconi, N., *La nunziatura di Spagna di Cesare Speciano, 1586-1588* (Brescia, 1961).

Mousset, A., *Dépêches diplomatiques de M. de Longlée résident de France en Espagne 1582-1590* (París, 1912).

Muñoz, Alonso, *Viaje de Felipe II a Inglaterra* (ed. P. de Gayangos, Madrid, 1877).

Negociaciones con Francia, 11 vols., ed. M. Gómez del Campillo (*Archivo Documental Español*, I-XI: Madrid, 1950-1964).

Orange, *véase* Duke, A. C.

Oria, *véase* Herrera Oria.

Ossorio, A., *Vida y hazañas de Don Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba* (Madrid 1669; reimpr. 1945).

Paris, L., *Négociations, lettres et pièces diverses relatives au règne de François II, tirées du portfeuille de Sébastien de L'Aubespine* (París, 1841).

Parker, G., «El testamento político de Juan Martínez de Recalde», *Revista de historia naval*, XVI.1 (1998), pp. 7-44.

Paz, J., *Catálogo de documentos españoles existentes en el Archivo del Ministerio de Asuntos Extranjeros de París* (Madrid, 1932).

Pérez, Antonio, *Relaciones y Cartas*, (1598; ed. A. Alvar Ezquerra, Madrid, 1986).

Pérez de Herrera, Cristóbal, *Elogio a las esclarecidas virtudes del Católica Real Magestad del Rey Nuestro Señor Felipe II* (Valladolid, 1604).

Porreño, B., *Dichos y hechos del Rey Don Felipe II* (Madrid, 1628).

Porreño, B., *Historia del serenísimo Señor D. Juan de Austria, hijo del invictísimo emperador Cárlos V, rey de España, dirigida a la excellentíssima Señora Doña Ana de Austria* (ed.

A. Rodríguez Villa, Madrid, 1899).

Poullet, E. y C. Piot, *Correspondance du Cardinal de Granvelle 1565-1586* (12 vols., Bruselas, 1877-1896).

Prado, Hierónimo y Juan Bautista Villalpando, *In Ezechielem explanationes et apparatus urbis ac Templi Hierosolymitani* (3 vols., cada uno con título ligeramente distinto, Roma, 1596-1605; trad. española, Madrid, 1991).

Quevedo, Francisco de, *Obras de don Francisco de Quevedo Villegas. Colección Completa*, 2 vols. (ed. A. Fernández-Guerra y Orbe, Madrid, 1859: *Biblioteca de Autores Españoles*, XXVII y XLVIII).

Raleigh, Walter, *History of the world* (Londres, 1614).

Riba García, C., ed., *Correspondencia privada de Felipe II con su secretario Mateo Vázquez 1567-91* (Madrid, 1959).

Rodríguez, P. y J., ed., *Don Francés de Álava y Beamonte. Correspondencia inédita de Felipe II con su embajador en París (1564-1570)* (San Sebastián, 1991).

Rodríguez Villa, A., *El Emperador Carlos V y su corte según las cartas de don Martín de Salinas, embajador del Infante don Fernando, 1522-1539* (Madrid, 1903).

Rodríguez-Salgado, M. J. y S. Adams, «The count of Feria's dispatch to Philip II of 14 November 1558», *Camden Miscellany*, XXVIII (1984), pp. 302-344.

Salazar, Juan de, *Política española* (Logroño, 1619; Madrid, 1945).

San Jerónimo, Fray Juan de, «Memorias», en *CODOIN*, VII (Madrid, 1845).

Sánchez, G., *El monasterio de El Escorial en la «Cámara de Castilla». Cartas y otros documentos (1566-1579)* (San Lorenzo de El Escorial, 2007).

Sánchez Cantón, F. J., *Inventarios reales, Bienes y muebles que*

pertenecieron a Felipe II, 2 vols. (*Archivo Documental Español*, X-XI: Madrid, 1956-1959).

Sande, Duarte de, *De missione legatorvm Iaponensium ad Romanam curiam, rebusque in Europa* (Macao, 1590).

Santullano, J., ed., *Obras completas de Teresa de Jesús* (Madrid, 1930).

Sepúlveda, Fray Juan de, «Historia de varios sucesos y de las cosas notables que han acaecido en España», en *DHME*, IV (Madrid, 1924).

Sepúlveda, Juan Ginés de, *Historia de Felipe II, rey de España* (ed. 1780; orig. lat. con trad. esp. en *Obras completas*, IV (Pozoblanco, 1998).

Serrano, L., *Correspondencia diplomática entre España y la Santa Sede durante el pontificado de san Pío V*, 4 vols. (Madrid, 1914).

Serrano y Sanz, M., ed., «La vida y las cosas notables de […] Diego de Simancas», *Autobiografías y memorias* (Madrid, 1905), pp. 151-210.

Sigüenza, Fray José de, *La Fundación del Monasterio de El Escorial* (*Historia del Orden de San Gerónimo*, III: Madrid, 1605; reimpr. Madrid, 1988).

Smith, Richard, *Vita illvstrissimae ac piisimae dominae Magdalena Montis-Acuti* (Roma, 1609).

Simancas, Diego de, *véase* Serrano y Sanz, *Autobiografías*.

Strohmayer, A., ed., *Korrespondenz der Kaiser mit ihren Gesandten in Spanien*. I. *Briefwechsel 1563-1565* (Viena y Múnich, 1997).

Tellechea Idígoras, J. I., *Fray Bartolomé Carranza. Documentos históricos*, 7 vols. (Madrid, 1962-1994).

Tellechea Idígoras, J. I., *El Papado y Felipe II. Colección de Breves Pontificios*, 3 vols. (Madrid, 1999-2002).

Tellechea Idígoras, J. I., *Felipe II y el Papado*, 2 vols. (Madrid, 2004-2006).

Tellechea Idígoras, J. I., *El ocaso de un rey. Felipe II visto desde la nunciatura de Madrid, 1594-1598* (Madrid, 2001).

Tellechea Idígoras, J. I., «La mesa de Felipe II», *Ciudad de Dios*, CCXV (2002), pp. 182-215, 605-640 y 771-794; CCXVI (2003), pp. 127-150; CCXVII (2004), pp. 527-549; CCXVIII (2005), pp. 199-224 y 771-790; CCXIX (2006), pp. 745-763; y CCXX (2007), pp. 417-428.

Teresa de Jesús, *Obras, véase* Santullano.

Theissen, J. S. y H. A. Enno van Gelder, eds., *Correspondance française de Marguerite d'Autriche avec Philippe II, 1565-7*, 3 vols. (Utrecht, 1925-1942).

Ungerer, G., «La defensa de Antonio Pérez contra los cargos que se le imputaron en el Proceso de Visita (1584)», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, XXVII-XXVIII (1974-1975), pp. 63-149.

Van der Hammen y León, Lorenzo, *Don Felipe el Prudente, segundo deste nombre, rey de las Españas y Nuevo Mundo* (Madrid, 1625).

Van der Hammen y León, Lorenzo, *Don Juan de Austria* (Madrid, 1627).

Van Meteren, Emanuel, *Historie van de oorlogen en geschiedenissen der Nederlanden* (1593; Gorinchem, 1752).

Vargas-Hidalgo, R., «Documentos inéditos sobre la muerte de Felipe II y la literatura fúnebre de los siglos XVI y XVII», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CXCII (1995), pp. 377-460.

Vargas-Hidalgo, R., *Guerra y diplomacia en el Mediterráneo: correspondencia inédita de Felipe II con Andrea Doria y Juan Andrea Doria* (Madrid, 2002).

Velázquez, Isidro, *La entrada que en el reino de Portugal hizo la S. C. R. M. de Don Philippe* (Lisboa, 1583).

Verzosa, Juan de, *Anales del reinado de Felipe II*, ed. J. M. Maestre Maestre (Madrid, 2002).

Villacastín, Fray Antonio de, «Memorias», *Documentos para la historia del monasterio de San Lorenzo El Real de El Escorial*, I (Madrid, 1916), pp. 11-96.

Villahermosa, Francisco de Gurrea y Aragón, duque de, *Tratado del príncipe instruido* (BR Ms II-587).

Voltaire, F. M. A. de, *Essai sur l'histoire générale et sur les moeurs et l'esprit des nations* (1756; 2 vols., París, 1963).

Watson, Robert, *The history of the reign of Philip the Second, king of Spain*, 2 vols. (Londres, 1777).

Wauters, A., *Mémoires de Viglius et d'Hopperus sur le commencement des troubles des Pays-Bas* (Bruselas, 1858).

Weiss, C., *Papiers d'État du Cardinal de Granvelle*, 9 vols. (París, 1841-1852).

Zapata, Luis, «Miscelánea», en *Memorial Histórico Español*, XI (Madrid, 1859).

Zúñiga, Don Francés de, *Crónica burlesca del emperador Carlos V* (ed. J. A. Sánchez Paso, Salamanca, 1989).

B. Bibliografía secundaria

Abad, C., «Dos inéditos del siglo XVI sobre provisión de beneficios eclesiásticos y oficios de justicia», *Miscelánea Comillas*, XV (1951), pp. 269-372.

Aguiló Alonso, M. P., *Orden y decoro. Felipe II y el amueblamiento del monasterio de El Escorial* (Madrid, 2001).

Alcalá-Zamora y Queipo de Llano, «El problema morisco bajo Felipe II, en la reflexión y crítica de Calderón», en Ruiz Martín, *La monarquía de Felipe II*, pp. 333-380.

Allinson, R., *A monarchy of letters. Royal correspondence and English diplomacy in the reign of Elizabeth I* (Houndsmill, 2012).

Alonso Acero, B. y J. L. Gonzalo Sánchez-Molero, «Alá en la corte de un príncipe cristiano: el horizonte musulmán en la formación de Felipe II (1532-1557)», *Torre de los Lujanes*, XXXV (1998), pp. 109-140.

Alvar Ezquerra, A., *Felipe II, la corte y Madrid en 1561* (Madrid, 1985).

Álvarez, G., F. C. Ceballos y C. Quinteiro, «The Role of Inbreeding in the Extinction of a European Royal Dynasty», PLoS ONE 4(4): e5174. doi:10.1371/journal.pone.0005174 [publicado 15 de abril de 2009].

Álvarez de Toledo, L. I., duquesa de Medina Sidonia, *Alonso Pérez de Guzmán, General de la Invencible*, 2 vols. (Cádiz, 1994).

Álvarez-Ossorio Alvariño, A., «Ver y conocer. El viaje del príncipe Felipe (1548-1549)», en Martínez Millán, *Carlos V*, II, pp. 53-106.

Andrés, G. de, «La dispersión de la valiosa colección bibliográfica y documental de la Casa de Altamira», *Hispania*, XLVI (1986), pp. 587-635.

Arrieta Alberdi, J., «Gobernar rescribiendo. Felipe II y el consejo de Aragón», en Belenguer Cebrià, *Felipe II y el Mediterráneo*, III/1, pp. 65-96.

Astraín, A., *Historia de la Compañía de Jesús en la asistencia de España*, III (Madrid, 1909).

Belenguer Cebrià, E., ed., *Felipe II y el Mediterráneo*, 4 vols. (Madrid, 1999).

Benítez Sánchez-Blanco, «De moriscos, papeles y archivos: el

gran memorándum de 1607», en Marcos Martín, *Hacer historia desde Simancas*, pp. 107-128

Binchy, D. A., «An Irish ambassador at the Spanish Court 1569-1574», *Studies*, X (1921), pp. 353-374 y 573-584.

Bouza Álvarez, F. J., *Locos, enanos y hombres de placer en la corte de los Austrias. Oficio de burlas* (Madrid, 1991).

Bouza Álvarez, F. J., *Imagen y propaganda. Capítulos de historia cultural del reinado de Felipe II* (Madrid, 1998).

Bouza Álvarez, F. J., «Servidumbres de la soberana grandeza. Criticar al rey en la Corte de Felipe II», en A. Alvar Ezquerra, *Imágenes históricas de Felipe II* (Madrid, 2000), pp. 141-179.

Bouza Álvarez, F. J., «Corte y protesta. El Condestable de Castilla y el *insulto* de los maestros y oficiales de Madrid en 1591», en Martínez Ruiz, *Madrid, Felipe II y las ciudades*, II, pp. 17-31.

Bouza Álvarez, F. J., «Felipe II sube a los cielos. Cartapacios, pliegos, papeles y visiones», en M. Rodríguez Cancho, ed., *Historia y perspectivas de investigación. Estudios en memoria del profesor Ángel Rodríguez Sánchez* (Mérida, 2002), pp. 301-307.

Bratli, C., *Philippe II, roi d'Espagne* (París, 1912).

Braudel, F., *La Méditerranée et le monde Méditerranéen a l'époque de Philippe II*, 2.ª ed., 2 vols. (París, 1966).

Bustamante García, A., «La arquitectura de Felipe II», en *Felipe II y el arte de su tiempo*, pp. 491-512.

Carlos Morales, C. J. de, *Felipe II: el imperio en bancarrota. La Hacienda Real de Castilla y los negocios financieros del Rey Prudente* (Madrid, 2008).

Casey, J. G., «Spain: a failed transition», en P. Clark, ed., *The European crisis of the 1590s. Essays in comparative history*

(Londres, 1985), pp. 209-228.

Cervera Vera, L., «Juan de Herrera, custodia de artefactos del príncipe don Carlos por orden de Felipe II», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CXCIV (1997), pp. 183-190.

Céspedes del Castillo, G., «La defensa de América», Ruiz Martín, *La monarquía de Felipe II*, pp. 381-412.

Chabod, F., «¿Milán o los Países Bajos? Las discusiones sobre la Alternativa de 1544», en *Carlos V (1500-1558). Homenaje de la Universidad de Granada* (Granada, 1958), pp. 331-372.

Checa, F., *Felipe II: Mecenas de las Artes* (2.ª ed., Madrid, 1993).

Clausewitz, C. von, *On War*, ed. y trad. inglesa M. Howard y P. Paret (Princeton, 1976). [Hay ed. esp. *De la guerra* (Barcelona, 2005)].

Cloulas, I., «La monarchie catholique et les revenus épiscopaux: les pensions sur les "mitres" de Castille pendant le règne de Philippe II», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, IV (1968), pp. 107-142.

Cloulas, I., *Philippe II* (París, 1992).

Clouse, M. L., *Medicine, government and public health in Philip II's Spain. Shared interests, competing authorities* (Farnham, 2011).

Cohen, E. A., *Supreme Command. Soldiers, Statesmen and Leadership in Wartime* (Nueva York, 2002).

Danvila y Burguero, A., *Don Cristóbal de Moura* (Madrid, 1900).

Domínguez, María Pau, *Una diosa para el rey* (Madrid, 2011).

Domínguez Ortiz, A. y B. Vincent, *Historia de los moriscos. Vida y tragedia de una minoría* (Madrid, 1979).

Drelichman, M. y H.-J. Voth, *Lending to the Borrower from*

Hell. Debt, taxes and default in the reign of Philip II (Princeton, 2014).

Duffy, E., *Fires of Faith. Catholic England under Mary Tudor* (New Haven y Londres, 2009).

Édouard, S., *L'empire imaginaire de Philippe II. Pouvoir des images et discours du pouvoir sous les Habsbourg d'Espagne au XVIe siècle* (París, 2005).

Eire, C. M. N., *From Madrid to purgatory: the art and craft of dying in sixteenth-century Spain* (Cambridge, 1995).

El oro y la plata de las Indias en la época de los Austrias (Madrid, 1999).

Elliott, J. H., *El Conde-Duque de Olivares y la herencia de Felipe II* (Valladolid, 1977).

Elliott, J. H., «Felipe II y la monarquía española: temas de un reinado», en Jiménez Hernández, *Felipe II y el oficio de rey,* pp. 43-59.

Escudero, J. A., *Felipe II: el rey en su despacho* (Madrid, 2002).

Estal, J. M. de, *Personalidad religiosa de Felipe II. Estudio histórico y edición de dos manuscritos inéditos* (Oviedo, 2004).

Fallows, N., *Jousting in medieval and Renaissance Iberia* (Woodbridge, 2010).

Felipe II y el arte de su tiempo (Madrid, 1998).

Fernández Álvarez, M., *Tres embajadores de Felipe II en Inglaterra* (Madrid, 1951).

Fernández Álvarez, M., *Madrid bajo Felipe II* (Madrid, 1966).

Fernández Álvarez, M., «Las instrucciones políticas de los Austrias mayores. Problemas e interpretaciones», *Gesammelte Aufsätze zur Kulturgeschichte Spaniens*, XXIII (1967), pp. 171-188.

Fernández Álvarez, M., *Felipe II y su tiempo* (Madrid, 1998).

Fernández Collado, A., *Gregorio XIII y Felipe II en la nunciatura de Felipe Sega (1577-1581). Aspectos político, jurisdiccional y de reforma* (Toledo, 1981).

Fernández Collado, A., «Felipe II y su mentalidad reformadora en el concilio provincial toledano de 1565», *Hispania Sacra*, L (1998), pp. 447-466.

Fernández Conti, S., «La Junta Militar de Portugal, 1578-1580», en Fernández Albaladejo, *Política, religión e inquisición en la España moderna*, pp. 287-307.

Fernández Duro, C., *La Armada Invencible*, 2 vols. (Madrid, 1884-1885).

Fernández Duro, C., *La conquista de los Azores en 1583* (Madrid, 1886).

Fernández Terricabras, I., «La reforma de las Órdenes religiosas en tiempos de Felipe II. Aproximación cronológica», en Belenguer Cebrià, *Felipe II y el Mediterráneo*, II, pp. 181-204.

Fernández Terricabras, I., «Philippe II et la Contre Réforme. L'église espagnole à l'heure du Concile de Trente» (tesis doctoral, Universidad de Toulouse-Le Mirail, 1999).

Fernández Terricabras, I., *Felipe II y el clero secular. La aplicación del Concilio de Trento* (Madrid, 2000).

Fernández y Fernández de Retana, L., *España en tiempo de Felipe II*, 2 vols. (*Historia de España*, XIX: Madrid, 1958).

Feros, A., *El duque de Lerma. Realeza y privanza en la España de Felipe III* (Madrid, 2002).

Flint, S. C., «Treason or travesty: the Martín Cortés conspiracy reexamined», *Sixteenth Century Journal*, XXXIX (2008), pp. 23-44.

Fórmica, M., *Doña María de Mendoza. La solución a un enigma amoroso* (Madrid, 1979).

Freitas de Meneses, A. de, *Os Açores e o domínio filipino (1580-1590)*, 2 vols. (Angra do Heroismo, 1987).

Frieder, B., *Chivalry and the perfect prince. Tournaments, art and armor at the Spanish Habsburg court* (Kirksville, Missouri, 2007).

Fuchs, B., *Exotic nation. Maurophilia and the construction of early modern Spain* (Filadelfia, 2009).

Gachard, L. P., «Charles V», *Biographie Nationale Belge*, III, cols. 525-959.

Gachard, L. P., *Don Carlos et Philippe II*, 2 vols. (2.ª ed., Bruselas, 1863; trad. esp. parcial, *Don Carlos y Felipe II*, Madrid, 2007).

Gachard, L. P., *Don Juan d'Austriche. Études historiques* (Bruselas, 1869).

Gachard, L. P., «Floris de Montmorency, baron de Montigny», en Gachard, *Études et notices historiques concernant l'histoire des Pays-Bas*, III (Bruselas, 1890), pp. 59-94.

García Bernal, J. J., «Las exequias a Felipe II en la catedral de Sevilla: el juicio de Dios, la inmolación del rey y la salvación del reino», en C. A. González Sánchez, ed., *Sevilla, Felipe II y la Monarquía hispánica* (Sevilla, 1999), pp. 109-129.

García Hernán, D. y E. García Hernán, *Lepanto: el día después* (Madrid, 1999).

García Tapia, N., «El Escorial y la ingeniería», en Martínez Ruiz, *Felipe II, la ciencia y la técnica*, pp. 417-428.

Gardiner, C. H., «Prescott's most indispensable aide: Pascual de Gayangos», *Hispanic-American Historical Review*, XXXIX (1959), pp. 81-115.

Gelabert, J. E., «Un gran empeño histórico y un desastre editorial», *Revista de Libros, CLXXIII* (2011), pp. 7-9.

Gerard, V., *De castillo a palacio. El alcázar de Madrid en el siglo XVI* (Bilbao, 1984).

Gil, X., «Visión europea de la monarquía española como monarquía compuesta», en C. Russell y J. Andrés Gallego, eds., *Las monarquías compuestas, siglos XVII-XVIII* (Madrid, 1996), pp. 65-95.

Gil, X., «John Elliott ¿el último hispanista?», en D. García Hernán, ed., *La historia sin complejos. La nueva visión del Imperio Español (estudios en honor de John H. Elliott)* (Madrid, 2010), pp. 337-357.

Gómez Urdáñez, J. L., «La imagen de Felipe II en manuales de los siglos XIX y XX», en Ribot García y Belenguer Cebrià, *Las sociedades ibéricas*, I, pp. 199-220.

González de Amezúa y Mayo, A., *Isabel de Valois, reina de España, 1546-1568*, 3 vols. (Madrid, 1949).

González Novalín, J. L., *El Inquisidor General Fernando de Valdés (1483-1568)*, 2 vols. (Oviedo, 1968-1971).

González Novalín, J. L., ed., *Historia de la Iglesia en España*, III.2 (Madrid, 1980).

Gonzalo Sánchez-Molero, J. L., *El aprendizaje cortesano de Felipe II (1527-1546). La formación de un príncipe del Renacimiento* (Madrid, 1999).

Gonzalo Sánchez-Molero, J. L., «Lectura y bibliofilia en el príncipe don Carlos (1545-1568), o la alucinada búsqueda de "sabiduria"», en P. M. Cátedra García y otros, eds., *La memoria de los libros: estudios sobre la historia del escrito y de la lectura en Europa y América*, I (Madrid, 2004), pp. 705-734.

Gonzalo Sánchez-Molero, J. L., *Felipe II. La educación de un "felicísimo príncipe" (1527-1545)* (Madrid, 2014).

Gonzalo Sánchez-Molero, J. L., *Felipe II. La mirada de un rey*

(Madrid, 2014).

Gonzalo Sánchez-Molero, J. L., «L'educazione devozionale delle Infante», en Raviola y Varallo, *L'Infanta*, pp. 25-95.

Gracia Rivas, M., *La «invasión» de Aragón en 1591. Una solución militar a las alteraciones del reino* (Zaragoza, 1992).

Grierson, E., *King of two worlds: Philip II of Spain* (Londres, 1974).

Hegarty, A., «Carranza and the English universities», en J. Edwards y R. Truman, eds., *Reforming Catholicism in the England of Mary Tudor. The achievement of Friar Bartolomé Carranza* (Aldershot, 2005), pp. 153-172.

Hernando Sánchez, C. J., «Estar en nuestro lugar, representando nuestra propia persona. El gobierno virreinal en Italia y la Corona de Aragón bajo Felipe II», en Belenguer Cebrià, *Felipe II y el Mediterráneo*, III/1, pp. 215-338.

High, J. L y otros, eds., *Who is this Schiller Now?: Essays on His Reception and Significance* (Woodbridge, 2011).

Hillgarth, J. N., *The Mirror of Spain, 1500-1700. The formation of a myth* (Ann Arbor, 2000).

Hinojosa, R., *Felipe II y el cónclave de 1559* (Madrid, 1889).

Jablonsky, B., *The owl of Minerva flies at twilight: doctrinal change and continuity in the revolution in military affairs* (Carlisle, Pennsylvania, 1994).

Jago, C. J., «Tributos y cultura política en Castilla», en R. L. Kagan y G. Parker, eds., *España, Europa y el mundo atlántico. Homenaje a John H. Elliott* (Madrid, 2001), pp. 83-112.

Janis, I. L., *Groupthink: Psychological Studies of Policy Decisions and Fiascoes* (Nueva York, 1983).

Jorzick, R., *Herrschaftssymbolik und Staat. Die Vermittlung*

königlicher Herrschaft im Spanien der frühen Neuzeit (1556-1598) (Múnich, 1998).

Kagan, R. L., «La historia y los cronistas del rey», en Navascués Palacio, *Philippus II Rex*, pp. 87-119.

Kagan, R. L., *El rey recatado. Felipe II, la historia y los cronistas del Rey* (Valladolid, 2004).

Kamen, H., *Felipe de España* (Madrid, 1997).

Kamen, H., «La imprudencia del Rey Prudente», *El País*, sección «Opinión», 27 de diciembre de 1998.

Las Heras, J. de, «Indultos concedidos por la Cámara de Castilla en tiempos de los Austrias», *Studia Historica, Historia moderna*, I (1983), pp. 115-141.

Lesure, M., *Lépante. La crise de l'empire ottomane* (París, 1972).

Levi, P., *Los hundidos y los salvados* (Barcelona, 2014).

Lieder, F. W. C., *The Don Carlos theme* (Harvard studies and notes in philology and literature, XII: Cambridge, Massachusetts, 1930), pp. 1-73.

Llera Llorente, M. T., *La Biblioteca Francisco de Zabálburu. Adquisición de fondos y estudio catalográfico*, 2 vols. (Madrid, 2007).

López Piñero, J. M., ed., *Historia de la ciencia y de la técnica en la Corona de Castilla*, III: siglos XVI y XVII (Salamanca, 2002).

Lovett, A. W., «Philip II, Antonio Pérez and the kingdom of Aragón», *European Historical Quarterly*, XVIII (1988), pp. 131-153.

Lynn, K., *Between court and confessional. The politics of Spanish Inquisitors* (Cambridge, 2013).

Mackay, R., *The baker who pretended to be king of Portugal* (Chicago, 2012).

Marañón, G., *Antonio Pérez: el hombre, el drama, la época* (2

vols., Madrid, 1947; ed. rev., Madrid, 1998).

Marcos Martín, A., ed., *Hacer historia desde Simancas. Homenaje a José Luis Rodríguez de Diego* (Valladolid, 2011).

Marías Franco, F., «Felipe II y los artistas», en W. Rincón García, ed., *El arte en las Cortes de Carlos V y Felipe II. IX Jornadas del Arte* (Madrid, 1999), pp. 239-249.

Márquez Villanueva, A., «Giovan Giorgio Trission y el soneto de Hernando de Acuña», en *Studia hispanica in honorem R. Lapesa,* II (Madrid, 1974), pp. 355-371.

Martínez Hernández, S. *El marqués de Velada y la corte en los reinados de Felipe II y Felipe III. Nobleza cortesana y cultura política en la España del Siglo de Oro* (Madrid, 2004).

Martínez Hernández, S., «El desafío de la Casa de Toledo: Felipe II y el proceso contra don Fadrique de Toledo, IV duque de Alba (1566-1585)», *Mediterranea: ricerche storiche*, X (2013), pp. 473-512.

Martínez Millán, J., ed., *La corte de Felipe II* (Madrid, 1994).

Martínez Millán, J., ed., *Felipe II (1527-1598). Europa y la Monarquía Católica*, 5 vols. (Madrid, 1998).

Martínez Millán, J. y C. J. de Carlos Morales, eds., *Felipe II (1527-1598). La configuración de la Monarquía Hispana* (Salamanca, 1998).

Martínez Peñas, L., *El confesor del rey en el antiguo régimen* (Madrid, 2007).

Martínez Ruiz, E., ed., *Felipe II, la ciencia y la técnica* (Madrid, 1999).

Martínez Ruiz, E., ed., *Madrid, Felipe II y las ciudades de la Monarquía*, 3 vols. (Madrid, 2000).

McNamara, R. y B. VanDeMark, *In retrospect* (Nueva York, 1995).

Mignet, F. A. M., *Antonio Pérez y Felipe II* (Madrid, 2001).

Mulcahy, R., *Philip II of Spain. Patron of the Arts* (Dublín, 2004).

Muro, G., *La vida de la princesa de Éboli* (Madrid, 1877).

Navascués Palacio, P., ed., *Philippus II Rex* (Madrid, 1998).

Noviembre Martínez, M., *La Biblioteca de Francisco de Zabálburu* (Madrid, 1993).

Osma, Guillermo de, *Instituto de Valencia de Don Juan. Memoria 1916* (Madrid, 1916).

Owens, J. B., *«By my absolute royal authority»: justice and the Castilian commonwealth at the beginning of the first global age* (Rochester, 2005).

Parker, G., *Felipe II. La biografía definitiva* (Barcelona, 2010).

Parker, G. y C. Martin, *La Gran Armada: la mayor flota jamás vista desde la creación del mundo* (Barcelona, 2011).

Pérez de Tudela, A., «Regalos y retratos. Los años de la infanta Catalina Micaela en la corte de Madrid (1567-1584)», en Raviola y Varallo, *L'Infanta*, 97-141.

Pérez Mínguez, F., *Psicología de Felipe II* (Madrid, 1925).

Pi Corrales, M., *España y las potencias nórdicas. «La otra invencible»1574* (Madrid, 1983).

Pidal, marqués de, *Historia de las Alteraciones de Aragón en el reinado de Felipe II*, 3 vols. (Madrid, 1862-1863).

Pizarro Llorente, H., *Un gran patrón en la corte de Felipe II. Don Gaspar de Quiroga* (Madrid, 2004).

Poole, S. M, «The politics of *Limpieza de Sangre:* Juan de Ovando and his circle in the reign of Philip II», *The Americas*, LV (1999), pp. 359-389.

Prescott, W. H., *History of Philip the Second, king of Spain*, 3 vols. (Londres, 1855-1859).

Proske, B. G., *Archer Milton Huntington* (Nueva York, 1963).

Puerto Sarmiento, F. J., «Los "destilatorios" del monasterio de El Escorial: alquimia y paracelsismo en la corte de Felipe II», en Martínez Ruiz, *Felipe II, la ciencia y la técnica*, pp. 429-446.

Ramírez, J. A., *Dios arquitecto. Juan Bautista Villalpando y el Templo de Salomón* (Madrid, 1991).

Ramos, D., «La crisis indiana y la Junta Magna de 1568», *Jahrbuch für Geschichte von […] Lateinamerikas*, XXIII (1986), pp. 1-61.

Raviola, B. A. y F. Varallo, eds., *L'Infanta. Caterina d'Austria, duchessa di Savoia (1567-1597)* (Roma, 2013).

Redworth, G., «"Matters impertinent to women": male and female monarchy under Philip and Mary», *English Historical Review*, CXII (1997), pp. 597-613.

Río Barredo, M. J. del y M. S. Sánchez, «Le lettere familiari di Caterina di Savoia», en Raviola y Varallo, *L'Infanta*, pp. 189-212.

Rodríguez de Diego, J. L. y J. T., «Un archivo no solo para el rey. Significado social del proyecto simanquino en el siglo XVI», en Martínez Millán, *Felipe II (1527-1598). Europa y la Monarquía Católica*, IV, pp. 463-475.

Rodríguez-Moñino, A. y M. Brey Mariño, *Catálogo de los manuscritos poéticos castellanos existentes en la Biblioteca de The Hispanic Society of America (siglos XV, XVI y XVII)*, 3 vols. (Nueva York, 1966).

Rodríguez Ramos, P., «Los comienzos de la "locura" del príncipe don Carlos», *Historia* XVI/221 (1994), pp. 23-32.

Rodríguez-Salgado, M. J., «The court of Philip II of Spain», en R. G. Asch y A. M. Birke, eds., *Princes, patronage and the nobility. The court at the beginning of the modern age* (Oxford, 1991), pp. 205-244.

Rodríguez-Salgado, M. J., *Un imperio en transición. Carlos V, Felipe II y su mundo* (Barcelona, 1992).

Rodríguez-Salgado, M. J., «Felipe II en su aniversario: La absolución de un enigma», *Revista de Libros*, XIII (1998) [http://www.revistadelibros.com/articulo_completo.php?art=3527].

Rodríguez-Salgado, M. J., «"Una perfecta princesa". Casa y vida de la reina Isabel de Valois (1559-1568)», *Cuadernos de historia moderna*, 2003, anexo II, pp. 39-91, y XXVIII (2003), pp. 71-98.

Rodríguez-Salgado, M. J., *Felipe II. El «paladín de la Cristiandad» y la paz con el Turco* (Valladolid, 2004).

Rodríguez-Salgado, M. J., «Amor, menosprecio y motines: Felipe II y las ciudades de los Países Bajos antes de la Revolución», en J. I. Fortea Pérez y J. E. Gelabert González, eds., *Ciudades en conflicto (siglos XVI-XVIII)* (Madrid, 2008), pp. 181-219.

Rodríguez-Salgado, M. J., «"Ni cerrando ni abriendo la puerta". Las negociaciones de paz entre Felipe II e Isabel I, 1594-1598», en Marcos Martín, *Hacer historia desde Simancas*, pp. 633-660.

Ruiz, T. F., *A king travels. Festive traditions in late medieval and early modern Spain* (Princeton, 2012).

Ruiz Martín, F., *La monarquía de Felipe II* (Madrid, 2003).

Schäfer, E., *El Consejo Real y Supremo de las Indias. Su historia, organización y labor administrativa hasta la terminación de la Casa de Austria*, 2 vols. (Sevilla, 1935-1947).

Sierra Pérez, J., *Música para Felipe II, rey de España* (El Escorial, 1998).

Suárez Inclán, J., *Guerra de anexión en Portugal, durante el reinado de Felipe II*, 2 vols. (Madrid 1897-1898).

Talbot, M., «Ore italiane: the reckoning of the time of day in pre-Napoleonic Italy», *Italian Studies,* XL (1985), pp. 51-62.

Tellechea Idígoras, J. I., *Fray Bartolomé Carranza y el cardenal Pole. Un navarro en la restauración de Inglaterra (1554-1558)* (Pamplona, 1977).

Tellechea Idígoras, J. I., *El arzobispo Carranza: «Tiempos recios»*, 4 vols. (Salamanca, 2003-2007).

Thomas, Hugh, *Señor del mundo. Felipe II y su imperio* (Barcelona, 2012).

Thompson, I. A. A., «Oposición política y juicio del gobierno en las Cortes de 1592-1598», *Studia Historica, Historia moderna*, XVII (1997), pp. 37-62.

Thompson, I. A. A., «La última jornada: el Duque de Alba y la conquista de Portugal», en G. del Ser Quijano, ed., *Congreso del V centenario del nacimiento del III duque de Alba, Fernando Álvarez de Toledo. Actas* (Madrid, 2008), pp. 89-100.

Tormo y Monzó, E., *En las Descalzas Reales: estudios historiográficos, iconográficos y artísticos*, 3 vols. (Madrid, 1915-1944).

Torrijos, J. M., «Felipe II, personaje del teatro español», en F. J. Campos y Fernández de Sevilla, ed., *Felipe II y su época. Actas del Simposium*, I (El Escorial, 1998), pp. 373-413.

Ugolini, G., «Le comunicazioni postali spagnole nell'Italia del XVI secolo», *Ricerche storiche*, XXIII (1993), pp. 283-373.

Valente, A., *Un dramma politico alla corte di Filippo II* (Nuova Rivista Storica, VIII: Milán, 1924).

Van 't Hoff, B., *Jacob van Deventer: Keizerlijk-koninklijk geograaf* (La Haya, 1953).

Villari, R. y G. Parker, *La política de Felipe II. Dos estudios*

(Valladolid, 1996).

Voci, A. M., «L'impresa d'Inghilterra nei dispacci del nunzio a Madrid, Nicolò Ormanetto (1572-1577)», *Annuario dell'Istituto storico italiano per l'età moderna e contemporanea*, XXXV-XXXVI (1983-1984), pp. 337-425.

Volpini, P., «De un silencio a otro. Sobre la biografía de Felipe II escrita por Orazio della Rena», en A. Guillaume-Alonso y A. Merle, eds., *Les voies du silence dans l'Espagne des Habsbourg* (París, 2013), pp. 193-212.

Watts, B., «Friction in future war», in A. R. Millett and W. A. Murray, eds., *Brassey's Mershon American Defense Annual 1996-7* (Washington, DC, 1996), pp. 58-94.

Waxman, M. C., «Strategic terror: Philip II and sixteenth-century warfare», *War in history*, IV (1997), pp. 339-347.

Wilkinson Zerner, C. *Juan de Herrera. Arquitecto de Felipe II* (Madrid, 1996).

Wilkinson Zerner, C., «Construcción de una imagen de la Monarquía Española», en Navascués Palacio, *Philippus II Rex*, pp. 325-353.

Woltjer, J. J., *Friesland in hervormingstijd* (Leiden, 1962).

Agradecimientos

Vi la letra de Felipe II por primera vez en el Archivo General de Simancas en 1966, y me admiré de que hubiera quien pudiera leerla. En aquellos tiempos de autocomplacencia, se esperaba que los estudiantes de doctorado aprendieran paleografía «en el tajo» y nunca llegué a recibir instrucción formal en la disciplina. Durante casi medio siglo «en el tajo», he hecho algún progreso, pero solo gracias a los archiveros que me han sacado del apuro cuando una palabra o frase me desafiaba. Mi mayor deuda, que comparto con todos los historiadores de la España de los Austrias, es por tanto con los sabios archiveros de Simancas. En 1592, Felipe II visitó Simancas y se alojó en su fortaleza. Jehan Lhermite, su ayuda de cámara, visitó el archivo e informó que «los documentos del reino… han sido colocados allí con tan buen orden que enseguida es posible encontrar lo que se busca».[970] Nada había cambiado en 1966, cuando me recibieron Ricardo Magdaleno (el entonces director) y Asunción de la Plaza (jefa de la Sala de Investigadores), ni tampoco en 2010, cuando me despedí de José Luis Rodríguez de Diego (director) e Isabel Aguirre Landa (jefa de la Sala de Investigadores). En el momento en que me disponía a marcharme, Isabel me comentó que el «diálogo» entre archiveros e investigadores es el fundamento de toda buena historia: ¡no podía estar más de acuerdo! Sin los sabios archiveros, y sin su método de gestión de archivos de fácil uso para investigadores exclusivo de Simancas, este libro jamás hubiera sido escrito.

En 1966, viajé desde Simancas a Madrid, donde trabajé en la Biblioteca Nacional, el Archivo Histórico Nacional y el Instituto de Valencia de Don Juan. He vuelto a cada uno de ellos repetidamente desde entonces y también he realizado investigaciones en el Archivo del Ministerio de Asuntos

Exteriores, así como en la Biblioteca Real, la Real Academia de la Historia, el Archivo de la Casa de los Duques de Alba, el Archivo de la Casa de los Marqueses de Santa Cruz y la Biblioteca de Zabálburu (antes Archivo de la Casa de la Condesa Viuda de Heredia Spínola). En cada uno de estos lugares encontré no solo documentos fascinantes, sino también sabios archiveros y bibliotecarios. Recuerdo con especial gratitud la amabilidad de Pedro Longás Bartibas, Gregorio de Andrés y María Ángeles Santos Quer en el Instituto de Valencia; a Juan Manuel Calderón en el Archivo de Alba, y a Mercedes Noviembre en la Biblioteca de Zabálburu.

Mis investigaciones también me llevaron a importantes colecciones de manuscritos en Austria (el Haus-, Hof-, und Staatsarchiv, en Viena, y el Oberösterreichisches Landesarchiv, en Linz); Bélgica (principalmente el Algemeen Rijksarchief y la Koninklijke Bibliotheek en Bruselas); Francia (en especial la Bibliothèque Nationale y el Archive du Ministère des Affaires Étrangères en París y la Bibliothèque Municipale de Besançon); Gran Bretaña (especialmente la British Library, la Biblioteca de la Universidad de Cambridge y la Bodleian Library); Italia (los Archivi di Stato de Florencia, Génova, Lucca, Mantua, Milán, Módena, Nápoles, Parma, Turín y Venecia, así como la Biblioteca Apostolica Vaticana y el Archivio Segreto Vaticano en Roma); los Países Bajos (la Koninklijke Bibliotheek y el Algemeen Rijksarchief en La Haya y la Universiteitsbibliotheek de Leiden); Suiza (la Bibliothèque Publique et Universitaire de Ginebra); y los Estados Unidos (la Hispanic Society of America en Nueva York, la Karpeles Manuscript Library en Santa Barbara, California, y la Lilly Library en Bloomington, Indiana). En todos estos centros, así como en otros numerosos archivos de Europa y América, encontré no solo fascinantes documentos sino también, de nuevo, expertos archiveros y bibliotecarios. Recuerdo con particular gratitud a Lucienne van

Meerbeeck, Hugo de Schepper y Ernst Persoons en el Algemeen Rijksarchief de Bruselas; a David y Marsha Karpeles de la Karpeles Manuscript Library de Santa Barbara; a los condes de Puñonrostro en Madrid y Carmona; y a Mitchell Codding, John O'Neill y Patrick Lenaghan de la Hispanic Society of America. Todos ellos me permitieron trabajar con los documentos de sus colecciones con total libertad, algo por lo que les estoy profundamente agradecido.

Las indagaciones en archivos no son baratas. Las becas y subvenciones del Christ's College de Cambridge, la Academia Británica, la Universidad de Saint Andrews, el Leverhulme Trust, el Carnegie Trust for the Universities of Scotland y (gracias a Fernand Braudel) el Centre Nationale de la Recherche Scientifique financiaron gran parte de mi investigación sobre Felipe II hasta 1986; la Universidad de Illinois, la Universidad de Yale, la Andrew W. Mellon Foundation y tanto el Departamento de Historia como el Mershon Center de la Ohio State University han subvencionado desde entonces mis posteriores investigaciones. Estoy profundamente agradecido a todos ellos.

También estoy agradecido a los amigos que me han ayudado con la logística de la investigación, especialmente a partir de 1987, cuando mis problemas de movilidad comenzaron a limitar mi propia capacidad de viajar y husmear por los estantes. Bethany Aram, Fernando Bouza, José Luis Gonzalo Sánchez-Molero y Santiago Martínez Hernández localizaron y me consiguieron copias de más documentos en archivos españoles y portugueses de lo que nadie podía esperar. Maurizio Arfaioli localizó y resumió los despachos enviados por los embajadores italianos en la corte de Felipe II. Alison Anderson desmenuzó y tradujo los perspicaces informes del embajador imperial Hans Khevenhüller, escritos en una difícil mezcla de alemán, latín y español. Clara García Ayluardo me

ayudó a ver a Felipe II con ojos mexicanos y me condujo a importantes documentos que jamás habría encontrado por mí mismo. Muchos de mis estudiantes de doctorado me han salvado de quedar atrapado en el aluvión de datos sobre Felipe II: David Coleman y Edward Tenace en la Universidad de Illinois; Paul Allen, Tonio Andrade, Martha Hoffman-Strock, Michael Levin y Frank Rocca en Yale; y Rachael Ball, Robert Clemm, Cameron Jones, Andrew Mitchell, Andrea Smidt y Leif Torkelsen en la Ohio State University. Sandy Bolzenius, también estudiante en la OSU, tuvo la generosidad de leer por mí las pruebas de la edición original.

Quiero dar las gracias también a otros muchos colegas que me han proporcionado referencias y sugerencias vitales, y a los que han leído partes (o la totalidad) de este texto a lo largo de los años: Cristina Borreguero Beltrán, Fernand Braudel, John B. Bury, Fernando Jesús Bouza Álvarez, James S. Coonan, Maria Pau Domínguez, Simon Groenveld, Juan M. Hernández, Ricardo de la Huerta, Henry Kamen, Helli Koenigsberger, Alberto Marcos Martín, Rosemarie Mulcahy, Tristan Mostert, Giovanni Muto, Angela Parker, Peter Pierson, Glyn Redworth, Luis Ribot García, Christopher Riley, Mario Rizzo, María José Rodríguez-Salgado, Felipe Ruiz Martín y Nancy van Deusen. Además, debo agradecer especialmente su inspiración y su ayuda a mis condiscípulos de sir John Elliott: James Amelang, Peter Bakewell, Peter Brightwell, James Casey, Edward Cooper, Robert Evans, Xavier Gil, Charles Jago, Richard Kagan, David Lagomarsino, Albert Lovett, Linda Martz y Tony Thompson, a los que se suman seis estudiantes de Richard Kagan («los nietos de Elliott» si se prefiere): Antonio Feros, Fernando González de León, Guy Lazure, Kimberly Lynn, Maria Portuondo y Magdalena Sánchez. He sido muy afortunado de contar en el equipo editorial de Planeta con Ana Bustelo, Isabel Sbert, Laura Verdura, Lucía Álvarez y

Juan Antonio Diego de la Vega. Aunque mis cuatro hijos —Susie, Ed, Richard y Jamie— han pasado «más tiempo con Felipe II que con cualquier otro hombre», como su padre, les estoy muy agradecido por su amor, apoyo y paciencia.

Por último, me gustaría rendir homenaje a cinco personas sin las cuales no existiría este libro: sir John Plumb, Ana Bustelo, Cameron Jones, Ruth MacKay y sir John Elliott.

Sir John Plumb me encargó la predecesora de esta biografía. Lo conocí en 1961, cuando me entrevistó para mi ingreso en el Christ's College, en Cambridge, para estudiar Historia. No me podía imaginar entonces la influencia que llegaría a tener en mi vida académica. Durante mi formación universitaria, él fue mi maestro y me enseñó, a través de sus propios escritos y de su docencia, los principios a los que aún aspiro hoy en día. Plumb nunca «soltaba» a sus estudiantes y convenció al consejo rector de Christ's College para que me concediese varias becas, las cuales me permitieron investigar para mi tesis durante quince meses en archivos europeos, y después me eligió para disfrutar de otra beca de investigación de cuatro años, que me dio la oportunidad de volver a los archivos y recopilar datos para convertir mi tesis en un libro y, al mismo tiempo, comenzar a investigar de cara a futuras obras, tres de las cuales me encargó él mismo: *España y la rebelión de los Países Bajos, Europa en crisis. 1598-1648* y *Felipe II*, publicado originalmente por Little, Brown en su colección Library of World Biography en 1978. Sin la iniciativa de Plumb, probablemente jamás habría escrito una biografía de Felipe II y, de haberlo hecho, sería muy diferente.

Ana Bustelo y yo trabajamos juntos por primera vez en 1988, cuando tradujo un artículo mío al español. Después editó una colección de mis ensayos, *El éxito nunca es definitivo*, y en 2007 sugirió que había llegado el momento de revisar mi

Felipe II, escrito treinta años antes. Ana disimulaba con elegancia su decepción a medida que el descubrimiento de nuevos materiales me hacía retrasarme cada vez más con respecto al calendario que habíamos convenido, y respecto al hecho de que el texto de *Felipe II. La biografía definitiva*, fuera cinco veces más largo que su predecesor. Después de que fuera publicado, Ana me pidió una versión más corta: una con un aparato crítico más ligero, y con la mitad del texto original. Me pareció relativamente sencillo adelgazar el aparato crítico, pero fui incapaz de eliminar la mitad del texto. Por suerte, Cameron Jones, de la Ohio State University, y Ruth MacKay, de Stanford, asumieron esa ardua tarea y recortaron mi texto sin piedad. No podría haber elaborado este libro sin ellas, y sigo fascinado por su habilidad editorial.

Mi deuda final la comparto con todos aquellos que estudian la temprana historia moderna de España. Conocí a J. H. Elliott en 1964 cuando este pronunciaba un ciclo de conferencias dentro de un curso de licenciatura en Cambridge. En una de ellas expuso una idea que encontré inmensamente atractiva: cómo Felipe II utilizó el llamado Camino de los Españoles para acabar con la revuelta holandesa por la fuerza, y más tarde me ayudó a convertirla en el tema de mi tesis doctoral. Durante los últimos cincuenta años, ha sido una fuente constante de inspiración, apoyo y buenos consejos y le saludo con con gratitud, admiración y afecto.

GEOFFREY PARKER

Cambridge-St. Andrews-Urbana-New Haven-Columbus,
1966-2015

Convenciones utilizadas en este libro

Moneda

En este libro, todas las sumas de dinero se expresan en ducados de 375 maravedíes, cuyo valor fue aproximadamente el mismo que el de un escudo durante la mayor parte del reinado de Felipe II. Un ducado valía entonces algo más de dos florines, moneda de Flandes, mientras que algo más de cuatro ducados equivalían a una libra esterlina.

Fechas y tiempo

La mayor parte de Europa empleó el «calendario juliano», según el cual cada año comenzaba el 25 de marzo, hasta que en 1582 el papa Gregorio XIII ordenó que el calendario se avanzara diez días y que cada año comenzase el 1 de enero. Cada país adoptó el calendario gregoriano (o «estilo nuevo») en un momento diferente: España el 4/15 de octubre de 1582, y la mayoría (pero no todas) de las provincias holandesas rebeladas contra Felipe II el 14/25 de diciembre de 1582. Inglaterra no lo hizo hasta 1753. Para evitar confusiones, a menos que se indique explícitamente lo contrario, en este libro todas las fechas posteriores al 4/15 de octubre de 1582 se dan según el calendario gregoriano, incluso en el caso de reinos que, como Inglaterra, continuaron usando el calendario juliano. Así, Felipe II calculó que su Gran Armada entró en el canal de la Mancha el 30 de julio de 1588, mientras que sus adversarios ingleses estimaron que ello ocurrió diez días antes. En este libro, sucedió el 30 de julio.

He hecho abundante uso de los despachos de los embajadores italianos, que solían indicar el paso del tiempo según un reloj de veinticuatro horas que comenzaba media hora después de la puesta de sol (a las «ore 23.30» cada día, independientemente de la estación del año). En 1581 un

diplomático italiano contaba que las Cortes de Tomar, las cuales reconocieron a Felipe II como rey de Portugal, comenzaron «cerca de las cuatro de la tarde, según el uso de aquí, que en nuestra Italia son las 21 horas».[971] En este libro, la ceremonia comenzó a las 4 de la tarde.

Listado de láminas e ilustraciones

1. Retrato de Felipe II. Frontispicio de Antonio Herrera y Tordesillas para su *Historia general del mundo del tiempo del rey Felipe II*, 1599. AHN, *Consejos* 4416/101.

2. Felipe como niño y como muchacho. Antonio de Honcala, *Pentaplon christianae pietatis* (Alcalá de Henares, 1546). Biblioteca de la Universidad de Granada, A-029-170.

3. Carlos V asiste a un juego de cañas con su esposa y su familia. Jan Cornelius Vermeyen, *Carolus Quintus imperator, rex, charissime conjugi Isabella auguste gravide in agro Toletani*, 1539. Photographic Survey, The Courtauld Institute of Art, Londres. Colección privada.

4. Felipe garabatea sus libros. *Emblemata et instrumenta bellica* y *Crónica del sancto rey don Fernando tercero*. Patrimonio Nacional, Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, Y-II-21 fol. 3v. y 29-V-7, fol. V.

5. Felipe escribe a su tía María de Hungría. HHStA Belgien P. A. 60 Konvolut 4 fol. 132v., Felipe a María de Hungría, 12 de diciembre de 1544.

6. Una justa en la plaza de una ciudad. Miniatura de *Les heures de Notre-Dame* (c. 1549). Bibliothèque Royale Albert 1.er, Ms. II, 158, fol. 6v.

7. Dibujo de un arco triunfal erigido en Amberes para dar la bienvenida a Felipe en 1549. «Arcus Publicus, ad Divi Michaelis», en Cornelius Schryver, *Spectaculorum in susceptione Philippi* (Amberes, 1550), fol. 53r.

8. Esbozo de Carlos V (1555), por Jacques le Boucq, para una colección de retratos. Bibliothèque Municipale, Arras, Francia, Ms. 266/72.

9. Antonio Moro, *Felipe II en la jornada de San Quintín, c.* 1560. Patrimonio Nacional, Monasterio de San Lorenzo de El

Escorial.

10 y 11. Felipe corrige sus documentos, 1576. © The British Library Board (BL *Addl.* 28,357/136); HSA *Altamira* 1/III/22, cortesía de The Hispanic Society of America, Nueva York.

12. Marco Vercellio, *Felipe recibe en audiencia a Leonardo Donà, embajador de la República de Venecia, c*. 1600. Pinacoteca, Palazzo Donà dalle Rose, Venecia.

13. Pierre Perret, frontispicio del libro de Luis Cabrera de Córdoba *Historia de Felipe II, rey de España*, 1619. Biblioteca Nacional de España, Madrid.

14. Relicarios en El Escorial. Patrimonio Nacional, Monasterio de San Lorenzo de El Escorial.

15 y 16. Las dos páginas iniciales de la *Biblia Regia. Biblia Sacra Hebraice, Chaldaice, Graece & Latine* (8 vols., Amberes, 1569-1773), vol. I. The Beinecke Rare Book and Manuscript Library.

17. Wouter Crabeth, *Vidriera del Rey* (1557-1559). Iglesia de San Juan, Gouda (Holanda), 1557-1559.

18. Hieronymus Wierix, *Cristo concede a Felipe las insignias del poder*, 1585. BRB, Cabinet des Estampes, A.1511.

19. Felipe sorprendido con un rosario. Sofonisba Anguissola, *Felipe II, c*. 1575. Museo del Prado. White Images / Scala, Florence.

20. Felipe corrige los planos de sus arquitectos, 1561-1562. AGS *MPD* XL-1.

21. Fabrizio Castello, *El Escorial en construcción*, 1576. Hatfield House, Inglaterra.

22. Pompeo Leoni, grupo escultórico del cenotafio de Felipe y su familia en El Escorial, 1597-1600. Patrimonio Nacional, Basílica del Monasterio de San Lorenzo de El

Escorial.

23. Felipe recorta un pasaje ofensivo de un documento sobre El Escorial, 1571. AGS *CC* 409/26.

24. Jehan Lhermite, «La torre del filósofo» y la destilería de El Escorial, c. 1600. BRB Ms. II.1028: Lhermite, *Le Passetemps*, en *Revue d'histoire de la pharmacie*, 1933, vol. 21, n.º 84, p. 207.

25. Hans de Evalo, uno de los relojes del despacho de Felipe, 1583. Patrimonio Nacional, Colecciones Reales, El Candil.

26. Felipe responde bajo juramento a las cuestiones remitidas por el arzobispo Carranza, 1560. RAH Ms. 9/1804, Proceso Carranza, vol. XII, fol. 83v. © Real Academia de la Historia, Madrid.

27. Las habitaciones de Felipe con vistas al Alcázar de Madrid. Anton van den Wyngaerde, «El Alcázar de Madrid», c. 1565. Österreichisches Nationalbibliothek, Viena, Austria, Cod. Min. 41.

28. Felipe II cifra sus propios documentos, 1567. AA 5/69, Felipe a Alba, 7 de agosto 1567. Archivo de los Duques de Alba.

29. Sofonisba Anguissola, *Isabel de Francia, reina de España*, 1565. Museo Nacional del Prado.

30. Anónimo, *Bautizo del príncipe Fernando el 16 de diciembre de 1571*. Por cortesía de la Colección Khevenhüller, en Burg Hochosterwitz Museum (www.burg-hochosterwitz.com).

31. Tiziano, *Felipe II ofreciendo al cielo al infante don Fernando* o *La ofrenda de Felipe II*, 1572-1733. Museo Nacional del Prado.

32. Anónimo, *Felipe II, sus hijas Isabel y Catalina, y el*

príncipe Felipe, 1583-1584. Por cortesía de la Hispanic Society of America, Nueva York.

33. Alonso Sánchez Coello, *Sor Margarita de la Cruz*, 1585. Patrimonio Nacional, Convento de las Descalzas Reales.

34. Felipe sentencia a muerte a Gabriel de Espinosa, el «pastelero de Madrigal», que pretendía ser el rey Sebastián de Portugal, 1595. AGS *Estado* 173/271.

35. Don Carlos ordena al embajador español en Roma que compre parte del Santo Prepucio, 1567. IVdeDJ 38/4.

36. «Finanzas para niños», un intento de explicarle los problemas fiscales a Felipe, 1574. IVdeDJ 76/491.

37. Alonso Sánchez Coello, *Felipe en su coronación como rey de Portugal*, 1581. De Agostini Picture Library / G. Costa / Bridgeman Images.

38. Niccolò Granello y Fabrizio Castello, *La batalla de la Tercera*. Patrimonio Nacional, Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, Sala de Batallas.

39. El emblema de la monarquía de Felipe tras la unión de las coronas: «El mundo no basta». Museu Numismático Portugués, Lisboa, Inv. 2918.

40. Alonso Sánchez Coello, *Felipe II*, 1587. Galleria Palatina, Palacio Pitti, Florencia. Photo Scala, Florencia, por cortesía del Ministero Beni e Att. Culturali.

41. El estado de cuentas semanal: Felipe decide qué pagos se atenderán y cuáles deberán esperar por falta de fondos, 1589. AGS *CJH* 219.

42. «La Jornada de Tarazona», en Jehan Lhermite, *Le Passetemps*. BRB Ms. II.1028.

43. Alonso Sánchez Coello, *Felipe II*, 1588. Patrimonio Nacional, Monasterio de San Lorenzo de El Escorial.

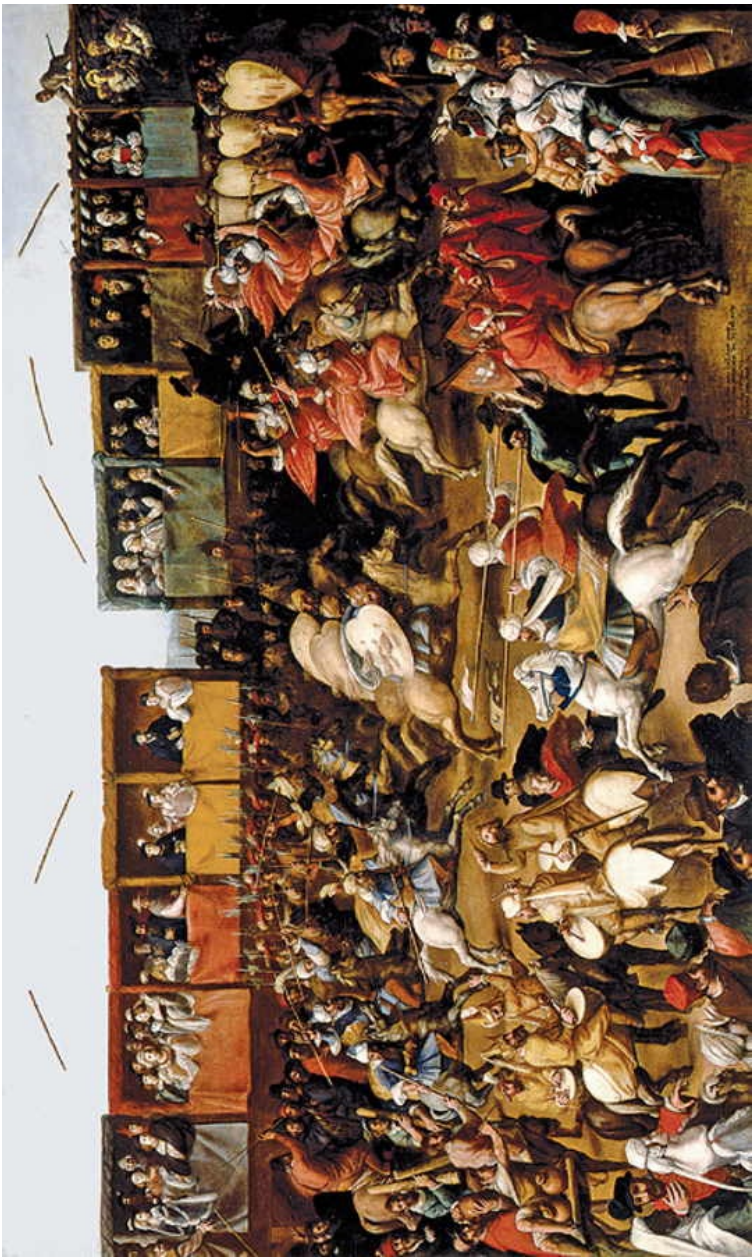
44. «La silla de gota de Felipe II», en Jehan Lhermite, *Le*

Passetemps. BRB Ms. II.1028.

45. Bartolomé Esteban Murillo, *La visión de fray Julián de Alcalá, c*. 1645. Sterling and Francine Clark Art Institute, Williamstown, Massachusetts / Bridgeman Images.

1. Frontispicio propuesto para la *Historia general del mundo del tiempo del rey Felipe II,* de Antonio Herrera y Tordesillas. Cuando Herrera pidió permiso para publicar su obra en 1599, envió un boceto de Felipe que combina virtudes tanto clásicas como cristianas —al igual que Hércules, el difunto rey estrangula a una serpiente (la herejía)—, mientras que la simetría y la compostura de su cuerpo reflejan la perfección de la creación de Dios. La leyenda superior incluye el epíteto «el Prudente» por primera vez [pagina 16].

2. Felipe como niño y como muchacho, en *Pentaplon christianae pietatis*, de Antonio de Honcala. Este tratado devocional, impreso en 1546 y dedicado a Felipe, utiliza la letra griega épsilon para mostrar la elección entre el vicio y la virtud a la que el príncipe se enfrenta en su viaje por la vida. Los cambios en la vestimenta reflejan el paso de la niñez a la vida adulta, al tiempo que proporcionan las imágenes más antiguas del príncipe que se conocen. En una de ellas, Felipe juega con un pájaro canor sujeto a una cuerda [página 32].

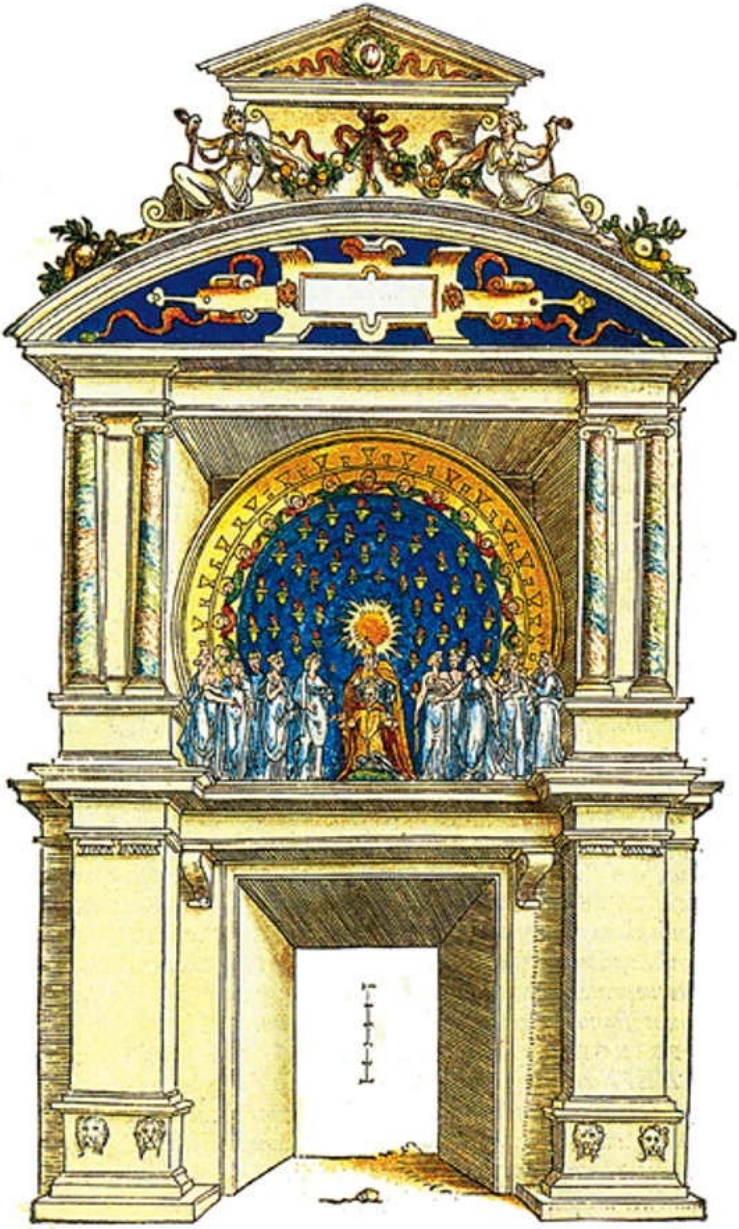


3. Carlos V asiste a un juego de cañas con su esposa y su familia, de Jan Vermeyen, 1539. Felipe, con casi doce años de edad, y sus hermanas observan el espectáculo atentamente (segundo aposento a la izquierda a partir del centro) desde la tribuna levantada a las afueras de Toledo, en marzo de 1539, para celebrar el embarazo de la emperatriz. Seis semanas más tarde, Isabel de Portugal había muerto [página 33].

4. Felipe garabatea sus libros, 1540-1541. A los catorce años, Felipe utilizó su pluma, su pincel y sus pinturas para dibujar en los márgenes de una crónica que describía los actos heroicos de su predecesor, san Fernando, rey de Castilla [página 41].

5. Felipe escribe a su tía María de Hungría, en diciembre de 1544. A los diecisiete años, la característica caligrafía enmarañada de Felipe ya era reconocible, con líneas que se solapaban entre sí y la abreviatura de numerosas palabras, como en la última frase: «de v[uest]ra al[teza], de V[a]ll[adoli]d, a XII de dez[iembr]e 1544» [página 52].

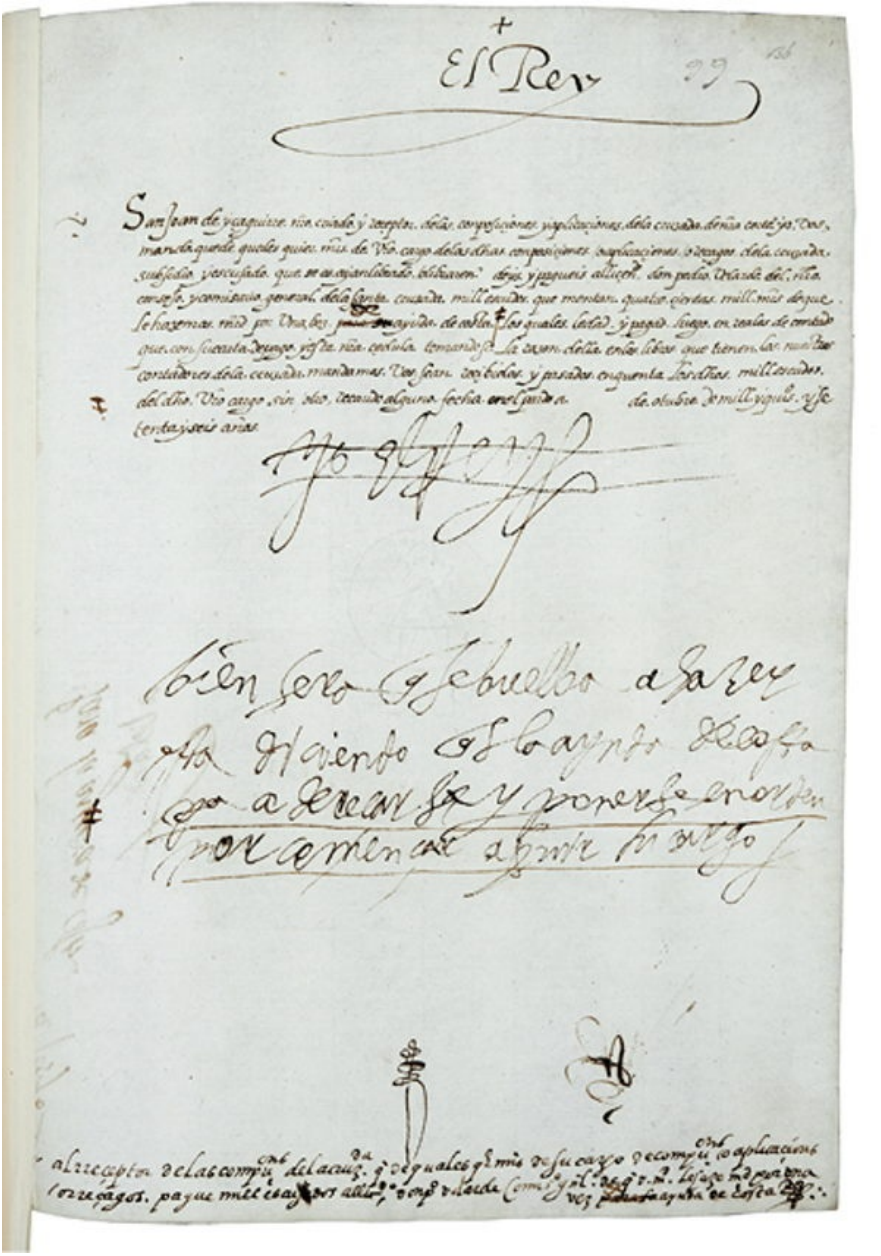
6. Una justa en la plaza de una ciudad, c. 1549. Este trepidante torneo público bien podría mostrar al príncipe Felipe (con penacho blanco) en Bruselas en mayo de 1549, cuando compitió contra don Luis de Requesens, cuya lanza «lo derribó al suelo», donde quedó aturdido. Los espectadores esperaban con impaciencia los errores o accidentes de los contrincantes, así como cualquier acto de valentía o de astucia inusual [página 62].



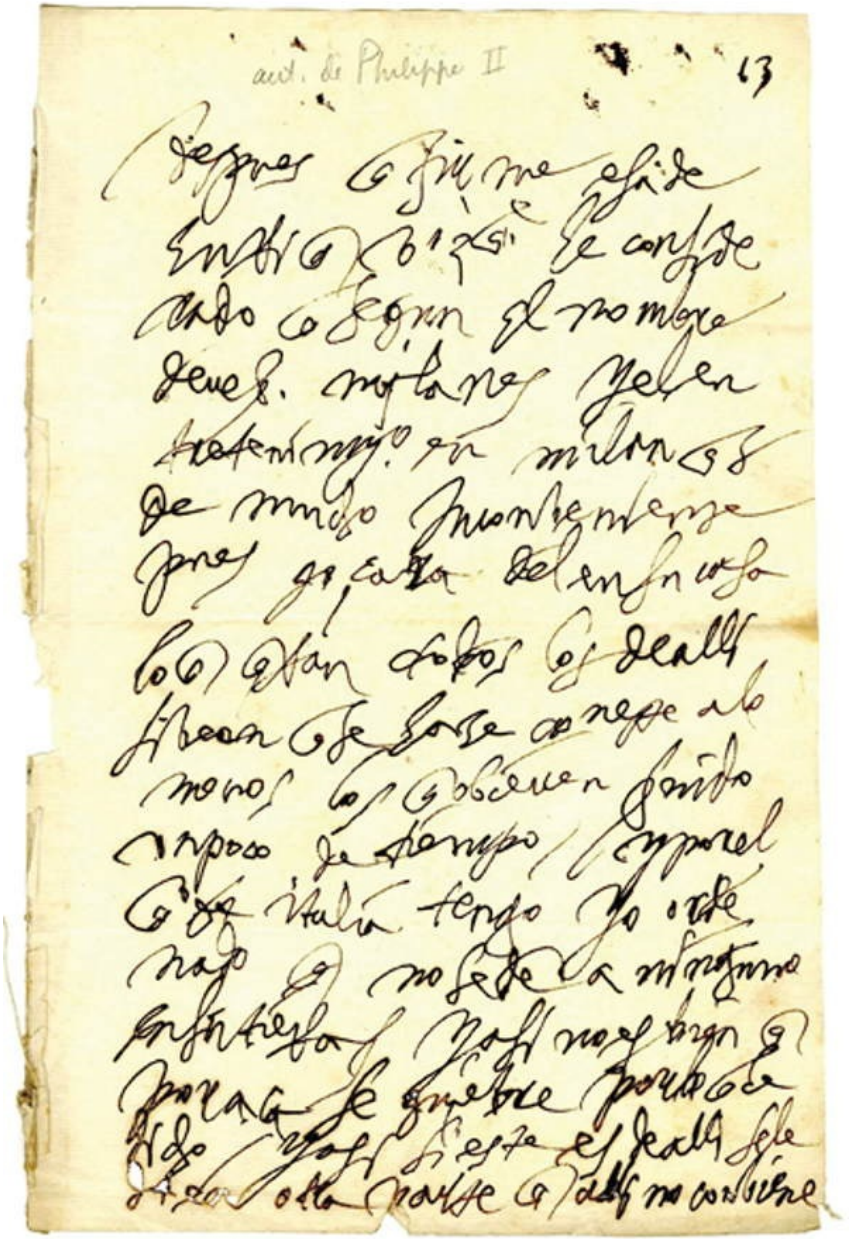
7. Dibujo de un arco triunfal erigido en Amberes para dar la bienvenida a Felipe en 1549. En el tímpano, Dios mismo corona al joven príncipe [página 64].

8. Esbozo de Carlos V, de Jacques le Boucq, 1555. Le Boucq, heraldo de la orden del Toisón de Oro, asistió al último capítulo de la orden presidido por Carlos V —una de las pocas ocasiones en 1555 en las que el emperador apareció en público— y probablemente hizo este llamativo bosquejo inmediatamente después [página 78] [a lámina 43].

9. *Felipe II en la jornada de San Quintín*, de Antonio Moro, c. 1560. El rey sostiene su bastón de mando y viste la armadura, decorada con la cruz de Borgoña y una imagen de la Virgen María, que llevaba durante el asalto a San Quintín en 1557. Durante más de una década, esta pintura sirvió como «retrato oficial» y de ella se hicieron numerosas copias [página 82].



10 y 11. Felipe corrige sus documentos, 1576. Un día después de que el rey hubiese estampado su estampilla (el equivalente de un tampón de goma) en una orden rutinaria para reembolsar mil escudos a un funcionario, se dio cuenta de que la razón del pago se había omitido. Por tanto, tachó su firma, escribió la frase que debía añadirse y lo devolvió al secretario para que la revisara. Tal vez lo más notable sea que, después de haber firmado una orden que autorizaba una recompensa en Milán para Enrique Visconti, el rey añadiera que «según el nombre debe ser milanés» y, por tanto, si se le concedía a este, «todos los de allí» querrían lo mismo. De modo que Felipe dio instrucciones para que «si este es de allí, se le dé en otra parte». Cientos de documentos como este requerían la firma del rey todas las semanas —en ocasiones, incluso cada día—, y parece asombroso que fuera capaz de detectar este tipo de errores y ambigüedades [página 98]



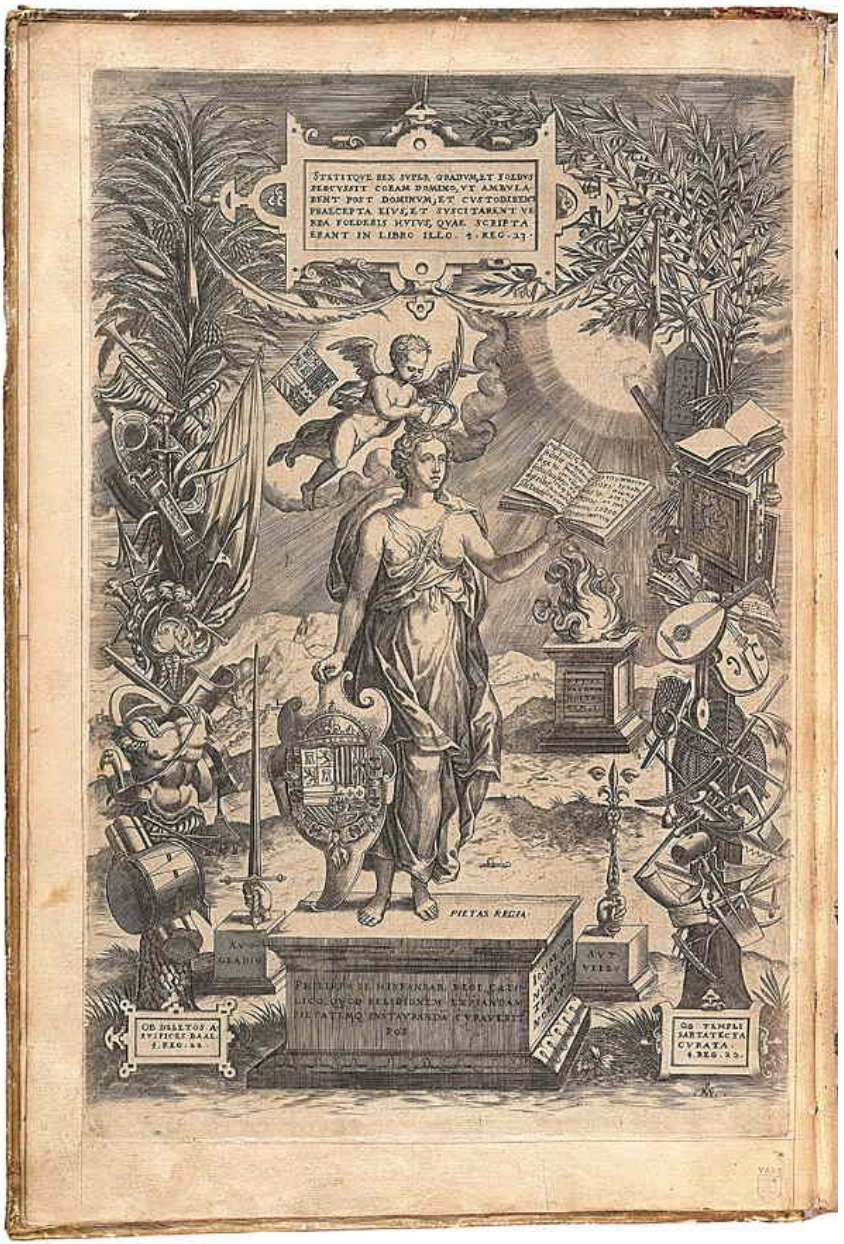
10 y 11. Felipe corrige sus documentos, 1576. Un día después de que el rey hubiese estampado su estampilla (el equivalente de un tampón de goma) en una orden rutinaria para reembolsar mil escudos a un funcionario, se dio cuenta de que la razón del pago se había omitido. Por tanto, tachó su firma, escribió la frase que debía añadirse y lo devolvió al secretario para que la revisara. Tal vez lo más notable sea que, después de haber firmado una orden que autorizaba una recompensa en Milán para Enrique Visconti, el rey añadiera que «según el nombre debe ser milanés» y, por tanto, si se le concedía a este, «todos los de allí» querrían lo mismo. De modo que Felipe dio instrucciones para que «si este es de allí, se le dé en otra parte». Cientos de documentos como este requerían la firma del rey todas las semanas —en ocasiones, incluso cada día—, y parece asombroso que fuera capaz de detectar este tipo de errores y ambigüedades [página 98]

12. *Felipe recibe en audiencia a Leonardo Donà, embajador de la República de Venecia*, de Marco Vecellio, c. 1600. Donà fue nombrado embajador de Venecia en España en 1570, a la edad de treinta y tres años, y permaneció en la corte más de tres años. De acuerdo con el protocolo cortesano, Felipe permanece de pie mientras escucha al embajador (que fue quien encargó esta pintura); pero Donà, quien posteriormente transcribió cada palabra del rey, apenas recibió una frase cortés como respuesta, quizá porque, según sus propias palabras, Felipe tendía a desconectar durante las audiencias [página 113].

13. Grabado de Pierre Perret que sirvió de portada para la *Historia de Felipe II, rey de España*, de Luis Cabrera de Córdoba, en 1619. El autor, que entró al servicio del rey en 1595 y lo vio con frecuencia, coloca El Escorial como fondo del enfrentamiento entre Felipe, con armadura y sosteniendo la espada para proteger a la Virgen María, y los enemigos de la Iglesia católica. El lema «La primera prioridad es la religión» separa a los protagonistas [pagina 115].

14. Uno de los armarios de los relicarios en El Escorial, con algunas de las reliquias de la gran colección de Felipe II. El custodio de las reliquias en El Escorial afirmó que la colección real incluía al menos un fragmento de los huesos de cada santo conocido, excepto tres. Aunque solo una fracción de la colección original ha sobrevivido, los estuches dorados que contienen distintas partes del cuerpo de los santos, debidamente certificadas, aún se conservan [página 120].

15 y 16. Las dos páginas iniciales de la *Biblia Regia*. La magnífica *Biblia Regia* (o *Políglota de Amberes*), impresa en Amberes bajo la dirección del rey en 1569, comienza proclamando el deseo de Felipe de publicar una versión de las Escrituras que todos los cristianos —protestantes, ortodoxos y católicos— pudieran aceptar como definitiva [página 125] y [página 153].

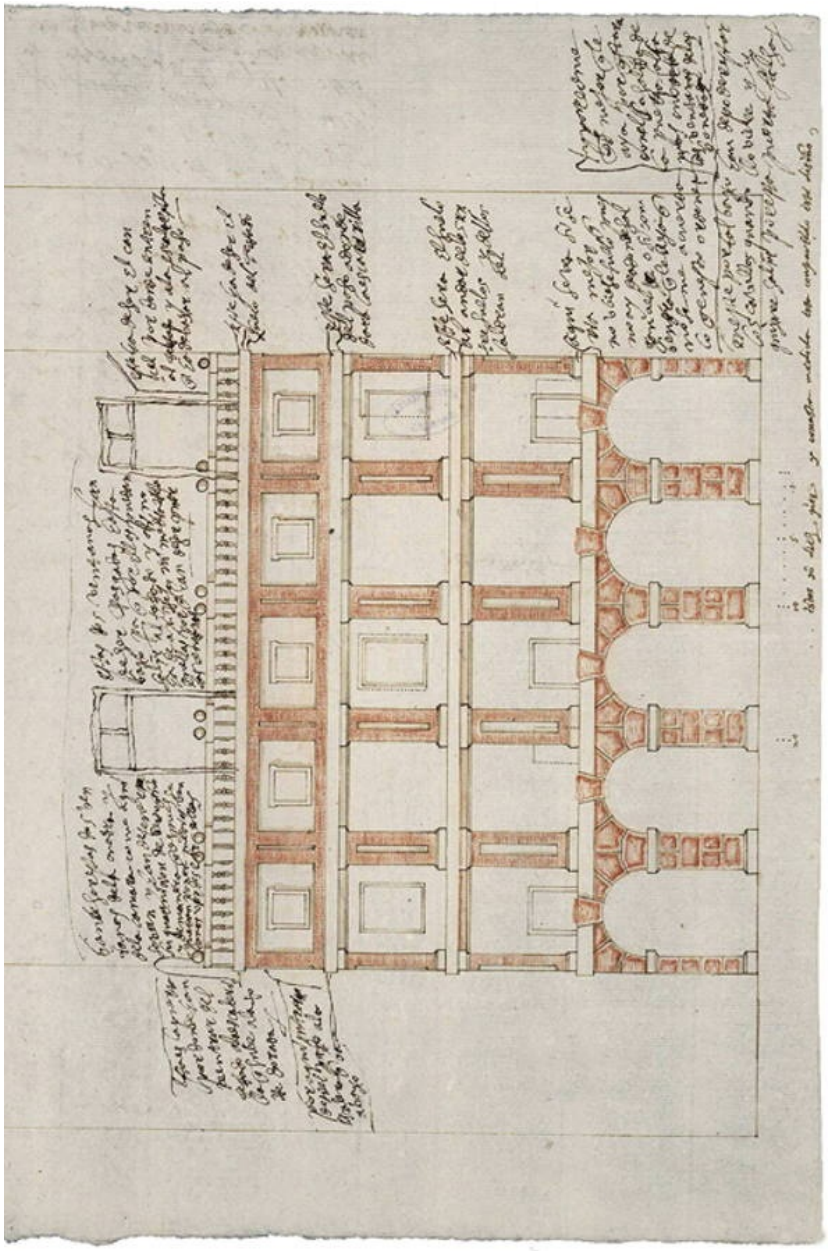


15 y 16. Las dos páginas iniciales de la *Biblia Regia*. La magnífica *Biblia Regia* (o *Políglota de Amberes*), impresa en Amberes bajo la dirección del rey en 1569, comienza proclamando el deseo de Felipe de publicar una versión de las Escrituras que todos los cristianos —protestantes, ortodoxos y católicos— pudieran aceptar como definitiva [página 125] y [página 153].

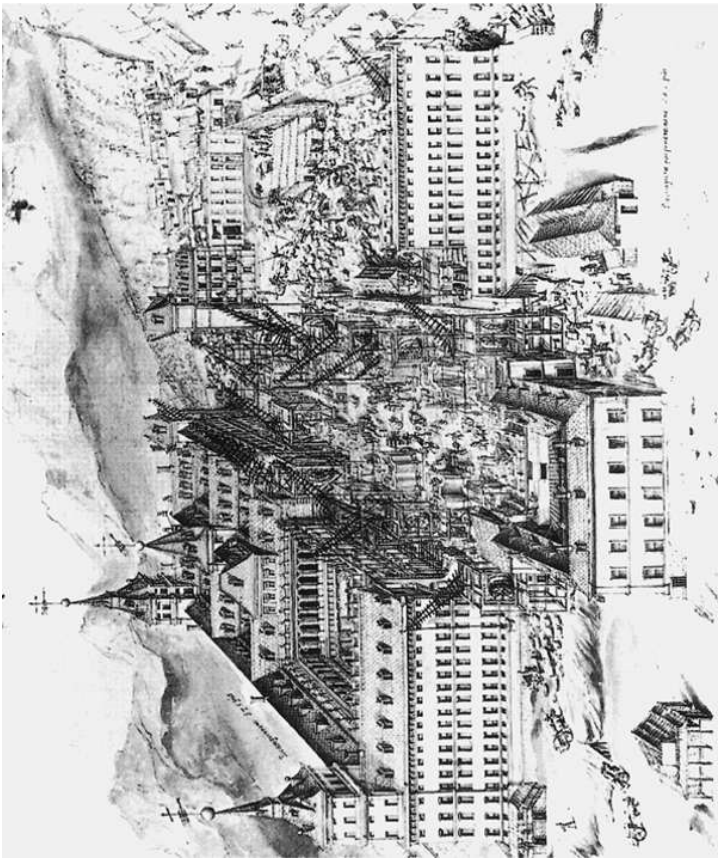
17. *La Vidriera del Rey*, que conmemora la victoria en San Quintín, obra de Wouter Crabeth, 1557-1559. Cuando la iglesia de San Juan, en Gouda, fue reconstruida después de un incendio, los artistas locales crearon una espectacular serie de vidrieras, cada una de entre diez y veinte metros de altura. En el registro central de la Vidriera del Rey, Felipe y María Tudor contemplan la Última Cena. La precisa imagen del rey sugiere que Wouter Crabeth, el vidriero y pintor que supervisó la realización de esta gran obra, pudo haberlo esbozado del natural [página 82] y [página 130].

18. *Cristo concede a Felipe las insignias del poder*, de Hieronymus Wierix, 1585. En este triunfalista grabado neerlandés, Jesús bendice a Felipe, al que entrega el orbe, junto con la espada, una rama de olivo, la corona y la cruz. Los ángeles preparan las palmas y laureles de la victoria, mientras que el papa, ignorado por todos, observa la escena con mirada torva [página 134].

19. Felipe sorprendido con un rosario, de Sofonisba Anguissola, c. 1575. Los rayos X han mostrado que, cuando Sofonisba realizó el original de este retrato real en 1564, el rey tenía la mano en su espada. Una década más tarde, la pintora cambió por completo la obra, sustituyendo la espada por un rosario [página 134].

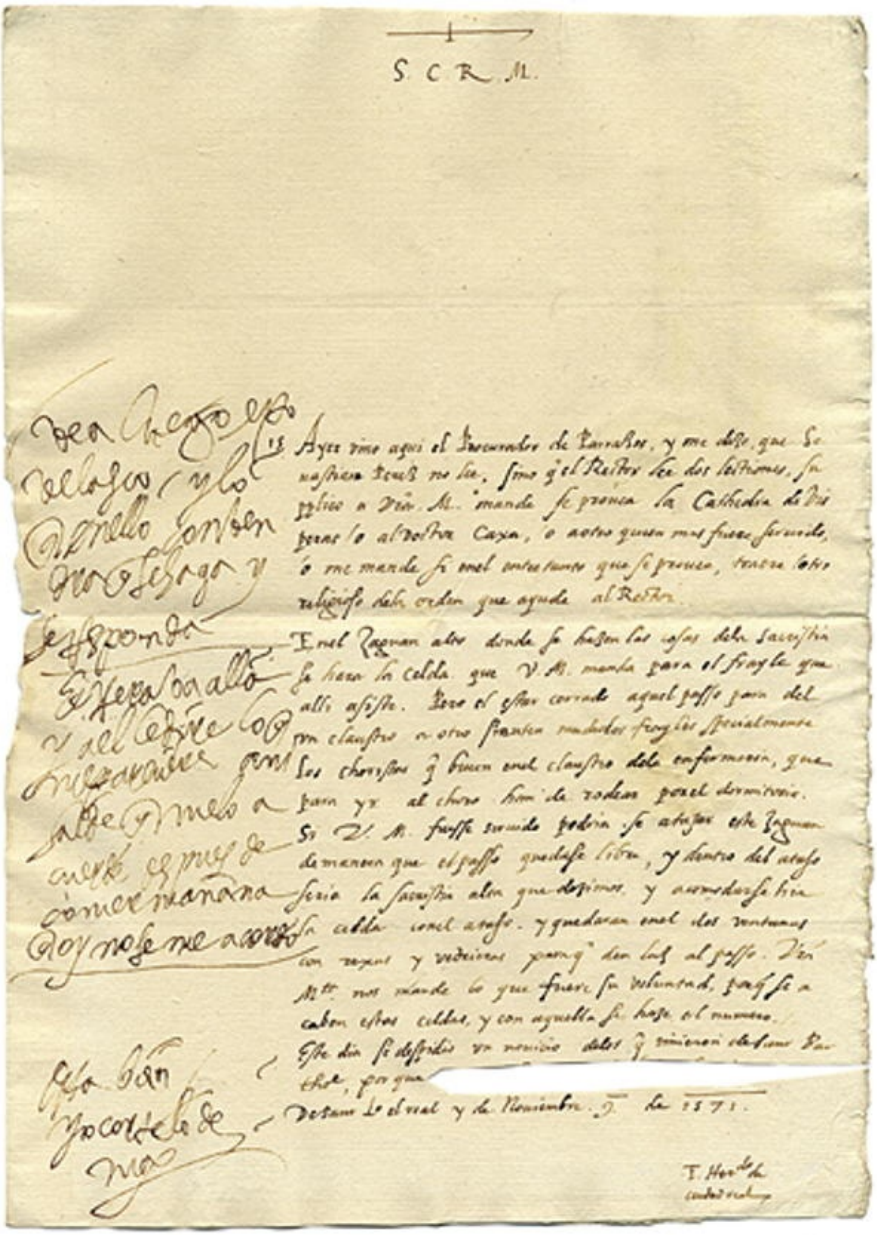


20. Felipe corrige los planos de sus arquitectos, 1561-1562. El rey tenía una idea clara de lo que quería en cualquier campo, incluida la arquitectura —en este caso, una planta adicional en el Alcázar de Madrid —, y no dudaba en expresar sus puntos de vista con palabras y dibujos [página 142].

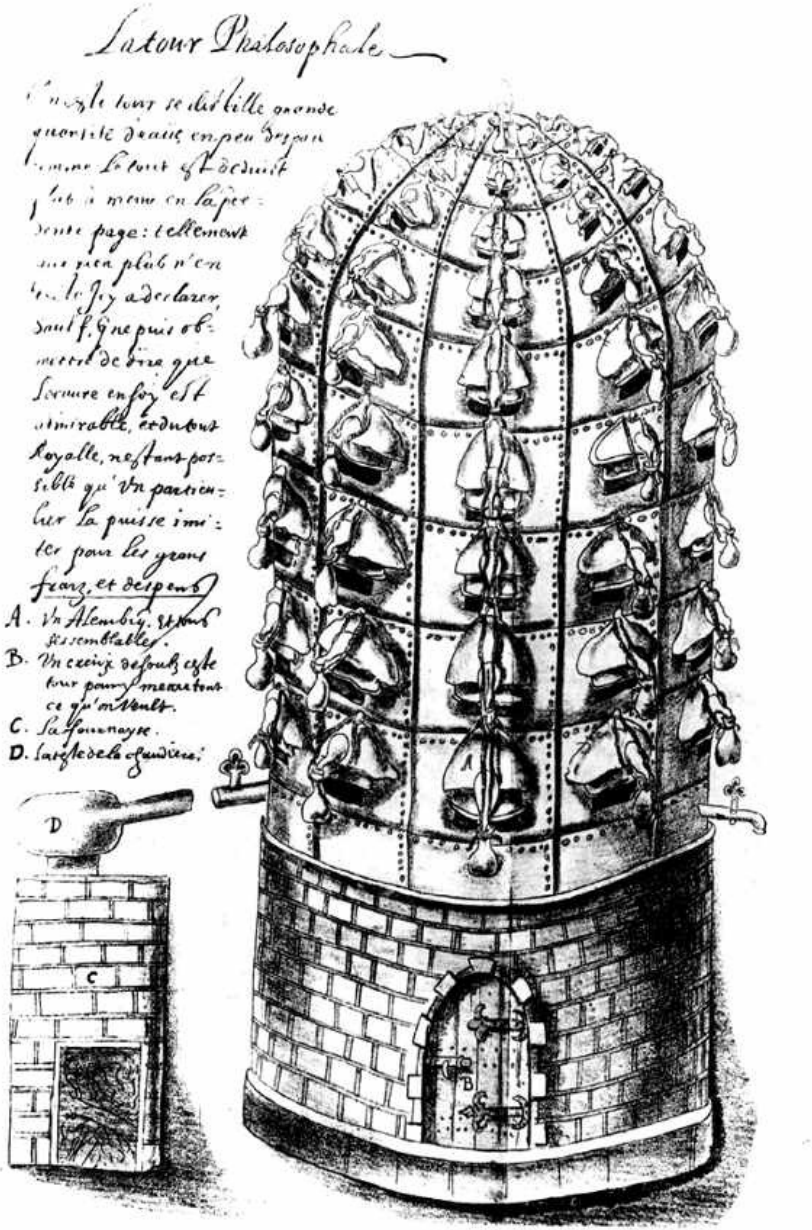


21. *El Escorial en construcción*, de Fabrizio Castello, 1576. Este detallado dibujo del avance de las obras de San Lorenzo de El Escorial muestra el ala sur del monasterio y los apartamentos reales prácticamente acabados, mientras que las grúas ayudan a construir la basílica y la biblioteca. El alojamiento temporal para la mano de obra aparece a la derecha [página 146].

22. Las efigies funerarias de Felipe y su familia en El Escorial, de Pompeo Leoni, 1597-1600. Aunque Felipe murió antes de que Leoni instalara estas enormes estatuas de bronce a la izquierda del altar mayor, tuvo tiempo de aprobar el diseño y, por tanto, la decisión de presentarlo anciano, calvo y cansado (aunque resplandeciente con la armadura que había usado en la guerra cuarenta años antes). Su cuarta esposa, Ana, está arrodillada a su lado, y detrás aparecen sus predecesoras María Manuela e Isabel, así como don Carlos —que mira por encima del hombro del rey—, por fin el hijo leal que Felipe siempre había anhelado [página 147] y [página 256].

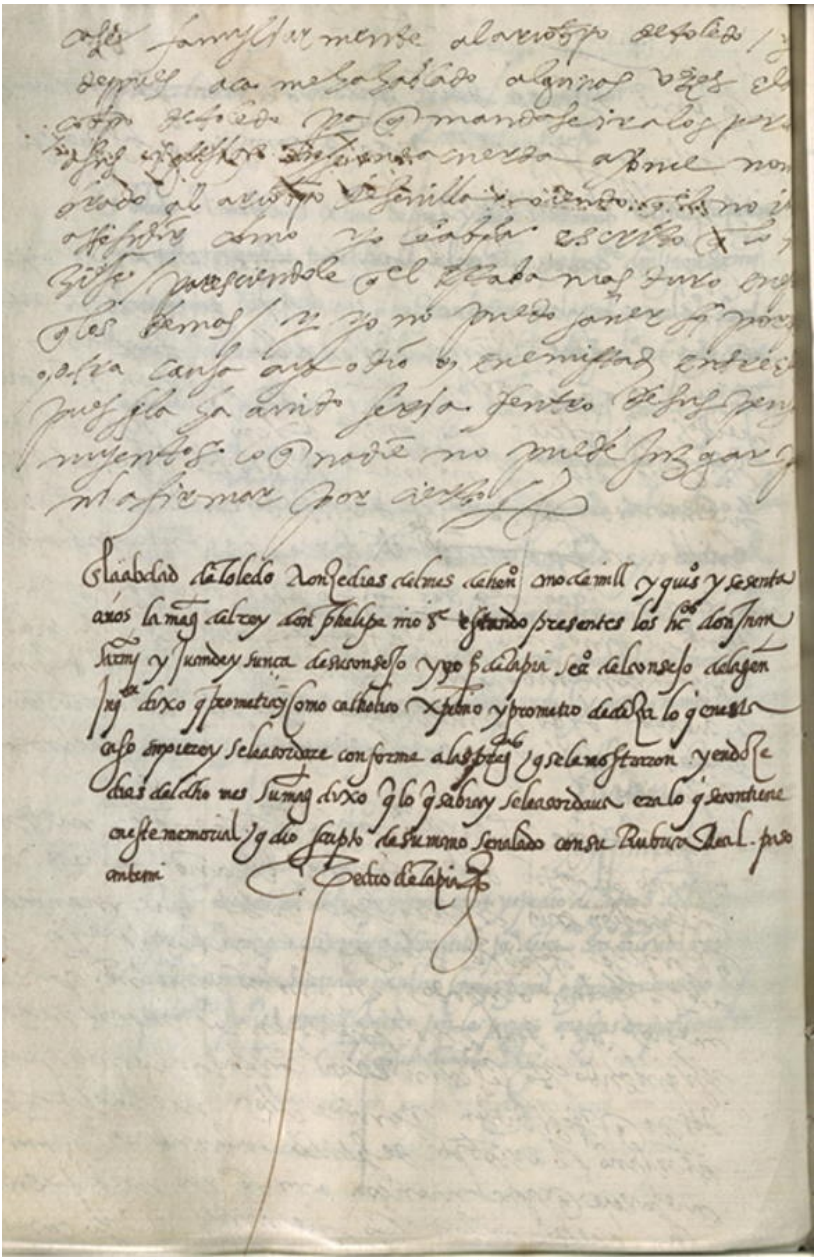


23. Felipe recorta un pasaje ofensivo de un documento sobre El Escorial, 1571. Algo que leyó en él impulsó a Felipe a alcanzar un par de tijeras y eliminar la mitad de una frase en esta carta. Para aclarar lo que acababa de hacer, antes de devolver el documento censurado a su secretario, el rey escribió al margen: «Está bien. Yo corté lo demás» [página 148].

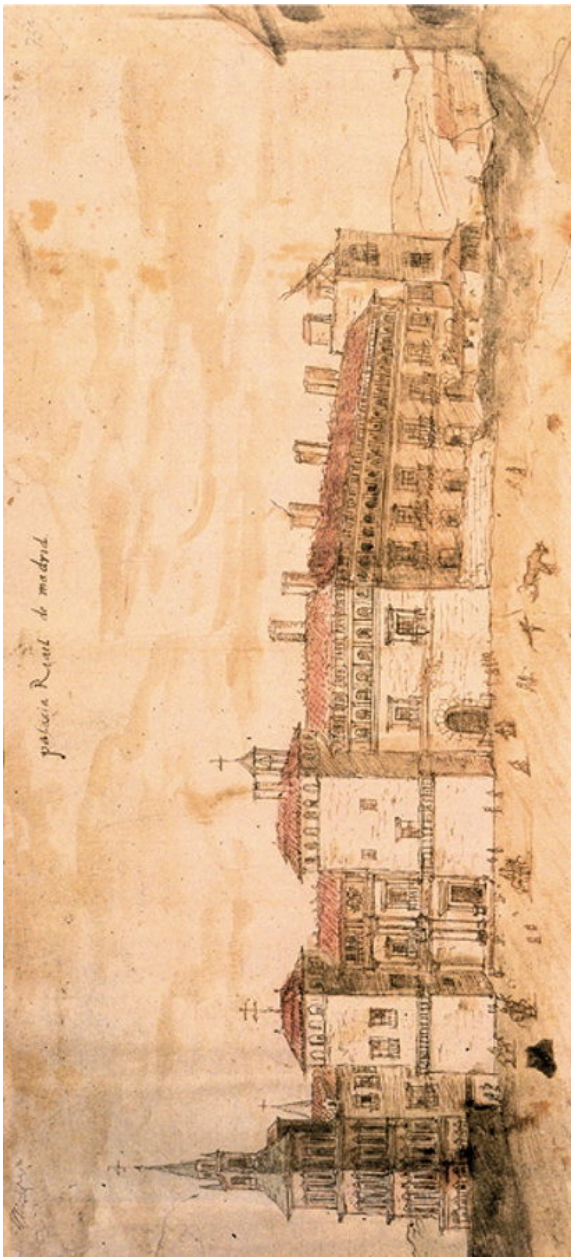


24. «La torre del filósofo» y la destilería en El Escorial, de Jehan Lhermite, c. 1600. A lo largo de su vida, Felipe mostró un gran interés por la alquimia y ocupó un conjunto de once estancias en El Escorial con el equipo de destilación, que incluía una gran torre de hojalata, de unos siete metros de altura, que se situó sobre un horno de ladrillo. Se fijaban numerosos recipientes de vidrio para recoger la esencia de las hierbas (cultivadas en los jardines reales) y materias empleadas, que se obtenía al calentar la torre. Según Jehan Lhermite, la torre destilaba unos diez kilos de «quintaesencia» todos los días, que los expertos utilizaban para producir diversos compuestos químicos [página 152] y [página 524].

25. El Candil, uno de los relojes instalados en el despacho de Felipe, obra de Hans de Evalo, 1583. Según su ayuda de cámara, Jehan Lhermite, Felipe siempre tenía dos relojes en su despacho, cada uno iluminado por un candil de aceite, que «causaba una inusual y profunda impresión» en todos aquellos que visitaban al rey. Los relojes regulaban y medían su vida, dividiéndola en minutos, determinando sus acciones y ocupaciones diarias. Este reloj, construido por el relojero holandés de Felipe, Hans de Evalo, sigue expuesto en los apartamentos reales en El Escorial [página 157].



26. Felipe responde bajo juramento a las cuestiones remitidas por el arzobispo Carranza, 1560. El rey escribió las respuestas a cada una de las preguntas de Carranza respecto a sus relaciones con el inquisidor general Valdés. Después, el 12 de enero de 1560, el secretario del Consejo de la Inquisición, Pedro de Tapia, certificó que el rey había «prometido como católico» contar todo lo que sabía, y que su testimonio fue «escrito de su mano» y autentificado con la «rúbrica real» (la «J» al final de su declaración). Este fue, probablemente, el primer interrogatorio que Felipe sufrió desde que su padre indagara sobre su vida sexual en 1543 [página 181].



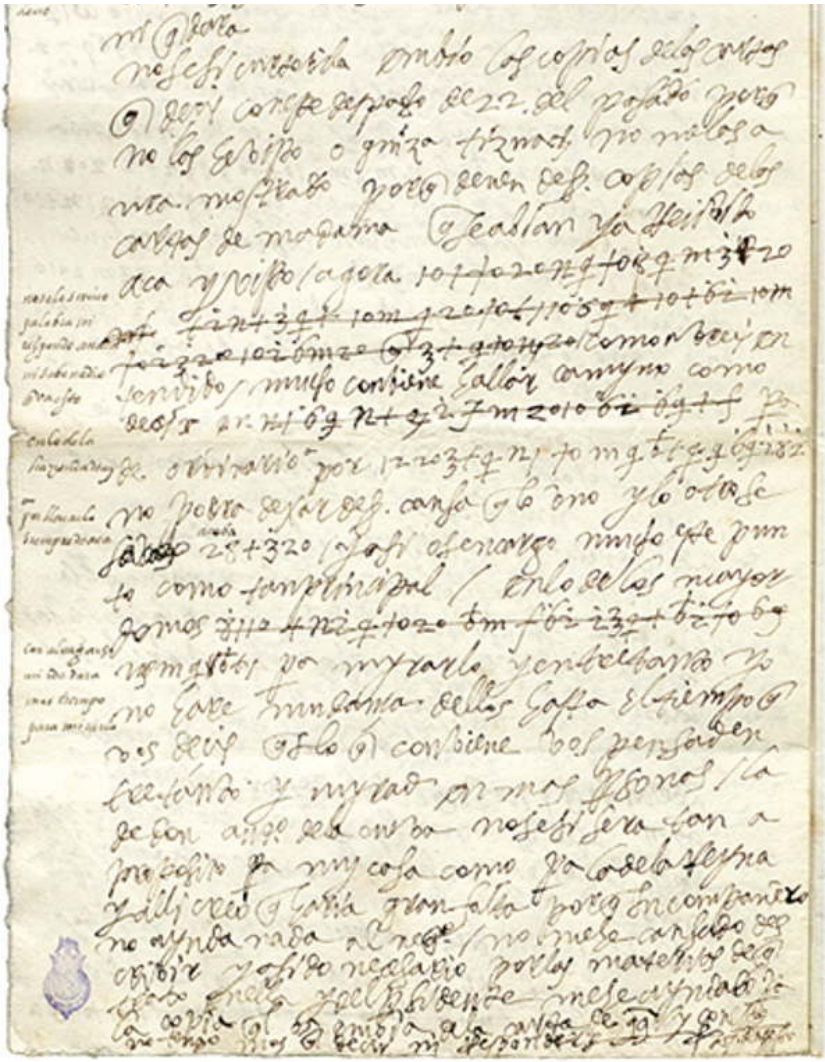
27. Las habitaciones de Felipe con vistas al Alcázar de Madrid, de Anton van den Wyngaerde, c. 1565. Felipe estableció su capital en Madrid en 1561 y comenzó a trabajar casi de inmediato en la ampliación del Alcázar. Las obras empezaron con la construcción de la Torre Dorada (en el extremo izquierdo), con tres plantas de altas ventanas y una cubierta de pizarra, coronada por un chapitel de estilo flamenco. El rey trabajaba y celebraba las audiencias en una serie de aposentos que daban a la Casa de Campo, mientras que sus ministros lo hacían en los despachos inferiores [página 185].

El Rey Ph.e 2.o Desde Madrid a 7 de Ag.to de 1567

Al Gran Duque de su propia R.l mano

1.o pliego Pocos dias ha que tengo vra. carta de 22
del pasado con el papel que con ella venia y al
gunos antes abia recibido la de 27 de junio
y las desta volvere con mas espacio que no se
entiende escribir ni cifrar de mano agena
sino es de la de secret.o como dezis aunque agora
no se ha ofrecido por parecerme que estaba mas con
[illegible] que cuando no [illegible] no dexare de
[illegible] del pues todo sera menester y no
[illegible] tengo [illegible] menos que hazer de aqui adelante
[illegible] en los vros. menos [illegible] pues
[illegible] puesto en los lugares que conbenga [illegible]
[illegible] que no conbiniere que veas
He holgado mucho de que tengais salud [illegible]
[illegible] tan adelante en el camino [illegible]
en [illegible] estados donde creo que la hora de agora
deveis estar pues los [illegible] que os [illegible]
[illegible] [illegible] que seran bastantes [illegible]
[illegible] que cuando [illegible] [illegible] hasta
el camino [illegible] mayor [illegible]
de [illegible] que seais llegado
[illegible] [illegible] despacho he
[illegible] pensando y mirando sobre la materia que
en el [illegible] [illegible] que sobre ella os
escrivi y digo agora lo mismo que [illegible]
[illegible] bien que [illegible] aun llegado no me

[illegible] y tambien llamar a [illegible] y
despues [illegible] como lo tomara
[illegible] que todo esto [illegible] que
[illegible] que [illegible] no [illegible]

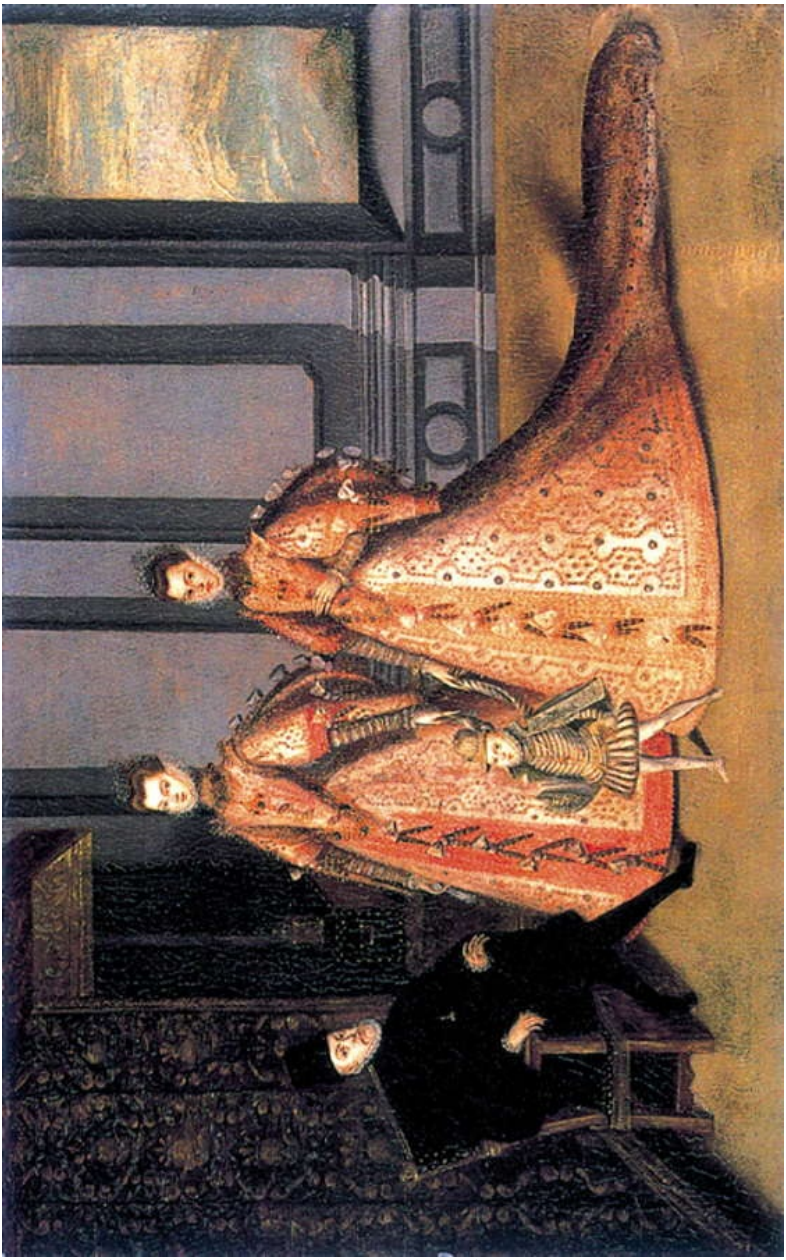


28. Felipe II cifra sus propios documentos, 1567. Esta carta ológrafa del rey al duque de Alba, datada el 7 de agosto de 1567, comienza con el estilo habitual de otros escritos semejantes: prolijo, disperso y desordenado. Cuando Felipe empezó a codificar sus pensamientos, pronto reveló su falta de familiaridad con las reglas elementales de la criptografía: solo cifraba las palabras cruciales en lugar de pasajes enteros, y empleó un símbolo para cada carácter de cada palabra en lugar de utilizar símbolos adicionales para representar las combinaciones frecuentes [página 205].

29. *Isabel de Francia, reina de España*, de Sofonisba Anguissola, 1565. La reina, de veinte años de edad, posó para este retrato justo antes de salir de España para encontrarse con su madre en Bayona. Tal vez para enfatizar su papel como representante del rey, sostiene en su mano derecha una miniatura de Felipe, probablemente basada en el retrato, con la armadura de San Quintín, pintado por Antonio Moro [página 213].

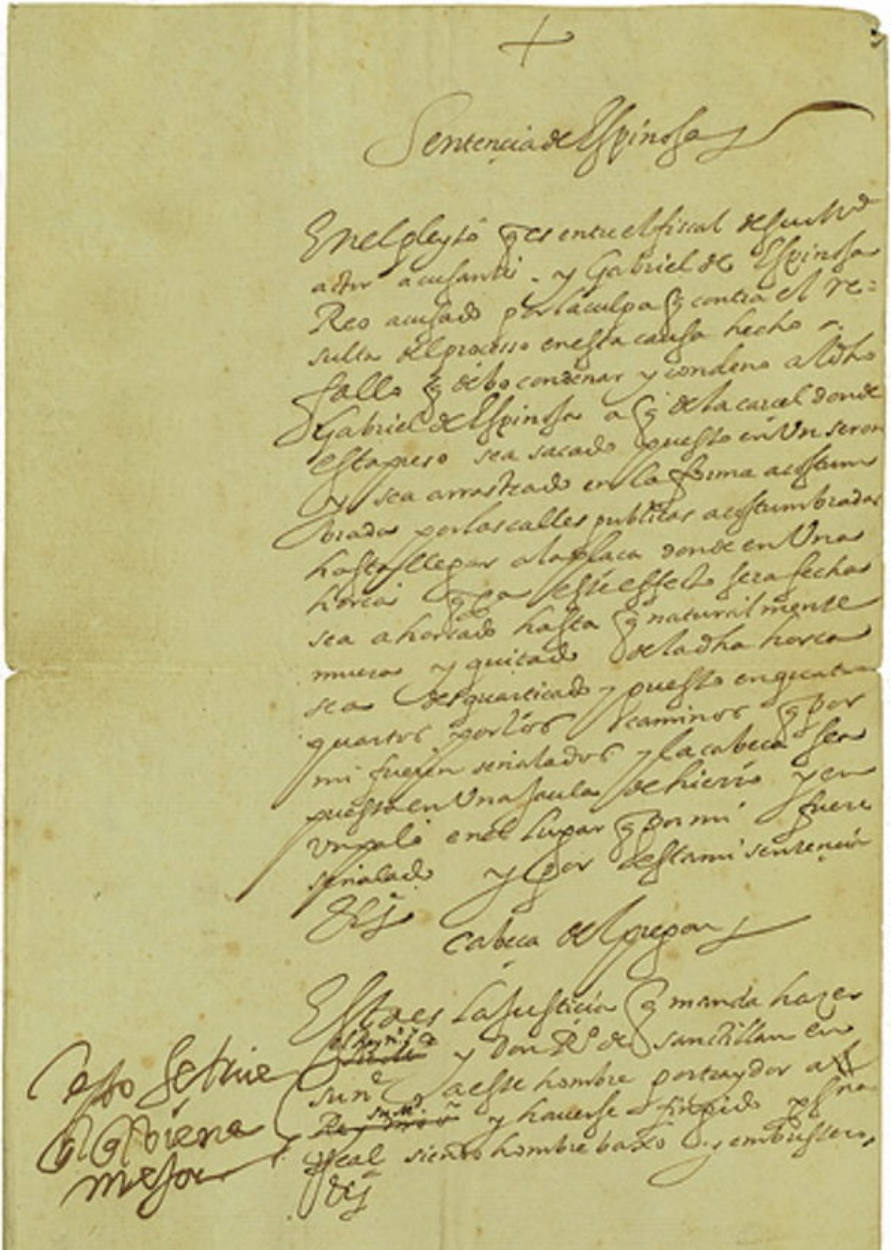
30. *Bautizo del príncipe Fernando el 16 de diciembre de 1571*, pintura anónima. Una procesión de cortesanos y embajadores escolta al príncipe Fernando desde el Alcázar de Madrid hasta la iglesia de San Gil para ser bautizado por el cardenal Espinosa (vestido de rojo, arriba a la izquierda). Esta obra fue encargada por el embajador imperial Hans Khevenhüller (18), de pie justo detrás del infante. Puede verse también a otros destacados miembros de la corte de Felipe, entre ellos al embajador francés Fourquevaux (19), el embajador portugués Pereira (20), el marqués de Ladrada (23), la princesa Juana (24) y el archiduque Wenceslao (25) [página 224].

31. *Felipe II ofreciendo al cielo al infante don Fernando*, también llamado *Ofrenda de Felipe II*, de Tiziano, 1572-1573. Por orden del rey, Alonso Sánchez Coello envió un retrato de Felipe para que Tiziano lo utilizase como modelo y, quizá, también un boceto para sugerir la yuxtaposición del nacimiento del príncipe Fernando (a quien un ángel bastante torpe ofrece una rama de olivo y le promete «grandes hechos te esperan») y la derrota de la flota otomana en Lepanto (vista desde la ventana, y simbolizada por el prisionero turco en primer plano) [página 134] y [página 224].

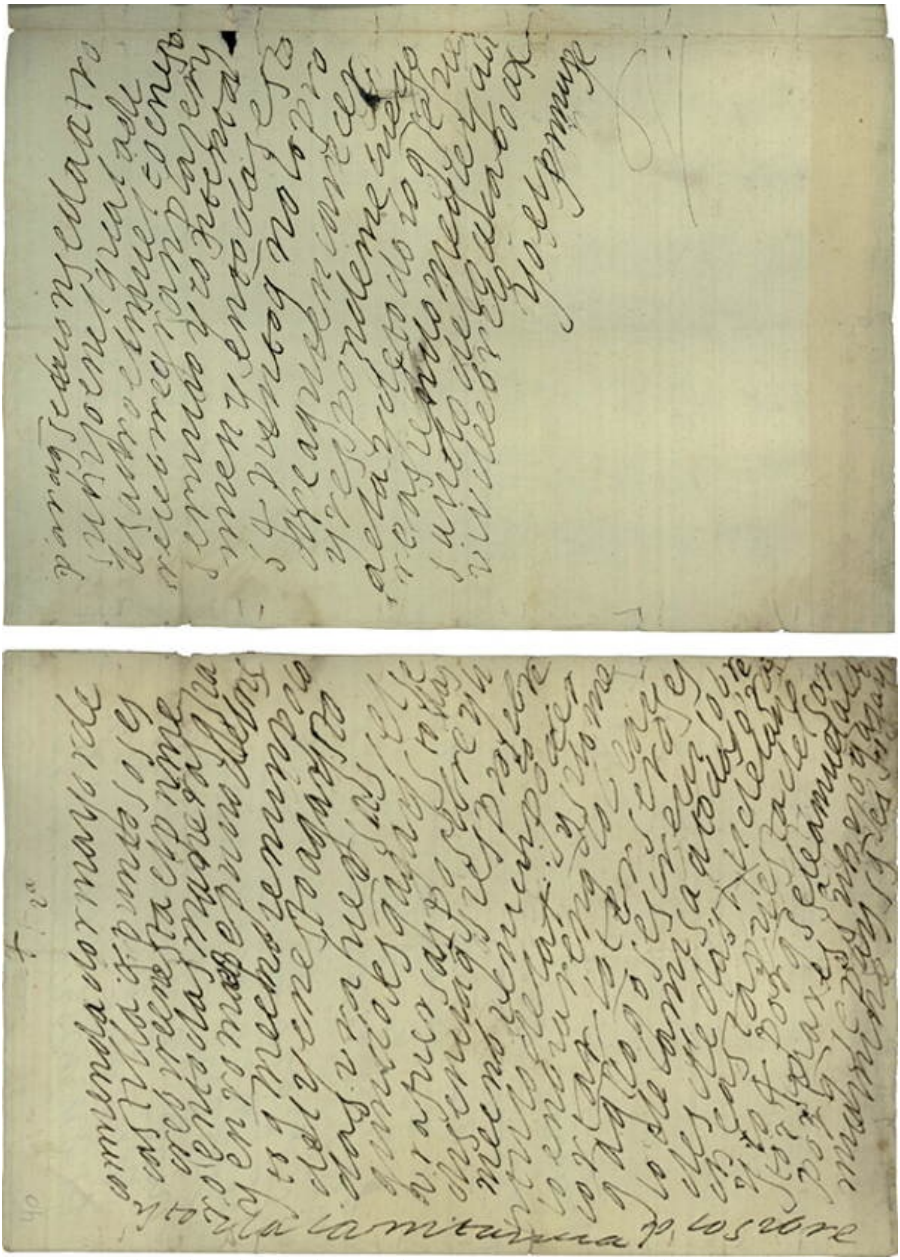


32. *Felipe II, sus hijas Isabel y Catalina, y el príncipe Felipe* (el futuro Felipe III), pintura anónima, 1583-1584. Este retrato íntimo (aunque algo desequilibrado) de Felipe y su familia sobreviviente se hizo después de que el príncipe heredero fuese nombrado caballero del Toisón de Oro (cuya insignia lleva) en 1583 y antes de que Catalina abandonara el círculo familiar para siempre con su marido, el duque de Saboya, en 1585 [página 228].

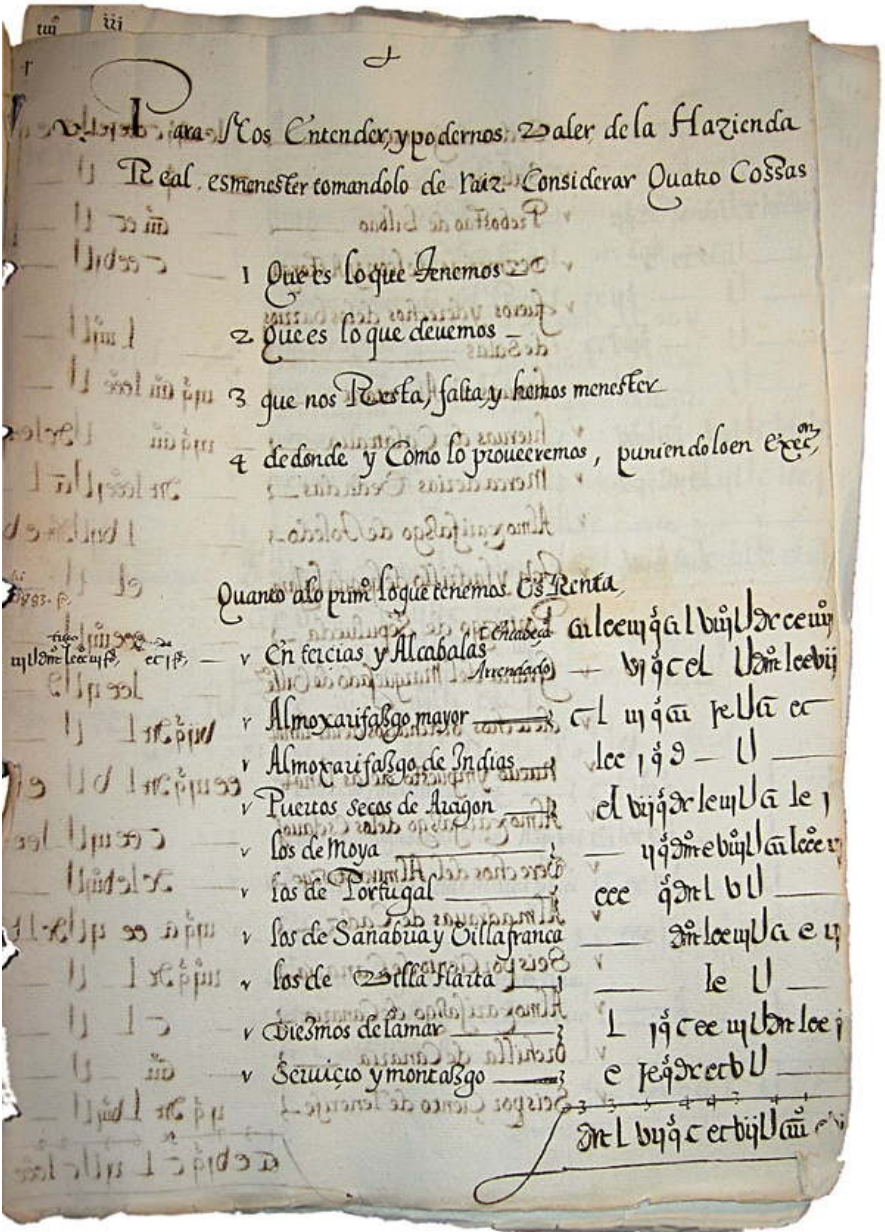
33. *Sor Margarita de la Cruz,* de Alonso Sánchez Coello, 1585. Tras rechazar la oferta de matrimonio con Felipe, su sobrina Margarita entró en el convento de las Descalzas Reales en 1585; allí pasó los restantes cuarenta y ochos años de su vida como monja franciscana cerca de su madre, la emperatriz María, que vivió en el aposento real hasta su muerte en 1603 [página 232].



34. Felipe sentencia a muerte a Gabriel de Espinosa, el «pastelero de Madrigal», que pretendía ser el rey Sebastián de Portugal, 1595. Cuando Felipe leyó por primera vez la pena de muerte, ordenó a un secretario que intercambiara «Su magestad» y «el Rey nuestro señor», pero antes, de su puño y letra, escribió en el margen: «Esto se trueque: que viene mejor», un ejemplo más de las «menudencias» que consumían buena parte del tiempo y las energías del rey [página 235].



35. Don Carlos ordena al embajador español en Roma que compre parte del Santo Prepucio, 1567. Incluso a los veintidós años de edad, la escritura de don Carlos era casi ilegible (lo que podría reflejar simplemente las consecuencias de forzar a alguien zurdo a escribir con la mano derecha) y estaba plagada de faltas ortográficas, una característica preocupante en el heredero de un imperio mundial [página 257].



Para Nos Entender, y podernos Valer de la Hazienda Real, es menester tomandolo de raiz Considerar Quatro Cossas

1 Que es lo que tenemos

2 Que es lo que deuemos

3 que nos Resta, falta, y hemos menester

4 de donde y Como lo proueeremos, puniendolo en execon

Quanto a lo prim.o lo que tenemos es Renta

v Entercias y Alcabalas — Encabeça — Arrendado

v Almoxarifazgo mayor

v Almoxarifazgo de Indias

v Puertos secos de Aragon

v los de Moya

v los de Portugal

v los de Sanabria y Villafranca

v los de Villa Harta

v Diezmos de la mar

v Seruiçio y montazgo

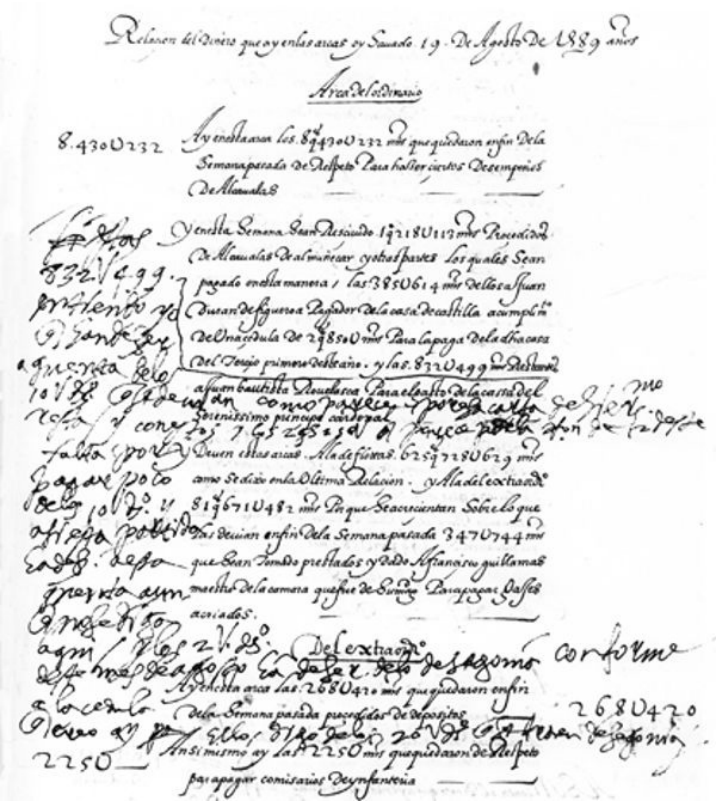
36. «Finanzas para niños»: un intento de explicarle los problemas fiscales a Felipe, 1574. Una página de la «Relación de Hacienda» enviada por Juan de Ovando a Felipe en abril de 1574, en la que, con letra grande y palabras muy simples, explicaba la crisis financiera a un rey que no entendía, o no quería entender, el problema [página 295].

37. *Felipe en su coronación como rey de Portugal*, de Alonso Sánchez Coello, 1581. A pesar de que regía un imperio global, Felipe solo participó en una ceremonia de coronación: en Tomar, como rey de Portugal, en 1581. Según el relato de un cortesano, «vestido de brocado, con su cetro en la mano», parecía «el rey David» [página 360] y [página 390].

38. *La batalla de la Tercera*, de Niccolò Granello y Fabrizio Castello. Los frescos encargados para la Sala de Batallas, en El Escorial, incluyen una vista de los prisioneros capturados por la flota española en la batalla de la isla de São Miguel en 1582, atados espalda con espalda mientras sus captores se disponen a ejecutarlos por ahogamiento. También representan los daños infligidos a la Armada victoriosa, incluido su buque insignia (tanto en esta batalla como en la campaña de 1588): el San Martín [página 366].

39. El emblema de la monarquía de Felipe tras la unión de las coronas: «El mundo no basta». Esta medalla de bronce sobredorado, fundida probablemente en 1583, celebra la exitosa anexión de Portugal con una frase sobre Alejandro Magno acuñada por el poeta romano Juvenal —NON SUFFICIT ORBIS — y sitúa a Bucéfalo, el caballo que solo Alejandro podía montar, en la cima del mundo. La «nube» que divide la palabra SUFFICIT representa a Dios y recuerda a todos que incluso los conquistadores del mundo tienen limitaciones [página 367].

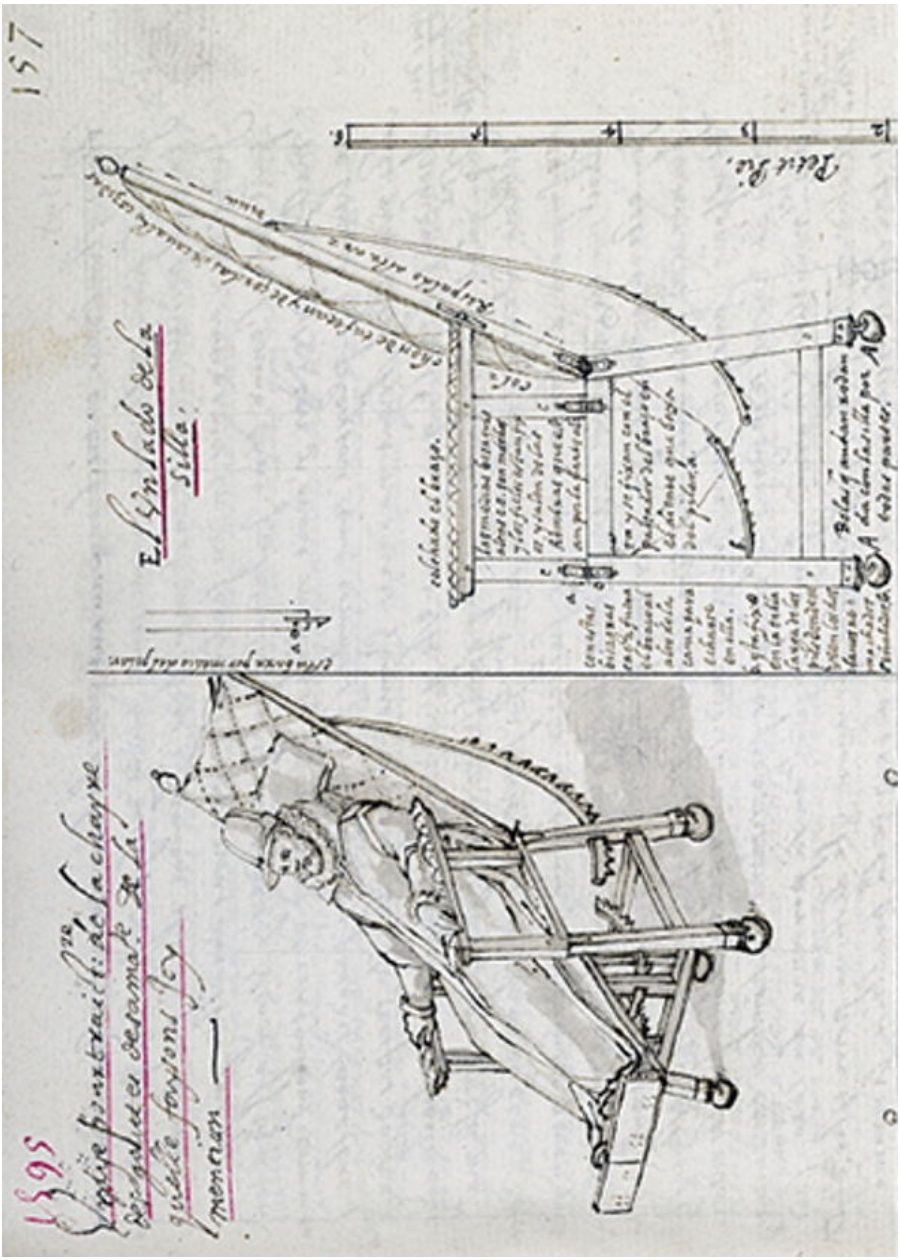
40. *Felipe II*, de Alonso Sánchez Coello, 1587. Los retratos oficiales del rey en sus últimos años suelen representarlo vestido de negro, transmitiendo su majestad no a través de los símbolos externos de la realeza, sino mediante la dignidad y la serenidad. Su único adorno aquí es la insignia de la orden del Toisón de Oro. Sánchez Coello realizó este discreto retrato de su amo, entonces con sesenta años de edad, para entregárselo al papa Sixto V, pero el gran duque Fernando de Toscana abrió el paquete y se negó a desprenderse de su contenido [página 391].



41. El estado de cuentas semanal: Felipe intenta equilibrar sus finanzas diarias, 1589. El coste de la Armada creó tales tensiones en la tesorería real que Felipe exigió que se le entregara un estado de cuentas cada sábado, indicando la cantidad de dinero disponible y los pagos que debían ser satisfechos. Todas las cantidades se daban en maravedíes, una unidad de cuenta que hace que los totales parezcan mayores —un ducado tenía cuatrocientos maravedíes—; al final de la semana, el rey solía tener en torno a veinte mil ducados a su disposición, menos de lo que costaba sostener la Armada cada día. No es de extrañar, por tanto, que luchara por encontrar la manera de retrasar algunos pagos [página 415].

42. «La Jornada de Tarazona», en Jehan Lhermite, *Le Passetemps*. En 1592, el rey, sus hijos y sus cortesanos dejaron El Escorial y se dirigieron, pasando por Segovia, Medina del Campo, Tordesillas y Simancas, a Valladolid. Desde allí, la comitiva real viajó después por Navarra y Aragón, donde el príncipe Felipe fue reconocido como sucesor y heredero, antes de regresar a Madrid. Lhermite mostró la ruta exacta que siguieron, unos ochocientos kilómetros en total, y proporcionó así una de las primeras «guías de viaje» españolas [página 446] y [página 524].

43. *Felipe II*, de Alonso Sánchez Coello, 1588. Aunque fue atribuido a Pantoja de la Cruz, la historiadora del arte María Kusche argumentó convincentemente que Sánchez Coello pintó este retrato hacia 1588, cuando el rey tenía sesenta y un años de edad [página 449]. Compárese su semblante agotado con el de Carlos V a los cincuenta y cinco años [véase lámina 8, página 78].



44. «La silla de gota de Felipe II», en Jehan Lhermite, *Le Passetemps*. Felipe vivió más tiempo que cualquier otro miembro de su dinastía, pero después de 1595 la artritis le obligó a usar prendas holgadas para aliviar la presión sobre sus articulaciones y a pasar sus días en una ingeniosa silla con distintos ajustes que le permitían estar postrado y dormitar sin tener que ponerse en pie. Desde este artilugio —en el que también era trasladado entre sus diversos palacios— Felipe siguió gobernando su imperio en todo el mundo hasta su último viaje a El Escorial en 1598 [página 449].

45. *La visión de fray Julián de Alcalá*, de Bartolomé Esteban Murillo, c. 1645. El fraile franciscano y cinco testigos de la localidad de Paracuellos de Jarama observan cómo el alma de Felipe asciende del purgatorio al paraíso en septiembre de 1603. La pintura de Murillo —perteneciente a una serie realizada entre 1645 y 1648 para el claustro de San Francisco de Sevilla— sigue meticulosamente la descripción de la visión publicada por fray Antonio Daza en 1611 [página 475].

GEOFFREY PARKER(Reino Unido, 1943).Es uno de los mayores conocedores de la historia de España de los siglos XVI y XVII. Catedrático de la Ohio State University, antes lo fue en las universidades de Illinois y en Yale, en Estados Unidos; en la Universidad de British Columbia, en Canadá, y en la de St. Andrews, en Escocia.

Es autor o editor de treinta y siete libros, entre los que se cuentan El ejército de Flandes y el camino español (1991), La gran estrategia de Felipe II (1998), La crisis de la Monarquía de Felipe IV (2006), La guerra de los treinta años (2007), Historia de la Guerra (2010), Felipe II. La biografía definitiva (2010) y La Gran Armada (2011). Es miembro de la Real Academia Hispano Americana de Ciencias, Artes y Letras de Cádiz, y se le ha concedido la Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica y la Gran Cruz de la Orden de Alfonso X el Sabio. En 2012 recibió el Premio Heineken de Historia.

Notas

[1] Rodríguez-Salgado, «Felipe II en su aniversario», p. 9. <<

[2] Gil, «John Elliott: ¿el último hispanista?», p. 345. <<

[3] IVdeDJ 61/306, 339 y 360, y BL *Addl.* 28,350/315-26; todos los billetes s. f. intercambiados entre Felipe y Hoyo sobre el zahorí fueron escritos durante el invierno de 1562-1563. Sobre «las necesarias», véase García Tapia, «El Escorial», pp. 420-421 (más ejemplos en el capítulo 6). <<

[4] Gardiner, «Prescott's most indispensable aide», p. 99, Gayangos a W. H. Prescott en 1843; Prescott, *History*, I, p. IV; Riba, p. 36, carta a Vázquez, 30 de mayo de 1576; ASVe *SDS* 20/68, Lippomano al dogo de Venecia, 14 de abril de 1587. <<

[5] Ball y Parker, *Cómo ser rey*, p. 30, Carlos a Felipe, Palamós, 6 de mayo de 1543, ológrafo. Para ejemplos de decisiones que han dejado poco o ningún rastro documental, véanse los capítulos 4 y 16. <<

[6] AGS *Estado* 153/68, 72 y 77, Velasco a Gabriel de Zayas, 27 de julio y 1 y 9 de agosto de 1571; BL, *Add.* 28,336/76, Velasco al cardenal Espinosa, 9 de agosto de 1571. <<

[7] Voltaire, *Essai*, II, pp. 431-432 (publicado en 1756); Watson, *History*, II, p. 408 (publicado en 1777). <<

[8] Bouza Álvarez, «Felipe II sube», p. 301, n.º 2, de un cartapacio de 1574 titulado «El pan quotidiano». <<

[9] Cohen, *Supreme Command*, p. 113. <<

[10] Kamen, *Felipe*, p. 340 (que cita a Fernand Braudel, *El Mediterráneo*, II, p. 795). <<

[11] AGS *Estado K* 1490/44, Felipe a Manuel Filiberto de Saboya, 22 de julio de 1557; AGS *Estado* 146/147, Gonzalo Pérez a Felipe y respuesta, 4 y [10] de abril de 1565; IVdeDJ 44/127, Felipe a Mateo Vázquez y respuesta, 16 de abril de

1575; Bouza Álvarez, *Cartas*, p. 85, Felipe a sus hijas, 1583. <<

[12] AHN, *Consejos* 4416/101, Herrera a don Luis de Salazar, 15 de diciembre de 1599. <<

[13] Vilar Sánchez, *1526*, pp. 42-43, citando a un enviado portugués que había acompañado a la novia a Sevilla. <<

[14] Brewer *et al., Letters and papers*, IV.2, 1127, Dr. Edward Lee a Enrique VIII, 30 de septiembre de 1526. <<

[15] Gonzalo Sánchez-Molero, «El príncipe», p. 886; Zúñiga, *Crónica burlesca*, p. 141 («El enperador y Felipito su hijo están buenos»). <<

[16] Rodríguez Villa, *El Emperador*, pp. 359 y 363, Salinas a Fernando, 28 de mayo y 19 de agosto de 1527. <<

[17] March, *Niñez*, I, pp. 122-123, Leonora de Castro a Carlos, 15 de noviembre de 1530; y p. 46, Pedro González de Mendoza a Carlos V, primavera de 1531. <<

[18] *Ibid.*, I, pp. 47-48, González de Mendoza a Carlos, 15 y 30 de abril y 20 de mayo de 1531. <<

[19] Gonzalo Sánchez-Molero, *Aprendizaje*, p. 182, cita de Francisco de Encinas. <<

[20] Rodríguez Villa, *El Emperador*, pp. 499-500, Salinas a Fernando, 14 de septiembre de 1530. <<

[21] Alonso Acero y Gonzalo Sánchez-Molero, «Alá», p. 119. <<

[22] Fernández de Oviedo, *Libro de la Cámara Real del Prinçipe Don Juan*, pp. 1-3. <<

[23] March, *Niñez*, I, p. 230, Zúñiga a Carlos, Madrid, 11 de febrero de 1536. <<

[24] Gonzalo Sánchez-Molero, *Aprendizaje*, p. 77, citando a Francisco de Monzón, *Libro primero del espejo del prinçipe christiano* (Lisboa, 1544). <<

[25] March, *Niñez*, I, pp. 68-70 y 72, Silíceo a Carlos, 26 de noviembre de 1535, 25 de febrero de 1536 y 19 de marzo de

1540. <<

[26] *Ibid.*, I, p. 230 y 227, Zúñiga a Carlos, 9 de febrero de 1536 y 25 de agosto de 1535, y p. 73, Silíceo a Carlos, 27 de junio de 1540. <<

[27] AGS, *CSR* 36, fol. 7. «Memoria de las cosas de oro y plata»; y Gonzalo Sánchez-Molero, *Aprendizaje*, pp. 101-102; March, *Niñez*, II, p. 344, doña Estefanía de Requesens a su madre, 28 de octubre de 1537. <<

[28] March, *Niñez*, II, p. 345, doña Estefanía a su madre, 23 de marzo de 1538. <<

[29] BL *Addl.* 28,354/51-53, 113, 176, marqués de Ladrada, a Felipe II y rescriptos, 25 de octubre y 23 de diciembre de 1570, 5 de abril de 1571; AHN *Inq*, Libro 101/695-697, licenciado Hernando Arenillas de Reynoso, fiscal de la Suprema, a Felipe, 4 de diciembre de 1594, con rescripto. <<

[30] Fernández Álvarez, *La España del Emperador*, pp. 536-537, citando las *Actas de las Cortes*. <<

[31] Gachard, «Charles-Quint», 625 n.º 1, María a Carlos, 9 de junio de 1538. <<

[32] *CDCV*, II, pp. 32-43, instrucciones fechadas el 5 de noviembre de 1539. Todas las citas siguientes vienen de esta edición. <<

[33] March, *Niñez*, I, p. 249, Zúñiga a Carlos, 25 de junio de 1541. <<

[34] *Ibid.*, I, 237, 241,247, 259 y 261, Zúñiga a Carlos, 25 de febrero y 19 de mayo de 1540, 10 de septiembre de 1543 y 4 de febrero de 1544; AGS *CSR* 36 fol. 8, pagos del 23 de diciembre de 1540. <<

[35] March, *Niñez*, I, 248-249, Zúñiga a Carlos, 25 de junio de 1541. <<

[36] Morel-Fatio, «La vie», p. 280; March, *Niñez*, I, p. 292,

Carlos a Zúñiga, 11 de noviembre de 1540. <<

[37] AGS *CSR* 106/470-471, albalá a «el bachiller Christóbal de Estrella», 4 de febrero de 1541. <<

[38] AGS, *CSR* 36, fol. 8/237v registra la compra. <<

[39] Gonzalo Sánchez-Molero, *Felipe II: la educación*, p. 605, citando un informe de Francisco de Vargas Mexía, preceptor del príncipe. <<

[40] March, *Niñez*, I, 248-9, Zúñiga a Carlos, 25 de junio de 1541; Ball y Parker, *Cómo ser rey*, pp. 65-66, Carlos a Felipe, 4 de mayo de 1543; AGS *Estado* 393/36, Zayas a Felipe II y rescripto, 17 de abril de 1576. <<

[41] AGS *CSR* 36 fol. 8, entrada correspondiente al 23 de julio de 1540 («libro de ojas»); AGS *CSR* 36 fol. 1, «Memorias de las carretas». <<

[42] March, *Niñez*, I, pp. 247, 249 y 251, Zúñiga a Carlos, 24 de marzo, 25 de agosto y 9 de octubre de 1541. <<

[43] *Ibid*., II, pp. 285 y 335, doña Estefanía de Requesens a su madre, Madrid, 9 de septiembre de 1535. <<

[44] BL, *Cotton Ms Vespasian* CVII-171-174, «Poder para Castilla» de Carlos V, 1 de mayo de 1543, copia. Carlos utiliza el plural «reyes» porque, técnicamente, compartía la soberanía con su madre, doña Juana, «reina propietaria» de Castilla desde 1504. <<

[45] *CDCV*, II, 86-87, Instrucción de Carlos a Felipe, y AGS PR 26/83, «La restricción del poder del príncipe», ambas fechadas en Barcelona, el 1 de mayo de 1543. <<

[46] Véase Ball y Parker, *Cómo ser rey*, pp. 38-83, Carlos a Felipe, Palamós, 4 de mayo de 1543, ológrafo, para todas las citas tomadas de este documento. <<

[47] *CDCV*, II, p. 179, «Bodas de Felipe»; Bouza Álvarez, *Locos*, p. 196, citando al cronista Alonso de Santa Cruz; March,

Niñez, I, pp. 262-263, Zúñiga a Carlos, 4 de febrero de 1544; y Bouza Álvarez, *Locos*, pp. 78-9, don Luis Hurtado de Mendoza, embajador español en Portugal, a Carlos, 21 de noviembre de 1544. <<

[48] Ball y Parker, *Cómo ser rey*, pp. 86-133, Carlos a Felipe, 6 de mayo de 1543, ológrafo, para todas las citas tomadas de este documento. <<

[49] Fernández Álvarez, «Las instrucciones políticas», p. 175, Francisco de Eraso a Felipe, y respuesta, 20 de febrero de 1559; DH, I, 319-322, testimonio bajo juramento de Felipe, 11 de enero de 1560; BZ 144/39, Mateo Vázquez a Felipe, y respuesta, 28 de diciembre de 1574. <<

[50] March, *Niñez*, I, p. 255, Zúñiga a Carlos, 8 de junio de 1543; Fernández Álvarez, *Felipe II*, p. 675, Tavera a Carlos, 8 de junio de 1543; March, *Niñez*, I, p. 304, Carlos a Zúñiga, 1 de mayo de 1543; *CDCV*, II, p. 157, Cobos a Carlos, 7 de agosto de 1543. Carlos expresa su aprobación el 27 de octubre de 1543: Martínez Millán, *La corte*, II, p. 102. <<

[51] *CDCV*, II, pp. 172-173 y 183, Carlos a Felipe, 27 de octubre y 15 de noviembre de 1543. <<

[52] *Ibid*., II, pp. 189-193, Felipe a Carlos, 4 de febrero 1544, borrador. <<

[53] BNE Ms 10.300/116-33, Los Cobos a Carlos, copia con fecha equivocada (pero julio de 1544). <<

[54] Chabod, «¿Milán o los Países Bajos?», p. 336, Felipe a Carlos, 14 de diciembre de 1544. <<

[55] *CDCV*, II, pp. 300-301, Felipe a Carlos, 14 de diciembre de 1544 (fechada erróneamente el 24 del mismo mes). <<

[56] March, *Niñez*, I, pp. 74-75, Silíceo a Carlos, 6 de agosto de 1543. <<

[57] AGS, CSR 36 fol. 1/28v-29, varias cédulas de julio de 1544,

Édouard, *L'empire*, pp. 29-32, y Frieder, *Chivalry*, pp. 42-48, sobre la debacle vallisoletana; AGS, CSR 36 fol. 1/85-86, cédulas del 18 de julio y 7 de agosto de 1546 para proporcionar «vino blanco para labarse Su Alteza las piernas» y un bastón, después de «un combate»; Fallows, *Jousting*, 392, citando a Luis Zapata de Chaves, *Miscellanea*. <<

[58] Gonzalo Sánchez-Molero, *La «Librería Rica»*, pp. 74-75, registra la compra de velas para leer, después de 1543. <<

[59] *Ibid*., pp. 554-555 (las obras prohibidas de Maquiavelo) y pp. 668-669. <<

[60] March, *Niñez*, I, pp. 321-322, Carlos a Zúñiga, Gante, 24 de diciembre de 1544. <<

[61] *Ibid*., I, pp. 323-326, Carlos a Zúñiga, Bruselas, 17 de febrero de 1545. <<

[62] Como José Luis Gonzalo Sánchez-Molero sugiere acertadamente en su magnífico libro *El aprendizaje cortesano de Felipe II (1527-1546): la formación de un príncipe del Renacimiento*, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, Madrid, 1999. <<

[63] Gonzalo Sánchez-Molero, *Felipe II: la mirada*, cap. 7, sobre la «rebeldía juvenil». <<

[64] Cabrera de Córdoba, *Historia*, III, p. 1270; BR Ms II-587/43, *Tratado del príncipe instruido*, compuesto hacia 1615. Véase también la reconstrucción imaginaria, pero acertada, de Domínguez, *Una diosa*. <<

[65] *CDCV*, II, p. 408, Felipe a Carlos, Valladolid, 13 de agosto de 1545. <<

[66] Gonzalo Sánchez-Molero, *El aprendizaje*, p. 166, publica un extracto de la «carta de emancipación», entregada en una ceremonia privada de investidura el 16 de septiembre de 1546. <<

[67] Kamen, *Felipe*, p. 29, Felipe a Carlos, 20 de diciembre de 1546. <<

[68] Calvete de Estrella, *Felicíssimo Viaje*, p. 607 (*Relación* de Álvarez). <<

[69] Todas las citas pertenecen a *CDCV*, II, pp. 569-601, Carlos a Felipe, enero de 1548. <<

[70] *CDCV*, II, pp. 612-615, Carlos a Felipe, Augsburgo, 9 de abril de 1548. <<

[71] Martínez Millán y Carlos Morales, *Felipe II*, p. 387, citando a Antonio Pérez y García de Loaysa. <<

[72] Calvete de Estrella, *Felicíssimo Viaje*, p. 45; AGS, *CSR* 33/7, s. fol., «Sumarios de la despensa y gasto», 1548-1551, documentos de la «Boticaria» de noviembre de 1548; Fernández Álvarez, *Felipe II*, p. 703, Raimundo de Tassis y Gonzalo Pérez a Granvela, 4 y 11 de noviembre de 1548. <<

[73] Álvarez-Ossorio Alvariño, «Ver y conocer», p. 55, Ludovico Strozzi al duque de Mantua, Génova, 1 de diciembre de 1548. <<

[74] *Ibid*., pp. 72 y 77, Strozzi al duque de Mantua, Génova, 1 y 9 de diciembre de 1548; Calvete de Estrella, *Felicíssimo Viaje*, pp. 610 y 619 (*Relación* de Vicente Álvarez). <<

[75] Morel-Fatio, «La vie», p. 285. <<

[76] Calvete de Estrella, *Felicíssimo Viaje*, p. 424 (Amberes). <<

[77] *Ibid*., p. 471. Gonzalo Sánchez-Molero, «El erasmismo», pp. 691-693, recoge la orden de sustituir la estatua, lo que convirtió a Felipe en el único gobernante europeo en erigir un monumento de este tipo a Erasmo. <<

[78] Lanz, *Correspondenz*, III, p. 17, Carlos a María de Hungría, 16 de diciembre de 1550. <<

[79] IVdeDJ 55/IX/97-98, Mateo Vázquez a Felipe y respuesta, 17 de junio de 1586. <<

[80] HHStA *Spanien: Hofkorrespondenz*, Karton 1, mappe 4/23 y 27, Felipe a Maximiliano, Toro, 16 y 25 de septiembre de 1551. <<

[81] *CDCV*, III, pp. 359-369, 377-390 y 617, Felipe a Carlos, Toro, 27 de septiembre de 1551, Madrid, 24 de noviembre de 1551 y Valladolid, 2 de septiembre de 1553; Fernández Álvarez, *Felipe II y su tiempo*, p. 761, el conde de Buendía a Felipe, 2 de septiembre de 1552. <<

[82] *CDCV*, III, p. 420, Carlos a Felipe, Innsbruck, 9 de abril de 1552. <<

[83] *Ibid.*, pp. 423-435, Felipe a Carlos, s. f. (pero contestando a la carta de Carlos del 4 de mayo de 1552); *ibid.*, IV, p. 100 n., Felipe a Andrea Doria, 12 de junio de 1552. <<

[84] RAH *Salazar y Castro, Ms* A-51/107v-8, Felipe a don Luis de Ávila, Monzón, 6 de octubre de 1552. <<

[85] AGS *Estado* 98/274-275, Memorial de Francisco Duarte, enviado a Felipe en septiembre de 1553 aunque elaborado antes de junio, mes en que Duarte abandonó los Países Bajos. <<

[86] *CDCV*, III, pp. 579-580, Carlos a Felipe, 2 de abril de 1553. <<

[87] AGS *Estado* 1498/6, documento sin título ni fecha que comienza diciendo: «Al tiempo que falesció el Rey Eduardo»; AGS *Estado* 807/29**,** Carlos a Felipe, 30 de julio de 1553. <<

[88] AGS *Estado* 807/24, Felipe a Carlos, 22 de agosto de 1553, ológrafa en respuesta a las cartas del emperador fechadas el 30 de julio de 1553. <<

[89] *CDCV*, III, pp. 636-639, Carlos a Felipe, 16 de diciembre de 1553 (pero no enviado hasta 26 de diciembre); y *CODOIN*, III, pp. 451-453, Carlos a Felipe, 21 de enero de 1554. <<

[90] Adams y Stephens, *Select Documents*, n.º 264, «Acta para el Matrimonio de la Reina María», mayo de 1554. <<

[91] AGS *Estado* 807/36bis, «Escriptura ad cautelam», 4 de enero de 1554. <<

[92] *CODOIN*, III, pp. 473-477, María a Felipe, 4 de febrero de 1554. <<

[93] *CDCV*, IV, pp. 109 y 110, Instrucciones de Felipe a Juana, 12 de julio de 1554. <<

[94] Fernández y Fernández de Retana, *España*, p. 344, Felipe a Antonio de Rojas, c. 20 de julio de 1554. <<

[95] Rodríguez-Salgado, «Los últimos combates», p. 93, Instrucciones de Carlos a Hubremont, 4 de agosto de 1554. <<

[96] Malfatti, *The accession*, pp. 141 y 144, Barahona a su tío Antonio, en forma de diario. Muchos historiadores han discutido sobre en qué lengua conversaba la pareja: Barahona la fijó por escrito. Otros detalles en Elder, *The copie*, sigs. Aiv y Bi. <<

[97] Muñoz, *Viaje*, p. 97. <<

[98] *Ibid*., p. 118 (carta de octubre de 1554), pp. 77-78 (relato de Muñoz). <<

[99] *CODOIN*, III, pp. 526-529, Ruy Gómez a Eraso, 26 y 29 de julio de 1554; BR Ms II-2257, Francisco de Ibarra a Granvela, Milán, 13 de abril de 1559. <<

[100] HHStA, *Spanien, Hofkorrespondenz,* Karton 1, Mappe 4/118, Felipe a Maximiliano, 22 de octubre de 1554, ológrafa; *CSPSp,* XIII, p. 102, Renard a Carlos, 23 de noviembre de 1554; e *ibid*., p. 124, María Tudor a Carlos, 20 de diciembre de 1554, ológrafa. <<

[101] Gachard, *Voyages*, IV, pp. 20-21 <<

[102] *CSPV*, VI parte 1.ª, pp. 147-149 y 177-179, Giovanni Michiel al dogo y al Senado de Venecia, Londres, 5 de agosto y 3 de septiembre de 1555. <<

[103] *APC*, V, 53, orden del 27 de julio de 1554. <<

[104] *CSPV*, VI parte 1.ª, pp. 176 y 190, Pole a Felipe, Richmond, 2 y 16 de septiembre de 1555, copias conservadas en un registro de cartas de Pole. (María y Marta aparecen en el Evangelio de Lucas 10: 38-42, 11:20 y 12:1-8.) <<

[105] DH, III, pp. 29-30 (interrogatorio por «abonos», pregunta 63, intervención de Carranza) y p. 186 (Felipe). <<

[106] DH, II, p. 568, testimonio de Carranza, 4 de septiembre de 1559; Duffy, *Fires of faith*, p. 7 <<

[107] DH, III, p. 23, testimonio de Carranza, y p. 185, declaración bajo juramento de Felipe II durante el proceso de Carranza, 14 de octubre de 1562; *GRM*, I, pp. 297-300, Carlos a Juana, 25 de mayo de 1558. <<

[108] Kamen, *Felipe*, pp. 60-61, citando una correspondencia del mes de septiembre de 1554. <<

[109] *GRM, Introduction*, p. 87, n.º 1, «Sommaire description» de la ceremonia. <<

[110] *Ibid*. p. 98. <<

[111] Alba, *Epistolario*, I, p. 258, Alba a Ruy Gómez, Milán, 11 de julio de 1555. <<

[112] *CODOIN,* II, pp. 430-431, Felipe a Fernando, 20 de noviembre de 1556. <<

[113] Fernández Álvarez, *Felipe II*, p. 764, Felipe a Juana, 17 de septiembre de 1556; AGS *Estado,* 112/226-229, Juana a Felipe, 21 de noviembre de 1556; *GRM*, II, pp. 184-185, cédula real de 28 de abril de 1557. <<

[114] Kervijn de Lettenhove, *Relations politiques*, I, pp. 54-59, Instrucciones a Ruy Gómez, 2 de febrero de 1557. <<

[115] BL *Addl.* 28,264/10-12v, Felipe a Manuel Filiberto, Bruselas, 27 de julio 1557, cifrado pero con posdata ológrafa del rey. <<

[116] BL *Addl.* 28,264/17-19 y 26-27, Felipe a Manuel Filiberto,

Cambrai, 6, 7 y 9 de agosto de 1557, cifradas con largas posdatas ológrafas. <<

[117] Tellechea Idígoras, *Carranza y Pole*, p. 263, Carranza a Villagarcía, 28 de agosto de 1557; AGS *Estado* 153/103, Feria a Zayas, San Lorenzo, 9 de agosto de 1571, víspera del decimocuarto aniversario de la batalla. <<

[118] Sigüenza, p. 8. Véase también capítulo 7. <<

[119] HSA *Altamira*, 7/VI/36, «Traslado de una carta que Christóbal Vázquez de Ávila escribió», 30 de agosto de 1557; *CODOIN*, II, p. 496, «Relación» enviada por Felipe a Fernando, 29 de agosto de 1557; Kamen, *Felipe*, p. 71, Felipe a Juana, 2 de septiembre de 1557. <<

[120] Cabrera de Córdoba, *Historia de Felipe II*, I, 144; Verzosa, *Anales*, pp. 62-63. <<

[121] AGS *Estado K* 1490/78, Felipe a Carlos, 28 de agosto de 1557. <<

[122] Kamen, *El enigma*, p. 60, Felipe a Manuel Filiberto, Bruselas, 21 de octubre de 1557. <<

[123] AGS *Estado* 128/326 Carlos a Felipe, Yuste, 15 de noviembre de 1557, con una posdata ológrafa; y 317, «Relación de cartas del emperador a Su Magestad». <<

[124] Kervijn de Lettenhove, *Relations politiques*, I, 116-17, Felipe a Lord Wentworth, Bruselas, 2 de enero de 1558. <<

[125] Tellechea Idígoras, *Carranza y Pole*, pp. 268-269, Carranza a Villagarcía, 20 de enero de 1558. <<

[126] Kervijn de Lettenhove, *Relations politiques*, I, pp. 120-121, Felipe a Pole, 21 de enero de 1558, e Instrucción para Feria, 28 de enero; *ibid*., pp. 153 y 191-194, Feria a Felipe, 10 de marzo y 18 de mayo de 1558. <<

[127] FCDM, AH R7-5, 9 y 10, Felipe a Feria, 18 de febrero, 17 de marzo y 5 abril de 1558, todas ológrafas. <<

[128] FCDM, AH R7-4, 6 y 9, Felipe a Feria, 30 de enero, 27 de febrero y 17 de marzo de 1558, todas ológrafas. <<

[129] *CODOIN*, LXXXVII, 40-43, Feria a Felipe, Greenwich, 1 de mayo de 1558; FCDM, AH R7-12 y 13, Felipe a Feria, 7 y 14 de mayo de 1558, ambas ológrafas. <<

[130] Brunelli, *Emanuele Filiberto*, pp. 46-47 (el «contento» de Felipe) y 72-73 (reunión del consejo). <<

[131] *Ibid.*, pp. 101-103 (26 de octubre de 1558). <<

[132] Rodríguez-Salgado y Adams, «The count of Feria's dispatch», pp. 319-320, Feria a Felipe, 14 de noviembre de 1558. <<

[133] Malfatti, *The accession*, p. 149, Juan de Barahona a su tío, 25 de octubre de 1554; Hegarty, «Carranza and the English universities», p. 160, John Jewel a Heinrich Bullinger, 20 de marzo de 1559. <<

[134] Duffy, *Fires of faith*, p. 187 <<

[135] Brunelli, *Emanuele Filiberto*, p. 109 (12 de noviembre de 1558); FCDM, AH R7-19, Felipe a Feria, 25 de noviembre de 1558, ológrafa; *GRM*, I, pp. 447-448, Felipe a Juana, 4 de diciembre de 1558. <<

[136] TR, II, p. 523, Fresneda al cardenal Caraffa, 11 de diciembre de 1558; FCDM, AH R7-27 Felipe a Feria, 27 de diciembre de 1558, ológrafa. <<

[137] AGS *Estado* 128/340, comentario de Felipe a Francisco de Eraso escrito al dorso de una carta de María de Hungría fechada el 10 de mayo de 1558. <<

[138] AGS, 26/143, poder a Ruy Gómez y al duque de Alburquerque, Londres, 13 de abril de 1557; y PR 26 29/35 codicilo firmado por Felipe, Gante, 5 de agosto de 1559. <<

[139] Aunque este capítulo contiene ejemplos de todo el reinado, se centra en el periodo anterior a 1580, cuando el rey cambió

sus métodos administrativos. El capítulo 16 analiza su estilo de gobierno durante el periodo posterior. <<

[140] París, *Négociations*, p. 49, el obispo de Limoges al cardenal de Lorena y el duque de Guisa, Gante, 27 de julio de 1559; Firpo, *Relazioni*, VIII, p. 670, notas de Donà, 1574; Íñiguez de Lequerica, *Sermones funerales*, fol. 15, sermón del doctor Aguilar de Terrones, 19 de octubre de 1598. <<

[141] FCDM, *AH,* R7-10, Felipe a Feria, 5 de abril de 1558, ológrafa; AGS *Estado* 527/5, Felipe a Gonzalo Pérez, con respuestas, 24-25 de marzo de 1565; IVdeDJ 53/VI/51, y BZ 142/9, Felipe a Mateo Vázquez, con respuestas, 15 de mayo de 1577 y 29 de noviembre de 1578. <<

[142] Álvarez-Nogal y Chamley, «Debt policy», p. 192. <<

[143] HSA *Altamira* 1/I/4, Vázquez a Felipe y rescripto, s. f. (pero 1578). Véanse otros ejemplos en *FBD*, 170. <<

[144] NA, SP 70/136 fol. 38, Henry Cobham al barón Burghley, Madrid, 14 de noviembre de 1575; ASVe *SDS* 20/68, Lippomano a Venecia, 14 de abril de 1587; Birch, *Memoirs*, p. 82, Anthony Standen a Burghley, 8 de septiembre de 1592. <<

[145] RAH, *Salazar y Castro Ms* A-51/107v-8, Felipe a don Luis de Ávila, Monzón, 6 de octubre de 1552; HSA *Altamira* 1/I/40, Bernardo de Bolea, vicecanciller de Aragón, a Felipe, s. f. (pero 1572); BL *Ms Addl.* 28,262/599-601, Antonio Pérez a Felipe y contestación, s. f. (pero 1577); Muro, *La princesa*, apéndice 36, Pazos a Felipe con rescripto, 12 de mayo de 1579; AHN *Inq* libro 249/534v-5, Felipe al obispo de Cartagena, 9 de marzo de 1588, copia de registro. <<

[146] BL *Addl.* 28,399/20, Felipe al virrey de Sicilia, 20 de enero de 1559. <<

[147] Escudero, *Felipe II*, pp. 459-460; TMLM Ms 129960, Antonio Pérez a Felipe, y contestación, 30 de noviembre de 1574; BL Eg 1506/92-94 Quiroga a Felipe, con rescriptos, 15 y

19 de noviembre de 1578. <<

[148] IVdeDJ 55/XI/149-150, Vázquez a Felipe y respuesta, 4 de agosto de 1588; BL *Addl.* 28,262/137, Felipe a Antonio Pérez, 12 de febrero de 1577. <<

[149] BL *Addl.* 28,263/7, billete de san Felipe s. f. (las dos primeras citas); Escudero, *Felipe II*, p. 477; IVdeDJ 55/X/181, Felipe al duque de Alburquerque, octubre de 1587, borrador; AHN *Inq* libro 284/107, Quiroga a Felipe, y respuesta, 21 de abril de 1577. <<

[150] DH, III, pp. 404-405, testimonio de Felipe, 13 de octubre de 1562, en el proceso de Carranza; BL *Addl.* 28,263/432, Vázquez a Felipe II y rescripto, 11 de agosto de 1587, sobre el «profeta» Piedrola. <<

[151] IVdeDJ 53/3/65 y 51/170, Vázquez a Felipe, con rescriptos, 8 de junio de 1574 y 20 de julio de 1575; IVdeDJ 56, paquete 6-2, s. fol., Hernando de Ávalos a Vázquez, con apostilla del rey, 25 de marzo de 1576. Véanse otros ejemplos en *FBD*, pp. 179-180. <<

[152] HSA *Altamira* 1/III-7, Felipe a Vázquez, Madrid, 18 de noviembre de 1573. La confusión de Felipe sobre el tema no debería sorprendernos: incluso hoy en día los economistas y los historiadores de la economía no logran ponerse de acuerdo sobre la situación económica del rey; por ejemplo, compárense los análisis —incompatibles— publicados en 2014 por Álvarez-Nogal y Chamley, «Debt policy», y Drelichman y Voth, *Lending*. <<

[153] IVdeDJ 53/4/169 y 53/3/76, BL *Addl.* 28,699/103, y Riba, pp. 105-106, Felipe a Vázquez, y respuestas, 12 de septiembre de 1575, 26 de julio de 1574, y 22 y 23 de abril de 1577. <<

[154] BZ 144/11, Vázquez a Felipe, 20 de mayo de 1574; HSA *Altamira* 5/1/13, Maximiliano de Austria a Jerónimo Gassol, Alcalá, 27 de diciembre de 1586. <<

[155] HSA *Altamira* 5/III-17, Vázquez a Juan Fernández de Espinosa, 12 de enero de 1586; BNF, *Ms. Esp*. 132/179-180, Pérez a don Juan de Vargas Mexía, 26 de enero de 1579; Herrera Oria, *Armada Invencible*, p. 152, Idiáquez y Moura a Medina Sidonia, 22 de febrero de 1588; BL *Addl.* 28,377/110v, marqués de Poza a Moura, 7 de septiembre de 1595 (contestación fechada el día 9). <<

[156] TMLM Ms 129961, Felipe a Mateo Vázquez, 3 de octubre de 1578; Tellechea Idígoras, *El ocaso*, pp. 105-107 y 286-288, «Juicio sobre Felipe II» por Caetani, Madrid, 13 de septiembre de 1598. <<

[157] París, *Dépêches*, pp. 558-560, memoria del embajador francés en España, 26 de septiembre de 1560. <<

[158] Serrano y Sanz, *Autobiografías*, pp. 199-201, «Vida y cosas notables» del doctor Diego de Simancas. Simancas estaba en lo cierto: Quiroga había apoyado a Pazos, una persona casi desconocida por el rey. Véase AHN *Inq* libro 284/71-2, Quiroga a Felipe y rescripto, 4 de marzo de 1577. <<

[159] BL *Addl.* 28,399/20, Felipe al virrey de Sicilia, 20 de enero de 1559, copia; BZ 141/108, Felipe a Mateo Vázquez, 1 de mayo de 1586. <<

[160] Escudero, *Felipe II*, pp. 531-532, Gassol a Felipe y rescripto, 14 de noviembre de 1594. <<

[161] BZ 144/33, Vázquez a Felipe y respuesta, 6 de diciembre de 1574; IVdeDJ 51/17, Felipe a Vázquez, 17 de julio de 1573; IVdeDJ 21/716, apostilla real en la carta de fray Antonio de San Pablo a Vázquez, 17 de noviembre de 1581. <<

[162] Donà, p. 350, carta a Venecia, 23 de agosto de 1571; Firpo, *Relazioni*, VIII, p. 669. <<

[163] *GCP*, I, p. 358, Gonzalo Pérez a Armenteros, 30 de mayo de 1565; AA, 56/63, Zayas a Alba, 30 de junio de 1567. <<

[164] París, *Négociations*, p. 66, el obispo de Limoges a Francisco II, 4 de agosto de 1559. <<

[165] MHSI, *Borgia*, III, p. 482, Borja a Felipe, 5 de mayo de 1559; AGS *Estado,* 148/181, el conde de Chinchón al gobernador de Milán, 12 de diciembre de 1566; AA 44/81-83, doctor Juan Milio a Juan de Albornoz, 12 de julio de 1571; Douais, II, p. 88, Fourquevaux a Catalina de Médicis, 6 de julio de 1569. <<

[166] IVdeDJ 81/1251, Requesens a Zúñiga, noviembre de 1572. Véase Janis, *Groupthink*, para los costes del «pensamiento grupal», la práctica administrativa que promovía Espinosa. <<

[167] AMAE (P) *MDFDE* 239/126-35, Felipe a Covarrubias, s. f. (pero octubre de 1572), copia; Instrucción secreta de Carlos V, 6 de mayo de 1543 (véase capítulo 1). <<

[168] BZ 144/1, Vázquez a Felipe, s. f. (pero marzo de 1573). <<

[169] *DHME*, V, pp. 57 y 81, entradas correspondientes al 7 de octubre de 1572 y al 5 de marzo de 1573; Poole, «The politics of *Limpieza de Sangre*», p. 382. <<

[170] BZ 144/16 y 141/9, y BL *Addl.* 28,263/222, Felipe a Mateo Vázquez, 6 de noviembre de 1574, 24 de julio de 1577 y 14 de abril de 1579. <<

[171] Cálculos de Rodríguez-Salgado, «The Court», p. 226, a partir del *Diurnal* de Gracián. <<

[172] BZ 44/116-117, Vázquez a Felipe, y respuesta, 28 de febrero y 3 de marzo de 1575; HSA *Altamira* 1/I/4, Vázquez a Felipe y rescripto, s. f. (pero 1578). <<

[173] *DHME*, V, pp. 42, 81 y 89, entradas correspondientes al 11 de julio de 1572 y al 5 de marzo y 5 de abril de 1573 respectivamente. <<

[174] BZ 141/11, Felipe a Vázquez, El Escorial, 25 de junio de 1577. <<

[175] *CCG*, IV, p. 558, Granvela a Maximilien Morillon, Nápoles, 11 de mayo de 1573; AA *Montijo* caja 34-1/72, Granvela al duque de Villahermosa, Roma, 13 de julio de 1576. <<

[176] BR Ms II-2291, s. fol., Pérez a Granvela, 16 de abril de 1560; Groen van Prinsterer, *Archives*, serie I, p. 426, Chantonnay a Granvela, Viena, 6 de octubre de 1565. <<

[177] París, *Négociations*, p. 562, memoria del 26 de septiembre de 1560; Douais, II, p. 338, Fourquevaux a Carlos IX, 31 de marzo de 1571; y Binchy, «An Irish ambassador», p. 371, el cardenal de Como al nuncio Ormanetto, 2 de julio de 1577. <<

[178] BR Ms II-2291/224-225, Córdoba a Granvela, 3 de septiembre de 1560; Berwick y Alba, *Documentos escogidos*, pp. 100-101, Córdoba a Alba, 1 de febrero de 1571; AA, 32/42, Córdoba al prior don Hernando de Toledo, 4 de agosto de 1574. <<

[179] BL *Addl.* 28, 350/233 y IV de DJ 61/130, Felipe a Hoyo, diciembre de 1565, y abril de 1567. <<

[180] *DHME*, V, p. 100. <<

[181] AHN *Inq* libro 100/242, Felipe a Quiroga, 1 de septiembre 1574, ológrafa; IVdeDJ 51/49, Felipe a Vázquez, 30 de agosto de 1575. <<

[182] IVdeDJ 61/19, Pedro de Hoyo a Felipe, y respuesta, 22 de mayo de 1562; BZ 144/34, Felipe a Vázquez, 10 de diciembre de 1574. <<

[183] Firpo, *Relazioni*, VIII, p. 669 (Donà); *CCG*, XI, p. 272, Granvela a Margarita de Parma, 21 de septiembre de 1584. <<

[184] BCR, *Ms.* 2417/39, Silva a Esteban de Ibarra, 13 de julio de 1589. <<

[185] Sánchez, *El monasterio de El Escorial*, pp. 207-209, cartas del prior de El Escorial, 27 de agosto y 8 de septiembre de

1572. <<

[186] Escudero, *Felipe II*, p. 457 n.º 1051, citando una «Relación» del embajador imperial Dietrichstein (1563-1572); Donà, p. 319, carta a Venecia del 3 de julio de 1571. <<

[187] Riba, pp. 105-106, Vázquez a Felipe, y respuesta, 23 de abril de 1577; IVdeDJ 68/286, Hernando de Vega a Felipe y rescripto, 22 de agosto de 1583. <<

[188] BL *Addl.* 28,263/34, Felipe a Vázquez, 23 de mayo de 1576; IVdeDJ 51/178, del mismo al mismo, 6 de mayo de 1578; Escudero, *Felipe II*, p. 574, del mismo al mismo, 3 de abril de 1574. <<

[189] ARSI, *Epistolae Hispaniae* 143/293-294v, informe ológrafo de Acosta, 16 de septiembre de 1588. <<

[190] Donà, pp. 39-40 y 198, cartas a Venecia, 6 de junio de 1570 y 4 de febrero de 1571. <<

[191] IVdeDJ 53/5/15, Vázquez a Felipe y contestación, 27 de enero de 1576; Donà, pp. 677-681, carta a Venecia, 17 de abril de 1573; IVdeDJ 60/96, Felipe a Pérez, s. f. (pero 17 de abril de 1573). <<

[192] Serrano y Sanz, *Autobiografías*, p. 198; Mosconi, *La nunziatura*, pp. 16-17, Novara a Rusticucci, 18 de octubre de 1586. <<

[193] Douais, II, pp. 18 y 21, Fourquevaux a Carlos IX y Catalina de Médicis, 18 de noviembre de 1568; Donà, 393-394, carta al dogo de Venecia, 26 de noviembre de 1571. <<

[194] Firpo, *Relazioni*, VIII, p. 257, Lorenzo Priuli en 1576; Sigüenza, p. 57. <<

[195] TMLM Ms 129978, Instrucción secreta para don Juan de Austria, 23 de mayo de 1568, borrador corregido por Felipe (con ligeras diferencias respecto a la versión publicada en Van der Hammen, *Don Juan de Austria*, fols. 42-44). <<

[196] Lhermite, *Pasatiempos*, pp. 413-414. <<

[197] *DHME*, II, p. 47, codicilo del 23 de agosto de 1597. <<

[198] *DHME*, V, pp. 37-38, *Diurnal* de Gracián, entrada del 10 de junio de 1572; BL *Addl.* 28,263/105-106, Vázquez a Felipe y rescripto, San Lorenzo, 6 de abril de 1577. <<

[199] IVdeDJ 55/IX/111, Felipe a Vázquez, 26 de julio de 1586; BZ 143/6 y 141/84, del mismo al mismo, 4 de enero de 1588 y 19 de febrero de 1586. <<

[200] ASVe, *SDS* 12/44, Morosini al dogo de Venecia, Madrid, 12 de agosto de 1579; Sigüenza, pp. 92 y 158. Sobre el arresto de don Carlos, véase capítulo 10; sobre el de Pérez, véase capítulo 14. <<

[201] AGS *Estado* 153/54, Gracián a Zayas, 9 de agosto de 1571; IVdeDJ 67/287a, Vázquez a Felipe y respuesta, 28 de junio de 1574; Bouza Álvarez, *Cartas*, p. 113, Felipe a sus hijas, 30 de marzo de 1584. <<

[202] *CODOIN*, VII, p. 366 («Memorias de San Jerónimo»). <<

[203] AGS, *CC Libros de cédulas* 321/248-9, 272-5, 184-186v, 299-301, 303; y Sigüenza, p. 69 (moriscos); Bouza Álvarez, *Imagen y propaganda*, pp. 144-146 (lugares de oración en 1574); BL Eg 1506/16-17, Felipe a Gaspar de Quiroga, obispo de Cuenca e inquisidor general, 8 de marzo de 1574. <<

[204] HSA *Altamira* 1/I/46, Diego de Covarrubias, presidente del Consejo Real, a Felipe, y rescripto, 11 de septiembre de 1577. Sobre la decisión de romper la tregua en los Países Bajos, véase capítulo 13. <<

[205] IVdeDJ 56/6/19, Vázquez a Chaves y contestación, 24 de junio de 1581; HSA *Altamira* 1/III-8, fray Diego de Chaves a Felipe, 20 de mayo de 1587. <<

[206] IVdeDJ 56/6/19, Vázquez a Chaves y respuesta, «de nuestra celda», 24 de junio de 1581; Fernández, *Historia*, pp.

278-279, Chaves a Felipe, 19 de marzo de 1592, y billete a Moura. <<

[207] Calvete de Estrella, *Felicíssimo Viaje*, p. 663, descripción de Vicente Álvarez; HSA *Altamira* 7/VI/36, «Traslado de una carta que Christóbal Vázquez de Ávila escribió», 30 de agosto de 1557. <<

[208] Sigüenza, pp. 367, 130 y 175; Estal, *Personalidad religiosa*, 159, «un diente con billete autógrafo de Felipe II». <<

[209] *PEG*, V, p. 643, y VI, p. 149, Felipe a Granvela, 24 de agosto de 1559 y 7 de septiembre de 1560; AGS *Estado* 527/5, Felipe a Gonzalo Pérez, 24-25 de marzo de 1565, todas ológrafas. <<

[210] Ejemplos de regocijo de BZ 166/92 y 100, rescripto del rey sobre cartas de Hernando de Vega a Felipe, 9 y 11 de noviembre de 1586; quejas de AHN *Inq* libro 284/96-7 (fol. moderna 107), Quiroga a Felipe y rescripto, 21 de abril de 1578; BL *Addl.* 28,262/558-9, Antonio Pérez a Felipe, s. f. (pero octubre de 1578). <<

[211] IVdeDJ 53/3/56, y 144/36, Vázquez a Felipe con respuestas, 13 de mayo y 11 de diciembre de 1574. <<

[212] BPU, *Ms. Favre* 30/73v, Felipe a don Luis de Requesens, 20 de octubre de 1573, copia de original ológrafo; IVdeDJ 37/155, Vázquez a Felipe y respuesta, 22 de enero de 1576; AHN *Inq* libro 101/325, rescripto de Felipe a una consulta del Consejo de la Suprema Inquisición, 11 de enero de 1592. <<

[213] AHN *Inq* libro 284/81 [fol. moderna 85], y BL *Eg.* 1506/94, Quiroga a Felipe y rescripto, 20 de octubre de 1577 y 19 de noviembre de 1578. Véanse los capítulos 13 y 14 sobre el papel de Quiroga a la hora de establecer la política respecto a la rebelión de los Países Bajos. <<

[214] AGS *Estado K* 1530/53bis, Felipe a don Diego de Zúñiga, su embajador en París que le había transmitido la noticia de la

matanza, 18 de septiembre de 1572; Gachard, *La Bibliothèque Nationale à Paris*, II, pp. 395-396, St.-Gouard a Carlos IX, 12 de septiembre de 1572. <<

[215] AGS, *CC, Libros de cédulas* 321/248v-249, 272-275, 284-286v («plegarias por la unión de la religión cristiana»); González-Novalín, *Historia de la Iglesia en España*, III-2, p. 21, Felipe a Pío IV y su embajador en Roma, 30 de noviembre de 1562; AGS, PR 21/133, Instrucciones de Felipe al conde de Luna, su enviado en el Concilio, 26 de octubre de 1562, añadido ológrafo. <<

[216] Fernández Terricabras, *Felipe II*, p. 105, Felipe al conde de Luna. <<

[217] *Novísima Recopilación de las leyes*, I.I.13, pragmática del 12 de julio de 1564 para Castilla; Fernández Terricabras, *Felipe II,* pp. 113 y 118, el doctor Velasco al vicecanciller de Aragón, 25 de julio de 1564 y Felipe a todos los cabildos, 4 de diciembre de 1564. <<

[218] Fernández Terricabras, *Felipe II*, pp. 123-131, instrucciones de Felipe a los comisarios; Fernández Collado, «Felipe II y su mentalidad reformadora», p. 463, Toledo a Felipe. <<

[219] AGS *Estado* 897/3, Felipe al cardenal Pacheco, 1 de enero de 1565; Fernández Terricabras, «La reforma de las órdenes», p. 193, Felipe a Requesens, mayo de 1569. <<

[220] Berwick y Alba, *Documentos escogidos*, pp. 284-286, Felipe a Granvela, 10 de julio de 1581. <<

[221] Hinojosa, *Felipe II*, pp. 106-107, don Francisco de Vargas a Felipe, 29 de diciembre de 1559; Astraín, *Historia*, III, pp. 703-708, Felipe al conde de Olivares, 9 de diciembre de 1588. <<

[222] Las cartas de Felipe a Roma a favor de sus candidatos para los beneficios de Castilla están registradas en AHN, *Consejos suprimidos: Libros de Iglesia* 1-4. <<

[223] AMAE (P), *MDFDE* 237/59, Felipe II a Olivares, 30 de septiembre de 1585; Cloulas, «La monarchie catholique», ofrece un listado de los pensionistas. <<

[224] Serrano, II, p. 515, Requesens a Felipe, 10 de diciembre de 1568; BCR, Ms 2174/76v-77, Felipe II al embajador Zúñiga, 17 de julio de 1569; y Serrano, I, p. 444, «Memorial de agravios». <<

[225] Tellechea Idígoras, *Felipe II y el Papado*, II, p. 112, Felipe a Gregorio XIII, 10 de agosto de 1580, ológrafa. <<

[226] Berwick y Alba, *Documentos escogidos*, pp. 284-286, Felipe a Granvela, 10 de julio de 1581, ológrafa. <<

[227] *BMO*, I, 42, Felipe a Alba, 22 de enero de 1570. <<

[228] AA, 7/58, Felipe a Alba, 14 de julio de 1571. <<

[229] AGS *Estado* 153/68 y BL *Addl.* 28,336/70, doctor Velasco a Zayas y a Espinosa, ambas del 27 de julio de 1571; AGS *Estado* 153/72, Velasco a Zayas, 1 de agosto de 1571; y 153/103, Feria a Zayas, 9 de agosto de 1571. <<

[230] *BMO*, I, pp. 57-62, Felipe a Alba, 4 de agosto de 1571, y Alba a Felipe, 27 de agosto de 1571. <<

[231] *CCG*, XII, 339-341, Felipe a Parma, 17 de agosto de 1585; AGS *Estado* 165/2-3, Felipe II al cardenal Alberto, 14 de septiembre de 1587, para comunicar al marqués de Santa Cruz; Oria, *La Armada Invencible*, 210-214, Felipe al duque de Medina Sidonia, 1 de julio de 1588. <<

[232] BZ 145/76, Mateo Vázquez a Felipe y respuesta, 10 de noviembre de 1588; KML *MSP: CR* 6/174, Felipe al duque de Medina Sidonia, 15 de diciembre de 1590; IVdeDJ 51/1, Vázquez a Felipe y respuesta, 8 de febrero de 1591. <<

[233] Abad, «Dos inéditos del siglo XVI», p. 332 (parece que Torres escribió este tratado entre 1559 y 1563); Márquez Villanueva, «Giovan Giorgio Trission y el soneto de Hernando

de Acuña». <<

[234] Los textos de las misas por Escobedo y Rogier, y de *Quasi stella matutina,* por De las infantas, se encuentran en Sierra Pérez, *Música*. <<

[235] *CODOIN*, III, pp. 177-178, don Juan a don García de Toledo, 17 de octubre de 1576; Porreño, *Historia*, pp. 346-347, don Juan a Margarita de Parma, 26 de octubre de 1576. <<

[236] *MHSI*, LX: *Ribadeneira*, II, pp. 492-493, Ruy Gómez al padre Pedro de Ribadeneira, Bruselas, 13 de abril de 1559; Fernández Álvarez, *La princesa*, pp. 102-105, basado en el cap. XVII del *Libro de las fundaciones* de Teresa de Jesús. <<

[237] *Álava*, p. 97, Álava a Alba, 17 de marzo de 1568; AGRB, *Audience* 1728/2/77, Alba al conde de Bossu, 29 de agosto de 1572. <<

[238] BZ 136/19, Pérez a Mateo Vázquez, 13 de noviembre de 1575 («Yo me parto […] a mi romería»); IVdeDJ 60/209-10, Pérez a Felipe, 1 de enero de 1576; HSA *Altamira*, 1/II-52 (IV), Barajas a Mateo Vázquez, 15 de diciembre de 1584; TMLM Ms 660, «Ciertas minutas de principio del año de 1587 sobre cosas de Inglaterra», borrador ológrafo de Idiáquez. <<

[239] IVdeDJ 51/31 y HSA *Altamira* 1/I/24, Vázquez a Felipe, 31 de mayo de 1574 y 13 de agosto de 1578. <<

[240] IVdeDJ 24/38, Ovando a Felipe, 16 de enero de 1574, ológrafo; *CCG*, X, pp. 331-332, Granvela a Idiáquez, 21 de agosto de 1583. <<

[241] Campanella, *Monarchie d'Espagne* (versión original italiana escrita entre 1598-1605), pp. 10-13. <<

[242] Clausewitz, *On War*, 119, 139. <<

[243] HSA, *Altamira* 5/III-14, respuesta de Vázquez, 8 de diciembre de 1585, a una carta de Juan Fernández de Espinosa.

<<

[244] Ruiz, *A king travels*, pp. 7 y 13. <<

[245] Firpo, *Relazione*, VIII, pp. 438, 507 y 866 (Soranzo, Cavalli, y Contarini). <<

[246] Brantôme, *Oeuvres complètes*, I, p. 126. Según algunos, el autor era el príncipe don Carlos. <<

[247] *DHME*, V, pp. 58-60, del *Diurnal* de Antonio Gracián. <<

[248] AGPM, *CR* 2/142v-143r, patente para Juan Bautista de Toledo, 12 de agosto de 1561 (citando una cédula fechada el 15 de julio de 1559); Gachard, *La Bibliothèque Nationale à Paris*, II, 170, St.-Sulpice a Carlos IX, 12 de junio de 1564. <<

[249] IVdeDJ 61/386 y 85-6, Felipe a Hoyo, con respuesta real, s. f. exacta (pero abril y agosto de 1565); AGS, *CSR* 247/1 fol. 126, Juan Bautista de Toledo a Hoyo, 13 de agosto de 1565, con rescripto real. <<

[250] AGS, *CSR* 133/83, Felipe II a los testamentarios de los descargos del emperador, Bruselas, 27 de julio de 1559. <<

[251] AGPM, *CR* 2/99 y 125v-126r, Felipe II al general de la orden de San Jerónimo, 16 de abril y 20 de junio de 1561; AGS, *CSR* 258/265, el general a Felipe II, 1 de enero de 1562. <<

[252] *DHME*, I, p. 12 (Villacastín, «Memorias»); BL *Addl.* 28,350/169, Felipe a Hoyo, septiembre de 1564. <<

[253] *DHME*, III, incluye la «Cédula por la cual Su Majestad altera algunos capítulos de los de la instrucción que tiene dada para la obra del monasterio de Sant Lorenzo el Real» y la «Instrucción para el gobierno y prosecución de la fábrica y obra de Sanct Lorenzo el Real» de 1569; en esta última, entre otras cosas, otorgaba al prior de San Lorenzo el poder de despedir a los aparejadores que no cumplieran sus órdenes. <<

[254] *CODOIN*, VII, pp. 163-164, «Memorias» de San Jerónimo;

DHME, I, p. 20; Sigüenza, p. 452. <<

[255] Wilkinson Zerner, *Juan de Herrera*, p. 54. <<

[256] AGS *Estado* 153/54 y 77, Antonio Gracián y doctor Velasco a Zayas, ambas fechadas el 9 de agosto de 1571. <<

[257] Mulcahy, *Philip II*, p. 50. <<

[258] Eliot, *Ortho-epia Gallica*, pp. 44-45; Howell¸ *Epistolae,* sección III, pp. 115-117, a sir T. S., s. f. (pero 9 de marzo de 1623). <<

[259] Lhermite, *El Pasatiempos*, pp. 376-381, Villacastín a Lhermite, 4 de marzo de 1600, seguido de los propios cálculos de Lhermite. <<

[260] AGS, *CC* 409/26, fray Hernando de Ciudad Real a Felipe II, 9 de noviembre de 1571, con apostillas reales. <<

[261] *CODOIN*, VII, p. 141 (San Jerónimo). <<

[262] Aguiló Alonso, *Orden y decoro*, pp. 123-202; García Tapia, «El Escorial», pp. 420-421. <<

[263] *CODOIN*, VII, p. 20, observación de fray Marcos de Cardona; IVdeDJ 61/1, Felipe a Hoyo, s. f. (pero probablemente mayo de 1563). <<

[264] BZ 146/69, Felipe a Hoyo, s. f. (pero 1567). <<

[265] IVdeDJ 61/7, Felipe a Hoyo, 26 de diciembre de 1561; AGPM, *CR* 2/254, cédula de Felipe II, 8 de noviembre de 1562; Wilkinson Zerner, «Construcción de una imagen», p. 332. <<

[266] IVdeDJ 61/105, Felipe II a Hoyo, 10 de febrero de 1566; *CODOIN*, VII, p. 157, «Memorias» de San Jerónimo. <<

[267] IVdeDJ 7/113, don Luis Osorio a Mateo Vázquez, 13 de diciembre de 1584, con rescripto real; AGP, *CR* 7/66v, orden de 19 de marzo de 1588. <<

[268] Sigüenza, p. 102; Lhermite, *El Pasatiempos*, pp. 103-104. <<

[269] Laguna, *Pedacio Dioscorides* (Amberes, 1555) y Franco, *Libro de enfermedades* (Sevilla, 1569), ambos citados en López Piñero, *Historia de la ciencia*, pp. 91-92. <<

[270] Puerto Sarmiento, «Los "destilatorios"», pp. 434-436, cita las cédulas reales; Sigüenza, p. 392. <<

[271] IVdeDJ 61/306, 339 y 360, y BL *Addl.* 28,350/315-326, todos ellos billetes s. f. intercambiados entre Felipe y Hoyo durante el invierno de 1562-1563. <<

[272] López Piñero, *Historia de la ciencia*, pp. 47-48 (Ondériz), 289-291 (Zúñiga). <<

[273] Véase capítulo 5 sobre la *Biblia Regia*; y Marías Franco, «Felipe II y los artistas», y Ramírez, *Dios Arquitecto*, pp. 215-241 y 249-251, sobre el interés de Felipe por *In Ezechielem explanationes*. <<

[274] Van't Hoff, *Jacob van Deventer*, p. 36, cédula de Felipe II, 1559. <<

[275] BNE Ms 5589/64, «Ynterrogatorio»; AGS *Estado* 157/104, «Instrución y memoria de las relaciones que se han de hazer y embiar a Su Magestad para la descripción y historia de los pueblos de España»; y *Estado,* 157/103, Felipe II al corregidor de Toledo, octubre de 1575, minuta <<

[276] Rodríguez, *Álava*, p. 181, Felipe II a don Francés de Álava, 28 de mayo de 1567. <<

[277] AGP, *CR* 6/210-212, cédulas para Lavanha, Ondériz y Georgio, todas del 25 de diciembre de 1582. <<

[278] Herrera, *Institución de la Academia Real Mathemática*, pp. 1, 4 y 19. <<

[279] IVdeDJ 61/131, Pedro de Hoyo a Felipe y rescripto, s. f. (pero 1561); Riba, p. 207, Felipe a Vázquez, con rescriptos, 21 de junio de 1579. <<

[280] Bouza Álvarez, *Cartas*, p. 14 n.º 27, publica la *Orden*

presentada por Mendoza en 1583. <<

[281] Escudero, *Felipe II*, p. 576, Felipe a Mateo Vázquez, 10 de agosto y 21 de mayo de 1578; IVdeDJ 51/172, del mismo al mismo, 26 de mayo de 1578. <<

[282] NA, SP 94/1 fol. 9, Zayas a Antonio de Guaras, 7 de octubre de 1577; IVdeDJ 55/IX/155, Felipe a Vázquez, 8 de noviembre de 1586. <<

[283] Lhermite, *El Pasatiempos*, pp. 449-454 <<

[284] BL *Addl.* 28,699/114, Vázquez a Felipe II, con rescripto, 2 de mayo de 1577. <<

[285] FCDM, AH R7-5, Felipe a Feria, 18 de febrero de 1558; *PEG*, V, p. 491, Felipe a Ruy Gómez, 19 de febrero de 1559. <<

[286] IVdeDJ 53/5/140 y 53/6/39, Vázquez a Felipe II, con rescriptos, 14 de julio de 1576 y 13 de julio de 1577. <<

[287] *CODOIN*, VII, 385; Martínez Hernández, *El marqués de Velada*, 334-336; Bouza Álvarez, *Cartas*, 91, Felipe a las infantas, 17 de septiembre de 1582, y nota 196. <<

[288] IVdeDJ 51/189, Vázquez a Felipe, 20 de abril de 1586, y respuesta; Bouza Álvarez, *Cartas*, p. 181, Felipe a Catalina, 10 de junio de 1591. <<

[289] Bouza Álvarez, *Cartas*, pp. 47, 61, 66 y 113, Felipe a las infantas, 26 de junio y 23 de octubre de 1581, 15 de enero de 1582 y Semana Santa de 1584. <<

[290] Riba, p. 179, Felipe II a Vázquez, s. f. (pero 1578); IVdeDJ 55/XI/121-122, Vázquez a Felipe II y respuesta, 27 de julio de 1588. <<

[291] AGS *Estado* 946/141a, Felipe II al conde de Olivares, embajador en Roma, 31 de marzo de 1585. <<

[292] *DHME*, V, p. 27; IVdeDJ 55/IX/93, Vázquez a Felipe II y respuesta, 8 de diciembre de 1586; Bouza Álvarez, *Cartas*, p.

85, Felipe a las infantas Isabel y Catalina, San Lorenzo de El Escorial, 1583. <<

[293] Bustamante García, «La arquitectura de Felipe II», p. 492, cursiva añadida. <<

[294] Kamen, *Felipe*, pp. 55, 92, 234. <<

[295] Smith, *Vita*, pp. 38-39, parte de la oración fúnebre por Magdalena, vizcondesa de Montague, de soltera Dacre, publicada en latín en 1609 por su capellán, a quien confesó estos detalles. Puesto que ella se casó en 1556, el suceso tuvo que acontecer en 1554 o 1555. En el original se lee *«vbi* faciem *suam forte ipsa lauabat»*, donde la palabra *facies* puede significar tanto «cara» como «figura». <<

[296] Firpo, *Relazioni*, VIII, pp. 438-439, Soranzo, enero de 1565; Gachard, *Bibliothèque Nationale à Paris*, II, p. 177, St.-Sulpice to Charles IX, 7 de octubre de 1564. Ruy Gómez podría estar refiriéndose a doña Isabel Osorio. <<

[297] Belda, «Carta», pp. 474-475, Zúñiga a Felipe II, 3 de diciembre de 1578. Zúñiga, nacido en 1536, era hijo del homónimo ayo de Felipe y pasó mucho tiempo en la corte del rey, en España y en Flandes, hasta su salida para Italia en 1567. <<

[298] Valente, *Un dramma*, pp. 7-8, el caballero Bondi al cardenal Farnesio, 8 de febrero de 1586. <<

[299] *Relación de la Felicíssima Armada*, copia comentada por Burghley en la BL 192, fol. 17 (I); Yale University, Beinecke Library, *Osborn Shelves*, fol. 20; João de Teixiera, «The Anatomie of Spayne», p. 65. <<

[300] AGS *Estado* 128/378, Felipe a Juan Vázquez de Molina, 9 de diciembre de 1558, posdata ológrafa; FCDM, AH R7-19, Felipe a Feria, 25 de noviembre de 1558; Fernández Álvarez, *Tres embajadores*, pp. 215-219, Felipe a Feria, 28 de diciembre de 1558. <<

[301] *CODOIN*, LXXXVII, pp. 80-85, Feria a Felipe, 21 de noviembre de 1558. <<

[302] FCDM, AH, R7-19, Felipe a Feria, 25 de noviembre de 1558; *CODOIN*, LXXXVII, pp. 83 y 93, Feria a Felipe, 21 de noviembre y 14 de diciembre de 1558. <<

[303] Fernández Álvarez, *Tres embajadores*, pp. 215-219, Felipe a Feria, 28 de diciembre de 1558; Hatfield House, *Cecil Papers*, 133/188, Felipe a Isabel, 27 de diciembre de 1558. <<

[304] Véase, por ejemplo, NA SP 70/2 fol. 49, Felipe a Isabel, 20 de enero de 1559. <<

[305] *CODOIN*, LXXXVII, p. 111, Feria a Felipe, 29 de diciembre de 1558. <<

[306] González, «Apuntamientos», pp. 157-159, Felipe a Feria, 10 de enero de 1559. <<

[307] FCDM, AH R7-1 y 21, Felipe a Feria, 10 y 28 de enero de 1559, ológrafa. <<

[308] *CODOIN,* LXXXVII, pp. 133-134, «puntos» de Feria para ser transmitidos a Felipe. <<

[309] *Ibid.*, p. 141, Felipe a Feria, 23 de marzo de 1559. <<

[310] Brunelli, *Emanuele Filiberto*, pp. 101-103. <<

[311] *PEG*, V, pp. 585-587, Granvela a Feria, 3 de abril de 1559. <<

[312] FCDM, AH R7-23, Felipe a Feria, 21 de marzo de 1559, ológrafa. <<

[313] Tellechea Idígoras, *El Papado*, I, pp. 85-86, Paulo IV a Felipe, 6 de mayo 1559 <<

[314] FCDM, AH R7-22, Felipe a Feria, 11 de febrero de 1559, ológrafa; *PEG*, V, 606, Felipe a Granvela, 24 de junio de 1559. <<

[315] BR Ms II-2320/124, Granvela a Juan Vázquez de Molina, 21 de julio de 1559. <<

[316] NA SP 70/6 fol. 29, Challoner a Isabel, Flesinga (Vlissingen), 3 de agosto de 1559, borrador. <<

[317] AGS *Estado* 137/227, Juana a Felipe, 14 de julio de 1559, descifrado con comentario ológrafo del rey. <<

[318] AGS, PR 26/169-170, Instrucción de Felipe a Ruy Gómez y al doctor Velasco y carta a Juana, ambos del 23 de julio de 1559. <<

[319] *GRM*, I, pp. 444-446, Quijada a Felipe, 28 de noviembre de 1558. <<

[320] *PEG*, V, pp. 628-630, Felipe a Granvela, 29 de julio de 1559. <<

[321] *Ibid.*, p. 643, Felipe a Granvela, 24 de agosto de 1559. <<

[322] TR, IV, pp. 318-323, Valdés a Felipe II, 14 de mayo de 1558. <<

[323] *Ibid.*, pp. 434-436, Felipe a Valdés y la Suprema, y *GRM*, I, p. 302 n.º 1, Felipe a Juana, ambos «del Campo», 6 de septiembre de 1558. <<

[324] González Novalín, *Inquisidor General*, II, pp. 214-221, Valdés a Paulo IV, 9 de septiembre de 1558, junto con la «relación». <<

[325] AGS PR 29/33, testamento de Felipe, Londres, 2 de julio de 1557, nombrando «la persona que yo oviere proveído por arzobispo de Toledo» para «la administración y gobierno general» de España, y para «regir y gobernar la persona del dicho príncipe» don Carlos. <<

[326] TR, IV, pp. 589-590, Felipe a Juana, s. f. (pero noviembre de 1558), copia. <<

[327] *Ibid.*, pp. 687-691, fray Hernando de San Ambrosio a Carranza, Bruselas, 5 de abril de 1559; DH, V, p. 183, Felipe a Carranza, Bruselas, 4 de abril de 1559, copia. <<

[328] TR, IV, pp. 680-683, Carranza a Felipe, borrador ológrafo,

s. f. <<

[329] *Ibid.*, pp. 600-601, breve de Paulo IV a Valdés, 7 de enero de 1559; y pp. 763-765, la Suprema a Felipe, Valladolid, 16 de mayo de 1559. <<

[330] *Ibid.*, pp. 831-832, Felipe a la Suprema, Bruselas, 26 de junio de 1559. <<

[331] *Ibid.*, p. 889, Juana a Carranza, 3 de agosto de 1559. <<

[332] TR, IV, pp. 696-697, Mandamiento de Valdés a la Universidad de Alcalá, 11 de abril de 1559. <<

[333] Serrano y Sanz, *Autobiografías*, p. 157, relato de Diego de Simancas; Cabrera de Córdoba, *Historia*, I, 202. <<

[334] TR, IV, pp. 969-972, Pragmática del 22 de noviembre de 1559 (más tarde, Ley XXV de la Recopilación). <<

[335] *Ibid.*, pp. 953-954 y 995-996, Feria al obispo Quadra, Malinas, 4 de octubre de 1559 y 21 de enero de 1560. <<

[336] DH, II, p. 358, acusaciones de Carranza contra Valdés, 4 de septiembre de 1559. <<

[337] DH, V, pp. 336-338, respuesta de Carranza a los nuevos cargos presentados por el fiscal, 8 de enero de 1563. *Ibid.*, III, publica todas las «Testificaciones de tachas, indirectas y abonos». <<

[338] RAH *Proceso Carranza* 9/1804 [tomo XII], fol. 83v, testimonio de Felipe, 12 de enero de 1560. <<

[339] DH, III, pp. 404-405, testimonio de Felipe, 13 de octubre de 1562. <<

[340] *Ibid.*, III, pp. 182-188, respuestas de Felipe, 14 de octubre de 1562, donde se citan los fragmentos de apertura y cierre y las respuestas de Felipe a las preguntas 40, 42, 46 y 52. <<

[341] Tellechea Idígoras, *Felipe II y el Papado*, II, pp. 44-45, 48 y 80, Felipe II a Gregorio XIII, s. f. (pero primavera de 1574), 21 de julio de 1574, ológrafa, y 11 de junio de 1576. <<

[342] Cabrera de Córdoba, *Historia*, I, p. 204; *GRM*, II, 465-469, Juana a Carlos, 8 de agosto de 1558. <<

[343] *GRM*, I, pp. 449-450, Quijada a Felipe, 13 de diciembre de 1558; AGS *Estado* 128/28, Felipe a Quijada, minuta, s. f., aparentemente dictada a Francisco de Eraso y enmendada por este. <<

[344] Gachard, *Don Juan*, pp. 51-52. <<

[345] Fernández de Retana, *España en tiempos de Felipe II*, I, p. 602; Alvar Ezquerra, *Felipe II*, p. 12, citando a Horozco. <<

[346] *PEG*, V, 673, Felipe a Granvela, 27 de diciembre de 1559; Alvar Ezquerra, *Felipe II*, p. 19, cédula real del 8 de mayo de 1561. <<

[347] AGPM, *CR* 1/242 y 2/36-38v, cédulas de Felipe, 14 de febrero de 1556, 22 de junio de 1557; y 2/52v-55, Felipe a Gaspar de Vega, 15 de febrero de 1559; Gerard, *De castillo a palacio*, pp. 12 y 73. <<

[348] *CODOIN*, XCVIII, pp. 53-54, «Las condiciones con que verná S. M. en la tregua», 5 de marzo de 1559; *ibid*. pp. 57-59, Felipe al conde de Luna, su embajador en la corte imperial, s. f. (pero abril de 1559), revocando su encargo de negociar la tregua; AGS *Estado* 1210/91, Felipe al gobernador de Milán, 8 de abril de 1559; AGS *Estado* 1124/278-302, Instrucciones de Felipe a sus ministros en Italia, 15 de junio de 1559. <<

[349] BNE Ms 5938/440-441v, «divisa» de Gabriel Rincón; Mameranus, *Carmen Gratulatorium*, ejemplar que todavía se encuentra en la Biblioteca de El Escorial. <<

[350] BR Ms II-2319/16, Pérez a Granvela, 6 de junio de 1560. <<

[351] París, *Négociations*, p. 555, Laubespine a Catalina de Médicis, 26 de septiembre de 1560. <<

[352] *CMPG*, II, pp. LXII-LXIII, Felipe a Margarita de Parma, 15 de

julio de 1562. <<

[353] AGRB *Audience* 475/84, Josse de Courtewille a Viglius, Madrid, 24 de mayo de 1563. <<

[354] BMB *Ms Granvelle* 8/189, Pérez a Granvela, 19 de febrero de 1564. <<

[355] IVdeDJ 61/1, Pedro de Hoyo a Felipe, s. f. (pero probablemente mayo de 1562). <<

[356] *PEG*, V, p. 674, Felipe a Granvela, 27 de diciembre de 1559; BR Ms II-2249, s. fol., Gonzalo Pérez a Granvela, 19 de noviembre de 1560; *PEG*, VI, p. 166, Granvela a Felipe, 12 de septiembre de 1560. <<

[357] Japikse, *Correspondentie*, I, pp. 143-144, Egmont a Orange, 1 de julio de 1559. <<

[358] Tellechea Idígoras, *Felipe II y el Papado*, I, p. 44, Felipe a Paulo IV, Bruselas, 24 de abril de 1559, carta ológrafa. <<

[359] AGRB, *Audience* 478/59-63, Instrucciones de Hornes a Alonso de Laloo, 12 de enero de 1567; [Strada], *Supplément*, II, pp. 267-268, Hornes a Eraso, 19 de diciembre de 1561. <<

[360] BNF, *Ms. F. f*, 15,587/3-7, memorial del obispo de Limoges, citando el análisis de François Baudouin, 1563. <<

[361] *CODOIN*, IV, p. 307, Felipe a Margarita, 23 de abril de 1564. <<

[362] AGRB, *Audience* 779/30, minutas de la reunión del Consejo de Estado, Bruselas, 24 de marzo de 1564. <<

[363] *CCG*, I, p. 27, el secretario Bave a Granvela, 4 de diciembre de 1565. <<

[364] AGRB *Audience* 779/120, minutas del Consejo de Estado, Bruselas, 26 de enero de 1565, en las que se informa de «*nouvelles de Constantinople*» recibidas a través de Venecia. <<

[365] *CMPT*, II, 51-53, memorial de Egmont a Felipe, 24 de marzo de 1565; AGS *Estado* 527/5, Felipe a Pérez, 24 de marzo

de 1565. <<

[366] AGS *Estado* 527/5, Felipe a Pérez, con respuestas, 24-25 de marzo de 1565. <<

[367] AGS *Estado* 527/4, Instrucción al conde de Egmont, 2 de abril de 1565. <<

[368] *PEG*, IX, p. 275, Granvela a Polweiler, 12 de junio de 1565; *GCP*, I, p. 349, Egmont a Felipe, 9 de abril de 1565. <<

[369] González Palencia, *Gonzalo Pérez*, II, p. 474, y AGS *Estado* 146/147, Pérez a Felipe y respuesta, 4 y 10 de abril de 1565. <<

[370] Wauters, *Mémoirs*, p. 268, relato de Hopperus sobre el informe de Egmont al Consejo de Estado, 5 de mayo de 1565. <<

[371] *CMPT*, I, p. 59, Margarita a Felipe II, 22 de julio de 1565; *Cahier van der Essen* X/19, Armenteros a Pérez, 10 de octubre de 1565. <<

[372] González Palencia, *Gonzalo Pérez*, II, p. 536, Pérez a Felipe, 3 de septiembre de 1565, con rescripto. <<

[373] Rodríguez-Salgado, «Amor, menosprecio y motines», p. 218, Guzmán de Silva a Ruy Gómez, 24 de noviembre de 1565. <<

[374] *CMPT*, II, p. 258, Margarita a Felipe, 19 de julio de 1566. <<

[375] UB, Leiden *Hs Pap* 3/2, Alonso de Laloo al conde de Hornes, Segovia, 3 de agosto de 1566. <<

[376] *CMPT*, II, pp. 269-274, Felipe a Margarita, 31 de julio de 1566; AGS *Estado* 531/52-53, «Registro de la scriptura que Su Magestad otorgó en el Bosque de Segouia a 9 de agosto de 1566»; Serrano, I, pp. 316-17, Felipe a don Luis de Requesens, su embajador en Roma, 12 de agosto de 1566; *CMPT*, II, 313-315, Felipe a Margarita, 9 de agosto de 1566. <<

[377] Gilles de Pélichy, «Contribution», pp. 105-106, Egmont a

Felipe, 29 de agosto de 1566; AGS *Estado* 530, s. fol., Margarita a Felipe, 27 de agosto de 1566; y *CMPT*, II, pp. 326-332, del mismo al mismo, 27 y 29 de agosto de 1566. <<

[378] UB, Leiden *Hs Pap* 3/4 y 5, Laloo a Hornes, Segovia, 20 y 26 de septiembre de 1566. Aunque descendiente de españoles, Laloo había nacido en los Países Bajos. <<

[379] IANTT, *TSO: CG*, Livro 210/14v, Pereira al rey Sebastián, Segovia, 23 de septiembre de 1566; *Cahier van der Essen*, XXXIV/18-19, Miguel de Mendivil a Margarita de Parma, 22 de septiembre de 1566. <<

[380] Cabrera de Córdoba, *Historia*, I, pp. 358-363, y Osorio, *Vida y hazañas*, pp. 331-342, describieron el debate en el Consejo de Estado reunido el 22 de octubre de 1566. <<

[381] La Roca, *Resultas*, 85-7, una consideración ejemplar de la decisión real. <<

[382] HSA Ms B 2010, Alba a «Vuestra Señoría Ilustrísima» (seguramente Espinosa), «Aranjuez, miércoles a las 8 de la noche» (16 de abril de 1567). <<

[383] AA, Caja 5/69, Felipe a Alba, Madrid, 7 de agosto de 1567. <<

[384] Berwick y Alba, *Documentos escogidos*, p. 81, Alba al obispo de Orihuela, 18 de septiembre de 1567, minuta; *Epistolario*, I, p. 694, Alba a Felipe, 24 de octubre de 1567. <<

[385] *Epistolario*, I, p. 694, apostilla real sobre la carta de Alba a Felipe, 24 de octubre de 1567; Serrano, II, p. 204, Felipe a Pío V, 22 de septiembre de 1567. <<

[386] *CODOIN*, CI, pp. 277-279, Felipe a Chantonnay, 26 de septiembre de 1567. <<

[387] *ADE*, VII, pp. 235-237, parecer de Alba, 11 de abril de 1565. <<

[388] Heredia Herrera, *Catálogo*, I, p. 118, consulta del Consejo

de Indias, y rescripto, 12 de mayo de 1565. Véase Thomas, *Señor del mundo*, cap. 12, sobre la expedición de Menéndez. <<

[389] AGS *Estado*, 16/213-216, «Coniuración del Marqués del Valle y otros cavalleros en las Indias de alçarse con la Nueva España»; AGI *Justicia*, 997 n.º 4, r. 3, proceso de don Gonzalo de Zúñiga como socio de Aguirre, Madrid, 12 de septiembre de 1562; AGI *Patronato* 29 r. 13, «Relación muy verdadera de todo lo sucedido», y r. 18, Juan de Vargas Zapata a Diego de Vargas, Puerto Rico, 1 de agosto de 1562; *CODOIN América*, IV, pp. 191-282, «Relaciones» de la rebelión de Aguirre. Véase también, sobre Aguirre, Thomas, *Señor del mundo*, cap. 16. <<

[390] IANTT, *TSO: CG*, Libro 210/51v-53, Pereira al rey Sebastián, 23 de marzo de 1567; Douais, I, 191, a Carlos IX, 15 de marzo de 1567. <<

[391] AGI *Patronato* 208 r. 4, Instrucción de Felipe II a sus comisionados, copia, mayo de 1567; AGS *Cámara de Castilla, Diversos* 6/50, «Las personas que están pressos en la cárcel real» (s. f., pero situado en torno a 1569). Véase sobre la misteriosa «conjuración del marqués del Valle», Thomas, *Señor del Mundo*, cap. 7. <<

[392] *CODOIN*, CI, pp. 357-358, Felipe a Luis Vanegas de Figueroa, su enviado especial al emperador Maximiliano II, 28 de enero de 1568, minuta. <<

[393] HHStA, *Spanien Hofkorrespondenz* Karton 1 Mappe 3/161 y 4/27 y 129, Kamen, *Felipe*, p. 63, Felipe a Maximiliano, 12 de junio de 1550, 25 de septiembre de 1551, 24 de abril y 17 de julio de 1555. <<

[394] *CODOIN*, CIII, pp. 257 y 251, Felipe a Luis Vanegas, 2 de agosto, y a Vanegas y a Chantonnay, 31 de julio de 1569. <<

[395] *CODOIN*, XXVI, pp. 563-564, Vanegas a Felipe, 30 de septiembre de 1567; *CODOIN*, CX, p. 78, Felipe a Monteagudo, 29 de septiembre de 1570. <<

[396] Galende Díaz y Salamanca López, *Epistolario*, pp. 246-247 y 263-265, María a Felipe, 3 de septiembre y 29 de noviembre de 1573. Los editores transcribieron «vos» en todas las cartas de la emperatriz a su hermano, cuando los documentos dicen «v. al», es decir, «Vuestra Alteza» (para todos los hijos de Carlos V, «Su Majestad» siempre se refería a su padre). <<

[397] *CDCV*, IV, p. 40, Carlos a Felipe, 30 de abril de 1554. <<

[398] Ruiz Gómez, «Princesses and nuns», p. 36 citando a la historia de las Descalzas por Juan Carrillo en 1616. <<

[399] DH, III, pp. 407-408, testimonio de Juana, 26 de octubre de 1562. <<

[400] IANTT *TSO: CG* 210/136-138, Pereira al rey Sebastián, hijo de Juana, 19 y 21 de enero de 1568; González de Amezúa, *Isabel*, III, p. 412, Juana a Catalina de Médicis, 2 de mayo de 1569. <<

[401] BL *Addl.* 28,354/542, Felipe al marqués de Ladrada, 20 de diciembre de 1572; Sigüenza, *La Fundación*, p. 46, repitiendo la narración de fray Juan de San Jerónimo: *CODOIN*, VII, p. 89. <<

[402] González de Amezúa, *Isabel*, I, pp. 229-37, y III, pp. 515-20, da detalles sobre los entretenimientos de la reina. <<

[403] París, *Négociations*, pp. 807-808, Madame de Vineux a Catalina, 31 de enero de 1562; Firpo, *Relazioni*, VIII, p. 396, relación de Paolo Tiepolo, 19 de enero de 1563. <<

[404] Rodríguez-Salgado, «Una perfecta princesa», II, p. 85, Pereira a Sebastián, 21 de junio y 7 de agosto de 1563. <<

[405] González de Amezúa, *Isabel*, III, pp. 231-233, St.-Sulpice a Catalina, Monzón, 25 de noviembre de 1563. <<

[406] AGS PR 30/28, testamento ológrafo de Isabel, firmado el 27 de junio de 1566. <<

[407] Douais, I, p. 6, Fourquevaux a Catalina, 3 de noviembre de

1565; González de Amezúa, *Isabel*, II, nota 31, Fourquevaux a Carlos IX, 26 de agosto de 1566. <<

[408] Douais, I, p. 51, Fourquevaux a Catalina, 4 de febrero de 1566. <<

[409] Cabié, *Ambassade*, 432-433, «Notes diverses», septiembre y octubre de 1566; Douais, I, pp. 110-112 y 117-118, Fourquevaux a Catalina, 18 y 26 de agosto de 1566. <<

[410] González de Amezúa, *Isabel*, III, pp. 378-90, descripción de la enfermedad y muerte de la reina. <<

[411] *Ibid.,* II, 533 n., Felipe a Catalina de Médicis, 28 de junio de 1569. <<

[412] Tellechea Idígoras, *El Papado y Felipe II*, I, pp. 199-202, Pío V a Felipe, 20 de diciembre de 1568, ológrafa. <<

[413] AA, 7/75, Felipe a Alba, 14 de abril de 1569, ológrafa. <<

[414] Berwick y Alba, *Documentos escogidos*, pp. 99-103, don Diego de Córdoba a Alba, 1 de febrero de 1571. <<

[415] BL *Addl.* 28,354/51-52, Ladrada a Felipe y rescripto, 25 de octubre de 1570. <<

[416] *CODOIN*, XLI, p. 245, Zayas a Arias Montano, 21 de abril de 1571; BL *Addl.* 28,354/230, 240 y 294, Felipe a Ladrada, El Escorial, 10 de junio. 12 de julio y 24 de noviembre de 1571; AA, 44/84, doctor Milio a Juan de Albornoz, Madrid, 4 de diciembre de 1571. <<

[417] AGP, 3/360v-361r, cédulas reales de 12 de julio de 1572. <<

[418] Firpo, *Relazioni*, VIII, p. 721, relación de Alberto Badoero, finales de 1578. <<

[419] BL *Addl.* 28,354/240 y 422, rescripto de Felipe a Ladrada, 10 de julio de 1571 y 12 de julio de 1572. <<

[420] BL *Addl.* 28,354/314, 335-337, 476 y 542, Felipe a Ladrada, 17 y 28 de diciembre de 1571, 26 de septiembre y 20

de diciembre de 1572. <<

[421] BL *Addl.* 28,354/490 y 492, Felipe a Ladrada y rescripto, 2 y 4 de octubre de 1572. <<

[422] BL *Addl.* 28,354/25-26, Espinosa a Ladrada, 11 de abril de 1570; y 394-395, Felipe a Ladrada, 17 de mayo de 1572; BL *Addl.* 28,342/322, Felipe a fray Buenaventura de Santibáñez, 27 de mayo de 1581. Sobre la educación de las infantas, véase Gonzalo Sánchez-Molero, «L'educazione devozionale delle Infante». <<

[423] IVdeDJ 51/170 y 21/576, Vázquez a Felipe y rescripto, Madrid, 20 y 21 de julio de 1575. <<

[424] *El oro y la plata*, p. 663, Felipe a Francisco de Garnica, s. f. (pero 1575); Sigüenza, *La Fundación*, p. 61. <<

[425] IVdeDJ 22D carpeta 30, Niño a Vázquez, 11 de octubre de 1577. <<

[426] Bouza Álvarez, *Cartas*, p. 88, Felipe a las infantas, 30 de julio de 1582. Sobre la actividad epistolaria de Catalina, véase Río Barredo y Sánchez, «Le lettere». <<

[427] *Ibid.*, pp. 77, 85 y 113, Felipe a las infantas, 19 de marzo y 4 de junio de 1582 y Semana Santa de 1584. Sobre los retratos, véase Pérez de Tudela, «Regalos y retratos», 107-112. <<

[428] *Ibid.*, pp. 116-117, Felipe a Catalina, 18 de junio de 1585. <<

[429] *Ibid.*, pp. 120-121 y 157, Felipe a Catalina, 17 de julio de 1585 y 14 de junio de 1588. <<

[430] *Ibid.*, pp. 99 y 109, Felipe a las infantas, 25 de octubre de 1582 y 26 de octubre de 1583. <<

[431] *Ibid.*, pp. 75 y 40-41, Felipe a las infantas, 5 de marzo de 1582 y 1 de mayo de 1581. <<

[432] *Ibid.*, pp. 64 y 94, Felipe a las infantas, 20 de noviembre y 25 de diciembre de 1581 y 1 de octubre de 1582. <<

[433] Grierson, *King of two worlds*, p. 166, Felipe a Granvela. <<

[434] Khevenhüller, *Diario*, p. 286; *CODOIN*, VII, pp. 364, 367 y 370; Sigüenza, pp. 100-101. <<

[435] Bouza Álvarez, *Cartas*, pp. 68, 71 y 81-82, cartas a las infantas, 29 de enero, 19 de febrero y 7 de mayo de 1582. Felipe tenía una memoria excelente para las fechas: despidió a su hermana en 1548, cuando él partió de España, y no volvió a verla más que brevemente en 1551, en Zaragoza, y 1556, en Bruselas. <<

[436] Khevenhüller, *Diario*, pp. 286-287. <<

[437] Tormo y Monzó, *En las Descalzas Reales*, pp. 186-187, la archiduquesa Margarita a Felipe, s. f. <<

[438] Khevenhüller, *Diario*, p. 287; Tormo y Monzó, *En las Descalzas Reales*, I, pp. 187-190. <<

[439] Khevenhüller, *Diario*, pp. 287-288. Cuarenta años antes, Carlos V también había temido que el matrimonio de su hijo con una adolescente podía matarle (véase capítulo 1). <<

[440] Khevenhüller, *Diario*, p. 271. <<

[441] Tellechea Idígoras, «La mesa» (2002), pp. 186-187 y 201-202, «Serva Tadea» a Felipe, Roma, 8 de diciembre de 1560, ológrafa. <<

[442] *BMO*, II, p. 378, Felipe a Parma, 19 de octubre de 1586. <<

[443] MacKay, *The baker*, 154, Ana de Austria a Felipe, noviembre de 1594. <<

[444] Gachard, *Don Juan*, pp. 192-193, Granvela a Margarita de Parma, San Lorenzo, 13 de octubre de 1579, y 194-196, Zúñiga a Felipe, Nápoles, 24 de enero de 1580. <<

[445] AHN, *AEESS* 44 exp. 1, conde de Olivares al duque de Sessa, 15 de marzo de 1598. <<

[446] AGS, *CSR* 133/108 (deudas totales), 129 (cédula del mes

de julio de 1559) y 113, «consulta de descargos» y rescripto, 11 de febrero de 1579. <<

[447] AGS, *DGT Inv* 24 903 n.º 1, inventario de los bienes de don Carlos, 9 de febrero de 1568, saldado el 6 de septiembre de 1586; *CODOIN*, XXVIII, pp. 567-569, cédula a Diego de Olarte, 2 de abril de 1577. <<

[448] NA, SP 70/101 fol. 10, Man a William Cecil, San Sebastián, 6 de agosto de 1568. <<

[449] Duke, «William of Orange's *Apology*», p. 28 (publicado por primera vez en Leiden); Anónimo, *Diógenes*, publicado por primera vez en Lieja. Lieder, *The Don Carlos theme*, recoge las diferentes narraciones del destino del príncipe hasta 1930. Al parecer, el *Don Karlos* de Schiller podría haber influido también en el argumento de la película *Star Wars* (George Lucas, 1977); véase High, *Who is this Schiller now?*, pp. 13-14. <<

[450] Mi versión del arresto se basa en IANTT, *TSO: CG* 210/136-137, Pereira a Sebastián, 19 de enero de 1568; Gachard, *Don Carlos* (ed. 1863), pp. 689-690, «Avviso d'un Italiano plático y familiar de Ruy Gómez»; *op. cit.*, pp. 674-678, el embajador toscano Nobili al duque de Florencia, 25 de enero de 1568; y pp. 684-687, «Relación histórica» redactada por uno de los ayudas de cámara del príncipe. <<

[451] IANTT, *TSO: CG* 210/136-137, Pereira a Sebastián, 19 de enero de 1568; Gachard, *Don Carlos*, p. 395, Tisnacq a Viglius, 31 de enero de 1568. <<

[452] ASL, *OSD*, 251, Giovanbattista Turchi a los Anziani, 22 de enero de 1568; Douais, I, p. 314, Fourquevaux a Carlos IX, 22 de enero de 1568. <<

[453] Gachard, *Don Carlos* (ed. 1863), p. 677, Nobili al duque de Florencia, 25 de enero de 1568; IANTT, *TSO: CG* 210/137-138, Pereira a Sebastián, 21 de enero de 1568. <<

[454] ASMa AG 583/164, Felipe al duque de Mantua, 22 de

enero de 1568; Douais, I, p. 318, Fourquevaux a Catalina de Médicis, 22 de enero de 1568. <<

[455] AGS *Estado* libro 16, fol. 191, Felipe a la reina Catalina, Madrid, 20 de enero de 1568, ológrafa, copia de Juan de Verzosa. IANTT, *Misceláneas Manuscritas* 964/187-188, contiene otra copia con algunas diferencias. Cabrera de Córdoba, *Historia*, I, pp. 409-410, publicó esta carta, pero afirmaba erróneamente que fue dirigida a María y Maximiliano con fecha del 21 de enero de 1568. <<

[456] Koch, *Quellen*, Dietrichstein a Maximiliano, 7 de febrero de 1568; ASF, MP 4898/226v-228r, Nobili al duque de Florencia, 13 de abril de 1568. <<

[457] IANTT, *TSO: CG* 210/146-150, Pereira a la reina Catalina, 7 de febrero de 1568, y a Sebastián, 16 de febrero de 1568. <<

[458] AGS *Estado* 150/11-12, Felipe a María, minuta profusamente corregida y copia en limpio, 19 de mayo de 1568. <<

[459] Rodríguez Ramos, «Los comienzos», y comunicaciones personales con el autor. <<

[460] AGS, PR 29/35, codicilo firmado por Felipe, Gante, 5 de agosto de 1559. <<

[461] *CODOIN*, XXVII, pp. 207-210, Felipe al corregidor de Gibraltar, 13 de septiembre de 1561. <<

[462] BAV, *VL* 7.008/351, «Proceso de la beatificación y canonización de San Diego de Alcalá», testimonio del doctor Diego López. Agradezco a Andrew Villalon esta referencia. <<

[463] Gachard, *Don Carlos*, p. 110, Tiepolo al dogo, Madrid, 20 de junio de 1562; *CODOIN*, XVIII, p. 557. <<

[464] HSA *Altamira* 13/I/10, Felipe a don García de Toledo, ayo de don Carlos, s. f. (pero verano de 1563). <<

[465] Strohmayer, *Korrespondenz*, I, p. 203, Dietrichstein a Maximiliano, 22 de abril de 1564, la mayor parte cifrada. <<

[466] *Ibid.*, I, p. 231, Dietrichstein a Maximiliano, 29 de junio de 1564. <<

[467] Pérez Mínguez, *Psicología de Felipe II*, p. 106, citando la carta de Felipe a Alba, s. f.; Gachard, *Don Carlos* (ed. 1863), p. 229, n.º 1, Felipe a Chantonnay, su embajador en Viena, 12 de septiembre de 1564. <<

[468] Douais, I, p. 321, Fourquevaux a Carlos IX, Madrid, 5 de febrero de 1568, informando de una conversación con Ruy Gómez mantenida el 27 de enero. <<

[469] Firpo, *Relazioni*, VIII, pp. 443-445; Álvarez de Toledo, *Alonso Pérez*, II, p. 279, prior don Antonio a don García de Toledo, «a principios de 1566»; Douais, I, p. 200, Fourquevaux a Carlos IX, Madrid, 15 de abril de 1567. <<

[470] Douais, I, p. 220, memoria de Fourquevaux fechada el 30 de junio de 1567; AGS *Estado* 657/39-40, 51 y 64, Chantonnay a Felipe, 17 de abril de 1567 (recibida en Madrid el 16 de mayo); 9 de julio de 1567 (despachada por el rey el 4 de agosto); y 30 de agosto de 1567 (recibida el 10 de noviembre y despachada por Pérez «para ver con su alteza»: el último ejemplo que he encontrado); y BL *Addl.* 28,262/329, Pérez a Felipe, s. f. (pero anterior al 21 de mayo de 1567). <<

[471] Gachard, *Don Carlos* (ed. 1863), pp. 672-673, Cavalli al dogo, Madrid, 11 de febrero de 1568. <<

[472] Douais, I, pp. 165-156, a Carlos IX, 4 de enero de 1567. <<

[473] AGS, *DGT Inv* 24, leg. 903 n.º 1, «Inventario» del 9 de febrero de 1568 (cuentas saldadas el 6 de septiembre de 1568). Sobre los libros alemanes, véase Gonzalo Sánchez-Molero, «Lectura y bibliofilia»; sobre las adquisiciones alemanas del príncipe, véase Cervera Vera, «Juan de Herrera». <<

[474] *CODOIN*, XXVII, p. 138, testimonio de Juan de Espinosa. <<

[475] Van der Hammen, *Don Juan*, fols. 39-40, escrita en 1627. <<

[476] *CODOIN*, XXVII, p. 82, «Cuentas fenescidas»; AGS, *DGT Inv* 24, leg. 903 n.º 1, «Cuentas con Antonio Fúcar». <<

[477] ASMa, AG 594, s. fol., Roberti al duque de Mantua, 13 de abril de 1568. <<

[478] Gachard, *Don Carlos* (ed. 1863), pp. 684-686, «Relación histórica»; Van der Hammen, *Don Juan*, 40; y ASMa, AG 594, s. fol., Roberti al duque de Mantua, 3 de marzo de 1568, carta descifrada. <<

[479] Douais, I, p. 322, Fourquevaux a Carlos IX, 5 de febrero de 1568; IANTT, *TSO: CG* 210/137-138, a Sebastián, 21 de enero de 1568. <<

[480] Todas las cartas pertenecientes a AGS, *CC* 387, todas escritas en 1567. <<

[481] González Dávila, *Teatro*, p. 141; Serrano, II, p. 299, Castagna a Alejandrino, 4 de febrero de 1568, cifrado; Gachard, *Don Carlos*, p. 366, citando cartas de Tisnacq y Fourquevaux fechadas el 8 de febrero de 1568. <<

[482] Herrera, *Historia general*, p. 681 (libro I, cap. XV.2). <<

[483] Gachard, *Don Carlos*, p. 387, Felipe a Alba, 6 de abril de 1568, y p. 391, a Maximiliano, 19 de mayo de 1568, carta ológrafa. <<

[484] IANTT, *TSO: CG* 210/155v-156v, Pereira a Catalina, 25 de febrero de 1568. <<

[485] *MHSI Borgia*, IV, p. 649, Lerma a Borja, 1 de octubre de 1568. <<

[486] Douais, I, p. 371, Fourquevaux a Carlos IX, 21 de julio de 1568. <<

[487] Fernández Álvarez, *Felipe II*, p. 423, Felipe a la Universidad de Salamanca, 27 de julio de 1568. <<

[488] Douais, I, p. 371, Fourquevaux a Carlos IX, 26 de julio de 1568; *MHSI Borgia*, IV, pp. 649-650, Lerma a Borja, 1 de octubre de 1568; Berwick y Alba, *Documentos escogidos*, p. 412, doctor Juan Milio a Alba, 16 de agosto de 1568; *CODOIN*, XCVII, p. 460, Zúñiga a don Rodrigo Manuel, 28 de abril de 1568. Las tres últimas cartas eran privadas, escritas a confidentes íntimos, lo que las hace más creíbles. <<

[489] González de Amezúa, *Isabel*, III, p. 54, Isabel a Fourquevaux, 19 de enero de 1568; Douais, I, p. 319, Fourquevaux a Catalina de Médicis, 22 de enero de 1568. <<

[490] IVdeDJ 38/70, Espinosa a Felipe, con rescripto, s. f. (pero noviembre de 1569). <<

[491] BL *Addl.* 28,704/270v, Espinosa a Alba, 4 de diciembre de 1571, copia; AA, 44/84, el doctor Milio a Juan de Albornoz, secretario de Alba, 4 de diciembre de 1571. La comparación de Lepanto con Moisés y la división de las aguas del mar Rojo («el Vermejo») por parte del cardenal debió de parecer extravagante incluso en 1571. <<

[492] *CODOIN*, XXXVII, p. 84, y IV, pp. 497-506, Alba a Felipe, 6 de enero y 9 de junio de 1568 (esta cita y las que siguen provienen del segundo documento). <<

[493] En su recensión de *FBD*, Juan E. Gelabert lamentó que «Todavía no salgo de mi asombro tras haber leído en más de media docena de lugares la versión "Consejo de Trublas" […] en referencia al "Tribunal de Tumultos" erigido por Alba» («Un gran empeño», p. 9.). El «asombro» del profesor Gelabert continuará al leer este volumen, porque mantengo el nombre empleado por el propio Alba y sus coetáneos españoles: Consejo de Trublas. <<

[494] *CODOIN*, IV, pp. 506-513, Alba a Felipe II, 23 de

noviembre de 1568. <<

[495] AA, 6/12 y 75, Felipe a Alba, 13 de mayo de 1568 y 14 de abril de 1569. <<

[496] *CODOIN*, IV, pp. 521-525, Felipe a Alba, Córdoba, 4 de abril de 1570, minuta, corregida por el rey. <<

[497] *Ibid.*, pp. 533-538, Alba a Felipe, 18 de marzo de 1570, junto con la sentencia de muerte, fechada el 4 de marzo. <<

[498] Gachard, *Études*, p. 85. <<

[499] *CODOIN*, IV, pp. 560-566, Felipe a Alba, 3 de noviembre de 1570. <<

[500] Para este párrafo y los dos siguientes, véanse *CODOIN*, IV, pp. 542-549, instrucción del doctor Velasco al alcalde Arellano, 1 de octubre de 1570; pp. 550-551 y 559-560, Peralta a Felipe, Simancas, 10 y 17 de agosto de 1570; pp. 554-559, fray Hernando del Castillo al doctor Velasco, 16 de octubre de 1570; y pp. 560-566, «Relación de la muerte de Montigni» redactada por Felipe para Alba, 2 de noviembre de 1570, y carta adjunta, 3 de noviembre. <<

[501] AGS *Estado* 542/88, memorial ológrafo de Montigny, Simancas, 15 de octubre de 1570; Gachard, «Floris de Montmorency», pp. 61-62; *CODOIN*, IV, pp. 565-566, Felipe a Alba, 3 de noviembre de 1570. <<

[502] Ramos, «La crisis indiana», p. 11, citando el parecer del doctor Francisco Hernández de Liébana. <<

[503] *Ibid.*, pp. 52-53, citando a Toledo. <<

[504] Martínez Millán y Carlos Morales, *Felipe II*, p. 119, real cédula del 18 de noviembre de 1566. <<

[505] BL *Addl.* 28,354/45-6, Martín de Gaztelu al marqués de Ladrada, Córdoba, 26 de mayo de 1570. <<

[506] Domínguez Ortiz y Vincent, *Historia*, p. 51, Instrucción a Alonso de Carvajal, comisario de Baza. <<

[507] Alcalá-Zamora, «El problema», p. 342. <<

[508] Adams, «The genetic legacy», p. 732. <<

[509] Serrano, III, p. 251, Zúñiga a Felipe, 7 de marzo de 1570. <<

[510] IVdeDJ 21/43, Espinosa a Felipe, con contestación, s. f. (pero enero de 1571). <<

[511] Serrano, IV, p. 445, Felipe a don Juan de Zúñiga, 28 de septiembre de 1571, minuta. <<

[512] Vargas-Hidalgo, *Guerra y diplomacia*, p. 767, don Juan a Ruy Gómez, 16 de septiembre de 1571, ológrafo. <<

[513] Cervantes, *Novelas ejemplares*, prólogo; García Hernán y García Hernán, *Lepanto*, p. 44 (Doria); Espinosa cit. arriba; Lesure, *Lépante*, pp. 151-152, Consejo de los Diez al almirante Venier, Venecia, 22 de octubre de 1571. <<

[514] Serrano, II, p. 360, Felipe a don Juan de Zúñiga, 8 de marzo de 1568. <<

[515] Serrano, IV, p. 382, Castagna a Rusticucci, 9 de julio de 1571. <<

[516] AA, 7/58, Felipe a Alba, 14 de julio de 1571. <<

[517] BL *Addl.* 28,336/70 y 76, Velasco a Espinosa, 27 de julio y 9 de agosto de 1571. <<

[518] Cabrera de Córdoba, *Historia*, II, p. 602; IVdeDJ 67/1, don Luis de Requesens a Andrés Ponce de León, enero de 1574, copia. <<

[519] Galende Díaz y Salamanca López, *Epistolario*, pp. 238-241, María a Felipe, dos cartas del 13 de febrero de 1572, en las que se sustituye el «Vuestra Alteza» por el «vos». <<

[520] Groen van Prinsterer, *Archives*, 1.ª serie, III, p. 362, Orange al conde Juan de Nassau, 20 de febrero de 1570. <<

[521] *CCG*, IV, pp. 594-595 y AGS *Estado* 553/40-42, Felipe a Alba, febrero, minuta (en francés) y 16 de marzo de 1572,

minuta (en español, tres copias). <<

[522] *CCG*, IV, pp. 146-152, Morillon a Granvela, 24 de marzo de 1572. <<

[523] *Ibid.,* p. 176, Morillon a Granvela, 13 de abril de 1572. <<

[524] AGS *Estado* 553/99, Felipe a Alba, 17 de mayo de 1572, minuta comentada por el rey. <<

[525] *CCG*, IV, 428, Morillon a Granvela, 16 de septiembre de 1572; Groen van Prinsterer, *Archives*, 1.ª serie, III, p. 505, y IV, p. CII, Orange a Juan de Nassau, 21 de septiembre de 1572; *DHME*, V, p. 52, *Diurnal* de Gracián, entrada del 7 de septiembre de 1572; Alba a Bossu, 29 de agosto de 1572 (citado en la página 144). <<

[526] *Epistolario*, III, pp. 251 y 261, Alba a Felipe, 28 de noviembre y 19 de diciembre de 1572. <<

[527] BPU, *Ms. Favre* 30/30, Felipe a Requesens, 30 de enero de 1573, copia del original ológrafo. <<

[528] AA, 8/45, Felipe a Alba, 8 de julio de 1573, recibida el 19 de agosto. <<

[529] AGS *Estado* 8340/242, Alba a don Juan de Austria, 18 de septiembre de 1573. <<

[530] BPU, *Ms. Favre* 30/71-74, Felipe a Requesens, 20 de octubre de 1573, copia del original ológrafo. <<

[531] *CODOIN*, CII, pp. 277-306, Instrucciones de Felipe a Requesens, s. f. (pero 21 de octubre de 1573). <<

[532] AGS *Estado* 554/146, Requesens a Felipe, 30 de diciembre de 1573. <<

[533] AGS *Estado* 561/25, «Consulta de negocios de Flandes», Gabriel de Zayas, 24 de febrero de 1574. <<

[534] AGS *Estado* 561/77, Felipe a Requesens, 12 de mayo de 1574, minuta; BRB *Réserve précieuse/Kostbare werken, Ms.* 1678A, Perdón General, firmado el 8 de marzo y promulgado

el 6 de junio de 1574, original. <<

[535] HSA, *Altamira* 3/II-12, Granvela a don Juan de Zúñiga, 6 de diciembre de 1573, copia para Requesens; AGS *Estado* 561/25, voto del conde de Chinchón; *CODOIN*, LXXV, pp. 236-240, Alba a Zayas, 8 de julio de 1573. <<

[536] AGS *Estado* 554/89, Felipe a Alba, 18 de marzo de 1573; Charrière, *Négociations*, III, pp. 413-416, arzobispo de Dax a Carlos IX, 26 de julio de 1573. <<

[537] Gachard, *Don Juan*, pp. 126-128, don Juan a Margarita de Parma, Génova, 4 de mayo de 1574. <<

[538] AA, 33/156, Hernando Delgadillo a Juan de Albornoz, 9 de julio de 1574; AGS *Estado* 559/104, Requesens a Felipe, 12 de diciembre de 1574; HSA, *Altamira*, 3/V/15, Granvela a don Juan de Zúñiga, 23 de septiembre de 1574. <<

[539] AA 28/3, Alonso de Laloo a Juan de Albornoz, 9 de octubre de 1574. <<

[540] AGS *Estado* 560/74 y 91, Requesens a Felipe, 16 de septiembre de 1574, y Francisco de Valdés a Requesens, 18 de septiembre de 1574. <<

[541] AGS *Estado* 561/122, Felipe a Requesens, 22 de octubre de 1574, minuta, con correcciones ológrafas. <<

[542] AGS *Estado* 560/8, Requesens a Felipe, 6 de noviembre de 1574; Pi Corrales, *España y las potencias nórdicas*, pp. 89, 103, 181-184 y 191-196. <<

[543] IVdeDJ 53/3/64, Felipe a Vázquez, 17 de mayo de 1574 (el pesimismo de Menéndez); Pi Corrales, *España*, 214-217, Menéndez a Pedro Menéndez Márquez, 8 de septiembre de 1574. <<

[544] AA, 131/167, Felipe a Covarrubias, ológrafo, s. f. (pero 18 de junio de 1573); IVdeDJ 21/233, «Para las juntas de los presidentes», 19 de junio de 1573, borrador de Vázquez de la

propuesta de Felipe; IVdeDJ 76/530 y Carlos Morales, *Felipe II*, p. 131, minutas de la Junta de Presidentes, 24 de junio de 1573. <<

[545] Martínez Millán y Carlos Morales, *Felipe II*, pp. 168-169, Felipe a Covarrubias, 4 y 23 de enero de 1574. <<

[546] IVdeDJ 76/491-503 y 507-509, relación de Ovando a Felipe, 11 de abril de 1574. <<

[547] BL *Eg.* 1506/18-19, Quiroga a Felipe y rescripto, 16 de marzo de 1574. <<

[548] IVdeDJ 53/3/56, 51/30, 53/3/43 y 51/31, Vázquez a Felipe y rescripto, 13, 15, 24 y 31 de mayo de 1574, y respuesta regia. Véase capítulo 5 sobre otras afirmaciones desesperadas similares realizadas durante esas semanas. <<

[549] IVdeDJ 51/33, 53/3/87 y 53/3/77, Felipe a Vázquez, 20 de junio, 4 de julio y 18 de julio de 1574. <<

[550] BZ 144/34, Vázquez a Felipe y rescripto, 10 de diciembre de 1574. <<

[551] Gachard, *Don Juan*, pp. 128-130, don Juan a Margarita de Parma, Trapani, 3 de octubre de 1574. <<

[552] IVdeDJ 38/69, Felipe a Mateo Vázquez, 19 de enero de 1575. <<

[553] IVdeDJ 24/103, Ovando a Felipe, 25 de marzo de 1575. <<

[554] Gachard, *Don Juan*, p. 131, don Juan a Margarita, 19 de junio de 1575; IVdeDJ 44/119, Mateo Vázquez a Felipe y respuesta, 10 de mayo de 1575. <<

[555] IVdeDJ 67/271 y 106, Requesens al conde de Monteagudo, 6 de marzo de 1575, y a don Juan de Zúñiga, 9 de julio de 1575. <<

[556] BZ 144/61, Mateo Vázquez a Felipe y respuesta, 31 de mayo de 1575. <<

[557] Carlos Morales, *Felipe II*, pp. 154-155, Felipe a don Juan de Idiáquez, 8 de septiembre de 1575; e *idem*, p. 191, a todos los corregidores y jueces de Castilla. <<

[558] *Ibid.,* p. 193, Martín de Gaztelu a don Juan de Zúñiga, 9 de noviembre de 1575; HSA *Altamira* 7/III-29, Domingo de Zavala a Felipe, Madrid, 17 de noviembre de 1575, copia para Requesens; IVdeDJ 37/72, Requesens a Zúñiga, 12 de noviembre de 1575. <<

[559] IVdeDJ 60/138-143, Antonio Pérez a Felipe y rescripto, 23 de marzo de 1576. <<

[560] Carlos Morales, *Felipe II*, p. 264, Juan Fernández de Espinosa a Felipe, 1577; IVdeDJ 53/5/35, Felipe a Vázquez, 22 de febrero de 1576. <<

[561] AGS *Estado* 489, s. fol., «Lo que se platicó y paresçió en consejo destado a IX de mayo 1578» con comentario de Felipe; GCP, IV, pp. 426-427, notas de Felipe para su entrevista con don Juan de Austria, octubre de 1576; AGS *Estado* 556/5, Alba a Felipe, 8 de enero de 1573. <<

[562] Riba, pp. 25-26, Vázquez a Felipe, 21 de marzo de 1576. <<

[563] Marañón, *Antonio Pérez*, p. 6; González Palencia, *Fragmentos*, p. 7. <<

[564] BL *Addl.* 28,262/568-570, Pérez a Felipe y rescripto, s. f. (pero julio de 1573). <<

[565] Marañón, *Los procesos*, p. 56, testimonio de Jerónimo Díaz, 11 de agosto de 1585; AGS *Estado* 1134/123, don Juan a Pérez, Mesina, 11 de noviembre de 1571; TMLM, *Ms.* 129960, consulta de Pérez a Felipe, 30 de noviembre de 1574. <<

[566] IVdeDJ 24/99, Juan de Ovando a Mateo Vázquez, 24 de junio de 1575; IVdeDJ 38/62-75 (una sola carpeta s. fol.),

Vázquez a Felipe y rescripto, 25 de junio de 1575; Vargas-Hidalgo, *Guerra y diplomacia*, pp. 1002-1003, Felipe a Juan Andrea Doria, 29 de julio de 1575. <<

[567] AGS *Estado* 570/133, Felipe a don Juan, 8 de abril 1576, minuta corregida; *idem*, fols. 140 y 150, Pérez a Escobedo, 8 de abril 1576, minutas corregidas por el rey. <<

[568] AGS *Estado* 570/149, Pérez a Escobedo, 8 de abril de 1576, borrador. <<

[569] IVdeDJ 60/225-226 Pérez a Felipe, s. f. (pero mayo o junio de 1576); y 36/38, Pérez a Felipe y rescripto, 16 de junio de 1576. <<

[570] BL *Addl.* 28,262/207, Pérez a Felipe y rescripto, El Escorial, 1 de julio de 1576. <<

[571] ASF, MP 2860/115-116, avisos de Génova, 10 y 15 de junio de 1576; y MP 3254/297-314, avisos de Milán, 12-29 de julio de 1576. <<

[572] Todas las citas proceden de *CODOIN*, XV, pp. 547-553, Pérez a Escobedo, 16 de abril de 1576. <<

[573] AGRB, *Collectie Gachard* 666/187, don Juan al duque de Urbino, Milán, 8 de agosto de 1576, copia. <<

[574] Belda, «Carta», p. 475, Zúñiga a Felipe, 3 de diciembre de 1578. <<

[575] GCP, IV, pp. 346-7, patente para don Juan y cartas para los consejos y Estados de los Países Bajos, todos 1 de septiembre de 1576; NA SP 70/139/123, Felipe a Isabel Tudor, la misma fecha. <<

[576] GCP, IV, pp. 321-322, don Juan a Felipe, la raya de Barcelona, 22 de agosto de 1576, y la dura respuesta de este, s. f. (pero 29 de agosto). <<

[577] BL *Eg.* 1506/38-42 y 44-45, Quiroga a Felipe, 24 de agosto (con rescripto del 29) y 31 de agosto de 1576 (con rescripto del

día siguiente). <<

[578] Gachard, *Don Juan*, p. 92, Margarita a don Juan, 22 de agosto de 1576. <<

[579] BL *Addl.* 28,263/62-63 y 53, Felipe II a Vázquez, 27 de octubre y 19 de septiembre de 1576. <<

[580] BL *Eg.* 1506/42 y 46-47v, Quiroga a Felipe, 29 y 30 de septiembre de 1576, con rescriptos. <<

[581] GCP, IV, pp. 426-427, dos juegos de notas, s. f. (pero octubre de 1576), copia del original ológrafo. <<

[582] Porreño, *Historia*, pp. 427-428, don Juan a Felipe, Irún, 24 de octubre de 1576, ológrafo. <<

[583] Kervijn de Lettenhove, *Relations politiques*, IX, pp. 15-21, Instrucciones de Felipe a don Juan, 11 de noviembre de 1576, borrador: *GCP*, V, pp. 27-28, Felipe a don Juan, 11 de noviembre de 1576. <<

[584] *CODOIN*, L, 298-299 y 303-304, Escobedo a Felipe, St.-Dié en Lorena, 28 de noviembre de 1576, y Luxemburgo, 8 de diciembre de 1576. <<

[585] AGRB *Collectie Gachard*, 666/297, don Juan a Emanuel Filiberto, Bastogne, 19 de diciembre de 1576, copia. <<

[586] BL *Eg.* 1506/42 y 50, Quiroga a Felipe y rescripto, 29 de septiembre y 3 de octubre de 1576. <<

[587] Luna, *Comentarios*, p. 35. <<

[588] AHN *Inq* libro 284/94 (fol. moderna 103), Quiroga a Felipe y rescripto, 18 de marzo de 1578; AGS *Estado* 569/150bis, don Juan a Felipe, 21 de noviembre de 1576, con un rescripto real escrito, por supuesto, al menos dos semanas más tarde. <<

[589] AGS *Estado* 569/133-134, don Juan a Felipe, 6 de diciembre de 1576, «Vista por los Dos»; ASF, MP 4910/178, Luigi Dovara al gran duque de Toscana, 25 de febrero de 1579.

<<

[590] BL *Addl.* 28,262/599-601, Pérez a Felipe y rescripto, s. f. (pero probablemente abril de 1577); Morel-Fatio, *L'Espagne*, p. 111, don Juan a don Rodrigo de Mendoza, 9 de diciembre de 1576. <<

[591] Gachard, *Don Juan*, p. 74, don Juan a Margarita de Parma, 8 de noviembre de 1573; Fórmica, *Doña María*, p. 19, Octavio Gonzaga a Pérez, 20 de octubre de 1578. <<

[592] BL *Addl.* 28,262/219-221 y 225-226, Pérez a Felipe, 1 de enero y 8 febrero de 1577. <<

[593] Porreño, *Historia*, p. 454, don Juan a Felipe, 22 de diciembre de 1576; *CODOIN*, L, pp. 300-301, Escobedo a Felipe, 10 de enero de 1577. <<

[594] AGS *Estado* 2843/3, Felipe a don Juan, 31 de enero de 1577. <<

[595] BL *Addl.* 28,262/236-237v, Pérez a Felipe II y rescripto, 12 de febrero de 1577. <<

[596] BL *Addl.* 28,262/236-237 v, *ut supra*. <<

[597] AGS *Estado* 570/65, Felipe a don Juan, 12 de febrero de 1577. <<

[598] Gachard, *Don Juan*, pp. 140-142, don Juan a Margarita de Parma, Marche, 17 de febrero de 1577. <<

[599] Voci, «L'impresa», p. 381, Como a don Juan, 2 de abril de 1577; y p. 423, Como a Ormanetto, 12 de abril de 1577. <<

[600] *Ibid*., pp. 424-425, Ormanetto a Como, 26 de abril de 1577. <<

[601] BL *Addl.* 28,262/256-257, Felipe a Pérez, 4 de abril de 1577; Voci, «L'impresa», pp. 424-425, Ormanetto a Como, 26 de abril de 1577. <<

[602] BL, *Add.* 28,262/243-244 y 250-253, Pérez a Felipe y rescripto, 28 y 29 de marzo de 1577, cursiva añadida; *GCP*, V,

pp. 282-288, Felipe a don Juan, 6 de abril de 1577. <<

[603] Griffiths, *Representative government*, p. 460, «Vraye narration des propos», 13-23 de mayo de 1577. <<

[604] Porreño, *Historia*, pp. 477-480, don Juan a Felipe, 26 de mayo de 1577. ARA *Staten Generaal* 11,915 contiene numerosas transcripciones de las cartas sobre Inglaterra de Escobedo y don Juan en 1577, que fueron interceptadas y descifradas. Véase también BL *Cott. Cal.* C. v/97v-98, Escobedo a Felipe, 9 de abril de 1577, original cifrado más la copia descifrada y su traducción inglesa. <<

[605] BPU, *Favre* 28/185-187, Felipe a Sessa, 28 de agosto de 1577 (dos cartas, ambas originales); AGS *Estado* 1247/133, Felipe al marqués de Ayamonte, 28 de agosto de 1577, minuta; AGS *Estado* 571/56, Felipe a don Juan, minuta redactada por Zayas en Madrid el 27 de agosto (véase fol. 53) aprobada por Felipe el día siguiente, y fechada el 1 de septiembre de 1577. <<

[606] BL *Eg.* 1506/207-209, Quiroga a Felipe, «jueves» (12 de septiembre de 1577), con detalles sobre la reunión del consejo el día antes; AGS *Estado* 2843/1, «Parecer de los V del Consejo de Estado», 11 de septiembre de 1577, ambos con rescripto real. <<

[607] BPU, *Favre* 28/195-196, Felipe a Sessa; AGS *Estado* 571/88, Felipe a don Juan, y HSA *Altamira* 1/1/46, Diego de Covarrubias a Felipe, con rescripto, todos fechados el 11 de septiembre de 1577. <<

[608] IVdeDJ 36/21, don Juan a Zúñiga, 30 de septiembre de 1577. <<

[609] González Palencia, *Fragmentos*, pp. 77-79, Pérez a doña Juana Coello, 23 de febrero de 1590. Mignet, *Antonio Pérez*, pp. 280-285, negaba explícitamente que en 1577 don Juan estableciera contacto con Guisa; pero AGRB, *Audience* 1685/3, 1686/1, y 1779/2, presenta una abundante correspondencia

entre ambos sobre el suministro de alimento y tropas durante los últimos meses de 1577. <<

[610] AGS *Estado* 572/142, don Juan a Felipe, 20 de noviembre de 1577; AHN *Inq* libro 284/83 (fol. moderna 87), Quiroga a Felipe y rescripto, 1 de octubre de 1577. <<

[611] BNF *Ms. Esp*. 132/11, Felipe a Juan de Vargas Mexía, 24 de enero de 1578. <<

[612] Marañón, *Los procesos*, p. 186, testimonio de don Pedro de Mendoza, 25 de septiembre de 1589; ASVe *SDS*, 11/65, Badoer al dogo, 3 de abril de 1578; Valente, *Un dramma*, 55, Juan de Samaniego al príncipe de Parma, 4 de abril de 1578; ASMo *CD Ambasciatori Spagna* 11, 1578, n.º IX, Orazio Maleguzzi al duque de Ferrara, 4 de abril de 1578. En sus despachos, todos los embajadores italianos emplean «la hora italiana», en la que el ciclo circadiano empieza media hora después de la puesta del sol; por tanto, cuando afirmaban que el asesinato de Escobedo ocurrió «*a un' hora di notte*», querían decir una hora y media después del ocaso, que, en marzo, en Madrid, significaba hacia las nueve de la noche. <<

[613] IVdeDJ 51/161, Felipe a Vázquez, El Escorial, 1 de abril de 1578 (véase también Muro, *Vida*, apéndice 12); ASF, MP 4910/57, Baccio Orlandini al gran duque de Toscana, 2 de abril de 1578. <<

[614] ASMo, *CD AS* 11, 1578, n.º XI, Maleguzzi al duque de Ferrara, 12 de abril de 1578, minuta. <<

[615] Marañón, *Los procesos*, pp. 23, 201-202 y 207, auto dictado por Antonio Márquez, secretario del tribunal, 29 de diciembre de 1589, y «Traslado del papel de Su Magestad que está escrito de su real mano», 4 de enero de 1590. <<

[616] *Ibid*., pp. 217-218, «Diligençia en el tormento con el secretario Antonio Pérez», 23 de febrero de 1590; KB, La Haya, *Ms.* 128.b.3/12v-16, Escobedo a Pérez, 7 de febrero de

1577, copia presentada por Pérez al justicia mayor de Aragón. <<

[617] Marañón, *Los procesos*, pp. 217-218, «Diligençia en el tormento», 23 de febrero de 1590. Horas más tarde, en una carta a su esposa, Pérez ofreció otra versión muy similar de su historia: González Palencia, *Fragmentos*, pp. 77-79, Pérez a doña Juana Coello, 23 de febrero de 1590. <<

[618] HSA Ms B 1252/4, Alba a Zayas, s. f. (pero 11 o 12 de septiembre de 1577). <<

[619] Respecto a la orden de capturar a Orange vivo o muerto, véase capítulo 15; para Pérez, véase capítulo 19. Para otros ejemplos de ejecuciones extrajudiciales, véase capítulo 16. <<

[620] Marañón, *Los procesos*, p. 220, «Declaración de Diego Martínez», 24 de febrero de 1590 (nótese que la transcripción dice «año de 587» en lugar de «578»). <<

[621] *Ibid.*, p. 220, «Declaración de Diego Martínez», pp. 116-121, «Declaración de Antonio Enríquez», 30 de junio de 1585, y p. 97, pregunta adicional a Enríquez el 1 de febrero de 1590. <<

[622] *Ibid.,* pp. 121-122 (Enríquez), 221 (Martínez) y 65, «Declaración de Martín Gutiérrez», 20 de diciembre de 1585. <<

[623] Pérez, *Relaciones y cartas*, I, pp. 272-273, «Memorial que Antonio Pérez presentó». <<

[624] Marañón, *Los procesos*, pp. 161-168, Pérez a Felipe, 3, 16 y 23 de febrero y 17 y 26 de marzo de 1589. <<

[625] *Ibid.*, p. 46, testimonio de Castro, Lisboa, 5 de junio de 1582. <<

[626] ASF, MP 4910/177-178, Dovara al gran duque, 25 de febrero de 1579. <<

[627] AGS *Estado* 574/66 y 79, don Juan a Felipe, 17 de febrero

de 1577, ológrafas; BL *Addl.* 28,262/263-264, 266-269 y 546, Pérez a Felipe, 5 y 6 de abril de 1577 y s. f. (pero julio de 1577); AHN *Inq* libro 284/83 [fol. moderna 87], Quiroga a Felipe y rescripto, 1 de octubre de 1577. <<

[628] Ungerer, «La defensa», p. 120; Marañón, *Los procesos*, p. 227, «Declaración del Licenciado Bartolomé de la Hera», 2 de marzo de 1590; y p. 172, «Declaración de doña Beatriz de Frías», 18 de septiembre de 1589. Dadson y Reed, *Epistolario*, pp. 77-84, 161, 210-211, 217-218, 233-234, 234-239 (la carta más extensa de la princesa que se conserva), 241-242, 269-270, 271-273 y 278-279 reproducen todas las cartas y comisiones de Ana a Escobedo, a partir de 1558, que se conocen. <<

[629] Marañón, *Los procesos*, pp. 251-252, «Declaración» de Favara, 22 de octubre de 1590. <<

[630] *Ibid.*, pp. 215 y 217, «Diligençia en el tormento con el secretario Antonio Pérez», 23 de febrero de 1590. <<

[631] AGS *Estado* 570/139, Pérez a Escobedo, abril de 1576, minuta. <<

[632] BNF *Ms Esp* 132/179-80 y 66, Pérez a Vargas Mexía, 26 de enero de 1579 y 15 de junio de 1578. <<

[633] Cabrera de Córdoba, *Historia*, III, p. 1392, citando un comentario realizado por Quiroga en 1590. <<

[634] Pérez Mínguez, *Psicología*, pp. 37-38, Pérez a Andrés de Prada, 15 de octubre de 1578. <<

[635] Dadson and Reed, *Epistolario*, pp. 403-404, orden de Ana en la que nombra a Antonio Enríquez «mi criado» como su «contador», 20 de marzo de 1581, antedatada el 4 de junio de 1580 «porque fue entonces cuando comenzó a servirme», y 530-531, un aumento de salario a partir del 1 de enero de 1583; BZ 142/7 bis, Vázquez a Felipe II y rescripto, 28 de julio de 1578 (impreso con algunas variantes en Muro, *Vida*, apéndice 165). <<

[636] Riba, pp. 177-178, Vázquez a Felipe, 24 de mayo de 1578. <<

[637] Muro, *Vida*, apéndice 14, Pedro Núñez a Vázquez, 26 de diciembre de 1578; y 17, el doctor Milio a Vázquez, 6 de enero de 1579, ambas referidas al resentimiento de Ana. <<

[638] BZ 144/224, Felipe a Vázquez, 15 de noviembre de 1578. Vázquez escribió «Escovedo» en el verso. <<

[639] IVdeDJ 51/181, Vázquez a Felipe, San Lorenzo, 28 de diciembre de 1578. <<

[640] IVdeDJ 44/57-58, Vázquez a Felipe, 11 y 15 de abril de 1574, y rescriptos. <<

[641] Martínez Hernández, «El desafío», descubrió y publicó estas cartas de amor, s. f. (pero 1566). <<

[642] *CODOIN*, VIII, pp. 487-488, cédula de Alba a don Fadrique, Madrid, 2 de octubre de 1578. <<

[643] Riba, pp. 192-193, Vázquez a Felipe, 30 de noviembre de 1578. <<

[644] HSA, *Altamira* 1/I/101, Antonio Pérez a Felipe y rescripto, 2 de enero de 1579. <<

[645] *CODOIN,* VIII, pp. 509-511, Pazos a Felipe y rescripto, 6 de julio de 1579; Martínez Hernández, «El desafío», e *idem, El marqués de Velada*, pp. 163-178. <<

[646] Valente, *Un dramma*, p. 53, Bologna al cardenal Farnesio, 4 de agosto de 1579; *CODOIN*, LVI, p. 111, Vázquez a Pérez, s. f. (pero enero de 1579); Muro, *Vida*, apéndice 18, Vázquez al doctor Milio, enero de 1579 (Milio y el embajador imperial Khevenhüller actuaron de mediadores entre los secretarios) <<

[647] Muro, *Vida,* apéndice 30, Pazos a Felipe y rescripto, 7 de marzo de 1579 (un documento extraordinario). Esta parece ser la primera vez que Felipe se refirió al asunto de Pérez como algo que afectaba a su «conciencia». Los «días de recogimiento» a los

que el rey se refería eran los días de ayuno y abstinencia de la Cuaresma, que cayeron en el 11, 13 y 14 de marzo de 1579. <<

[648] Muro, *Vida*, apéndice 31, Vázquez a Felipe y rescripto, 16 de marzo de 1579; ASF, MP 4910/216, Dovara al gran duque de Toscana, 25 de marzo de 1579; AST, *LM*, 2, s. fol., Carlo Pallavicini al duque de Saboya, 29 de marzo de 1579. <<

[649] *CCG,* VII, pp. 352-353, y Mignet, *Antonio Pérez*, p. 104, Felipe a Granvela, 30 de marzo de 1579; ASG, AS 2416, s. fol., Passano al dogo, 6 de junio de 1579. <<

[650] Sigüenza, 92-93. <<

[651] ASV NS 22/170, Sega al secretario de Estado, 11 de mayo de 1579, informando de su audiencia; BL *Addl.* 28,263/225-226, Vázquez a Felipe con rescripto, 21 de junio de 1579. <<

[652] BZ 143/207-208, Vázquez a Felipe, San Lorenzo, 24 de junio de 1579. <<

[653] Muro, *Vida,* apéndice 47, Instrucciones de Vázquez al conde de Barajas, 9 de julio de 1579. <<

[654] Aunque el único texto conocido de este billete de la princesa, s. f., lo publicó Pérez, *Relaciones*, I, pp. 113-115, muchos embajadores confirmaron sus términos generales: Valente, *Un dramma*, p. 53, Samaniego a Parma, 1 de agosto de 1579; ASMo, *CD AS* 11, 1579, n.º XXIII, Malaguzzi a Ferrara, 4 de agosto de 1579; etcétera. Por tanto, lo acepto como verdadero, al igual que hacen Dadson y Reed, *Epistolario*, pp. 381-383. <<

[655] BZ 162/6 bis, Felipe al duque del Infantado, 29 de julio de 1579; *CCG*, VII, p. 443, Granvela a Margarita de Parma, 12 de septiembre de 1579. <<

[656] BZ 143/212, Vázquez a Felipe, 26 de julio de 1579. <<

[657] BZ 143/212, rescripto de Felipe a Vázquez, 26 de julio de 1579; Marañón, *Antonio Pérez*, p. 445, citando a Jerónimo

Zurita; BZ 143/211, Vázquez a Felipe con rescripto, 26-27 de julio de 1579. <<

[658] *CODOIN*, LVI, pp. 212-214, Felipe a Pazos, s. f. (pero 28 de julio de 1579), y respuesta. <<

[659] Muro, *Vida*, apéndice 53, Pedro Núñez a Vázquez, 1 de agosto de 1579; Valente, *Un dramma*, p. 53, Bologna al cardenal Farnesio, 4 de agosto de 1579. <<

[660] ASVe *SDS*, 12/42, Morosini al dogo, 29 de julio de 1579. <<

[661] ASMo, *CD AS* 11, 1579 n.º XXII, Maleguzzi al duque de Ferrara, 29 de agosto de 1579. <<

[662] BL *Addl.* 28,262/632-635v, Pérez a Felipe, 13 de agosto de 1578, y rescripto; Sigüenza, p. 86; *CODOIN*, VII, p. 229. <<

[663] AGS *Estado* 489, s. fol., «Lo que se platicó y paresçió en consejo de [E]stado a IX de mayo 1578». <<

[664] ASVe, *SDS* 11/51, Alberto Badoer al dogo, 6 de enero de 1578, citando una carta «di pugno di Sua Maiestà»; AGS *Estado* 395/197, Felipe a Silva, 31 de mayo de 1578, copia; *CODOIN*, XL, pp. 83-84 y 87-88, Silva a Felipe, 27 de julio y 4 de octubre de 1578. <<

[665] HSA, Altamira 1/I/24, Vázquez a Felipe y respuesta; AGS, GA 88/244, Felipe a Juan Delgado; y BL *Addl.* 28,262/285-286, Felipe a Pérez, todos fechados el 13 de agosto de 1578. <<

[666] BL *Addl.* 28,262/632-635, Pérez a Felipe y rescripto, s. f. (pero 13 de agosto de 1578); Sigüenza, 86-87. <<

[667] BL *Addl. Ms* 28,262/632-635v, Pérez a Felipe y rescripto, s. f. (pero 13 de agosto de 1578). <<

[668] *CODOIN*, XL, pp. 137-138, 160 y 169-170, Moura a Felipe, Lisboa, 26 de agosto, 25 de septiembre y 23 de octubre de 1578. <<

[669] Fernández Conti, «La Junta Militar», p. 292 n.º 24,

Delgado a Felipe, 26 de octubre de 1578, con rescripto; AGS, GA 88/317, 362 y 353, Delgado a Felipe, 30 de octubre y 1 y 13 de diciembre de 1578, cada uno con rescripto. <<

[670] *CODOIN*, XL, pp. 143 y 196, Moura a Felipe, 26 de agosto y 25 de noviembre de 1578; Fernández Collado, *Gregorio XIII,* pp. 53-54, citando un relato del nuncio Sega. <<

[671] AGS, GA 89/196, Delgado a Felipe, s. f. (pero julio o agosto de 1579), con rescripto; ASF, DU I/185/19, Bernardo Maschi al duque de Urbino, 10 de enero de 1580. <<

[672] BSLE, Ms &.III.12, Lorenzo de San Pedro, *Diálogo llamado Philippino*, fol. 5v; *CODOIN*, XL, p. 198, Moura a Felipe, Lisboa, 25 de noviembre de 1578. <<

[673] *CODOIN*, VI, pp. 30-32, Moura a Felipe, 29 de noviembre de 1578; y pp. 78 y 350, Felipe a Moura, 26 de enero y 14 de abril de 1579. <<

[674] *Ibid*., p. 661, Felipe al duque de Osuna, enviado especial ante Dom Enrique, 24 de agosto de 1579. <<

[675] AGS, GA 94/28, Felipe a Delgado, 30 de enero de 1580. <<

[676] ASVe, *SDS* 12/74, Morosini al dogo, 8 de febrero de 1580; Kamen, *Felipe*, p. 181, Felipe a don Juan de Zúñiga, 13 de febrero de 1580. <<

[677] Suárez Inclán, *Guerra*, p. 222, Moura a Felipe, 4 de junio de 1580; ASVe, *SDS* 12/74, Morosini al dogo, 8 de febrero de 1580; Kamen, *Felipe*, p. 181, Felipe a don Juan de Zúñiga, 13 de febrero de 1580; *CODOIN*, VIII, pp. 516-519, Pazos a Felipe, 15 de febrero de 1580. <<

[678] Suárez Inclán, *Guerra*, pp. 96-97 y notas, Felipe a Moura, 16 de febrero de 1580, con billete adjunto de Delgado. <<

[679] Porreño, *Dichos y hechos*, p. 29. <<

[680] Thompson, «La última jornada», p. 90. <<

[681] *CODOIN*, XXXV, pp. 61-62, Felipe a Alba, Badajoz, 5 de agosto de 1580, ológrafo. <<

[682] *CODOIN*, XXXII, pp. 482 y 489, Alba a Felipe, 28 y 30 de agosto de 1580. <<

[683] *CODOIN*, XXXIII, p. 234, apostilla de Felipe en una carta de Arceo a Zayas, 4 de noviembre de 1580. <<

[684] Velázquez, *La entrada*, fol. 69. <<

[685] IVdeDJ 56, carpeta 21, Vázquez a Hernando de Vega, 17 de abril de 1581; Bouza Álvarez, *Cartas*, p. 35, Felipe a sus hijas, 3 de abril de 1581. <<

[686] BL *Addl.* 28,357/498, cédula de agosto de 1581; Bouza Álvarez, *Cartas*, p. 89 n.º 192, carta de Gaspar de los Arcos, Tomar, 20 de marzo de 1581. <<

[687] Rodríguez-Salgado, *Felipe II*, p. 171, don Juan de Zúñiga a Felipe, 19 de julio de 1581; AGS *Estado* 939/128 y 143, Felipe a Zúñiga, Lisboa, 8 y 23 de octubre de 1581. <<

[688] Freitas de Meneses, *Os Açores*, I, pp. 82-84, Figueroa a Felipe, 3 de agosto de 1582. <<

[689] Muro, *Vida*, apéndices 66 y 73, Hernando de Vega a Vázquez, 25 de agosto y 17 de septiembre de 1579; *ibid.*, apéndice 64, Pedro Núñez a Vázquez, 25 de agosto de 1579; Pérez, *Relaciones*, I, p. 122. <<

[690] Muro, *Vida*, apéndices 104 y 116, Pazos a Felipe, 19 de diciembre de 1580 y 17 de abril de 1581, con rescriptos. <<

[691] Marañón, *Los procesos*, pp. 46-51, declaraciones de don Rodrigo de Castro, don Fernando de Solís y don Luis Enríquez, Lisboa, 5 y 9 de junio de 1582; *CODOIN*, LVI, pp. 397-406, Pazos a Felipe, 4 y 18 de noviembre de 1581, con rescriptos; HSA, *Altamira* 1/I/6, Mateo Vázquez a Felipe y rescripto, 7 de septiembre de 1581. <<

[692] Riba, p. 217, Felipe a Sancho Bustos de Villegas, 12 de

febrero de 1580, ológrafo; Bratli, *Philippe II*, p. 235, Felipe al licenciado Salazar, 8 de junio de 1581, también ológrafo. <<

[693] Marañón, *Los procesos*, pp. 35-37, testimonio de «Luis de Overa» (es decir, Luigi Dovara), Lisboa, 30 de mayo de 1582; Muro, *Vida*, pp. 196-198, Felipe a Rodrigo Vázquez, 27 de agosto de 1582, borrador. <<

[694] *CODOIN*, LVI, pp. 419-120, Pazos a Felipe, 8 de septiembre de 1582, con rescripto; Muro, *Vida*, pp. 196-200, Felipe a la princesa de Éboli, 8 de noviembre de 1582. <<

[695] HSA, *Altamira* 1/I/6, folios 189 y 191, Mateo Vázquez a Felipe y rescripto, 7 de septiembre de 1582; Fernández Duro, *Conquista de las Azores*, pp. 396-399, Instrucción a Santa Cruz, 6 de junio de 1582. <<

[696] IVdeDJ 51/105, Mateo Vázquez a Felipe y respuesta, 22 de agosto de 1583. <<

[697] ASMa AG 598, s. f., Lepido Agnello al duque de Mantua, Madrid, 6 de junio de 1579; Bouza Álvarez, *Imagen y propaganda*, 85-86 (cursiva añadida). <<

[698] Keeler, *Sir Francis Drake's West Indian Voyage*, pp. 245-246 y 315, «A summarie and true discourse of Sir Francis Drake's West Indian Voyage» (1589). <<

[699] ASC 48/3, Santa Cruz a Felipe, Angra, 9 de agosto de 1583, borrador, y Felipe a Santa Cruz, 23 de septiembre de 1583. <<

[700] NMM, *Ms PH* 1B/435, Olivares a Zúñiga, 24 de septiembre de 1583, descifrado, con apostilla real ológrafa. <<

[701] Benítez Sánchez-Blanco, «De moriscos, papeles y archivos», pp. 116-117, don Juan de Idiáquez relata las deliberaciones de una junta para solucionar el «problema de los moriscos» en 1581-1583. <<

[702] Sande, *De missione,* p. 208. <<

[703] IVdeDJ 76/161-162, Vega a Felipe y rescripto, 24 de marzo de 1582, copia. <<

[704] IVdeDJ 68/306 y 286, Vega a Felipe y rescripto, 8 de junio y 22 de agosto de 1583. <<

[705] *CCG*, XI, pp. 58-59, 64, 70-71 y 132-133, Granvela a Felipe, 3 de agosto, a Idiáquez, 4 de agosto, e Idiáquez a Granvela, 7 y 23 de agosto de 1584; HSA *Altamira* 5/V/3, Vázquez a Felipe, con respuesta, 3 de agosto de 1584. <<

[706] NA, SP 12/179 fol. 36-38, interrogatorio a Pedro de Villareal, 13 de junio de 1585 (estilo anglicano); y SP 12/180/59A, carta interceptada de Juan del Hoyo, 5 de julio de 1585 (estilo gregoriano). <<

[707] Salazar, *Política española*, p. 24; González Dávila, *Teatro*, p. 1; Feltham, *A brief character*, pp. 84-85; Camden, *Historie,* libro IV, p. 131. <<

[708] Bratli, *Philippe II*, p. 222, «Relación» de Felipe de Caverel, Lisboa, 1582; Longlée, 48, a Enrique III, 20 de junio de 1584; *CCG*, X, pp. 126-127, Granvela al prior de Bellefontaine, Madrid, 3 de abril de 1583. <<

[709] Sánchez Cantón, *Inventarios reales*, II, pp. 41, 77, 115-121, 145, etcétera; Bouza Álvarez, *Cartas*, pp. 57 y 88-89, Felipe a las infantas, 2 de octubre de 1581 y 30 de julio de 1582. <<

[710] Lhermite, *Pasatiempos*, pp. 402-404; AGP 237, *Inventarios reales*, 3/278r-279v, «Las dibersas pieças de plata para servicio de la barbería». <<

[711] Bouza Álvarez, *Cartas*, pp. 53-4 y 103, Felipe a las infantas, 21 de agosto de 1581 y 14 de febrero de 1583; BZ 143/46 y 50, Vázquez a Felipe y respuesta, 16 y 20 de marzo de 1588. <<

[712] IVdeDJ 53/5/35, HSA *Altamira* 1/I/19, HSA Ms B 228, y BL *Addl.* 28,700/151 y 155, Vázquez a Felipe y respuesta, 22 de febrero de 1576, 17 de diciembre de 1584, 13 de enero y 7

y 9 de febrero de 1587. Véanse más ejemplos en *FBD*, pp. 759-762. <<

[713] BL *Addl.* 28,357/13, Felipe a Alba, 28 de julio de 1573; IVdeDJ 55/IX/217, Vázquez a Felipe y respuestas, 17 de octubre de 1588. <<

[714] *DHME*, V, *Diurnal* de Gracián, p. 111, 8 de julio de 1573; AHN *Inq* libro 100/551, Juan Ruiz de Velasco a Mateo Vázquez, 23 de agosto de 1588; HSA *Altamira* 1/II-53, Vázquez a Felipe y respuesta, 4 de julio de 1584. <<

[715] BL *Addl.* 28,354/490, marqués de Ladrada a Felipe, y respuesta, 2 de octubre de 1572. <<

[716] BL *Addl.* 28,354/479-480, 490, 506 y 542, Ladrada a Felipe, con rescriptos, 27 de septiembre y 2 y 16 de octubre de 1572; IVdeDJ 7/95, Vázquez a Felipe, con respuesta, 24 de septiembre de 1590. Clouse, *Medicine*, demuestra que Felipe mostró un interés activo en regular todas las ramas de la profesión médica en España. <<

[717] Bratli, *Philippe II*, p. 222, «Relación» de Caverel; BZ 142/67, Felipe a Vázquez, 3 de febrero de 1584. <<

[718] HSA *Altamira* 1/II-52 (I) y 53, Vázquez a Felipe, con respuestas, ambas fechadas el 4 de julio de 1584. <<

[719] BL *Addl.* 28,362/1, Barajas a Vázquez, 1 de enero de 1584. <<

[720] BAV, UL 1115/108-109, aviso de Madrid, 10 de enero de 1587; Cabrera de Córdoba, *Historia*, III, p. 1172. <<

[721] Martínez Millán y Fernández Conti, *La Monarquía*, p. 318, citando relaciones contemporáneas. <<

[722] BL *Addl.* 28,361/110, borrador corregido de la *Pragmática*, 11 de septiembre de 1586. <<

[723] IVdeDJ 55/XI/153, Vázquez a Felipe y respuesta, 10 de agosto de 1588; AHN *Inq* libro 100/551, Juan Ruiz de Velasco

a Vázquez, 23 de agosto de 1588; IVdeDJ 21/740. <<

[724] IVdeDJ 21/740 y 374, notas escritas por Felipe y Vázquez en una carta del general de los Jerónimos, 12 de septiembre de 1589, y Jerónimo Gassol a Felipe, y respuesta, 8 de julio de 1591. <<

[725] BNE Ms 18.718 n.º 55, fols. 97r-108v, «Papel a Philippo II» de don Luis Manrique, s. f. (pero 1577). <<

[726] Tellechea Idígoras, *El Papado*, II, pp. 117-119, Sixto a Felipe, 6 de agosto de 1586 (citando el Éxodo 18: 13-23.) <<

[727] Riba, p. 51, Vázquez a Felipe y rescripto, 24 de julio de 1576; AHN *Inq* libro 100/244, Quiroga a Felipe y rescripto, 15 de agosto de 1576. <<

[728] IVdeDJ 51/175 y BZ 142/6, Vázquez a Felipe y rescriptos, 29 de diciembre de 1577 y 4 de noviembre de 1580. <<

[729] Escudero, *Felipe II*, p. 536, Vázquez a Felipe y rescripto, s. f. (pero 1577); BZ 80/540, Memorial de Francisco de Mendoza a Felipe con rescripto, Nápoles, 22 de diciembre de 1588. <<

[730] González Dávila, *Teatro,* pp. 369-370, doctor Hernández de Liévana a Felipe, otoño de 1572 (por fin, el rey eligió a don Diego de Covarrubias, obispo de Segovia); BL *Addl.* 28,263/107-110, Vázquez a Felipe, junto con la lista y rescripto, 23 de abril de 1577 (publicado con algunos errores en Riba, *Vida*, pp. 105-107). <<

[731] IVdeDJ 62/853, Felipe a Vázquez, 23 de marzo de 1575; BL *Addl.* 28,263/213-214, Vázquez a Felipe y rescripto, 20 de febrero de 1579. <<

[732] *CODOIN*, LVI, pp. 293-294, Pazos a Felipe y rescripto, 29 de febrero de 1580. En 1577 el rey había arrestado y encarcelado al duque de Feria sin proceso. <<

[733] Morel-Fatio, «La Vie», VII, pp. 235 y 251. <<

[734] HSA, *Altamira*, 1/I/44 y 45, Medina Sidonia al rey y a Vázquez, 29 de febrero de 1588, e *idem*, 1/I/47a-b, Vázquez al rey, 8 de marzo de 1588, con rescripto real. <<

[735] HSA, *Altamira*, 6/I/13, el duque de Sesa a Gassol, 9 de octubre de 1589, comentario de Gassol; Pérez, *Relaciones*; Cabrera de Córdoba, *Historia*. <<

[736] Martínez Millán y Carlos Morales, *Felipe II*, p. 227, Chaves a Mateo Vázquez, marzo de 1586. <<

[737] Hernando Sánchez, «Estar en nuestro lugar», p. 286 n.º 230, Felipe a don Juan de Zúñiga, virrey de Nápoles, 4 de octubre de 1579; Encinas, II, pp. 311-315. <<

[738] Schäfer, *El Consejo Real,* I, pp. 149-150. Para otros ejemplos de la vigilancia del rey, véase el capítulo 4. <<

[739] Cabrera de Córdoba, *Historia,* III, p. 1397. <<

[740] BL *Eg.* 1506/92-93 y 94, Quiroga a Felipe y rescripto, 15 y 19 de noviembre de 1578. <<

[741] BL *Eg.* 1506/20, Quiroga a Felipe y rescripto, 17 de marzo de 1574; AHN *Inq* Libro 101/226 y 208, consultas de la Suprema, 23 y 24 de noviembre de 1592, con rescriptos. <<

[742] BZ 142/201, Vázquez a Felipe, 22 de enero de 1587; AGP 3/164v-166 y 274, cédulas fechadas el 22 de diciembre de 1569 y 18 de octubre de 1571. Véase también un caso similar, estudiado en profundidad por Owens, *«By my absolute royal authority»*, cap. 7. <<

[743] AGS *CSR* 275/2 fols. 60, 74 y 87-88, cédulas de 1569. <<

[744] Herrera y Tordesillas, *Historia general*, II, pp. 46-47; Las Heras, «Indultos», pp. 129-130; Velázquez, *La entrada*, fols. 79-81. <<

[745] Arrieta Alberti, «Gobernar rescribiendo», p. 93, consulta del Consejo de Aragón y rescripto, 16 de julio de 1588; IVdeDJ 21/586, Felipe a Diego de Covarrubias, 14 de

diciembre de 1575. <<

[746] AGS, PR 29/35, codicilo firmado por Felipe, Gante, 5 de agosto de 1559. <<

[747] AGS, PR 26/143, poder a Ruy Gómez y al duque de Alburquerque, Londres, 13 de abril de 1557; Muro, *Vida*, pp. 198-200, Felipe a la princesa, 8 de noviembre de 1582. <<

[748] AHN *Inq* libro 249/550v-551, real cédula para Juan Sánchez, 30 de mayo de 1589, copia de registro. Dicho volumen contiene centenares de cédulas parecidas. <<

[749] ASMa, AG 598, s. fol., Lepido Agnello al duque de Mantua, 8 de junio de 1580; IVdeDJ 21/148-157, correspondencia de Vázquez con Felipe, enero-marzo de 1583; *CSPV*, VIII, p. 174, Gradenigo y Lippomano al dogo y al Senado, 25 de junio de 1586. <<

[750] Sigüenza, p. 76; Muro, *Vida*, apéndice 12, Esteban de Ibarra a Mateo Vázquez, s. f. (pero abril de 1578). <<

[751] Íñiguez de Lequerica, *Sermones funerales*, sermón del doctor Aguilar de Terrones, fol. 7. <<

[752] Porreño, *Dichos*, p. 74; Jorzick, *Herrschaftssymbolik und Staat*, pp. 47-48, Felipe al virrey de Perú, 1573. <<

[753] Jorzick, *Herrschaftssymbolik und Staat*, p. 62, n.º 39, memorial a Felipe, 2 de noviembre de 1593. <<

[754] NA SP 70/6 fol. 15, Challoner a Isabel, 3 de agosto de 1559, borrador; *As Gavetas da Torre do Tombo*, Lisboa, Centro de Estudos Históricos Ultramarinos, 1964, vol. IV (gav. XV, maços 1-15), Francisco Pereira a la reina Catalina, 2 de abril de 1565; *DHME*, IV, 4 (Sepúlveda, «Historia»); Cock, *Relación*, pp. 47 y 52. <<

[755] Santullano, *Obras completas de Teresa de Jesús*, p. 1394, Teresa a doña Inés Nieto, 1576-1577; Donà, pp. 75-78, carta a Venecia, 1 de septiembre de 1570; Íñiguez de Lequerica,

Sermones funerales, sermón de Terrones, fol. 12. <<

[756] FCDM, AH R7-23, Felipe a Feria, 21 de marzo de 1559; AHN *Inq* libro 100/243, 242, 178 y 294, Felipe a Quiroga, 16 de febrero, 26 de julio, 22 de septiembre y octubre de 1576; AHN *Inq* libro 101/325, consulta de la Suprema y rescripto, 11 de enero de 1592; *ibid*., fol. 695, rescripto de Felipe al licenciado Arenillas, 4 de diciembre de 1594, todas ológrafas. Cursiva añadida. <<

[757] Donà, p. 340, carta a Venecia, 1 de agosto de 1571. <<

[758] UB Leiden *Hs Pap* 3/3, Alonso de Laloo al conde de Hornes, 31 de agosto de 1566; Firpo, *Relazioni*, VIII, p. 670, relación de Leonardo Donà, enero de 1574. <<

[759] BL *Addl.* 28,264/26-27, Felipe a Manuel Filiberto, 9 de agosto de 1557, original cifrado, con posdata ológrafa; *CODOIN*, XCVIII, p. 483, Felipe al conde de Luna, 8 de agosto de 1563; *CODOIN*, XXXV, p. 61, Felipe a Alba, Badajoz, 2 de agosto de 1580, posdata ológrafa; AGS *Estado K* 1448/197, Felipe a don Bernardino de Mendoza, 28 de julio de 1588. <<

[760] *CODOIN*, XXXV, p. 61, Felipe a Alba, 2 de agosto de 1580, posdata ológrafa; AGS, *CJH* 324/27, «Gastos secretos» de Mendoza mientras fue embajador en Inglaterra en agosto de 1578. <<

[761] AHN *AEESS* 11/28, Felipe al duque de Sessa, 5 de febrero de 1592; AGS, *Secretaría* 61/26, Consejo a Ayala, 7 de julio de 1586. <<

[762] Ugolini, «Le comunicazioni postali», p. 321. <<

[763] Douais, II, pp. 127-128 y 142, Fourquevaux a Carlos IX, con aviso, 31 de octubre de 1569. <<

[764] *GPGP*, II, p. 557, Felipe a Pérez, s. f. (pero 4 de octubre de 1565). <<

[765] Woltjer, *Friesland*, p. 3, el conde de Aremberg a Margarita

de Parma, 15 de septiembre de 1566. <<

[766] AGS *Estado K* 1490/50, Felipe a Saboya, 26 de julio de 1557, ológrafa; AA, 5/69, Felipe a Alba, Madrid, 7 de agosto de 1567, ológrafa; AGS *Estado* 561/122, Felipe a Requesens, 22 de octubre de 1574, minuta. <<

[767] *BMO*, III, pp. 1225 y 1274, Felipe a Santa Cruz, 21 y 10 de octubre de 1587. <<

[768] Watts, «Friction in future war», 91; y Jablonsky, *The owl of Minerva,* 33-36. <<

[769] *BMO*, I, p. 478, Olivares a Felipe, 4 de junio de 1585, con decreto. <<

[770] *Ibid*., p. 496 y AGS *Estado* 946/229, Felipe a Olivares, 2 y 22 de agosto de 1585. <<

[771] OÖLA, KB 4/137, Khevenhüller a Rodolfo II, 13 de octubre de 1585; BR Ms II-1670/180, Felipe al licenciado Antolínez, 31 de octubre de 1585. <<

[772] Villari y Parker, *La política de Felipe II,* pp. 110-115, Zúñiga a Felipe, s. f. (pero finales de 1585). <<

[773] *CCG*, XII, pp. 133-135, Granvela a Carlos de Mansfelt, 29 de noviembre de 1585. <<

[774] IVdeDJ 23/385, Castro a Hernando de Vega, presidente del Consejo de Indias, Sevilla, 15 de noviembre de 1585, junto con la consulta del Consejo de Indias a Felipe, de 30 de noviembre de 1585, con rescripto real. <<

[775] *BMO*, I, pp. 536-537, «Lo que se responde a Su Santidad», s. f. (pero 24 de octubre de 1585). <<

[776] *Ibid*., pp. 564-567, Santa Cruz a Felipe, 13 de febrero de 1586, y Felipe y Idiáquez a Santa Cruz, 26 de febrero de 1586 (y no «enero», como dice el volumen). <<

[777] ASC Ms 11/18, 1.er cuaderno, Felipe a Santa Cruz, 20 de abril de 1586. <<

[778] *BMO*, II, pp. 108-111, Parma a Felipe, 20 de abril de 1586, y II, pp. 195-196, «Lo que dixo Juan Bautista Piata». <<

[779] HSA *Altamira* 7/II-24 «Memoria de algunas de las cosas que se han avisado passan estos días en Madrid», Mateo Vázquez, en El Escorial, a Barajas, en Madrid, s. f. (pero con respuesta de Barajas fechada el 8 de julio de 1586). <<

[780] *BMO*, II, p. 212, «Parecer» de don Juan de Zúñiga (junio-julio de 1586). Tras la muerte de su padre, en septiembre de 1586, Alejandro Farnesio se convirtió en duque de Parma. <<

[781] Heredia Herrera, *Catálogo*, I, p. 597, consulta del Consejo de Indias, 3 de septiembre de 1586, con decreto; *APO*, III, pp. 130-131, Felipe al virrey Duarte de Meneses, 23 de febrero y 14 de marzo de 1588. <<

[782] *BMO*, II, pp. 305-307, don Bernardino de Mendoza a Felipe, 13 de agosto de 1586 (con abundantes apostillas reales) y 338-339, respuesta de Felipe, 5 de septiembre de 1586. <<

[783] BL *Addl.* 28,363/116, Juan Ruiz de Velasco a Mateo Vázquez, 20 de junio de 1587; BL *Addl.* 28,376/336, Andrés de Prada a Idiáquez, 17 de mayo de 1587. <<

[784] *BMO*, III, pp. 1967-1968, Felipe a Santa Cruz, 14 de septiembre de 1587. <<

[785] *Ibid.*, pp. 1006-1007, Felipe a Parma, 4 de septiembre de 1587. A pesar de la diferencia de diez días en las fechas, este documento fue redactado al mismo tiempo que la Instrucción para Santa Cruz del día 14 (véase nota anterior). <<

[786] *Ibid.*, pp. 1069-1070, Felipe a Parma, 14 de septiembre de 1587. <<

[787] *Ibid.*, pp. 1225 y 1274, Felipe a Santa Cruz, 10 y 21 de octubre de 1587. <<

[788] ASVe *SDS* 20, s. fol., Lippomano a Venecia, 14 de noviembre de 1587, con copia adjunta de la carta de Santa

Cruz del día 4. <<

[789] BZ 141/160, Felipe al conde de Barajas, 18 de junio de 1588, copia. <<

[790] OÖLA, KB 4/311-312, Khevenhüller a Rodolfo II, 13 de julio de 1588. <<

[791] Maura, pp. 258-261, Medina Sidonia a Felipe, 24 de junio de 1588, repitiendo lo que había dicho en febrero (en una carta que todavía no se ha hallado). <<

[792] Oria, p. 152, Idiáquez y Moura a Medina Sidonia, 22 de febrero de 1588. <<

[793] KML, *MSP: CR* 5/82, Felipe a Medina Sidonia, 11 de marzo de 1588. Véase capítulo 16 sobre el chantaje experimentado por el duque. <<

[794] *BMO*, III, p. 1964, Bertendona a Felipe, 15 de febrero de 1588. <<

[795] BZ 142/171A, discurso de Felipe a las Cortes, enero de 1588, ológrafo; Oria, pp. 148-149, Moura e Idiáquez a Medina Sidonia, 20 de febrero de 1588. <<

[796] Duro, II, pp. 9-10, Instrucción de Felipe a Medina Sidonia, 1 de abril de 1588, minuta. <<

[797] Maura, pp. 258-261, Medina Sidonia a Felipe, 21 y 24 de junio de 1588. <<

[798] BZ 143/97 y 111, Felipe a Vázquez, 18 y 28 de junio de 1588. <<

[799] Oria, pp. 210-214, Felipe a Medina Sidonia, 1 de julio de 1588. <<

[800] AGS *Estado* 455/320-321, Medina a Parma, 10 de junio de 1588, copia enviada a Felipe (y comentada por él). <<

[801] Canestrini y Desjardins, *Négociations,* IV, p. 737, Filippo Cavriana al gobierno de Toscana, París, 22 de noviembre de 1587; Laughton, I, pp. 358-362, Hawkins a Walsingham, 10

de agosto de 1588 NS; AGS *Estado* 595/32, Idiáquez a Felipe y respuesta, agosto de 1588. <<

[802] Van Meteren, *Historie*, libro 15. <<

[803] Parker, «No sé si vinieron estos», p. 14, don Alonso de Leyva a Juan Martínez de Recalde, 12 de agosto de 1588. <<

[804] AGS *Estado* 2219/84 y 87, Felipe a Parma y Medina Sidonia, 31 de agosto 1588; *idem,* fols. 85-86, «Apuntamiento en materia de armada que Su Magestad mandó hazer para que se considere y resuelva entre el duque de Parma, su sobrino, y el duque de Medina Sidonia»; y fol. 91, notas de Idiáquez fechadas el 15 de septiembre de 1588. <<

[805] AGS *Estado* 2219/87, Felipe a Parma, 31 de agosto de 1588, minuta. <<

[806] IVdeDJ 51/190, Vázquez a Felipe, 4 de septiembre de 1588, y contestación. <<

[807] Parker, «Testamento político», p. 15, apostilla real escrita en la carta de Martín de Idiáquez, octubre de 1588; BZ 145/76, Mateo Vázquez a Felipe y respuesta, 10 de noviembre de 1588. <<

[808] ASV NS 34/415-418 y 583-585, Novara a Montalto, 6 de julio y 8 de noviembre de 1588. <<

[809] *DHME*, IV, 59, «Historia»; Sigüenza, 120. <<

[810] *MHSI,* LX: *Ribadeneira*, II, pp. 105-111, Ribadeneira a Juan de Idiáquez, s. f. (pero otoño de 1588). <<

[811] Ungerer, «La defensa», publicó una edición comentada de los cargos presentados contra Pérez en Madrid el 12 de junio de 1584 y los descargos firmados por este seis días más tarde; citas en las pp. 100-104 y 148-149. <<

[812] Marañón, *Los procesos*, pp. 57-59, Enríquez a Felipe, 16 de agosto 1584. <<

[813] AGS *CJH* 248/21/2, petición de Pérez a Felipe, 25 de

agosto de 1587, con decreto. <<

[814] Marañón, *Los procesos*, pp. 116-126, declaración de Antonio Enríquez, Monzón, 30 de junio de 1585; AHPM, tomo 1104/1364-1414, «escriptura» fechada el 20 de mayo de 1588 acerca de la almoneda en 1585. <<

[815] Marañón, *Los procesos*, p. 185, testimonio del conde de Barajas, presidente del Consejo Real, 21 de septiembre de 1589. <<

[816] AGS *CJH* 248/21/2, petición de Pérez a Felipe, 25 de agosto de 1587; Marañón, *Los procesos*, pp. 148-151, petición de Pedro de Escobedo contra Pérez y Diego Martínez por asesinato, 2 de septiembre de 1587. <<

[817] Marañón, *Los procesos*, pp. 32-34, comisión a Rodrigo Vázquez, 1588, s. f. (pero supuestamente poco antes de la primera interrogación de Pérez, el 30 de agosto). <<

[818] Marañón, *Los procesos*, pp. 195-198, Chaves a Pérez, El Escorial, 5 y 18 de septiembre de 1589, copias notariales; González Palencia, *Fragmentos*, 71, «Escrituras de concierto entre Antonio Pérez y Pedro [de] Escobedo», 29 de septiembre de 1589. Sobre el papel sospechoso de Chaves, véase Martínez Peñas, *El confesor*, pp. 327-341. <<

[819] Marañón, *Los procesos*, pp. 199-200, orden de Felipe a Rodrigo Vázquez, y de este a los alguaciles, e interrogatorio a Pérez, todos del 21 de diciembre de 1589. <<

[820] *Ibid*., pp. 258-259, auto de los jueces, 14 de mayo de 1590. <<

[821] *CODOIN*, LVI, pp. 454 y 466, parte del relato notarial del estricto arresto de la princesa. <<

[822] Marañón, *Los procesos*, pp. 197-198, Chaves a Pérez, 18 de septiembre de 1589, copia notarial. <<

[823] Pizarro Llorente, *Un gran patrón*, p. 362. <<

[824] AGS *Estado* 2851, s. fol., «Lo que se platicó en el Consejo de Estado a 12 de noviembre 1588», y consulta del 26 de noviembre de 1588 con decreto. <<

[825] *ACC*, X, pp. 233-243, actas del 22, 23 y 30 de agosto de 1588 (véase también un borrador del memorial de Felipe en IVdeDJ 45/348). <<

[826] *ACC*, X, pp. 348-349, actas del 7 de diciembre de 1588. <<

[827] *Ibid.*, pp. 397-398 y 422-423, actas del 8 de febrero de 1589. <<

[828] BZ 143/203, propuesta de Juan Vázquez a la Junta de Cortes, 23 de junio de 1589; Lilly Library, Bloomington, Indiana, *Bertendona Papers*, n.º 21, Felipe a Bertendona, 23 de junio de 1589. <<

[829] AGS *Estado* 2219/197, Felipe a Parma, 7 de septiembre de 1589. <<

[830] IVdeDJ 45/452 y 51/1, Vázquez a Felipe y rescripto, 5 y 8 de febrero de 1591. <<

[831] Bouza Álvarez, «Corte y protesta», pp. 21-22, el bando de policía del 29 de enero de 1591, y 30-31, confesión de Juan de Soria, un tornero de 32 años. <<

[832] Pidal, *Alteraciones de Aragón*, II, p. 44, carta del conde de Chinchón. <<

[833] Luna, *Comentarios*, pp. 29-30, publica el cartel. <<

[834] Ruiz, *A King*, p. 156. <<

[835] *CODOIN*, XV, pp. 464-465, «Declaración de Diego de Bustamante», enero de 1591. <<

[836] *CODOIN*, XII, pp. 33-35, Consejo de Aragón a Felipe y rescripto, 17 de julio de 1590. <<

[837] BL *Eg.* 1508/215-218, «Relación de las causas y procesos de las personas que fueron condenadas», pruebas contra Tomás de Rueda y Nicolás Blanco, quemados por su participación en el

alboroto del 24 de mayo de 1591. <<

[838] *CODOIN*, XII, p. 269, fray Agustín Labata a fray Andrés de Sanmillán, 20 de julio de 1591; *CODOIN*, XV, p. 499, conde de Morata al conde de Chinchón, Zaragoza, 21 de agosto de 1591 (cursiva añadida). <<

[839] Luna, *Comentarios*, p. 178, Gandía a Idiáquez, s. f. (pero verano de 1591); Lovett, «Philip II, Antonio Pérez», 141, Junta Grande del 25 de julio de 1591; AHN *Inq* libro 101/226 y 208, consultas de la Suprema, 23 y 24 de noviembre de 1592, con rescriptos reales fechados el 7 de diciembre. <<

[840] Lovett, «Philip II, Antonio Pérez», p. 152, Junta Grande del 31 de julio de 1591, y rescripto; BL *Eg.* 1508/215-218, «Relación de las causas y procesos de las personas que fueron condenadas», evidencia contra Andrés de Naya, quemado vivo por su participación en el alboroto del 24 de septiembre de 1591. <<

[841] Pidal, *Historia*, II, p. 201, Felipe a las universidades, 15 de octubre de 1591, y p. 233, a los diputados, 2 de noviembre de 1591. <<

[842] AHN *Inq* libro 101/339 y 324-325, consultas del 2, 9 y 11 de enero de 1592 y rescriptos. <<

[843] ACP, *Bobadilla* B-7a, Bobadilla a Chinchón, 1 de marzo de 1592, con respuesta del 10 de marzo. <<

[844] Gracia Rivas, *La «Invasión»*, pp. 157-158 y 165, Bobadilla a Felipe y a Chinchón, 18 de marzo de 1592. <<

[845] ACP, *Bobadilla* B-7a, Bobadilla a Chinchón, 9 de mayo de 1592. <<

[846] AHN *Inq* libro 101/308, 283 y 264, Consulta de la Junta de Aragón y rescriptos, 29 de abril, 18 de junio y 9 de agosto de 1592; BL *Eg.* 1506/180 y 186, la Suprema a Felipe y rescriptos, 31 de octubre y 7 de noviembre de 1592. <<

[847] Marañón, *Antonio Pérez*, pp. 666-670, narra el arresto, encarcelamiento y muertes misteriosas tanto del conde de Aranda como del duque de Villahermosa; las citas corresponden a los *Comentarios* del conde de Luna y a la *Historia apologética* de Céspedes y Meneses. <<

[848] AHN *Inq* libro 101/233, consulta de la Suprema, 7 de noviembre de 1592, y rescripto real. <<

[849] Lhermite, *Pasatiempos*, p. 204. <<

[850] AHN *Inq* libro 101/226 y 208, consultas de la Suprema, 23 y 24 de noviembre de 1592, con rescriptos reales fechados el 7 de diciembre. <<

[851] Lhermite, *Pasatiempos*, pp. 208-210 (183 leguas). <<

[852] Herrera, *Historia General*, III, p. 291; Bouza Álvarez, «Servidumbres», p. 166, Velada al conde de Benavente, San Lorenzo, 25 de julio de 1590, y p. 174, refrán citado por Gaspare Silingardi en 1595. <<

[853] Longlée, p. 272, a Enrique III, 19 de julio de 1586; Bouza Álvarez, *Cartas*, p. 152, Felipe a Catalina, 2 de julio de 1587. <<

[854] Bouza Álvarez, *Cartas*, pp. 154-155, Felipe a Catalina, 12 de marzo de 1588; Longlée, p. 367, a Enrique III, 30 de abril de 1588; BAV UL 1115/112, aviso de Madrid, 7 de febrero de 1587. <<

[855] Lhermite, *Pasatiempos*, pp. 251-252. <<

[856] BL *Addl.* 28,263/560-561, Vázquez a Felipe, 6 de abril de 1591 y rescripto; Tellechea Idígoras, *El ocaso*, p. 139, Caetani a Aldobrandini, 20 de octubre de 1594. <<

[857] Tellechea Idígoras, *El ocaso*, pp. 44-45 y 168-169, del mismo al mismo, 8 y 16 de julio de 1596. <<

[858] Pérez Mínguez, *Psicología*, pp. 356-357, Gassol a Felipe y rescripto, 29 de septiembre de 1593. <<

[859] Cabrera de Córdoba, *Historia*, III, pp. 1486-8, «La orden que se ha de guardar en la Junta que ahora he ordenado», San Lorenzo, 26 de septiembre de 1593; Martínez Hernández, *El marqués de Velada*, pp. 320-324. <<

[860] IVdeDJ 21/404, Felipe a Moura, 29 de octubre de 1594. <<

[861] Feros, «El viejo monarca», ofrece la mejor versión de cómo gobernó Felipe en sus últimos años. <<

[862] AGS *Estado* 176, s. fol., Felipe a don Martín de Padilla, conde de Santa Gadea, 3 de octubre de 1596. <<

[863] BL *Addl.* 20,929/104, Silva a Felipe III, abril de 1599. <<

[864] *ACC*, XII, pp. 372-377, «Discurso» de Rodrigo Vázquez de Arce, 23 de febrero de 1593; *ibid.*, XVI, pp. 166-167, Juan Vázquez de Salazar a Felipe, 28 de abril de 1593. <<

[865] *ACC*, XII, p. 456, procurador de Sevilla, 19 de mayo de 1593; *ibid.*, XVI, p. 170, procurador de Burgos, resumido por Juan Vázquez, 6 de mayo de 1593. <<

[866] *ACC*, XVI, pp. 169 y 173, Felipe a Juan Vázquez, 28 de abril y 6 de mayo de 1593. <<

[867] *Ibid.*, pp. 195-197, Felipe a Juan Vázquez, 23 de julio de 1593; Jago, «Tributos y cultura política», pp. 86-91. <<

[868] Thompson, «Oposición política», p. 45, Poza a Moura, 4 de abril de 1596. <<

[869] Céspedes del Castillo, «La defensa», p. 403. <<

[870] *ACC*, XVI, pp. 415-417, y XV, pp. 45-46, Felipe a las Cortes, 5 de julio de 1596. <<

[871] *ACC*, XV, pp. 80-85, y XVI, pp. 468-80, acuerdo del 29 de julio de 1596; Thompson, «Oposición política», p. 56, respuesta de Felipe, 27 de agosto de 1596. <<

[872] BL *Addl.* 28,378/69-73v y 75-76, Poza a Moura, 9 y 13 de junio de 1596. <<

[873] BL *Addl.* 28,378/128-131, Poza a Moura y respuesta, 28-31 de julio de 1596; Martínez Millán y Carlos Morales, *Felipe II*, p. 285, «Relación y tanteo de lo que Su Magestad deve»; Drelichman y Voth, *Lending to the Borrower from Hell*. <<

[874] Tellechea Idígoras, *El ocaso*, p. 183, Caetani a Aldobrandino, 30 de noviembre de 1596; RAG AB 604, Alberto al conde Frederick van den Berg, Arras, 21 de octubre de 1597. Compárense sus efectos negativos con los del decreto de 1575 sobre la guerra en los Países Bajos (capítulos 12 y 13). <<

[875] *ACC*, XV, pp. 272-3, Felipe a las Cortes, 28 de noviembre de 1596. <<

[876] BL *Addl.* 28,378/41-48v, rescripto de Moura a Poza, 15 de mayo de 1596. <<

[877] Casey, «Spain: a failed transition», pp. 214 y 211. <<

[878] Bouza Álvarez, «De las Alteraciones», p. 93, Antonio Varela a don Diego Sarmiento de Acuña, 28 de noviembre de 1597. <<

[879] HSA *Altamira* 18/IV/3c, Yepes a Felipe, 1 de julio de 1597; y 12/I/1, n.º 13, Yepes a Moura, 17 de mayo de 1598. <<

[880] Rodríguez-Salgado, «"Ni cerrando ni abriendo la puerta"», pp. 645 y 656, Felipe a Alberto, 29 de julio de 1596 y 13 de abril de 1598. <<

[881] Tellechea Idígoras, *El Papado*, II, pp. 258-264, Clemente VIII al príncipe Felipe y a Alberto e Isabel, todas del 12 de abril de 1597. <<

[882] Bouza Álvarez, *Cartas*, pp. 154-155 y 165, Felipe a Catalina, 12 de marzo de 1588 (Catalina se había casado el 11 de marzo de 1585), y 6 de julio de 1589; *DHME*, IV, 181-183 (*Historia* de Sepúlveda). <<

[883] AGS K 1567/64, don Bernardino de Mendoza a don

Martín de Idiáquez, 14 de abril de 1588. <<

[884] AGS PR 29/47, «Papel de Su Magestad Católica, que aya gloria, declarando que es su voluntad», s. f. (pero marzo de 1594). <<

[885] González Dávila, *Historia*, pp. 17-18, Zúñiga a Felipe, 1585. <<

[886] Martínez Millán y Carlos Morales, *Felipe II*, p. 224, el obispo de Guadix a Mateo Vázquez, 15 de marzo de 1586. <<

[887] ACA *CA* 36/325, consulta del Consejo de Aragón, 25 de marzo de 1594; Tellechea Idígoras, *El ocaso*, pp. 221 y 213, Caetani a Aldobrandini, 10 de septiembre y 22 de enero de 1597; Danvila y Burguero, *Don Cristóbal*, p. 701, don Juan de Silva a Moura, enero de 1599. <<

[888] González Dávila, *Historia*, pp. 26-30; Atarés, «Consejos instructivos», pp. 170-172. <<

[889] Cervera, *Testamento auténtico*, pp. 109-116. <<

[890] AGS PR 29/37, «Papel de Su Magestad Cathólica, que aya gloria, hecho a 5 de agosto de 1598». En *FBD*, apéndice II, doy las razones por las que considero que este debe ser «el otro papel de aviso» que Felipe entregó a su hijo. <<

[891] Martínez Hernández, *El marqués*, p. 344 n.º 126, Velada al archiduque Alberto, 6 de julio de 1597; Lhermite, *Pasatiempos*, p. 307. <<

[892] Feros, *El duque de Lerma*, p. 110, el duque de Feria a Thomas Fitzherbert, 28 de febrero de 1597 y 1 de junio de 1598; Tellechea Idígoras, *El ocaso*, p. 256, aviso de Madrid, 11 de julio de 1598. <<

[893] Martínez Hernández, *El marqués*, pp. 354-355, Velada a Juan de Sosa, 10 de septiembre de 1598. <<

[894] Eire, *From Madrid*, p. 269, citando a Pérez de Herrera, *Elogio*; Sigüenza, p. 167; Tellechea Idígoras, *El ocaso*, pp. 255-

256, aviso de Madrid, 11 de julio de 1598. <<

[895] Vargas-Hidalgo, «Documentos», p. 410. <<

[896] Tellechea Idígoras, *El ocaso*, pp. 97 y 264-267, Caetani a Aldobrandini, El Escorial, 17 de agosto de 1598, el mismo día que la audiencia; AGS PR 29/39, «Papel de Su Magestad», 19 de agosto de 1598. <<

[897] Lhermite, *Pasatiempos*, pp. 402-404. <<

[898] Sigüenza, p. 177; Lhermite, *Pasatiempos*, p. 408; Eire, *From Madrid*, pp. 322-347. <<

[899] Sigüenza, p. 180. <<

[900] Lhermite, *Pasatiempos*, p. 405; Sigüenza, p. 189. <<

[901] Sigüenza, p. 189. <<

[902] Cervera de la Torre, *Testimonio auténtico*, p. 134; *Glorias efímeras* reproduce los trece lienzos del funeral que han sobrevivido, expuestos en Florencia. <<

[903] BR Ms II-2214/68, Juan Ramírez Freile a don Diego Sarmiento de Acuña, 12 de septiembre de 1598; Fernández Álvarez, *Madrid bajo Felipe II*, acta del 13 de septiembre de 1598. <<

[904] Eire, *From Madrid to purgatory*, pp. 257 y 300-301; Vargas-Hidalgo, «Documentos inéditos», pp. 454-460, enumera cuarenta y una obras; Redonet, «Honras», describe varias conmemoraciones urbanas. BNE Ms 6585, incluye diecisiete folios de poemas sobre la muerte de Felipe II; BR Ms II-2459, «Justas poéticas celebradas en Salamanca», ciento dieciocho folios, contiene muchos más. Don Diego Sarmiento de Acuña, más tarde conde de Gondomar, adquirió probablemente ambas colecciones de *ephemera* de su magnífica biblioteca: véase la descripción en *Catálogo de la Real Biblioteca. XI. Manuscritos II*, págs. 481-487. <<

[905] AM, Palencia «Libro de Acuerdos, 1595-1600», fols. 362-

363, acuerdo del 25 de septiembre de 1598. <<

[906] AM, Cádiz Ms. 10.001, «Libro de Acuerdos 1596-1599», fols. 127-135v y 142-144v, acuerdos del 22 de septiembre; 8, 19 y 26 de octubre; y 23 y 27 de noviembre de 1598. <<

[907] García Bernal, «Las exequias», pp. 117-118, acuerdo del 17 de septiembre de 1598; Cervantes Saavedra, «Al túmulo del rey Felipe II en Sevilla». <<

[908] Miguel de Cervantes Saavedra, *Poesías completas,* ed. V. Gaos, Madrid, 1981, II, págs. 378-379. Cervera, *Testimonio* (publicado a principios de 1599), no solo dedicó una sección completa a la descripción de las «cámaras», «dysenteria» y «diarrhea» que padeció Felipe durante su enfermedad final (pp. 17-20), ¡sino que incluso incluyó dichos términos en su índice! <<

[909] Carvajal y Mendoza, *Epistolario*, 98, a Isabel de Velasco, 15 de septiembre de 1598; AMAE (P) *MDFDE* 239/49-93v, Íñigo Ibáñez de Santa Cruz, «Las causas de que resultó el ignorante y confuso gobierno que hubo en el tiempo del Rey nuestro señor, que sea en gloria». Sobre esta curiosa obra, véase Feros, *El duque de Lerma*, 131-133. <<

[910] B. Álamos de Barrientos, *Discurso político al rey Felipe III al comienzo de su reinado*, ed. M. Sánchez, Madrid, 1990, pp. 27-28 y 31 (este breve tratado, aunque no se publicó hasta el siglo XIX, adquirió una gran difusión en forma manuscrita: existen cinco copias, dos de ellas atribuidas a Antonio Pérez, con quien Álamos de Barrientos había mantenido una estrecha relación). Véase también el notablemente similar y pesimista análisis llevado a cabo por el duque de Medina Sidonia a partir de 1598, el año en que este ingresó en el Consejo de Estado, publicado en Pierson, *Commander*, pp. 217-218. <<

[911] Íñiguez de Lequerica, *Sermones funerales*, fols. 85v-86, sermón de Ayala del 15 de noviembre de 1598; Mariana, *De*

rege, p. 359; González de Cellorigo, *Memorial*, p. 94. <<

[912] *CSPV*, IX, p. 346, Soranzo al dogo y al Senado, 27 de septiembre de 1598; AGS *Estado* 840/166, Padilla a Felipe III, 10 de diciembre de 1601; Kamen, «La imprudencia». <<

[913] Martínez Hernández, *El marqués*, p. 357, Velada a Juan de Sosa, 13 de septiembre de 1598; Cervera de la Torre, *Testimonio*, p. 130. <<

[914] González Dávila, *Historia*, p. 48; Quevedo, *Obras*, II, p. 438b; Bouza Álvarez, «Felipe II sube», p. 305; Antigua, *Desengaño*, pp. 82-83 y 116-117 (libro III, capítulos 9 y 35). <<

[915] Daza, *Quarta parte*, pp. 266-267. <<

[916] *Ibid.*, p. 267 (obviamente la aritmética no era el punto fuerte de Daza: cinco años, no cuatro, eran los que separaban la muerte del rey en septiembre de 1598 y la visión de septiembre de 1603); y dedicatoria y pp. 137-138 (sobre Carlos). <<

[917] Íñiguez de Lequerica, *Sermones funerales*, sermón de Aguilar de Terrones, Madrid, 19 de octubre de 1598, fols. 16-17. (Porreño, *Dichos*, p. 21, cita parte de este sermón, pero la atribuye a fray Antonio de León.) <<

[918] Douais, I, p. 204, Fourquevaux a Carlos IX, 15 de abril de 1567. <<

[919] IVdeDJ 82/444 y 419, Sessa a Zúñiga, 28 de septiembre de 1600 y 9 de noviembre de 1602, ambas minutas. <<

[920] Ribadeneira, Vázquez, y los procuradores de Cortes, todos citados en los capítulos 18 y 19. <<

[921] Tellechea Idígoras, *El ocaso*, pp. 105-107 y 286-888, «Juicio sobre Felipe II» por Camillo Caetani, Madrid, 13 de septiembre de 1598; Serrano, I, pp. 316-317, Felipe a Requesens, 12 de agosto de 1566; AGS *Estado* 2855, s. f., «Sumario de los quatro papeles principales que dio el presidente Richardot» y «Lo que Su Magestad es servido que se responda a

los quatro papeles» (11 de septiembre de 1589); Diego Pérez de Mesa, *Política o razón de Estado*, citado por Carlos Morales, *Felipe II*, p. 336. <<

[922] Kervijn de Lettenhove, *Relations politiques*, VII, p. 397, Thomas Wilson a Walsingham, 27 de diciembre de 1574; IVdeDJ 44/61, rescripto de Felipe a Mateo Vázquez, 31 de mayo de 1575. <<

[923] Galende Díaz y Salamanca López, *Epistolario*, 238-241, María a Felipe, 13 de febrero de 1572. <<

[924] *CCG*, I, pp. 314-318, Granvela a Felipe, 19 de junio de 1566; AGS *Estado* 2843/7, consulta del Consejo de Estado, 5 de septiembre de 1577, votos del duque de Alba y del cardenal Quiroga. <<

[925] Levi, *Los hundidos y los salvados*, pp. 61-62. <<

[926] *BMO*, I, pp. 62-64, Felipe a Alba, 14 de septiembre de 1571. <<

[927] Herrera Oria, *La Armada*, pp. 210-214, Felipe a Medina Sidonia, 1 de julio de 1588; Raleigh, *A history*, p. 407. <<

[928] BL *Addl.* 28,336/76, el doctor Velasco a Espinosa, 9 de agosto de 1571. <<

[929] Elliott, «Felipe II y la monarquía española», pp. 43-44. <<

[930] IVdeDJ 61/325, Hoyo a Felipe y respuesta, s. f. (pero a principios de agosto de 1563); Cabié, *Ambassade*, pp. 432-433, «Notes diverses» por el embajador francés, octubre de 1566. <<

[931] AGNM *Mercedes* V/248-9v, Felipe a don Martín de Velasco, 2 de febrero de 1561; *BMO*, I, p. 64, Felipe a Alba, 14 de septiembre de 1571. <<

[932] *BMO*, III, p. 1274, Felipe al marqués de Santa Cruz, 21 de octubre de 1587. <<

[933] *Dalla Ragion di Stato* (1589) y *Relationi universali* (1591) de Giovanni Botero, citadas por Gil, «Visión europea», p. 79.

<<

[934] Sigüenza, p. 99; Eliot, *Ortho-epia Gallica*, pp. 44-45; los embajadores citados por Hillgarth, *The mirror*, p. 96. <<

[935] Sigüenza, pp. 408-411, un análisis impresionante del impacto económico de «el dinero que se ha gastado en esta fábrica». <<

[936] Mulcahy, *Philip II*, p. 312 n.º 2, marqués de Velada al conde de Benavente, El Escorial, 25 de noviembre de 1590. <<

[937] ASV, NS 19/192, Novara a Rusticucci, 3 de mayo de 1587; BCR Ms 2417/39, Silva a Esteban de Ibarra, 13 de agosto de 1589. <<

[938] Mercedes Noviembre, su genial organizadora, publicó una breve historia, *La Biblioteca de Francisco de Zabálburu*. Para más detalles, véase Llera Llorente, *La Biblioteca Francisco de Zabálburu*. <<

[939] Osma, *Instituto de Valencia de Don Juan*. Osma modeló el Instituto a imagen de la Hispanic Society of America, fundada en 1904 por Archer M. Huntington, con quien tenía una «amistosa rivalidad» por adquirir materiales: Proske, *Archer Milton Huntington*, pp. 16-17. De todos modos, es una curiosa coincidencia que dos personas, completamente desconocidas entre sí, acabasen adquiriendo una parte importante de la Colección Altamira. <<

[940] Gayangos, *Catalogue*; Micheli, *Inventaire* (un catálogo preparado según el modelo del que Gayangos preparó para la colección del British Museum). En cuanto a la historia europea de la colección, véase Andrés, «La dispersión». <<

[941] Agradezco a Mitchell Codding, John O'Neill y Patrick Lenaghan, de la Hispanic Society of America, la información, la ayuda con la catalogación y el estímulo en general en el «proyecto Altamira». Véase también Rodríguez-Moñino y Brey Mariño, *Catálogo*, III, pp. 12-52 (sobre Sancho Rayón), 53-106

(sobre el marqués de Jerez de los Caballeros) y 158 (el contrato de venta de la «biblioteca entera» del marqués, 15 de enero de 1902). Además, varios lugares (BR, AHN, the National Library of Scotland de Edimburgo y la Biblioteca Menéndez y Pelayo de Santander) atesoran distintos fragmentos de la Colección Altamira. <<

[942] Riba, *Correspondencia privada*, publicó la mitad del manuscrito BL *Addl.* 28,263. Aunque se titule «volumen 1», Riba falleció poco después de transcribir los materiales y no apareció ningún volumen más. <<

[943] Heredia Herrera, *Catálogo*, reproduce un análisis de más de cuatro mil consultas y el texto de todos los rescriptos de Felipe (el vol. I abarca el periodo 1529-1591, mientras que el vol. II corresponde a 1592-1599), pero únicamente aquellos conservados en el AGI, no en otras colecciones. <<

[944] BL *Eg.* 1506, uno de los siete volúmenes con documentos de la Inquisición adquiridos en 1856, contiene consultas del inquisidor general Gaspar de Quiroga a Felipe sobre una gran variedad de temas durante el periodo 1574-1595, con sus rescriptos ológrafos. <<

[945] AHN OM 3509-3512, titulado «Papeles curiosos», está repleto de documentos sobre los planes de Felipe para intervenir en Inglaterra y Francia. En mi opinión, deberían conservarse en el AGS *Estado*. <<

[946] AGS *Estado K*, los documentos del Consejo de Estado relativos a Francia volvieron de París en 1942, y han sido profusamente utilizados. En contraste, los documentos robados de otras series, ahora AGS *Estado* 8334-8343, apenas han sido aprovechados, a pesar de los dos catálogos detallados realizados mientras los documentos aún estaban en París: Daumet, «Inventaire», y Paz, *Catálogo*. AMAE (P) aún conserva fotocopias de todos los documentos devueltos, así como

numerosos originales que no regresaron. <<

[947] Para probar esta maravillosa herramienta, tecléese PARES [Portal de Archivos Españoles] en un explorador y elíjase la opción «Búsqueda sencilla». En el apartado «Buscar», tecléese «Felipe II»; en «Fechas», introdúzcase «1597» y «1598»; y selecciónese la opción «Registros digitalizados». La siguiente pantalla ofrece distintos «Archivos y fondos»; entre ellos, escójase «Archivo de Simancas, Patronato Real». Ocho de los 66 documentos mostrados son los últimos firmados por el rey, en agosto de 1598. Es posible leer e imprimir cada uno de ellos. <<

[948] HHStA *Hofkorrespondenz*, Karton 1 y 2, contiene cartas de Felipe y su hermana Juana a sus parientes Habsburgo; Galende Díaz y Salamanca López, *Epistolario*, publicaron las cartas ológrafas de María a su hermano conservadas en AA; BL *Addl.* 28,264 y AGS *Estado K* 1490 contienen las cartas ológrafas de Felipe al duque de Saboya en 1557-1558. Giovanna Altadonna, «Cartas», publicó 117 de sus cartas al duque Carlos Manuel de Saboya. <<

[949] FCDM AH 166 R7-20, Felipe a Feria, 7 de diciembre de 1558; Allinson, *A monarchy*, caps. 3 y 4; Rayne Allinson y Geoffrey Parker preparan una edición de los borradores de dos cartas de María para Felipe. <<

[950] Bouza Álvarez, *Cartas*, publicó 39 cartas escritas entre 1581 y 1585, sobre todo para sus dos hijas, y 94 dirigidas a Catalina en el periodo 1585-1596. Las cartas de Catalina reunidas en BL *Addl.* 28,419 permanecen inéditas. <<

[951] Bouza Álvarez, «Guardar papeles», investiga la historia y el tamaño de su archivo, e incluye el inventario de los 766 legajos y 54 libros que Zúñiga dejó a su muerte en 1586. <<

[952] March, *Niñez y juventud*, publicó numerosos documentos del Arxiu relativos a la educación de «Felipito». <<

[953] Los dos «Receuils de la correspondance de Granvelle», que recogen mensajes intercambiados entre 1579 y 1584 por el cardenal y Felipe II y sus consejeros más cercanos, estuvieron consignados como BRB MS 9471-2 y 9473 hasta 1979, pero en ese año pasaron a ser AGRB *Manuscrits Divers* 5459 y 5460, respectivamente. *CCG*, XII, publicó varios de esos documentos, pero con numerosos errores de transcripción. *PEG* y *CCG* sacaron a la luz la mayor parte de la correspondencia en BMB, aunque con una importante laguna entre los años 1564 y 1565. <<

[954] El magnífico *Epistolario del III duque de Alba* incluye muchas de las cartas escritas por el duque, pero no las que recibió. *CODOIN* IV y XXXVII recogen numerosas cartas del rey a Alba mientras este se hallaba en los Países Bajos; y *CODOIN* XXXII, XXXIII y XXXV incluyen muchos de los escritos durante la campaña de Portugal. AA, cajas 5-8, conserva la correspondencia del duque con Felipe, mientras que las cajas 26-56 albergan la intercambiada con otros, especialmente durante su periodo como gobernador general de los Países Bajos, y está clasificada por corresponsales en orden onomástico. <<

[955] Maura, *El designio*, publicó extractos de las cartas del rey que ahora se conservan en Santa Barbara. <<

[956] Véanse los detalles en Dierickx, «Les "Carte Farnesiane" de Naples». Afortunadamente, han sobrevivido muchos más papeles de Parma de los que se temía y pueden consultarse en ASN (aunque algunos tienen los bordes chamuscados). Las copias hechas por Gachard en ASN están ahora en AGRB *Collection Gachard* 565, 572 y 666. Léon van der Essen copió cartas de y sobre Felipe en sus «Cahiers». Varias de estas se encuentran hoy en los archivos de la Universidad de Louvain-la-Neuve, aunque otras siguen en colecciones privadas. <<

[957] Fernández Álvarez, *Testamento*, pp. 92-93. Sobre los tres billetes (Fernández, *Historia*, pp. 278-279; HSA *Altamira* 18/IV/3c y 12/I/1, n.º 13), véanse capítulos 5 y 19. <<

[958] Marañón, *Antonio Pérez*, pp. 1040-1042, enumera las diferentes ediciones de la obra de Pérez, y profundiza en ellas en el capítulo 30. Alfredo Alvar Ezquerra publicó una versión crítica de la edición de *Relaciones y Cartas* impresa en 1598. *FBD*, apéndice I, explica por qué la veracidad de esta fuente es muy dudosa. <<

[959] Morel-Fatio, «La vie de don Luis de Requesens». <<

[960] Serrano y Sanz, *Autobiografía y memorias*, pp. 151-210. Véase también Lynn, *Between court and confesional*, capítulo 2. <<

[961] Tellechea Idígoras, *Fray Bartolomé Carranza*. <<

[962] París, *Négociations*; Cabié, *Ambassade*; Douais, *Dépêches*; Mousset, *Dépêches*; Brunetti y Vitale, *Corrispondenza*. <<

[963] *State Papers Online: the Tudors, 1509-1603, Part II*, proporciona no solo los *Calendars* en un formato que permite hacer búsquedas en ellos, sino también un vínculo al original digitalizado de cada documento que figura en ellos. <<

[964] Firpo, *Relazioni*, VIII, pp. 232-938; Serrano, *Correspondencia*; Voci, «L'impresa d'lnghilterra»; Mosconi, *La nunziatura di Spagna*; Tellechea Idígoras, *El ocaso*. <<

[965] Khevenhüller, *Diario*; Khevenhüller-Metsch y Probst-Ohstorff, *Hans Khevenhüller*. <<

[966] BNF Ms *f.f.* 16,104-16,108 reúne los despachos de St.-Gouard; IANTT *CG* libros 209 y 210 son los registros en que el propio Pereira copiaba su correspondencia. <<

[967] Más detalles en Kagan, *El rey recatado*. <<

[968] Kagan, «La historia», pp. 105-106, donde se cita el relato del propio Herrera sobre la audiencia, escrito en 1599. <<

[969] Orazio della Rena, *Compendio della vita di Filippo secondo re di Spagna* (BNF *Ms Italien* 446): véase Volpini, «D'un silence». <<

[970] Lhermite, *Los Pasatiempos*, pp. 155-156. <<

[971] Talbot, «Ore italiane»; Valente, *Un dramma*, 61, «Copia di una lettera». <<

Índice

El rey imprudente 3
Prefacio 6
Primera parte: El umbral del poder 15
1. Aprendizaje cortesano, 1527-1543 16
2. Un príncipe del Renacimiento, 1543-1551 50
3. Un imperio en transición, 1551-1558 71
Ilustración - La monarquía española en su apogeo 101
Ilustración - La familia de Carlos V 103
Ilustración - Libros adquiridos por Felipe II 105
Ilustración - Viaje de Felipe II a los Países Bajos 1588-1549 106
Ilustración - Viaje de Felipe II a los Países Bajos en 1549 108
Ilustración - Ejecuciones de herejes en Inglaterra 110
Segunda parte: El rey y su mundo 111
4. La mesa de Felipe II 112
5. El rey y su Dios 138
6. El rey se divierte 168
Ilustración - Las guerras de Felipe II 199
Ilustración - Los consejos de Felipe II 201
Ilustración - Las casas de campo de Felipe II 203
Tercera parte: La primera década del reinado 204
7. Toma de control, 1558-1561 205
8. «No terné en nada perder cien mill vidas si tantas

tubiesse»: la lucha por la fe, 1562-1567 236

9. El rey y su familia 265
10. El enigma de don Carlos 298
Ilustración - La familia de Felipe II 323
Ilustración - Don Carlos y sus antepasados 325
Ilustración - La limitada fertilidad de Felipe II 327
Cuarta parte: El rey vencedor 329
11. Años de cruzada, 1568-1572 330
12. Años de adversidad, 1573-1576 361
13. La crisis del reinado, 1576-1577 386
14. ¿Un rey asesino? 416
15. Años de triunfo, 1578-1585 443
16. «El monarca más poderoso de la cristiandad» 471
Ilustración - El coste de la guerra en dos frentes, 1571-1577 505
Ilustración - Solicitudes de copias de documentos recibidas por el Archivo de Simancas 507
Quinta parte: El rey vencido 509
17. La Empresa de Inglaterra, 1585-1588 510
18. Felipe acorralado, 1589-1592 541
19. Camino de la tumba y más allá, 1593-1603 567
Epílogo 601
Cronología 621
Abreviaturas utilizadas en este libro 643
Fuentes y bibliografía 650
Agradecimientos 697

Convenciones utilizadas en este libro 703
Listado de láminas e ilustraciones 705

Lámina 1 710
Lámina 2 711
Lámina 3 712
Lámina 4 713
Lámina 5 714
Lámina 6 715
Lámina 7 716
Lámina 8 717
Lámina 9 718
Lámina 10 719
Lámina 11 721
Lámina 12 723
Lámina 13 724
Lámina 14 725
Lámina 15 726
Lámina 16 727
Lámina 17 728
Lámina 18 729
Lámina 19 730
Lámina 20 731
Lámina 21 732
Lámina 22 733
Lámina 23 734
Lámina 24 735
Lámina 25 736

Lámina 26 737
Lámina 27 738
Lámina 28 739
Lámina 29 741
Lámina 30 742
Lámina 31 743
Lámina 32 744
Lámina 33 745
Lámina 34 746
Lámina 35 747
Lámina 36 748
Lámina 37 749
Lámina 38 750
Lámina 39 751
Lámina 40 752
Lámina 41 753
Lámina 42 754
Lámina 43 755
Lámina 44 756
Lámina 45 757
Autor 758
Notas 759